JACKIE
VALAND
LA LUZ
DE TU
mirada

Contenido

PRÓLOGO
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
EPÍLOGO

LA LUZ DE TU MIRADA

Jackie Valand

Segunda edición: Octubre 2021

© Jackie Valand, 2016
© Jackie Valand, 2021
© Jackie Valand, Ilustración de la portada, 2021
© Jackie Valand, Ilustraciones interiores, 2021

www.jackievaland.com
contacto@jackievaland.com

Esta es una obra autoeditada y autopublicada.
Los personajes, lugares y circunstancias son ficticios y pertenecen a la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Toda forma de reproducción, distribución o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (contacto@jackievaland.com).

A quienes alguna vez han sentido el frío del invierno.
A ella.

Aún hay fuego en tu alma.
Aún hay vida en tus sueños.

Mario Benedetti.

PRÓLOGO

Hay veces en la vida, en las que un camino que creías erróneo termina llevándote al lugar donde debías estar. Muchas personas se lamentan continuamente de lo que les ha tocado, otras, se limitan a aceptar los hechos con resignación, como si la cosa no fuera con ellas; pero existe un tercer grupo que decide tomar las riendas y hacer que, cada decisión, sea un paso firme dentro del camino.

Esas personas no son seres divinos ni están tocadas por una varita mágica, tampoco tienen éxito en todo o carecen de problemas. Al contrario. Y, justo ahí, está la diferencia.

Ellas eligen.

No eligen lo que sucede, sino cómo van a afrontar lo que suceda.

Esas personas están mucho más cerca de encontrarse a sí mismas y de darse cuenta de que, cada aparente error, no es más que un paso hacia delante. El primer centímetro de muchos kilómetros.

Soy Dulce, y yo comencé perteneciendo al segundo grupo. Al de quienes aceptamos los hechos como si la decisión no fuera con nosotros. Una chica introvertida, amante de la fotografía y con muchas ganas de ayudar al mundo, que se comprometió a estudiar una carrera que no le convencía porque era el trayecto más «fácil», llegando a olvidar, incluso, el motivo real que la llevó a tomar esa decisión.

Al menos, eso es lo que pensaba hasta que la vi a ella.

Aquí empieza la historia de una estudiante de psicología, conformista, pero también soñadora, que, a pesar de su corta edad,

creía haber aprendido todo del ser humano a través de libros y psicoanálisis, sin tener ni idea de que el mayor aprendizaje lo da vivir.

Mi mundo se tambaleó de muchas formas aquella mañana, cuando el giro inesperado de los acontecimientos me situó en un pasillo muy largo y muy blanco, con cuadros relajantes y una mirada perdida que tenía que encontrar.

Si están aquí esperando una historia de amor sencilla o un cuento de hadas con final feliz, les sugiero que cierren el libro y sigan buscando. Hay novelas maravillosas repartidas por el mundo. Si, por el contrario, aceptan sumergirse en una aventura que es reflejo de la vida, con su montaña rusa, sus nudos en el estómago, sus corazones acelerados, sus dragones imaginarios y su princesa de ojos azules y mirada ausente, abróchense el cinturón de seguridad y contengan la respiración, porque aquí va nuestra alucinante historia.

Las hojas secas hay que dejarlas caer
Para que un día puedan volver a crecer.
OTOÑO

1

El ruido de la cafetera me hace salir corriendo del cuarto de baño. Esta manía que tengo de tardar tanto en arreglarme, un día como hoy, me puede pasar factura. Estoy a unas horas de comenzar mis prácticas y no debería llegar tarde.

Espabílate, Dulce.

Detengo el molesto sonido y, al mismo tiempo, siento como el delicioso aroma abarca todo el apartamento. Puedo notar un ligero temblor al agarrar la cafetera para servirme el café.

Hoy es un día importante.

Con mi taza favorita en la mano, voy bebiendo pequeños sorbos mientras termino de prepararme. Estoy segura de que mi estómago no aceptaría nada de alimento en este momento; por eso, mi desayuno se reduce a esta dosis de cafeína que, como mínimo, debe despertar mis neuronas. Adoro la hora del café. Esos minutos de tregua en los que el líquido calienta mi estómago y no importa nada más que eso. Ni siquiera es transcendente lo ocupada que pueda llegar a estar o la cantidad de lecciones que tenga que introducirme en la cabeza a base de estudio. No importa, el café es mi respiro.

«No se trata de dónde estés, si no a dónde quieres llegar».

Curiosa frase para adornar una taza que veo todos los días en varias ocasiones. Curiosa, porque cada vez que la leo, sonrío y me cuestiono, precisamente, eso: ¿a dónde quiero llegar? ¿Debería saberlo a estas alturas de mi vida?

Es probable.

Mientras comienzo a vestirme, observo mi reflejo a través del espejo y más preguntas me asaltan: ¿cómo he llegado hasta aquí? ¿En qué momento decidí que la carrera de psicología sería la más adecuada? ¿Servirá de algo todo lo que he estudiado durante los últimos años? ¿Y si no? ¿Y si aún no estoy preparada? ¿Qué haré entonces?

El sonido de un ladrido me sobresalta, consiguiendo que esas absurdas dudas desaparezcan. Miro a mi izquierda y le veo ahí, sentado sobre sus patas traseras, observándome con su cabeza de lado y arrancándome una sonrisa instantánea.

—No debería estar pensando tanto, ¿verdad? —le pregunto tras un suspiro. Él vuelve a ladrar, y yo vuelvo a sonreír.

A veces me cuestiono si realmente entiende lo que le digo. Un pensamiento muy lógico para una psicóloga.

Con esa cara de no haber roto un plato en su vida, intenta advertirme que, como siga un segundo más frente a este espejo, llegaré tarde, y entonces sí que empezaré fatal mi primer día de prácticas.

Quizás no elegí la ropa adecuada.

¿Qué tipo de ropa se suele llevar a un primer día de trabajo? ¿Informal? ¿Cómoda? ¿Elegante? ¿Por qué no existe una asignatura para esto en la carrera? Es absurdo sentirme tan insegura por algo que nunca me ha preocupado. Y, mi pelo, ¿qué? Debería ir a una peluquería y arreglar las consecuencias del desastre adolescente en el que me dio por experimentar con colores. ¿En qué momento habré pensado que el castaño oscuro que me regaló la genética no era mi mejor opción? Porque dicen que a la naturaleza hay que hacerle caso.

Con estas botas sin tacón, el jersey que me llega a la altura de las rodillas, un pantalón muy ajustado y el gorro de lana tan típico de otoño, siento como si fuera a pasar una tarde de cine y centro comercial.

Resoplo.

Por favor, Dulce, espabila. Segundo aviso. Si llegas tarde, en lo último que se van a fijar, será en tu ropa. Decido terminar de prepararme con un poco más de prisa, mientras mi Husky Siberiano blanco y de ojos celestes me persigue por toda la casa. Cuando consigo llegar a la puerta de la entrada y, con un rápido recuento, me aseguro de que lo tengo todo conmigo, otro ladrido me sobresalta.

Las llaves.

—¿Qué sería de mí sin ti? —Le acaricio con efusividad, mientras él me babea toda la cara—. Deséame suerte.

Responde con un ladrido gutural, cosa que hace siempre que le hablo y, tras darle un beso de despedida, abandono el apartamento.

Treinta minutos después aparco el coche en mi destino, cuento hasta diez y respiro hondo antes de salir. Solo tengo que caminar unos pasos para llegar a la puerta principal de la residencia, y si no fuera por el letrero gigante que hay en la entrada, cualquier persona diría que es un hotel o algo por el estilo. Demasiadas ventanas adornan la fachada y una verja separa la calle del edificio principal, donde, además, hay un cartel de madera encajado sobre el césped, que da la bienvenida al «Centro de salud mental: La Cascada».

Una residencia de enfermos mentales.

Aquí tendré que trabajar los próximos cuatro y larguísimos meses. Si no fuera porque conozco su actividad, incluso me daría paz y tranquilidad.

Atravieso la verja de la entrada y llego hasta la puerta principal del edificio donde un hombre alto, vestido de guardia, vigila que todo permanezca en orden. El trabajador me sonríe, le correspondo y continúo mi camino hacia la recepción.

—Buenos días —saludo, intentando captar la atención de una chica que teclea muy rápido en un ordenador.

—Buenos días —responde sonriendo—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy Dulce Andrade, comienzo mis prácticas hoy y...

—¡Ah, sí! —exclama—. Bienvenida, Dulce. La Doctora Andoni está esperando en su despacho. Deme un minuto para avisarla.

Solo tengo tiempo a ofrecerle una sonrisa, porque la chica pulsa un botón y, después de unos segundos, comienza a hablar por el micrófono que sale de los auriculares.

—Doctora, Dulce Andrade acaba de llegar —Mientras ella habla, desvío la vista hacia todas las pinturas que adornan las paredes de la recepción. Paisajes, océanos, árboles. Todo muy blanco y relajante. Sonrío ligeramente—. Sí, perfecto.

Vuelvo a centrar mi atención en ella cuando me doy cuenta de que su conversación ha terminado y abandona el mostrador para acercarse al ascensor que está detrás de mí. Introduce en él una llave y me

sonríe.

—Primer piso, que para el ascensor es el segundo, porque este es el cero y luego viene el jardín, final del pasillo a la izquierda, tercera puerta. Hay una placa con el nombre de la doctora, así que, no tiene pérdida.

Asiento con una sonrisa y el sonido de la puerta hace que me olvide de cualquier pregunta. La chica me desea suerte mientras va desapareciendo de mi vista cuando el ascensor se cierra. Observo los botones durante un momento y un eco de números sin sentido resuena en mi cabeza.

Mierda.

Final del pasillo. Una puerta con una placa. Primer piso. Si prestaras más atención a la gente no te pasarían estas cosas, psicóloga. Pulso el botón del primer piso y el ascensor vuelve a abrirse, pero, esta vez, por una puerta que he tenido detrás todo el tiempo. Al contemplar un desértico pasillo a mis pies y una ausencia total de puertas, frunzo el ceño y me cuestiono si estoy en el lugar correcto. Avanzo a toda prisa, porque esto de llegar puntual al sitio y perderme en el camino de la recepción al despacho es incluso más patético que si hubiera llegado tarde. Los cuadros parecidos a los de recepción no dejan de repetirse y una pared blanca no me había resultado nunca tan estresante como ahora; hasta que, de pronto, la pared se convierte en un ventanal tras el cual hay una especie de jardín muy verde, con árboles otoñales, bancos y personas. Personas, eso es justo lo que necesito. El siguiente paso es encontrar la puerta de acceso, así que, continúo avanzando y perdiendo el tiempo, porque esto parece más un laberinto que un pasillo. La desesperación crece, los documentos empiezan a estorbarme entre las manos, el gorro de lana me parece una idea pésima ahora mismo, porque estoy sudando y ya no sé si camino, corro, o una mezcla entre ambos bastante inservible.

Y cuando creo que las cosas no me pueden ir peor, un golpe contra mi cuerpo consigue que los papeles salgan volando y que pierda el equilibrio. En un acto reflejo, intento sostener eso con lo que acabo de chocar y me doy cuenta de que se trata de una persona. Una persona a la que estoy agarrando de los brazos.

Nuestros ojos se encuentran en medio de una confusión que parece detener el tiempo y paralizar mi cuerpo. Una mirada azul muy profunda me observa de manera fija y fría, consiguiendo que en mi espalda se formen pequeños caminos de hielo, de estos que amenazan

con romperse ante una mala pisada. Es una chica. Sus brazos son tan delicados que casi puedo sentirlos romperse también entre mis manos. Sus ojos son una locura, mientras que, a su mirada le falta luz y algún tipo de expresión.

Ella detiene el contacto visual para dirigir la vista hacia mis manos, devolviéndole al tiempo ese sentido que le robó hace un momento.

—Disculpa —Me apresuro a soltarla, pudiendo, al fin, mirar a otra parte que no sean sus ojos—. No me di cuenta de que venía alguien. Lo siento.

La chica vuelve a conectar conmigo.

Por un momento pensé que había dado con la persona que me ayudaría a encontrar el camino, pero ese pensamiento se evapora justo cuando ella, sin decir ni una palabra, continúa andando. Me doy la vuelta para ver cómo se aleja y mis esperanzas de que diga algo más, se desvanecen en cuanto desaparece de mi vista.

—Gracias —susurro, un poco confusa y aturdida

Sacudo la cabeza para volver a la realidad y recojo los papeles que la extraña chica me tiró al suelo, dispuesta a emprender de nuevo la marcha; y como si de una broma se tratase, al observar el jardín, la voz de la chica de recepción reaparece en mi mente: «Primer piso, que para el ascensor es el segundo, porque este es el cero y luego viene el jardín». A buenas horas.

No tardo demasiado en encontrar otro ascensor y llegar, esta vez sí, a la segunda planta, o la primera, con tanto lío ya no he perdido solo la noción del tiempo, sino también la del espacio.

«Dra. Marta Andoni».

Golpeo la puerta con algo de inseguridad después de respirar hondo y, al escuchar como una voz femenina me da paso, la abro sin perder más tiempo.

—¿Dulce Andrade? —pregunta después de alzar la vista.

—Siento el retraso. No recordaba las instrucciones que me dio la chica de la entrada y estuve varios minutos andando por la primera planta, después choqué con alguien, mis documentos se cayeron y... —Exhalo aire, tratando de recuperar el aliento y disminuir el sentimiento de vergüenza—. Bueno, en resumen, que me perdí.

—No te preocupes —Sonríe ofreciéndome su mano—. Es normal que estés nerviosa. Soy la doctora Marta Andoni, directora de La Cascada y tutora de tus prácticas los próximos cuatro meses.

—De verdad que lo siento, no volverá a ocurrir —Me disculpo otra vez, mientras estrecho su mano—. Encantada, Doctora Andoni.

—Puedes llamarme Marta. Siéntate, por favor. ¿Quieres café o algo de tomar?

—Café está bien, gracias.

Hago caso de su petición y me siento en una de las dos sillas que hay frente a su mesa. Ella se dirige a la cafetera eléctrica mientras yo me pongo a observar con curiosidad el despacho.

«Máster de no sé qué», «Certificado de no sé cuánto», «Reconocimiento estatal», «Colegio de doctorados», etc. ¿Cómo puede tener tantos diplomas enmarcados si no parece mucho mayor que yo?

Es una mujer joven, de ojos marrones y pelo oscuro muy brillante, que cae por debajo de sus hombros, tiene un cuerpo espectacular y es dolorosamente guapa. Su despacho tiene un pequeño diván de esos que se ven en todas las consultas de psicología que aparecen en las películas. Creía que eso solo era cosa de Hollywood y que en la vida real ningún paciente se sienta en un sofá a contarte sus problemas.

—Aquí tienes —interrumpe, ofreciéndome la taza de café y frunciendo el ceño con una sonrisa—. ¿En qué pensabas?

—En la universidad siempre me han dicho que lo del sofá en la consulta de un psicólogo, no era más que un mito de Hollywood.

—Y seguro que tienen razón —confirma observando el objeto—. Pero aquí va tu primera lección, Dulce: a partir de este momento vas a tener que olvidar todo lo que has aprendido en los libros y casi todo lo que tus profesores te han enseñado, porque la realidad de la experiencia necesita una mente muy abierta.

—O sea que, ¿mis últimos cuatro años son inútiles? Haberme avisado antes —bromeo con naturalidad, consiguiendo arrancarle una sonrisa.

—Siento el batacazo. Lo que quiero decir es que yo estudié lo mismo que tú y tuve unas notas muy parecidas a las tuyas, pero cuando sales a la calle y ves el mundo real, te das cuenta de que vas a trabajar con seres humanos; cada uno de nosotros, es un mundo distinto, y eso, no hay manual que lo pueda reflejar. Tu trabajo será tratar de entender ese mundo y ofrecerles las herramientas necesarias para que puedan entenderlo ellos también. Si en algún momento te dijeron que serías una heroína y que ibas a salvar a cualquier alma perdida, te mintieron. Ni siquiera estarás cerca de conseguirlo, porque solo hay una persona que puede salvar la mente de alguien, y es ella

misma. Nuestro trabajo consiste en darles los instrumentos adecuados y tener siempre claro que el mérito nunca va a ser nuestro. En cuanto al sofá —Se encoge de hombros—, fue muy tentador no sucumbir al mito. Tú también tienes uno.

—¿Un qué?

—Un diván como ese. En tu despacho.

—¿Despacho? —repito, sintiendo cómo la emoción va creciendo.

—Claro, si vas a trabajar aquí necesitas tener un despacho y las mismas condiciones que cualquiera de nosotros. Por eso, antes de comenzar a darte instrucciones y enseñarte el centro, tienes que firmarme esto. Es tu contrato y la declaración de privacidad, en él aceptas ejercer la obligación de sigilo profesional; nada de lo que digas, hagas o escuches, puede salir de esta residencia. Al estilo de «Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas», pero menos divertido. Los informes de los pacientes son confidenciales y en cuanto firmes este documento tendrás un acceso absoluto a ellos, así que, piénsatelo bien, porque elegimos una profesión en la que es difícil poner el límite entre lo profesional y lo personal. En muchas ocasiones te llevarás la frustración a casa, pero si necesitas desahogarte, consultar dudas o comparar opiniones, solo puedes hacerlo con alguno de nosotros. Tenemos un equipo fantástico en el que podrás apoyarte y del que estoy deseando que seas parte.

—No creo que el sigilo profesional me resulte muy complicado —Le sonrío mientras firmo los papeles

—No me digas que eres una de esas chicas reservadas, que pasan mucho tiempo ausentes, sin prestar demasiada atención al mundo porque están vagando por su propio mundo.

Levanto la vista para observarla sorprendida, porque su descripción no podía haber sido más exacta.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo años en esto —Me guiña un ojo—. He adquirido ciertas capacidades.

—Pues has dado en el clavo. Eso debe ser un don.

Ella vuelve a sonreír y cuando le entrego los papeles firmados, se queda mirándome unos segundos.

—Estoy segura de que tu personalidad reservada no es lo único que soy capaz de adivinarte.

Tiene una sonrisa tan sugerente ahora mismo que me obliga a preguntarme si es así de amable con todo el mundo o está

coqueteando de manera sutil. Podría sentirme muy intimidada, porque es guapa, porque es mi jefa y porque en otra vida podría ser una fantasía, pero en esta vida yo tengo una enorme facilidad para que estas cosas me den igual.

—¿Quieres que vayamos a conocer tu despacho?

—¡Claro! —acepto con una efusividad que le hace gracia.

Al abandonar su consulta, no tenemos que dar ni cuatro pasos para que se detenga en una puerta sin placa y la abra. Un ventanal enorme ilumina un espacio de diseño nórdico, con un escritorio, un ordenador y un diván igual al suyo. De hecho, todo el espacio es idéntico al suyo, salvo por algunos objetos personales.

—¿Te gusta? —pregunta avanzando tras de mí.

—Mucho —respondo emocionada—. Creo, incluso, que es demasiado para...

—Cuando lleves unos días aquí agradecerás tener un espacio confortable para trabajar. Y lo bueno es que si necesitas algo, estoy justo al lado.

—Muchísimas gracias. Estás consiguiendo que el pánico que sentía hace unos minutos empiece a desaparecer.

—Yo también estuve en tu lugar —Me sonríe con complicidad—. Y no hace mucho tiempo de eso.

—Llevaba días imaginando que la doctora Andoni sería una mujer bastante más mayor. Jamás imaginé encontrarme con alguien que, prácticamente, tuviera mi edad.

—La doctora Andoni, mi madre, sí es una mujer algo mayor que nosotras —confirma sonriendo—. Ella es la dueña y fundadora de este sitio, pero hace un par de años que me cedió el cargo de directora y es probable que la veas poco por aquí.

—Entonces, ¿La Cascada es algo así como, un proyecto familiar?

—Esa será tu primera labor aquí: conocer nuestra historia, cómo y cuándo comenzó todo, nuestra metodología, aspiraciones y objetivos, pero se podría decir que sí —afirma con brillo en los ojos—. Cuando tienes una madre que ama su profesión y siente verdadera vocación, es difícil que no te transmita dicho amor.

—Me gustan las personas que actúan por convicción y vocación, creo que son las únicas con posibilidades de cambiar el mundo.

Se percibe cierto atisbo de nostalgia en mi voz, cosa que, desde luego no era mi intención mostrar tan pronto. Sin embargo y para mi sorpresa, ella sonríe.

—Es el propio camino el que te va guiando hacia esa vocación, nadie nace sabiendo lo que quiere, y en esta sociedad tan cuadriculada, que nos impone un sistema del que no podemos desviarnos, lo único que se consigue es retrasar dicho descubrimiento. Si nos dejaran experimentar las diferentes posibilidades de nuestra propia educación, dejaríamos de estudiar para *ser alguien en la vida*, cosa que ya somos, y comenzaríamos a hacerlo por simple amor hacia el conocimiento. Para descubrirnos a nosotros mismos. Así que, no tardarás en descubrirte, te lo aseguro.

Es curiosa la manera en la que esta mujer parece saber siempre lo que pienso. Solo hace unos minutos que me conoce y es como si mi cerebro estuviera enviándole archivos repletos de información sobre mí, sobre mis dudas. Me gusta, porque con su cercanía y sus reflexiones está logrando que, minuto a minuto, mi inseguridad disminuya. Le sonrío y dirijo la vista hacia el gran ventanal al que me acerqué en medio de nuestra conversación. Abarca casi toda la pared que hay detrás del escritorio y eso consigue que el despacho sea muy luminoso. A través de él se ve el jardín de La Cascada y me hace sonreír el recuerdo de mi intento fallido de acceder a él. Es inmenso. No parecía tan grande, pero resulta que ocupa toda la parte trasera del edificio. Tiene muchas zonas diferentes, bancos, como en un parque, árboles cuyas hojas secas se expanden por todas partes, hasta una fuente muy grande en el centro, presidiéndolo todo. Hay vida. Una vida distinta. La que aportan esas personas paseando de un lado a otro, acompañadas o solas.

—Cuéntame —vuelve a irrumpir la voz de la doctora que, en algún momento, llegó hasta mi lado—, ¿ya sabes sobre qué vas a hacer tu proyecto?

—La verdad es que no —acepto con timidez—. Estoy un poco desorientada en ese aspecto. Ni siquiera sé si me quiero centrar en algún paciente en concreto o realizar una tesis sobre algún problema que predomine en el centro.

—Es normal que estés perdida, pero ya verás que, en unos días, cuando te habitúes y te sientas más cómoda, las ideas comenzarán a fluir.

—Eso espero.

Le sonrío y vuelvo a dirigir la vista hacia el cristal, pero antes de que mis ojos lleguen a enfocar el lugar en el que se detienen, el corazón me empieza a latir un poco más rápido. La voz de la doctora

se pierde en algún lugar del espacio porque ahí está otra vez esa chica. La misma con la que choqué en el pasillo y siguió de largo como si no hubiera pasado nada. Se encuentra sentada en un banco de madera, bajo el árbol con la apariencia más otoñal de todo el jardín. En sus ramas apenas quedan unas pocas hojas secas y puedo distinguir cómo una de ellas se desprende y cae de manera muy lenta sobre las piernas de la chica. Ella no se inmuta. Permanece impasible, mirando al frente, como si estuviera concentrada en algo y, en la más completa y absoluta soledad. Por primera vez puedo observarla con detenimiento, aunque sea en la distancia; su vestimenta es distinta a la de los demás, lleva ropa de deporte, un par de prendas bastante holgadas. No luce ninguna bata blanca similar a la de la doctora o el conjunto violeta que define a las enfermeras. Eso, no solo me sorprende, sino que me produce curiosidad.

—¿Quién es ella? —pregunto, como si mis pensamientos se acabaran de verbalizar sin permiso.

—¿Quién?

—Esa chica que está sentada en aquel banco. Antes de llegar a tu despacho me encontré con ella y tuvo una actitud algo extraña.

—Oh, ella —exclama al verla—. Es Anahí. Anahí Valente.

—Anahí Valente —repito, como si de esta forma el nombre me fuera a resultar familiar—. ¿Es auxiliar?

—¿Qué? —pregunta sorprendida—. No, claro que no. Anahí no es trabajadora del centro —aclara a continuación—. Es una paciente.

2

No sé cuánto tiempo estuve mirando por la ventana mientras repetía en mi mente la frase «Anahí no es trabajadora del centro, es una paciente». Tampoco sé por qué me sorprendí tanto, si eso explicaría la actitud que tuvo cuando nos encontramos: fría y ausente. ¿Por qué estará aquí?

—¿Te gustaría conocer las instalaciones? —pregunta la doctora Andoni.

Su voz me hace salir del trance y, al girarme, espera con esa sonrisa que parece un complemento habitual en su cara.

—Claro, me encantaría.

Salimos del despacho y comenzamos a caminar hacia el ascensor, dejando atrás la hilera de puertas blancas.

—Aquí terminan las consultas de los especialistas —explica—. Si continúas por este pasillo encontrarías las salas de psicomotricidad. Todos los días hacemos terapias por grupos e individuales. —Mientras yo asiento, el ascensor llega—. Como puedes ver, esta es la planta de las terapias. El edificio tiene tres pisos, el tercero está dedicado a las habitaciones y en el primero está el jardín y algunas salas de ocio. En el cero, que en realidad es el mismo, está la recepción, pero el botón solo se activa si introduces esta llave, y la puerta que se abre es la que tenemos detrás. Está hecho así para que los pacientes puedan utilizar el ascensor, pero solo el personal autorizado pueda acceder a recepción y salir del edificio.

—Hace un rato no parecía tan fácil.

Ella sonríe con un poco de ternura y creo que me sonrojo, porque estoy segura de que nunca se ha visto en una situación tan patética como la de que una alumna se pierda entre la recepción y su consulta.

—Tu llave —vuelve a hablar, extendiendo el objeto frente a mí. Lo miro un poco incrédula y alzo la vista interrogante—. Si no tienes una de estas tendrás que usar el diván de tu despacho como cama a partir de ahora, y la verdad es que no te lo recomiendo; es cómodo para un ratito, pero bastante limitado en cuanto a posturas. —La sangre debió acumularse de golpe en mi cara y seguro que la mandíbula se me descolgó, porque ella emite una pequeña risa—. A veces paso tantas horas aquí, que en algún momento tengo que dormir. Puedes volver a respirar y decirle a tu cerebro que borre esas imágenes perversas.

—Lo haces a propósito, ¿verdad? —pregunto con risa nerviosa.

—Si siempre vas a poner esa cara, me va a resultar muy difícil no caer en la tentación, Dulce.

—¿Eres así con todas tus alumnas en prácticas?

—¿Así de simpática y poco autoritaria? —Yo asiento y ella se encoge de hombros—. Eres la primera que tengo, así que, vamos a aprender la una de la otra.

El ascensor abre la puerta justo cuando ella me guiña un ojo y avanza, como si la escena estuviera escrita de manera explícita para que me deje pasmada una vez más.

—Como te decía, en esta planta está el jardín y las salas de ocio. Por lo general les gusta pasar tiempo al aire libre, pero si el clima no lo permite, tienen un espacio para la televisión, una biblioteca, habitación de juegos… —Va señalando a diferentes lugares como si fuera una azafata y yo intento seguirla como quien intenta seguir la bola en un partido de tenis—. Si voy demasiado rápido, me frenas, ¿vale? Te doy permiso.

—Tendré que hacer varias excursiones para conocer bien todo esto. Es más grande de lo que esperaba y los pasillos parecen un poco interminables.

—Dentro de dos días te lo sabrás de memoria, créeme, pero procura venir media hora antes, por si vuelves a perderte.

Abre la puerta del jardín y me sonríe de la misma manera que lo hizo al salir del ascensor, sin darme tiempo a réplica, cuando ya está avanzando de nuevo. El lugar es mucho más impresionante desde esta perspectiva. Tiene un olor a naturaleza muy agradable y las personas están a lo suyo, completamente ajenas a quién entra o quién sale.

Intento hacer fotografías mentales de todo; de quienes leen bajo la sombra de algún árbol deshojado, de quienes compiten en algún juego de mesa, de quienes pasean mientras hablan con la nada. La única diferencia que veo entre este sitio y un parque de la ciudad, es que algunas personas van en pijama y no hay perros correteando.

—¿Te sorprende tanta normalidad? —pregunta la doctora.

—Hay más tranquilidad de la que me esperaba —reconozco.

—La Cascada suele ser un lugar muy tranquilo. Me gusta definir este centro como un espacio donde las personas convivan en armonía y lleven una vida lo más normalizada posible. Presenciarás muchas crisis, no te voy a mentir, pero, tanto psiquiatría como el resto del equipo, estamos muy pendientes y…

La voz de la doctora empieza a perderse en el aire cuando en mi recorrido se cruza la visión de aquella chica. Me asalta, a modo de flashback, la escena en la que mis papeles saltaron por los aires mientras sus ojos me congelaban el cuerpo. Al volver a este plano me doy cuenta de que sigue igual que cuando la vi por la ventana; sentada en el mismo banco, mirando al frente y sin dejarse perturbar por la presencia de una auxiliar que le habla al tiempo que sostiene una bandeja.

—Y otras, como ves, hacen como si no existieras.

La voz de mi acompañante vuelve a captar mi atención, provocándome una lucha entre el cerebro, que quiere indagar más en el asunto, y los ojos, que no son capaces de apartarse de aquel banco.

—¿Por qué? —pregunto.

—Muchos atraviesan esa etapa cuando ingresan; no quieren estar aquí, es un cambio muy brusco y se aíslan del resto con una especie de estado de shock transitorio. Sin embargo, con Anahí es diferente; ella no está en shock, es consciente de todo, pero se niega a pronunciar una palabra, a interactuar con alguien e, incluso, a mirarnos. No la he visto mantener contacto visual con nadie desde que llegó. Ni siquiera con sus familiares. Siempre la verás leyendo, escribiendo, escuchando música o mirando a la nada, pero nunca la verás hablando con alguien. Es como si el mundo no existiera para ella.

¿Por qué?

—Ven, vamos a acercarnos.

Mis pies avanzan por inercia detrás de la doctora, con el corazón un poco nervioso a medida que se recorta la distancia. La auxiliar parece frustrada y la chica parece en otro plano. La miro con

detenimiento. ¿Estaría presente cuando chocamos en el pasillo? Porque todo apunta a que no. Es delgada, y eso no me sorprende, porque pude sentirlo al agarrar sus brazos, que parecían estar a punto de romperse. Sin embargo, no he sido consciente de su extrema delgadez hasta ahora. Parece una muñeca muy frágil. Tiene el pelo largo y de un tono dorado muy parecido al de las pocas hojas que le quedan al árbol que le está dando sombra. Su rostro está muy pálido, igual que sus manos, pequeñas, con unas uñas muy cortas y una línea blanca que las atraviesa. A simple vista podría pasar por una de esas princesas que aparecen en las películas animadas, pero si la observas un poco, te das cuenta de que su piel no desprende vitalidad y está envuelta por un halo de oscuridad que estremece. Y, al mismo tiempo, es insultantemente guapa.

—Dulce —La voz de la doctora me sobresalta—, te presento a María. Ella es una de las auxiliares que trabajan en este turno.

—Encantada, doctora Andrade —Extiende su mano con amabilidad.

—Por favor, llámame Dulce. Aún no asimilo eso de ser doctora.

—Tu primer día es perfecto para empezar a acostumbrarte —interviene Marta con su habitual sonrisa—. ¿Seguimos con la visita?

—¿Qué hago con esto, doctora?

La chica mira con preocupación la bandeja de comida que tiene entre sus manos y resopla frustrada.

—Llévalo a la cocina y más tarde vuelves a intentarlo, no te preocupes.

La auxiliar asiente y ambas se quedan observando a la chica en medio de un incómodo silencio y una preocupación palpable. Ella, sin embargo, continúa mirando a la nada, como si la cosa no fuera con ella.

—¿Y si dejan la bandeja a su lado? —Resulta que lo pregunté en voz alta y que, ahora, las dos me miran sorprendidas y a la expectativa—. Quiero decir que si alguien estuviera encima de mí, esperando que haga algo, yo no lo haría. Quizás si ella tuviera la comida a su alcance, comería cuando le apetezca o cuando se sienta preparada. Sé que no es un gran método, pero… No sé.

Marta y María se miran durante unos segundos, volviendo a crear un silencio que esta vez me incomoda mucho más. ¿Por qué te metes, Dulce?

—Me temo que es un poco más complicado que eso, Dulce —

interviene la doctora—. Pero tienes razón, no perdemos nada con intentarlo y si hay alguna posibilidad de que Anahí se coma su ración diaria, desde luego no ocurrirá mientras la estemos presionando.

—A nadie le gusta sentirse controlado.

—Eso es verdad —acepta sonriendo—. María, vamos a seguir la primera intervención de la doctora Andrade. Que sea Anahí la que decida cuándo comer.

La auxiliar acepta con una sonrisa de alivio, tal vez porque esto puede librarla de tener que volver a frustrarse más tarde y ambas retoman el camino para seguir enseñándome el jardín. La chica sigue sin inmutarse, como si estos minutos hablando sobre ella no hubieran ocurrido. Me genera tanta curiosidad, que mi cerebro es incapaz de ser tan rápido como el de mis acompañantes y me rindo al impulso de quedarme mirándola un momento. Tiene que sentirlo. Tiene que darse cuenta de que la estoy mirando. No puede ser que no haya escuchado nada de lo que hemos dicho. Suspiro, y cuando estoy a punto de apartar la vista para marcharme, sus ojos conectan con los míos de una forma tan rápida que me corta la respiración. Por la espalda me vuelve a subir ese frío que sentí en el pasillo, porque ella me está mirando de la misma manera, sin expresión, y el corazón me late muy deprisa, nervioso, como si me estuviera diciendo: reacciona, Dulce, sonríe, di algo. Pero, no solo las palabras se quedan atascadas al borde de mis labios, sino que el tiempo parece no avanzar y mi cuerpo vuelve a perder capacidad de acción. Esa frialdad y profundidad de sus ojos azules logra atravesarme sin mucha compasión y me sorprende encontrarme en esta tesitura tan desconocida.

—¡Dulce! —exclaman desde la lejanía.

Me doy la vuelta por puro instinto de supervivencia y la doctora Andoni me hace señas para que las alcance. Intento volver a mi antigua posición antes de hacerlo, porque ahora mismo no sé bien dónde está la supervivencia, pero sus ojos y los míos ya no se vuelven a encontrar y me dejan una sensación de vacío bastante incómoda. Ella sigue mirando al frente, como si lo que acaba de pasar hubiera sido producto de mi imaginación, y yo sacudo la cabeza antes de esbozar una pequeña sonrisa que no sé muy bien lo que significa.

Todo fue bastante normal durante el resto de la mañana. Marta me

presentó a algunos miembros del equipo y me dio las claves para acceder a los informes médicos, además de enseñarme cómo hacerlo. Me gusta el ambiente de trabajo y el lugar, así que, se puede decir que mis nervios iniciales fueron desapareciendo paulatinamente.

—¿Dónde está mi cachorro? —pregunto al abrir la puerta de mi apartamento y ver a White en un intento de saltar, mover el cuerpo como una culebra, aullar con un juguete en la boca y echar las orejas hacia atrás. Todo al mismo tiempo. Así de efusivo es él.

Hace un año que White y yo somos compañeros de vida y es, sin duda, la mejor decisión que he tomado. Nos conocimos en una fiesta a la que tuve que ir con mi familia porque bautizaban a la nieta de unos viejos amigos. Las multitudes no son mi especialidad, así que, cuando me di cuenta, me había escabullido hasta el jardín de la casa, donde un columpio me estaba resultando más interesante que cualquier tipo de socialización con la humanidad. De un momento a otro empecé a sentir unas ligeras cosquillas en mis pies y cuando miré hacia abajo, descubrí a una pequeña bola de pelo muy blanca, con los ojos azules más bonitos que había visto en mi vida. Él intentaba escalar por mis piernas y yo no pude resistirme a sus encantos. Lo subí a mis brazos y en ese instante descubrí su afición a babearme la cara. Se creó una conexión inmediata entre nosotros, y cuando Claudia, la hija de los dueños de la casa, me dijo que estaban intentando vender a la camada que habían nacido hace dos meses, toda mi inseguridad por la responsabilidad que suponía compartir vida con un animal, desapareció. Él no se despegó de mí en toda la noche y yo supe que no me despegaría de él durante el resto de su vida. Nos elegimos el uno al otro. White se había ganado mi corazón y convertido en mi mejor amigo, apenas unos minutos más tarde de haberlo conocido, cosa que, hasta ahora, ningún ser humano ha logrado.

Claudia y yo solemos quedar en un parque cercano para que madre e hijo jueguen hasta el cansancio mientras nosotras nos ponemos al día con cosas de la universidad o de sus ligues. Se ríe cada vez que grito «White» en medio del parque y dice que le da vergüenza ajena la poca originalidad que tuve a la hora de elegir el nombre. Yo estoy cansada de repetirle que no le puse White porque fuera el único cachorro blanco de su manada, sino porque *White Fang* es mi película favorita y siempre había soñado con tener un Husky Siberiano como *Colmillo blanco*, pero a ella le da igual, se sigue riendo porque le gusta demasiado molestarme y porque se ríe hasta en un funeral.

—¿Quieres ir a la calle?

Su ladrido y su forma de revolotear hacia el mueble donde guardo su correa es un sí rotundo.

La tarde comienza a caer y la hora dorada que tanto me gusta para fotografiar anuncia la inminente llegada de la noche mientras White y yo jugamos a lanzar la pelota. Una de estas veces corre en dirección contraria, obligándome a girarme para ver a Claudia aparecer con Maya. Madre e hijo se ponen a corretear a nuestro alrededor, como si los hubiera poseído un demonio y mi amiga intenta llegar a mi altura sin ser abatida.

—Menudo par —Se ríe al conseguirlo sana y salva—. No te esperaba por aquí a estas horas, Dulcesita.

—Vuelve a llamarme así y te retiro la palabra —respondo provocándole una carcajada—. Creo que a partir de hoy solo coincidiremos a esta hora.

—¡Es verdad! ¡Tus prácticas! ¿Cómo fue el primer día? Vete preparándome, que el año que viene me toca.

Cuando Claudia me hace esa pregunta, viene a mi mente la llegada tan estrepitosa que tuve y los ojos de esa chica mirándome en medio de un pasillo que no parecía ser ni de esta dimensión. No había vuelto a pensar en ella desde nuestro último encuentro, pero, al parecer, esos ojos tienen el poder de provocarme escalofríos incluso en la distancia.

—Joder, menuda cara de mala leche. Pues sí que fue mal.

—¿Qué? —pregunto confusa al recordar que Claudia sigue aquí—. No, no, para nada. Fue estupendo. Un sitio muy normal.

—¿Normal? —cuestiona alzando una ceja—. ¿Ningún suceso digno de contar? ¿Alguien echando espuma por la boca? ¿Gritos?

—¿Te crees que fui a hacer prácticas al rodaje del Exorcista? —Ella se encoge de hombros con decepción y yo sonrío, porque no puede ser más bestia—. Solo fue el primer día, déjame disfrutar la tranquilidad de los comienzos. Ya tendré tiempo de vivir emociones.

Mi amiga no parece muy conforme, pero aunque no le haya contado del todo la verdad, porque Anahí es un suceso digno de mencionar, tampoco iba a decirle «Pues mira, Clau, espuma por la boca, no; pero corazones acelerados, el mío, unas cuantas veces. Porque resulta que he conocido a la chica más guapa de la tierra, que

además ignora a cualquier ser humano que se le acerque y por tu culpa acabo de acordarme de ella».

Claudia y yo tenemos bastante complicidad desde la noche que decidí adoptar a White. Ella también se mudó a la ciudad con Maya y vamos a la misma universidad. De vez en cuando salimos de fiesta y la veo bailar sin parar hasta que las discotecas cierran. Yo soy un poco más de cenas tranquilas, conversaciones agradables, y aunque me gusta salir y bailar, como a casi cualquier persona de veinticuatro años, la verdad es que sus veintitrés son mucho más fiesteros que los míos. Siempre termino retirándome a algún lugar apartado para observarlo todo, hasta que viene y me roba la bebida con mucho descaro. También aprovecha para acusarme de ir de buena y en realidad estar echándole el ojo a todas las mujeres que me pasan por delante. No es verdad, pero le gusta demasiado molestarme. Dice que no entiende mi soltería, que si fuera lesbiana ya me habría *empotrado en algún baño*. Literalmente, utilizó esas palabras, y es la única baza que tengo a mi favor para fastidiarla algunas veces cuando está sobria, porque borracha se sentiría muy orgullosa de sí misma. Yo le suelo responder que no me interesa abandonar mi soltería y que si el mundo dejara de vendernos una vida en pareja, estaríamos menos frustrados.

Me considero una chica romántica, creo en el amor, pero en un amor que todavía no he encontrado. Quizás por eso me cuesta tanto abrirme y comprometerme. No es que sea una persona exigente, es que creo que existe algo que aún no he conocido; un tipo de sensación que no me dará tregua, un sentimiento que me abordará de tal manera, que no podré elegir antes de darme cuenta de que estoy hasta el cuello. Puede que lo esté idealizando demasiado, o puede que, me paso la vida tan sumergida en mi propio mundo, que cuando alguien intenta entrar en él, se encuentra con un muro de hormigón.

Al llegar a casa le pongo agua a White y me voy directa a la ducha antes de dejarme caer en el sofá, porque después no me levantarían ni con una grúa. Una vez enfundada en el pijama, con el pelo todavía húmedo y una sensación de relajación total en mi cuerpo, voy a la cocina para prepararme una ensalada. White me persigue de un lado a otro, esperando que le dé algo de queso. A veces no sé si tengo un perro o un hámster.

Cuando vuelvo al sofá, la televisión no consigue entretenerme, así que al terminar de cenar decido sumergirme un poco en las profundidades de internet. El sueño empieza a acapararlo todo mientras compruebo mi correo y las novedades de alguna red social, pero White, que se ocupa la mayor parte del sofá, alza la cabeza para mirarme con cara de no romper un plato.

—El día que decida ponerte límites me mandarás a dormir a tu cama —Él emite un pequeño gruñido, como si estuviera de acuerdo con esa afirmación—. ¿Los psicólogos normales suelen hablar con sus perros? No soy más que una chica corriente hablando con un cachorro muy grande que está a punto de echarla del sofá. ¿A quién voy a poder ayudar yo?

White ladea la cabeza, volviendo a emitir otro gruñido y observándome con esos ojos azules que la noche vuelven un poco más oscuros. Anahí los tiene de un tono muy distinto y, desde luego, no me miran de la misma manera. Ni siquiera estoy segura de que ella me haya mirado en alguna de las dos ocasiones o, simplemente, nuestros ojos coincidieron en el espacio. Dejo escapar un suspiro y White vuelve a gruñir.

—Hoy conocí a una chica con los ojos azules. No son como los tuyos, porque a ti se te ven muy blancos por el día y ella los tiene de un azul un poco más grisáceo; aunque también se le veían reflejos turquesas alrededor de la pupila, o al menos, eso me pareció en las milésimas de segundo en las que nuestros ojos conectaron. ¿Conectaron? ¿O solo se encontraron? —dudo ante su atenta mirada —. ¿Sabes? Algo me dice que en el fondo de ese gris hay algo escondido. Me pregunto por qué. ¿Qué puede haber apagado la luz de una mujer como ella?

Observo un momento el ordenador portátil y vuelvo a activar mis manos cuando una idea me ronda la cabeza. Me muerdo el labio inferior, sin estar muy segura de que buscar su nombre en internet sea lo más apropiado, pero con muy poca voluntad para evitarlo.

—¿Cómo era? Anahí… Anahí, ¿qué?

Intento volver al momento en el que la veía desde la ventana y Marta me hablaba por primera vez sobre ella. Sonrío con el corazón un poco acelerado al visualizarla de nuevo sentada en aquel banco, ignorando todo a su alrededor.

«Oh, ella. Es Anahí. Anahí Valente».

Comienzo a teclear el nombre en el buscador con tantos nervios

que parece que no he mecanografiado en mi vida.

«Anahu Calenre»

White emite un ladrido demasiado sonoro para estas horas, quizás porque le estoy transmitiendo mis nervios o quizás porque se avergüenza de su humana.

—Ya lo sé, estoy rompiendo la primera regla, pero solo quiero saber si hay algún dato de ella en internet. No es tan grave, al fin y al cabo, mañana podré buscar su informe de todas formas —Me justifico ante White como si me estuviera acusando de algo y le saco la lengua antes de probar a teclear de nuevo

«Anahí Valente»

«Enter»

En cuestión de segundos varios resultados con su nombre aparecen en el buscador. Solo tuve tiempo a leer el titular de uno de ellos, cuando mi corazón da un vuelco y se me contrae el estómago.

«Anahí Valente y su intento de suicidio»

Hago clic en el título y mi conexión parece volverse prehistórica de repente, porque nunca había tardado tanto en cargar una página como ahora.

Anahí Valente y su intento de suicidio.

Como ya hemos venido anticipando, la hija menor del famoso empresario, Oliver Valente, intentó acabar con su vida hace unas semanas. Fuentes cercanas a la familia aseguran que la joven lleva años sumida en un problema de drogas que la han acercado a su deterioro físico y mental, hasta el punto de querer ponerle fin a su existencia. Se desconoce el método utilizado por la joven Valente, pero los rumores apuntan a que una sobredosis controlada fue la causa del «accidente». Como podemos observar y como hemos comprobado a lo largo de los años, la fama y el dinero desde una edad muy temprana, pueden introducir a los adolescentes en un mundo de fiestas y oscuridad, en el que siempre quieren recibir más. Al menos ese es el único motivo coherente que encontramos para que una persona que lo tiene todo, desprecie su vida de tal forma.

Permanezco varios minutos con la vista clavada en la pantalla, leyendo las mismas líneas una y otra vez. No soy capaz de procesar ni

asimilar la noticia. Desde el primer momento en que la vi, sentí que Anahí no tenía ninguna enfermedad mental, al menos no una que la obligara a estar ingresada en un centro como La Cascada. Hay algo en ella que es diferente, puede que su mirada esté ausente la mayor parte del tiempo, pero la he visto mirándome a los ojos y aunque me pregunte si en realidad me estaba viendo, algo me dice que sí.

Anahí no tiene adicción a las drogas.

Estoy segura de que ese no es el origen de su problema. Tiene que ser otra cosa. Pero, ¿qué cosa? ¿Qué cosa la hizo sentirse tan vacía como para querer dejar de vivir?

El corazón se me encoge de manera repentina y un nudo muy incómodo se forma en mi garganta.

Tienes que averiguarlo, Dulce.

3

El ruido del ascensor cerrándose detrás de mí me sobresalta y me hace volver a una realidad en la que, por inercia, vuelvo a estar en el primer piso de La Cascada. Bueno, por inercia o por ganas de tropezar, nunca mejor dicho, con la misma piedra. Hoy tengo mis papeles a salvo de accidentes y avanzo tan atenta a cualquier pequeño ruido del pasillo, que sería imposible chocar con ella. Es absurdo que estés repitiendo el mismo recorrido solo para verla, Dulce; básicamente, porque nada te da la certeza de que esa chica vaya a estar aquí, como si repitiera el camino todos los días o como si fueras a tener la suerte de encontrarla a la misma hora y en el mismo lugar. Esas cosas no pasan en la vida real, pero tú te empeñas en ir a por la piedra y pensar tonterías mientras observas unos cuadros relajantes que no te relajan nada.

Estoy más nerviosa que ayer y eso sí que es raro.

El sonido de unos pasos aproximándose consigue que mi corazón se acelere, como si se tratara de un acto reflejo o un mecanismo de defensa, como si ese órgano se hubiera empeñado en transportar un oxígeno muy necesario al resto de mi cuerpo. Estoy segura de que se me dilatan las pupilas en un intento inútil de averiguar quién se acerca, pero el esfuerzo no dura demasiado, porque mis pulsaciones aceleradas cobran sentido cuando Anahí gira la esquina que conecta nuestros caminos. El estómago se me contrae y contengo la respiración, los nervios aumentan de una manera descabellada, ni siquiera recuerdo que un examen en el que me jugara la carrera,

consiguiera desestabilizarme de esta manera. Ella se acerca con paso firme, mirando al frente y sin reparar en mi presencia. Yo, parezco petrificarme y no soy capaz de hacer nada con mi cuerpo hasta que el olor de su pelo al pasar, me hace darme cuenta de que ya no está. Se desvaneció tan rápido como apareció, sin saludar, sin mirarme, sin darse cuenta de mi existencia. Nada.

Me doy la vuelta muy confundida, teniendo un *déja vù* de nuestro primer encuentro, cuando la observo marchar y desaparecer por algún lugar del inmenso pasillo. Aprieto los dientes y frunzo el ceño. ¿Qué acaba de pasar? No sé qué pretendía encontrar viniendo aquí ni por qué pensé que su actitud conmigo podría ser diferente a la que tiene con el resto de seres humanos, pero la curiosidad que empiezo a sentir por esa chica se parece mucho a la sensación que tengo ahora mismo en el estómago: un hormigueo imperceptible que fue creciendo con el sonido de cada paso.

Dulce, la despreocupada, intentando encontrarle la lógica a algo, qué ironía.

Llego a mi consulta como una bala perdida y ocupo el asiento frente a la pantalla del ordenador. Respiro hondo mientras el aparato se pone en marcha, cierro los ojos e intento no escuchar el latido de mi corazón, que ha vuelto a acelerarse, quizás por la carrera o quizás porque tengo miedo de lo que vaya a averiguar. La tregua solo sirve para aumentar mi ansiedad, así que, abro los ojos y tecleo las claves para acceder al sistema y buscar los informes de los pacientes. Miles de historiales se desvelan frente a mí; una lista interminable de nombres que ni siquiera me detengo a leer, porque decido teclear su apellido en el buscador. Pasan unos segundos muy largos antes de que el sistema me muestre una carpeta titulada «Valente, Anahí». Intento abrirla con tanta torpeza, que en lugar de eso, consigo que me dé la opción de renombrarla.

Segundo intento: estoy dentro.

Lo primero que veo es una foto de ella. No debe ser muy actual, porque hay algo diferente en su expresión; no tiene ese color tan pálido que luce ahora en la cara ni hay rastro de sus marcadas ojeras, lleva el pelo suelto, a la altura del pecho, y parece muy cuidado. Sus mejillas tampoco se ven tan hundidas como ahora. Pero, si hay algo que me llama la atención, es su sonrisa; puede ser porque es la primera vez que la veo o porque no me había cuestionado hasta el momento lo seria que ha estado en las cuatro ocasiones que la he

observado. Tiene una sonrisa alucinante. ¿Por qué ya no sonríes, Anahí?

Anahí Gabriella Valente.

Sonrío y niego. ¿Odiará tanto su segundo nombre como yo el mío?

Veintiséis años.

Motivo de ingreso: Intento autolítico.

Siento una pequeña punzada en el pecho al corroborar que la información de internet es cierta, porque una cosa es saber que el suicidio es la segunda causa de muerte en la juventud de 15 a 29 años, y otra muy diferente, tener cerca a alguien que lo ha intentado. Vuelvo a respirar hondo antes de continuar.

> Diagnóstico previo: Trastornos de la conducta alimentaria continuados en el tiempo. Se establece y determina que, la Sra. Anahí Valente presenta síntomas relacionados con dificultad persistente para comer adecuadamente e incapacidad significativa para aumentar de peso. Además, se han hallado evidencias de conductas compensatorias inapropiadas como la provocación del vómito, lo que se traduce en un resultado de *anorexia nerviosa* con episodios bulímicos. La paciente se niega a colaborar, por lo que, ha sido imposible diagnosticar el origen de dichas conductas a fin de trabajar sobre ellas.

Me quedo tan en shock que soy incapaz de seguir leyendo. Tengo el estómago hecho un nudo y el corazón hace eco en las paredes de esta habitación semivacía. ¿Anorexia nerviosa con episodios bulímicos? No termino de asimilarlo y me siento muy ignorante, porque lo único que pasa por mi mente es cómo una chica tan atractiva puede padecer un trastorno de ese tipo. Sé que es la pregunta que cualquier persona se haría si la ve, pero al mismo tiempo, también sé que es la más absurda; porque aquí no importa si el mundo cree que es guapa, fea, delgada o tiene sobrepeso. Aquí lo que importa es que, esté relacionado con el aspecto físico o no, Anahí tiene algo que la está consumiendo por dentro. Me parece indignante que la prensa se atreva a juzgarla cuando no tienen ni idea, me parece tan peligroso que esos medios se dediquen a desinformar sobre un problema tan grave y difícil de solucionar. En cierta forma, me alegro de que esté aquí, menos expuesta y más «protegida». No sé si tengo el corazón tan

acelerado por el pánico o por el enfado, no sé si tratar la drogodependencia sería más sencillo que un TCA, pero sí sé que, para que eso sea posible, Anahí tiene que permitirnos entrar. Y tampoco sé cómo de conveniente es que empiece a utilizar la segunda persona del plural en mi segundo día en este centro.

¿Qué puede haberla llevado hasta ese punto?

No empieces a implicarte, Dulce.

¿En qué momento se me ocurrió escoger esta profesión?

Pues la escena no era muy diferente a esta. Fue una mañana de hace casi cinco años, estaba en el escritorio de mi dormitorio de toda la vida, observando el jardín en el que tanto empeño ha puesto mi madre desde que tengo uso de razón. Tenía dos opciones sobre la mesa: estudiar Trabajo Social en la universidad de mi ciudad, quedándome en la misma casa, en el mismo barrio y viendo todos los días a las mismas personas o, por el contrario, estudiar Psicología en la universidad de la capital y empezar una nueva vida con ayuda económica de mis padres. Para ellos era la mejor opción, porque veían un futuro más decente en esta profesión. Para mí, Trabajo Social implicaba saciar esas ganas que siempre tuve de cambiar el mundo. Sin embargo, la necesidad de volar también entraba en la ecuación y, al final, me decanté por una carrera en la que, de igual manera, terminaría ayudando a las personas.

No me ha ido nada mal. Durante estos cuatro años he estudiado mucho, he mejorado con la guitarra y he ampliado mis conocimientos y aptitudes fotográficas, hasta tal punto que, me han ido saliendo algunos trabajos que me permitían no depender tanto de la ayuda de mis padres. Estar en un estudio haciendo fotos de carné no era mi gran sueño, pero, mientras tanto, mi jefe me dejaba acompañarlo a eventos los fines de semana y ejercer de ayudante, cosa que me permitió aprender mucho y empezar a ofrecer mis propias sesiones. Y quizás por esto sigo chocando tanto con la carrera que decidí estudiar, porque esta profesión es muy técnica, muy coherente y muy racional, mientras que, yo, soy más emoción que razón. Siempre he soñado con vagar por el mundo en busca de momentos dignos de capturar con mi gran angular. ¿Es tan incompatible?

—¡Dulce! —La voz de Marta Andoni me saca de los recuerdos con un poco de brusquedad. La miro confusa, porque no entiendo qué hace parada en el umbral, con los brazos cruzados y frunciendo el ceño a la vez que sonríe.

—Doctora Andoni…

—Marta —corrige—. Perdona que haya entrado, pero es que te he llamado tres veces y no me hacías caso.

—No, no, perdóname tú a mí. Estaba un poco ausente.

—¿Un poco? —Se ríe burlona—. Pues cuando estés muy ausente, avísame, para gastar mi energía hablando con la pared. Tengo más posibilidades. —Creo que debo sonrojarme, porque ella niega antes de volver a fruncir el ceño—. ¿Pasa algo?

—Solo estaba recordando el momento en el que decidí estudiar esto.

—¿Un día aquí y ya te estás arrepintiendo? Debo ser un fracaso de profesora.

—Eres una profesora estupenda —aclaro con una sonrisa—. Y si en algún momento me hubiera arrepentido, desde luego que no ha sido después de conocer este lugar.

Ella se queda observándome con intriga mientras yo desvío la mirada hacia la pantalla y vuelvo a encontrarme con la foto de Anahí junto a todo lo que acabo de leer sobre ella. Un escalofrío me recorre la espalda y me obliga a enfrentar de nuevo la mirada de mi jefa.

—Parece que me estás analizando —bromeo.

—Lo intento, pero no lo pones fácil, chica de pocas palabras.

—Soy de pocas palabras, pero si quieres saber algo, solo tienes que preguntarlo.

—Lo mismo te digo, Dulce. Mi intuición me grita que te estás mordiendo la lengua ahora mismo. ¿Me equivoco?

Frunzo el ceño sin dejar de sonreír. ¿Esta mujer lee la mente?

—Me gustaría saber algo —confirmo, ganándome una expresión de satisfacción por su parte. Permanece en silencio, esperando a que continúe y yo empiezo a arrepentirme mientras me sudan las manos —. Estaba hace un momento aquí, leyendo el informe de… Anahí Valente —Hago una pausa para tantear el terreno, porque no quiero que se me note un interés excesivo en esa chica, pero al ver que la expresión de Marta no cambia ni un ápice, me animo a continuar—. ¿TCA?

—Sorprendente, ¿verdad? —El corazón me da un vuelco, porque una parte de mí seguía esperando que el informe no fuera correcto—. Por eso María estaba en su lucha diaria «Anahí vs. Comida» cuando salimos al jardín ayer.

—Siento haberme metido. No tenía ni idea. Aunque tampoco es

que tenga muy claro el protocolo a seguir en estos casos.

—Los Trastornos de la Conducta Alimentaria son muy complicados y no hay una pócima secreta para tratarlos. Tienen salida, por supuesto, pero solo para las personas que quieran salir. Anahí no está interesada en recibir ningún tipo de ayuda y esto lo dificulta todavía más.

—Pero, ¿por qué está aquí? Por lo que he visto, La Cascada acoge otro tipo de enfermedades. ¿No debería haber ingresado en un centro especializado?

—Debería. Nosotros no estamos del todo preparados para suplir ciertas cosas que ella necesita, pero Anahí está aquí por su intento de suicidio; la decisión la tomó su padre y, aunque esto que te voy a decir sea muy poco profesional, creo que lo hizo pensando más en evitar el escándalo que en su hija. Es un hombre un poco difícil, ya lo conocerás.

—Si prefiere que el mundo especule con una posible drogodependencia de su hija, en lugar de afrontar el problema que realmente tiene, debe serlo —Marta frunce el ceño, entre confusa y sorprendida, y yo quiero que la tierra me trague por ser tan torpe. Que el dato de las drogas te delata a ti misma, Dulce, por favor, pareces nueva—. ¿Cómo pasó?

—Ingirió 26 pastillas. Ansiolíticos, somníferos y hasta antiinflamatorios. Un cóctel molotov para su estómago. —Mientras los ojos de Marta se engrandecen de manera exagerada, mi corazón se vuelve más pequeño. Se me forma hasta un nudo en la garganta y ganas de llorar, porque no puedo llegar a imaginar lo imposible que Anahí debe ver la salida, si su solución fue esa—. Pero si lo que te interesa saber es qué la llevo hasta tal punto, solo ella te lo podría responder. Toda la información que tenemos es que hace un mes ingresó en el hospital por una sobredosis de antidepresivos y cuando le dieron el alta, su padre decidió que la mejor opción sería ingresarla en un centro privado donde estuviera vigilada para que no pudiera volverlo a intentar. La información que nos llegó con ella fue que, desde hace un año tiene diagnosticada anorexia nerviosa restrictiva y una serie de fármacos que, según algún profesional, pretendían curarla. Personalmente creo que el diagnóstico y el comienzo de la enfermedad están a años luz.

—¿Y ella qué dice?

—Ella no habla, Dulce. No ha dicho una palabra desde que está

aquí. Lo poco que sabemos nos lo ha contado su novio en las visitas y, según él, Anahí llevaba una vida bastante normal. Se enteró de sus TCA porque hace un año se desmayó en plena calle, pero el chico también creía que, gracias a las pastillas, lo tenían controlado. Sus exámenes clínicos empezaron a mejorar, así que, no había de qué preocuparse; salvo porque esa chica se convirtió en una perfecta escapista y, mientras todos creían que mejoraba, su infierno se volvía cada vez más grande. Su padre, sin embargo, no es muy colaborador y a ella no hemos conseguido llegar de ninguna forma. Era de vital importancia que Anahí experimentara algún tipo de emoción los días posteriores al incidente: rabia, ira, dolor, lágrimas, risa… cualquier cosa. Pero, ni su padre, sus amigos o su pareja han conseguido que se dirija a ellos. Ni siquiera establece contacto visual y, mientras más lejos se empeñe en mantenerse, más difícil será traerla de vuelta. Por eso, solo podemos limitarnos a vigilarla, intentar que coma, evitar que vaya sola al cuarto de baño y esperar. Esperar que decida volver antes de que ya no sepa cómo hacerlo.

«Esperar que decida volver antes de que ya no sepa cómo hacerlo». No sé si alguna vez me han dicho una frase tan dolorosa y acongojante.

—Pero... eso no se controla, ¿no? Ella no puede decidir lo que siente y lo que no quiere sentir.

—Dulce, ahora mismo Anahí está en un plano diferente al nuestro. Físicamente la vemos aquí, pero, emocionalmente, está muy lejos. Los médicos consiguieron que su corazón volviera a latir y que su parte más física regresara, pero ella permanece desconectada. Desconectada de la vida.

El corazón me va tan rápido que es incluso doloroso. Aparto la vista de Marta para volver a buscar esos ojos azules en la pantalla y sigo sin entenderlo. ¿Cómo es posible que esa chica que sonríe con tanta calidez, se haya convertido en el fantasma que camina sin rumbo por los pasillos de un centro de salud mental? Hay algo en toda esta teoría que no deja de retumbar en mi cabeza: «Ni siquiera establece contacto visual». Conmigo sí lo hizo. Conectó su mirada con la mía en dos ocasiones y me hizo comprender que no necesito estar en la Antártida para helarme ni en el Sahara para sentir calor. Solo he visto una cosa en el mundo que tenga el mismo tono de sus ojos y no es lo único que comparten; allí, la vida también se detiene.

—¿Te puedo dar un consejo? —La voz de Marta me hace enfrentar

de nuevo esa mirada casi negra. Asiento y aprieto las manos con un poco de nervios, porque sus ojos no me anticipan nada—. No empieces a involucrarte tanto con los problemas ajenos, Dulce, porque si decides dedicarte a esto para siempre, la historia de Anahí será una más entre miles. No me gustaría tener que reservarte una plaza por aquí, solemos estar a tope y la camisa de fuerza no te quedaría muy sexy.

Después de guiñarme un ojo y enseñarme esa sonrisa adornada con el par de hoyuelos que se le forman en las mejillas, consigue arrancarme a mí también una mientras niego. ¿Marta debe ser de esas personas que en cualquier circunstancia saca el sentido del humor?

—Tienes cara de estar a punto de volver a evadirte, así que voy a aprovechar *parasoltarrápidoloquevineadecirte* —dice de manera acelerada, provocándome una carcajada y, desde luego, reteniendo toda mi atención—. ¿Te gustaría venir conmigo a hacer la ronda? Te servirá para conocer las historias individuales, cómo funcionamos, las tareas diarias y es una buena forma de que empieces a pensar hacia dónde quieres encaminar tu proyecto. Sé que solo es tu segundo día y que debes estar saturada de tanta información, pero también sé, por experiencia, que cuanto antes definas el tema sobre el que quieres trabajar, más pronto podrás empezar y más disfrutarás del proceso sin agobiarte.

—En eso tienes toda la razón. Además, me gustaría lograr resultados reales. Quiero contribuir y hacer algo por ellos, aunque sea pequeño, más allá de conseguir una buena nota.

—No esperaba menos de ti, doctora Andrade.

Recorrimos las habitaciones del centro y Marta se portó como toda una mentora, explicándome la situación de cada paciente, desde el detalle más pequeño hasta el más importante. Estoy bastante sorprendida con mi capacidad de atención durante las últimas horas y cómo he logrado estar presente sin evadirme. Ahora estamos en una de las últimas habitaciones, Marta charla con el paciente, que mira por la ventana sin poner demasiado interés en lo que le dice la psicóloga. Yo me quedé un poco rezagada porque es la primera vez en la que me encuentro con que un interno tiene compañía. La mujer está sentada en una silla algunos centímetros alejada de la misma ventana

y observa la escena con una sonrisa cansada.

—¿Necesita usted algo?

Ella se da la vuelta sorprendida, dejándome apreciar el implacable paso de los años en su rostro, pero también un brillo en los ojos que opaca por completo su expresión de cansancio. Me recuerda tanto a alguien que no puedo evitar ofrecerle una sonrisa llena de ternura, como si la conociera desde hace mucho tiempo.

—Tengo todo lo que necesito.

La dulzura de su voz me vuelve el corazón pequeño. Ella me hablaba de la misma manera, como si llevara un remanso de paz a cuestas. Como si hubiera nacido con el timbre perfecto para darme tranquilidad.

Vuelve la vista hacia la ventana y me doy cuenta de que ese brillo tiene un motivo. Nunca he visto a una persona mirar a otra de esa forma tan intensa y calmada al mismo tiempo; con una mezcla de admiración y resignación.

Con esperanza. Con muchísima esperanza.

—¿Es su esposo?

—Mucho más que eso —Sonríe al volver a mirarme—. Es el amor de mi vida.

Desvío la vista hacia él, que ya ha empezado a interactuar con Marta y vuelvo a mirarla.

—¿Existe alguna diferencia?

—Bueno, hay personas que deciden casarse con alguien que no es el amor de su vida y otras que, viven junto al amor de su vida muchos años, sin llegar a casarse, ¿no crees?

—Visto así… —Vuelvo a sonreír.

—Creo que a veces se confunden ambos términos y que mucha gente ha olvidado lo que significa amar de verdad.

—A lo mejor es que hace falta toda una existencia para saber si alguien ha sido o no el amor de tu vida, ¿no?. Hoy en día no estamos dispuestos a esperar tanto. Incluso diría que nos equivocamos con bastante frecuencia —bromeo.

—Yo lo supe desde el primer segundo que lo miré a los ojos, cariño. No lo tuvimos demasiado fácil, créeme. En mi época no estaba bien visto que una mujer casada se fijase en otro hombre —susurra, consiguiendo que abra los ojos muy atenta y sorprendida, cosa que le arranca una risa cómplice—. Él fue mi mejor amigo y mi primer amor, pero la vida se encargó de separar nuestros caminos un tiempo.

Cuando nos volvimos a encontrar, me di cuenta de que nada se había acercado a lo que sentía cuando sus ojos azules me atravesaban. Me pregunté muchas veces si la lucha merecía la pena y hoy solo sé que, ojalá no hubiéramos perdido tanto tiempo, porque al final, cuando dos personas desean estar juntas, da igual lo que piense el resto del mundo. ¿Alguna vez te has enamorado?

—No de esta forma —confieso con nostalgia.

Ella lleva su mano a mi mejilla y me acaricia como si tuviera que explicarme el sentido de la vida.

—Cuando lo hagas, no tengas miedo. Los grandes amores no siempre son fáciles y muchas veces querrás tirar la toalla. En esos momentos de dudas, ponte una mano aquí —dice llevándomela a mi propio pecho—, y si sientes que, con la energía de esos latidos, podrías conquistar el mundo, entonces, valdrá la pena; porque el amor, en todas sus formas, es el único sentimiento capaz de hacerte ver, en cualquier momento, lo hermoso de la vida. No tengas miedo de regalarle emociones y prométete, que no te perderá, incluso si llega a perderse a sí misma.

No sé si son sus palabras, el sentimiento que transmite o su forma de mirarme, tan parecida a la manera en la que lo hacía mi abuela, pero se me crea un pequeño nudo en la garganta con el que temo que la voz me tiemble al hablar.

—Así lo haré, doña…

—Rosa —aclara—. Me llamo Rosa.

—Encantada, Rosa. Yo soy Dulce, y aunque ahora me tengo que ir, si en algún momento necesita cualquier cosa, estaré por aquí, ¿vale?

Ella asiente y coloca ambas manos en mis mejillas, acorralándome en una cárcel de calidez de la que no sé si me gustaría liberarme.

—¿Sabes, Dulce? Algo me dice que no tardarás en encontrar ese amor del que hemos estado hablando. Estoy segura de que, solo las personas que creemos en él, estamos dispuestas a recibirlo y somos capaces de reconocerlo cuando llega. Tus ojos gritan que crees en él, así que, ábrelos bien.

—Dulce, ¿seguimos? —La voz de Marta Andoni me llama desde el umbral de la puerta. Ni siquiera me di cuenta del momento en el que terminó la revisión.

Me incorporo y un impulso me lleva a dejar un cálido beso en la coronilla de esta señora antes de marcharme. Con un «gracias» y un último vistazo a la figura de su esposo, aún junto a la ventana,

abandono la habitación.

—Un amor de película —comenta la doctora, y al darse cuenta de que mi mente no ha vuelto todavía a este plano, decide continuar—. Rosa y Enrique.

—Ella lo mira como si fuera todo su mundo.

—Supongo que debe serlo. No recuerdo ni un solo día en el que no haya venido a acompañarlo. Esa mujer es la primera en llegar y la última en marcharse. A veces nos preocupamos demasiado por ella y le sugerimos que haga su vida, porque no puede estar todo el tiempo metida aquí; entonces nos mira como si fuéramos unos ilusos, nos sonríe y responde que si supiéramos a la hora que se despierta, entenderíamos que sus días dan para mucho. Y que, a partir de cierta hora, en su casa estaría perdiendo el tiempo frente al televisor, sola; en cambio, aquí tiene la posibilidad de hacer lo que siempre solían hacer: compartir el silencio aunque cada uno estuviera haciendo lo suyo. Acompañarse. Además, dice que también le gusta el jardín y que los jardineros le dan muchas ideas para mantener bonito el de su casa. Siempre me he preguntado a qué hora se levanta esa mujer para que pueda dedicarse a tantas cosas.

—¿Qué tiene él?

—Alzheimer. No recuerda nada de los últimos años de su vida. A veces tiene episodios en los que habla de su infancia y de una mujer a la que no tendría que haber dejado marchar.

—Es ella —comento, más para mí misma que para ambas—. Nunca la perdió.

—Debe pensar que su amor es la única forma de lograr que no se sienta solo, en medio del vacío que significa haberse perdido a sí mismo. —Marta observa el reloj de su muñeca. Gesto que consigue impedir que mi mente se evada pensando en su última frase—. Es hora de comer.

—Aquí dentro el tiempo vuela.

—¿A qué al final te va a gustar esta profesión más de lo que creías? —bromea.

—¿Y por qué das por hecho que no me gusta? —pregunto alzando una ceja y cruzando los brazos bajo mi pecho mientras sonrío.

—Ya te dije que suelo captar rápido a las personas. Eres bastante diferente a cualquiera de los alumnos que he visto pasar por aquí y se ve a leguas que la psicología no es tu gran pasión; pero, al mismo tiempo, creo que tienes una humanidad muy bonita y puede que, en

algún momento, logres encontrar el equilibrio con la parte profesional para aprender a disfrutarlo.

—No sé si lograré hacerlo tanto como tú, porque mucho tiene que gustarte esto para conseguir psicoanalizar a las personas con tan solo mirarlas. No deja usted de sorprenderme, doctora Andoni.

—Ese es un don con el que he nacido —Me guiña un ojo y yo niego, como si esto empezara a convertirse en una costumbre entre nosotras—. Dulce, tengo que salir unas horas para organizar trámites y papeleo muy aburrido, así que hoy no comeré en el centro. Solemos reunirnos en la cafetería, si quieres te acompaño antes de irme y te quedas allí con el resto de compañeros, aunque también puedes comer en el jardín, en tu despacho… donde quieras. Lo último no te lo recomiendo, a veces lo hago para adelantar trabajo, pero esa hora es muy necesaria para entablar relaciones con la humanidad y despejar un poco la mente, créeme.

—Tranquila, ve a hacer lo que tengas que hacer, sé llegar sola a la cafetería —comento con tono dubitativo mirando a mi alrededor y ella sonríe mucho más amplio—, creo.

—Ten —Extiende un bolígrafo que saca de su bolsillo y cuando lo acepto, comienza a caminar marcha atrás—. Si te pierdes, vete haciendo marcas en la pared. Así al menos podré encontrarte. Eso sí, espero que el mono te siente mejor que la camisa de fuerza, porque luego te obligaré a pintarlo.

A pesar de la distancia que nos separa, puedo distinguir como vuelve a guiñarme un ojo en medio de una risa bastante burlona antes de darse la vuelta y desaparecer, dejándome con una sonrisa bastante idiota pintada en la cara.

Con el bolso de mi ordenador colgando de un hombro y la bandeja de comida en las manos, avanzo por el pasillo, buscando un lugar en el que pueda pasar un rato tranquila y sin tener que entablar demasiadas relaciones con la humanidad. El corazón se me acelera cuando distingo, al fondo del jardín, a Anahí, sentada en el mismo banco que ayer, dándole la espalda al gran ventanal y a los metros que nos separan. Mis pies comienzan a caminar de manera autónoma hacia ella y los latidos me van un poco más deprisa con cada centímetro que me aproximo. En el jardín hay una mezcla de sol radiante y aire fresco

de otoño, esa combinación que la convierten en mi estación favorita del año. Cuando llego a su altura, descubro que está leyendo un libro diferente al que reposaba sobre el banco en la última ocasión, tiene las piernas flexionadas y su espalda se apoya en la barra lateral. Me quedo unos minutos petrificada, sin saber si decir algo, sentarme a su lado o darme la vuelta y marcharme por donde he venido. Creo que la bandeja de comida pierde estabilidad entre mis manos, porque, de pronto, estoy muy nerviosa y cambiar el peso de mi cuerpo no está resultando muy efectivo.

—Hola, Anahí —comienzo—. Es probable que quieras estar sola, o que te dé igual si yo estoy aquí o no. Incluso puede que ni siquiera me estés escuchando, como todos dicen. No tengo ganas de comer en la cafetería con tanta gente, y por tu capacidad de concentración en ese libro, parece que aquí se está bastante bien; así que, voy a sentarme contigo, ¿vale? Si… si en algún momento te sientes incómoda, dilo y me buscaré otro banco, seguro que no tan cómodo, pero servirá.

Al finalizar mi intento de broma y no recibir respuesta, decido sentarme en el otro extremo, imitando su posición. Ella continúa ignorándome y pasa la página del libro, cosa que me hace permanecer unos segundos observándola atenta, por si en algún momento Coelho deja de parecerle interesante y decide mirarme. Eso no sucede, pero lo que sí ocurre, es que contrae la mandíbula, como si en silencio me estuviera diciendo «si vas a estar aquí, al menos contrólate y no me estés mirando como una idiota». Y eso, lejos de persuadirme, me hace sonreír, porque puede que no levantarse y marcharse, sea su forma de decirme «puedes quedarte», y puede que, al final, no seamos tan diferentes la una de la otra; ambas buscamos tranquilidad, y si lo conseguimos estando acompañadas, quizás esa compañía no sea tan desagradable. Y, quizás, Anahí no esté en ese plano tan lejano del que todos hablan.

Una hora más tarde, aporreo con insistencia la puerta del despacho de Marta Andoni. Unas líneas en un documento de mi ordenador han sido suficientes para darme esta inyección de adrenalina y esta necesidad de conseguir su aprobación y que me diga que no estoy loca.

—¡Más vale que sea urgente! —Escucho desde el otro lado y lo tomo como una invitación a entrar.

—¿Puedo hacerlo sobre ella?

Marta, que parecía concentrada escribiendo algo en un papel, alza la vista para mirarme, entre confusa y divertida.

—¿Hacer el qué, sobre quién?

—Mi proyecto —aclaro —. ¿Puedo hacerlo sobre ella? ¿Sobre Anahí?

Se crea un silencio durante el cual, me observa muy atenta, como si estuviera intentando descubrir algo en el fondo de mis palabras; cosa que, lo único que consigue es aumentar mis nervios, la agitación de mi pecho y la aceleración de mi respiración provocada por la carrera.

—¿Estás segura de eso? —pregunta.

—Completamente.

4

Correr por las calles de mi pueblo es como volver a la infancia. Y no porque en aquella época me dedicara a hacer deporte a primera hora del día, sino porque la situación no es muy distinta; siempre me ha gustado salir a pasear con unos auriculares muy grandes y la música a todo volumen. Ella era mi mejor amiga entonces, y mi mejor amigo ahora, es White, que trota como un loco por delante de mí, olfateando todo a su paso. Cuando cree que llevo demasiado tiempo sin alcanzarlo, levanta la cabeza para buscarme y retrocede, dando un par de vueltas a mi alrededor antes de volver a adelantarse y repetir el mismo movimiento una y otra vez durante diez kilómetros.

No hay ni un alma transitando por este pueblo y no me extraña, debo ser la única loca que necesita madrugar un domingo para salir a quemar endorfinas y ganar energía. Afrontar un día junto a mi familia requiere una cantidad extra de esfuerzo. Desde que White me acompaña esta rutina se ha convertido en un momento de conexión entre nosotros. Le encanta corretear por aquí, porque puede hacerlo a sus anchas y sin correa.

Al cabo de una hora llegamos a casa y aunque intento abrir la puerta con cuidado de no despertar a nadie, unos ruidos en la cocina me anticipan que no estoy de suerte.

—¿Dulce, eres tú?

—No. Soy el ladrón madrugador.

Mi madre asoma la cabeza por el umbral de la puerta y me mira con desaprobación, mientras White pasa a su lado jadeando en busca

de agua.

—¿Era necesario que trajeras a tu perro? Me va a dejar la cocina perdida.

—Es un ser vivo, mamá, necesita comida, agua, paseos largos y mucho cariño.

—¿Y no podía cuidarlo alguna amiga?

—¿Cómo voy a dejar a mi hijo con otra persona? —pregunto recibiéndolo de nuevo, entre caricias por mi parte y lametones por la suya—. Tú y yo no nos separamos, ¿verdad, pequeño?

—Creo que desde que tienes a ese perro te relacionas todavía menos con la humanidad, si es que eso era posible.

Alzo la vista dispuesta a contraatacar, pero ver a mi madre con los brazos en jarra y una mirada seria, me hace suspirar, porque esa siempre es una batalla perdida.

—¿Recuerdas que he estudiado psicología? Trabajo con personas. Todo el tiempo.

—No es lo mismo trabajar que relacionarse, Dulce. Deberías conocer gente, buscarte un novio. Ya va siendo hora de que decidas compartir tu vida con alguien. No serás una veinteañera toda tu vida.

—Mamá... —Vuelvo a suspirar, como método de autocontrol—. Compartiré mi vida con alguien cuando encuentre a la mujer indicada. Por si ya se te había olvidado, que lo dudo bastante, me gustan las mujeres —Comienzo a subir las escaleras con rapidez y desgana al mismo tiempo, una combinación que solo consigue esta mujer—. Me voy a mi habitación, porque en dos minutos logras que recuerde por qué no vengo más a menudo.

Al llegar a mi dormitorio de toda la vida con la frustración saliéndome por los poros, White corre para acomodarse en la cama que tiene a los pies de la mía. Me mira con una expresión que yo interpreto como comprensión y comienza a lamerse una pata.

Asombrosa la facilidad para pasar página que tienen los perros.

—No te preocupes —le digo a él, pero para consolarme a mí misma—. En unas horas volveremos a casa.

—Cada vez aguantas menos tiempo aquí, ¿eh?

Me giro al escuchar la voz de mi hermano y lo encuentro apoyado en el umbral, con su eterna y pícara sonrisa. Daniel siempre ha sido mi mayor cómplice, a pesar de lo que suele ocurrir cuando tienes un hermano pequeño varón, que se cree el jefe indio de la familia y quiere pasar por encima de ti aunque sea un renacuajo. Él también

atravesó de puntillas esa etapa, pero quizás el hecho de que yo me pasaba la mayor parte del tiempo tratando de ignorar lo que había a mi alrededor y sumergida en mi propio mundo, provocó que sus esfuerzos por ser parte del mismo, aumentaran. Somos muy diferentes, así que nunca hemos tenido la necesidad de competir por nada y nos complementamos de una forma especial. Ni siquiera nos atrae el mismo tipo de chica, y eso que a él le gustan casi todas.

—¿Y te sorprende?

—No demasiado. Entre que tú siempre has sido un alma libre y que mamá todavía no sabe respetar tu espacio, mucho aguantas.

—Está claro que para nuestra madre nunca seré lo suficientemente buena.

—Eso tampoco es cierto, Dul. Ella está muy orgullosa de que hayas conseguido sacar adelante tu carrera llevando una vida independiente y, prácticamente, sin recibir ayuda.

—Se enorgullece de lo que ella quería que consiguiera, Daniel, no de lo que en realidad soy. Quiere que sea la mejor psicóloga, la mejor mujer, la mejor esposa de un buen hombre. Nunca se interesó por lo que me hacía feliz y, desde luego, nunca perderá la esperanza de que algún día aparezca enamorada de un señor de traje y corbata. Me gustaría pasar más tiempo en casa con papá y contigo, pero cada vez que vengo, siento que me adentro en una batalla en la que, todo el tiempo voy a tener que estar defendiendo lo que soy. Es agotador.

—Si te sirve de consuelo, yo sí estoy orgulloso de lo que eres, de cómo eres y de lo que has conseguido por ti misma. Siempre has sido la hermana valiente.

—Tú también eres valiente. Un poco más cómodo, pero valiente. Además, aquí te va bien, ¿no? Tienes todo lo que quieres.

—Hasta ahora no me quejo, pero me gustaría que mi hermana pasara algo más que dos días en casa.

—Ya sabes que no me voy por mamá. O no del todo —corrijo y nos reímos a la vez—. Mañana tengo que volver al trabajo.

Él asiente y entra en la habitación para sentarse en la cama. Comienza a zarandear el pelo de White y aunque sigue manteniendo la esencia de aquel niño que me perseguía a todas partes, ha crecido tanto, que me alegro de nunca haber querido llamarlo Dani. Es un diminutivo que no le pega en absoluto. Mi pequeño y revoltoso hermano se ha convertido en un hombre y tengo la impresión de que eso ocurrió en los últimos cinco años, porque cuando me marché,

seguía siendo un niño. El único que siempre le ha llamado «Dani» es mi padre. Mamá dice que bastante le costó poder llamar «Daniel» a uno de sus hijos, como para estar con diminutivos. Además, toda nuestra vida ha luchado porque el mundo entienda que el nombre de mi hermano lleva la fuerza en la primera sílaba y no en la última. Vamos, que a ella le gustaba la versión americana y se niega a que lo llamen de otra forma. Siempre me reía mucho con esas discusiones, porque el aludido se encogía de hombros, dando a entender que le era indiferente dónde acentuaran su nombre, y ella parecía estar presenciando el fin del mundo. Mi madre es así, dramática, exagerada y algo controladora.

—¿Qué tal las prácticas?

No puedo evitar desviar la vista hacia la ventana un segundo. Venir a pasar el fin de semana en casa ha sido un intento fallido de mantener mi mente ocupada y olvidar un poco todo lo que tuviera que ver con La Cascada.

—Bien.

—Ah, ¿sí? Pues cualquiera lo diría con semejante suspiro.

—Me va bien —repito—. Tengo compañeros excelentes, una jefa que te encantaría y un equipo de trabajo muy bueno.

—¿Pero...?

—Me está costando desconectar cuando tengo días libres. No paro de pensar en esas personas.

—Bueno, quizás sea normal, ¿no? Solo llevas dos meses trabajando allí. Al principio querrás salvar el mundo todo el tiempo, pero en algún momento tendrás que trazar la línea que separa el trabajo de tu vida.

—Supongo —Vuelvo a suspirar—. Además, estoy aprendiendo mucho. Creo que deberían ahorrarse los cuatro años de carrera y meternos directamente en un centro a trabajar con personas reales.

Daniel asiente, pero continúa mirándome como si eso le importara un pimiento y quisiera saber algo más.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo que no me estás contando?

—No lo sé —Sonrío encogiéndome de hombros —A lo mejor eres un psicólogo frustrado.

—Y te defiendes con sarcasmo —apunta llevándose una mano al mentón—. Eso es que tengo razón. Mi *sexto sentido masculino* me dice que tiene que ver con una chica.

Permanezco en silencio, observándolo con una mirada amenazante con la que, espero que entienda que la conversación debe cambiar de rumbo.

—¡Está bien, está bien! —exclama riéndose y levantándose para ir hacia la puerta—. Un día va a llegar alguien que tire abajo el muro de hormigón que tienes y querrás dejar de ser la chica misteriosa y reservada del pueblo para contárselo todo a tu hermano favorito.

Pongo los ojos en blanco y sonrío mientras lo veo marchar después de sacarme la lengua.

—Tú eres ese alguien —le digo a White, que me observa con sus ojos atentos y la lengua colgando.

Esta habitación siempre ha sido mi segundo lugar favorito del mundo. Aquí viví mi niñez, mi adolescencia, hice mis primeras fotos y elevaba tanto el volumen de la música, que conseguía transportarme a otro planeta. No fue fácil crecer en una familia donde se esperaba que fuera alguien con quien no me identificaba; sentía que, por mucho que me esforzara, mi madre nunca tenía suficiente. Desde que salí del armario ha pensado que mi orientación sexual es parte de una rebeldía adolescente que aún cree que se me va a pasar. Por eso no vengo mucho. Aunque eche de menos a mi padre y a Daniel, cuando tengo tiempo libre prefiero invertirlo en la casa del lago: mi lugar favorito. Ese sitio sí que define lo que es y siente Dulce Andrade. Solía viajar allí en vacaciones para visitar a mi abuela. Adoraba pasar los días con ella, era una mujer llena de vida y siempre tuvo el don de darme los mejores consejos. Había una conexión especial entre nosotras, quizás porque éramos muy parecidas. Ella me quería y me aceptaba tal como era y gracias a eso conseguí aceptarme yo también. Fue mi fuerza en ese momento y lo sigue siendo hoy en día, porque su recuerdo hace que no necesite la aprobación de nadie. Sé que ahora mismo también tendría las palabras adecuadas para que dejara de hacerme las preguntas que llevan semanas rompiéndome la cabeza.

¿Por qué cuando debería estar disfrutando de mi fin de semana libre, no dejo de pensar qué estará ocurriendo en La Cascada y cómo estará ella?

Las puertas del ascensor me abren paso a la primera planta de mi lugar de trabajo, igual que todas las mañanas de los últimos dos

meses. Hacer el mismo recorrido a diario se ha convertido en una costumbre y, sin embargo, mis órganos parece que se siguen sorprendiendo con esta rutina, porque el corazón se me acelera con cada paso y un hormigueo incesante comienza a ascender por mi estómago cuando escucho otros pasos acercándose. Sé de quién se trata antes incluso de verla. He llegado a distinguir el sonido de su forma de andar y mis fosas nasales deben haberse expandido, porque también soy capaz de percibir el olor a melocotón de su champú a una distancia considerable.

Ahí está, girando la esquina que nos deja cara a cara. Contengo la respiración mientras se aproxima con su mirada clavada en ninguna parte y sonrío.

La echaba de menos.

Echaba de menos este momento en el que el corazón se me acelera como nunca y las piernas empiezan a caminar a cámara lenta para retrasar la despedida. La sonrisa se hace aún más grande cuando nuestros codos se rozan y Anahí pasa de largo, dejando el aire impregnado con su aroma y unas cosquillas en la boca de mi estómago. Aunque todo apunta a que ignora mi presencia, en el fondo sé que no lo hace. Algo me dice que ella sabe que estoy aquí, porque siempre ocurre igual; nos encontramos cada mañana a primera hora, no me habla, no me mira, no hace ningún gesto que me confirme que está en este plano, pero, por algún motivo, ambas hemos decidido seguir haciendo el mismo recorrido desde hace ocho semanas. Quiero que ella sea lo primero que veo al llegar y también quiero ser yo lo primero que ella vea al empezar un nuevo día, aunque ni siquiera me mire.

Me tranquiliza.

Y estaba loca por volver a verla.

¿Se puede echar de menos a alguien con quien lo único que compartes es silencio? Es una locura y a la vez una ironía enorme, teniendo en cuenta que estamos en una residencia para enfermos mentales. Nuestras miradas no se han vuelto a cruzar ni una sola vez, pero Anahí ya es una parte muy importante de mi vida actual.

Es mi proyecto.

Decido pasar a saludar a Marta antes de adentrarme en mi cueva durante varias horas. Nuestra relación se ha vuelto muy estrecha a lo largo de estos dos meses; hemos ganado en confianza, complicidad y, además de ser mi jefa y compañera, se ha convertido en una buena

amiga.

—Buenos días, doctora Andoni —saludo al abrir la puerta de su despacho, tras escuchar un «¡Adelante!».

—¡Andrade! ¿Qué tal ese fin de semana en familia?

—Tan emocionante que me lo he pasado deseando volver al trabajo —bromeo.

—Tú intenta fingir que eso no ocurre todos los fines de semana y yo intentaré fingir que te creo.

El mentón apoyado en la palma de su mano y esa sonrisa de «Sé mucho más que tú y siempre va a ser así», me hace entrecerrar los ojos.

—¿Te he dicho alguna vez que me recuerdas a mi hermano? Eres su versión femenina. Debería presentarlos.

—¿Cómo de atractivo es, del uno al diez?

—No lo sé. Es mi hermano —repito con una mueca de asco que amplía su sonrisa—. Liga mucho y es muy mujeriego, así que… Pero, oye, ¿tú no bateabas en otro campo?

—Yo bateo en todos los campos, doctora; porque el amor puede llegar en cualquier momento y con cualquier apariencia, ¿no te parece?

—Siempre tienes la frase adecuada.

—Años de experiencia —concluye alzando las cejas y observándome fijamente—. ¿Te has enamorado alguna vez, Dulce?

Segunda vez que me hacen esa pregunta en La Cascada y segunda vez que me pienso demasiado la respuesta. Hace tiempo creí estarlo, pero con el paso de los años he ido cambiando mi visión de lo que es estar enamorada.

—Creo que no.

—¿Y eso por qué? —Frunce el ceño curiosa—. ¿Ninguna de las chicas con las que has estado, te han llenado del todo?

—No es eso. He estado con chicas que me han aportado muchas cosas, pero… digamos que siempre he tenido la opción de elegir.

—¿Elegir, qué? ¿Mujeres?

—No —Niego riendo—. Quiero decir que, cuando una chica me gusta y yo le gusto a ella, siempre he podido elegir si quiero seguir adelante o no. Si me interesa que esa atracción del principio se convierta en algo más. Pero yo creo que existe un amor en el que esa capacidad de elección desaparece; cuando conoces a esa persona te sumerges en una corriente que, sin darte cuenta, te arrastra. No

razonas, no piensas, no eliges. Solo sientes.

Ella hace un gesto afirmativo y continúa observándome con misterio y poniéndome un poco nerviosa.

—Entonces, ¿nunca te has visto sumergida en esa corriente?

—No. Soy un poco fría en mis relaciones con otros seres humanos. Antes de empezar la carrera estuve con una chica durante dos años y creo que eso es lo más parecido al amor de pareja que he llegado a sentir. Pero, ¿a qué viene esta dosis de filosofía tan temprano?

—Curiosidad de jefa —Se ríe y cambia de posición, dejándose caer sobre el respaldo de la silla—. Solo quería asegurarme de que sabes lo que es enamorarse, por si acaso te fueras a ver sumergida en esa corriente sin darte cuenta.

Me guiña un ojo y mantiene intacta esa sonrisa de superioridad con la que pretende decirme que va un paso por delante de mí y que, por mucho que frunza el ceño y ladee la cabeza, no voy a alcanzarla. Así es Marta, tan directa como coqueta; y sé que cuando crea que es el momento adecuado me soltará lo que sea que esté pensando, como un jarro de agua fría, sin anestesia.

No sabía que era bisexual porque hasta ahora solo me ha contado experiencias con sus últimos líos y todas eran mujeres. No exagero cuando digo que Marta y Daniel son la misma persona en diferente género; los compromisos le dan alergia, liga hasta sin querer y tiene una labia que puede enamorar a cualquiera en una sola noche. He visto a muchos hombres romperse el cuello para mirarla y a ella ignorarlos por completo. Es atractiva, es sexy, independiente, tiene un sentido del humor muy inteligente y es la compañera de juergas perfecta porque nunca te deja tirada. Le va igual de bien una cena tranquila que una fiesta desenfrenada y, por mucho que le gusten los líos de una noche, si empieza la fiesta contigo, termina la fiesta contigo.

—¿Vienes a la ronda? —pregunta.

—Si me das un minuto para ponerme algo más profesional… —Señalo mi atuendo y ella se ríe, levantándose a continuación para acompañarme a mi consulta.

Al dejar todas las cosas en mi despacho y ponerme la bata blanca, los ojos de Marta no se apartan ni un segundo de mí, mirándome de una forma tan curiosa e insistente que me inquieta.

—¿Ya has visto a Anahí? —pregunta mientras avanzamos hacia la planta de las habitaciones. Escuchar su nombre provoca que el

corazón me dé un pequeño vuelco y me pongo nerviosa.

—La vi al llegar, ¿por qué? ¿Ha pasado algo con ella?

—Curiosidad —responde escueta, ofreciéndome una sonrisa.

—¿Ha estado bien el fin de semana?

—Ha estado exactamente igual que en los dos últimos meses. No hay ningún cambio en ella, Dulce, ya lo sabes. —Bajo la mirada un poco resignada y un poco triste—. Aún estás a tiempo de cambiar.

—¿Cambiar el qué?

—Tu proyecto. Solo han pasado dos meses, estás a tiempo de elegir otro tema y empezar a desarrollarlo.

—Empezar otro proyecto no es, ni siquiera, una opción que me quiera plantear, Marta. He elegido a Anahí.

—Dulce, no pretendo convencerte de nada, pero quizás te hayas precipitado con esa decisión. Hay decenas de pacientes en este centro con enfermedades muy diferentes a la de Anahí, de los cuales, podrías conseguir una investigación perfecta con la que te lucirías delante de los examinadores. Es probable que con ella no logres nada y aquí está en juego tu carrera. Crees que el proyecto no es importante, que se trata de un examen más, pero no es así; una buena investigación puede abrirte muchas puertas y con el proyecto que escogiste quizás no llegues a destacar como sé que puedes hacerlo. —Tenso la mandíbula de la impotencia, porque, por un lado, no quiero seguir teniendo esta conversación y, por el otro, sé que Marta tiene algo de razón; no he conseguido nada de Anahí en dos meses, el tiempo pasa y el objetivo de mi proyecto está siendo un auténtico fracaso—. Solo te pido que lo pienses.

La incomodidad desaparece y el chip me cambia por completo cuando, al entrar en la primera habitación, me encuentro con esa mujer acomodada en el sillón a pocos centímetros de la ventana, exactamente igual que todos los días. Se me dibuja una sonrisa instantánea y me acerco hacia ella.

—Buenos días, doña Rosa.

—Dulce, bonita —responde acariciándome la mejilla.

Es increíble la relación de cariño que se ha creado entre nosotras. Me gusta asegurarme de que siempre tenga todo lo que necesite y, cuando puedo, subo para hacerle compañía y conversar un rato. Ella me recibe entusiasmada y me cuenta cada historia que, perfectamente podrían formar parte de un libro.

—¿Cómo han ido las cosas por aquí? —pregunto.

—Ya sabes que nunca hay mucha novedad, cariño. ¿Y a ti? ¿Cómo te fue el fin de semana?

Me encojo de hombros y sonrío con una mezcla de travesura y misterio, igual que hacía ante mi abuela cuando era pequeña.

—¿Si le cuento algo no me regaña? —Ella sonríe y asiente, como si le gustara mucho esta dinámica—. Extrañé un poco el trabajo.

Empieza a reírse dando pequeños saltos con su cuerpo y consiguiendo que todo el mundo nos mire durante un segundo. La verdad es que no sé qué le hace tanta gracia, pero verla reír es bastante gratificante y a los pocos segundos vuelve a acariciarme con mucha ternura.

—No creo que haya sido, precisamente el trabajo, lo que has echado de menos, cariño.

Yo no puedo hacer más que sonreír, aunque siento que comienzo a entrar en ese trance en el que mi mente quiere ausentarse durante un rato.

—Te noto preocupada —vuelve a intervenir Rosa.

—Oh, no, solo estoy un poco confundida por algo. Ya sabe, esos momentos en los que una persona no está segura de estar yendo por el camino correcto o si es mejor retirarse a tiempo.

—¿Y tú crees en ese camino?

Intento encontrar una respuesta rápida y razonable, despejar dudas para satisfacer la curiosidad de esta mujer y la mía, pero mi mente es un caos que solo almacena desastre y confusión.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes, Dulce. Eres la única que puedes saberlo, así que, piensa; por algo habrás escogido ese camino en lugar de otro, ¿no? A no ser que te lo hayan impuesto.

—Yo lo elegí. Incluso sabiendo que podría no ser el indicado, que podría no conseguir nada, yo lo elegí.

—Entonces tú eres la única que tiene la respuesta. Las personas podemos cometer errores y tenemos derecho a equivocarnos, puede que tú te hayas equivocado al elegir, pero si tu corazón cree en ese camino que estás recorriendo, te aseguro que, entonces, es el camino correcto. Aunque no por ello tiene que llevarte al destino que habías esperado en un principio, y eso no hará que deje de ser el indicado. Pregúntate por qué escogiste ese y no otro, y averigua si crees en él o no. Solo así sabrás si debes cambiar de rumbo o luchar contra dragones.

—Luchar contra dragones —Sonrío—. Siempre me han gustado los dragones.

—Pues a lo mejor no se trata de luchar contra ellos, sino de formar equipo.

Vuelvo a sonreír, porque su sabiduría y sus metáforas me hacen el pecho un poco más grande cada vez que hablamos.

Al cabo de unas horas terminamos la ronda y, como parte de la rutina, bajo a la cafetería para que Carmen, la cocinera, me entregue la bandeja de comida que me tiene lista todos los días. Mis compañeros se reúnen siempre alrededor de la misma mesa y me saludan cuando me dirijo hacia el jardín. Al principio fue muy fácil escaquearme del evento en grupo, nadie me conocía y no hacían preguntas, pero con el tiempo comenzaron a interrogarme y cuestionar por qué no me sentaba con ellos si era el único tiempo libre que podíamos compartir en horas de trabajo. Mi excusa fue que tenía que aprovechar cada minuto para adelantar mi proyecto. A todo el mundo le convenció la respuesta, menos a Marta, claro, que alzó los ojos por encima de su café y me lanzó una mirada de sospecha.

Pongo un pie en el jardín y, con un rápido vistazo alrededor, intento buscar mi lugar. Consigo verla a lo lejos, sentada bajo la sombra del árbol en el que suele pasar algunas tardes. Cambia de sitio con frecuencia, a veces se sienta en el banco del primer día; otras, al pie de la fuente central que tiene forma de cascada; otras, bajo la escasa sombra de este árbol casi deshojado por el otoño, que al estar un poco alejado de la multitud, aporta la intimidad que, seguramente, ella está buscando. Los primeros días me costó trabajo decidir si acercarme o no cuando la veía ahí, queriendo estar sola, pero terminé arriesgándome porque como le dije en la primera ocasión «Si en algún momento te sientes incómoda, dilo». Nunca lo hizo y tampoco se marchó ella, así que, aquí estoy, un día más de los últimos dos meses, invirtiendo mi tiempo de descanso en estar a su lado. Sin mediar otra palabra que no sea un saludo que, por supuesto, nunca es correspondido.

—Hola, Anahí.

Qué rutinario y familiar se ha vuelto esto. Ella, callada y sumergida en su lectura y yo, con un hormigueo en el pecho bastante

habitual. Ni siquiera me hace falta verla para experimentar esta sensación, a veces me viene su olor estando en cualquier parte y comienzo a buscarla como una loca, con el corazón acelerado y sin ser capaz de asumir que a lo mejor hay más personas que huelen como ella o, a lo mejor, es que yo pienso demasiado en ella. Me siento sobre la hierba, quedando cara a cara pero dejando un poco de distancia para respetar su espacio. No aparta la vista de la lectura y no ha pasado la hoja desde que me acerqué, cosa que me hace sonreír. Es curioso como todos los libros que ha leído en estos dos últimos meses son historias con mensajes alentadores, de esperanza y de sueños. Libros y autores que yo misma suelo leer. ¿Por qué busca libros esperanzadores cuando se supone que ella perdió la esperanza hace mucho tiempo?

¿A qué intentas aferrarte, Anahí?

Es probable que cualquier ser humano piense que, esta, es una situación triste, que la chica que intentó suicidarse está llena de monstruos. Y puede que así sea, puede que tenga un infierno invisible rodeándola, pero quizás también haya calma en medio de las llamas. Es lo que yo siento, una calma difícil de describir. Así que, a lo mejor no son monstruos, sino dragones, y a lo mejor, entonces, no tenemos que luchar contra ellos, sino hacer equipo.

Empiezo a comer con normalidad, disfrutando de los sabores caseros que prepara Carmen y del momento, porque ver a Anahí pasando las hojas con esa tranquilidad contagiosa me hace creer que hemos construido una intimidad diferente y especial entre nosotras. En momentos así siento que me deja atravesar las llamas para quedarme al otro lado, más cerca de ella y más lejos del mundo, como si los dragones hubieran hecho un círculo de fuego a nuestro alrededor y se estuviera mucho mejor en esta parte.

La última de mis rutinas consiste en quitar la cáscara a la pieza de fruta que toca en el día y cortarla en pedazos muy pequeños para dejarla a su lado. Nunca ha reaccionado a mi gesto, ni siquiera sé si llega a comérsela; conozco su enfermedad, sé que no quiere saber nada de la comida y que la solución a su problema no tiene que ver con que se coma o no una manzana, pero un día sentí la necesidad de compartir parte de mi alimento con ella e intentarlo; dejarle la posibilidad de decidir si quiere o no, en lugar de pedirle que lo haga. Supongo que es mi forma de decirle que no está obligada a volver, pero que si un día quiere hacerlo, aquí voy a estar, esperándola.

Después de dejar la manzana a su lado me acuesto sobre el césped y abro la página cincuenta de la última novela que estoy leyendo. El ruido diario de La Cascada comienza a disiparse y mis oídos son capaces de seleccionar solo algunos sonidos para que me acompañen durante la lectura; como el de los pájaros, por ejemplo, que revolotean sobre las ramas del árbol que nos da sombra. El olor a tierra y naturaleza es muy agradable, miro a Anahí, sumergida aún en su lectura y sonrío, porque la situación no puede ser más perfecta, porque parece que estamos en un parque cualquiera de una ciudad cualquiera, porque este tipo de compañía es más alucinante de lo que esperaba y porque así entiendo que, mi lugar, es aquel en el que se encuentre ella.

5

Todos los miércoles cada dos semanas tengo que empezar la mañana en mi universidad. Nos hacen una tutoría grupal de seguimiento de prácticas y proyecto que cada vez me resulta más aburrida. En realidad, los profesores ni siquiera leen lo que llevamos de investigación, se limitan a ojear el informe de nuestros tutores de prácticas y, en base a eso, nos dan algunos consejos para continuar. Me parece tan general este método, que pocas veces hago caso de sus indicaciones, porque, por suerte tengo a Marta, que conoce el objeto del proyecto y se implica en mi investigación todos los días.

La *«torturía»* solo dura dos horas, así que a las diez de la mañana estoy lista para volver a La Cascada, pero como es el momento del descanso, decido pasarme por la cafetería del campus para saludar a Claudia.

Tercero es un año complicado, no es el último, pero tiene la misma dificultad, no es el año de prácticas, pero te acercas, con toda la ansiedad que ello supone. Hace unos meses yo estaba en ese punto y la verdad es que no envidio a mi amiga ahora mismo.

La veo a lo lejos, desayunando con algunos compañeros, así que decido esperar un momento a ver si levanta la vista y me descubre. Claudia es muy cotilla y no puede perderse nada de lo que pasa a su alrededor, por eso no tarda demasiado en verme y empezar a hacer aspavientos con los brazos, muy a su estilo, consiguiendo que me ría y me avergüence a partes iguales.

—¡Dulcesita! —exclama al acercarse.

—Lo haces a propósito, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Qué tal la tutoría?

—Apasionante —bromeo—. ¿Cómo llevas los exámenes?

—Los llevaría mejor si este sábado saliéramos a tomar algo. ¿Por qué no se lo comentas a Marta y vamos a cenar? Nos vendría bien a las tres para relajarnos.

Marta y Claudia han congeniado demasiado bien y salir con ellas es una forma muy efectiva de desestresarse y pasar un rato entre risas y conversaciones interesantes. Además, una es muy madura, la otra es una alocada, y cuando se junta esa combinación, consiguen que me explote el cerebro.

—Marta se apunta a cualquier cosa, así que le preguntaré si no tiene planes y te aviso.

—Y si los tiene, que los cambie. No puede tener nada más interesante que salir con nosotras. Ni siquiera una cita sexual, porque esa también podemos ofrecérsela.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —pregunto divertida ante su gesto sugerente de levantar las cejas.

—Yo sigo siendo hetero. Y mira que me lo ponéis difícil. Pero tú y Marta… —Vuelve a alzar las cejas, esta vez varias veces, como si una sola no fuera a verla.

—Mejor me marcho —Sonrío rodando los ojos—. Has cambiado muy rápido el chip de exámenes y yo tengo que ponerme el chip de trabajo.

—¿Me vas a decir que en dos meses no has fantaseado ni una sola vez con subir a tu jefa a la mesa de su despacho y…?

—Adiós, Claudia —concluyo alejándome mientras escucho su escandalosa risa en la lejanía.

Mirar durante varios segundos los botones del ascensor y debatirme entre ir al primer piso o subir directamente a mi despacho es algo que hago todos los miércoles de tutoría. Sé que cuando llego a esta hora Anahí ya está en el jardín y que no vamos a cruzarnos en el pasillo como el resto de las mañanas, pero, aun así, el debate siempre se produce.

Llego a mi despacho y, después de ponerme la bata, me acomodo en la silla del escritorio para encender el ordenador. Mientras se inicia

la sesión, recupero de mi mochila el informe de Marta con las anotaciones de mi profesor. Un rápido vistazo me es suficiente para hacer un resumen de su recomendación.

«Céntrate en la estructura que hemos estudiado, porque te estás desviando del camino».

Si yo no sé el camino que estoy llevando, ¿cómo van a saberlo ellos, que ni siquiera han leído una línea de lo que he redactado? Desvío la vista hacia el monitor y busco el documento de mi proyecto, lo observo durante algunos segundos, vuelvo a mirar el informe, suspiro y hago con él una bola de papel que, a continuación, lanzo a la papelera.

—Empecé esto a mi manera y lo continuaré a mi manera.

Antes de retomar la escritura decido buscarla con la esperanza de que su imagen me sirva de inspiración para escribir sobre ella. Me acerco a la ventana con el corazón un poco acelerado, anticipando, como siempre, que estoy a escasos segundos de encontrarla leyendo o mirando a la nada y que, una vez más, van a asaltarme cientos de preguntas sobre qué estará pensando y qué tan lejos está ese plano al que consigue marcharse cuando quiere. Sin embargo, mis ojos se hacen más pequeños antes incluso de que pueda procesar que Anahí está acompañada y que es una imagen a la que no estoy acostumbrada. El corazón se me acelera todavía más, como si se hubiera puesto nervioso de manera distinta. Hay un hombre de pie junto a su banco, dándole la espalda a este lado del edificio y haciendo movimientos con las manos mientras le habla a una Anahí que ignora su presencia tanto como ignora la del resto. Junto a ellos hay otro hombre, más corpulento, vestido de negro, con gafas de sol muy oscuras y tan quieto que parece una estatua.

Salgo de mi despacho con mucha prisa y abro la puerta de Marta sin llamar, presa de la incertidumbre y de una falta de educación que no suelo presentar.

—¿Quién es la persona que está con Anahí? —pregunto.

Ella alza la vista y, lejos de todo lo que pudiera esperar que ocurriría, suspira, lanzándome una mirada de absoluta preocupación.

—Creía que no llegarías a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —Vuelvo a cuestionar, sintiendo mis nervios crecer de forma exponencial a cada segundo.

Marta se pone de pie y me mira intentando transmitirme calma, pero no lo consigue, porque su silencio lo único que provoca es que

pueda escuchar el latido de mi corazón cada vez más acelerado.

—Ese hombre es el padre de Anahí, Dulce. Ha venido para llevársela.

«Ha venido para llevársela»

Una frase de lo más simple que me atraviesa los oídos y el pecho a la vez, como un cuchillo muy afilado y muy letal.

—¿Cómo que ha venido para llevársela?

—Lo que escuchas. Apareció a primera hora para pedirme los papeles del alta. Dice que Anahí lleva aquí más de tres meses y que ya ha sido suficiente, que la prensa empieza a especular y que su hija está perfectamente, que ya no tiene sentido su permanencia en La Cascada.

—Pero, Marta, eso no es verdad. No puede hacer eso. No puede sacarla de aquí sin más. ¿Verdad que no puede?

—Es su padre, no tiene su tutela, pero Anahí no opuso resistencia cuando quiso ingresarla, así que, a menos que ella decida lo contrario, puede pedir su alta cuando quiera.

—No puede ser —susurro sintiendo cómo me tiemblan las manos cuando intento llevármelas a la cara—. Ese señor no ha venido a visitarla ni una sola vez en dos meses. ¡No sabe nada de lo que ella necesita! Marta, que Anahí se marche ahora es una completa locura y tú lo sabes. Ella no está bien, va a ser un retroceso. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en volver a intentar suicidarse? ¿Y si esta vez lo consigue? No puede ser. ¡Tenemos que hacer algo!

—Lamentablemente, no hay nada que podamos hacer. La idea me parece tan absurda como a ti, pero hay muchas veces en que la decisión no es nuestra.

—No voy a permitir que ese hombre se la lleve.

Marta se queda en silencio, quizás intentando averiguar si estoy hablando por hablar o tengo una intención real de hacer algo.

—Dulce, ese hombre es su padre y tiene unos contactos con los que podrías no llegar a ejercer en muchos años. Déjalo estar. No te busques problemas.

Frunzo el ceño. ¿De verdad me está diciendo que su situación de poder puede acabar con mi carrera antes incluso de que haya empezado? Vale que a mí no me gustan los enfrentamientos, pero esa advertencia no ayuda para nada a que me tranquilice.

—¿Y si hablo con él? ¿Y si intento hacerle entrar en razón? Joder, Marta, es que no puede ser.

—¿Crees que no he hablado con él y le he advertido, por activa y

por pasiva, los riesgos que conllevaría?

—Y aun así está decidido.

Ella se queda en silencio y ese silencio es un sí rotundo. Tengo los músculos agarrotados, el corazón latiéndome a toda velocidad y un hormigueo en el estómago que nada tiene que ver con el que siento cuando veo a Anahí caminar por el pasillo. Marta me está diciendo que no la voy a ver más, ni en el pasillo, ni sentada en su banco o en cualquier lugar del jardín. No voy a verla leer concentrada, ni mirando a la nada. No voy a poder sonreír cuando me acerque y deje de pasar las páginas del libro durante unos minutos. No voy a tener la certeza de que está bien cuidada y de que no corre peligro. No voy a verla a primera hora y a respirar tranquila porque ha superado un día más. Aprieto la mandíbula con fuerza, porque siento que, sin ese gesto, una corriente de lágrimas puede abandonar en cualquier momento el nudo de mi garganta. Estoy asustada y angustiada. Tengo pavor y no puedo permitirlo.

—Es mayor de edad —insisto en un hilo de voz—. No puede decidir sobre su vida como si fuera un paquete. Dime que hay otra opción, Marta, por pequeña que sea. Dímelo, por favor.

—La única opción es que ella solicite un ingreso voluntario. Pero para eso tendría que hablar y lleva tres meses sin hacerlo. Ni siquiera creo que le importe estar aquí o no. Y si a ella no le importa, debería dejar de importarte a ti, porque vas a terminar mal si sigues avanzando por ese camino.

—¿Qué camino? —Sonrío con ironía—. ¿El de querer ayudarla? ¿El de tener claro que, si vuelve a su casa, en pocas semanas tendremos la noticia de que, esta vez sí se tomó el número de pastillas adecuado? ¿El de pretender evitarlo? ¿Ese camino?

—No puedes salvar a quien no quiere ser salvada, Dulce. Te lo advertí en su momento.

—El problema es que no voy a dejar de intentarlo.

Marta vuelve a adoptar un silencio muy tajante y con él no sé si me está queriendo decir «Fin de la discusión», «Haz lo que quieras» o «No entiendo lo que te pasa». Es probable que se trate de las tres cosas, pero la angustia ya se ha apoderado de mí hasta tal punto que no sé si soy yo misma quien está manejando mi cuerpo para que abandone el despacho de mi jefa y avance con prisa hacia el ascensor.

El descenso me parece eterno y el pasillo hacia el jardín más largo que nunca. Camino sorteando obstáculos en forma de personas y

ganándome alguna mirada confusa de auxiliares. Una vez dentro del jardín me abofetea una oleada de aire frío y respiro hondo, más para tranquilizarme que para recuperar el oxígeno perdido durante el trayecto.

—Buenos días, señor Valente —saludo a sus espaldas con una voz mucho más firme de lo que me esperaba.

Él se da la vuelta y me observa durante unos segundos. Supongo que se está preguntando si tiene que conocerme de algo.

—Buenos días…

—Dulce Andrade —interrumpo.

—Buenos días, doctora Andrade. ¿Puedo hacer algo por usted?

El título de doctora se me cae encima como una tonelada de cemento, pero, lejos de aclararle que no soy más que una alumna nerviosa, decido armarme de valor para continuar con lo que quiera que fuese a hacer aquí.

—Por mí, no, pero por su hija, sí —Él me mira confuso—. No es muy conveniente que Anahí salga del centro todavía.

—Ya hablé de esto con la directora y no es algo que esté en discusión, doctora. Con todo el respeto, es una decisión tomada.

—¿Sin escuchar la opinión de los profesionales?

—Mi hija lleva aquí más de tres meses y, sinceramente, no he visto ningún tipo de mejoría en ella. Sigue sin dirigirme la palabra y no creo que las cosas vayan a cambiar, así que, no tiene sentido seguir invirtiendo dinero en una residencia en la que está igual que en nuestra casa.

—Ella no está igual —rebato subiendo un poco el tono de voz, porque estoy harta de que todo el mundo diga lo mismo—. Puede que usted no lo vea porque lleva dos meses sin venir a visitarla, pero Anahí está avanzando todo lo que puede y lo seguirá haciendo mientras permanezca en La Cascada.

—¿Avanzando en qué? ¿En la cantidad de minutos que es capaz de quedarse callada y sumergida en un mundo paralelo desde el cual puede ignorar a las personas de su alrededor? En eso también puede avanzar en su habitación. Se acabó. Ya me ha supuesto demasiados gastos el capricho de Anahí.

—¿Capricho? —pregunto incrédula—. ¿A qué capricho se refiere? ¿Al de su enfermedad? ¿O al de haber intentado matarse?

—A ambos.

Lanzo una mirada al cielo a ver si hay algún poder superior que

me relaje, porque ahora mismo siento que me estoy convirtiendo en uno de esos dragones con los que había que hacer equipo y podría escupir fuego por la boca de la rabia que siento.

—Usted no tiene ni idea. Usted no la conoce. No tiene ningún derecho a decir que intentó suicidarse por un capricho. ¡Joder! ¡Es su hija! —exclamo—. La tiene aquí delante y no está sorda, ¿sabe? Es que, ¿acaso tiene una piedra dentro del pecho?

—Lo que no tengo es paciencia. Y ya me cansé de escucharla, doctora Andrade, así que me voy a ir de aquí antes de que su actitud me obligue a pedir que le abran un expediente y la echen a la calle.

—Me importa bastante poco lo que quiera hacer conmigo, señor Valente. Estoy hablando de Anahí y si usted está acostumbrado a resolver las cosas a base de amenazas y de levantar el teléfono, me parece perfecto, pero eso no va a impedir que le diga lo que pienso.

Él se queda en silencio, mirándome con los ojos entornados, como si así fuera a conseguir amedrentarme o como si se estuviera preguntando quién diablos soy para hablarle así.

—Dígale a la doctora Andoni que volveré cuando esos papeles estén listos y que, más vale que sea lo antes posible.

Y se marcha. Sin decir ni una palabra más, con ese aire de mafioso italiano que me cabrea mucho y dejándome con una sensación de impotencia mayor a la que tenía antes.

Me dejo caer en el banco después de unos segundos y fijo la vista en ella, que permanece impasible. Es tan diferente a su padre. Él tiene los ojos de un color verde oscuro, la mandíbula más cuadrada y una expresión de estar cabreado con el mundo que dista bastante de la calma que transmite ella.

—Menudo padre más gilipollas tienes —Resoplo y aparto la vista.

Apoyo los codos en mis propias rodillas y escondo la cabeza entre mis manos, dejando escapar un suspiro de impotencia, abatimiento y coraje. Vuelvo a girar la cabeza para mirarla. Ella no se ha movido ni un centímetro, tiene la vista clavada en el libro y ni siquiera parpadea, pero sé que no está leyendo porque lleva todo este tiempo en la misma página. Las lágrimas vuelven a convertirse en un nudo en mi garganta y empiezo a verla borrosa.

—Esto es una locura —susurro, presa de un pánico y una impotencia que me están paralizando. Me arrodillo frente a ella en un intento inútil de que me mire, de que me haga saber que está aquí, que se ha enterado de todo y que no va a permitir que su padre

consiga lo que quiere; pero Anahí ni siquiera se inmuta cuando me acerco, está petrificada y por un momento me pregunto si aún respira —. Por favor, no te vayas... —suplico sintiendo cómo se me quiebra la voz—. Anahí, te lo pido por favor. No te vayas. Sé que estás ahí, sé que me estás escuchando; y también sé que has estado aquí desde el principio, desde el día que llegué y nos encontramos en el pasillo, o cuando nos miramos en este mismo banco. En ese momento querías hacerme saber que estabas aquí, que estabas presente y que, por mucho que dijeran, aún no te habías ido. Puede que no quieras hablar con nadie, que tu propio mundo sea mejor que este, donde todos esperan que hagas algo o que actúes de una determinada manera; pero también sé que aquí has conseguido estar en paz, aunque sea en pequeños momentos; que este sitio te mantiene en equilibrio y, en cierta forma, alejada de ese mundo exterior al que no consigues verle nada bueno.

Guardo silencio durante unos segundos, observándola y con un deseo doloroso de que me devuelva la mirada, que conecte nuestros ojos y me dé una pista de lo que está sintiendo; pero, como siempre, ella no abandona su postura y entiendo que ya no hay marcha atrás, que Marta tiene razón y que esta decisión no me pertenece. Desvío la vista hacia sus manos, tan pequeñas, delicadas y sosteniendo todo un mundo de quinientas páginas entre ellas, que no puedo evitar acercar la mía y acariciarla. Sentir el tacto de su piel por primera vez genera una corriente eléctrica que me recorre la columna vertebral de arriba abajo. La agarro con fuerza, como si así fuera a transmitirle algo más que el temblor de mis manos torpes o como si de esta manera pudiera sentirla con más intensidad.

—Nunca te he pedido nada —vuelvo a hablar—. Y no lo estaría haciendo ahora si no llego a estar segura de que esto es lo que en realidad quieres. Al menos así lo siento, y puede que me esté engañando a mí misma, que sea una ilusa y que a ti todo te dé igual, pero tengo que decírtelo, Anahí. La única forma de que puedas quedarte, es que firmes un ingreso voluntario que revoque el poder de tu padre. El mundo debe pensar que estoy loca, que, ¿cómo vas a preferir estar aquí encerrada a ser libre? Creo que el mundo tiene razón y que me he vuelto loca, y puede que ya no sepa distinguir lo que realmente necesitas, así que, solo puedo decirte lo que yo necesito. Necesito que no te vayas, Anahí. No sé lo que sientes con respecto a la vida ni a ti misma, y no hace falta que me lo cuentes si

no quieres, pero si te vas, si dejas que tu padre te aleje, antes quiero que sepas algo; que existe, al menos, una persona en este mundo, a la que le importas. Y que si sales de aquí no voy a dejar de intentar acercarme a ti, aunque termine en la cárcel por acosadora o no vuelva a pisar un centro de enfermos mentales sino en calidad de paciente. No me importan sus contactos ni sus amenazas, no voy a alejarme de ti. No voy a dejarte sola. Porque sé que, a pesar de todo, de lo terrible que veas la vida y de lo vacía que te sientas, ha habido momentos en los que has estado un poco más presente. Momentos tan simples como estar leyendo bajo un árbol mientras me escuchas aporrear las cuerdas de mi pobre guitarra. Si eso ha conseguido que me dejes ver un atisbo de luz en tu mirada, es que todavía hay algo en este planeta que te hace sentir viva, Anahí. No sé si es la música, no sé si es la lectura, no sé si es la compañía, pero quiero que lo averigüemos juntas. Por favor, déjame seguir demostrándote que existe un mundo más allá del que estamos acostumbradas a vivir, déjame demostrarte que vale la pena conocerlo.

Un discurso de lo más extraño. Unas palabras un poco torpes que no sé si habrán logrado transmitir lo que pretendía, pero que ya no puedo borrar ni corregir. Por primera vez en estos dos meses le digo algo más aparte de «Hola, Anahí», por primera vez le suplico, por primera vez la toco. Y ahora solo me queda esperar, observarla durante un instante y desear una reacción que no llega.

Acaricio su piel con mi pulgar y me levanto mientras exhalo un suspiro. No sé de qué otra forma llegar a ella, pero una parte de mí se resiste a rendirse. Así que, con este sentimiento de impotencia, miedo y un poco del típico alivio que viene después del desahogo, me marcho del jardín, dejándola con la vista clavada en una hoja de papel.

Marta tiene la puerta del despacho abierta y, al asomarme, la encuentro de pie junto a la ventana y con los brazos cruzados mientras observa algo a través del cristal.

—Lo siento —susurro al entrar y cerrar.

Ella aparta la vista de la ventana y me mira fijamente.

—¿Qué sientes?

—Haberme comportado como una desesperada. A veces olvido que aquí no eres mi amiga, sino mi jefa, y me ciegan mis ganas de cambiar el mundo.

—Tú no quieres cambiar el mundo, Dulce. Tú quieres cambiar *su*

mundo.

Aparto la mirada con una mezcla de vergüenza y de tristeza, porque Marta tiene razón, hace tiempo que esto dejó de ser un proyecto de universidad o un trabajo de psicología.

—¿Crees que estoy loca?

—Sí —confirma muy seria, consiguiendo que levante la vista—. Pero eso solo quiere decir que eres humana. Ninguno de nosotros seríamos capaces de vivir sin cierto grado de locura, aunque esa palabra esté prohibida entre estas paredes.

—No sirvo para esto, Marta. No puedo ver a Anahí como un simple proyecto.

—Lo que me duele de la situación es que te aferras a rescatar a alguien que no quiere ser rescatada. Desde el primer día he pensado que puedes llegar a ser una gran psicóloga, ¿sabes? He visto tu forma de comportarte con Rosa o con la misma Anahí y creo que tu empatía y tu humanidad pueden hacerte ser una profesional diferente, con verdadero poder para ayudar. El problema es que, con ella, estás cruzando todos los límites que separan lo profesional de lo personal. Es ahí cuando te ciegas y no ves la realidad. Tienes una imagen de ella que tú misma te has creado, Dulce. Y, mírate, estás sufriendo. Estás sufriendo y eso era lo único que no podías permitir.

—Sufro porque soy real y porque ella también lo es. Anahí no es un proyecto, no es una investigación, solo es una chica que está perdida.

—¿Y tú quieres hacer que se encuentre?

—Sí...

—¿No te has parado a pensar que, si ella quisiera dejar de estar perdida, te habría, por lo menos mirado, cuando te arrodillaste? ¿No crees que hubiera intervenido cuando te enfrentaste a su padre? ¿O qué en algún momento de estos dos meses que has pasado comiendo a su lado, te hubiera dirigido, aunque sea, una palabra? Dulce... —dice después de un suspiro—. Si te aconsejé que cambiaras de proyecto no fue porque no quisiera ayudar a Anahí. Si lo hice, fue porque llevo mucho tiempo viendo como todo esto es mucho más que un trabajo para ti. Y soy tu jefa, sí, pero también soy tu amiga. No me gusta verte sufrir. No quiero que sientas esa impotencia que estás sintiendo ahora mismo. No me gusta ver cómo arriesgas tu carrera y tu trabajo en unos minutos por una persona que ni siquiera ha levantado la vista para mirarte. ¿Realmente te merece la pena?

—No lo sé. No sé si merece la pena o no. No sé si elegí el camino correcto o era mejor retirarme cuando me lo sugeriste. Lo único que sé es que yo creo en ella. Y aunque esté aquí derrotada porque ella no me haya dicho ni una palabra hace unos minutos, sigo creyendo en ella. Alguien me dijo hace poco que, si yo creo en el que camino que estoy recorriendo, es el camino correcto, lleve a donde lleve.

Marta guarda silencio durante un instante y me mira con los ojos muy pequeños, como si quisiera atravesarme con ellos o averiguar algo que se le resiste; sin embargo, llaman a la puerta y nuestra conversación se ve interrumpida. Yo avanzo unos pasos para apoyar las manos en el respaldo de una de las sillas y dejar descansar un poco mi cuerpo con esa postura. Me gustaría ser un avestruz para poder esconder la cabeza. Estoy tan saturada que no sé cómo actuar ni qué hacer ahora. Nunca me enseñaron el protocolo a seguir cuando te implicas emocionalmente con un paciente y te aterroriza la idea de perderle de vista. ¿Cuándo ocurrió esto? ¿En qué momento Anahí dejó de ser un proyecto y se convirtió en una parte de mi vida sobre la que no tengo control? Me duele tanto el pecho que parece como si la cavidad torácica hubiera disminuido varios centímetros y el músculo cardiaco ya no tuviera hueco para latir a sus anchas. Entonces, me viene a la mente la expresión de sus ojos azules en aquel primer encontronazo; muy fría y un poco desubicada, como si, al igual que yo, tampoco entendiera lo que acababa de pasar. Es verdad, no fue hace unos minutos, en el jardín, la primera vez que tuve contacto físico con ella; fue aquel día, cuando agarré sus brazos por miedo a que pudiera caer antes incluso de haberla visto. En ese instante comencé a protegerla de manera involuntaria.

Ahí empezó todo.

—¿Dónde tengo que firmar mi ingreso voluntario?

El sonido de esa voz, dulce, pausada y firme consigue dar un vuelco a un corazón que ahora parece estar queriendo recuperar el hueco que se le estaba negando. El mundo se me detiene por completo en la formulación de esa pregunta que tanto deseaba escuchar. No soy capaz de moverme a una velocidad normal, todo sucede más despacio y siento tantas ganas de darme la vuelta y verla, confirmar que está ahí, que no estoy alucinando ni que mi mente me está jugando una mala pasada, que el movimiento se vuelve dolorosamente lento.

Pero ahí está ella, de pie junto a la puerta, volviendo a mirarme fijamente después de dos meses y haciéndome sentir única en el

universo durante unos segundos. Tengo ganas de gritar, de llorar, quiero responderle, avanzar hacia ella, decirle a Marta y al mundo que yo tenía razón, que no está perdida, que siempre ha estado aquí. Tantas ganas de hacer mil cosas y tan poca capacidad de reacción dirigida y voluntaria, que en algún momento la conexión entre mi cerebro y mi sistema nervioso se rompe y hay un salto temporal en el que no sé qué sucede, porque ahora tengo su cuerpo entre mis brazos, pequeño, delicado y sublime. Rodeo su cuello mientras siento que mis ojos se humedecen cuando soy consciente de lo cerca que tengo el olor de su pelo que en tantos sitios he creído encontrar a diario. La abrazo como nunca he abrazado a nadie, con una fuerza desesperante y con miedo de romperla. Ella continúa inmóvil, perpleja con mi reacción, y no me extraña, porque ni siquiera yo fui consciente hasta que ya estaba haciéndolo. Quiero que este momento dure para siempre, que el mundo se evapore y, transmitirle con mi abrazo, que aquí está a salvo, que, contra todo pronóstico, los dragones nos protegen.

—Gracias…—susurro junto a su oído—. Gracias, Anahí.

6

«No puedo respirar»

Una frase directa, concisa y tajante que consigue ser el detonante perfecto para que mis brazos dejen de aplastar su cuerpo como si la vida se me fuera en ello. No sé cuánto tiempo he estado en la misma posición, pero estoy segura de que, si Anahí no llega a quejarse por la escasez de oxígeno, podría haber alargado el momento durante horas.

—Lo siento —me disculpo, apartándome lo más rápido posible—. Yo… yo…

Nunca he sentido el uso del lenguaje tan inútil como, cuando al conectar nuestros ojos y descubrirlos tan cerca, las palabras se quedan flotando en el limbo. Ella me mira atenta y confundida, porque supongo que la evidencia de estar intentando contener las lágrimas le parece todavía más rara que el abrazo espontáneo que acabo de darle.

—¿Estás segura de que quieres permanecer ingresada, Anahí? —La voz de Marta interrumpe nuestro contacto visual, haciéndonos recordar que hay alguien más en la habitación.

—No demasiado, pero, por algo debo estar aquí.

Su voz es alucinante. No sé si alguna vez llegué a imaginar cómo se escucharía, pero, si así fuera, desde luego ha superado mis expectativas. «Por algo debo estar aquí», dos frases y una misma reacción después de cada una; los nervios en la boca del estómago, las ganas de volver a abrazarla y una emoción un tanto extraña al preguntarme qué es ese *algo*.

Después de un corto silencio en el que soy incapaz de apartar la

vista de ella con una cara que, seguramente, no me gustaría ver en el espejo, mientras ella mira a Marta e intento asegurarme de que esto está sucediendo de verdad, mi amiga resopla y escucho ruido de papeles.

—Pues solo tienes que firmar estos documentos.

—Hay una cosa más —advierte Anahí—. No quiero terapias, charlas, ni nada de lo que intentaron hacer conmigo cuando llegué.

—Entonces, ¿cómo pretendes que podamos ayudarte?

No veo la cara de Marta, pero, por su tono, intuyo que está frunciendo el ceño y bastante confusa.

—No necesito ayuda. Solo quiero… —Dirige su mirada de nuevo hacia mí y el corazón me vuelve a dar un vuelco de los alucinantes—. Mantenerme alejada de ese mundo exterior al que no consigo verle nada bueno.

Continúo observándola en silencio después de que repita mi propia frase y un hormigueo demasiado agradable se instala en mi pecho. Estoy tan cómoda así, que no necesito ni recordar cómo se articulan las palabras.

—Pues, lo siento mucho, pero esto es un centro de salud mental, no una residencia de verano. Y tú eres una interna que necesita tanta ayuda como el resto.

—Marta… —intervengo por fin, sin apartar la vista de Anahí.

—Dulce, no —advierte mi amiga.

—Marta —repito, y esta vez me doy la vuelta para mirarla—. Confía en mí.

Ella me observa fijamente, con una cara de querer matarme que intimida, pero ni siquiera así desisto; sé que en mis ojos puede ver una mezcla de súplica y emoción que le debe sorprender. Después de varios segundos y de una tensión que se puede cortar con un cuchillo, suspira con resignación y extiende un bolígrafo. Anahí lo toma como una señal para acercarse y firmar los papeles sin siquiera leerlos.

—Solo les pienso advertir una cosa —resuelve Marta, levantando su dedo índice de forma amenazante e intercalando la mirada entre ambas—. Cuando tu padre venga hecho una furia, yo no me responsabilizo. Ustedes se harán cargo.

—¿No tienes otro papel para autoprohibirme las visitas?

La seriedad con la que Anahí lo pregunta y la expresión de Marta, alzando una ceja y con los brazos en jarra, me hace apretar los dientes para contener la risa mientras la primera continúa firmando y la

segunda rueda los ojos.

—¿Eso es todo? —cuestiona al terminar con el último documento.

—Con esto asumes un ingreso voluntario y aceptas que el centro es responsable de tu alta cuando lo consideremos oportuno.

—Perfecto. Entonces voy a volver al jardín.

Comienza a caminar hacia la puerta dando por finalizada su intervención y haciéndome sentir un poco inquieta, porque no quiero que este momento termine ni que desaparezca de este despacho. No quiero averiguar qué viene después.

—Bienvenida, Anahí —concluye Marta.

La interrupción hace que se detenga justo a mi altura y que se gire para mirarme, consiguiendo que el corazón vuelva a bombear con fuerza cuando nuestros ojos conectan y el tiempo parece que otra vez se congela.

—Siempre he estado aquí —susurra.

Por segunda vez acaba de repetir una de mis frases y yo siento que las piernas podrían dejar de sostenerme en cualquier momento y que no sé si me voy a acostumbrar a esto en un futuro próximo. Le sonrío, más por los nervios que por otra cosa, y ella me observa en silencio, con mucha intensidad, con menos frialdad que el primer día, pero con el mismo poder de helarme. Después de varios segundos sigue su camino y abandona el despacho, dejándome con una sensación algo incómoda y desagradable.

—¿No vas a ir detrás para comértela a besos?

Me doy la vuelta como si por fin alguien hubiera pulsado el botón de *on* en mi organismo y me encuentro con una Marta que tiene los brazos cruzados y me mira de una forma muy rara.

—¿De qué estás hablando?

—Si con su primera frase casi consigue que la asfixies, cuando te sonría, voy a tener que amarrarte a la pata de la mesa para que no le comas la boca delante de todo el centro. O, pero aún, para que no…

—Frena, frena —La detengo antes de que suelte una locura—. La abracé porque me emocionó verla, porque no me lo esperaba y porque eso significa que no está tan perdida como creías. No es para tanto.

—Si tú lo dices… —Marta se frota la cara con ambas manos y detiene la vista en los papeles que acaba de firmar Anahí. Se queda absorta durante varios segundos antes de volver a mirarme—. Ahora soy yo la que está perdida.

—¿Por qué?

—Porque Anahí ha estado aquí más de tres meses y nunca le ha dirigido la palabra a ninguno de los trabajadores. Porque durante las primeras semanas recibía visitas casi a diario y, ni su familia, pareja o amigos, conseguían que los mirara. Llevo años trabajando como psicóloga y nunca he conocido a un paciente que prefiera estar internado antes que volver a su casa. Hoy han bastado unas palabras tuyas para conseguir en ella lo que nadie ha conseguido en meses. Así que, sí, estoy muy perdida —recalca—. Me pides que confíe en ti, Dulce, y tal vez tengas razón y seas la única que ha sabido llegar a ella, pero eso también me asusta, porque te he visto acompañándola en silencio todos los días durante dos meses y aunque tú no lo veas con claridad, sé que has debido crearte una imagen de ella en tu mente que no sé si se corresponde con la realidad. ¿Qué ocurre si esperas demasiado? ¿Y sí ella no es cómo piensas? Creo que ahora mismo harías cualquier cosa que Anahí te pidiera y eso me parece peligroso para ambas.

—Marta, yo tampoco sé qué fue lo que la hizo reaccionar, pero te aseguro que no; no haría cualquier cosa que Anahí me pidiera. Si lo que te preocupa es que me salte las normas o que le ponga facilidades para fomentar su enfermedad; si crees que voy a encubrirla, a esconderle la comida o a dejarla ir sola al cuarto de baño, estás muy equivocada. Haría cualquier cosa para protegerla y es lo que he intentado hoy. Ni voy a influir en su tratamiento, ni me voy a inmiscuir. Yo no sé cómo tratarla, no estoy siguiendo ningún protocolo. Solo he seguido mi instinto de querer acompañarla y, aunque no sea lo más ortodoxo, tampoco creo que sea perjudicial para ninguna de las dos.

—No, eso no es perjudicial. Lo que sería perjudicial es que llegaras a interesarte por una chica a la que no conoces, teniendo una imagen distorsionada de ella.

—Qué no estoy interesada en Anahí, joder.

—Puede que todavía no.

—Vamos, Marta, solo he cruzado tres frases y cuatro miradas con ella. Es absurdo.

—Mira, voy a obviar el hecho de que las tengas contadas y voy a pedirte un favor: no olvides que esto es un centro de salud mental donde hay enfermos mentales entre los que se encuentra Anahí; no es un cuento de hadas, aquí no te cruzas con alguien, saltan chispas y todo va como la seda; no estamos en una película romántica ni dentro

de dos horas vas a tener tu final feliz. Aquí hay una realidad muy dura, Dulce. Ayúdala si es lo que sientes, haz todo lo que consideres necesario y, ya que no puedo pedirte que mantengas tus sentimientos al margen, al menos prométeme que vas a estar preparada para cualquier cosa que pueda suceder de ahora en adelante.

¿Cómo podemos prepararnos para aquello que no conocemos? Por mucho que creamos estar en posición de afrontar cualquier cosa, la mayoría de las veces, la vida nos sorprende; y no solo eso, sino que, aunque nos empeñemos en mentalizarnos y en autoconvencernos de que los acontecimientos no nos van a afectar o herir, al final es algo que no vamos a poder controlar. Nos creamos expectativas y tenemos deseos de que las cosas sucedan como nosotros queremos, y cuando eso no pasa, la mayoría de las veces duele. Podemos controlar cómo afrontar ese dolor, pero no podemos, ni debemos, evitar su presencia.

Al margen de esto, creo que Marta exageró un poco con sus temores. Puede que por Anahí sienta un afecto diferente al que siento por la mayoría de pacientes, pero no creo que sea distinto a la ternura que me inspira Rosa. Ambas son personas con las que conecté de una forma especial y Anahí, además, es el objeto de mi proyecto; estar a su lado y observarla durante dos meses me ha hecho conocer aspectos de ella que quizás no conocería en una situación normal. He aprendido a distinguir los días en los que está algo más tranquila de los que está inquieta, sé con quién del personal siente más confianza y con quién ni siquiera tolera compartir aire. Sé que conmigo está calmada y con su padre tenía cada músculo agarrotado. Tarda una media de dos minutos en leer la página de un libro romántico y cuatro en uno de autoayuda, me gusta pensar que es porque relee párrafos que le resultan útiles. Ha leído cincuenta y cinco libros en dos meses, incluyendo los que ha repetido y sin incluir los que deja a medias. Supongo que es de esas personas a las que les da igual abandonar un libro si no le termina de enganchar, y eso me parece muy inteligente porque, habiendo tantas historias en el mundo, ¿por qué va a perder el tiempo con una que no es para ella o que no es para ella en este momento?

Sentí un pánico descontrolado cuando creía que su padre iba a conseguir sacarla de aquí, y no sé si es algo que sienten todos los

psicólogos cuando ven que la vida de una persona a la que trata puede correr peligro, sin que evitarlo esté en su mano, pero la angustia ha sido demasiado intensa y la impotencia me ha robado el oxígeno en más de un momento. Sin embargo, cuando la tuve entre mis brazos, todo ese peso desapareció de un plumazo.

Nunca he estado tan nerviosa antes de entrar al jardín. Intento tranquilizarme con un suspiro y devolverle a la bandeja la estabilidad de todos los días, pero ni eso, ni la lentitud con la que camino, consiguen que la inseguridad desaparezca. No he vuelto a verla desde que salió de la consulta de Marta, preferí esperar a *«nuestra cita»* diaria para abordar la nueva situación; que en realidad no sé si es nueva, porque no tengo claro si Anahí ha decidido abandonar su silencio definitivamente o lo de hace unas horas fue solo algo puntual.

Llego a su altura con la sensación de haber recorrido varios kilómetros en los últimos minutos y aunque intento formular alguna frase, me quedo totalmente petrificada y sin voluntad alguna. Ella está como todos los días, sentada en el banco, leyendo el libro de esta mañana y muy concentrada, aunque al sentir mi presencia y ver que no pienso emitir ningún sonido en un futuro próximo, alza la vista, provocando que nuestros ojos vuelvan a encontrarse y que se me salte el puñetero corazón.

—Hola —saluda después de unos segundos.

«Hola»

En mi vida le he visto tanto significado a esta palabra como hoy. *Hola* es lo que yo le llevo diciendo dos meses, *hola* es sinónimo de comienzos y, *hola*, ahora, implica que Anahí ha decidido quedarse. Aunque no me extrañaría que se arrepintiera después de ver la cara de tonta que debo tener.

—Hola —respondo con una leve sonrisa.

Ella devuelve la vista a su libro después de unos segundos y yo, con un poco de valentía y un poco de cotidianeidad, decido sentarme en la misma postura de todos los días. Empiezo a destapar la comida: arroz con verduras y una crema de calabaza que, como siempre le digo a Carmen, es su plato estrella.

—Creía que hoy no vendrías.

El sonido de su voz me sobresalta, porque no estoy acostumbrada y porque estaba demasiado concentrada en no derramar la crema y que mi bata se volviera naranja en unos segundos. Alzo la vista para mirarla. Sus ojos expresan curiosidad y a mí se me mueve algo por

dentro. Podría acostumbrarme demasiado rápido a esto.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Bueno —Se encoge de hombros—, estaba convencida de que venías a comer conmigo porque aquí tenías el silencio que buscabas y que no encontrabas en ese comedor lleno de ruido.

—Si lo que tú quieres es que mantengamos ese silencio, no hay problema —resuelvo encogiéndome también de hombros—. No hay por qué decir nada.

Ella me mira con los ojos muy pequeños, algo que, por un momento, me hace gracia.

—Eres muy rara, Dulce.

Devuelve la vista a su libro, arrancándome una pequeña risa que se junta con los nervios de escucharla decir mi nombre por primera vez y una parte de mí se aferra bastante a lo que está pasando.

—No te lo voy a negar, pero ¿por qué lo dices?

—Porque cualquier otra psicóloga me hubiera acosado a preguntas después de mi cinematográfica aparición en la consulta. Sin embargo, tú, no solo no viniste, sino que encima te da igual seguir cómo hemos estado hasta ahora.

—Para empezar, todavía no soy psicóloga, así que no entro del todo en ese grupo al que acabas de hacer referencia. Y, para continuar, sí, claro que me gustaría saber cosas y hablar contigo lo que queda de día; pero todo tiene su momento y también pienso que a nosotras nunca nos han hecho demasiada falta las palabras.

Ella asiente, con la mirada muy fija y un tanto confusa hasta que vuelve a clavarla en el libro. El gesto no pareció ser de estar de acuerdo conmigo, sino una manera rápida de finalizar la conversación. Permanezco varios minutos observándola porque alguna parte de mi cerebro se resiste a dejar de mirarla. Podría pasarme el resto de la tarde disfrutando de su compañía y de nuestro silencio, sí, pero también podría quedarme anclada en la sensación que me produce tener sus ojos conectados con los míos.

—Gracias —añado, volviendo a captar su atención—. Por reaccionar a tiempo y firmar los papeles.

—Me lo agradeces por segunda vez, como si te hubiera salvado la vida o algo por el estilo, y lo único que hice fue aceptar que, este lugar, tal vez sea mejor que cualquier otro.

—¿Por qué?

—Aquí todos están locos —Vuelve a encogerse de hombros—.

Puedo pasar desapercibida más fácil.

—Sea por lo que sea, me alegra que estés aquí, Anahí.

El silencio que se produce a continuación es un poco más incómodo de lo que estoy acostumbrada con ella, porque no deja de mirarme con los ojos muy analíticos y me dan hasta escalofríos. No sabía que una persona podía ser tan intimidante, joder. Además, es curioso descubrir que son las propias palabras las que vuelven incómodos los silencios.

—¿Cuál es tu plan? —pregunta después de unos segundos.

—¿Mi plan para qué?

—¿Qué pretendes hacer conmigo? ¿Ganarte mi confianza con paciencia y dulzura para, un día, empezar a darme charlas sobre lo bonita que es la vida y la importancia de sentirme bien conmigo misma?

—¿Eso es lo que crees que voy a hacer?

—No tengo ni la más mínima idea, por eso te lo pregunto. No he sabido qué pretendes conseguir desde el primer momento en que te sentaste aquí. No creo que esto sea gratis. No creo que no tengas un fin.

—¿Y quieres que te responda la verdad? ¿O lo que querrías escuchar para no salir corriendo?

—La verdad. Yo decidiré si salgo corriendo o no.

—Pues la verdad es que el primer día solo buscaba acompañarte y que me acompañaras. Me aportas calma y tranquilidad. Compartir el silencio contigo me hace sentir que no hace falta nada más; pero te mentiría si te dijera que no me pregunto a diario lo que piensas, lo que sientes y qué hay dentro de ti para que dejaras de verle sentido a la vida. Me lo pregunto todos los días y también me pregunto si hay algo que yo pueda hacer para cambiarlo. Pero, no, no pretendo conseguir nada de ti ni tengo un plan para acercarme y ganarme tu confianza. Mi único propósito es que, al menos los pocos momentos en los que estés conmigo, la vida no te parezca tan terrible. Así de simple y así de complejo.

De nuevo se instaura un profundo silencio en el que ella me mira desorientada y algo perpleja durante un tiempo en el que, esperar una reacción se vuelve desesperante y el corazón me va a dejar sorda de tanto latido y tanto nervio. Aparta la vista sin decir nada y sin expresar ni una sola muestra de acuerdo o desacuerdo, pero el hecho de que, al menos por el momento, haya decidido no salir corriendo,

me vuelve un poco más valiente.

—¿No confías en mí?

—Algo así le dijo Aladdín a Jasmine antes de subir a la alfombra mágica —responde sin mirarme y, después de un instante de silencio, suspira—. No confío ni en mi misma, Dulce.

—Anahí, ¿no confías en mí? —repito.

Ella alza la vista con una mezcla de seriedad, curiosidad y cara de querer mandarme a la mierda. Entorna los ojos y estoy segura de que, de poder, me atravesaría con ellos.

—Hay algo, y no me preguntes el qué —advierte—, que me hace confiar en ti cuando ni siquiera me fío de mi misma.

Mucho más de lo que esperaba escuchar, desde luego. Si Anahí confía en mí, significa que estos dos meses han sido igual de reales para ambas y que se ha creado una conexión bidireccional.

—¿Qué crees que hará tu padre cuando se entere de lo que hemos hecho?

—No pluralices, Dulce, porque te puedes meter en problemas que no te corresponden. Mi padre tiene tanto poder como cabezonería, así que pondrá el grito en el cielo y hará hasta lo imposible por sacarme de aquí.

—Por suerte eso ya no puede hacerlo y no hay otra cosa con la que pueda amedrentarme. Así que, no le tengo miedo.

—Eso ya lo he comprobado. «Menudo padre más gilipollas tienes» —repite la frase que le dije justo después de que él se fuera y el corazón me empieza a latir un poco raro—. No te merece la pena.

—Yo decidiré si me la merece o no —reproduzco también parte de sus palabras y sonrío—. Mientras no se pase de la raya contigo, podré controlar mi ira.

Ante mi intento de broma, ella se queda mirándome fijamente, con los ojos un poco entornados y añadiéndole una tensión extra al momento.

—Cuando se te mete algo en la cabeza no hay quién te lo saque.

—¿Una hora hablando conmigo y ya me has descubierto?

—Te descubrí en un minuto —corrige—. Pero he tenido dos meses para confirmar mis sospechas.

Es imposible definir con palabras lo que siento cada vez que se hace referencia a que, estos dos últimos meses, Anahí ha estado igual de presente que yo. Es una emoción incalculable y un hormigueo continuo en el pecho que me hace esbozar una sonrisa de lo más

idiota, porque si yo he aprendido a conocer cosas de ella y ella ha aprendido a conocer cosas de mí sin dirigirnos la palabra, esto se convierte en la relación más rara que he tenido con otra persona.

No sé en qué momento terminé de comer y quité la piel de la mandarina para dejar los gajos sueltos junto a ella, como hago siempre. El gesto ha llegado a convertirse en un acto reflejo, pero, para mi desgracia, es lo que me hace ser consciente del tiempo que ha pasado mientras manteníamos esta pequeña conversación. El reloj de mi muñeca me recuerda lo inevitable, que hoy no puedo quedarme después de comer.

—Será mejor que vuelva al trabajo —suspiro con desgana—. Porque si no le voy a dar una excusa más a tu padre para que consiga suspender mis prácticas con efecto inmediato.

—Y no queremos eso.

Me arranca una sonrisa automática mientras siento el corazón golpeando fuerte contra mi pecho y ella permanece mirándome seria, completamente ajena a lo que me provoca. Entonces, me doy cuenta de algo, tarde o temprano voy a conseguir que sonrías, Anahí. Pero una sonrisa sincera, de esas que no puedas evitar. Le devolveremos a esos ojos azules parte de la luz que ahora los mantiene grises. Algún día, estando a mi lado, tu corazón dejará de sentir el peso de la vida y podrá ser un poco más libre.

Te lo prometo.

—¿Nos veremos mañana? —pregunto al levantarme.

—No creo que tenga muchos lugares a los que ir.

—Cierto… —Sonrío—. Qué tengas un buen día.

—Tú también, Dulce.

Asiento con una última sonrisa y empiezo a caminar hacia la salida, pero un impulso me hace detenerme a los pocos pasos, porque eso de perderla de vista tan pronto no me termina de convencer.

—Anahí… —Ella se da la vuelta al escuchar su nombre y me mira con intriga—. Ha estado bien poder hablar contigo.

La vida siempre te sorprende y, no, no podemos estar preparadas para todo. A veces, simplemente, hay que dejarse arrastrar por la corriente.

7

Ovejas, cerdos, cabras e, incluso, leones, una granja al completo estuve contando anoche mientras miraba el techo de mi habitación sin poder pegar ojo. Me levanté a tomar leche con galletas porque dicen que es un método infalible para conciliar el sueño, vi la teletienda durante horas, conté el tiempo que podría descansar si me quedaba dormida en ese preciso momento unas diez veces, frustrándome porque cada vez era menos, le transmití mi insomnio a White y recordé todas esas noches en las que mi abuela me pillaba despierta en la buhardilla de la casa del lago a las cuatro de la madrugada. Solía decirme que era un ave nocturna, que mi inspiración tenía horario y que solo se veía la luz de nuestra casa en kilómetros a la redonda. Luego me preparaba un vaso de leche caliente y se sentaba a mi lado, esperando que quisiera leerle lo que estuviera escribiendo. Nunca fueron otra cosa que desvaríos de una adolescente, pero creo que me gustaba tanto compartir esos momentos con ella, que seguí haciéndolo, incluso, aunque dos semanas después me avergonzara de lo que había escrito. «No te arrepientas de nada de lo que escribas hoy —me decía— porque es necesario pasar por aquí antes de lo que escribas mañana». Y con esa frase me enseñó que, para llegar a algo bueno, primero tenemos que hacer cosas peores; que las casillas no se pueden saltar, que nadie nace siendo la mejor versión de sí mismo y que el proceso hace que el resultado sea más apasionante. Una reflexión que me ha servido para todo en la vida.

Son casi las ocho de la mañana y mientras camino por la primera

planta de La Cascada siento que tengo que pedirle permiso a un pie para mover el otro. He debido dormir una hora en toda la noche, porque cuando sonó el despertador casi me da un infarto y tenía la sensación de que apenas llevaba cinco minutos con los ojos cerrados. Por primera vez en mi vida el café solo ha servido para ponerme más nerviosa y es que, ayer fue un día tan intenso, que conciliar el sueño se convirtió en una utopía al final del día y ahora me arrastro como una culebra con sobredosis de cafeína, a la que empieza a bombearle fuerte el corazón cuando escucha unos pasos aproximándose.

Más efectivo que el café, que una bebida energética y que ocho horas de sueño.

Me empiezan a sudar las manos en el momento justo en el que la veo aparecer y siento que está un poco más guapa que ayer, aunque no sé qué tan objetivo sea eso, porque pienso lo mismo todas las mañanas. Tiene el pelo suelto y húmedo, lo que me anticipa que acaba de ducharse y me hace percibir su olor incluso a esta distancia. Ella me mira fijamente mientras se acerca con una seriedad que empieza a inquietarme. Ambas nos detenemos en el mismo punto, separadas por unos centímetros y todo el ensayo mañanero de lo que haría cuando me la encontrara, se acaba de ir al garete. El ensayo se había basado en un básico y educado «Buenos días», pero si me mira con esa expresión tan nueva, es imposible que el cerebro y las cuerdas vocales se coordinen.

—Tienes muy mala cara —me informa, como si yo no me hubiera mirado en el espejo ochocientas veces antes de venir y novecientas en el ascensor.

—Buenos días a ti también —respondo alzando ambas cejas—. Y gracias por la sinceridad.

—¿Qué te pasa?

Su insistencia me hace fruncir el ceño y noto que el corazón me empieza a latir un poco más rápido. ¿Está preocupada por mí?

—Solo una mala noche —Sonrío.

—¿Muchas cosas en las que pensar?

—Es probable.

—Un vaso de leche caliente es el remedio infalible.

—Usamos los mismos trucos —Vuelvo a sonreírle—. Pero decidí ejecutarlo a las cuatro de la mañana y esta vez no surtió tanto efecto.

—Entonces esa es la explicación de tus ojeras.

—Gracias otra vez —Me río—. Nos levantamos con la sinceridad a

tope, por lo que veo.

—No hay de qué.

Ella se encoge de hombros con una indiferencia absoluta que me provoca entre gracia y curiosidad, porque la preocupación le duró muy poco y esta novedad me hace algo de cosquillas por dentro. Además, se mantiene tan seria e impasible que, ¡joder!, ni una mueca agradable ni nada, menudo aguante.

—Bueno, pues, visto lo visto, me voy a empezar a trabajar —Comienzo a avanzar con la intención de dejar ahí nuestro corto encuentro, pero cuando adelanto dos pasos y una parte de mí se resiste, como siempre, a perderla de vista tan pronto, me doy la vuelta y al descubrir que ella ha hecho lo mismo, el corazón se me vuelve a acelerar como si me gritara cosas en un idioma que no entiendo—. ¿Sabes? Es una lástima que, con esa cara tan bonita, tengas tanta mala leche —Consigo que frunza el ceño y sus ojos se hagan muy pequeños —. Ganarías fans sonriendo un poco.

Después de darle un toque pícaro y cariñoso con mi dedo índice en su nariz, continúo mi camino sin esperar respuesta, sin volver a darme la vuelta, pero sonriendo como una verdadera idiota durante todo el trayecto hasta la segunda planta.

—No sé por qué debo preguntar primero —irrumpe la voz de Marta, provocando que levante la vista y la descubra aproximándose desde su consulta—. Si por esa mala cara con la que has decidido deleitarnos, o por la sonrisa de estúpida que la acompaña.

—¿Le pusieron unas gotas de simpatía extra al café de La Cascada? Eso explicaría la amabilidad que tienen todas, esta mañana.

—Voy a arriesgarme a afirmar que, con ese *todas*, me estás comparando con Anahí. ¡Es más! Apuesta completa a que la sonrisa de estúpida también es por ella.

—Ya empezamos —Resoplo rodando los ojos.

—Anda, vamos a por un café —Se engancha a mi brazo y comienza a arrastrarme—. Necesito un descanso y quiero saber por qué has venido disfrazada de mapache.

—A la orden, jefa.

—Un día deberíamos usar esa frase en otro contexto.

Me arranca una carcajada porque no puede ser más tonta y más lanzada al mismo tiempo, porque le da igual lo roja que me ponga o las veces que me eche las manos a la cabeza, Marta sigue en su línea de siempre e, incluso, un poco más directa por la confianza.

—Con todo el lío de Anahí al final no me contaste cómo te fue ayer en la universidad —comenta cuando nos hacemos hueco en una de las mesas del jardín—. ¿Tienes el informe aquí? —Mi cara debió empalidecer en el acto, porque el tamaño de sus ojos se reduce de una manera casi imposible y me clava ese marrón oscuro con toda la desconfianza del mundo—. ¿Qué hiciste, Dulce?

—Leerlo… —Asiente atenta—. Arrugarlo… y jugar al *basket* con la papelera.

Ella vuelve a asentir, más despacio, como si necesitara ese tiempo extra para buscar un significado coherente a la información.

—¿Y tienes una explicación para esa decisión?

—No quiero dejar que unas personas que ni siquiera han prestado atención a lo que he escrito, me digan cómo tengo que hacer las cosas.

—El problema es que esas personas son las que te van a aprobar o suspender, Dulce.

—Ya lo sé, pero ¿cómo crees que voy a poder defender algo con lo que no estoy de acuerdo? Anahí no es más que una estadística para ellos y, si algo nos ha demostrado últimamente, es que no tiene intención de cumplir cánones.

—He envejecido diez años desde que estás aquí —asegura con una mezcla de reproche y diversión—. Al menos podrías haberme dejado leerlo.

—No decía nada interesante.

—¿Sabes, Dulce? Tú eres de esas personas a las que solo les pueden ocurrir dos cosas en la vida: o triunfan o fracasan, pero nunca te vas a quedar en el medio, no sirves para vivir sin arriesgarte a seguir tu instinto.

—Mi abuela me hablaba mucho del instinto, pero hace tiempo que no me dejaba llevar por él.

Sentir unos pasos a mi izquierda me hace levantar la vista para encontrarme con los ojos de Anahí, que busca los míos mientras pasa junto a la mesa. Nuestras miradas se encuentran en mitad del camino y el tiempo se ralentiza a la vez que los sonidos se disipan y mi corazón golpea con fuerza. Me mira con tanta intensidad, que me siento incapaz de apartar la vista y en un segundo es como si en este jardín ya no hubiera nadie más. Sonrío, más por dentro, que, por fuera, pero estoy segura de que ha podido verse. Ella avanza hacia el banco y me pierde de vista, pero yo no puedo evitar lanzar un suspiro al aire y negar antes de buscar la mirada de Marta, que me espera

expectante. Por un momento creo que va a meterse conmigo o a quejarse por haber dejado de escucharla, pero no dice ni una palabra. Solo me observa seria y analítica.

Marta casi se pone a bailar encima de la mesa para darme un adelanto de lo que nos esperaba el fin de semana cuando le hablé de la propuesta de Claudia. Y no exagero, porque parece que el plan le gustó demasiado y opina que a las tres nos hace falta, así que, ya es oficial. El resto de las horas las dediqué a redactar mi proyecto con los últimos avances y me inquietó un poco darme cuenta de que Anahí ocupa el noventa por ciento de mis pensamientos a lo largo del día; o porque estoy llevando a cabo un proyecto del que es protagonista o porque ocurre algo con ella a lo que no puedo dejar de darle vueltas. Sea por lo que sea, ahí está, martilleándome el cerebro con mucha frecuencia.

—Creo que llevas en la misma posición las últimas cuatro horas —comento al ver que está exactamente igual que cuando Marta y yo nos fuimos del jardín.

Me siento frente a ella y coloco las piernas sobre el banco para quedar cara a cara. La aludida aparta la vista del libro, adoptando una expresión confusa cuando me mira.

—¿Y tu comida?

—Llevo toda la mañana a base de cafés y no tengo hambre —informo rebuscando algo en el bolsillo de mi bata—. Pero ¡sí traje el postre!

Dejar a la vista dos piruletas con forma de corazón consigue que sus ojos se abran de golpe, como si fuera lo último que esperaba que ocurriera hoy. Le ofrezco una de ellas, mientras arranco con los dientes el papel de la otra y empiezo a saborearla.

—Ni te imaginas cuántos años llevo sin probar una.

—Pues no sé a qué estás esperando —Ella intercala los ojos entre la piruleta y yo, evidentemente dubitativa—. Como no te espabiles, te la voy a robar.

—Pero si tú ya tienes la tuya —espeta.

—Y se acaba demasiado rápido.

Después de guiñarle un ojo, me mira desconfiada mientras acepta el dulce como una niña pequeña y lo introduce en su boca. El brillo

que invade su mirada es instantáneo y despierta unas cosquillas muy leves en la boca de mi estómago.

—Eran mis favoritas —comenta observándola con detenimiento.

—Tienes buen gusto.

Ella asiente y me quedo un poco embelesada cuando la veo tan concentrada, saboreando la piruleta como si llevara años sin disfrutar de un alimento.

A los pocos segundos un ruido la distrae y me mira entre perpleja y confundida.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—¿Comer?

—Pero ¿la estás mordiendo? —cuestiona horrorizada—. ¿Por qué la estás mordiendo? ¡Así se acaba más rápido!

—Por eso te aconsejé que te espabilaras.

—Pareces un ratón —concluye antes de sacarme la lengua y continuar con su labor.

Yo me vuelvo a quedar un poco más atontada que antes, porque ese gesto es nuevo y porque verla en esta situación me despierta una ternura apabullante. ¿En qué planeta una chica de veintiséis años se come una piruleta como si cada milésima de segundo le supiera un poco mejor? ¿Y en qué planeta a mí me deja tan hipnotizada una acción tan cotidiana y normal?

Después de varios minutos con sonidos de chasquidos y succiones, sus ojos azules vuelven a buscar los míos y se queda mirándome fijamente, como si algo que, me encantaría averiguar, pasara por su mente. No dice ni una palabra y yo tampoco, me dejo observar como tantas veces la he observado yo a ella y no rompo el contacto visual ni un segundo. Igual de expectante que nerviosa.

—¿Eres tan diferente como aparentas? —decide romper el silencio.

—¿Qué quieres decir exactamente con *diferente*?

—Eres distinta a todas las personas que hay aquí y a cualquier profesional que ha intentado acercarse a mí. Me tratas diferente. Me miras diferente. Tú… no me miras como si fuera un trabajo o como un problema a resolver.

—Eres una chica —comunico encogiéndome de hombros—. Y aunque no te lo creas, debajo de esta bata de psicóloga importante, no hay más que otra chica.

—No es mi intención desanimarte, Dulce, pero si vas a ver a todos tus pacientes como simples personas, creo que te has equivocado de

profesión.

—Llevo cuatro años pensando lo mismo —A pesar de la sonrisa que le ofrezco, ella frunce el ceño—. Una persona me dijo hace poco que el camino que tú eliges, no siempre te lleva al lugar esperado, y, sin embargo, eso no hace que deje de ser el camino correcto. Todavía no he terminado de entender el significado y tampoco sé si a todas las personas que tenga que tratar las veré de la misma forma que te veo a ti, pero, es probable que deba averiguar ambas cosas.

—Eres una chica muy curiosa.

—En solo dos días me has llamado *curiosa* y *extraña* —bromeo—. Espero que, con el tiempo, esos adjetivos te parezcan algo bueno.

—En ningún momento he dicho que sean malos.

Por una milésima de segundo me parece distinguir cierto atisbo de sonrisa en sus labios, pero supongo que solo ha sido producto de mi imaginación, porque se queda mirándome en silencio una vez más, consiguiendo que mi músculo cardiaco sufra varias alteraciones de ritmo al mismo tiempo. No sé si pueda acostumbrarme a estos cambios, pero me resultan tan placenteros, que no me disgustaría vivir con ellos, la verdad.

—Así que, es cierto eso de que ya hablas —interrumpe una voz muy grave a sus espaldas.

Alzo la vista y me encuentro con la última persona que me apetecería que estuviera aquí. En algún momento Anahí decide que es buena idea ponerse de pie y yo me quedo un poco pegada al banco.

—¿Qué estás haciendo aquí, papá?

—¿Tú qué crees? Vengo para llevarte a casa.

—No puedes. Firmé un ingreso voluntario.

—Sí, ya estoy enterado de esa nueva estupidez tuya, pero vamos a ir al despacho de la directora para que lo revoque.

—Ya te he dicho que no —insiste ella a media voz y bajando la mirada—. No quiero irme.

—¡Me importa poco lo que tú quieras, Anahí! —exclama en voz baja, como si estuviera alterado, pero no quisiera llamar demasiado la atención—. Estoy harto de tus caprichos, así que no me hagas dar el espectáculo.

Cuando las enormes manos de Oliver Valente acorralan los brazos de su hija con brusquedad, una sensación de calor extremo me recorre por dentro y me hace saltar del asiento para apartarlo de un empujón que ni siquiera yo esperaba.

—Ni se le ocurra volver a tocarla —advierto quedándome entre ambos—. O llamaré a seguridad.

—¿Otra vez tú? —pregunta mirándome con rabia e ironía—. Mira, niña, ya te dije que te mantengas al margen si no quieres sufrir las consecuencias. Esto es algo entre mi hija y yo.

—Y yo le repito que me da igual lo que quiera hacer conmigo y que, como vuelva a tocarla, llamaré a seguridad.

—Tú no sabes con quién estás hablando, ¿verdad?

—Dulce, por favor —susurra Anahí a mi espalda con la voz algo cortada mientras empiezo a sentir el tacto de su mano en mi brazo—. No te busques problemas, no merece la pena.

—Sí la merece —corrijo girándome hacia ella y al encontrarme con esa mirada asustada, se me rompe un poco el corazón—. Sí la mereces. No voy a dejar que nadie te trate así y me da igual si es tu padre, un capo de la mafia o el presidente.

Ella se queda observándome en completo silencio y en esta conexión de miradas empiezo a sentir que el ritmo agitado de mi respiración va recuperando la normalidad, porque a lo mejor en este punto dan igual las amenazas de su padre, las voces o las exigencias, a lo mejor en este punto solo estamos ella y yo, y es más que suficiente.

—Eres una inconsciente —vuelve a interrumpir la voz de Oliver Valente—. Ni siquiera sé quién te crees para intervenir en lo que quiero para mi hija.

—Intervengo porque no se trata de lo que usted quiere, sino de lo que quiere ella. Anahí necesita recibir una ayuda que no va a tener en su casa. ¿Se ha molestado en preguntarle alguna vez lo que le hace falta?

—¡No necesito saberlo! Lo que necesito es que mi hija, esa niña que siempre lo ha tenido todo, deje de comportarse como una cría caprichosa y madure de una vez, que el mundo está lleno de problemas mucho más graves que su afán por llamar la atención. Si tu madre estuviera viva se avergonzaría muchísimo de ti.

—¡Ya está bien! —exclamo desesperada—. Lárguese de aquí, porque si alguien tiene que avergonzarse de algo, es usted.

—¿Qué está ocurriendo? —interviene la voz de Marta, que aparece de la nada con el personal de seguridad.

—Ocurre que el señor Valente no entiende que su hija ya ha tomado una decisión. Ocurre que es un egoísta y que solo piensa en sí mismo y en sus propios intereses. Ocurre que…

—No te voy a permitir que me sigas faltando el respeto.

—Y yo no voy a permitir que…

—¡Se acabó! —interrumpe Marta—. Señor Valente, vamos a mi despacho para explicarle la situación.

El hombre le lanza a mi amiga una mirada de desaprobación, pero no protesta. Antes de marcharse, busca a Anahí, que, por estar a mi espalda, no sé qué expresión debe tener. Por último, vuelve a encontrarse conmigo. A pesar del latido desenfrenado y las manos temblorosas por la rabia, continúo mirándolo desafiante. Jamás he conocido a una persona tan cerrada e insensible.

—Esto no se va a quedar así —advierte con un tono neutro y frío antes de darse la vuelta y comenzar a caminar.

—Algún día ella va a estar bien —aseguro consiguiendo detener su marcha sin que llegue a darse la vuelta—. Va a salir adelante. Y usted pasará el resto de su vida arrepentido de lo que acaba de hacer. Espero que ella nunca le perdone y que tenga que vivir para siempre con esa culpabilidad.

Un silencio absoluto se instaura en el jardín mientras Oliver Valente permanece quieto a unos metros de nosotras. Sin darse la vuelta, sin responderme. Siento los latidos de mi corazón en el oído, las uñas clavándoseme en las palmas de las manos y la rabia haciendo una carrera contra el autocontrol.

«Espero que ella nunca le perdone y que tenga que vivir para siempre con esa culpabilidad».

Él comienza a avanzar, seguido por Marta y las otras dos personas, y en ese instante parece que las piernas van a dejar de sostenerme, porque cuando me giro para buscar a Anahí, el peso de la situación me cae sobre los hombros. Su mirada está clavada en el suelo y veo el brillo de algunas lágrimas que han mojado sus mejillas. Romperme sería decir poco, porque en un segundo se me quebró todo; la rabia, la impotencia, las ganas de gritar, los nervios, la lucha interna; todo se transformó en una necesidad incontrolable de extender los brazos y atraerla hacia mi cuerpo, de ofrecerle lo que quiera que pudiera darle o lo que ella quisiera recibir. Al igual que ayer, ella no corresponde y se tensa con el contacto. Sin embargo, yo no desisto, me mantengo firme, abrazándola e intentando transmitirle que estoy aquí y que, una vez más, nuestros dragones también. Que su padre puede ser muy gilipollas, pero que esa gilipollez no es suficiente para atravesar una barrera de fuego. Y de alguna manera parece que lo entiende, porque

a los pocos segundos, sus brazos rodean mi cintura y se aferra con tanta fuerza a mi cuerpo que parece estar resistiéndose a que alguien la aparte.

Sus lágrimas empiezan a mojar mi ropa y lo único que puedo hacer es guardar silencio, escuchar sus sollozos y darme cuenta de que lo está haciendo, está reconectando; con su miedo, con su tristeza, con su decepción y, tal vez, también con su esperanza. Y yo estoy aquí, con un corazón que late muy fuerte contra ella para darle la bienvenida y pedirle que no vuelva a marcharse, que la vida es un poco más emocionante cuando está cerca.

8

Hoy no encontré a Anahí en nuestra cita del pasillo y eso me ha tenido dándole vueltas a la cabeza durante toda la ronda. Es probable que sea la única que interpreta ese encuentro casual como una cita, pero, aun así, es la primera vez que ella falta y no puedo evitar preocuparme; sobre todo, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos. No sé de qué manera le va a afectar lo que pasó ayer con su padre, porque jamás la he visto con tanto desgarro y tristeza. Nunca me he encontrado a nadie llorando de esa forma y, menos aún, a ella, que hasta el momento no había expresado ningún tipo de emoción. Que la tristeza sea la primera, me preocupa, y ya sé que era necesario que Anahí reconectara, pero ¿hasta qué punto el daño que le hace su padre puede estar relacionado con su problema? Ella quiere parecer fría y distante todo el tiempo, implacable, invencible, sin embargo, su corazón se rompió en pedazos muy pequeños hace menos de veinticuatro horas. Lo sentí en las convulsiones de su cuerpo y en la forma en que se aferraba a mi ropa. Demasiada impotencia.

—Dulce, cariño, ¿qué te preocupa?

Busco la mirada de doña Rosa en cuanto su pregunta me devuelve a la realidad y ella me observa comprensiva desde la incómoda silla en la que, cada día, acompaña al amor de su vida.

—Solo estoy un poco distraída —Sonrío para tranquilizarla.

—Te has quedado ausente durante varios minutos mientras hablábamos. Puede que sea vieja, pero no soy tonta, bonita.

—Usted no es vieja, solo tiene más experiencia —Vuelvo a

sonreírle y guardo silencio un momento antes de continuar, porque ella permanece a la expectativa y no es una mujer que se rinda antes de sacarme lo que quiere—. Creo que a veces me cuesta encontrar la línea que separa lo personal de lo profesional y me da un poco de miedo que las cosas me afecten en exceso.

Tras mi confesión, ella asiente, desviando la vista hacia su marido un segundo, antes de regresarla a mí cómo si se le hubiera ocurrido algo.

—¿Puedes acompañarme al jardín? Necesito tomar un poco el aire y contarte algunas cosas que nadie más puede escuchar.

Dice lo último susurrando con un misterio que me arranca una pequeña risa y, a continuación, me incorporo para ayudarla a hacer lo mismo. Con un gesto le pido permiso a Marta para ausentarnos y ella lo acepta de la misma manera.

El camino al jardín es un poco más lento de lo normal porque Rosa dice que los jóvenes vamos corriendo a todas partes y que ella ya no tiene edad para ir deprisa por la vida, que no le interesa llegar más rápido al final y que no piensa perderse las maravillas del trayecto.

—¡Qué día más maravilloso! —comenta respirando profundamente.

—Debería bajar más a menudo. Se está muy a gusto en el jardín.

—¿Por eso comes aquí todos los días junto a esa chica?

La pregunta me pilla tan desprevenida que consigue descolocarme, pero como Anahí está sentada en el banco que señala doña Rosa y es la primera vez que la veo en toda la mañana, se me olvida muy rápido cualquier cosa que tuviera la intención de decir.

—Te veo siempre desde la ventana —explica mi acompañante al ver que me he quedado en babia—. ¿Me la presentas?

—Claro —acepto con una sonrisa.

Los pocos pasos que nos separan de ella se me hacen largos, como esos sueños en los que, corres y corres, y nunca llegas a la meta. La mujer se agarra de mi brazo con firmeza y supongo que Anahí ha debido advertir nuestra presencia en algún momento, porque cuando alzo la vista, nos está mirando muy atenta.

—Hola —saludo.

—Hola.

La situación es un poco extraña, porque ella me mira fijamente, seria, y doña Rosa sigue aquí con nosotras, siendo testigo de un momento que no sé por qué está resultando tan tenso de repente.

—Doña Rosa, ella es Anahí; Anahí, te presento a doña Rosa, la mujer más agradable y simpática de La Cascada.

La aludida se ríe mientras me acaricia el brazo con ternura y comienza a acercarse hacia Anahí.

—Eso de *doña* me hace parecer mucho más mayor de lo que soy, cariño —acuna el rostro de la chica entre sus manos mientras ella la mira bastante confusa—. Encantada, Anahí.

—Igualmente, doña Rosa.

—Eres muy bonita.

Anahí baja la vista en el acto, sin responder, y desde esta perspectiva puedo ver a la mujer acariciarle la mejilla con el pulgar.

—¿Verdad que lo es, Dulce?

De repente todas las miradas caen sobre mí, obligándome a cambiar varias veces el peso de mi cuerpo. Ella me mira muy fija y expectante, como si le produjera curiosidad escuchar mi respuesta.

—Lo es.

Sus ojos azules se quedan tan clavados en los míos tras la confirmación, que el tiempo deja de avanzar. Hay un atisbo diferente en ellos, una expresión que no conozco, pero que me provoca algo agradable mientras me pregunto qué puede estar pasando por su mente. Afirmar que Anahí es bonita, es una obviedad, lo que no es tan obvio es que me iba a sentir así reconociéndolo en voz alta.

—Eres hermosa —insiste doña Rosa recuperando su contacto visual—. Y sé que pronto encontrarás luz en tu camino. Solo tienes que abrir un poco el corazón. —Deja un cálido beso en su frente justo antes de liberar sus mejillas—. Voy a seguir con mi paseo, bonita.

—Nuestro paseo —corrijo ofreciéndole mi brazo.

—No es necesario que me acompañes, tranquila, daré una vuelta y volveré a la habitación porque seguro que la doctora Andoni ya ha terminado con Enrique. Quédate aquí charlando.

—De ninguna manera. Además, usted tenía algo que contarme y no puede dejarme con la intriga.

—Está bien, está bien —acepta agitando la mano mientras se ríe—. Muchacha cabezota.

—¿Nos vemos después? —le pregunto a Anahí con una mezcla de complicidad y miedo. Ella asiente, demostrándome ese poder que tiene para conseguir que mi corazón empiece a latir raro de un momento a otro y que sonría sin darme cuenta.

No sé si debo emocionarme tanto porque vaya a estar aquí, donde

ha estado antes, incluso, de que yo llegara; pero de alguna manera me hace sentir que este encuentro siempre ha sido igual de esperado por ambas y que todo sigue lo «bien» que puede ir, que su ausencia de esta mañana no significa nada malo. Nunca he sido de preocuparme demasiado por estas cosas, pero con Anahí tengo la continua sensación de sostener entre las manos el frasco de cristal más delicado del mundo.

Nos terminamos de despedir y avanzamos unos metros en silencio, contemplando la actividad del jardín, la normalidad de siempre. Es agradable pasear de esta manera con Rosa, es una sensación de calma que me hace plantearme eso de que vamos demasiado deprisa a todas partes. No sé cuánto tiempo llevaba sin caminar despacio, observando todo lo que me rodea.

—Cuídala mucho, Dulce —La mujer rompe el silencio y capta mi atención—. Esa chica necesita que la cuiden.

—No lo pone demasiado fácil —bromeo.

—Nunca es fácil. Pero tú encontrarás la manera.

—¿Por qué está tan segura?

—Cariño, yo sé que ves en mí una figura que perdiste hace tiempo, y por eso me gusta contarte mi experiencia y hablarte como si nos uniera ese lazo de sangre que, en realidad, no nos hace falta. Si algo me ha enseñado la vida es que cualquier corazón, por muy dañado u oscuro que esté, se cura con un poco de amor. Es difícil, hay que tener mucha paciencia, estar preparado para lo que pueda ocurrir, correr riesgos y ser consciente de que, quizás, nunca recibirás nada a cambio; pero tu corazón no se equivoca, él habrá elegido mucho antes de que tú te des cuenta, y elige porque sabe que tiene la fuerza suficiente para sanar.

—¿Y qué pasa si se encuentra con otro corazón que no quiere ser sanado? Ahí es cuando aparecen los problemas y el sufrimiento.

—Puede que la persona crea que no quiere ser sanada, pero, como te acabo de decir, es el corazón el que elige. Te prometo que ninguno quiere una vida vacía, sin esperanza y sin luz.

—El mío se cree un superhéroe que terminará metiéndome en un lío.

—O puede que te lleve directa a una felicidad que aún no has conocido —sugiere de manera inteligente—. No te agotes intentando separar tu vida y tu trabajo, ambas son la misma cosa, y puede que sea tu vida la primera que entró en este lugar. Eres tan solo una chica

y la profesión que has elegido no va a poder, nunca, alejarte de tus sentimientos.

La observo en silencio y con media sonrisa, porque con sus palabras la responsabilidad es menor y el plomo se convierte en pluma; todo parece mucho más sencillo y, a veces, eso es justo lo que necesitamos; alguien que nos detenga y nos diga «dar vueltas en la noria te permite ver el mismo paisaje desde diferentes ángulos, pero nunca te permitirá avanzar». Seguramente ella tiene razón y esta elección en ningún momento ha estado en mi mano, porque, por mucho que me esforzara, temiera o me alejara, las cosas de Anahí me han afectado desde el primer segundo, y aunque eso no lo convierte en menos peligroso, el hecho de entenderlo es como esa primera bocanada de aire cuando emerges en el agua.

—Creo que usted es más psicóloga que yo —bromeo arrancándole una risa.

—El mundo ha cambiado demasiado, querida. El ser humano está perdiendo su rumbo y lo único esencial en esta vida, lo único que nos aferra a la necesidad de ser mejores personas, es el amor; en todas sus formas y hacia cualquier individuo o colectivo. El resto de cosas desaparecerán con el tiempo, te lo aseguro. Y parece que ya no somos capaces de entender eso. Hacemos la vida más difícil de lo que en realidad es, olvidando cuál es su verdadera esencia.

—Creo que hoy en día no existen personas capaces de hacer lo que usted hace a diario; sentarse en una silla incómoda hasta que anochece para acompañar a su marido, aun sabiendo que no va a recibir nada a cambio. Se siente plena solo con estar ahí y eso da mucho qué pensar.

—Dime una cosa, bonita, ¿qué diferencia encuentras entre lo que yo hago y lo que llevas haciendo tú todos los días desde que pisaste este jardín por primera vez?

No mucha, la verdad, pero yo no estoy casada con Anahí, así que no sé por qué fui incapaz de responder la pregunta tan sencilla que Rosa me hizo hace un par de horas.

—¿Vas a venir en algún momento? —pregunta sobresaltándome—. ¿O te piensas quedar ahí todo el día?

No sé cuánto tiempo lleva mirándome, porque tampoco sé cuánto

tiempo llevo aquí parada, absorta mientras la miro yo a ella. Me acerco sin hablar y me siento a su lado, clavando mis ojos en algún punto del edificio, aunque no dejo de sentirme observada.

—¿Por qué no estabas esta mañana en el pasillo? —pregunto después de unos segundos de silencio.

—¿Tengo por obligación hacer el mismo recorrido todos los días?

El tono desafiante con el que responde me hace girarme para volver a conectar nuestras miradas.

—Por supuesto que no. Solo quería saber si te había pasado algo.

—¿Es en eso en lo que pensabas?

—Entre otras cosas.

—Pues no me ha pasado nada, pero, al parecer, a ti sí; así que, te aconsejo que dejes de esperar algo de mí que no vas a obtener.

—¿De qué estás hablando? —vuelvo a preguntar con una confusión que va en aumento.

No estoy acostumbrada a que me hable con ese tono cortante e hiriente y me incomoda bastante. Bueno, en realidad creo que aún no estoy acostumbrada a que me hable.

—Últimamente tengo la sensación de que esperas que actúe de una determinada manera, igual que todos, y si no es así, crees que algo va mal. Deberían empezar a dejarme vivir en paz.

—Es bastante irónico que eso lo diga alguien que intentó matarse hace tres meses —La brusquedad de mi frase cambia de súbito su expresión a una mezcla de «Esto no me lo esperaba», ceño muy fruncido y mandíbula muy apretada—. ¿Tú en realidad sabes lo que quieres, Anahí?

—Quiero que pares de comportarte como una heroína ansiosa por rescatarme y que me dejes tranquila. Eso es lo que quiero.

—Muy bien —acepto levantándome—. Si quieres que te deje en paz, no volverás a verme por aquí; pero yo no soy tu enemiga y, antes de juzgar las intenciones de alguien de manera tan fácil, deberías aceptar tu propio dolor y reconocer que estás cabreada porque la actitud de tu padre te hace daño, que sientes y sufres como cualquier ser humano y que solo intentas desquitarte con la persona de la que más cerca te sientes en este momento. He estado aquí sentada durante dos meses, acompañándote sin esperar nada a cambio, pero no voy a ser tu saco de boxeo, Anahí.

Y sin decir ni una palabra más ni esperar una respuesta, me marcho. Bastante cabreada, con el corazón latiéndome muy deprisa y

un poco de rabia, no sé si con ella o conmigo misma, porque estar todo el día dándole vueltas a tantas cosas para que al final ocurra esto, me hace sentir muy imbécil, la verdad.

¿Qué demonios le pasa?

Dejarme caer en la silla de mi despacho y cruzarme de brazos no es la manera más madura de afrontar la situación, pero es que tampoco sé qué otra cosa puedo hacer. Si voy a hablar con Marta puede que me diga que ya me lo había advertido, que Anahí está muy lejos de la gente y que yo me empeño demasiado en que esté cerca, y que, al final, eso solo me va a afectar a mí. O, puede que no, puede que solo me mire y yo interprete todo esto en el fondo de una mirada de comprensión, porque en realidad eso es lo que suele hacer Marta.

¿Cómo puede decir que espero algo de ella?

No ha entendido nada. No ha visto nada diferente en mí y eso me cabrea y me entristece a partes iguales. Puede que yo haya cruzado la línea y haya intentado crear un vínculo diferente, pero no pienso tratarla con condescendencia. No voy a aceptar todo lo que diga sin rechistar. Anahí necesita que le hablen claro, no que le tengan lástima. Solo quiero ayudarla, joder.

—Adelante —digo de mala gana al escuchar toques en la puerta.

Escondo la cabeza entre mis propias manos, porque el simple hecho de pensar en mantener una conversación ahora me parece agotador.

—Gracias —Levanto la vista cuando reconozco su voz y el corazón vuelve a latirme raro al verla junto al umbral, mirándome con los brazos cruzados y una postura algo insegura. Ella debe percatarse de mi confusión, porque avanza unos pasos y cierra la puerta—. Gracias por lo de ayer; por defenderme delante de mi padre y jugártela de una manera tan absurda; por preocuparte siempre por lo que yo quiero, desde el primer día hasta que hace un momento decidiste dejarme tranquila siendo una idiota. Gracias por no mirarme como a una loca cuando chocamos en el pasillo y por no cambiar tu mirada después de saber mi historia. Y por acompañarme, todos los días, con un silencio que fue lo único capaz de mantenerme en este mundo. Gracias por hablarme claro, Dulce, y por no dejarte achantar por mis estupideces; por no tenerme lástima ni tratarme como a una niña caprichosa y consentida. —Me gustaría decir algo, pero la verdad es que no puedo dejar de mirarla perpleja—. Nunca te lo había dicho y ya iba siendo hora. No he hecho otra cosa que comportarme de manera egoísta con

la única persona que no merece que lo haga. He visto, analizado y valorado cada detalle que has estado haciendo por mí desde que apareciste, y aunque todavía no entienda el motivo y sea una insensible muchas veces, quiero que sepas que lo veo, Dulce, y que lo valoro. Y si te hablo así es porque tú me mantienes en este mundo y eso me asusta tanto que, a veces, me paraliza. Antes de que pisaras este centro yo no pensaba en nada bueno; vagaba por la vida como un robot que, sin estar hecha de acero, era igual de fría y vacía. Nada me importaba ya, nada me afectaba. Y, entonces, aquella mañana... —explica haciendo aspavientos con las manos—. De alguna manera conseguiste que regresara, así que ahora me encuentro atrapada entre dos mundos; uno en el que no existen las emociones, los sentimientos ni el dolor; y otro en el que todo duele y a todos decepciono.

Me levanto de la silla después de un corto silencio que nos concedo a ambas. A ella, para recuperar el aire y a mí para procesar sus palabras. Avanzo en su dirección y ella me sigue con la mirada.

—Tú y yo no somos muy distintas, Anahí —Frunce el ceño con expresión desconfiada y atenta—. Me he pasado toda la vida escuchando frases como «Tendrías que estudiar esta carrera», «No deberías pasar tanto tiempo sola», «Haz amigos», «Sal a divertirte, eres una niña y se te está pasando la vida entre libros y música. Esa no es forma de vivir». La verdad es que no se me ocurre una mejor manera de vivir —confieso sonriéndole—. «¿Por qué no puedes ser como el resto de las chicas de tu edad?». No recuerdo un solo día en el que me dejaran ser yo sin cuestionar mi personalidad y sin hacerme sentir que nunca iba a ser suficiente para nadie. Así que te aseguro, Anahí, que en ningún momento he esperado que seas o actúes de una determinada manera y, mucho menos, me doy el lujo de decepcionarme cuando, en realidad, no te conozco. No sé cómo piensas ni cómo sientes, nunca te he juzgado y no voy a empezar a hacerlo ahora.

—Lo siento.

—Es normal que desconfíes de las intenciones de cualquiera que se te acerque. En el fondo lo entiendo.

—No desconfío de ti, Dulce. No es eso. Pero no quiero que esperes algo demasiado grande para lo que estoy dispuesta a dar. No quiero decepcionarte y no mereces vivir preocupada por este desastre en el que me he convertido.

Aparto de manera delicada el puño que tiene aferrado contra su

pecho con una demostración de rabia desoladora y ella no se opone a ese contacto.

—Anahí —susurro después de coger aire—, no espero nada de ti. Solo quiero que seas tú misma y que me dejes conocerte de esa forma. Desastre o no desastre, imbécil o un poco más simpática; quiero conocer todas las facetas. Y no me pidas que no me preocupe o que borre el deseo de conseguir que veas la vida un poco más bonita, porque no puedo, y tampoco puedo dejar de tirar de tu mano para mantenerte en este mundo. Sé que no soy nadie en tu vida y que no tengo derecho, pero es que no consigo evitarlo. Creo demasiado en ti y eso no significa que espere algo, solo significa que creo en ti. Así que no tengas miedo, por favor, porque estamos igual de jodidas.

Ella baja la mirada hacia nuestras manos, juntas y temblorosas, y la necesidad de tragar se hace patente, porque de pronto se ha formado un nudo en mi garganta muy extraño. No quiero que esto la supere y se aparte de manera brusca para alejarse kilómetros de mí otra vez, no quiero que siga sin dejarse encontrar, y aunque diga que no espero nada de ella, la verdad es que espero que no me aparte, que no le dé la razón a ese mundo que dice que está perdida.

—Si esas personas de las que hablas pudieran ver quién eres en realidad, no te pedirían que fueses de otra manera —concluye apretando mis manos y levantando la mirada.

El corazón me hace un movimiento diferente antes de comenzar a latir muy despacio, con una calma que no es tan desconocida, porque la he sentido muchas veces mientras compartíamos el silencio. Le sonrío, y con la sensación de que en un segundo ha conseguido aliviar parte de un peso que llevo años cargando, nos dirijo hacia el diván y la invito a sentarse a mi lado.

—¿Qué te parece si empezamos de nuevo? —pregunto extendiendo mi mano—. Soy Dulce, estudiante de psicología y alumna en prácticas del centro.

Ella se muestra reticente al principio y guarda silencio un instante, mirándome con los ojos un poco cerrados y analíticos. Siempre que hace eso me da la sensación de que me atravesaría con su visión de rayos X si la tuviera.

—Anahí Valente —responde estrechando mi mano—. Graduada en Administración y Dirección de Empresas, niña rica y loca suicida interna en el centro.

—Un placer conocerte por fin, Anahí.

Vuelve a instaurarse un silencio en el que ella decide pasear la vista por la consulta antes de dejarme disfrutar de ese azul otra vez.

—Tiene usted un bonito despacho, doctora Andrade.

—Doy el pego de psicóloga, ¿verdad?

—¿No crees que lo seas? —pregunta intrigada.

—Bueno, solo me falta el proyecto final para conseguir el título, pero no se puede decir que tenga el perfil de mujer racional y analítica que debería tener para este puesto. Hablo con mi perro, me implico más de lo que debería, soy un pelín soñadora e idealista, demasiado impulsiva…

—Y una total cabezota —agrega.

—Y una total cabezota —confirmo sonriendo.

—¿Te gusta lo que haces? ¿Era este tu sueño adolescente?

—Tengo la sensación de que, lo que ambas decidimos estudiar, no está muy cerca de ser nuestro sueño adolescente. No me disgusta —aclaro encogiéndome de hombros—. Supongo que todo pasa por algo.

—Entonces, crees en el destino y en que todo está escrito.

—No. Creo que las personas son dueñas y escritoras de su propia vida y que, cada paso que damos, nos lleva por un camino u otro. Hay muchos acontecimientos que no se pueden cambiar y que, si tienen que ocurrir, ocurrirán, pero pienso que debemos decidir de qué manera afrontarlos; podemos aceptarlos y resignarnos, aceptarlos y enfrentarlos o, por el contrario, huir.

—Y tú, ¿a qué grupo perteneces?

—Acepto y me resigno.

—No estoy de acuerdo —rebate negando—. Por lo que he visto de ti, no aceptas y, mucho menos, te resignas; al contrario, te enfrentas a aquello con lo que no estás de acuerdo y no paras hasta cambiarlo. Eres del segundo grupo, Dulce.

—¿Ves? No sirvo para esto —bromeo—. Una futura psicóloga siendo analizada por su paciente.

—Tu paciente es muy observadora.

—¿Y dejará que en algún momento sea yo quien la conozca?

—¿Estás dispuesta a esperar?

—Unas cuantas vidas.

Yo le sonrío, pero ella me mira fijamente y haciéndome temblar por dentro de una forma bastante desconocida. Dicen que *entre broma y broma, la verdad se asoma*, y aunque no sé cuántas vidas voy a vivir, porque ya me cuesta bastante lidiar con una y puede que pluralizar

haya sido un pelín exagerado, la verdad es que no se me ocurre nada más emocionante que armarme de paciencia para descifrar sus incógnitas a medida que me vaya dejando. Como un caracol que sale a disfrutar de la lluvia en pleno verano; lento, inesperado e inevitable.

De pronto, se inclina hacia adelante y sus labios rozan mi mejilla dejándome al borde de la combustión espontánea. Igual de lento, igual de inesperado e igual de inevitable; obligándome a contener la respiración y a cerrar los ojos, porque dicen que así las cosas se sienten más, y yo no sé si estoy preparada para sentir más, pero sí sé que no estoy preparada para dejar de sentir todavía; aunque sus labios abandonen mi piel después de unos segundos y el vacío sea infinito; aunque su mirada, cada vez más azul y menos gris, lo empiece a llenar todo otra vez.

Sin decir ni una sola palabra se levanta del sofá y se marcha, dejándome con la sensación de no saber si podría escupir fuego por la boca, pero bastante segura de que me podría salir una llama del pecho ahora mismo.

9

Al final decidimos retrasar nuestra cena un día porque los sábados siempre cunden más que los viernes y mis dos amigas nunca tienen suficiente. Me hace mucha gracia ver a Marta y a Claudia juntas en una noche de fiesta, porque se parecen, pero al mismo tiempo son diferentes y se complementan de una manera maravillosa y muy divertida para el resto. Claudia es como una adolescente con las hormonas en ebullición y Marta tiene un control sobre sí misma tan grande, que con ese aire de misterio consigue atraer a cualquier hombre o mujer que le apetezca. Menudo poder de seducción tiene mi jefa.

¿Cómo será Anahí de fiesta? ¿Se parecerá a mí?, que soy la que pasa la mayor parte del tiempo en una silla, bebiendo, observando y con la mente en cualquier parte menos en este bar de ambiente tranquilo y música agradable, ¿o a alguna de ellas? ¿Qué estará haciendo ahora mismo? Seguro que leer uno de esos libros que se sabe de memoria mientras a mí se me ocurre preguntarme si le parece eso un buen plan o preferiría estar aquí, bailando o viendo bailar. Todas las revistas y titulares que he encontrado sobre ella resaltan su afición a las fiestas y, a pesar de que también muestran fotos, a mí me cuesta bastante relacionar a esa Anahí que describen con la Anahí que está en La Cascada. ¿Se acordará de mí cuando no estoy allí? ¿Echará de menos mi compañía?

Notar un ligero aire en mi frente me hace volver al bar para descubrir a Marta soplándome en la cara. Le lanzo una mirada confusa

y poco agradable que le arranca una risa con la que me muestra todos esos dientes de anuncio que tiene.

—Estaba saliendo humo de tus neuronas —explica con sorna—. ¿Piensas estar toda la noche ignorando a tus amigas?

—No estoy ignorando a nadie —protesto—. Solo me he quedado pensativa unos segundos.

Ella y Claudia se miran con una complicidad que me deja fuera del trío y la más pequeña bebe un sorbo de su bomba de relojería antes de hablar.

—Te estás perdiendo cosas muy divertidas, Dul. Tenemos a un grupo de chicos planeando el asalto a las seis. Marta y yo hemos apostado otra cena a que todavía no han venido porque ellos son cuatro y nosotras tres, no deben darles los cálculos.

—Pues menos les van a dar cuando se enteren de que tienen que restar a las dos lesbianas.

—¡Oye! —protesta Marta—. Un respeto hacia mi bisexualidad, por favor. Eso tiene un nombre y es bifobia.

—¿Te gusta alguno? —le pregunto, y su cara me lo dice todo—. ¿Es probable que vayas a omitir el dato de tu bisexualidad esta noche para que no te den la tabarra?

—Es probable —reconoce riendo—. Te quedas sola, Clau.

—¡Por Dios! Menudo par de aguafiestas. Pues me voy a por ellos.

Nos deja un poco estupefactas cuando se da la vuelta y empieza a caminar hacia esos chicos que parecen ponerse bastante nerviosos al darse cuenta.

—No tiene remedio —susurro entre risas.

—Tú tampoco.

—¿Y yo qué he hecho? —cuestiono al encontrarme con la mirada acusadora de Marta.

—Pasarte todo el tiempo dándole vueltas a quién sabe qué y no ser capaz de hacer lo que pretendíamos hacer esta noche: distraernos.

—Me estoy distrayendo —aclaro encogiéndome de hombros—. Me lo estoy pasando bien, pero ya sabes cómo soy y que me ausento con demasiada facilidad.

Ella resopla y rueda los ojos al mismo tiempo, mientras estira el brazo hacia la barra para atrapar el chupito de tequila que nos sirvieron hace unos minutos y bebérselo de un trago, arrugando un poco la nariz cuando parece que el líquido entra en contacto con su garganta, pero sin mucho más drama.

—¿Por qué no la llamas? —cuestiona ofreciéndome su teléfono.

—¿Qué llame a quién?

—Ya sabes a quién, Dul. El número del centro está guardado en la agenda. Llama y pide que te pasen con ella.

—Marta, ¿no es un poco raro que te haya subido tan rápido el tequila? Por supuesto que no voy a hacer eso. ¿Por qué iba a hacerlo? Estás mal de la cabeza.

—Vas a hacerlo porque no puedes dejar de preguntarte cómo está, qué estará haciendo, si necesita algo o si se habrá caído por un agujero invisible que hicieron los topos invisibles del jardín —bromea ganándose una mirada asesina por mi parte—. No eres capaz de estar más de diez minutos aquí presente sin pensar en ella y necesitas escuchar su voz para asegurarte de que todo va bien. Y yo necesito que mi amiga vuelva a estar aquí, porque te estás convirtiendo en un muermo y Claudia te va a retirar el carné del trío.

Frunzo el ceño, no sé si por esa última posibilidad o por la facilidad que tiene Marta para saber en quién y en qué estoy pensando.

Más adivina que psicóloga.

—¿Y si ya duerme?

—Te aseguro que todavía está despierta. Son las diez y media y siempre es la última en irse a la cama.

—¿Cómo sabes eso? —indago mirándola con sospecha.

—Me paso casi toda mi vida entre esas paredes, Dulce, no ocurre nada sin que yo me entere.

Observo el teléfono con duda y el corazón me empieza a latir muy rápido antes de volver a levantar la vista.

—Pero ¿qué voy a decirle, Marta? «Eh… Hola. ¿Qué tal? Yo estoy aquí, de fiesta con unas amigas que se divierten muchísimo mientras yo no dejo de pensar en ti».

—Sincero —concluye—. Aunque no te recomiendo ir tan a saco.

—Estás loca.

Negar varias veces para autoconvencerme de que su idea es una locura no sirve de mucho, porque Marta me pone el teléfono en la mano como si fuera una niña que solo necesita un pequeño empujón más. Busco sus ojos, más negros y brillantes que nunca, y con un gesto me invita a salir del local. Respiro hondo, cuento hasta tres, y en el cero coma cinco me levanto haciéndole caso omiso a la razón.

Caminar unos metros para alejarme del bar y de la multitud es una

buena idea también para asegurarme de lo que estoy haciendo y coger un poco de fuerzas, porque el corazón latiéndome a esta velocidad parece que agota mi energía mucho más rápido. Busco en la agenda de Marta el teléfono de La Cascada y, sin pensármelo demasiado, porque me tiemblan las manos como si no hubiera hecho una llamada telefónica en mi vida y el aparato fuera a autodestruirse en mis propias manos, comienzo a llamar.

—*Centro de Salud Mental: La Cascada, buenas noches.*

—Buenas noches, soy la doctora Dulce Andrade. Necesito hablar con la interna Anahí Valente, por favor.

—*En seguida se la paso, doctora.*

—Gracias.

Ahora sí que no hay marcha atrás, porque no quedaría demasiado bien colgar el teléfono y dejarla con la palabra en la boca. Ya he dado mi nombre y sería demasiado ridículo. ¿En qué momento pensaste que esto era una buena idea, Dulce? Estás cruzando los límites impulsada por tu propia jefa, y no sé qué tan ético sea esto de aprovecharte de tu cargo para satisfacer un beneficio personal. A la mierda el código deontológico.

—*¿Sí?*

El vuelco que me da el corazón cuando escucho su voz al otro lado de la línea seguro que ha provocado un terremoto en China; algo así como el efecto mariposa, pero sin aleteos y con latidos. Contengo la respiración en un intento absurdo de que no me escuche, porque mientras no me reconozca estoy a tiempo de escapar.

—*¿Dulce?* —insiste.

—¿Reconoces el sonido de mi respiración?

—*Sabes que cuando me pasan una llamada me advierten de quién se trata, ¿no?*

—Genial, pues si llego a querer gastarte una broma me la habrían arruinado.

—*Para la próxima fingiré que no sé que eres tú. Así no rompo tus ilusiones y puedes reírte de mí con tranquilidad.*

—Gracias por la consideración —Sonrío, dándome cuenta de que, desde que empezamos a hablar, me he ido relajando de forma progresiva—. ¿Te desperté?

—*Creo que soy la última que se va a dormir en este sitio.*

—Entonces no me arrepiento de haber llamado.

—*¿Tenías pensado arrepentirte?*

—En absoluto, pero me daba miedo despertarte.

—*Entonces ya no tienes nada que temer.*

Nos dejamos invadir por un silencio que sería mucho más cómodo si estuviéramos cara a cara, pero del que no me puedo quejar, porque el simple hecho de saber que está al otro lado y tener en mi mente el pequeño repertorio de sus tipos de miradas, es más que suficiente para sentir cosquillas por dentro.

—*¿Ha ocurrido algo?* —pregunta después de unos segundos.

—Solo quería asegurarme de que todo iba bien.

—*Doctora Andrade, es sábado por la noche y deberías estar quemando la ciudad o viendo películas en el sofá, no pensando en tu trabajo. Voy a empezar a creer que estás obsesionada con él.*

—No creo que a esto se le pueda llamar *quemar la ciudad*, pero sí que estoy tomando algo con unas amigas. Y puede que esté obsesionada con mi trabajo o puede que solo necesitara saber cómo estabas.

—*Los fines de semana no son, precisamente, una fiesta, pero no puedo quejarme.*

—O sea que, eso de que los sábados empieza una bacanal con trapicheo de pastillas incluido, que no termina hasta el lunes, ¿es solo un mito? Menuda decepción —bromeo—. ¿Y qué estabas haciendo?

—*Seguro que puedes adivinarlo.*

—Leer.

—*Error, doctora. Estoy pasando las páginas de un libro. Creo que me sé de memoria toda la biblioteca.*

—Seguro que, por lo menos la sección de Paulo Coelho me la recitarías con los ojos cerrados.

—*Qué observadora.*

—No te creerías que ibas a ser la única, ¿no?

Vuelve a invadirnos un corto silencio en el que, por un segundo, me da la impresión de que Anahí está sonriendo, cosa que me acelera el corazón para volver a calmarlo cuando habla.

—*Entonces, ¿estás de fiesta?*

—Sin grandes pretensiones —aclaro—. Cena con amigas y un par de copas en un local tranquilo del centro.

—*¿Tranquilo es igual a «aburrido»?*

—¿Eso piensas?

—*No. ¿Y tú?*

—Tampoco. Además, con estas dos es imposible aburrirse.

—*Y, aun así, te estabas preguntando por mí* —afirma con un ligero tono interrogante.

—Exacto.

—*¿Por qué?*

—¿Tan raro te parece que te eche de menos, Anahí?

—*¿Me echas de menos, Dulce?*

Guardo silencio un momento, el justo para darme cuenta de que estoy sonriendo y siento un poco de calor en las mejillas.

—Aunque te parezca un acontecimiento surrealista, sí, los fines de semana, te echo de menos —confirmo sintiéndome un poco más valiente—. Pero bueno, que ese no es el tema ahora. Seguro que estabas a punto de irte a dormir y yo solo quería saber si estabas bien, y ya lo sé, y…

—*Yo también te echo de menos.*

Otra vez un vuelco de esos que se sienten en China, de los que no da una mariposa, pero que el aleteo en el pecho es similar a la velocidad en la que esas pequeñas baten las alas. De los que te dan ganas de gritar y ponerte a hacer un baile ridículo sin importarte que estás en medio de una calle muy transitada.

—*Dulce, no te escucho respirar* —dice con un tono peculiar.

—¿Es posible que estés sonriendo?

—*Es posible que lo haya hecho más de una vez a lo largo de esta conversación.*

—¡No puede ser, Anahí! No puede ser que decidas sonreír por primera vez cuando estoy al otro lado de un teléfono.

—*¿Qué más da cuándo haya sido la primera vez?*

—Prométeme que el lunes volverás a hacerlo —suplico con cierto tono de orden.

—*Intenta hacerme reír y quizás lo consigas.*

—Anahí, no me retes, porque soy capaz de presentarme vestida de payaso y espantar a todos los pájaros del jardín con mi melodiosa voz.

—*No espantarías a nadie. Recuerda que te he escuchado entonar en más de una ocasión. Y no serías capaz.*

—¿Para que vuelvas a sonreír?

Vuelve a producirse un silencio durante el que me percato del pequeño dolor que tengo en las mejillas. Debo llevar toda la conversación sin descansar la sonrisa y la confirmación de que ella también está sonriendo al otro lado me produce una sensación muy nueva y muy alucinante.

—Voy a colgar ya para que puedas dormir —anuncio después de unos segundos. Las ganas de hacerlo brillan por su ausencia, pero me estoy mentalizando de que es lo correcto.

—*Espero que logres disfrutar de la noche.*

—Y yo espero que no te aburras demasiado mañana.

—*No te preocupes, sé ingeniármelas para mantenerme entretenida. Nos vemos el lunes.*

—Nos vemos el lunes —confirmo.

—*Dulce* —vuelve a intervenir antes de colgar—. *Gracias por llamar.*

Y yo vuelvo a sonreír como una tonta, apretando el teléfono con fuerza para tratar de contener el suspiro que quiere escaparse a toda costa.

—Buenas noches, Anahí —susurro.

—*Buenas noches.*

Cuando cuelgo la llamada me quedo con una sensación bastante desconocida por dentro; una mezcla de emoción y alivio, pero, al mismo tiempo, desesperación por verla de nuevo.

Ojalá mañana fuera lunes.

Esquivar a la multitud ya no se me hace tan eterno como hace un rato, pero tampoco tan emocionante. Claudia vuelve a estar junto a la barra con Marta y, por suerte, también están solas.

—¡Ya era hora! —exclama Clau.

—¿Tanto he tardado?

—No —Se encoge de hombros mientras bebe un sorbo de cerveza —. Fastidiarte es mi afición número uno.

Me quedo en silencio durante un rato, ignorando bastante el comentario de Claudia, pero sintiendo la mirada acusadora de ambas.

—Marta, ¿por qué no protesta? —pregunta dándole un codazo muy descarado—. ¿Y por qué no para de sonreír? ¿Quién tiene el poder de dejarla así con una simple llamada telefónica?

—Pronunciar su nombre sería un delito —responde la aludida.

Claudia tarda un poco en reaccionar, porque primero frunce el ceño, claramente confundida, y, a continuación, abre los ojos como si se le fueran a salir de las órbitas.

—¡Oh, no! Una… Una… —Mira a Marta y ella se encoge de hombros—. ¡¿Estás liada con una paciente?!

—¿Te importaría bajar la voz? —gruño después de chistar—. No estoy liada con nadie.

—Sí, claro, a mamá —dice señalándose y burlándose con ironía—.

Ya me parecía raro que llevaras toda la noche en la inopia. Más de lo normal —aclara—. Pero que en un descuido te vayas a hacer una llamada misteriosa y vuelvas con esa cara de niña en Eurodisney, es demasiado para ti, Dulcesita.

—Marta, ¿puedes colaborar?

—¿Qué necesitas? —pregunta sonriendo con picardía.

—Que le digas a esta loca, antes de que empiece a hiperventilar, que no estoy liada con una paciente ni con nadie.

—No está liada con una paciente ni con nadie.

—Gracias por la ayuda —le digo con ironía—. No voy a volver a quedar con las dos al mismo tiempo, porque esta alianza en mi contra me perjudica.

—Sí, sí, vete por las ramas, pero sigo pensando que algo ocultas. Se te ve en la mirada, guapa —Claudia me da un pequeño empujón con su cuerpo y se levanta—. Voy al baño. Necesito evacuar por dos agujeros.

—Gracias por esa información tan innecesaria.

Niego mientras la observo marchar con esa cara dura que tiene. Claudia puede ser la persona más intensa del mundo y al segundo siguiente cambiar de tema como si tal cosa, y yo no puedo evitar partirme siempre de risa con sus ocurrencias, aunque se esté metiendo conmigo. Al girarme se me borra la sonrisa de un plumazo y frunzo el ceño de forma automática.

—No me mires así que soy tu jefa —me dice Marta con tono amenazante y divertido.

—Menuda jefa estás hecha saltándote una regla que tú misma has impuesto.

—Perdone, doctora Andrade, pero yo no he pronunciado, en ningún momento, el nombre de la susodicha. Y aquí la que se ha vuelto loca por una paciente es otra.

—Yo no estoy loca por nadie —espeto.

—¿Estás segura? —pregunta levantándose y rodeándome los hombros con su brazo mientras asiento—. Vamos a comprobarlo entonces.

—¿A qué juegas?

—Venga, que te lo voy a poner fácil —insiste dándome un apretón que me hace reír—. Quiero que busques, de entre todas las personas del local, a una mujer, y yo no cuento —aclara con tono engreído—. Que te parezca más atractiva que Anahí. Solo una.

La miro entre confusa e incrédula, porque no le veo ningún sentido a este juego y porque si llego a saber que la dichosa llamada iba a desembocar en todo esto, la hubiera hecho mañana.

—Una —repite exasperándome.

Después de un suspiro de resignación, acepto participar en la partida y comienzo a echar un vistazo a cada una de las chicas que hay en el bar. Mujeres de todos los estilos: altas, bajas, rubias, morenas, una pelirroja, pelo liso, pelo rizado, corto, largo, cuerpos de diferente complexión. La mayoría de ellas sumergidas en conversaciones totalmente ajenas a mí, sin imaginarse, siquiera, que las estoy analizando para una cosa tan absurda. A pocos metros de nosotras hay una chica, no mucho más alta que yo, con el pelo oscuro y los ojos claros; diría que son verdes, y los lleva maquillados de una forma un tanto felina. Es muy guapa. Esa mirada salvaje le da un extra de atractivo, pero en realidad está bastante lejos de *ese algo* que transmiten los ojos azules de Anahí. En ella no importa si está cabreada o triste, maquillada como en las fotos o sin maquillaje, como se pasea por La Cascada; esa dulzura es intrínseca a su mirada y cuando nuestros ojos conectan, me despierta una ternura y ganas de protegerla que nadie más consigue. A pocos metros hay otra chica algo más joven que la anterior y de la estatura de Anahí, uno o dos centímetros más baja que yo. También es rubia y delgada y, a simple vista, podría ser del mismo estilo físico que ella. Soy capaz de escuchar sus carcajadas desde esta distancia. La observo durante un rato mientras echa la cabeza hacia atrás para reírse con más ganas. Me llama la atención, porque además de ser guapa, parece muy alegre y es el tipo de chica en la que me podría fijar. Sin embargo, lanzo un suspiro bastante desesperado al aire porque, su risa, por muy escandalosa y llamativa que sea, no consigue que el vuelco de mi corazón se sienta en China.

—Ahí tienes la respuesta —susurra Marta junto a mi oído.

10

Jamás pensé que algún día me iba a alegrar la llegada del lunes. Bueno, eso es decir poco, porque lo que nunca imaginé es que me iba a pasar las cuarenta y ocho horas de un fin de semana deseando que pasaran a la velocidad de la luz. Por no mencionar las ansias que he sentido durante todo el trayecto y esa necesidad de que mi corazón se anticipe a su presencia con vuelcos que se sienten en China y latidos a ritmo de batucadas brasileñas. De repente mi músculo cardíaco se ha vuelto muy internacional y eso es algo que no me esperaba.

El sonido de sus pasos me sube en una montaña rusa de la que no quiero bajarme, porque todo lo que ocurra después de nuestro primer encuentro del día es bastante insignificante y la sensación hace tiempo que comenzó a volverse adictiva. Pero cuando la veo doblar la esquina y caminar en mi dirección con semblante serio, esa ya es otra historia. Nos detenemos al llegar a la misma altura y nos miramos fijamente durante algunos segundos. Sus ojos siguen igual de bonitos que el viernes y su expresión es algo distinta. Yo intento decirle sin palabras que la he echado muchísimo de menos, que las horas se me han hecho eternas y que estoy un poco acojonada porque en un bar con decenas de mujeres no fui capaz de encontrar ninguna que me pareciera más alucinante que ella. Algo en la intensidad de una mirada nueva me hace sentir que ella también me diría la primera parte del discurso y eso de que no haga falta que nuestros labios pronuncien ni una palabra, eso de que ambas lo sepamos, es asombroso.

—Hola —saludo con una sonrisa, gesto que ha multiplicado su

presencia en mi rostro desde hace tiempo.

—Hola. ¿Qué tal el fin de semana?

—¿Me creerías si te digo que estaba deseando volver?

—Te creería.

¿Qué sentirá ella en estos momentos de silencio que nos invaden de la nada? Porque a veces me da miedo que escuche mis latidos alborotados o que piense que soy idiota.

—Traje algo para ti —comunico sacando tres libros de una bolsa —. Espero que estos no te los sepas de memoria, porque me aseguré de que no estuvieran en la biblioteca.

Anahí los recibe con un grado alto de sorpresa y ojea muy rápido las portadas antes de volver a mirarme.

—No tenías por qué hacerlo.

—Hace mucho tiempo que los leí y estaban acumulando polvo en una estantería, lo que me parece un final algo triste para tres de mis libros favoritos. Es mejor que otra persona pueda disfrutarlos y estoy segura de que te gustarán.

—Gracias —susurra con algo que me parece percibir como emoción—. Muchas gracias.

—Eso no es todo.

—¿Otro regalo? —Abre los ojos con sorpresa.

—Pero este es para mí.

Saco de mi bolsillo una pelota muy pequeña y muy roja que ella observa con desconfianza. Alzo las cejas intentando parecer más misteriosa que ridícula y coloco el objeto de gomaespuma en mi nariz, sintiéndome totalmente satisfecha ante su cara de incredulidad. Agarro su mano y empiezo a tirar de ella hacia el jardín.

—¿A dónde vas? —pregunta frenándonos en seco y consiguiendo que me gire. Sus ojos azules están más abiertos y brillantes que nunca, algo que desestabiliza mi equilibrio—. Te has vuelto loca.

—Y según lo que el sombrerero le dijo a Alicia: las mejores personas lo están.

Entonces aparece.

Como un cometa que surca el cielo a toda velocidad y que, por mucho que lo estuvieras buscando, su presencia te deja sin aliento; como esa primera sonrisa de ese primer amor, fugaz y eterna al mismo tiempo; como el rugir de un león en medio de la selva, advirtiendo que ha llegado para quedarse. Anahí sonríe y a mí me tiembla todo el cuerpo, porque las pequeñas arrugas que se forman en los extremos de

sus ojos y el desconocido brillo que adopta ese azul tan alucinante, me hacen perder el equilibro un poco más y pensar que no he visto en mi vida una imagen más bonita que esta, que quiero que el león se quede a vivir en esta selva, que en China se acostumbren a los terremotos y que nuestros dragones mantengan viva esa muralla de llamas que deja a salvo su sonrisa.

—¿Ves? —pregunta retirando el objeto de mi nariz al ver que me he quedado un poco atontada—. No te ha hecho falta salir al jardín para verla.

—Pero ya has comprobado que soy capaz.

—Sí —Vuelve a sonreír con dulzura—. Me queda bastante claro.

Es fácil sentir que todo desaparece cuando nos miramos en silencio y el tiempo adopta un sentido extraño. Es muy sencillo dejarse llevar por esa corriente y, al mismo tiempo, es difícil entender por qué sucede con tanta frecuencia, por qué desde que decidió volver, estos momentos son tan habituales entre nosotras.

Segundos más tarde Anahí desvía la vista hacia nuestras manos, haciéndome recordar que llevan unidas todo este tiempo y llevándome a soltarla despacio por miedo a incomodarla.

—Será mejor que empiece a trabajar. No quiero añadir más motivos a mi lista de despido.

—Seguro que Marta Andoni se encargaría de quemar esa lista.

—¿Por qué lo dices? —pregunto con tono divertido por su cambio de expresión.

—Ya te he contado que soy muy observadora —Se encoge de hombros—. Por lo tanto, observo.

—Una respuesta concluyente y arriesgada —digo con ironía y sonrío—. Espero que disfrutes de tu lectura.

—Y yo espero que tengas una buena jornada de trabajo —Vuelvo a sonreír a modo de agradecimiento y me giro para marcharme, avanzando unos pasos antes de que su voz me detenga—. ¡Dulce! —Cuando me doy la vuelta, ella se queda en silencio un momento y alza los libros, como si quisiera decir varias cosas, pero no supiera por donde empezar. Yo frunzo el ceño un poco a la expectativa e impaciente—. Gracias otra vez.

—¿Nos vemos más tarde?

Ella asiente y se marcha, dejándome con estas ganas de volver a verla incluso cuando todavía no ha desaparecido de mi vista, y con la sensación de que quería decir algo más y no terminó de atreverse.

Al llegar a la planta de consultas me encuentro con Marta, que detiene su marcha en cuanto me ve acercarme.

—Joder, hace quince minutos que Carla me avisó de que habías llegado. El ascensor más lento de la historia de la humanidad.

—¿Controlas mi hora de llegada? —bromeo alzando una ceja.

—A lo mejor debería empezar a hacerlo, porque estaba a punto de comprobar si te habías quedado encerrada para llamar a los técnicos. Los ascensores tienen lo suyo, pero no si te quedas sola, Dulce. Avísame para la próxima —Me da un codazo y me sonríe con picardía, pero no tarda ni medio segundo en percatarse de que jugueteo con algo entre mis dedos—. No sé si atreverme a preguntar qué haces con una nariz de payaso en la mano.

—No preguntes —aconsejo riéndome—. ¿Para qué me buscabas? ¿Necesitas algo?

—Que me ayudes con unos informes, estoy al borde del colapso y los necesito para dentro de dos horas. Sabía que todo un fin de semana fuera no iba a ser buena idea.

—Delega, doctora, delega. Los vamos a terminar a tiempo y nos sobrarán minutos para un café, créeme.

—Optimismo Valente —me dice alzando una ceja—. Cómo se nota que ya la has visto.

—Estabas a punto de explotar, ¿verdad?

—A ver si te crees que el estrés me va a impedir meterme contigo y disfrutarlo.

—¿Vamos antes de que me arrepienta?

—Si te arrepientes, te despido.

«Seguro que Marta Andoni se encargaría de quemar esa lista».

El recuerdo de su frase me hace sonreír de manera involuntaria porque su tonito fue diferente y su expresión también, y todas estas novedades se me escapan de un análisis racional, pero el emocional está ahí, a punto de ebullición.

—Estás perdiendo la cabeza —Vuelve a intervenir Marta, ganándose un pequeño empujón con medio cuerpo hacia el interior de su despacho—. ¿No me vas a contar qué hiciste con esa nariz de payaso?

—No.

Camino hacia la zona del césped en la que se encuentra Anahí, que está leyendo bajo la sombra de ese árbol que parece ser su favorito

para apoyarse en su tronco y leer tranquila esas veces en las que se cansa del banco. Al escuchar mis pasos alza la vista y observa atenta.

—¿Hoy toca espantar a los pájaros? —bromea haciendo referencia a nuestra conversación del sábado por la noche y el corazón me late un poco raro.

Coloco mi guitarra sobre el césped con cuidado y me siento frente a ella.

—Es muy inspirador.

—¿Un centro para enfermos mentales?

—No —Me río—. Estar sentada aquí, escuchar el agua caer de la fuente, la tranquilidad, tocar acordes sueltos mientras lees y me ignoras. Nacen muchas frases sin sentido.

—No te ignoraba —aclara con una sonrisa que vuelve a dar un vuelco a mi corazón tan drástico como hace un par de horas; en este momento no sé si es por la confesión, por la sonrisa o por las dos cosas —. Me gusta leer mientras escucho tu música. Incluso cuando se te atascan los dedos o confundes un *Mi* con un *La menor* —bromea, y a mí se me aceleran un poco los latidos mientras me crece una curiosidad gigante, porque para darse cuenta de eso, primero; tiene que estar muy atenta y, segundo; tiene que saber de música—. Resulta irónico que en un lugar como este se pueda crear una situación tan… bonita.

—Creo que, con música, lectura y buena compañía, cualquier infierno se convierte en un paraíso.

—¿Eres de esas personas que buscan lo positivo a todas las cosas?

—Creo que en la vida existen muchas tragedias y también creo que puede llegar a ser tan bonita como nosotros le permitamos serlo. Buscar la emoción en lo sencillo es algo que tenemos al alcance de nuestra mano, y si no nos conformamos, es porque muchas veces nos dejamos deslumbrar por los focos. ¿Qué quieres que te diga? Yo prefiero que me deslumbre el sol.

—No creo que sea tan fácil.

—No he dicho que lo sea —Vuelvo a sonreír—. Es igual de difícil e igual de fácil ver el vaso medio vacío y verlo medio lleno. Tú decides con qué te quedas.

Aparto la mirada de ella para comprobar qué tengo hoy para comer, pero no dejo de sentir sus ojos clavados en alguna parte de mí. Oler cualquier alimento antes de echármelo a la boca es una manía que tengo desde que soy consciente y no sé si con ello pretendo

averiguar si van a envenenarme o qué, pero se ha convertido en un gesto involuntario que me acerca mucho a White.

A veces pienso que esa manía es la herencia genética que le dejo a mi hijo de cuatro patas y luego recuerdo que es un perro y que tiene más derecho a olisquear que yo.

—Pareces un perro —comenta.

—El otro día un ratón y hoy un perro. Estás a un paso de abrir una reserva de animales solo con mi persona.

Ella amplía su sonrisa y niega, como si estuviera pensando «Qué tonta eres», y yo me iría a los Juegos Olímpicos ahora mismo a competir en la categoría de tontería si la medalla de oro fuera esa forma nueva en la que me está mirando.

—¿Qué toca hoy?

—Hum… Creo que es una especie de… —Analizo el interior del recipiente en busca de una respuesta aproximada—. Algo así como… No tengo ni la menor idea —concluyo mostrándoselo entre risas—. Pero huele bien, así que, me fío. ¿Quieres probar?

Ella niega y yo empiezo a comer sin darle importancia y huyendo del posible momento incómodo que se pueda crear. A veces olvido que Anahí tiene Trastornos de la Conducta Alimentaria y, otras veces, me resisto a recordarlo, porque son tantas las incógnitas que flotan alrededor de estas enfermedades, que me aterroriza.

—No puedo creer que ya hayas leído casi la mitad del libro —comento asombrada cuando me percato y ella alza la vista.

—No tengo mucho que hacer por aquí, ¿recuerdas?

—A este ritmo tendré que comprarte una biblioteca. ¿La Británica te va bien? —pregunto haciendo referencia a la segunda biblioteca más grande del mundo—. Es para ir ahorrando.

Anahí vuelve a sonreír, con un matiz diferente a las anteriores, pero con un poder cada vez mayor para dejarme una cara que no me gustaría ver en el espejo, porque las cosquillas internas ya me dan una pista y porque tampoco hay que ser tan masoquista.

—Eres muy idiota.

—¿Te gusta? —señalo el libro con un gesto de la cabeza ante su expresión confusa.

—Mucho. Has tenido que analizarme bien para dar en el clavo a la primera.

Creo que me sonrojo un poco, porque de pronto siento un calor poco frecuente en otoño y ella niega con una sonrisa antes de bajar la

vista para volver a concentrarse en su lectura.

Algo sí que te he analizado, sí.

Llevo rato pulsando cuerdas e intentando crear una rueda de acordes que vaya bien con la última melodía y las cuatro frases que definí la última vez que nos sentamos aquí. En realidad, no sé tocar la guitarra, pero hace unos años aprendí, de manera autodidacta, una cantidad de acordes básicos para ser capaz de ponerle ritmo a mis pensamientos. Unos pensamientos que viajan con demasiada frecuencia y que, de vez en cuando, necesitan materializarse de alguna manera. Abro los ojos después de un tiempo de repetición sin un resultado que me guste suficiente y encuentro a Anahí sumergida en el libro, con una concentración admirable y una calma contagiosa. Me gusta demasiado verla así, absorta en un mundo en el que puede ser quien ella quiera y como quiera. Un lugar en el que no existe su enfermedad, su vacío, ni todas esas personas que no saben ver más allá de lo que muestra. Un planeta protegido por dragones que escupen fuego de los que me he hecho amiga.

Nadie ha dicho que no duela
Que al final de tanta espera
El invierno se resista a convertirse en primavera.

Me paso varios minutos concentrada en escribir frases sueltas que tacho, reformulo y vuelvo a tachar con una sensación cada vez más agradable, porque de alguna manera me estoy acercando a lo que quiero contar. Aunque yo no entienda de tonos, de música, de canto, ni de composición, esto resulta igual de terapéutico.

—Qué facilidad para olvidar mi presencia —comenta Anahí captando mi atención y arrancándome una sonrisa.

—Te aseguro que no he olvidado tu presencia.

—Pues llevo varios minutos mirándote y ni siquiera te has inmutado.

—Y eso solo quiere decir que, muy a gusto me debo sentir contigo para llegar a alcanzar ese punto de abstracción. Nunca he podido escribir acompañada.

Ella se queda mirándome fijamente unos segundos, quizás

preguntándose la veracidad de la última información o intentando hallar un motivo para algo tan raro.

—¿Estás escribiendo una canción?

—Bueno, eso es un poco ambicioso. Como mucho podemos decir que estoy escribiendo una cantidad razonable de frases sin sentido que pueden terminar en la papelera de un momento a otro.

—¿Puedo leerla? Sé algo de música y tal vez pueda ayudar.

—¿Sabes *algo* de música? —pregunto curiosa—. ¿Cuánto es ese *algo*?

—Lo suficiente para decirte si lo que has escrito encaja con esa melodía que no paras de tararear y con la rueda de cuatro acordes que has combinado o si deberías centrarte en la psicología.

Me arranca una risa que probablemente se haya escuchado en todo el jardín y me gusta verla sonreír al escucharme, aunque no me dé más detalles sobre por qué sabe *algo de música*.

Extiendo el cuaderno hacia ella, que lo recibe y frunce el ceño como signo de concentración antes de empezar a leer en voz alta.

Nadie ha dicho que no duela,
Que al final de tanta espera,
El invierno se resista a convertirse en primavera.

Y aunque ahora no lo veas, yo te juro que es más fácil,
Que el sonido de una risa te devuelva lo robado,
Cuando te encuentres con aquello que aún no has olvidado.

Dime lo que llevas dentro y reescribiremos el cuento
Entre dragones y princesas que se enamoran de la tormenta.

Las llamas ya no queman
Acarician el alma y nos desvelan
Que el infierno es un paraíso que no pide permiso.

Las llamas ya no queman
Son aliadas en esta guerra
Que tú y yo no elegimos y a la que hoy sobrevivimos.

Las llamas ya no queman

Y yo te juro que, aunque no sea fácil
Volveremos a volar mientras arrasamos la ciudad.

Cuando termina de leer se toma unos segundos antes de alzar la vista para conectar nuestras miradas. El azul se ha vuelto un poco frío ahora, un poco distante y analítico.

—Encaja —concluye devolviéndome el cuaderno y bajando la mirada hacia el libro como si esa fuera toda su aportación.

—Gracias.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes mucha sensibilidad?

—Alguien solía hacerlo hace años. Mi abuela —aclaro cuando me mira.

—Las abuelas saben lo que dicen. Es muy afortunada —añade después de un corto silencio y un suspiro. Le lanzo una mirada de completa curiosidad porque el tono de la última frase ni me encaja ni me resulta familiar—. La persona que te haya inspirado a escribir eso. Tiene suerte. —Una aclaración que me deja todavía más confusa y un tanto nerviosa. Es bastante evidente que la persona es ella y me extraña demasiado que no se dé cuenta—. ¿Por qué nunca has podido escribir acompañada?

—Necesito mucha concentración, mucho silencio interno e intimidad. La gente no suele respetar eso. Supongo que la mayoría de las personas a las que nos gusta expresarnos mediante la escritura nos sentimos expuestas con lo escrito y aspiramos a llegar a un nivel de confianza muy complicado para querer compartirlo. No me gusta estar expuesta ni abrir mi pecho en canal delante de nadie —Finalizo con una sonrisa insegura—. Por raro y cursi que parezca.

—Acabas de hacerlo delante de mí.

—Sí, acabo de hacerlo.

Nos miramos en silencio durante un momento. Ella de manera muy fija y seria, como si estuviera formulando varias frases en su cabeza antes de decidirse por una.

—Entonces me siento afortunada porque hayas decidido exponerte y abrir tu pecho en canal delante de mí —Esboza una pequeña sonrisa —. Por raro y cursi que parezca.

No tiene ni idea de la realidad que reflejan sus propias palabras. No sabe que estoy empezando a comprender todo eso que dice doña Rosa sobre que el camino correcto no siempre te lleva al lugar esperado. No es consciente de que empecé a entenderlo tras su

primera frase y lo confirmo después de cada sonrisa. Anahí no sabe que, desde hace algún tiempo, ella le ha estado dando sentido a una profesión en la que no había logrado encontrarme durante cuatro años. Porque cada pequeño gesto que me acerca a ella me acerca también a mí misma, porque nunca había esperado tanto una sonrisa y, nunca, el trayecto hacia la luz de una mirada me había resultado tan enigmático y apasionante.

11

Han pasado dos semanas de citas diarias a las que no he faltado ni atravesando el resfriado más intenso de mi vida. Los pequeños instantes que comparto con Anahí, esos en los que nuestras miradas se cruzan en medio del silencio o me sonríe, se han convertido en piezas clave para mi puzle. Nunca imaginé que cosas tan sencillas pudieran hacerme sentir tan parte de algo. No sé en qué momento mi día a día empezó a estar regido por arrancarle una sonrisa o conseguir libros que la entretengan y le hagan más amena su estancia en La Cascada. Me paso las horas pensando qué hacer para que su vida sea más fácil, y, lo mejor de todo, es que creo que lo estoy consiguiendo. Cuando Anahí está conmigo sé que se siente tranquila y en paz, que, poco a poco, va derribando esos muros que la hacían estar en guardia todo el tiempo. He ido conociendo diferentes facetas, sus cambios de humor bastante frecuentes y una locura que me vuelve un poco loca a mí también. Es una chica tan compleja y llena de acertijos, que cada día me siento un poco más adicta a descifrarlos. Para cualquier psicólogo sería un reto, pero, para mí, solo es una niña asustada que necesita encontrar su sitio en este mundo.

Las sesiones, sin embargo, van bastante mal. No consigo llegar a ella como profesional y, aunque todavía me parece un milagro haberla convencido de intentarlo, cada vez que entra en mi consulta, me deja al otro lado de la muralla de fuego.

—Vamos a jugar a algo —propone sobresaltándome.

Busco su mirada en algún lugar del cielo, porque hace rato que

estoy acostada en el césped, perdida en el movimiento que hacen las hojas de nuestro árbol a causa de la brisa otoñal. Creía que ella estaba leyendo, como siempre, pero resulta que me está mirando desde arriba, tapando el sol con su cuerpo a contraluz y evitándome la ceguera. Este es uno de esos momentos que, con su simplicidad, me hacen sentir plena.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí mirándome?

—Varios minutos —responde encogiéndose de hombros—. Parecías tan concentrada en arreglar el mundo que he decidido interrumpirte.

—¡Qué considerada! —exclamo sonriendo—. ¿Y a qué quiere jugar la señorita?

—Preguntas y respuestas. Yo pregunto y tú respondes lo primero que se te pase por la cabeza.

—En mi país eso se llama «Hacer una entrevista» y no es muy divertido.

—Y en mi país tú eres una aguafiestas —Suelta un bufido dejándose caer a mi lado.

Me quedo hipnotizada mirándola durante varios segundos. No hay duda de que esta perspectiva me gusta mucho más, porque la incidencia del sol vuelve sus ojos bastante más claros y esa cara de indignada que pone mientras mira al cielo, me dibuja una sonrisa.

—Está bien —acepto captando su atención—. Jugamos, pero con una condición: tú también tendrás que responder las preguntas.

—Eso es trampa.

—Eso es igualdad, guapa.

Frunce el ceño, no muy convencida de ceder e intentando intimidarme sin éxito alguno, porque al ver una sonrisa y una seguridad de la que no desisto, rueda los ojos y suspira.

—Muy bien, guapa —repite con un tonito muy divertido—. Jugaremos con tus condiciones, pero empiezo yo —Asiento con orgullo y la dejo pensar un momento. Muy aburrida tiene que estar para aceptar tan fácil—. ¿Tienes hermanos?

—Un hermano.

—¿Mayor o menor?

—Menor que yo —aclaro—. ¿Y tú?

—Soy hija única. ¿Mascotas?

—Un compañero de vida con cuatro patas —Ella alza una ceja como si la información no le sorprendiera, pero mi expresión fuera

toda una novedad—. Un perro. ¿Tú?

—Un compañero con escamas y aletas. Un pez —Se encoge de hombros—. Suponiendo que siga vivo.

Su tono y naturalidad me arrancan una carcajada automática y ella también se ríe, aunque intenta fingir indignación frunciendo el ceño.

—¿Color favorito? —pregunto adelantándome.

—Azul. ¿El tuyo?

—Calipso.

—Eso no es un color —asegura entrecerrando los ojos con su habitual desconfianza.

—Claro que lo es.

—¿Y a qué color se parece el…?

—Calipso —interrumpo y la miro fijamente unos segundos—. Es el color que tienen tus ojos en este momento. Un azul turquesa con reflejos verdosos alrededor de la pupila.

—Siempre pensé que mis ojos eran, simplemente, azules.

—Tus ojos no tienen nada de simples, Anahí. Cuando te conocí abundaba un tono más grisáceo en ellos y, dependiendo de si sonríes, si te da la luz del sol de manera directa, si el día está nublado o si tú estás triste, puedes llegar a alcanzar muchas tonalidades diferentes. Tienes ojos camaleónicos —bromeo.

Ella no sonríe ante mi intento de restarle intensidad al momento. Solo me mira y me pone bastante nerviosa, porque no era consciente de que conocía la tonalidad de sus ojos de una manera tan exhaustiva hasta ahora. A continuación, asiente, pero sigo percibiendo cierta inseguridad en su expresión. Ese continuo atisbo de desconfianza es muy común en ella y estoy segura de que ni siquiera lo puede controlar.

—Entonces, ¿es el que más te gusta?

—Es un color que me transmite mucha vida y solo lo he encontrado en dos lugares.

—¿Cuál es el otro?

—Algún día te llevaré para que lo veas tú misma.

Algo cambia en su expresión de manera abrupta. No solo se sorprende, sino que la desconfianza se transforma en intriga y eso me provoca unas cosquillas muy agradables en la boca del estómago.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, Anahí.

—Anahí —repite con un tono muy firme—. Me gusta cuando dices mi nombre con esa contundencia.

Las cosquillas se transforman en un sismo nivel seis y ella desvía su mirada hacia el cielo, permitiéndome apreciar ese color del que estamos hablando; ese que, de pronto, quiero que vea por sí misma. Hundir los pies en las aguas cristalinas de aquel lugar, acompañada por Anahí, se acaba de convertir en una necesidad. ¿Se lo estará imaginando ella también? ¿Realmente deseará que se lo enseñe?

—¿Pasarías un fin de semana conmigo lejos de aquí?

Ella vuelve a clavar su azul en mí, con una sorpresa todavía mayor y suspira al ver que no me retracto; cosa también sorprendente, porque creo que estoy tan alucinada como ella y que la pregunta no pasó ningún filtro entre mi cerebro y mis cuerdas vocales.

—Ni siquiera puedo salir, Dulce.

—¿Y si pudieras?, ¿lo harías? —insisto—. ¿Vendrías conmigo?

Se queda mirándome en silencio como si estuviera buscando la respuesta en el fondo de mis ojos o en el paso del tiempo.

—Lo haría —concluye provocándome una sonrisa involuntaria que me hace mirar al cielo para perderme en un azul que, joder, poco tiene que ver con el color de sus ojos.

—Te sacaré de aquí en algún momento, Anahí.

—¿Por qué quieres hacer eso?

—Porque necesito enseñarte cosas —respondo volviendo a mirarla —. La vida es mucho más que esto.

No me refiero a La Cascada, al jardín o a este momento. Me refiero a su infierno. La vida es mucho más que su infierno y necesito que lo vea. Necesito mostrarle todo aquello por lo que merece la pena permanecer en este mundo.

—Un país al que te gustaría viajar —Decide retomar el juego.

—Tailandia. ¿Y a ti?

—Cualquiera que tenga mar —responde—. ¿Libro favorito?

—El Alquimista.

—Inteligente elección.

El Alquimista es uno de esos libros que ha leído varias veces desde que está aquí e, incluso, hizo que yo también lo repitiera en una de esas ocasiones en que la descubrí sumergida en sus páginas.

—¿El tuyo? —continúo.

—Verónika decide morir.

—¿Te sientes identificada?

—¡Qué idiota! —exclama golpeando mi hombro con los ojos y la boca muy abiertos, y arrancándome una risa.

—¿Qué pasa? Tienen historias similares.

—Lo del tacto lo llevas fatal, ¿no?

Aunque frunce el ceño para intentar parecer intimidante, la verdad es que no puede disimular la sonrisa y eso le resta credibilidad y a mí me suma un par de taquicardias.

—No puedo ser condescendiente contigo, Anahí. Hay que hablarte claro y sin tapujos —Le saco la lengua para afianzar todavía más mi argumento y me arrepiento rápido, porque su mirada se llena de una divertida sed de venganza.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres que nos olvidemos de los tapujos y el tacto? —pregunta incorporándose para volver su postura todavía más amenazante—. Muy bien, Dulce. Entonces, dime, ¿te gustan las mujeres?

Una corriente de aire caliente empieza a robar el oxígeno de mis pulmones y estoy segura de que me quedo pálida ante lo inesperado de una pregunta que suena bastante a afirmación. Ella me dedica una sonrisa triunfante, de esas que derriten y dan ganas de borrar al mismo tiempo, y durante varios segundos me debato entre dejarme embelesar por esta nueva faceta o tratar de coordinar pensamientos y palabras.

—Sí. —Anahí abre los ojos ante lo rotundo de mi afirmación y sonrío sintiendo cómo recupero un poco el triunfo—. ¿Y a ti?

—No. —Esta vez es ella quien me saca la lengua. A alguna parte de mi cuerpo esto le parece la hostia de nuevo y alucinante, porque el corazón se me vuelve un poco loco después del gesto y la montaña rusa me empieza a dar algo de vértigo—. ¿Te gusta Marta Andoni?

—¿Cómo? —pregunto dejándome invadir por una risa entre nerviosa y perpleja—. ¿Estás loca?

—¿Sabes qué, Dulce? Voy a hacer que me llames loca con razón.

Una frase que pone a temblar todo mi cuerpo después de la corriente que me recorre la columna vertebral, porque no necesito preguntarme qué va a hacer ahora, cuando consigue detener de súbito mis pulsaciones y mi risa al colocarse encima de mí, con las manos y rodillas a ambos lados de mi cuerpo, una sonrisa totalmente nueva, las pupilas tan dilatadas que ni siquiera me dejan ver el azul y una expresión de «Y ahora, ¿qué?», que me roba el aliento y las ganas de seguir respirando. Su pelo me hace cosquillas en la cara y ese olor

tiene una capacidad tan peculiar para emborracharme que debería estar penalizado en este juego, porque no hay igualdad de condiciones y porque no es justo. Tengo su cara tan cerca, que pierdo toda capacidad de razonamiento.

—¿Qué crees que estás haciendo? —titubeo—. Todo el mundo está empezando a mirarnos.

—¿Y tú crees que eso me asusta? —contraataca—. Estoy loca, ¿no? Aquí todos lo estamos, así que, es la excusa perfecta para hacer lo que me apetezca.

—¿Y qué es lo que te apetece?

Mal, Dulce, mal.

Que la valentía está sobrevalorada.

—A lo mejor me apetece saber qué sentirías si te beso ahora.

«Te beso»

El aliciente perfecto para que mis pulmones se pongan en huelga de aire y decidan que es un buen momento para dejarme morir asfixiada.

«Te beso»

Dos palabras y un terremoto en China.

Ella es consciente de que no estoy respirando, porque tiene una media sonrisa muy bonita y muy delatadora.

Es que, ¡joder!

—O, a lo mejor, lo que realmente quieres saber es lo que tú sentirías al hacerlo, ¿no te parece?

—¿Quiere que lo haga, doctora? —continúa ignorándome y empezando a acercar su boca a la mía sin romper en ningún momento el contacto visual—. ¿Quieres que tu paciente loca y suicida te bese delante de todas las personas que, seguramente, nos estarán mirando?.

Trago saliva cuando siento su respiración golpeando mis labios. Sus ojos azules vuelven a ser tan grises como esa mañana en la que chocamos en el pasillo. Una mirada que congela con un vistazo y que corta como el filo de un cuchillo. Y, ¡joder! Es que no sé qué parte de mi cuerpo se está resistiendo a romper la escasa distancia que nos separa y atrapar su boca con ganas, porque es todo lo que quiero hacer; estrellar nuestros labios y saciar las ansias. Que, de pronto, parece que los dragones se me han metido dentro y están jugando a ver quién lanza la llama más lejos, que tenerla así de cerca es una tortura que no le deseo a nadie. Pero ese gris, ese frío y ese cuchillo que se escapan de lo profundo del azul se convierten en mi gota de

cordura.

—¿Crees que me importa si nos están mirando o no? —cuestiono levantando poco a poco mi rostro para acercarlo a ella, que se tensa en el acto y retrocede—. ¿Crees que, si quisiera, no te besaría ahora mismo? ¿Qué no rompería la poca distancia que separa tus labios de los míos para demostrarte lo que es un beso de verdad? ¿Piensas que no permitiría que mi lengua explorase cada rincón de tu boca hasta que me pidieras que no dejase de besarte nunca, Anahí? Dime —susurro golpeando sus labios—. ¿Te parece que tengo miedo? —Ella niega de manera casi imperceptible y traga mientras me mira fijamente, como si estuviera en una lucha interna para que sus ojos no bajen a mi boca en un descuido—. No. No tengo miedo. Pero tampoco lo haré. No te voy a besar —concluyo recostando mi cabeza sobre el césped—. ¿Y sabes por qué? Porque acabo de entender que estás demasiado acostumbrada a conseguir siempre lo que quieres, cuando quieres y cómo lo quieres. Y, a lo mejor, por eso estás aquí. Quizás nunca has sabido ver lo que realmente necesitas y, por lo mismo, tu vida se llenó de un vacío tan grande, a pesar de todo lo que poseías. No me importa, ni siquiera un poco, quién nos está mirando o lo que estén pensando. No me importan los residentes, el personal ni el resto del mundo, pero tampoco voy a ceder a tu juego. Es más… ¡Tú vas a ceder al mío!

En un descuido muy hábil llevo mis manos a sus costados y empiezo a ejecutar un ataque de cosquillas que la pilla desprevenida y hace que se retuerza a carcajadas.

—¡Dulce, para! —suplica entre risas—. ¡No me gustan las cosquillas!

—Ah, ¿no? Pues deberías practicar tu resistencia, porque no dejas de reírte. Ya no es usted tan arriesgada, señorita Valente.

—¡Te voy a denunciar por excederte de tu cargo! —continúa amenazando e intentando escapar a la vez, mientras yo me vuelvo adicta a este sonido.

—¿Quién se estaba excediendo hace unos minutos?

—Vale, vale —acepta respirando con dificultad, sin poder parar de reír y consiguiendo que baje la guardia para darle algo de tregua—. Lo siento.

Detengo poco a poco el ataque tras la disculpa, porque podría haberme quedado escuchándola reír el resto de la tarde, pero su dificultad para respirar ha ido en aumento y me preocupa un poco.

Quizás acabo de obligarla a hacer un sobresfuerzo para el que todavía no está lista. Ella se deja caer a un lado, exhausta, y me mira mientras calma su risa y recupera el aliento.

—Ya no eres mi doctora favorita —protesta.

—No pasa nada —susurro junto a su oído y, a continuación, dejo un beso muy sonoro en su mejilla—. Tú sigues siendo mi chica favorita.

Anahí se queda mirándome de una manera que nubla por completo cualquier capacidad de razonamiento que tenga. Me nubla y me paraliza, porque soy incapaz de alejarme un centímetro y todo lo que puedo hacer es acercar mi mano a una de sus mejillas para acariciarla. Suave y delicada, como si fuera a hacerse pedazos entre mis dedos, como si un movimiento en falso pudiera hacerla desaparecer.

Es tan bonita que me duele el pecho.

Esa cara que me desquicia, porque a veces pertenece a una loca sin sentido de la vergüenza; otras, a una mujer frágil que todo el tiempo pretende parecer fuerte; y otras, a una niña que se ríe a carcajadas, tambalea vidas y provoca terremotos en otros continentes.

Todas son ella. Todas son alucinantes. Y yo me siento cada día un poco más hundida en las arenas movedizas.

—Dulce —interrumpe la voz de Marta, consiguiendo que me sobresalte y que busque su silueta a contraluz—. ¿Tienes un momento?

Asiento sin responder, porque una interrupción no es suficiente para que me recupere de lo que acaba de pasar y porque no tengo mucho que decir ante una escena tan incómoda e inesperada. Ella se marcha sin decir nada más y entiendo que ha llegado el momento de volver a un mundo que estoy detestando bastante ahora mismo.

—Te reclaman —dice Anahí cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse y me percato de que su expresión ha cambiado de manera drástica.

—Debo volver al trabajo.

Ella asiente, sin borrar el gesto duro, pero suavizándolo un poco para mí. Después de un suspiro, me levanto y le ofrezco mi mano para ayudarla a hacer lo mismo. Otra vez mirándonos fijamente y resistiéndome a alejarme, porque se está demasiado bien aquí y el tacto de su mano es algo nuevo. Acaricio su piel con mi pulgar y le sonrío, en un intento absurdo de decirle «No quiero irme ahora que

estamos tan bien». Ella responde a la sonrisa, transmitiéndome, de alguna manera, que lo entiende.

—Hasta después —susurro.

—Que pases una buena tarde.

Soltar su mano y abandonar la comodidad de sus ojos es de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en mucho tiempo, pero es necesario, porque Marta se aleja del jardín con paso firme y tengo que alcanzarla.

El camino es de lo más incómodo. Un silencio rotundo nos acompaña por el pasillo, en el ascensor, en la recepción e, incluso, cuando atravesamos la valla que limita el jardín delantero. Marta se detiene mirando alrededor y aunque solo encuentra coches aparcados y asfalto, ni siquiera eso es suficiente para que repare en mi presencia. Apoya la espalda en la valla y saca de su bolsillo una caja de tabaco de la que, a su vez, extrae un cigarrillo que se lleva a los labios para encenderlo.

—No sabía que fumaras —Me atrevo a romper el silencio.

—Solo cuando estoy estresada —responde sin mirarme, dando la primera calada y dejándome observar cómo el humo abandona su boca para esparcirse por el aire.

—¿Por qué estás estresada?

—Conflictos internos.

Lo tajante de su respuesta me hace cambiar el peso de mi cuerpo. Es la primera vez que veo a Marta tan seria y poco comunicativa.

—¿Estás molesta por lo que sucedió en el jardín? Solo estábamos jugando, Marta. Ya sé que no está bien y que, como jefa, tienes que…

—Ni siquiera sé qué es lo que tengo que hacer como jefa, Dulce —me interrumpe—. Nunca me he visto en una situación así. Es la primera vez que alguien del personal se comporta como tú te estás comportando, que se pone a jugar de esa forma con una paciente delante de todo el mundo. Y no es el hecho de jugar, es que llevas meses sobrepasando los límites y no te das cuenta. Sales al jardín y olvidas cuál es tu labor aquí. Anahí no es tu paciente y, mucho menos, tu proyecto. Me estás poniendo en una situación que no sé cómo manejar, ¿entiendes?

—Lo siento —me disculpo bajando la mirada.

Me cuesta enfrentarla, porque ella tiene razón y, en realidad, lo último que quiero es perjudicarla. Marta se ha portado como una auténtica amiga conmigo y no se merece que la esté poniendo en esta

tesitura.

—No quiero que lo sientas, Dulce. Joder, ni siquiera sé lo que quiero —reconoce llevándose una mano a la cabeza—. Como tu tutora de prácticas tengo que darte un sermón y exigir que te comportes, porque estás teniendo conductas muy inadecuadas con una paciente. Sabes perfectamente que debes mantener las distancias. Pero, por otro lado, ni siquiera es eso lo que me preocupa a estas alturas. Me preocupas tú.

—Yo estoy bien, Marta.

—¿Lo estás? —cuestiona mirándome con dureza—. Tengo en mi consulta los últimos análisis médicos de Anahí —Mi cuerpo se tensa y ella lo nota, porque relaja el gesto antes de continuar—. Fui a buscarte para que habláramos del tema. Estaba preocupada por cómo iba a afectarte y, resulta, que te encuentro haciéndole cosquillas como si fuera tu novia y mirándola como si… —Se detiene un segundo y niega —. Si ya me preocupaba lo afectada que podrías resultar, ahora ni siquiera sé cómo actuar.

—Dime qué sale en los análisis, por favor.

Ella suspira y aparta la mirada consiguiendo que un pánico bastante atroz me engulla de golpe.

—No hay ninguna mejoría en ella —concluye volviendo a enfrentarme—. Sus defensas bajan, sus nutrientes bajan, su hierro baja, su peso baja, y esto no puede seguir así. Anahí se niega a recibir ayuda. No quiere escuchar ni hablar con nadie que no seas tú y, tú, parece que no quieres verlo. Me pediste que confiara en ti, que te diese tiempo… Pero es que no puedes curarla tú sola, Dulce. Ni siquiera yo podría. No sacas nada de las sesiones que están teniendo y cada vez es más urgente que Anahí reciba la ayuda de un equipo multidisciplinar. Y, lo más importante, necesita querer curarse también en los momentos en los que tú no estés con ella.

—¿Crees que no me doy cuenta? —comento después de unos segundos de silencio, tratando de controlar el nudo que atasca mi garganta—. ¿Crees que no la veo cada día más delgada, débil y con las ojeras más marcadas? Sí, Marta, lo veo a diario y no hace falta que unos análisis me confirmen cómo se siente, aunque una parte de mí mantenga la esperanza de que vayan a mejor. Vivo a Anahí en primera persona cada minuto de mis días y me paso las noches en vela, preguntándome cómo diablos ayudarla. Pero no hay respuesta.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? Porque yo lo único que veo es que

cada minuto estás más implicada en esto y no sé hasta qué punto eres consciente de la gravedad del asunto; de que Anahí está metida en un hoyo al que podría arrastrarte en cualquier momento, aunque ella no quiera. Porque si no fuiste capaz de abandonar cuando te sugerí que cambiaras de proyecto, dudo mucho que puedas hacerlo ahora.

—Probablemente no pude abandonarla desde el primer momento en el que la vi —le digo, y su mirada se suaviza un poco más, como si reconocerlo en voz alta me alejara de mi jefa, pero me acercara a mi amiga—. No tengo ningún plan, y si en algún momento hice uno, se viene abajo cada vez que la miro a los ojos, Marta. Ni siquiera yo lo entiendo, ¿vale? No sé lo que me pasa. Solo sé que ella rompe todos mis esquemas y anula mis teorías. Logra que actúe de manera inconsciente, que ceda a sus juegos sin pensar en las consecuencias. Consigue que me dé igual si estamos solas en un desierto o rodeadas por una multitud, hace que mis ojos solo puedan verla a ella. Tiene el estado de ánimo más cambiante que he visto nunca, puede pasar de la nostalgia y la tristeza a la risa desenfrenada y la locura de un segundo a otro. Una vez me dijiste que a lo mejor estaba esperando demasiado, que quizás me había creado una imagen inexistente de una persona inexistente, pero es que no lo hice, y de haberlo hecho, Anahí hubiera dado la vuelta a cualquier cosa que hubiera imaginado. Porque es observadora, atenta, sumamente inteligente y siempre va un paso por delante. Puede aparentar que está a miles de kilómetros emocionales de distancia, pero la realidad es que está aquí, conmigo. Todo el tiempo. Está loca, Marta, aunque esa palabra esté prohibida para nuestra profesión, y me está volviendo loca a mí. No me reconozco cuando estoy con ella porque siento que, si el mundo se derrumbase, es que me daría exactamente igual. No me importaría nada, si lo último que escuchara fuera su risa. Me costó tanto conseguirla. Tanto, que ahora podría pasarme la vida entera sin parar de buscarla. ¿Y sabes qué es lo más absurdo? —pregunto y guardo silencio un momento, mientras ella me observa atenta—. Que me encanta. Me encanta sentirme así. Me encanta que ella me haga sentir así y saber que, cuando está conmigo, sus problemas desaparecen. Que, al menos durante unos minutos al día, quiere ser ella misma. Caprichosa, desquiciada, temerosa, dulce, tierna o inocente. En cualquiera de sus facetas. Me encanta que, cuando me mira a los ojos, encuentre paz. Me encanta que desaparezca el puñetero mundo cuando estamos juntas, Marta, y que el universo se nos quede pequeño. Me encanta

luchar todos los días por robarle una sonrisa y me gusta todavía más ser el motivo de ella. —Suspiro de forma pesada, porque esta carga ya me estaba destrozando la espalda y siempre viene bien compartir para aliviar—. No me he detenido a pensar en lo que eso significa ni a analizar mis sentimientos, porque, tal vez cuando lo haga, tenga que darte la razón, y a lo mejor tengo que apartarme. No quiero apartarme, Marta. Mis sentimientos no son vinculantes, no tienen importancia en todo esto, porque, al final, lo único que pretendo es darle lo mejor de mí. ¿Qué puede haber de malo en ello?

Ni siquiera cuando llaman a la puerta levanto la vista del ordenador portátil. El dolor de cabeza me está matando desde hace rato, porque esto de pasar tantas horas tecleando con los ojos entornados no debe ser demasiado bueno para la salud. Marta me ha dicho varias veces que vaya a graduarme la vista, que me deben haber aumentado unas cuantas dioptrías, y yo estoy harta de repetirle que no tengo más hipermetropía que el año pasado, y que la expresión es un símbolo de concentración que a los veinticuatro años ya no puedo solucionar. Vuelven a llamar.

—¡Adelante! —exclamo un poco exasperada.

—Te iba a preguntar si estabas sorda, pero al ver como lanzas rayos x a la pantalla, creo que, en realidad, estás un poco ciega o demasiado concentrada. O ambas cosas.

La voz de Anahí es lo único que ha conseguido hacerme levantar la vista del monitor en las últimas tres horas. Su media sonrisa también logra hacerme olvidar la frase que dejé a medias y todo lo que venía después.

—Anahí, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunto quitándome las gafas—. Quiero decir, ¿ocurre algo?

—Demasiado concentrada —repite—. Veo que ni siquiera has mirado la hora. Son las seis y cuarto de la tarde.

—¡Nuestra sesión! —exclamo llevándome una mano a la frente—. Perdóname, lo olvidé por completo.

—Estaba segura de que iba a encontrarte hecha una furia por mi retraso y resulta que, si no vengo, tampoco te hubieras enterado.

—No creo que esperaras verme hecha una furia.

—La verdad es que no —Sonríe encogiéndose de hombros—. La

señorita diplomacia nunca se altera.

—No soy tan diplomática como piensas y me puedo llegar a alterar con más frecuencia de que la crees. Pero, como ya sabes, soy humana y también olvido cosas.

—Y ¿qué es eso que consigue acaparar tanto tu atención y sacarte del mundo?

—Trabajo —respondo mientras cierro el portátil y me levanto—. Lo mismo que al resto de la sociedad. ¿Empezamos?

Ella me mira un poco seria cuando extiendo la mano para invitarla a sentarse en el diván. Supongo que no está acostumbrada a que sea yo la que corte conversaciones y tenga respuestas secas. Si llega a saber que es ella misma la que consigue sacarme del mundo y que, incluso, olvide nuestra cita, me haría un hueco en el diván y llamaría a Marta para que la sesión sea doble.

Se sienta extendiendo las piernas sobre el sofá y apoyando la espalda en el reposabrazos, cómoda, pero sin llegar a acostarse del todo. Es la misma postura que lleva adoptando los últimos días. Coloca las manos sobre sus piernas, entrecruzando sus propios dedos, y yo acerco la silla para sentarme y hacer algunas anotaciones antes de empezar a hablar.

—¿De verdad es necesario que apuntes, incluso, cómo me siento? Puedo describirte mi personalidad sin que tengas que analizar mi postura.

Busco su mirada y sonrío, porque es demasiado inteligente y porque no se le escapa nada.

—La postura que eliges revela cosas que, seguramente, ni tú sabes que sientes ahora mismo.

—¿Por ejemplo?

—Estado de ánimo, reacción y sensación ante la terapia, ante la terapeuta, etc.

—¿Y qué sensación tengo ante la terapeuta? —pregunta sonriendo de medio lado.

—Dímelo tú.

—Vamos, cuéntame lo que has apuntado en el cuaderno —insiste —. Así podremos saber si tus teorías psicológicas funcionan o son un fraude.

—No puedo decirte qué me lleva a cada conclusión, porque de esa forma estaría condicionando tu actitud, y estamos aquí para que dejes de condicionarte y seas tú misma.

—Eso lo entiendo, pero solo dime las conclusiones. No hace falta que me expliques cómo llegaste a ellas. ¿Cómo dice mi cuerpo que debo sentirme respecto a ti, Dulce?

Dudo durante varios segundos, porque un exceso de información va a hacerle creer que sé demasiado sobre ella, provocando que pueda ponerse a la defensiva. Y, al mismo tiempo, sé que, si no respondo nada, será imposible mantener una conversación y levantará un muro que hoy no tengo fuerzas para derribar.

—Tu cuerpo me dice que quieres llevar el control en todo momento. Te fías de mí como persona, pero no como profesional. Atraviesas esa puerta y, de manera automática, levantas una barrera entre ambas que, sesión tras sesión, me impide llegar a ti. —Sus ojos se hacen muy pequeños ante la seriedad de mi tono—. Estudio, estudio y vuelvo a estudiar mil veces las diferentes terapias que existen para encontrar el método que más se ajuste a ti, pero es inútil. Por algo tan sencillo como que, estás aquí por mí, porque yo te lo pedí, no porque tú quieras estar. No tienes intención alguna de dejarme profundizar en tus emociones. Al menos, no entre estas cuatro paredes —concluyo y ella permanece muy seria y atenta—. ¿Tengo razón?

—Esto es lo que tú querías, ¿no?

—Aquí no importa lo que yo quiero, sino lo que tú necesitas.

—Yo no necesito nada. Cuando acepté el ingreso voluntario advertí que no quería charlas, terapias ni nada por el estilo. Y, sin embargo, aquí estamos. Has conseguido que accediera a tener tres sesiones semanales solo contigo. —Hace una pausa y su expresión cambia como si hubiera descubierto algo importante—. Esto se trata de ella, ¿verdad? Estás así por ella.

—¿Ella? —pregunto confusa.

—Marta Andoni. ¿Qué te dijo cuando salieron del jardín? ¿Que no podías seguir involucrándote conmigo? ¿Que tienes que limitarte a hacer tu trabajo? Se ve a leguas que le molesta verte cerca de mí.

—Marta quiere que te recuperes tanto como lo quiero yo.

—Claro, entiendo. Porque ella es psicóloga, igual que tú. Eso es todo lo que quieres, curar a una paciente.

—¿Qué estás tratando de hacer ahora, Anahí? —le digo con cierta exasperación e impaciencia—. ¿Intentas manipularme? Estamos hablando de ti, no de mí, así que no intentes desviar el tema. Marta se preocupa por ti y lo único que hace es ponerme los pies en la tierra

cuando se me olvida qué es lo que he venido a hacer aquí. Que, por si te interesa, ocurre cada vez que estoy contigo. Lo que pasó en el jardín esta mañana estuvo fuera de lugar y no tendría que haber pasado. Tú lo sabes. Sabes que no paro de cruzar la línea todo el tiempo.

—Entonces no lo hagas —resuelve encogiéndose de hombros, no sé si con indiferencia o poniéndome a prueba—. No cruces más la línea.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que me aleje? ¿Quieres que sea otra compañera la que se haga cargo de tu caso?

—¿Qué te hace pensar que aceptaría a otra persona?

—Entonces, ¿qué demonios quieres, Anahí?

Después de formular la pregunta, ella rompe el contacto visual para clavar sus ojos en la ventana que hay a mi izquierda. No creo que pueda ver algo más que cielo y nubes desde esta distancia, pero, aun así, permanece en silencio durante varios segundos.

—Dulce... —Su tono y la tranquilidad con la que pronuncia mi nombre me aceleran el corazón, pero esta vez no es una sensación agradable—. No seas tan cabezota y haz caso de lo que te dicen. Tratando de ayudarme solo lograrás destruirte.

—¿Y eso te importa? ¿Te preocupa lo que me pase? ¿Significa algo para ti?

Vuelve a conectar nuestros ojos helando cada parte de mi cuerpo, porque el gris ha regresado y yo ya estaba demasiado cómoda en el calipso. El bolígrafo pierde estabilidad entre mis dedos cada segundo que pasa sin que ella hable.

—Solo intento advertirte de algo que ya he visto antes.

—Muy bien —Suspiro y aparto la mirada para volver a anotar algo —. Sesión terminada. Eres libre.

—Curiosa, tu definición de libertad. Esto es una cárcel. Con bonitos jardines y una fuente que se ilumina por las noches, pero, al fin y al cabo, sigo estando presa.

—No, Anahí. Te equivocas —digo enfrentándola—. La única cárcel que te mantiene presa es esa que llevas dentro de ti.

Ella me clava una mirada inexpresiva. De esas que cortan sin rozarte y que, aunque sea indiferente para el resto del mundo, yo, que he aprendido a interpretar sus silencios, me doy cuenta de que está intentando contener la rabia mientras aprieta la mandíbula. Sin decir ni una palabra más abandona la consulta con un portazo y yo lanzo por los aires el dichoso cuaderno que tan mal está haciendo su trabajo.

Me gustaría gritar y desgarrarme la garganta, a ver si así desaparece esta impotencia que me consume por dentro. Sin embargo, una vez más, mis emociones se quedan ahí atascadas en una bola que, con el paso del tiempo, crece y crece.

12

Me despierto de un sobresalto, con la respiración agitada, un incómodo sudor frío recorriéndome la espalda y un terror que me paraliza. No es la primera vez que sueño algo así. Varias noches a la semana abro los ojos asustada porque, según mi subconsciente, recibo una llamada de Marta para decirme que encontraron a Anahí desmayada en su habitación. Otras veces soy yo misma quien va a buscarla y la ve tirada e inconsciente. La sensación de parálisis empieza en sueños, pero continúa durante unos segundos de realidad, hasta que me doy cuenta de que ha sido una mala jugada de mi cerebro y puedo volver a respirar con algo de libertad. Aunque no mucha, porque el miedo sigue ahí, escondido en alguna parte para atacar en la próxima ocasión que me pille con la guardia baja. La taquicardia es momentánea, pero la inseguridad persiste el resto del día.

Faltan cinco minutos para que suene el despertador y White aparece saltando en la cama como si el cambio de mi respiración le hubiera advertido que ya estoy despierta y su hora del paseo se acerca.

—Buenos días, pequeño.

Sus lametones son la mejor manera de empezar la jornada. ¿Cómo he podido vivir tantos años sin él? Es capaz de llevarse las preocupaciones a golpe de coletazos y mordidas, porque el tío tiene dos años y se debe creer que no ha pasado los seis meses.

Llevo media hora parada en un atasco y desesperada porque la hilera de coches que tengo delante no avanza ni un centímetro desde hace varios minutos. Ya debería haber llegado a La Cascada, ¡menuda pérdida de tiempo!

—*Centro de Salud Mental: La Cascada* —responden al otro lado del altavoz—. *Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?*

—Buenos días, Carla, soy Dulce. ¿Puedes pasarme con Marta?

—*Por supuesto, doctora Andrade. Desvío la llamada a la consulta de la doctora Andoni enseguida.*

—Gracias —finalizo y a continuación escucho de nuevo los tonos de la llamada.

—*¿Dulce?* —pregunta la voz de mi amiga después de unos segundos—. *¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?*

—Sí, llevo media hora en un atasco y esto no avanza. Estoy por bajarme y empujar los coches yo misma. Quería avisarte de que me estoy retrasando para que no llamaras a la policía ni nada por el estilo. Recuerda que deben pasar cuarenta y ocho horas para denunciar una desaparición.

—*Qué aburrida estás, amiga* —resuelve riéndose y me la imagino dejando caer su cuerpo en el respaldo de la silla—. *¿Estás muy lejos?*

—A diez minutos. No entiendo qué pasa. A lo mejor hubo un accidente.

—*Y tú queriendo meterles prisa. Te espero para hacer la ronda, ¿vale? Ven a mi despacho cuando llegues.*

—Gracias.

—*Que te sea leve la espera* —añade volviendo a reírse.

—Si en cinco minutos esto no se ha movido, dejo el coche aquí y llego caminando.

—*Dulce, no puedes abandonar el coche en medio de la carretera, animal.*

—Por eso estamos hablando por teléfono y no estoy llamando a tu puerta —resoplo con resignación—. Esto es desesperante.

—*Relájate, que ni el centro se va a convertir en una puerta a otra dimensión ni los que estamos dentro vamos a desaparecer. Guiño. Guiño.*

—Muy graciosa y muy descriptiva.

—*Llámame cada cinco minutos si te aburres* —propone con un tono que me deja ver su sonrisa burlona sin estar viéndola realmente.

—¿Cuánto tiempo te piensas que voy a estar aquí, Marta?

—*No lo sabemos, pero por si acaso.*

—Hasta dentro de cinco minutos —me despido riendo.

Media hora.

Treinta minutos he tardado en llegar a La Cascada tras la primera llamada a Marta. Cinco minutos después fue ella quien me llamó para seguir riéndose de mis circunstancias y para escaquearse de su trabajo, claro. Lo que más me fastidia del asunto es que a esta hora ya no encuentro a Anahí en el pasillo y, después de haber tenido la pesadilla, mis ganas de verla son bastante más grandes.

—Casi una hora de retraso —anuncia Marta saliendo de su despacho—. Debería despedirte.

—Lo siento. A partir de hoy pienso salir mucho antes. Odio la impuntualidad.

—Odias perder el control de las cosas —corrige con una sonrisa—. Pero, siento decirte que, así es la vida.

—Pues no me gusta la vida —protesto soltando un bufido—. ¿Empezamos la ronda?

—¿Qué tal si entras en tu despacho un momento, dejas las cosas, te pones la bata, bebes agua y...?—Hace un gesto exagerado de inhalar profundo y exhalar despacio—. Respiras. ¿Estás un poco nerviosa esta mañana o me lo parece a mí?

—He dormido bastante mal y lo último que quería hoy era llegar tarde. Pero, parece que, mientras más te empeñas en una cosa, más obstáculos aparecen.

—El universo, siempre poniendo a prueba nuestra paciencia. Anda, entra y déjalo todo, que te espero aquí.

Actúo muy rápido dentro de la consulta porque lo que más me interesa es acercarme a la ventana con un vaso de agua y muchas ganas de que estos nervios desaparezcan de una vez por todas. No me gusta estar así, no suelo expresar esta característica con frecuencia, porque siempre he sido de llevar la procesión por dentro, pero esta mañana estoy taquicárdica y esa pérdida de control me desespera.

Al llegar a la ventana el corazón me empieza a latir muy rápido porque no encuentro a Anahí en el banco de siempre, y aunque echo un minucioso vistazo por todo el jardín, ella no aparece y mi cuerpo se tensa.

—¿Dónde está Anahí? —interrogo volviendo al pasillo. Marta se

da la vuelta y me mira confusa—. No está en el jardín. ¿La has visto?

—No. No la he visto. A lo mejor hoy se le pegaron las sábanas, ¿quién sabe, Dul?

—Lo dudo —Niego repetidas veces—. Ella se acuesta muy tarde y se levanta muy temprano. Anahí apenas duerme.

—Bueno, pues a lo mejor está en la biblioteca, en su habitación o bañándose. Si hubiera pasado algo te lo habría dicho de inmediato.

—Lo sé, lo sé —Suspiro resignada, aunque las posibilidades no terminan de encajarme a pesar de su lógica—. Estoy paranoica, ¿verdad?

—Estás preocupada —corrige—. Y es normal. ¿Por qué no empezamos la ronda y así puedes ir a buscarla cuanto antes? —Acepto con un gesto tan afirmativo como resignado y ella pasa un brazo alrededor de mis hombros antes de empezar a caminar—. ¿Qué voy a hacer contigo, Dulce?

—Puedes empezar por reservarme una plaza en la tercera planta. La voy a necesitar.

—La vas a necesitar —confirma dedicándome una sonrisa muy tierna.

Dos horas más tarde sigo con la misma sensación de inquietud de la que, incluso doña Rosa pudo percatarse. Ni siquiera me hizo falta saludarla para que me preguntara qué me ocurría. Solo le dije que había pasado una mala noche, pero la perspicaz anciana puso cara de no creerse ni una palabra y no insistió más, como si realmente supiera que no estaba preparada para hablar. En más de una ocasión descubrí a Marta buscando algo a través de la ventana e intentando disimular cuando se daba cuenta de que la había visto. Mi amiga no va para actriz, y aunque cada vez que salíamos de una habitación intentaba distraerme con alguna broma de las suyas, sé que en el fondo también estaban empezando a descuadrarle algunas cosas.

Avanzo a toda prisa por el pasillo de la primera planta, con unas ganas enormes de poder teletransportarme al jardín y ahorrarme el trayecto, pero, al pasar por una de las puertas, se escucha un ruido que me hace detenerme de súbito. Uno de los cuartos de baño tiene la entrada medio abierta. Miro a mi alrededor un segundo, esperando encontrar a alguien merodeando, pero el pasillo está desierto y el

ruido se repite. El corazón empieza a latirme muy rápido, los baños siempre están cerrados con llave y solo se puede acceder a ellos acompañado del personal. Algo forma un nudo en mi garganta de repente y las piernas empiezan a fallarme a la vez que el cuerpo se me queda bloqueado en el sitio.

Otra vez el ruido.

Sin pensar, sin atender a razones y sin pararme un segundo a preguntarme qué puede estar pasando, abro la puerta y paso al otro lado. El diminuto espacio que separa el inodoro del resto también tiene la puerta un poco abierta y, aunque sé, que hay alguien y que debería preguntar, llamar, o hacer ruido para advertir de mi presencia, un impulso me lleva a abrirla del todo, sintiendo el peso entero del mundo cuando me encuentro con la realidad del otro lado.

Anahí.

Arrodillada en el frío mármol, escondiendo la cabeza en el interior del inodoro, con el pelo cayendo a ambos lados de su cuerpo mientras intenta sacar, con cada arcada, todos esos kilos de dolor acumulado.

Vomita.

Vomita como si con ese gesto pudiera expulsar cualquier resquicio de soledad. Lanza su alma hacia las alcantarillas con cada impulso de su garganta, rompiéndome a mí el corazón en mil pedazos. Es imposible explicar, incluso a mí misma, lo que se siente cuando ves a alguien que quieres en la cima de su destrucción. Impotencia y rabia, dolor y terror. Cualquier metáfora se quedaría corta, porque el terremoto no está en China esta vez; está aquí, bajo nuestros pies, abriendo un cráter que puede engullirnos en cuestión de segundos.

Los dragones se han convertido en volcanes otra vez.

Me quedo paralizada durante unos segundos. Y no sería consciente del paso del tiempo, de no ser porque ella sigue entre arcadas que parecen ser el único tictac que nos acompaña. Todo lo que puedo hacer es observarla mientras vacía su interior y mi alma se quiebra cada segundo un poco más.

Cuando mi sistema nervioso decide que es un buen momento para seguir avanzando, busco una toalla y me coloco detrás de ella. Recojo su pelo con cuidado hacia atrás y, al ver que no realiza ningún movimiento, me pregunto si ha llegado a sentir mi presencia en algún momento. Poco después intenta esconderse y apartar mis manos de su pelo, pero no se lo permito. Insisto y me empuja. Sin decir nada, simplemente, queriendo esconderse. Empiezo a escuchar sollozos y su

cuerpo tiene pequeños espasmos.

Está llorando.

Joder, está llorando y mis piernas dejan de sostenerme, haciéndome caer a su espalda y quedar arrodillada en la misma posición. Llevo las manos hacia sus brazos e intento apartarla de ese lugar tan cotidiano que se ha convertido en nuestro infierno y, esta vez, su cuerpo se da por vencido, porque ya no se resiste. Coloco la toalla entre sus manos y, mientras se la lleva a la cara, atraigo su cuerpo hasta el mío, consiguiendo que se dé la vuelta y ambas terminemos de caer juntas. Apoyo la espalda en la pared y refugio su cuerpo entre mis brazos, manteniendo un silencio desolador mientras se limpia la cara de esos restos de soledad. Su llanto desesperado sobre mi cuello me rompe por dentro, las convulsiones de su cuerpo me hacen abrazarla cada vez más fuerte. Aferrarla a mí o aferrarme a ella.

Y yo también lloro.

Porque no puedo soportarlo. Porque no soy capaz de aguantar su dolor y porque no puedo seguir sentada, viendo como su vida se desvanece mientras intento encontrar una solución que no llega. No lo aguanto más.

Poco a poco separa la cara de su escondite y busca mis ojos. A mí me invade el pánico y no soy capaz de mirarla. No puedo, porque siento que en el momento en que lo haga, no podré parar de llorar. Mis mejillas ya están mojadas y noto las lágrimas descender por mi piel, así que, hace tiempo que ya no tengo el control. La enfrento con una valentía que no tengo y, sus ojos, enrojecidos y bañados en lágrimas, me miran con mucha confusión, como si no se esperara que estuviera llorando, como si esto no me estuviera matando casi igual que a ella. También me mira con vergüenza y con miedo. Un profundo terror que se ha adueñado del azul y lo vuelve gris. Acerco mi mano a una de sus mejillas y la acaricio con estos pocos centímetros que nos separan, rozando sus labios hinchados y temblorosos, secando las rebeldes gotas de agua salada que no dejan de caer.

—Se acabó —le susurro. Le suplico—. No te hagas más esto, por favor.

—No puedo… —responde con la voz entrecortada—. No puedo evitarlo.

Quiero llorar como una niña pequeña, dar patadas a lo que encuentre y gritar. Quiero llorar y suplicarle de rodillas que pare de

una vez, porque mi labio inferior tiembla y ella está borrosa, porque no soporto ver cómo se destruye ni cómo esos ojos azules me miran tan rotos.

—No voy a permitir que sigas haciéndote daño, Anahí —Agarro su mejilla con fuerza y clavo mis ojos en los suyos para que entienda que estas palabras son lo más real que le he dicho nunca—. ¿Entiendes? No lo voy a permitir.

—Tengo miedo, Dulce. Mucho miedo —Asiento en silencio y su boca se abre como si fuera a decir algo más, pero no expulsa ningún sonido, así que, yo disminuyo la presión de mi mano en su mejilla y la acaricio otra vez. Tiene que saber que estoy aquí, que no pienso marcharme a ninguna parte, que no voy a dejarla sola y que, si este es el fondo del pozo, nos quedaremos sentadas hasta que encuentre la fuerza para empezar a escalar—. Ayúdame. Por favor, ayúdame.

Por fin.

Beso su frente con cariño. Con todo ese cariño, honestidad y protección que me harán querer explotar en cualquier momento. Y, sin decir nada más, atraigo su cuerpo hacia mí para responderle con un gesto. Claro que voy a ayudarla. Claro que voy a sacarla de la oscuridad, con estos brazos que solo quieren llenar su vida de instantes inolvidables, con este corazón torpe que se acelera cuando me mira, que hace equipo con dragones y *Slackline*[1] entre volcanes. Vas a ver la vida a través de mis ojos, Anahí. Voy a hacer todo lo posible y, no voy a parar, hasta lograr llenar de color tu gris existencia.

—Va a desaparecer, cariño —susurro acariciando su pelo—. Te juro que va a desaparecer.

Sus manos se aferran a mi pecho a modo de respuesta y continúa derramando lágrimas en mi cuello durante un tiempo incalculable. Hasta que se queda seca, hasta que se vacía por completo y ya no sale nada más, porque, para poder llenar, primero hay vaciar.

Abro la puerta de la consulta de Marta a toda velocidad y, una vez al otro lado, la cierro, apoyando mi espalda en ella y dejando caer la cabeza hacia atrás. Ni siquiera sé si mi amiga me está mirando, si se pregunta qué hago aquí y por qué entro de esa manera en su despacho. Un par de lágrimas empiezan a correr mejilla abajo sin

control alguno.

Cuando me incorporo, veo su silueta a unos metros. Está algo borrosa, pero sé que lleva mirándome en silencio varios minutos. Esperándome.

—Lo entiendo —le digo por fin—. Su dolor, su sufrimiento y su felicidad, también son los míos. Y si ella cae, yo la levanto. Y si tropieza, la sostengo. Si quiere hablar, la escucharé y si quiere callar, estoy dispuesta a acompañarla. Quizás no sea una superheroína, quizás no pueda salvarle la vida, pero hay algo que sí puedo hacer: enseñarla a amarse a sí misma. Porque no creo que exista otra forma. No creo en la posibilidad de que esa chica se mire al espejo y no sea capaz de ver lo que yo veo. Si viera a través de mí, Marta, si logro que se vea con mis ojos, solo podrá quererse. No sé cómo, pero voy a conseguir que Anahí conozca una vida que pueda amar. No sé si suspenderé el proyecto, si me despedirás, si tiraré por la borda cuatro años de carrera o si me volveré loca en el intento, pero es que, no me importa. Creo que la vida me trajo a este lugar por ella, que el universo me está poniendo a prueba para conocer mis límites. Y si se trata de ella, a la mierda los límites. Confío en esa chica como jamás he confiado en nadie y sé que su corazón está ahí, esperando impaciente un motivo para volver a latir. Quiero darle un nuevo motivo cada día, Marta.

Ella se queda en silencio algunos segundos, mirándome sin una expresión que reconozca y haciéndome angustiante la espera.

—Estoy segura de que, cuando se dé cuenta de lo afortunada que es, su existencia no le resultará tan insignificante.

—¿Qué quieres decir?

—Son muy escasas las veces que nos enamoramos de verdad en la vida. Y, son aún más escasas, las veces en las que alguien nos ama con toda esa fuerza huracanada. Anahí, por muy mediocre que le resulte su existencia, está siendo amada por una de las mejores personas que conozco. Y te aseguro que conozco a muchas personas, Dulce.

—Yo no he dicho que…

—Da igual —interrumpe—. Tienes razón en una cosa y es algo que he admirado de ti desde el principio: no tienes ningún miedo a las consecuencias. Nunca lo has tenido. El proyecto, tu carrera, incluso lo que la gente pueda pensar, te resulta indiferente. La quieres a ella. Y tu necesidad de ayudarla siempre ha estado por encima de todo. Eres cabezota e imprudente, pero te dejas llevar por el corazón y, es ahí,

donde está tu fuerza.

—No es muy de psicólogos dejarse llevar por el corazón.

—No. Es de seres humanos. Y lo que estudias no define lo que eres.

«Lo que estudias no define lo que eres».

Porque si en algún momento consigo graduarme, no seré una psicóloga, me dedicaré a la psicología. Dos conceptos que muchas veces confundimos.

—Déjame llevármela el fin de semana —suelto de manera atropellada, con tono y ojos de súplica.

—Ni lo sueñes. En eso sí que no puedo ayudarte.

Se dirige al otro lado de la mesa dándome la espalda y queriendo terminar la conversación en el punto en el que se vuelve peligrosa para ella.

—Marta, por favor —Suplico yendo detrás—. Solo serán unos días. Tengo que sacarla de aquí.

—Dulce, ella decidió quedarse, y aunque lo parezca, esto no es un resort del que puedes salir y entrar cuando te apetezca. Hay reglas. Y ya nos hemos saltado bastantes.

—Reglas que tú impones —insisto arrodillándome junto a su silla —. Sé que tiene que haber una forma. Y tú sabes que no te lo pediría si no fuera tan necesario. Esto no tiene nada que ver conmigo, Marta, ni con mis sentimientos; tiene que ver con ella, con que necesito llevarla a un lugar en el que se sienta libre, en el que pueda ser ella misma. Conozco el lugar perfecto, pero necesito que le des un permiso de fin de semana. Y te prometo que haré hasta lo imposible porque, en esos tres días, Anahí le encuentre sentido a la vida.

—Dul…

—Por favor.

—Esto no va a salir bien —advierte.

—Saldrá bien

Me mira en completo silencio, haciendo pequeños chasquidos con la lengua y moviendo sus ojos a una velocidad de infarto mientras yo sigo arrodillada y con mirada suplicante.

—Quizás haya una forma —Suspira consiguiendo que mi corazón se acelere—. Pero no estoy segura de que sea lo mejor para ella. ¡Joder, Dulce! Como psicólogas podemos desarrollar diferentes tipos de terapias para tratar a un paciente. La única forma de que pueda salir sin un alta es por motivos personales o por algo relacionado con

su recuperación. Sacarla del centro podría ser una terapia especial diseñada por ti, pero sigues siendo una alumna en prácticas y no sé si estás incluida en las cláusulas.

—Inténtalo —suplico por segunda vez—. Por favor, inténtalo. Di que es parte de mi proyecto y que es necesario para su desarrollo.

—Cuando salgas por esa puerta Anahí quedará bajo tu responsabilidad, Dulce. Tendrás que hacerte cargo y responder sobre cualquier cosa que le ocurra. Es una carga que no sé si puedes asumir tan pronto.

—Marta, ¿crees que permitiría que le pasara algo malo?

Ella vuelve a quedarse mirándome unos segundos. Más con la esperanza de que me eche atrás que con encontrar un motivo de desconfianza en mis ojos.

—Está bien —acepta dejando escapar un suspiro muy pesado mientras niega—. Prepararé el papeleo.

Me pongo de pie como si tuviera un muelle en el culo y agarro sus mejillas para darle un número incalculable de besos y «gracias», y «gracias» y besos, y ella se ríe mientras intenta apartarme sin éxito alguno.

—¿Cuándo podemos irnos? —pregunto emocionada.

—Mañana mismo, pero al lunes a primera hora debe estar aquí.

—Tranquila —le digo mientras voy hacia la puerta—. Voy a decirle que se prepare. O sea, que prepare sus cosas —aclaro al ver su ceja empezar a levantarse—. O que no prepare nada. Da igual. Gracias por todo, doctora Andoni.

—Solo por curiosidad, ¿a dónde piensas llevarla?

—Al único lugar donde me encuentro cuando estoy perdida.

Con una sonrisa llena de misterio y emoción, mientras ella asiente bastante intrigada, abro la puerta para marcharme.

—Dul —llama consiguiendo que me gire—. Sálvala.

Eso de salvarla a lo mejor se me queda un poco grande, porque la cosa está escasa de superpoderes a este lado de la galaxia, pero como las cosquillas en mi pecho no están demasiado de acuerdo y parecen ser más potentes que toda la *Liga de la Justicia* junta, no me voy a quedar con las ganas de intentarlo.

Llamo a su puerta dos veces antes de que me dé paso y se me acelera el corazón cuando vuelvo a verla. En unas circunstancias mucho mejores que la última vez, desde luego, apoyada en la cabecera de la cama y leyendo el último libro que le regalé.

Me acerco despacio y me siento a los pies de su cama para observar con interés su habitación. No tiene adornos, objetos personales ni fotografías o recuerdos. Todo lo que hay es una pila de libros sobre la mesa.

—No es muy acogedora, ¿verdad?

—Bueno —Me giro para mirarla—, si sabes que este no es tu sitio, es normal que no le aportes nada de ti.

—Tampoco estoy segura de que exista *mi sitio.*

—Todos tenemos un sitio —aseguro—. De hecho, vengo para pedirte que prepares las maletas. Mañana nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? ¿A dónde nos vamos?

—Es una sorpresa.

—Pero si yo no puedo salir de aquí, Dulce. ¿Te has vuelto loca?

—Desde que te conocí —confieso poniéndome en pie y viendo cómo levanta una de sus cejas—. Te prometí que te iba a sacar de aquí y eso es lo que voy a hacer. El otro día dijiste que estarías dispuesta a pasar un fin de semana entero conmigo, ¿no?

—Lo dije —acepta con una mirada de desconfianza—. Pero ¿cómo piensas sacarme de aquí y a dónde me vas a llevar?

—¿Confías en mí?

—¿Otra vez con Aladdín?

—¿Confías en mí? —repito riéndome.

—Pero, ¿eso qué tiene que ver?

—¡Anahí! —exclamo perpleja—. ¿Tanto te cuesta?

—Confío en ti —acepta rodando los ojos con un tono de «Qué pesada» que me hace mucha gracia.

—Pues entonces no hay más que hablar. Encárgate de estar lista mañana, te recogeré a primera hora.

Camino hacia la puerta con la intención de dejar la habitación cargada de este misterio y a ella con una intriga que le haga dar vueltas a la cabeza varias horas.

—¿Qué ropa debo llevar? —pregunta consiguiendo que me gire.

—La que tú quieras. No creo que te dure mucho —Su media sonrisa, la forma en que levanta la ceja y la repetición de la frase en mi mente hacen que se me corte el aire un momento—. Te juro que sonaba mejor en mi cabeza. Yo… No quise decir que… No pienses que… Es solo que…

—Que, que, ¿qué? —se burla.

—Que mañana lo verás.

Le saco la lengua y abandono la habitación sin decir nada más, pero con el corazón en una carrera de *Moto GP* contra sí mismo. No sé qué va a pasar en este fin de semana ni quienes seremos el lunes al regresar, pero lo que sí sé es que, cada minuto, cada segundo y cada instante, va a ser inolvidable para ambas.

13

Todo está listo para empezar el fin de semana. Aparco el coche frente a La Cascada y dejo la ventana medio abierta antes de marcharme. Siempre me habían dicho que tengo una paciencia infinita, pero hoy me estoy cuestionando tal afirmación, porque las ansias que siento por este viaje no son ni medio normal.

Llego al dormitorio de Anahí, respiro hondo unas cuantas veces y llamo a la puerta con el corazón latiéndome muy raro y la emoción de una niña en un parque de atracciones.

—Adelante.

Cuando abro la puerta y me la encuentro sentada en la cama, leyendo un libro y con un bolso cerrado a su lado, el corazón se me acelera todavía más. ¿Cuánto tiempo debe llevar esperando? Firmaría mil contratos por repetir esta imagen muchas veces a lo largo de mi vida como tradición previa a unas vacaciones. Además, es que está más guapa que nunca. No tiene el pelo mojado, como el resto de las mañanas, ni recogido de forma despreocupada. Lo lleva suelto y cae sobre sus hombros con mucha elegancia. Se ha puesto unos pantalones vaqueros que en algún momento debieron ser ajustados y una camiseta celeste que resalta, de manera hipnotizante, el color de sus ojos. También parece que se ha maquillado un poco, porque ha disimulado sus ojeras y la línea del ojo la tiene algo marcada, dándoles un toque bastante más intenso de lo que ya son al natural. Creo que me he quedado un poco atontada analizándola, porque cuando nuestras miradas conectan me doy cuenta de que ha dejado de

leer y me está observando con una sonrisa de «Menuda cara de tonta te has puesto hoy».

—¿Lista? —Sonrío por fin.

—Para lo que sea.

La afirmación me hace un poco más feliz y se me debe notar. Su sonrisa y esa manera de negar me dan una pista.

—Entonces, vamos. Aún tengo que pasar por la consulta de la doctora Andoni y no quiero que alguien termine calcinado en mi coche.

—¿Cómo que *alguien*? —pregunta entornando los ojos—. ¿Acaso no vamos solas?

—Claro que no. Nos acompaña el amor de mi vida.

La información, además de pillarla con la guardia baja, parece no gustarle demasiado, porque se cruza de brazos y me lanza una mirada que se debate entre lo frío y lo cómico.

—Pues que tengan buen viaje —concluye—. Yo de aquí no me muevo.

—Claro que te vas a mover. Es parte de tu terapia, así que no tienes elección.

—Me importa un pimiento mi terapia. Tú me habías dicho que iríamos solas. En ningún momento mencionaste a nadie más y, mucho menos, a ningún amor de tu vida.

No puedo evitar divertirme un poco con la situación, porque su expresión es muy tierna y hay algo en todo esto que me provoca cosquillas por dentro. Me acerco a un palmo de su rostro y acuno sus mejillas entre mis manos mientras ella me lanza una mirada muy desafiante.

—Venga, dale una oportunidad. Sé que él te caerá bien.

—¿Él? —pregunta perpleja apartando mis manos—. Pero ¿tú no eras…? ¿No eres…?

—¿Puedes dejar de quejarte y venir conmigo? —interrumpo volviendo a agarrar sus mejillas—. Sabes de sobra que nunca haría nada que pudiera incomodarte.

Mantengo mi sonrisa inocente y suplicante mientras ella me mira desconfiada durante varios segundos. En el fondo me acojona que pueda escuchar lo fuerte que me late el corazón, así que, espero que esté un poco sorda.

—Solo para que conste, no voy a hacer lo que quieras cada vez que me pongas esa cara de cachorrito —advierte arrancándome una

risa y sin borrar su expresión de mala leche.

—Me basta con que lo hagas hoy. Anda, vamos.

Espero con impaciencia a que coja sus cosas mientras mantiene esa cara de niña pequeña que se resiste a aceptar lo mucho que también quiere esto, porque quejarse es más fácil, y agarro su mano para arrastrarla hasta la salida.

—Te noto un poco impaciente —comenta en tono burlón.

—Quiero empezar ya.

—¿Empezar a qué?

—A vivir, Anahí.

Tardamos muy pocos minutos en llamar a la puerta de Marta, que nos da paso enseguida.

—¿Listas para su viaje? —pregunta mi amiga.

—¿Ella sabe a dónde me vas a llevar? —susurra Anahí junto a mi oído.

Giro la cara para negar con misterio, pero eso de encontrarla tan cerca me deja la sonrisa a medio camino.

—Listas —Vuelvo a dirigirme a Marta—. Hemos venido a despedirnos y a firmar lo que necesitas.

Marta extiende algunos papeles encima de su mesa y yo avanzo con la intención de firmarlos, pero entonces me doy cuenta de que mi mano y la de Anahí no se han soltado en todo el camino y me giro un poco sorprendida. Busco sus ojos después de analizar esa unión durante algunos segundos y le sonrío. Ella hace lo mismo, de una manera un poco más tímida. Nos soltamos despacio, porque se estaba demasiado bien así y camino definitivamente hacia Marta, que me espera con una ceja levantada y una sonrisa de «La que se te viene encima, amiga».

—Según lo que pone aquí —comienza a explicar—, la terapia consiste en una convivencia con la naturaleza y un aislamiento de la vida en la ciudad. Como te dije ayer, todo lo que ocurra desde que crucen la valla del centro quedará bajo tu responsabilidad y ahora también bajo la mía, porque he tenido que ejercer de aval y asegurar mi compromiso y plena confianza en tus facultades y en tu preparación para este trabajo. No hagas que me arrepienta.

—No lo haré —confirmo intentando calmar mi emoción y demostrarle confianza—. Gracias por todo, Marta. Te prometo que el lunes a primera hora estaremos aquí.

Ella asiente con expresión seria y ojos brillantes, como si estuviera

intentando mostrar autoridad por la presencia de Anahí, pero en el fondo quisiera abrazarme y odiarme por meterla en estos líos.

—Que tengan un buen viaje y cuídense.

Antes de salir, en ese microsegundo en el que nos quedamos solas en el despacho, decido mirar a mi amiga por última vez. Ella me sonríe y asiente, quitándome veinte pesos de encima con una aprobación tan silenciosa. Suspiro, expulsando al aire cualquier rastro de duda que se quiera venir conmigo y dejo atrás la consulta y el centro.

Llegamos a mi coche y me ofrezco a guardar su bolsa de viaje en el maletero para, a continuación, abrir la puerta del copiloto e invitarla a sentarse. El ladrido y la imagen de White robándole el asiento consigue que dé un pequeño salto hacia atrás.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunto mientras zarandeo su pelo y él se sacude—. Amigo, ¿cuánto te va a durar la muda de otoño?

Intento liberar mis manos de la mata de pelo que deja un Husky Siberiano en plena muda y busco a Anahí, que se ha quedado un paso por detrás observando la escena como si estuviera mirando a un extraterrestre y no a un perro.

—Mira, White, te presento a Anahí. Anahí, este es White, fiel compañero de cuatro patas y amor de mi vida.

—Tú eres imbécil —concluye con ojos amenazantes después de reaccionar a mi última frase, arrancándome una carcajada cuando, además, me da un golpe en el hombro antes de acercarse a White—. Y tú eres una cosa preciosa.

Acaricia el pelo de mi mejor amigo sin importarle que va a terminar perdida, mientras él destroza su cara a base de lametones, moviendo todo el cuerpo como una culebra. Anahí cierra los ojos para reírse, no se aparta, y a mí esta imagen me parece lo más perfecto que he visto nunca.

—Creo que le has caído bien.

—¿Sí? —pregunta mirándome insegura.

—Es más de gruñir que de besar. ¡Mira! —Abro los ojos como si me hubiera dado cuenta de algo importante—. A lo mejor sabe que lo tienen en común. —Ella vuelve a pegarme, pero no borra la sonrisa mientras sigue recibiendo cariño de White—. Está claro que le gustas.

—Pues él a mí también me gusta. Eres muy guapo, White. Y no pareces tan gruñón como dice tu amiga. Seguro que exagera, ¿verdad? Suele hacerlo a menudo.

Estoy sintiendo un poco de envidia de White y me siento culpable por ello. Su forma de acariciarle y dejarse dar cariño por él es de lo más enternecedor que he visto. Podría pasarme unas cuantas vidas recreando esta imagen en mi retina y no me cansaría.

Rodeo el coche para llegar a mi asiento y palmeo la parte de atrás para que mi compañero entienda que debe volver a su sitio. Desde esta perspectiva le coloco el cinturón de seguridad para perros e intento sacudir la parte de Anahí, porque ha pasado a ser blanca en unos minutos.

—Hay pelos por todas partes, lo siento.

Ella detiene el movimiento acelerado de mis manos y el gesto me obliga a mirarla. No sé qué motivo la lleva a acariciar mi mejilla a la vez que me ofrece una sonrisa de lo más dulce, pero sí sé que no me lo esperaba y que mi cuerpo reacciona al gesto poniéndome muy nerviosa.

Ya no te envidio tanto, amigo.

—Gracias.

Y yo no sé si lo dice por sacudirle el asiento o por otra cosa, pero todas las opciones me valen, porque esta mirada es un poco diferente a las anteriores y porque mis labios deben temblar mientras intento dibujar una sonrisa que viene a confirmar el pensamiento de Marta. «La que se te viene encima, amiga».

Anahí toma asiento mientras yo voy encendiendo el motor y empieza a sonar la música del último disco que quedó en el reproductor.

—No sé qué estilo te gusta, pero en la guantera tienes un estuche con varios CD. Elige el que prefieras y cámbialo si te cansas. Te toca ser la DJ.

—¿CD? —pregunta con una mirada burlona—. ¿Eso no dejó de llevarse en los Ochenta?

—En los Ochenta salieron al mercado —protesto haciéndome la ofendida y arrancándole una risa.

—Ese que suena me gusta, pero voy a cotillear un poco a ver qué estilo de música escucha mi psicóloga.

La miro de reojo mientras empieza a concentrarse en su análisis y niego con una sonrisa al emprender la marcha.

El viaje transcurre con bastante silencio. White se levanta cada vez que paramos en un semáforo y a las dos nos da la risa, porque es peor que un niño preguntando «¿Falta mucho para llegar?». Anahí ha pasado todo el trayecto mirando por la ventana, tan concentrada que más de una vez me pregunté qué estaría pasando por su mente. La imagen es fascinante y una parte de mí sabe que está disfrutando del viaje, que nuestro silencio, la música, el paisaje y la brisa golpeando su cara le dan ese toque de libertad que quizás estaba pidiendo a gritos. A lo mejor hace demasiado tiempo que no se siente así de libre. En alguna ocasión me ha preguntado que a dónde vamos, pero yo solo le sonrío y sigo conduciendo sin responder. Entonces, vuelve la vista a la ventanilla y niega con una sonrisa. No sabía que se podía sentir tan bien con una imagen tan simple.

Al cabo de una hora detengo el coche a la derecha de una carretera desierta, White se levanta y ella me mira bastante descolocada.

—¿Qué estás haciendo?

—Parar el coche —respondo.

—Eso ya lo veo, gracias. Pero ¿aquí?, ¿ya llegamos? Aquí no hay nada.

Me inclino un poco hacia atrás para alcanzar una mochila que hay en el suelo trasero, pidiéndole a continuación que me acompañe fuera del coche. Avanzo unos metros por la carretera, hasta un cartel que da la bienvenida a *«Turquoise Lake»* y, segundos después, escucho la puerta del coche abrirse y a Anahí caminar hacia mí mientras observo el acantilado igual de maravillada que siempre. O, más que nunca, en realidad, porque no suelo parar aquí antes de entrar en el pueblo.

—¿Ahora es cuando me confiesas que eres una asesina en serie y que vas a tirar mi cuerpo al vacío?

—Lees demasiado —advierto mirándola entre perpleja y divertida.

—Nunca se lee demasiado.

En eso tiene razón.

—Quítate la ropa.

Ella abre los ojos, sorprendida, y, a continuación, alza una ceja.

—De los creadores de «La asesina en serie», llega, «La pervertida sexual».

—Vamos, quítate la ropa —repito riendo mientras abro la mochila y le ofrezco una prenda nueva—. Ponte esto, por favor.

—Dulce, ¿por qué crees que voy a cambiarme de ropa en medio de

una carretera abandonada? Pasas mucho tiempo en una residencia de enfermos mentales.

—Sutil manera de llamarme loca. ¿Ves ese cartel?

—Como para no verlo —responde burlona porque el cartel es gigante y lo tenemos a un paso—. El cerebro lo tengo regular, pero la vista para esto me llega.

—Pues ese letrero es el comienzo del lugar donde vamos a pasar los próximos tres días y quiero que hagamos un trato.

—¿Qué tipo de trato?

—Vamos a dejar aquí, en este punto exacto de la carretera, todo lo que significa nuestras vidas. Vamos a jugar durante unos días a ser solo las personas que queremos ser. Sin reglas, sin obstáculos, sin enfermedad, vacío o miedo. Sin carrera, trabajo ni proyecto. Tú vas a dejar de ser Anahí y serás, simplemente, Any; una chica que, cuando cruce la frontera, se transformará en aquella persona que en realidad quiere ser. Y yo dejaré aquí a la doctora Dulce Andrade para ser solo Dul. Así que, cámbiate de ropa, lanza la tuya al vacío y deja que se lleve con ella todo eso que te hace infeliz. Yo te prometo que me voy a encargar de llenar tus días de momentos nuevos, de recuerdos nuevos y de una felicidad nueva.

—Estás como un cencerro —concluye después de unos segundos de mirarme fijamente y algo atónita.

—Es probable —asumo—. Puede que cuando volvamos a La Cascada tengas que pedirme una habitación al lado de la tuya, pero no perdemos nada con intentarlo, ¿no? Solo tres días. Cuando volvamos a este mismo punto el lunes, podrás decidir si quieres volver a ser Anahí o, por el contrario, sigues siendo Any.

Ella se detiene a barajar la idea durante varios minutos y aparta la vista para contemplar el paisaje como si las montañas le fueran a dar alguna pista. Yo permanezco mirándola en silencio, expectante. Busca el acantilado, los árboles que hay al otro lado de la carretera, el camino que dejamos atrás con el coche y el que queda por delante de nosotras, el letrero y, de nuevo, a mí.

—Está bien. No perdemos nada con intentarlo.

Las ganas de dar saltitos de emoción se desvanecen cuando ella empieza a levantarse la camiseta y parte de su abdomen queda al descubierto.

—¿Qué haces? —pregunto rodeando su cintura en un intento muy absurdo de tapar su cuerpo con el mío.

—Quitarme la ropa —Sonríe a escasos centímetros—. ¿No es eso lo que querías?

—Pero no así. ¿Quieres que te vea todo el mundo?

—Aquí no hay ni un alma, Dulce.

—Bueno, pero puede aparecer un coche en cualquier momento. Por algo te he traído un par de toallas.

—¿Y a qué estás esperando entonces? —susurra.

Le diría que estoy esperando a que mi cerebro y mis piernas vuelvan a conectar, porque últimamente no se llevan demasiado bien. Y también le diría que si me habla así de cerca y me mira así de intenso y me sonríe así de bonito, yo no voy a poder soportar tres días sin colapsar. Porque, claro, esto es algo en lo que no habías pensado, ¿verdad, Dulce? En tu maravilloso plan no se te ocurrió analizar la posibilidad de que tus sentimientos por ella podrían crecer de manera muy loca y atropellada en los próximos días.

Atropellado tienes tú el cerebro, chica.

Rodeo su cuerpo con una de las toallas que había en la mochila y ella empieza a desvestirse sin importarle que todavía no he sido capaz de apartar la vista. El tiempo se me vuelve eterno mientras intento distraerme en unas montañas que me sé de memoria y dibujo situaciones vividas en la memoria. Cuando Anahí termina con lo suyo y vuelvo a mirarla, el corazón me empieza a latir muy rápido porque el vestido celeste le queda perfecto y, de pronto, la vida parece tener un color diferente.

—Estás preciosa.

—La doctora tiene buen gusto.

—Nada de doctora a partir de ahora.

—Es verdad —Sonríe—. Gracias, Dul.

Con una sonrisa llena de nervios empiezo a caminar hacia el coche y White se levanta y me ladra, como si me estuviera diciendo «¡Ya era hora, tía! Al menos me podrías haber dejado salir a hacer pis mientras babeabas». Enciendo el motor otra vez y miro a Anahí, que me sonríe dándome a entender que está preparada. Y yo no sé si lo estoy, ni para qué tengo que estarlo, ni por qué este camino tan cotidiano hoy parece tan diferente. Pero es que hoy todo es diferente, porque una vez crucemos el letrero, la vida también empezará a ser diferente.

Después de recorrer algún kilómetro más de carretera desierta nos empezamos a adentrar en un pueblo que no suele estar tan concurrido como parece hoy. Las casas bajas pintadas de blanco con sus puertas

azules, los parques tan bien cuidados por sus vecinos y todos ellos caminando de un lado a otro, adornando la calle con luces, banderas y muchos colores.

—¿A qué viene tanto alboroto? —pregunta observándolo todo con atención.

—Son las fiestas anuales del pueblo. Lo están preparando todo para esta noche y para los próximos días. Los vecinos suelen reunirse en las calles desde que amanece, hay fuegos artificiales por la noche, música, comida tradicional muy casera. La hacen ellos mismos —informo ganándome una mirada de sorpresa—. Se levantan muy temprano para armar sus paradas con degustaciones típicas y no vuelven hasta bien entrada la noche. Bueno, los más jóvenes no vuelven —Me río—. Es muy mágico, ya lo verás. Aunque no pertenezcas a la comunidad, el vecindario te acoge como si fueras un habitante más. Tienen una hospitalidad fascinante.

—¿Por eso hemos venido aquí? ¿Es donde vives?

—He pasado aquí muchos veranos de mi infancia, pero mis padres viven en otro lugar. Cuando le propuse a Marta la idea de un fin de semana lejos de La Cascada fue para traerte aquí, pero no supe que este año las fiestas regionales se habían pospuesto un mes hasta esta misma mañana.

—Parece todo muy bonito —comenta sin dejar de analizar las calles.

—Pues te aseguro que todavía no has visto nada. Vas a alucinar.

La intriga y la emoción se apoderan de su mirada y eso me hace un poco de cosquillas en el corazón, porque no estaba planeado traerla justo durante las fiestas, pero en la vida a veces pasan estas cosas tan casuales y maravillosas.

Avanzamos carretera adentro, dejando atrás el pueblo, las casas y sus habitantes, para seguir acercándonos a nuestro sitio. Ella no comenta nada, pero sé que se vuelve a sorprender. Minutos más tarde, el lago empieza a divisarse entre los árboles y yo sonrío ante su expresión de perplejidad y ante su risa cuando White se levanta y empieza a moverse nervioso. Hemos llegado a nuestro lugar favorito del mundo.

Detengo el coche en un sitio donde ya no se puede ver el lago porque los árboles lo tapan y White ladra asustándola y consiguiendo que se lleve una mano al corazón con dramatismo.

—Ha llegado a su destino —informo imitando la voz de los mapas

de carretera.

—¿Vamos a dormir en medio de un bosque? Te advierto que no he acampado en mi vida.

—Vas a tener que empezar a entender que no todo es lo que parece.

Me bajo del coche con una sonrisa misteriosa y dejo que White haga lo mismo para que desaparezca en medio de los árboles. Anahí lo busca con la mirada y con un poco de preocupación, caminando demasiado lenta y demasiado alucinada con toda la situación. Nos cargamos con todo lo necesario para pasar el fin de semana y avanzamos hacia el mismo sitio por el que había desaparecido el cachorro. Solo tenemos que atravesar un par de árboles para descubrir el lugar más espectacular del planeta. El lago, con sus aguas turquesas, cristalinas y tan calmadas como siempre, sosteniendo en su superficie una pasarela de madera que conduce a una casa también de madera, azul y con las ventanas blancas. White nos espera al otro lado, en el porche, olisqueándolo todo como si llevara una eternidad sin venir y fuera a encontrar algo nuevo.

—Bienvenida a la casa del lago —susurro intentando hacer volver a Anahí, que se ha quedado absorta contemplando el paraíso.

—¿Es esta tu casa? —pregunta perpleja.

—Y, durante los próximos tres días, también será la tuya.

Sus ojos abandonan el lago para buscar los míos y una corriente eléctrica me recorre porque se ven más azules que nunca y jamás pensé que este paisaje pudiera ser más bonito de lo que ya era.

—He estado en lugares increíbles alrededor del mundo, pero esto es alucinante —Decide desviando la vista hacia la casa un segundo antes de volver a mirarme—. Es mágico.

—¿Estás lista para conocer el resto de la magia?

Con un asentimiento muy efusivo, agarro su mano y comenzamos a atravesar la pasarela que nos acerca a una casa llena de recuerdos donde, a partir de hoy, pretendo construir nuevos y mágicos momentos junto a ella.

14

White comienza a dar vueltas a nuestro alrededor cuando llegamos al porche y Anahí juguetea con él mientras abro la puerta, hasta que el cachorro se da cuenta de que tiene el acceso libre a su casa y corre al interior para seguir olisqueando e ignorándonos a ambas.

—No hay mucho que ver —le digo mientras abro las cortinas para iluminar el espacio—. Pero te enseñaré dónde está todo antes de instalarnos.

Ella asiente y coloco una mano en su cintura para dirigirnos a la parte izquierda de la sala diáfana, donde una puerta la separa del dormitorio. El olor a cerrado es inminente, así que voy directa a abrir el gran ventanal que hay sobre la cama, desde el cual se aprecian unas vistas impresionantes del lago.

—Qué bonita —comenta mirando todo a nuestro alrededor.

Poco antes de morir, mi abuela quiso remodelar la casa a mi gusto, porque decía que algo tan rústico no le pegaba a una chica como yo y que, además, la humedad del lago ya había destrozado los muebles que hizo mi abuelo. Así que, entre las dos encontramos el equilibrio perfecto entre estilo nórdico y minimalista que no le restara ese aire acogedor que siempre había tenido la casa. Yo no tengo ni idea de carpintería, pero me pasé todo un verano convenciéndola de que quería quedarme con algunos de esos muebles para restaurarlos y darles otra función, aunque fuera decorativa o emocional. Tres meses aprendiendo a utilizar las herramientas de mi abuelo e intentando recordar todo lo que se había empeñado en enseñarme cuando era

pequeña sobre la madera y su forma de tratarla. Conseguí hacer una estantería enorme, una mesa y alguna cosa más que regalamos a los vecinos en un mercadillo durante las fiestas de ese verano.

—Aquí tenemos el baño —Abro otra puerta que hay dentro del propio dormitorio y los ojos de Anahí se hacen enormes cuando ve la bañera ovalada que hay junto a otro gran ventanal.

Mi abuela estaba obsesionada con la luminosidad y aceptó que se hicieran esta vivienda con la condición de que tuviera ventanas muy grandes, porque las casas de madera son muy oscuras y ella no iba a vivir en penumbra. Siempre que me lo contaban mi abuelo añadía que le habían costado más las ventanas que toda la vivienda. Yo creo que se construyeron la casa perfecta y que no hay otro rincón en el planeta que pueda dar tanta paz como cada centímetro de este hogar.

—Hay algo que no entiendo. ¿Haces todos los días este recorrido para ir a trabajar? ¿Vives aquí?

—Ya me gustaría —Me río mientras volvemos a la sala—. La vida se ve distinta cuando estoy aquí y, que fuera mi residencia permanente, sería un sueño. Pero la realidad es que vivo en la ciudad.

—Entonces, ¿esta casa…?

—Era de mis abuelos. Mi abuelo era un conocido pescador del pueblo que, un día, cuando su hijo se enamoró y decidió marcharse, quiso construirse un hogar en el lugar que más amaba del mundo. Y lo hizo de la manera más literal que pudo —le cuento sonriendo con nostalgia—. Nada más y nada menos que sobre el propio lago. Yo venía cada verano y me recuerdo enamorada de este sitio desde que tengo uso de razón. Sin embargo, no era igual para mi madre —resoplo al recordarlo—. Pasar un solo día aquí le parecía de las cosas más aburridas del mundo, así que, siempre convencía a mi padre para que las vacaciones fueran diferentes y conseguían arrastrar a mi hermano con ellos. Conmigo no lo tuvieron tan fácil, porque me rebelaba hasta que se cansaban y me dejaban venir. Cuando murió mi abuelo las cosas no cambiaron demasiado. Siempre intenté que mi abuela pasara sola el menor tiempo posible. Ella solía decir que nos parecíamos mucho y que, algún día, esta casa sería mía. Pensaba que lo decía de broma, incluso cuando la remodelamos juntas y a mi gusto, pero, cuando murió, sorprendió a toda la familia dejándome su única herencia. Creo que ella sabía que yo no me desharía de la casa nunca y que la cuidaría el resto de mi vida. Este es el único lugar del mundo donde me he sentido con la libertad de ser yo misma, sin tener

que aparentar y sin sentirme juzgada. Si en algún momento me pierdo, solo me hace falta venir aquí para encontrarme. Para reconectar. Es un lugar especial por muchísimas cosas, así que, cuando puedo, White y yo nos venimos a pasar un fin de semana de armonía y desconexión. Quizás por eso tengo tantas esperanzas de que tú también seas capaz de encontrarte aquí.

Ella suaviza el gesto de concentración que ha tenido durante toda la explicación.

—Por el momento me siento bien. Eso debe significar algo. Y me gusta conocer la historia —añade con una sonrisa.

—Esta es la sala principal. Y la única que hay —aclaro riendo.

Anahí echa un rápido vistazo alrededor de esta sala diáfana que está comunicada con la cocina por una pequeña barra americana y me pongo un poco nerviosa, porque ver cómo su recorrido visual se detiene en los cuadros que adornan las paredes, me hace caer en la cuenta de que, es la primera vez que vengo aquí con alguien que no sea de mi familia. El piano de color blanco sigue intacto en el mismo rincón, igual de bonito que siempre, y cuando lo miro, puedo ver a mi abuela bailando con sus manos por la superficie de las teclas. A veces hasta juraría que la madera de la casa ha logrado guardar ese sonido para siempre.

—¿Qué hay arriba? —pregunta señalando la escalera que conduce al piso superior.

—La buhardilla. Ahora te la enseño, déjame primero guardar las cosas del frigorífico.

—Te ayudo —informa comenzado a seguirme.

—No, no, no —Coloco las manos en sus hombros para dirigirla en la dirección contraria—. Tú dedícate a cotillear para que conozcas el resto de la historia, que de esto me encargo yo. Disfruta un poco —susurro junto a su oído.

Ella se gira, provocando que nuestras miradas conecten y quedemos mucho más cerca de lo que me esperaba.

—No me vas a tratar como a una inútil durante todo el viaje, ¿verdad?

—Claro que no —respondo riendo—. Pero acabamos de llegar.

—O sea que, ¿reconoces que me estás tratando como a una inútil?

Aunque ella levanta una ceja y sonríe de medio lado, a mí la cercanía me pone muy nerviosa, así que, solo soy capaz de besar su mejilla como si su piel tuviera un imán que me atrae de manera

implacable y que borra cualquier conexión con el cerebro. Anahí se sorprende con el gesto, pero cuando separo mis labios de su piel, aumenta la sonrisa y yo hago lo mismo, quedándonos un poco ancladas al momento y, a este lado, bastante ensimismada con esa mirada azul que en este lugar es todavía más impresionante.

Al cabo de unos segundos libero sus hombros para comenzar a guardar la compra.

—Hay muchas fotografías —comenta después de un rato analizando todo el espacio.

—A veces creo que demasiadas.

La veo acercarse para observar con detenimiento uno de los cuadros y a mí me empieza a latir raro el corazón. Se trata de una fotografía hecha pocos minutos después del amanecer, en una de las orillas del lago despejada de árboles y sombra. Me gusta el encuadre de esta foto porque, casi en el primer plano, hay una pequeña hilera de piedras dentro del agua que conducen la mirada hacia el interior de dos montañas desenfocadas, dando la sensación de que el camino es infinito. A esa hora, condicionada por la luz, esa parte del lago se vuelve de un color único y espectacular. El mismo color que adoptan sus ojos cuando le da la luz del sol directamente. Calipso.

—Este me fascina. Da muchísima calma —asegura—. Espera, ¿es tuya la foto? Hay una firma con tu nombre.

—Todas lo son —Sonrío cuando se gira para mirarme sorprendida.

—¿Todas? —insiste acercándose a cada cuadro que adorna las paredes—. Pero si tienes una galería entera.

—La idea de exponerlas fue de mi abuela. Ellos me regalaron mi primera cámara de fotos y cuando era adolescente obligaba a mi abuelo a hacerle marcos bonitos para colgar las que más le gustaban. Con los años se han ido renovando, salvo alguna que me hizo prometer que nunca quitaría y de la que no estoy muy orgullosa —reconozco riendo—. Como esa de mi hermano haciendo el tonto.

—Tienes mucho talento, Dulce. He estado en muchas exposiciones alrededor del mundo y te aseguro que no tienes nada que envidiar a profesionales con mucho nombre. No sé qué haces estudiando psicología.

—Vaya, gracias —Vuelvo a sonreír con un poco de ironía mientras se acerca.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de estar aquí?

—¿Qué? —cuestiono intrigada mientras ella se apoya en la barra

americana para mirarme de frente.

—Conocerte —responde sin más, y mi corazón da un vuelco muy agradable—. Aquí puedo conocer a «Dul» tal y como es.

—Antes estaba pensando que tú y White son los únicos a los que he traído aquí, así que, aunque no sé si él cuenta, creo que nadie más, además de mi abuela, ha conocido a esta Dul.

—¿Por qué?

—Supongo que por lo mismo que nadie a conocido a Any. ¿Quieres que nos conozcamos mutuamente?

Ella duda unos segundos. A pesar de mi sonrisa, a pesar de mi espera, duda, haciéndome saber que eso de abrirse no va a ser fácil. Pero al final sonríe, como si me dijera que el hecho de que no sea fácil no lo convierte en algo imposible. Y a mí me vale.

—¡Vamos! —exclamo rodeando la barra—. Ha llegado la hora de que veas la parte de arriba.

Las escaleras que llevan a la buhardilla no son lo más cómodo del mundo, así que tengo que adelantarme para abrir la puerta y terminar de ayudarla a subir.

Anahí se queda todavía más atónita con las vistas de la parte superior, porque una cristalera rodea la estancia, consiguiendo que la suma infinita de agua y montañas roben el aliento.

—Esto es impresionante.

—La mejor vista del mundo —alardeo.

Ella asiente de acuerdo y desvía la mirada hacia un rincón donde hay láminas en blanco, algunas pintadas, un caballete y diversos frascos de pinturas para varias técnicas.

—¿También pintas?

—Si te dijera que sí y me hicieras probarlo se borraría esa imagen de mujer perfecta que tienes sobre mí —bromeo guiñándole un ojo—. Mi abuela era la artista de la familia y este era su santuario. Solía sentarse frente al caballete y darle a la acuarela, al óleo, acrílico… Nada se le resistía. A veces pintaba diferentes puntos del paisaje desde aquí y, otras, alguna fotografía que yo hubiera hecho. Me encantaba perderme por cualquier rincón del lago y buscar nuevos paisajes para que ella pudiera pintarlos después.

—No has parado de hablar con nostalgia desde que llegamos —apunta—. Como si esta vida nunca fuera a superar aquella.

—La nostalgia no me hace débil. Creo que a veces nos acostumbramos tanto a las cosas, que olvidamos explorarlas como la

primera vez. Los lugares, las personas, los libros, a nosotros mismos. Siempre hay algo nuevo por descubrir o una forma diferente de mirarlo y no nos damos esa oportunidad con frecuencia. Todos los recuerdos que tengo de mi abuela son felices y la echo muchísimo de menos, por eso siento nostalgia, porque construimos momentos dignos de recordar y revivir en la memoria. No sé si esta vida llegará a superar aquella, pero mi trabajo es llenarla de instantes que, algún día, me hagan sentir esa nostalgia —Aunque a veces me da cierta inseguridad hablarle de una forma tan profunda por miedo a abrumarla, siento que, si fuera así, ella no estaría aquí ni me miraría de esta forma—. ¿Demasiado irritante tanto pensamiento filosófico?

—Interesante —corrige y avanza hacia la cristalera—. Desde aquí has hecho alguna de las fotos que hay abajo.

—Son unas vistas bastante inspiradoras y se captan los mejores amaneceres que he visto.

—Creo que estás sobrepasando el cupo de cosas que pueden impresionarme en un solo día —comenta.

—Entonces estoy consiguiendo mi propósito.

—¿Tu propósito es hipnotizarme con paisajes alucinantes y palabras bonitas? —pregunta divertida al darse la vuelta.

—Mi propósito es que seas capaz de ver la belleza que hay en las cosas más sencillas del mundo.

Ella suspira y vuelve a clavar su vista en el paisaje, manteniendo algunos segundos de completo silencio. Las ventanas están cerradas y mi abuelo consiguió un buen aislamiento en la casa, así que lo único que se escucha es el crujir de la madera cuando White camina por la planta baja y nuestra respiración.

—Ojalá el mundo real fuera así de bonito.

—Lo es, Any. Solo tienes que recordar cómo mirarlo.

Anahí se gira para mirarme fijamente y, después de un rato, cambio el peso de mi cuerpo, porque no sé qué puede estar pasando por su mente y sigue poniéndome nerviosa el hecho de ser tan soñadora frente a ella y creer que todo puede estar mejor, cuando es probable que, según su visión de las cosas, sea imposible. Una parte de mí no puede evitarlo, porque estando así, frente a un par de ojos igual de azules que curiosos, la vida cambia de objetivo y de preocupaciones.

—Será mejor que bajemos. Tengo hambre y debemos reponer fuerzas para el resto del día.

Ella acepta con una pequeña sonrisa y nos dirigimos a la parte de abajo, donde White espera ansioso su dosis de comida y agua, la cual me pide a base de ladridos, como si estuviera diciéndome que siga babeando por esa chica cuando él tenga cubierta sus necesidades básicas, que no quiere problemas, y que, ya que estoy, le abra la trampilla de la puerta para poder salir y entrar a su antojo.

—¿Me ayudas? —pregunto recolectando los recipientes para preparar una ensalada.

—Claro.

—¿Hay algún ingrediente al que seas alérgica o que no te guste?

Tras dudar algunos segundos, como si le hubiera hecho una pregunta muy difícil, se encoge de hombros y niega sin mucho ánimo. Soy consciente de que se acerca el momento más difícil de los que vamos a vivir durante este fin de semana y no quiero estropearlo.

—¿Puedes ir alcanzándomelos del frigorífico?

—¿Qué necesitas? —cuestiona mientras abre la puerta.

—Tú ve sacando los que más te gusten y ya verás qué mezcla más terrorífica hacemos —bromeo—. Hay un poco de todo.

—Aquí no cabe ni un alfiler, Dulce. Has traído medio supermercado.

—Después soy yo la exagerada —protesto arrancándole una sonrisa y empezando a recibir lechuga, tomates, etc.

Después de varios minutos concentrada en mi labor de lavar y cortar, me percato de que esta no es una de todas esas veces en las que cocino sola. Así que decido levantar la vista para buscarla y la encuentro mirando atenta un papel que tengo pegado en la puerta del frigorífico desde hace años.

—Es mi lista de sueños —informo captando su atención.

—Lo siento, no quería cotillear.

—Puedes leerla si quieres —Le sonrío para afianzar el permiso y, aunque al principio duda, finalmente desprende el papel de la puerta.

—*Aprender a tocar la guitarra*, *Tener un perro.* —Levanta la vista—. ¿Por qué algunas cosas están marcadas?

—Señalo lo que voy logrando.

—¿Cuándo hiciste esta lista?

—A los dieciséis años.

—¿Y aquí está todo lo que quieres conseguir?

—Digamos que la escribí en un momento en el que mis sueños estaban algo distorsionados. Quería demasiadas cosas en una edad en

la que no se puede hacer nada y eso me frustraba. Así que necesitaba materializar una serie de objetivos posibles que pudiera ir cumpliendo. Me daba igual que fuera algo gigante o una cosa insignificante para el resto del mundo. Era una especie de guía, porque siempre me ha aterrorizado la idea de crecer y olvidar aquello que alguna vez quise alcanzar. Es algo muy común. Es como si los sueños de la infancia murieran un poco más cada vez que maduramos. Se pierde el rumbo con facilidad.

—Hay muchas cosas que no están marcadas todavía —continúa después de asentir de acuerdo—. *Plantar un árbol, Ayudar a alguien, Escribir algo importante, Vivir en el lago, Encontrarla*. ¿Encontrar a quién?

Me sonrojo un poco, porque eso no recordaba que estuviera en la lista y porque su mirada se ha vuelto muy intimidante de pronto. Bajo la vista a la comida que estoy preparando con una sonrisa y cuando veo que la lechuga no va a conseguir que me evapore, vuelvo a mirarla.

—A ella —respondo—. A la mujer de mi vida.

Y ella se queda en completo silencio mientras me mira con una expresión que no sé lo que quiere decir y, me pone tan nerviosa, que tengo que apartar la vista para no terminar arrancándome un dedo sin querer.

—¿Hay alguna mujer en tu vida?

—Muchas —afirmo volviendo a mirarla y se me escapa una sonrisa al ver su ceño fruncido—. Pero ninguna de esa manera.

—No me lo creo.

—¿Por qué no?

—Eres una chica fuerte, responsable, trabajadora, inteligente, dulce. Estás a punto de terminar una carrera importante con la que pretendes ayudar a mucha gente. Eres la mejor persona que he conocido y, además, también eres preciosa. No creo que las mujeres de este planeta estén tan ciegas como para no pelearse por ti. Incluso esa amiga tuya… Marta Andoni. No me digas que no hay nada entre ustedes.

No es la primera vez que deja caer algo así y, aunque toda la descripción anterior me ha creado unas cosquillas muy placenteras por dentro, lo último me interesa demasiado como para no seguir indagando.

—No hay nada más que una amistad entre Marta y yo.

—¿Y por qué no? —cuestiona con desconfianza—. Es guapa y se ve a kilómetros que siente debilidad hacia ti. Haría cualquier cosa que le pidieras, ¿no te parece tentador?

—No demasiado —respondo riendo y frunciendo el ceño—. Any, el hecho de que me gusten las mujeres no quiere decir que me gusten todas las mujeres. Puedo tener amigas sin llevármelas a la cama. Si no tengo pareja es porque nunca he llegado a sentir nada especial por ninguna de las chicas con las que he estado. Una vez creí que sí, pero se acabó hace muchos años.

—Entonces, ¿nunca te has enamorado? —Niego y ella parece no querer rendirse—. ¿Y qué debe tener esa mujer perfecta para enamorarte?

—Perfección desde luego, no.

Intento continuar con mi labor de cortar un tomate de forma distraída, pero sus manos se colocan sobre las mías para detener el movimiento y, a pesar de lo inesperado del gesto, levanto la vista. En el acto se me olvida hasta cómo se utiliza un cuchillo, porque sus ojos azules me miran desde muy cerca, muy atentos y expectantes.

—¿Qué es *eso* que buscas? —insiste.

—Alguien que no me dé la oportunidad de elegir cuánto me entrego. Creo que el amor es una corriente imparable que, cuando llega, te arrastra sin control alguno. Yo siempre he podido elegir dar el mínimo de mí misma, pero cuando esté enamorada, sé que no seré capaz. Que querré entregarme y enseñarle todo lo que soy. No estoy hablando de dependencia emocional ni nada por el estilo, todo lo contrario, creo en esa libertad de decir «¡Ey!, esto es lo que soy y esto es todo lo que tengo para darte, y qué bien se siente cuando te liberas de esa parte». Sé que me tendrá hasta el cuello antes de que pueda darme cuenta. Y puede que sea demasiado arriesgado o idealista, pero así veo yo el amor.

Intento evitar sus ojos una vez más al finalizar tal confesión, pero justo cuando aparto la vista, ella vuelve a hablar.

—Eso es lo que esperas sentir tú, pero ¿qué esperas de la otra persona?

—Que tampoco pueda elegir. Que cuando me mire a los ojos, esa corriente nos arrastre y el mundo se desvanezca lentamente.

Durante unos segundos nuestras miradas se quedan ancladas a ese mundo paralelo que me gusta pensar que creamos. Todavía siento la calidez de sus manos sobre las mías y esa necesidad continua y

extrema de abrazarla, que no para de crecer y que cada vez se hace un poco más insoportable.

—La vas a encontrar —afirma rompiendo el contacto visual y corporal.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque te lo mereces.

La forma tan tajante y seria en la que responde consigue confundirme. Su expresión ha cambiado por completo y ahora es ella la que parece haber dado por finalizado el tema de conversación. Ojalá supiera lo que está pasando por su cabeza, porque este vaivén me vuelve loca en un sentido menos agradable.

—La comida está lista —Sonrío mientras le ofrezco la fuente—. ¿Puedes llevar tú la ensalada?

—¿A dónde?

—Ahora lo verás.

Tras guiñarle un ojo con misterio, recojo algunas cosas de la cocina y me dirijo hacia el exterior de la casa para que me siga. Extiendo un mantel sobre el porche y coloco el resto de los utensilios bajo la mirada de una Anahí bastante perpleja.

—Puedes dejar la ensalada por aquí y sentarte mientras voy a buscar la bebida —sugiero—. ¿Quieres algo en especial?

—Lo que tú tomes estará bien.

No tardo ni dos minutos en ir a buscar un zumo de frutas y volver junto a ella, que espera sentada en medio del pícnic improvisado, mirando al horizonte mientras acaricia a White y a mí me parece la escena más maravillosa e hipnotizante que he visto en mi vida. Podría pasarme el resto de la tarde aquí, sin mover ni un solo músculo para no interrumpir, pero el crujido de mi estómago me advierte que estoy bastante lejos de esa realidad.

—¿Te gustan los animales?

—Mucho más que las personas —responde arrancándome una risa cuando me siento frente a ella—. White parece muy especial.

—Lo es. Y creo que tú también debes parecérselo.

—Se comporta como si me conociera.

—Técnicamente, te conoce —Ella me mira con esa pequeña arruga que se le forma en la frente cuando necesita que amplíe la información y yo sonrío, porque la imagen es mucho más bonita desde esta perspectiva y mi pecho debe pensar lo mismo—. Le he hablado tanto de ti que debe reconocerte —confieso y le guiño un ojo con

complicidad—. Será mejor que empecemos a comer antes de que se enfríe.

—Dulce, es una ensalada.

—Lo sé, pero no se me ocurrió otra manera de cortar la conversación con misterio.

Yo me encojo de hombros y ella lanza una inesperada carcajada al aire con la que estoy a punto de quedarme embobada otra vez. Mientras la veo reír y me late muy fuerte el corazón, decido atrapar parte de la ensalada con un tenedor para empezar a comer.

A los pocos minutos me doy cuenta de que Anahí está mirando la comida fijamente, como si de esta manera fuera a desaparecer. Intento hacer un balance muy rápido para encontrar las palabras adecuadas en un momento que no quiero que se vuelva incómodo y ella alza la vista, dejándolas al borde de mis labios.

—No estoy segura de poder hacerlo —dice con cierto tono de preocupación—. Te agradezco mucho que hayas preparado todo esto, pero yo… Es complicado, Dulce. No sé… No sé cómo…

—Paso a paso —interrumpo—. Claro que puedes hacerlo. Yo estoy aquí para ayudarte.

—No quiero que vuelvas a presenciar lo que viste ayer. No aquí. No en este sitio tan maravilloso. No lo controlo, Dul, y si me obligo… —Suspira con desánimo—. Sé cómo acaba. Y no quiero arruinarlo todo.

—Nada va a arruinar esto. Y no voy a presenciarlo, porque no va a suceder. ¿Recuerdas lo que pactamos? Aquí eres solo Any.

—No es tan sencillo.

—Nadie está diciendo que vaya a serlo, pero empieza por creértelo. Mira a tu alrededor y confía en que esto es diferente. Imagina que esas montañas son dragones durmiendo plácidamente a nuestro alrededor y que, lejos de atraparnos entre las llamas, nos tienen protegidas a este lado. A salvo. Disfruta de cada pequeña cosa de esta vida, Any, incluso de la comida. No pienses. No escuches esa voz que ve esto como un arma de destrucción masiva —le pido señalando la ensalada—. Esta noche pretendo hacerte bailar hasta que tus piernas no sean capaces de sostenerte y para eso necesitamos energía. No vamos a dejar que voces internas nos arruinen esto, porque hacerse amiga de los dragones tiene lo suyo —bromeo con una sonrisa—. Cree en ti. Cree, como yo creo, y verás lo que yo soy capaz de ver.

Ella alterna su vista entre mis ojos y la ensalada, como si el discurso me hubiera quedado muy bien de puertas para afuera, pero, en su interior, algo la estuviera empujando a correr en sentido contrario.

—Ya sé. ¡Hagamos un juego! —exclamo buscando un par de monedas en mi bolsillo y ganándome una mirada de desconcierto—. ¿Qué? ¿Solo puedes ser tú la de los juegos inventados? Voy a lanzar una moneda al aire. Si sale *cara*, me respondes la pregunta que quiera mientras te doy un poco de ensalada; y, si sale *cruz*, yo como y tú preguntas. ¿Qué te parece?

—Que voy a descubrir tus más oscuros secretos.

—Eso lo veremos.

Lanzo la moneda al aire sintiendo como nunca me había parecido tan lento el descenso. Vuelvo a atraparla entre mis manos y mantengo unos segundos de misterio antes de revelar el resultado, porque la mirada de Anahí está muy fija en mí y ese atisbo de desesperación e intriga me gusta demasiado.

—¿Qué decías? —pregunto alzando una ceja al destapar la moneda.

—Que este es solo el primer asalto.

Agarro el tenedor entre risas y lo conduzco hacia su boca imitando el recorrido y el sonido de un avión.

—Ahí te va la pregunta, para que pienses la respuesta mientras el avión aterriza…

—¿Es esto necesario? —cuestiona intentando suprimir una sonrisa.

—A veces hay que hacer cosas menos necesarias y más divertidas. ¿Qué es lo que más te gusta hacer del mundo?

Parece que desvía sus pensamientos hacia alguna parte mientras mastica y a mí me crece un hormigueo en el pecho de lo más satisfactorio.

—Música —responde después de varios segundos—. Tocar música.

—¿Tocas algún instrumento? —pregunto sorprendida por el nuevo dato.

—Me temo que esa moneda va a tener que estar de nuevo a tu favor si quieres seguir averiguando.

Tras guiñarme un ojo y dejarme sonriendo como una idiota, vuelvo a lanzar el objeto al aire, aunque esta vez, la suerte no me acompaña. Ella me dedica una expresión de triunfo absoluto y repite mi movimiento anterior, llevando el tenedor hacia mis labios.

—¿Has estado alguna vez con hombres? —lanza consiguiendo que casi me atragante.

Asiento sin dar más información, pero consiguiendo que sus ojos se abran como platos y que una sensación de triunfo me recorra por dentro, y vuelvo a tirar la moneda. Parece que la suerte se divide entre ambas.

—¿Tocas algún instrumento? —insisto.

—Sí.

Cumple lo prometido llevándose un poco de comida a la boca mientras la observo, y como sé que sus respuestas van a ser así de cortas y concisas, no pierdo demasiado tiempo en volver a probar suerte con la moneda.

—¿Qué instrumento?

—El piano.

—Hay un piano aquí —comento sorprendida.

—Blanco y muy potente —añade con una sonrisa—. Lo he visto al llegar.

—Me gustaría escucharte tocar.

—Hace mucho que no lo hago.

—Si decides que estos días son un buen momento para volver a hacerlo, estaré encantada de escucharte. Y el piano también, porque debe tener telarañas.

Ella se queda mirándome en silencio mientras acerca un poco de comida hacia mis labios y me doy cuenta de que, en algún momento olvidamos el juego y nos limitamos a alimentarnos mutuamente de manera inconsciente.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? —pregunta de pronto y casi consigue que detenga el camino del tenedor hacia su boca—. Que nunca me presionas. Siempre me ofreces la oportunidad y pones al alcance de mi mano las facilidades y la libertad de elegir si hacer algo o no, pero no me obligas.

—Eso es porque confío en ti y sé que cuando estés preparada, harás lo que tengas que hacer.

—No creo que exista demasiada gente que haya confiado en mí a lo largo de mi vida.

Presa de un impulso me acerco para dejar un cálido beso en su mejilla. Igual de inesperado para ambas y un poco más necesario para mí. A continuación, la observo desde muy cerca, sintiendo como sus ojos se intercalan entre los míos de manera muy rápida.

—Pues esas personas nunca supieron a quién tenían delante.

Desvío la vista un momento hacia la ensalada y mi pecho se hace un poco más grande al comprobar que la fuente está vacía. Vuelvo a mirarla a ella, encontrándome con una expresión de absoluto desconcierto.

—¿Ves? —susurro captando su atención y percatándome de un nuevo brillo en el fondo de sus ojos—. Puedes conseguir cualquier cosa que te propongas, Any.

15

Horas más tarde, y después de dar varias vueltas a las pocas calles que no estaban cortadas para conseguir aparcar el coche, caminamos entre la multitud con la intención de adentrarnos en la plaza central del pueblo. Siempre me ha gustado el ambiente que se genera durante estas fiestas, porque hay música por cada rincón, un olor continuo a comida tradicional y muchísima alegría en la gente. También hay paradas que ofrecen artesanía, ropa, artículos de segunda mano, comida gratis, etc. Esto es lo que diferencia estas fiestas de otras, todo el mundo compra alguna bebida en la tienda más antigua y se pasea por el pueblo probando platos y degustaciones cocinadas por algún amigo o vecino.

A esta hora el sol comienza a caer y es el momento en el que más multitud empieza a agolparse para disfrutar de los eventos nocturnos, que son los más exitosos entre la juventud y los más concurridos. Por eso quise traer a Anahí un poco antes, para disfrutar del ambiente y pasear con más tranquilidad, llenándose de la vida que contagian estos lugareños.

Me encanta la costumbre que hemos adquirido desde el principio en la que conseguimos estar juntas disfrutando del silencio. Es algo muy nuestro y que siempre me ha hecho sentir cerca de ella, porque no es fácil encontrar a alguien con quien el silencio sea cómodo. De vez en cuando la observo de reojo y el corazón me late un poco más rápido cuando la veo sonreír mientras ve corretear a los niños que se atraviesan en nuestro camino sin ningún cuidado. Sé que le gusta estar

aquí, y la felicidad que eso me produce es inmensa.

En el centro de la plaza hay un grupo que se agolpa alrededor de algunos niños mientras juegan al juego ese en el que se dibujan cuadrados con números en la acera para ir saltándolos. Anahí los observa con mucha emoción, como si nunca hubiera visto un evento similar.

—Siempre quise jugar a eso —confiesa.

—¿Nunca has jugado a la rayuela?

—Te sorprendería saber lo aburrida que fue mi infancia.

—¿Alguna vez has comido algodón de azúcar? —pregunto después de un instante analizándola.

—Ni siquiera sé qué es eso —murmura encogiéndose de hombros.

—¿Qué? Estás de broma, ¿verdad?

Tras la negativa, agarro su mano y comienzo a dirigirnos bastante rápido hacia un pequeño puesto ambulante donde un señor parecido a Santa Claus nos recibe sonriendo. En cuanto le digo lo que quiero, comienza a preparar un rosado y gigante algodón de azúcar que, dos minutos después, está entre mis manos.

—Eso tiene aspecto de ser muy dulce y muy pringoso —comenta mirándolo con desconfianza.

—Ambas cosas. Y lo de pringoso es lo más divertido. Después de comerlo sientes como si te hubieras untado una barra de pegamento en los labios.

—Suena divertidísimo —dice con ironía.

—Anda, separa un poco y pruébalo. Ella se queda inmóvil, mirando el algodón como si fuera un extraterrestre con complejo de vampiro que va a saltarle al cuello de un momento a otro—. ¿Qué pasa? —pregunto haciéndome con un pedazo y acercándome a su oído para susurrarle—. ¿Tienes por ahí alguna voz diciéndote que el algodón es tu enemigo mortal? Porque puedo pasarme el resto de la tarde susurrándote al oído lo delicioso que está, hasta que dejes de oírla a ella y solo puedas escucharme a mí.

Anahí gira el rostro para conectar nuestras miradas y puedo sentir como mi cuerpo se tensa en el acto, porque sus labios están muy cerca de repente, su respiración golpea los míos y parece que soy la única que se ha quedado paralizada por la situación.

—Estaba pensando que no sé cómo hacerlo, porque si meto mi boca ahí, voy a terminar pareciendo la versión rosa de Pitufina. Pero, oye, que, si te apetece pasarte toda la tarde susurrándome al oído lo

delicioso que está el algodón de azúcar, yo no tengo ningún problema.

Lo dice con sorna. Con esa mirada suya que no asoma demasiadas veces, pero que, cuando lo hace, me petrifica. Como si intentara decirme «No provoques a la Anahí lanzada, porque puedes salir perdiendo». Y yo creo que ganaría en muchos sentidos, pero como soy un poco cobarde, decido callarla llevando el pedazo de algodón hacia su boca para sumergirnos en una lucha en la que, ella intenta arrebatármelo y mis dedos parece que no están de acuerdo. Demasiado pegajoso, demasiado ridículas y una risa incontrolable.

—No puede ser —murmura con los ojos muy abiertos después de unos minutos.

—¿A que es una delicia?

—¿Cómo es posible que me haya perdido algo así durante tantos años?

—Eso mismo me estoy preguntando. ¿Vivías en un búnker?

—Más bien en una jaula de cristal.

Aunque ella lo dice de una manera muy casual, a mí me genera algo de incomodidad e intriga por dentro, y no puedo evitar quedarme observándola mientras continúa su guerra para hacerse con otro pedazo de algodón. ¿Cómo es posible que no conozca cosas tan cotidianas en la infancia de cualquier persona?

¿Cómo era su vida antes de conocernos?

Interrumpiendo de lleno las vueltas que pretendo darle al asunto, el algodón llega hasta mi boca para abrirse paso y ella me mira con una emoción que me derrite el corazón. Con esa emoción que tienen los más pequeños cuando descubren algo por primera vez.

Seguimos recorriendo las calles mientras yo transporto el dulce y ella se encarga de alimentarnos con él a ambas, dejándome observar cómo se forma una masa muy pringosa y divertida en sus dedos. Aunque la realidad es que solo ha ingerido dos pedazos más y el resto me lo ha dado a mí, que cuando estoy lo suficientemente empalagada, decido que debemos regalárselo a un niño que correteaba por el lugar y cuyos padres pertenecían al reducido grupo con el que solía jugar de pequeña.

Llegamos a las paradas que venden artesanía y las dos nos detenemos en la misma mesa. La que expone una serie de collares hechos de caracolas marinas, rellenos con distintas piedras para aportarles color.

—Son como el tuyo —apunta desviando la vista hacia mi cuello

con un poco de sorpresa.

—Mis abuelos me lo compraron aquí cuando era pequeña.

—¿Por eso solo te desprendes de él cuando no te queda más remedio?

—¿Por qué dices eso? —pregunto sorprendida por la apreciación.

—Porque he visto que lo llevas todas las mañanas cuando llegas al centro vestida normal, pero al ponerte la bata, ya no está. Siempre supuse que no te permitían llevarlo en horas de trabajo.

—Así es —confirmo dedicándole una sonrisa—. No puedo llevar encima ningún tipo de complemento para evitar peligros. Así que solo me lo quito cuando estoy trabajando. Me sorprende que te hayas fijado en eso.

—Te he dicho que soy muy observadora. ¿Por qué es tan importante para ti?

—No lo sé. Supongo que me acostumbré a tenerlo desde hace muchos años y ahora no puedo desprenderme de él. El día que me lo regalaron hice exactamente lo mismo que acabamos de hacer nosotras. Me detuve aquí porque me llamaron mucho la atención lo diferentes que eran. De entre todos los que había, este fue mi favorito. Era el único sin color y, de alguna manera, me atrajo su sencillez.

Ella observa con detenimiento el collar que cuelga de mi cuello. Una caracola blanca en la que se distingue la espiral que lleva a un centro hueco. Siempre me ha fascinado encontrar la proporción áurea en la naturaleza, tan perfecta e hipnotizante, que intento seguirla en mis composiciones fotográficas la mayoría de las veces.

—Siempre he pensado que ese collar es como tú —comenta recibiendo una mirada confusa y un silencio con el que la invito a continuar—. Sencillo, pero especial. Único. Igual que tú —repite desviando la vista de nuevo hacia la mesa con una rapidez de la que carece mi cerebro—. Son muy bonitos.

Me acerco un poco más a la mesa para extenderle un billete a la vendedora mientras Anahí me mira muy atenta y, a continuación, escojo uno de los collares. Tiene la misma forma que el mío, pero está relleno con unas piedras de color turquesa bastante alucinantes.

—¿Qué te parece este? —pregunto.

—Es precioso, pero…

—También es como tú —interrumpo, y empiezo a colocarlo en su cuello—. Sencillo, especial y de un color parecido al de tus ojos. Déjame hacerlo. Es mi forma de regalarte un pedazo físico de este día

para que lo recuerdes pase lo que pase y vayas a donde vayas. Y también a mí.

Ella levanta la vista para mirarme de una forma tan intensa que mi sonrisa empieza a temblar un poco.

—No me hace falta un collar para llevarte conmigo donde quiera que vaya, Dulce.

Un vuelco que se siente en China, una batucada brasileña y una mirada que, con una seriedad casi intimidante, intenta transmitirme que estas palabras son lo más real que me ha dicho hasta ahora. Yo no puedo hacer otra cosa que dedicarle una sonrisa igual de temblorosa que la anterior, pero bastante más feliz; porque esta conexión que se está creando entre Anahí y yo, este permiso que me da para llegar a ella de una forma en la que no puede hacerlo nadie más ahora mismo, es lo mejor que me ha pasado. Y nuestra unión crece a cada minuto, y es algo tan impresionante como mágico.

La noche ya se ha abierto paso hace rato y la multitud ha aumentado de manera considerable desde que llegamos al pueblo. La música se escucha cada vez más alta, todos bailotean alrededor de la plaza, consiguiendo que me resulte muy difícil resistirme a invitarla a bailar las canciones de una orquesta que lleva horas dándolo todo sobre el escenario. Sin embargo, me limito a cambiar el peso de mi cuerpo una y otra vez, porque ella disfruta muy atenta del concierto sin mucha intención aparente de moverse.

—Voy a buscar algo de tomar —grito para que pueda escucharme entre tanto ruido—. ¿Me prometes que no te mueves de aquí?

Su mirada se oscurece de repente, como si no estuviera nada conforme con esta nueva noticia. Aun así, asiente, e intenta esbozar una sonrisa bastante pobre.

—No tardes —me pide.

Intento transmitirle tranquilidad con otra sonrisa, pero la verdad es que me arrepiento de haberlo hecho cuando llego a la tienda y veo que la cola da la vuelta a toda la calle. Para que la espera no sea tan terrorífica, decido acercarme a una de las paradas con comida y llevarme algún aperitivo. No es una idea demasiado buena, porque la fila de personas ha crecido en cuestión de minutos y esperar me resulta desesperante. No sé cómo cabe tanta gente en un pueblo tan pequeño, pero ahora mismo parece que a la mitad de los asistentes nos dio hambre y sed al mismo tiempo.

Cuando por fin llega mi turno decido comprar una cerveza para

compartir y una botella de agua, porque, con la poca cantidad de alimento que tiene Anahí en su cuerpo temo que el alcohol no le siente demasiado bien.

Vuelvo a su encuentro con mucha prisa, pero el corazón se me enloquece cuando no la veo en el sitio donde la dejé. Creo, incluso, que dejo de respirar hasta que la descubro a unos metros, de espaldas y mirando a todos lados como si buscara alguna cosa.

—¿Se te ha perdido algo? —bromeo. Ella se da la vuelta en cuanto escucha mi voz, pero su expresión vuelve a cortarme el aliento, porque refleja un pánico que jamás le había visto y que me asusta de verdad—. ¿Qué ocurre, Any? ¿Te sientes mal?

—Yo… te estaba buscando —balbucea en tono inseguro—. ¿Dónde estabas? Creía que te habías marchado. Has tardado mucho, Dulce. Pensaba que… que…

—Ey, Any, estoy aquí —interrumpo tratando de conseguir que conecte nuestras miradas en lugar de seguir moviendo la cabeza para todas partes—. Había mucha gente y no creía que fuera a tardar tanto. Siento haberte asustado, pero ya estoy aquí, ¿vale?

Sin parecer muy convencida, vuelve a clavar sus ojos en los míos y asiente despacio, dejándome apreciar un miedo muy extraño en el fondo de ellos. Intento liberar una de mis manos para sostener su barbilla y no dejar que pueda apartar la vista otra vez. El temor no se marcha y el corazón se me encoge.

—No te voy a dejar sola. Ni ahora ni nunca, ¿lo entiendes? —Ella me mira sin decir nada, haciéndome imposible controlar la necesidad de acariciar su piel con mi pulgar porque no encuentro otra manera de decirle que quiero estar siempre con ella y ayudarla a borrar ese pánico que siente frente al mundo—. ¿Lo entiendes?

No sé si para tranquilizarme o porque lo siente, pero esboza una pequeña sonrisa que devuelve a la normalidad mi ritmo cardiaco y que me hace responder de la misma manera, acariciando por última vez su piel.

¿Qué demonios te ha pasado en la vida, Anahí?

—¿Te gusta la cerveza? —interrogo mostrándole la bebida—. También tenemos agua.

—Hace mucho que no bebo alcohol, pero una refrescante cerveza, después de tanto tiempo, estará bien.

Asiento conforme y abro la botella para que sea la primera en probarla. Sus ojos se vuelven vidriosos al segundo de dar un sorbo y

eso me arranca una pequeña risa.

—Creo que es la segunda vez en mi vida que pruebo la cerveza —reconoce con timidez.

—¿No te gusta beber alcohol?

—De manera ocasional, sí, pero mi primer contacto fue con el vino y así he seguido hasta ahora.

—¿Eres de las que ve más de «persona intelectual» el vino que la cerveza?

—No es eso, pero en mi mundo sería raro aficionarte a otra bebida alcohólica.

—O sea que, ¿nunca has sufrido una borrachera adolescente de esas en las que al día siguiente te duelen partes del cuerpo que no sabías que existían y no recuerdas ni tu nombre?

—Primero, ¿por qué lo dices como si fuera algo divertido? —apunta riéndose—. Y, segundo, creo que me habrían desheredado.

—Pues algún día tenemos que hacerlo. Mi economía no me permite emborracharte a base de vinos caros y bebidas de las tampoco conozco el nombre; así que, tendrás que conformarte con simple, sencilla y barata cerveza.

—¿Tienes algún interés especial en emborracharme? —cuestiona alzando una ceja.

—Mi único interés es que vivas la vida.

—¿Y para vivir la vida tengo que ingerir alcohol hasta olvidar mi nombre?

—Bueno, experimentarlo, aunque sea una vez, no es algo malo. No te estoy incitando al alcoholismo, solo digo que parte de la adolescencia es hacer alguna idiotez que cuando crezcas te avergüence.

—¿No crees que dejé mi adolescencia hace mucho tiempo, Dulce?

—Lo que creo es que no la viviste como una chica normal y que nunca es tarde para hacerlo.

Bebo un sorbo de la botella que ella misma puso en mis manos mientras alzo las cejas en repetidas ocasiones para darle misterio al asunto y ella niega con una sonrisa.

A continuación, recuerdo los aperitivos que compré y llevo uno de ellos hacia su boca, grabándome en la retina la cara de satisfacción que pone cuando el queso invade sus papilas gustativas. Podría acostumbrarme a esto.

El alcohol empieza a hacer acto de presencia en mi organismo a

los pocos minutos. No es que media cerveza sea gran cosa, pero empiezo a deambular por ese estado de inhibición inicial al que siempre me ha gustado recurrir para ser un poco más valiente y, casualmente, también comienzan a sonar los acordes de una canción que me gusta mucho y cuya letra me recuerda a ella.

—¡Tenemos que bailar esto! —exclamo agarrando su mano para hacerla girar sobre sí misma en un visto y no visto.

Se marea un poco por lo inesperado, pero, en lugar de detenerse, empieza a reírse y a mover su cuerpo al ritmo de la música.

> «Hallé una flor, un día en el camino, que apareció marchita y deshojada. Ya casi pálida, ahogada en un suspiro, me la llevé a mi jardín para cuidarla».
> «Aquella flor, de pétalos dormidos, a la que cuido hoy con toda el alma, recuperó el color que había perdido, porque encontró un cuidador que la regara».

Tarareo como si me creyera yo cantante y bailarina, y ella me mira entre intrigada y divertida mientras intentamos sincronizarnos con pasos de salsa y más vueltas de las recomendadas.

> «Le fui poniendo un poquito de amor, la fui abrigando en mi alma. Y en el invierno le daba calor para que no se dañara».
> «De aquella flor, hoy el dueño soy yo, y he decidido cuidarla, para que nadie le robe el color, para que nunca se vaya».

Anahí no para de reírse y de lanzarme miradas de curiosidad cada vez que alzo las cejas al tiempo que canto una frase concreta. Lo mejor de la música es que tiene infinitas interpretaciones y cada persona construye su propio significado según sus experiencias. Aunque no me identifique con todas las frases, creo que la mayor parte de la letra de *Flor pálida* podría ser, perfectamente, la banda sonora de nuestra historia.

Después de una vuelta el ritmo se vuelve más lento y nuestros cuerpos se acercan como si lo tuvieran ensayado. Sus ojos son capaces de congelarme y de acariciarme el alma en un mismo momento. Soy adicta a que me mire fijamente, a sentirla cerca, a que me haga temblar como una adolescente y a esta calma que siento cuando nos

miramos. Porque esto está lleno de emociones contradictorias, pero es que ha conseguido hacer un cóctel dentro de mí que ya les gustaría a los mixólogos.

> «De aquella flor surgieron tantas cosas. Nació el amor que ya se había perdido. Y con la luz del sol, se fue la sombra. Y con la sombra, la distancia y el olvido».

Vuelve el estribillo y, con él, el ritmo recupera intensidad y rapidez. Le doy una vuelta y ella me devuelve la jugada entre risas. No sé si estamos bailando o jugando a ver quién pierde el equilibrio primero, pero la velocidad de la música aumenta, trayendo consigo un cambio de parejas que alguien habrá decidido iniciar en algún punto. Guiñándole un ojo y, con una última sonrisa, la hago girar sobre sí misma para después caer en los brazos de un hombre que la recibe con delicadeza y amabilidad, sonriéndole para que se sienta segura. Aunque no le quito la vista de encima y me doy cuenta de que se tensa a la vez que me busca, cuando se da cuenta de que estoy justo al lado y le sonrío, acepta relajarse y empezar a dejarse llevar por la música, el baile y el inesperado y veloz intercambio.

Recorro la pista con personas de diferentes edades y géneros, pero nunca dejo de vigilar su posición para asegurarme de que está disfrutando. Después de varios minutos ha conseguido bailar confiando en las manos que la reciben, divirtiéndose, y eso me genera una felicidad infinita.

Cuando considero que ya hemos estado suficiente tiempo separadas, provoco que los bailes me conduzcan hasta ella, aparezco a su espalda y, con un movimiento muy rápido, la hago girar para tenerla entre mis brazos. Esta vez los cálculos han fallado un poco y está mucho más cerca que las anteriores. Sus ojos se iluminan cuando me ve, de una forma en la que no los había visto iluminarse y con el poder de generar un hormigueo potente en el interior de mi pecho. Esa luz es justo lo que busco, lo que nunca me voy a cansar de buscar. Esa que congela el tiempo y detiene la música. Que desvanece a los cientos de personas que hay a nuestro alrededor y que nos lanza directas a una dimensión en la que solo existe su mirada sobre la mía, su cuerpo entre mis brazos, sus manos aferradas a mi cintura como si estuviéramos lanzándonos en paracaídas y separarnos otra vez nos

pusiera en peligro de muerte.

—Lo mejor de estas fiestas es conocer gente nueva —interrumpe una voz masculina ganándose un poco de mi odio por romper semejante momento—. Sobre todo cuando son chicas tan guapas.

Uf, vas por mal camino.

Un par de chicos jóvenes nos sonríen desde un lateral e intento no lanzarles una mirada muy desagradable, porque parece que solo intentan ser amables, pero entre la interrupción y la frase posterior, no me lo ponen fácil.

—¿Cómo se llama la chica más bonita que hay ahora mismo en el pueblo? —insiste estrechando su mano frente a mí.

—Deberías preguntarle a ella —respondo medio en broma, medio en serio, y al ver su cara de desconcierto, sonrío y acepto el saludo cordial—. Dulce.

—Encantado de conocerte, Dulce. Yo soy Carlos.

El otro chico no dice ni una palabra, pero mira a Anahí de una forma tan poco disimulada que me veo en la obligación de clavarle una mirada de perro guardián, a ver si con suerte me ahorra el cogotazo que tengo ganas de darle por babear así. Dirijo un segundo la vista hacia ella, a ver si el cambio repentino de situación le incomoda tanto como a mí, pero parece que le incomoda incluso más, porque tiene el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

—¿Quieres bailar, Dulce?

Abro la boca dispuesta a responder que respete mi espacio vital, porque se está acercando demasiado y no le he dado permiso para hacerlo, pero un «No quiere» muy tajante y sorprendente, deja cualquier palabra al borde de mis labios.

—Es lesbiana —continúa Anahí ganándose toda mi atención—. Y, además, es mi novia.

Ella mira al chico muy seria, y yo la miro a ella entre estupefacta y divertida, porque esto de pronto se ha convertido en una película de esas en las que la protagonista se queda sin palabras en un momento crucial y todo el mundo la mira esperando que reaccione.

—¿Segura? No lo parece.

Me gustaría levantar una ceja y dedicarle una mirada de «Eres imbécil» porque eso es un pelín homofóbico y una de las frases que más me repelen del mundo, pero todavía estoy en la escena anterior y me está costando demasiado avanzar. La mirada desafiante que Anahí le había estado dedicando todo este tiempo se dirige ahora a mí,

provocándome un escalofrío por todo el cuerpo y una batucada brasileña en el pecho en combinación con ritmos africanos. Con una expresión de «No he estado más segura de nada en mi vida», avanza unos centímetros, hasta conseguir que nuestros cuerpos se unan de nuevo. Me clava una mirada de «Reacciona ahora o pierde», que me congela, y espera algunos segundos, supongo que para darme tiempo, porque sabe que la rapidez mental no es lo mío y parece que la corporal ahora tampoco. Pero yo pierdo, pierdo muchísimo, pierdo estabilidad y capacidad de reacción cuando coloca su mano en mi cuello y se acerca tan despacio, que los milímetros se convierten en kilómetros. Ni siquiera la geografía está de mi parte. Su respiración golpea mis labios y parece que los latidos de mi corazón se han conectado a los altavoces del escenario, porque no escucho otra cosa. Me quedo inmóvil, igual que ella. Si una de las dos hiciera el gesto de hablar, nuestros labios se rozarían y, ¡joder!, yo ya no sería capaz de parar. Pero ninguna de las dos se mueve y Anahí cierra los ojos con fuerza, apretando sus párpados no sé para qué.

A los pocos segundos separa nuestros cuerpos haciéndome sentir un vacío desagradable en el acto y gira la cara para buscar a los acompañantes no invitados que teníamos hace un momento. Entonces, vuelve a mirarme, esta vez con una sonrisa dibujada en sus labios.

—¿Ves que rápido te salvo de situaciones incómodas?

—¿Debería darte las gracias?

Ella intenta apartar la mirada y huir del tema, pero antes de que pueda escapar de la situación, agarro su mano obligándola a girar sobre sí misma para empezar un nuevo baile acompañado de más risas.

Lo hacemos durante varios minutos. Una canción tras otra, diferentes estilos que gustan a los mayores y también a los más pequeños. Sé que Anahí se está divirtiendo, me lo transmite su cuerpo y sus miradas fugaces. Nunca la había visto reír tanto y tan alto. Puede que la cerveza compartida tenga algo que ver o puede que haya logrado dejar atrás su infierno por esta noche. Dicen que la víspera de San Juan es la noche más mágica del año, pero yo no estoy de acuerdo, porque Anahí no es la única que baila y se ríe como si el mundo se fuera a acabar antes de que amanezca, porque verla vivir es la verdadera magia.

La música empieza a perder volumen anticipándonos que ha llegado el momento más esperado para todos los habitantes del

pueblo. Ella detiene su baile y me mira confusa, porque esta sincronización en la que todas las personas que nos rodean dejan de bailar para colocarse mirando al cielo, es algo de lo más extraño. Le dedico una sonrisa que pretende ser tranquilizadora, pero que le arranca una carcajada cuando el repentino estruendo nos hace saltar del susto a las dos. Se gira para buscar el origen de ese ruido y al ver el cielo iluminado con ráfagas que vuelven a estallar, sus ojos se abren de una forma descomunal. No creo que sea la primera vez que ve fuegos artificiales, pero puede que sea la primera vez que los ve de esta manera. Decido colocarme a su espalda en un movimiento rápido y rodeo su cintura para pegar mi pecho a ella. La excusa es no perdernos entre tanta gente, la realidad es encontrarnos. Ella se gira despacio y nos miramos fijamente bajo un cielo de luna llena con muchas estrellas que empiezan a perderse por el humo del espectáculo y unos fuegos que iluminan parte de su rostro. Me tiembla todo el cuerpo. Ella debe notarlo, porque, sin que llegue a pronunciar ni una palabra, empiezo a sentir sus brazos rozando los míos para llegar a mis manos y entrelazar con fuerza nuestros dedos. Se aferra a mí de la misma manera en la que se aferra a la vida. Me sonríe, y entonces el silencio me lo grita un poco más alto. Que siempre me habían dicho que el amor era cosa de príncipes encantados y chicas desvalidas, que nunca me advirtieron que, a veces, puede haber dragones con ojos azules de los que te queman y congelan al mismo tiempo. De los que te enamoras. Que un vuelco al corazón puede provocar un terremoto en China y que la fuerza que genera a este lado del planeta es imparable. Que yo quiero que me arrastre.

Que quiero besarla ahora y no dejar de besarla nunca.

Ojalá pudiera ser un poco más valiente y no desviar mi vista al cielo. Ojalá el miedo a estropear lo conseguido no me paralizara constantemente. Ojalá pudiera decirle, mientras ella me sigue mirando, que si no se rinde pronto voy a arrepentirme de no haber atrapado sus labios y volveré un paso atrás para perdernos los fuegos artificiales. Pero yo no soy tan valiente y ella desiste desviando también su vista. Me aprieta las manos y yo junto mi pecho a su espalda mucho más, para que no quepa una gota de aire y para decirle que, aunque sea una cobarde, sigo estando aquí.

Contemplamos el cielo durante un rato, disfrutando de diferentes figuras iluminadas que la hacen sonreír a veces y saltar cuando el ruido es demasiado fuerte. Pasa de la sorpresa al suspiro y a la

emoción, como si estuviera a bordo de una auténtica montaña rusa. Con la última explosión llega también una explosión de aplausos

—¿Cómo consigues hacerme soñar, Dulce? —Lo pregunta mientras observa los últimos restos caer al lago en forma de ceniza y yo la miro sorprendida, pero no respondo. Al darse cuenta de mi silencio, se gira para conectar nuestros ojos—. ¿Es esto real?

—¿Acaso no lo ves?

Vuelve a mirar el lago, observa a la gente, que se abrazan unos a otros mientras siguen aplaudiendo, desvía la vista al cielo para ver cómo el humo desaparece dando paso de nuevo a esas estrellas que no deberíamos poder apreciar por la luminosidad de la luna, pero que ahí están, demostrándole al mundo que la astrofísica está de parte de una chica de ojos azules, y vuelve a mirarme a mí.

—Haces que sea capaz de soñar que una vida así existe.

—¿Y por qué no seguimos soñando juntas?

La música vuelve a sonar sin que Anahí pueda responder, pero unas gotas de agua mojándome la cara me hacen esbozar una expresión entre divertida y aterrorizada que consigue el mismo efecto en ella.

—¡Hay que salir de aquí! —exclamo agarrando su mano para comenzar la huida—. ¡Está empezando la fiesta del agua!

—¡No mencionaste ninguna fiesta del agua! —responde mientras corremos esquivando personas y ataques.

—¡No la recordaba!

Tras decirlo, el cuerpo de Anahí se detiene de manera brusca, obligándome a hacer lo mismo. Me giro para buscarla, un poco confusa, la verdad, y no puedo controlar la carcajada cuando la veo calada hasta los huesos, mirándose de arriba abajo como si la humedad no fuera suficiente para entender que le han lanzado un cubo de agua a traición. Decido ejercer de vengadora y hago lo mismo con el trío de chicos que todavía observan entusiasmados la hazaña. Ellos también están empapados, así que mi ataque solo consigue que salgan corriendo entre risas para buscar a su próxima víctima. A los pocos segundos, una cascada me cae de frente y sin compasión. Busco la figura de Anahí a cámara lenta y se me rompe un poco el corazón al ver la pequeña traición a la que he sido sometida.

—¿Últimas palabras? —pregunto a modo de amenaza.

—Igualdad.

Comienzo a perseguirla y ella echa a correr como una niña

pequeña entre la multitud, al borde de carcajadas que me roban el aliento más a mí que a ella y que vuelve los latidos de mi músculo cardiaco tan fuertes como las pisadas que dejamos en el asfalto de este pueblo. Es difícil esquivar agua y obstáculos al mismo tiempo, así que, en algún momento decidimos dejar de ser enemigas y luchar juntas para defendernos y atacar a cuánto adversario se nos ponga por delante.

El resto de la noche no ha sido nada tranquila. Entre risas, música, carreras y bailes, me sorprende que Anahí siga con tanta energía. He estado bastante pendiente de eso y he sugerido descansar en varias ocasiones, pero al minuto ella me arrastraba de nuevo a la pista, como si acumulara ganas y energía desde hace muchos años y su cuerpo no tuviera derecho a fastidiarle la noche.

—Ni siquiera puedo respirar —comenta riendo y apoyando su cuerpo en el coche.

—Necesito hacer más ejercicio —añado exhausta.

—¿Has visto la cara del señor cuando se vio completamente empapado? No tienes consideración con la tercera edad.

—¿Yo? —pregunto ofendida y riendo—. A ver quién es la que lanzaba agua por doquier y echaba a correr dejándome tirada y obligada a cubrirle las espaldas. No conoces la palabra lealtad.

—En mi vida me he reído tanto.

La miro en silencio, sonriendo e intentando recuperar el aliento. Ella me responde de la misma manera y, ojalá pudiera explicarle que esa confesión me hace cosquillas por dentro, y que podría organizar esta fiesta todos los días del año si así no dejara de reír nunca.

—¿Volvemos a casa? ¿O quieres más fiesta?

Su mirada se desvía al cielo, inspira con mucha profundidad y exhala despacio antes de volver a mirarme y sonreír exhausta.

—Creo que por esta noche es suficiente —Asiento de acuerdo y me incorporo con un poco de dificultad para que podamos entrar en el coche.

Una vez sentadas, enciendo el motor y Anahí coloca su mano sobre la mía.

—¡Espera! —me detiene y me mira con una sonrisa algo tonta—. ¿Vas a conducir borracha?

—Nos hemos tomado una cerveza a medias —informo alzando una ceja—. No estamos borrachas.

La nueva noticia parece sorprenderle, porque frunce el ceño con esa desconfianza tan suya.

—Entonces, ¿por qué me siento así?

—¿Así cómo?

—¡Eufórica! Con ganas de bailar, saltar, correr sin parar, reírme de todo. Con ganas de no parar.

Esbozo una leve sonrisa mientras la miro y ella entorna los ojos como diciendo «¿Qué? ¿Estoy o no estoy colocada, lista?». Pues podría parecerlo, pero no.

—Eso que sientes, cariño, se llama felicidad.

Su mirada se torna confusa, como si fuera la última posibilidad que esperaba porque nadie le ha explicado que la felicidad es recibir y lanzar un cubo cargado de agua, es reír hasta que las costillas te oprimen el pecho y quedarte sin aliento por una sonrisa, es un cielo con estrellas y luna llena al mismo tiempo, es correr sin tener que huir de nada y es música. Sin pronunciar ni una sola palabra más, me devuelve la sonrisa, asiente, y clava sus ojos en el parabrisas con una expresión de curiosidad y tranquilidad a la vez.

A los pocos minutos llegamos a casa y White salta como un loco para recibirnos. O para recibir a Anahí, porque a mí me ignora más de lo que me gustaría. Él tampoco conoce la palabra lealtad.

—Estoy empapada —comenta mientras acaricia en cuclillas a mi compañero y él olisquea su cuerpo como si estuviera pensando «Madre mía, no vuelven a salir sin permiso».

—Ven —le pido agarrando su mano para conducirla al cuarto de baño y entregarle una toalla y el secador de pelo—. Será mejor que te seques un poco antes de dormir o mañana tendremos que trasladar la excursión al hospital.

—Y no queremos eso —responde riendo—. ¿Qué me pongo para dormir? Mi ropa está en el coche.

A lo mejor me he pasado un poco con toda esta movida de dejar atrás a Dulce y Anahí, y mañana tendría que traer su bolsa. Busco una camiseta de publicidad extragrande en el armario, de las que suelo utilizar para dormir, y un pantalón corto.

—¿Te sirve esto?

—Es imposible que esta camiseta sea tuya —comenta extendiéndola frente a su cuerpo—. Puedo utilizarla como vestido.

—Suelo usarlas para dormir sin nada debajo —Ella alza una ceja y a mí me empieza a subir el efecto con retraso de la cerveza a mis mejillas—. Sin pantalón, quiero decir. Son muy frescas y cómodas. Pero si quieres puedo ir al coche para traer tu ropa. A lo mejor prefieres un pijama. ¿Crees que pasarás frío? No había pensado en eso.

—Está perfecto así, Dul.

Me sonríe con una expresión muy tierna, porque debo parecerle la torpeza personificada ahora mismo y, sin más, se adentra en el cuarto de baño para cambiarse mientras yo hago lo mismo a este lado y empiezo a preparar el sofá para dormir.

Aparto los cojines, extiendo un edredón pequeño y coloco la almohada de forma milimétrica.

—¿Qué estás haciendo?

La interrupción de su voz me hace girarme y no pronunciar ni una palabra, porque el pantalón deja al descubierto una parte de su cuerpo que no había visto hasta ahora y la camiseta gigante está atada a un lado, a la altura de su cintura, dejando libres algunos centímetros de su abdomen. El pelo continúa un poco húmedo y cae sobre sus hombros de manera perfecta, como si hubiera sido peinado y desenredado hace nada.

—Dul… —susurra. Levanto la vista en cuanto su voz vuelve a interrumpir y la encuentro sonriendo divertida. La torpeza personificada.

—Eh… Sí. Estoy preparando el sofá porque solo hay una cama y soy una buena anfitriona —bromeo con intención de salir del paso.

Ella se acerca sin decir nada, agarra mi mano, me mira fijamente durante un tiempo que se me hace corto y largo a la vez, y, con una sonrisa, empieza a arrastrarme de vuelta al dormitorio. Al llegar a la cama aparta las sábanas, se acuesta y tira de mí para que ocupe el otro lado. La verdad es que no tiene que rogarme, porque mi cuerpo se mueve por inercia y rebeldía. Ambas nos colocamos de perfil y nos quedamos un poco ancladas en la mirada de la otra, como si tuviéramos un idioma interno que conocemos a la perfección, del que, en realidad, a mí me falta vocabulario. En el corto espacio que queda entre nosotras dejo mi mano y Anahí no duda en cubrirla con la suya a los pocos segundos, traspasándome un ejército de hormigas trasnochadoras que empiezan a desincronizarse cuando entrelazamos los dedos. Ella intenta resistirse, pero se ve a leguas que empiezan a pesarle los párpados, su respiración pesada golpea mis labios y la

imagen me eriza la piel.

—Gracias por esta noche mágica —susurra con el último hilo de voz que le queda.

—Mañana nos espera más magia.

16

No he dormido de manera tan profunda desde hace meses. Tener a Anahí a mi lado durante toda la noche ha sido un descanso absoluto para mi cerebro y para el resto de mi cuerpo. Cuando me despertaba en medio de la madrugada, escuchaba su respiración pausada y sentía sus dedos entrelazados con los míos, me invadía la calma necesaria para poder volver a conciliar el sueño sin rastro de pesadillas. No nos hemos movido ni un centímetro y mirarla al despertar me trae la misma paz que en las últimas horas. Una sensación de libertad y expansión en el pecho que no había sentido antes. Una tranquilidad desmedida. Podría acostumbrarme muy rápido a esto, porque ver esa pequeña sonrisa dibujada en sus labios mientras duerme es, sin duda, la cosa más alucinante del planeta.

¿Podemos quedarnos así dos o tres eternidades, por favor?

Cuando me di cuenta de que, por mucho que la mirase no iba a averiguar qué estaba soñando para sonreír así, me levanté de la cama con cuidado de no despertarla y, bueno, olvidando un poco ese cuidado, antes de salir me incliné para besar su frente con mucha delicadeza. Ella no se percató de nada, ni de mi huida ni de mi impulso; así que, me marché a la cocina para preparar café y disfrutarlo como me gusta hacerlo normalmente, sentada sobre la tarima de madera, perdiendo la vista en el lago y con White a mi lado.

Así llevo la última hora, sintiendo la ligera brisa que golpea mi cara, escuchando el canto de los pájaros que revolotean alrededor y que no se atreven a posarse porque alguien de orejas puntiagudas los

mira como si quisiera que fuesen su desayuno, y observando cómo la incidencia del sol mañanero ilumina el agua de una forma especial. El aroma de mi segundo café se mezcla con el olor a naturaleza, respiro hondo para que el oxígeno llene mis pulmones y siento que no puede haber nadie en este planeta que no se enamore de un paisaje así y de una paz así.

—Es raro que te despiertes tan temprano teniendo en cuenta la hora a la que nos dormimos.

Terremoto en China.

Me giro para mirarla y la encuentro en el umbral de la puerta, mirándome con intriga cuando empieza a acercarse para recibir a White, que se pone muy contento al escucharla. A veces me gustaría expresar la alegría igual que él.

—Buenos días —saludo con una sonrisa.

—Buenos días. —Me devuelve el gesto y se sienta junto a nosotros para seguir acariciando al cachorro—. ¿Has dormido mal?

—No he dormido mejor en meses.

—Entonces es que te gusta salir aquí muy temprano para disfrutar de la calma mañanera que, en realidad, tienes todo el día.

—Eso es —confirmo riendo—. Me conoces más de lo que creía.

—Y más de lo que yo creía también.

La miro en silencio un instante, porque eso me gusta, y porque si la postal antes era alucinante, ahora es perfecta.

—¿Qué tal has dormido tú?

—No he dormido mejor en años —repite parte de mi frase y me dedica otra sonrisa antes de perder la vista en el paisaje y suspirar—. Hay mucha calma aquí.

—Este lugar se robó toda la calma del mundo —bromeo consiguiendo que vuelva a mirarme—. Me alegro de que haya sido así. ¿Café?

Le ofrezco una taza ya servida, porque cuando salgo aquí por las mañanas suelo llenar una botella térmica para que la bebida se mantenga caliente y así no tener que levantarme demasiadas veces.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —pregunta antes de beber.

—No suelo hacer planes cuando vengo aquí, pero si te apetece algo en especial…

—Claro —interrumpe frunciendo con desconfianza y una sonrisa —, porque nada de lo que pasó ayer lo tenías planeado.

—¿Qué te hace pensar que sí?

—Fue demasiado mágico.

—Planeé traerte aquí y llevarte a conocer las fiestas del pueblo, para que te contagiaras un poco de la energía de este lugar; pero toda esa magia que se creó después fue obra del universo —aseguro guiñándole un ojo con misterio—. Había pensado que hoy podríamos pasar el día en la casa, si te parece bien, me gustaría enseñarte algunas cosas.

—Creo que todo lo que me propongas me parecerá bien.

—No deberías decirle eso a una lesbiana —bromeo frunciendo el ceño—. Puede tomárselo muy literal.

—Ah ¿sí? —pregunta exagerando su sorpresa—. ¿Y qué me harías si te lo repito?

—Por el momento voy a darme un baño —concluyo poniéndome de pie—. No hay mejor manera de despertarse.

—Eso, eso —se queja mientras extiende el brazo para que la ayude a levantar—. Tú cambia de tema y huye como una cobarde.

—Yo no he cambiado de tema y, mucho menos, voy a huir como una cobarde. Has preguntado qué te haría y he dicho que voy a darme un baño… contigo.

Sin darle tiempo a reaccionar, rodeo su cintura y nos impulso para caer al agua con ropa y todo. Cuando Anahí emerge, los ladridos de White parecen estar diciendo que quiere unirse al juego y yo no puedo controlar la risa al verla empapada y con cara de «esto no me lo esperaba».

—¿Estás loca? —protesta—. ¿Qué pasa si no hubiera sabido nadar?

—Para eso estoy yo aquí, para salvarte.

Ella frunce el ceño ante mi sonrisa burlona y comienza a avanzar en mi dirección, con una mirada tan amenazante que puedo escuchar la música de «Tiburón» como banda sonora.

—Te vas a enterar.

—¿Qué me va a hacer?

—Ahogarte hasta que me pidas perdón por haberme lanzado al agua con ropa.

—Míralo por el lado bueno, la cara de dormida que tenías ha desaparecido.

—¿Encima te burlas de mí? —susurra estando ya muy cerca—. Qué poco aprecio hacia tu vida.

Muevo los brazos bajo el agua para intentar mantenerme a flote,

pero, cuando Anahí llega, coloca sus manos en mis hombros y casi consigue que me ahogue, porque la nueva cercanía no me deja coordinar bien el movimiento y esa sutileza y misterio me acojonan bastante, la verdad. Lo peor es que no puedo huir.

Más petrificada que una gárgola.

Menuda idiota.

Seguro que estos ojos azules tienen algún poder sobrenatural que me mantienen alerta y nerviosa, pero que también me impiden alejarme. Siento que podría hacer conmigo lo que quisiera, ¡joder! ¿Cómo puede ser que el encuentro de dos miradas consiga parar el tiempo?

Esto sí que es un superpoder.

Los sonidos vuelven a activarse cuando el chapoteo de algo muy pesado cayendo a nuestro lado, nos empapa la cara y, de pronto, todo vuelve a desaparecer para mí, porque Anahí aprovecha la bajada de guardia para ejercer presión y hundirme bajo el agua mientras White emerge por el otro lado.

—Eso se llama traición —le digo mirándola amenazante desde unos metros de distancia, intentando apartarme el agua de la cara para ver con más claridad esa sonrisa irritante que tiene dibujada.

—Eso se llama venganza.

White nada feliz hacia mí para que zarandee su pelo empapado y solo espero que no se le meta agua en las orejas, porque la última otitis nos hizo correr de madrugada al veterinario.

—Parece que le gusta la venganza —le susurro a mi amigo—. ¿Le damos venganza?

—No te tengo miedo —replica ella desde su posición—. Deberíamos estar ya en paz.

—¿Me suplicas paz?

—Ni en tus mejores sueños.

Lo único que me hace falta para hundirme bajo el agua y bucear hacia ella con mucha intención de venganza, es que corone su frase sacándome la lengua. No sé cuál es más picada de las dos. Agarro su cintura desde el fondo acuático y consigo sumergirla hasta mi altura de una forma tan rápida que no pudo huir ni un centímetro. La risa que me provoca su cara de desconcierto me hace perder el oxígeno almacenado, así que, entre un millón de burbujas emergemos y empezamos a jugar lanzándonos agua y volviéndonos a hundir la una a la otra como un par de niñas en una piscina mientras White nada a

nuestro alrededor participando en el juego.

Un rato más tarde estamos acostadas sobre la tarima, con nuestros cuerpos colocados en sentido contrario uno del otro, por lo que, tenemos las mejillas muy pegadas mientras intentamos recuperar el aliento en algún punto del cielo.

—No tienes compasión —acusa con la respiración entrecortada.

—Deja de hacerte la inocente que acabo de tragar litros de agua por tu culpa.

—¿Quién empezó la guerra?

Me coloco de lado para apoyar la mitad del cuerpo sobre la madera y verla desde una nueva perspectiva, y su expresión me impulsa a agarrar su mejilla para comenzar a darle besos muy sonoros y exagerados por toda la cara.

—¿Vas a dejar de quejarte? —pregunto contagiándome por su risa —. ¿O me vas a obligar a hacerte cosquillas?

—¡Ni se te ocurra! —exclama levantando las manos para detener en seco mis movimientos y obligarme a mirarla.

Esa cara no es ni medio normal y aunque intento resistirme a sus ojos suplicantes, creo que algo muy malo debo haber hecho en otra vida para tener una resistencia tan patética.

Menuda pringada.

—Haces chantaje emocional con la mirada —protesto frustrada.

—Solo funciona contigo.

—Qué bien. Recuérdame que soy la única idiota que se traga tu fingida inocencia y tus ojitos suplicantes.

—No es idiota —Sonríe—. Es adorable. Y tampoco es una inocencia fingida. Un ataque de cosquillas ahora me arrebataría la poca energía que me queda. ¿Te parece justo eso?

—Si tú lo dices —acepto con un tono poco convencido, que le arranca una risa y me hace inclinarme hacia delante para dejar un pequeño beso en su nariz antes de levantarme—. Eso de la energía hay que solucionarlo.

Me marcho dejándola allí tirada sin más explicaciones con la intención de preparar algo de comer, porque entre juego y juego, ya estamos a medio día y el lago abre el apetito. El plato estrella vuelve a ser una ensalada, ligera y perfecta para poder aprovechar la cantidad

desmesurada de frutas que he comprado. White aparece como un cohete cuando escucha su comida caer en el plato y ni siquiera me deja terminar de echarla antes de hundir su cabeza para empezar a devorar.

—Ni que no te alimentara.

Al cabo de un rato vuelvo al porche con todo lo necesario y encuentro a Anahí sentada en la misma posición que estaba yo hace unas horas, con los pies colgando sobre el agua y observando concentrada algún punto del infinito.

—Creía que habías decidido huir por la ventana trasera —comenta al sentir la madera crujir a mi paso.

—No hubiera llegado demasiado lejos nadando y no me interesa alejarme de ti —Ella me sonríe de una manera muy tierna, como si no se esperase el último comentario—. Veo que has decidido inyectarte un poco la paz de este lugar.

—Nunca he conocido un sitio tan relajante y bonito. Ahora entiendo por qué te gusta tanto. —Asiento de acuerdo y coloco la bandeja entre ambas para luego sentarme—. ¿Por qué no me has avisado para ayudarte a preparar la comida?

—Porque esto ha sido muy fácil y rápido de preparar. La intención es recuperar un poco de energía ahora sin llenarnos demasiado. Esta noche disfrutaremos de una cena en la que sí necesitaré tu ayuda.

—Te preguntaría qué estás tramando —Sonríe frunciendo el ceño —, pero me empieza a llamar la atención esto de las sorpresas.

—Así me gusta —le devuelvo el gesto y me levanto otra vez—. Además, solo vas a tener que esperar cinco minutos para averiguar una parte.

—¿Me abandonas de nuevo? —dice perpleja.

—Te prometo que no me voy a escapar nadando —bromeo mientras avanzo hacia la entrada de la cabaña—. Por cierto, ¿eres más de carne o de pescado?

Anahí alza una ceja con expresión divertida y me mira en silencio hasta que el rojo de mis mejillas es lo suficientemente llamativo.

—No sé por qué he formulado así la pregunta —murmuro arrugando la nariz—. Quiero decir ¿te gusta el pescado? —Ella amplía su sonrisa y frunce el ceño como quien dice «Venga, que puedes hacerlo mejor»—. El pescado de comer. ¡Joder! O sea, el que nada. Ya sabes, aletas, mar, peces… ¡Any! Deja de liarme.

—Yo no he dicho ni una palabra —comenta riéndose y alzando las

manos como símbolo de inocencia—. No te pongas tan nerviosa —Me guiña un ojo y yo tengo que ponerlos en blanco, porque es idiota—. No estoy segura. Hace muchos años que no como pescado, de ese que tiene aletas y nada, pero se suele decir que en la vida todo es probar.

—Pues yo sé que no me gustan los espárragos y no me hace falta probarlos para tenerlo claro. Odio su forma, su textura y su olor. Dentro de veinte años van a seguir sin gustarme.

—Pues a mí sí me gusta la forma, la textura y el olor del pescado.

—Vale —Asiento sonriéndole con ojos analíticos, porque la suya es un tanto juguetona y ya no sé de qué estamos hablando en realidad—. Enseguida vuelvo.

Cuando White se cruza en mi camino y veo que va directo a husmear nuestra ensalada, le advierto a Anahí desde lejos que lo vigile, porque mi perro es un saco sin fondo, y escucho su carcajada mientras subo las escaleras que llevan a la buhardilla.

A los pocos minutos estoy de vuelta con todo un cargamento que lleva años sin utilizarse.

—¿Vas a pescar?

—*Vamos* a pescar.

—Yo no he pescado en mi vida, Dul.

—Y yo hace tantos años que no lo hago, que va a ser casi como la primera vez, así que, más nos vale aprender rápido si queremos cenar esta noche.

—Dios mío, se te han subido a la cabeza las películas de supervivencia. Ya podría aparecer Tom Hanks a echar una mano por aquí.

—Nosotras tenemos cañas de pescar, anzuelos, cebo… No deberíamos necesitar la ayuda de un señor que hablaba con una pelota de *Volley*.

—Tienes toda la razón —acepta riéndose y poniéndose de pie mientras da una palmada de «estoy lista y emocionada»—. Ilústrame con tu sabiduría.

—Te quejas solo para hacerte la dura, ¿no? En realidad, todo esto te encanta.

—Lo bueno es que no me hace falta verbalizarlo para que tú lo sepas.

Sonrío con un poco de cara de tonta, ¿qué le voy a hacer? Y le entrego una de las cañas para que la coloque en el soporte.

—¿Por qué esta es más pequeña? —cuestiona mirándola con

curiosidad e imitando todo lo que hago.

—Porque esa era la mía cuando era niña. Acorde a mi tamaño y al tuyo —Estira el brazo para darme un pequeño golpe en el hombro que me arranca una risa—. Los domingos eran nuestros días de pesca. Mi abuelo y yo solíamos colocarlas en los soportes y sentarnos a charlar toda la tarde mientras esperábamos.

—¿Y no te resultaba aburrido?

—Ese hombre tenía anécdotas para escribir unos cuantos libros, así que era imposible aburrirse con él.

—¿Le admirabas mucho?

—A los dos por igual —confirmo con una sonrisa—. Desprendían un amor de esos que solo se ven en las películas y te contagiaban con apenas mirarlos. Cincuenta años juntos y siempre los vi igual de enamorados. Creo que por eso yo tengo el asunto tan idealizado.

—Así debería ser siempre, ¿no?

—Debería —acepto de acuerdo.

—¿Ahora qué? —pregunta cuando ya tenemos todo organizado.

—Colocamos cebo en el anzuelo y desenrollamos el hilo para que se hunda en el agua. La bolla se quedará flotando, así que, cuando la veamos hacer movimientos extraños tenemos que estar atentas y, si se sumerge, recogemos el carrete lo más rápido posible. Si no es más listo que nosotras, habremos pescado nuestra cena.

—Parece fácil —apunta con los ojos brillantes mientras dejamos caer el nilón en el agua—. ¿Ya está? ¿Ahora a esperar?

—Bueno, si no hacemos nada más a lo mejor se acaba el mundo y seguimos esperando que vengan —bromeo—. Igual deberíamos echar un poco de pan para atraerlos. —Ella se encarga de desmenuzar el pan que traje dentro del cubo y lanzarlo al lago, y aunque creo que a ese ritmo va a sobrealimentar a los peces antes de que quieran arrebatarnos el cebo, no le digo nada, porque tiene una emoción muy contagiosa—. Ahora sí, a esperar.

En cuanto nos sentamos de nuevo en la tarima, atrapo un poco de ensalada con el tenedor y la llevo hacia su boca.

—Me tratas como a una niña de tres años —se queja recibiendo el alimento.

—Si así fuera, dudo mucho que estuvieras aquí.

—Tienes razón —acepta—. Entonces, podemos decir que eres, sorprendentemente, atenta.

—¿En serio te parece sorprendente? Creo que me he comportado

así desde el primer día.

—Y siempre me va a sorprender —concluye llevando también un poco de comida a mis labios—. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Nunca se empieza una conversación con esa frase, Any —le digo sonriendo—. ¿Qué quieres saber?

—Se te iluminan los ojos cada vez que hablas de tus abuelos; sin embargo, nunca mencionas a tus padres. ¿Ocurre algo con ellos?

—Supongo que nada que no ocurra en cualquier familia. Ya te adelanté algo ayer, pero mis padres y mis abuelos eran personas muy diferentes y yo me identificaba más con los segundos. Ellos, a pesar de su edad, siempre me aceptaron tal como era y nunca esperaron que fuese una persona diferente.

—¿Hablas de tu sexualidad?

—Hablo de todo. Mi sexualidad incluida. ¿Sabes qué me dijo mi abuela cuando, una noche, le quise contar que creía que me gustaban las chicas? —Ella hace un gesto de atención con la cabeza para que continúe—. Me dijo: «Dulce, ¿tu amiga Estela ha tenido que confesarle a su abuela que le gustan los chicos? Entonces, ¿por qué ibas a tener que confesarme tú algo similar a mí? El mundo te va a obligar a decirlo en muchas ocasiones a lo largo de toda tu vida. Más de las que nos gustaría. Pero no vas a empezar aquí, no conmigo. Y si dependiera de mí, no te haría falta pasar por ese proceso nunca, porque nadie asumiría una realidad que no es la tuya». En ese momento pensé que mi abuela iba unos cuantos siglos por delante del resto. De hecho, creo que hoy en día lo sigue estando.

Ella abre los ojos sorprendida y asiente con un brillo muy bonito, como si estuviera igual de orgullosa de mi abuela que yo.

—¿No fue igual con tus padres?

—Mi madre es una mujer complicada, Any. Creo que hay una incompatibilidad absoluta entre nosotras y siempre ha esperado que sea alguien que no soy. Incluso, a día de hoy. Por eso no llegué a darle la oportunidad de aceptar mi condición sexual. Para mí no tenía nada que aceptar y para ella se lo solté como una bomba sin anestesia y sin paciencia. Estaba tan acostumbrada a que no se conformara con nada de lo que yo representaba, que sabía que esto solo iba a ser algo más que terminaría rechazando. Aún tiene la esperanza de que una mañana aparezca del brazo de algún hombre atractivo con el que quiera casarme y tener hijos.

Sonrío con ironía y ella asiente con una mirada entre comprensiva

y triste. Tal vez su historia no se aleje demasiado de la mía.

—¿Y qué hay de tu padre?

—Él es el mediador de la familia. Siempre intenta comprender ambas partes, pero nunca se posiciona y, si te digo la verdad, muchas veces he necesitado que lo hiciera —confieso—. Sin embargo, él y mi hermano son mi debilidad. No los veo tanto como me gustaría, porque ir a casa implica ponerme la armadura y estar siempre a la defensiva, cosa que resulta agotadora, pero haría cualquier cosa por ellos.

—Seguro que lo saben.

—Supongo —Sonrío.

—¿Te sigue doliendo?

—A ver, yo sé que cuando nacemos no venimos con un manual de instrucciones para progenitores, pero no creo que sea tan difícil hacer que tu hija se sienta comprendida y no juzgada. Me dolió durante muchos años el hecho de tener que defenderme de mi propia madre todo el tiempo, y aunque ya no me afecte de la misma forma, sigo manteniendo la esperanza de que, un día, cuando me vea enamorada de una mujer, al menos sienta felicidad por mí.

Vuelvo a sonreírle, esta vez con un poco de inseguridad, porque nunca he verbalizado ese pensamiento y siempre me ha hecho sentir bastante ilusa.

—¿Sabes algo que he pensado desde que nos conocemos?

—¿Qué? —cuestiono con curiosidad.

—Que, si nos hubiéramos encontrado en otras circunstancias, y hubiera visto esto de ti antes que la bata blanca, me habría costado adivinar que eres psicóloga.

—No lo soy. Y no me refiero a que aún no me he graduado, sino que, pienso que una persona no se define solo por lo que estudia. Somos lo que queremos ser, aunque no nos dediquemos a ello de forma profesional. Si algo debe definirnos, son nuestras pasiones y nuestros sueños, no un puñado de exámenes.

Anahí suspira y aparta un segundo la vista antes de volver a conectar nuestros ojos.

—Tienes una forma muy esperanzadora de ver la vida, Dulce.

—¿Por qué no iba a tenerla?

—¿Y por qué sí? —contraataca—. ¿Qué le ves de bueno a este mundo lleno de desgracias? Dirigentes corruptos, racismo, homofobia, guerras, niños pasando hambre, mujeres que tenemos que pedir permiso para caminar solas por nuestras propias calles, miedo,

soledad, vacío. ¿Qué te hace mantener la esperanza?

—Vale, tienes razón en que todo eso existe. Pero el amor también existe y eso es lo que mantiene viva la esperanza de la que hablas. Los sueños, los seres humanos que quieren el cambio, los animales que no nos merecemos y el planeta maravilloso en el que vivimos. Mira esto —le pido extendiendo los brazos—. ¿Eres capaz de decirme que no has logrado verle nada bueno a la vida desde que estamos aquí?

—Lo he visto, sí, pero este no es el mundo real, Dulce. Esto solo es un sueño que tú te has inventado.

—Esto es tan real como tú quieras que sea, Any. Es tan real como la persona que tienes delante. Y, vale, puede que haya tirado un poco de imaginación con lo de las «Montañas dragones», pero eso es solo una herramienta para proyectar en algo externo nuestra fuerza interna; como quien expone sus demonios en la escritura o en la música para entenderlos, sanar y formar equipo. El juego de convertir este lugar en una burbuja donde somos quienes, en realidad, queremos ser, no es más que otra herramienta. Una forma de demostrarte que tienes la decisión en tus manos y que la vida es una lucha constante. Nacemos luchando por llenar nuestros pulmones de aire y debemos crecer luchando y afrontando cada día como una nueva oportunidad para cambiar aquello que ya no nos hace sentir bien. Sé que es difícil y que algunas veces no apetece salir de la cama, ni luchar, ni enfrentarse a nada, que las fuerzas no son siempre las mismas y que podemos dejar de encontrarle sentido a lo que ocurre a nuestro alrededor con demasiada facilidad. Muchas veces creemos estar solos, pero lo curioso es que, seguramente, en otra parte del mundo habrá alguien que se sienta igual de solo y abatido. Y, en otro lugar, una persona haciendo algo bonito. Eso también es el mundo real. Este es el mundo en el que yo creo.

—Joder, Dulce —exclama con mirada de impotencia—. Me va a explotar la cabeza. ¿Por qué eres así? ¿Por qué consigues que me replantee toda mi vida en un instante? Haces que parezca muy sencillo y no lo es. No lo es —repite.

—¿Qué no lo es? ¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que te ha llevado hasta ese punto de desconexión y desesperanza, Anahí?

—Todo. Todo —Vuelve a decir—. La pregunta debería ser qué me queda para mantener un resquicio de esa esperanza.

—¿Cuándo empezó?

Ella no responde. Aparta la vista para perderla en algún punto del

lago y la veo contraer la mandíbula, como si abrir la caja de pandora fuera lo más doloroso del mundo. Acerco mi mano a la suya para agarrarla con fuerza y decirle en silencio que sigo estando aquí y que voy a esperar el tiempo que necesite.

—Llevo demasiados años encerrada en mí misma, Dulce. No sé cómo hablar ni cómo explicar algo que, ni siquiera yo, entiendo.

—Necesitas abrir esa caja para seguir adelante, Any. No hace falta que me expliques nada; solo tienes que escupir todo eso que te atrapa y verás que, cuando lo hagas, el peso se sentirá mucho más ligero. —Acaricio su mejilla y, con un movimiento dulce, le giro la cara para que me mire a los ojos—. Puedes hacerlo. No te vas a hundir, porque ya has visto que soy una buena nadadora.

Ella no sonríe, como si hubiéramos dado veinte pasos hacia atrás y vuelto al día en el que habló por primera vez en La Cascada; sin embargo, entrelaza nuestros dedos, demostrándome que vamos a dar cuarenta pasos hacia delante juntas. Apretando con fuerza y conteniendo el aliento.

—Mi madre murió cuando yo tenía cinco años —comienza a explicar desviando la vista hacia el lago—. Volvían a casa cuando un conductor borracho se interpuso en su camino sin que mi padre pudiera esquivarlo. Aunque fue el cuerpo de ella el que murió horas más tarde en el hospital, él también perdió la vida en aquella carretera. Al menos en cuanto a los vagos recuerdos que guardo de un padre cariñoso y atento. Nunca ha superado haberla perdido y yo le recuerdo demasiado a ella. Supongo que no puedo culparlo.

—Tú tampoco tuviste la culpa.

—Pues, por extraño que te parezca, siempre lo he sentido así —confiesa—. Y creo que él también. De todas formas, era demasiado pequeña para tener conciencia de lo que había ocurrido, así que crecí pensando que mamá se había ido al cielo con el abuelo y que papá estaba tan ocupado con su trabajo, que ya no tenía tiempo para jugar conmigo. Se acabaron de golpe las tardes en el parque y los primeros días de colegio. Pasó a criarme mi abuela materna, la mujer más sensible y amorosa del mundo. Con ella no me faltaba de nada. Me hizo descubrir la música y nos pasábamos horas y horas tocando el piano, componiendo melodías. Se encargó de llenar ese vacío que la pérdida de mis padres había dejado. Aunque, bueno, no siempre lo conseguía. Era una niña. Les echaba muchísimo de menos, pero cuando él llegaba a casa de alguno de sus viajes, ella se desvivía para

conseguir que no me entristeciera por su indiferencia. Al poco de haber cumplido diecisiete años enfermó, y unos meses después, también murió. Ahí sentí que ya lo había perdido todo. Ya no me quedaba nada y, aun así, quise seguir adelante. Entré en la universidad sin aceptar que ya había comenzado a perderme. No sabía afrontar el mundo yo sola, Dulce, y créeme que lo intenté todo. Me propuse sacar mi carrera y lo hice, a pesar del infierno. El problema es que decidí estudiar Administración y Dirección de Empresas por el motivo equivocado. Quería recuperar el afecto de mi padre a toda costa y demostrarle que podía sentirse orgulloso de que siguiera sus pasos. Pero lo único que hacía él era ingresar una cantidad fija de dinero en mi cuenta todos los meses, para que pagara la universidad e hiciera lo que me diera la gana con el resto. Podría haberme drogado cada fin de semana con esas sumas y él no se hubiera dado ni cuenta.

—Y no lo hiciste.

—No, no lo hice. Apenas tocaba su dinero. Solo lo utilizaba para la universidad y el resto de los gastos los cubría con el dinero que me pagaban haciendo prácticas en su empresa.

—¿Qué pasó luego?

—Terminé la carrera y empecé a trabajar de manera oficial en la empresa familiar. Estábamos más cerca que nunca, físicamente hablando, pero ahí me di cuenta de que mi propio padre no era capaz de mantenerme la mirada más de un segundo. ¿Sabes por qué? —pregunta girándose para enfrentarme—. Porque no podía mirarme sin verla a ella —reconoce con una mezcla de rabia y dolor en sus ojos—. En ese momento acepté que no tenía la fuerza suficiente para afrontar esto sin mi abuela. Ella ya no estaba para quitarle importancia al asunto o distraerme; para compensar, a través de su cariño, el odio que veía en los ojos de él. Mi padre me odiaba —asegura volviendo a apartar la vista. Intenta contener unas lágrimas que empiezan a asomar y se toma unos segundos antes de seguir—. Un día, al salir de la ducha, me miré en el espejo y sentí verdadero asco del reflejo. No quería tener esa cara tan parecida a la de mi madre —suelta mi mano para tocarse esa parte a sí misma—. No quería tener sus ojos ni su pelo. Solo veía a un monstruo —Las lágrimas empiezan a mojar sus mejillas sin control alguno, volviéndome el corazón más pequeño cada vez—. Supongo que ahí empezó lo más grave. Ese debió ser el momento en el que dejé de reconocer mi propio reflejo, porque ese día sentí un nudo tan fuerte en la garganta y en el estómago, que no podía

respirar, y necesitaba hacerlo desaparecer. Así que, me arrodillé junto al inodoro y me provoqué el vómito por primera vez. Nunca debí hacerlo. No debí rendirme de esa forma, porque el alivio fue tan inmediato y tan adictivo, que ya no he podido parar nunca más.

Hace una pausa, no sé si para respirar o para seguir recordando, pero la verdad es que se lo agradezco, porque el nudo en la garganta lo tengo yo ahora y la brisa del lago me está empezando a enfriar unas gotas saladas que hace rato que han empezado a bajar por mis mejillas.

—En algún momento, después de la muerte de mi abuela, había empezado a obsesionarme con la comida saludable. No lo vi como algo malo, porque siempre me gustó cuidarme, hacer deporte y mantenerme en forma. Jamás me consideré una chica con sobrepeso, Dulce. Nunca. Solo necesitaba calmar mi ansiedad con algo y, ese *algo*, fue la comida. Se convirtió en una obsesión. No sabría decirte cuál de todos mis desórdenes llegó primero, cuál se escapó antes de mi control. Solo sé que pasó a ser una costumbre. Mi apetito disminuía y se convirtió en algo físico, ¿entiendes? Mi estómago parecía haberse reducido al tamaño de una nuez y cada día se saciaba con más facilidad. Si volvía a sentir ese nudo, me pasaba horas delante del inodoro, con una parte de mí recordándome la calma de aquella primera vez y, la otra, el sentimiento de culpa que venía después. La calma siempre ganaba. Sigue ganando —confiesa con un hilo de voz, apartando la mirada, como si reconocerlo frente a mí le diera vergüenza—. Además, encontré una manera de reducir la culpa. Si no comía, no tenía nada que vomitar, así que me metí en un círculo vicioso sin apenas enterarme. Dejé de distinguir sabores, no era capaz de encontrar placer, ni siquiera, en mi comida favorita. Y entonces, llegaron los cambios físicos. Mis pómulos perdieron volumen, mi piel comenzó a apagarse, mi cuerpo desaparecía paulatinamente, y eso me gustaba. Me gustaba porque significaba que ya no me parecía a ella… Aunque también dejé de parecerme a mí misma —concluye haciendo una pausa—. No imaginas lo que supone mirarte al espejo y no encontrarte en él. Ver a una persona que no eres tú. Ni tu boca, ni tu mirada, ni tu pelo, que se partía con solo mirarlo. Todo era irreconocible. Siempre me habían comparado con las princesas Disney, ¿sabes? Rubia, delgada, ojos azules; pero, en ese espejo, yo solo era capaz de ver a la bruja del cuento. La princesa se había evaporado por las alcantarillas y, así como, en un principio deseé aquel cambio,

después lo temí. Intenté pararlo, pero ya era demasiado tarde. No sabía cómo… No podía hacerlo sola. Trataba de alimentarme y mi estómago pesaba toneladas. Cuando descubrí que no sabía salir, permití que me consumiera todavía más. ¿Qué importaba ya? No tenía nada por lo que luchar. Continué dejándome arrastrar hacia ese infierno, hasta que, después de muchos desmayos y una pérdida significativa de peso, me llevaron a una clínica y me diagnosticaron anorexia nerviosa. Qué imbécil —Sonríe con ironía y me mira—. No tenía anorexia nerviosa, Dulce. Tenía una bomba nuclear dentro de mí —Vuelve a hacer una pausa—. Mi padre se encargó de ocultar ese diagnóstico y por eso no consta en mi informe, pero tú ya lo has conocido, así que no hace falta que te repita todo lo que salió por su boca aquel día —Una sensación de rabia bastante intensa me crece por dentro de repente y me obliga a contraer la mandíbula—. Me llevaron a muchos psicólogos durante un año y como todo estaba muy oculto, la prensa empezó a especular, acosar a mi padre y a decir barbaridades sobre mí. Eso hizo que me odiara aún más —Baja la vista y traga antes de seguir—. Empecé a no soportar la compañía de nadie y a encerrarme en mí misma. No quería lástima. Aparté a mi novio sin compasión y… bueno, tampoco estoy segura de haberlo dejado acercarse alguna vez. Levanté muros para protegerme del mundo, no volví a querer saber nada del piano ni de la música, empecé a odiar mi trabajo y cada día tenía menos fuerzas para levantarme de la cama. No solo físicas, sino mentales. No había ni un solo motivo en esta vida que me hiciera querer despertarme por las mañanas. Nada. Todo era vacío, soledad y oscuridad. Me había perdido de tal forma que, un día, sentí que no podía soportarlo más; solo quería que todo acabase, que el dolor se detuviese, que el miedo desapareciera… Y estuve a punto de conseguirlo —recuerda con la mirada perdida—. Estuve tan cerca que, si lo hubiera vuelto a intentar, lo habría logrado. Cuando desperté en aquel hospital después de haberme tomado las pastillas, todo se multiplicó: el dolor, el sentimiento de fracaso, los reproches de mi padre, todo aumentó, y la única manera de hacer que dejara de doler, era apagar todo ese ruido que había a mi alrededor. Ni siquiera sé cómo lo conseguí, pero dejé de escuchar, dejé de ver, dejé de sentir. Hasta que, cuando todo estaba apagado y ya no era capaz de experimentar ninguna emoción… —Levanta la vista para conectar nuestros ojos y no sé si es capaz de ver mi labio inferior temblando o los latidos de mi corazón a toda velocidad—. Tú.

—Yo.

—Tú —repite asintiendo despacio—. Irrumpiste en mi mundo como un accidente y, por un segundo, me hiciste volver a este. Chocamos en aquel pasillo, me miraste a los ojos de una forma distinta a la que me habían mirado nunca y me hiciste sentir visible después de mucho tiempo, Dulce. Me mirabas como si yo fuera lo más alucinante que habías visto en tu vida, y yo también te había mirado a ti. Vi mi reflejo en tus ojos y lo vi distinto. No sabías quién era y, sin embargo, te habías detenido a observarme. Muy a mi pesar, por mucho que lo intentaba, ya no pude volver a ese mundo interno al que me había escapado. Era incapaz de elegir, porque tú seguías estando ahí, seguías mirándome así, acompañándome… y empezaste a arrastrarme. ¿Por qué?

—Porque me importas —consigo decir después de unos segundos en los que me mira confusa e incrédula en una imagen borrosa.

—No me conocías —rebate.

—Lo sé, y no puedo explicar lo que pasó, pero tienes razón en una cosa.

—¿En qué?

—Eras lo más alucinante que había visto nunca. Y también lo más frágil. Entonces no te conocía, pero te conozco ahora, Anahí, y aunque yo no pueda explicar por qué no pude alejarme más de ti después de ese día y tú no puedas explicar por qué fuiste incapaz de volver a tu mundo, al final, lo único cierto es que ninguna de las dos pudo elegir. Siento dolor por lo que has tenido que vivir y siento rabia hacia tu padre y hacia tu novio, por no haber sabido…

—No quiero que me tengas lástima —interrumpe frunciendo el ceño—. Ellos no tenían acceso a mí.

—Ellos ni siquiera lo intentaron, joder. No te tengo lástima. Nunca te la he tenido, Anahí. Solo digo que no entra en mi cabeza la posibilidad de que alguien pueda desentenderse así. Yo me estoy muriendo por abrazarte y, ellos, que tenían la posibilidad, no lo hicieron.

Agarro sus mejillas con delicadeza para que me mire a los ojos cuando intenta apartar la vista.

—Me importas —Hago una pausa y suspiro—. Me importas mucho. Y, no solo no te tengo lástima, sino que eres la persona más fuerte que he conocido. Tienes una enfermedad de las más complicadas, algo que no se soluciona con medicamentos ni

operaciones. Una enfermedad cuya «cura» solo la tienes tú. Pero eso no quiere decir que tengas que estar sola en el camino; un camino que, por cierto, ya has empezado a recorrer. Ahora sé que cuando te quedas pensativa mirando la comida no estás preocupada por las calorías, sino que intentas encontrar una manera de evitar la necesidad de correr a vomitar porque el peso que llevas dentro es más de lo que puedes soportar. Has encontrado la manera, Any. Desde que estás aquí no has tenido la necesidad de hacerlo y, ¿sabes por qué? Porque te has aferrado a instantes de felicidad y estás compartiendo tu peso con alguien. La carga es más ligera si la llevamos entre las dos. El secreto está en los pequeños momentos, Anahí, en ir paso a paso; porque, paso a paso, se recorren kilómetros —aseguro secando un par de lágrimas de su mejilla—. No volverás a sentirte sola, ¿entiendes? Nunca más.

Acaricio su rostro con manos temblorosas y el corazón muy acelerado, porque quiero abrazarla y quiero besarla, quiero devolverle todos esos años que ha perdido, porque una niña de diecisiete no tendría que enfrentarse sola a una cosa así, porque ella tendría que haber vivido lo que vive cualquier chica de esa edad. Tendría que haber querido comerse el mundo volando sobre dragones en lugar de ahogarse entre sus llamas.

Muchas veces nos gustaría haber llegado antes a los sitios, pero, en la mayoría de las ocasiones, lo hacemos cuando tenemos las herramientas necesarias. Quizás ella y yo nos encontramos en el momento justo para salvarnos mutuamente.

White empieza a ladrar desesperado, sobresaltándonos y consiguiendo que nos giremos al mismo tiempo para ver la caña a punto de romperse y la bolla hundida en el agua.

—¡Hemos pescado! —grito levantándome para aguantar la herramienta de pesca y, entre las dos, recogemos el carrete con un poco de desesperación.

Un animal de un tamaño bastante considerable aletea desesperado intentando escapar de la trampa, y aunque la sensación inicial no es muy agradable, consigo acercarlo hasta nosotras. Entonces siento los brazos de Anahí rodear mi cintura desde atrás y esconderse a mi espalda.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto riendo.

—Estoy segura de que eso muerde.

—Cuidado con el tiburón blanco, que te arrancará un brazo —me

burlo y ella me da un golpe en el hombro acompañado de un «idiota». El pez, por su parte, continúa aleteando en el aire—. Así te harás más daño.

—Si pudiera responder te mandaría a la mierda.

Le lanzo a ella una mirada fulminante, pero no digo nada, porque estoy segura de que tiene razón. Introduzco al animal en el interior del cubo y me paso varios segundos intentando liberarlo del anzuelo. Sus rápidos movimientos y su piel resbaladiza lo dificultan más de lo que me esperaba, pero, una vez liberado, sigue aleteando mientras nosotras lo miramos en silencio y esa sensación tan poco agradable crece en mi estómago.

—Voy a echarle agua —informa Anahí, consiguiendo que la mire alzando una ceja.

—¿Y eso con qué intención?

—¡Se está ahogando! —exclama preocupada.

—Se supone que nos lo queremos comer, Any.

—¿De verdad eres capaz de comerte a ese indefenso animal que solo intenta luchar por su vida?

—¡Anahí! —exclamo entre sorprendida y aturdida—. Es nuestra cena.

Solo le hizo falta mirarme con ojos tristes y suplicantes para conseguir que mire al pez, que continúa aleteando sin parar y arrancarme un suspiro de resignación.

—Devuélvelo al lago —le pido.

Ella no se lo piensa ni dos segundos, levanta el cubo y lanza el pez al agua, que empieza a nadar como un loco para alejarse a doscientas millas de nosotras.

—¡Salta, Willy! —grita Anahí.

—¿Le has puesto nombre?

—Así se llamaba mi pez.

—Ah… Así que, ¿le pusiste a un pez de seis gramos el nombre de una orca de seis toneladas?

Ella se encoge de hombros y me mira desafiante.

—Tú llamaste White a un perro blanco. No vengas a darme lecciones de creatividad —Me encojo de hombros analizando su argumento, bastante acertado, por cierto, y después de unos segundos, no podemos evitar explotar en una carcajada—. ¿Crees que sobrevivirá?

—Eso espero. No pienso volver a hacer esto nunca más.

—¿Y ahora qué cenaremos?

—Compré pescado en la pescadería antes de venir.

Me mira levantando las cejas y con unos ojos tan acusadores como escalofriantes.

—¿Y si ya habías comprado lo necesario, por qué llevamos una hora aquí sentadas esperando conseguir un pez para, después, devolverlo al lago?

—Punto número uno: el pescado lo compré con la intención de prevenir que nuestras dotes de pesca fueran un fracaso. Quería prepararte una receta que mi abuela solía cocinar los domingos de pesca, pero no pensé que me harías tener remordimientos de conciencia por arrebatarle la vida a un pobre animal. Encima estás haciendo que me cuestione toda mi infancia y qué le veía de interesante a esta afición cruel —Resoplo y ella me mira con una sonrisa que no entiendo en absoluto—. ¿Qué te parece tan gracioso?

—Eres adorable —Finaliza negando con la cabeza y, sin decir nada más ni darme tiempo a reaccionar, se acerca para rodear mi cintura con sus brazos y esconderse en algún lugar de mi cuello. Al principio me quedo un poco paralizada, pero el calor de su cuerpo no tarda en despertarme y, con el corazón muy acelerado, respondo a un abrazo que sabe diferente al anterior. Mis manos se mojan con la humedad de su pelo y esto se convierte en un abrazo que huele a lago y huele a Anahí. Un abrazo que huele a nuevos comienzos, nuevas oportunidades y nueva vida.

17

La postal del porche parece sacada de un cuento. He decidido bajar la mesa plegable que guardábamos en la buhardilla y colocar la cubertería que tenía mi abuela para ocasiones especiales, junto a un par de copas. Además, también he encendido las guirnaldas exteriores que compré el año pasado para iluminar esta zona de la casa y ahora mismo combinan demasiado bien con los últimos rayos anaranjados del atardecer. Me quedo unos cinco minutos observándolo todo y preguntándome si me habré pasado o no, porque tampoco quiero que piense que esto es una cita o un patético intento de conquistarla.

Resoplo y, negando para mí misma, vuelvo al interior de la cabaña.

Ella sale del dormitorio al mismo tiempo, secándose los restos de humedad que le quedan en el pelo después de la ducha. Mi corazón se acelera cuando nuestras miradas se cruzan y, aunque por un momento, parece que me voy a petrificar como casi siempre, la sonrisa que se dibuja en mis labios es una buena vía de escape.

—¿De qué te ríes?

—Te sienta bien mi ropa —respondo desviando mi camino hacia la cocina.

—Es cómoda. Me hace sentir más libre.

—¿Libre? —pregunto interesada, dándome la vuelta y encontrándomela mucho más cerca de lo que esperaba.

Vaya manera más silenciosa de caminar. Miro un momento sus pies descalzos y se me forma un hormigueo en el pecho, porque ese

nivel de confianza y comodidad no es fácil alcanzarlo en general y, mucho menos, tratándose de Anahí.

—Siempre he vestido con ropa cara que no deja paso al oxígeno. Ya sabes, por eso de parecer una princesa que se ajusta al canon. Tu ropa es más… ¿Cómo decirlo?

—¿De vagabunda? —bromeo ganándome un golpe en el brazo y una sonrisa.

—Despreocupada y libre.

—Sí, creo que la época del corsé terminó hace unos cuantos años. Supongo que hay momentos para todo, pero, de forma general, valoro mucho el poder respirar —Le sonrío—. En cuanto a ti, no creo que el tipo de ropa que lleves consiga que dejes de parecer una princesa de cuento.

Cuando una sonrisa se instala en sus labios y me mira con intriga, me doy cuenta de que debería comprar un bozal, y no para White.

—Tengo que aprender a controlar estos ataques de sinceridad cursi que me dan —protesto.

—Ya has empezado a controlar lo de sonrojarte —Se encoge de hombros—. Paso a paso se recorren kilómetros, ¿no?

Intento fruncir el ceño y lanzarle una mirada fulminante, pero eso de que haya usado la misma frase que esta tarde usé yo con ella, me acaricia un poquito el corazón y me arranca una sonrisa involuntaria, cosa que le hace sonreír de manera triunfante.

—¿En qué puedo ayudarte? —Cambia de tema señalando con su cabeza el pescado que tengo sobre la barra americana.

—Con ese tono podrías atender mis llamadas. A ver si me has estafado con eso de la Administración y Dirección de Empresas, y en realidad te dedicabas a responder el teléfono en la empresa de tu familia.

Ella vuelve a darme un golpe en el hombro y yo debo ser cada día un poco más masoquista, porque siempre que lo hace se me acelera el corazón. Sobre todo, si me saca la lengua como una niña pequeña y luego se pone a husmear el desastre de productos que tengo esparcidos por toda la cocina. El olor de su pelo recién lavado me transporta, de manera automática, a nuestros encuentros en el pasillo todas las mañanas.

—¿Y ahora de qué te estás riendo? —Vuelve a preguntar alzando una ceja divertida.

—Es la primera vez en mi vida que preparo esta receta —respondo

para salir del paso.

—O sea que, a lo mejor esta noche no cenamos.

—¿Qué sería de la vida sin sus riesgos? —Me encojo de hombros.

—¿Cómo se llama la famosa receta?

—Pescado al horno Andrade —informo mientras empiezo a cortar cebolla y ella un tomate, mirándome con la ceja levantada y mucha desconfianza—. No es un simple pescado al horno. Está hecho con un ingrediente secreto que solo conocemos los miembros de esta familia —explico con tono misterioso—. Cuenta la leyenda que, solo cuando pertenezcas a ella, te podrá ser desvelado.

—¿Y cómo puedo pertenecer a tu familia para ganarme semejante honor?

—Tengo un hermano con el que podrías casarte.

Aunque me encojo de hombros en actitud chulesca, el universo decide que este es un buen momento para que la cebolla me ataque los ojos y comiencen a picarme y a llorar como si no hubiera un mañana. Hago el intento de frotarlos con mis manos, pero antes de que pueda siquiera rozarlos, Anahí detiene el movimiento, atrapándolas entre una de las suyas y utilizando la otra para mojar un trapo y, con una delicadeza admirable, acercarlo a mis ojos para dar ligeros toques en ellos. Un remedio infalible, pero no sé si porque el hecho de refrescarlos tenga algún efecto sobre mí o porque verla tan cerca, tratándome de una forma tan dulce y con esos ojos azules tan clavados sobre mí, consigue que se me olvide lo malvada que puede llegar a ser una cebolla inoportuna.

—No llores —susurra con una sonrisa—. No tengo ninguna intención de convertirme en tu cuñada. —Yo también sonrío, porque la noticia es casi más efectiva que el trapo húmedo en mis ojos y porque su sonrisa es una puñetera generadora de más sonrisas—. ¿Mejor?

—Odio la cebolla —protesto.

—Déjame a mí. Yo sigo con esto.

—De ninguna manera. No quiero que termines llorando tú también.

—Podemos turnarnos. Te vas a arrancar un dedo como sigas cortando la cebolla con los ojos cerrados, Dulce.

—Mantén ese trapo cerca por si tienes que parar una hemorragia —bromeo y ella niega con una sonrisa.

—Cabezota.

Sonrío triunfante y aparto la vista para continuar con mi labor, pero de vez en cuando la veo negar y sonreír ante mi esfuerzo sobrehumano por no demostrar que me quiero arrancar los ojos de cuajo.

A los pocos minutos la bandeja está lista y añado los últimos toques de la famosa receta de mi abuela: sus especias favoritas y un par de ramas de una planta que ha cultivado ella misma durante años y que yo me he esforzado por mantener tras su muerte.

—Creo que aprovecharé para darme una ducha rápida —comento al girar la rueda de tiempo del horno.

—Me parece una buena idea. Creía que el olor a lago era del pescado, pero ahora que él está en el horno, me parece que la culpable de mi mareo es otra.

Agarro un mechón de mi propio pelo con mucha rapidez y me lo acerco a la nariz para comprobar, sorprendida, qué tan cierta es su reciente acusación. Al no distinguir nada raro en mi olor, vuelvo a mirar a Anahí y la encuentro con una sonrisa juguetona.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Nunca se me pasaría por la cabeza.

Lanzándole una mirada fulminante que le arranca una mueca extraña y a mí una risa, me marcho para adentrarme en el cuarto de baño y darme una ducha relajante. Lo ideal después de un día tan largo y emocionalmente intenso.

Mientras el agua corre por mi cuerpo recuerdo todo lo que Anahí me ha confesado en las últimas horas y un escalofrío me recorre la espalda. Por un lado, me alegra que haya conseguido desahogarse después de tantos años y, por otro, me paraliza la idea de todo lo que ha vivido y el no saber cómo seguir después de esto.

Al secar los restos de humedad que quedan en mi pelo y empezar a peinarme frente al espejo, me pregunto cómo debe ser esa sensación de no reconocerse en el reflejo. ¿Qué debió sentir aquella adolescente cuando comenzó a odiar sus facciones, sus gestos o sus ojos? ¿Cómo es posible que odiara sus puñeteros ojos?

Abro la puerta del cuarto de baño al terminar y, en el momento en el que un sonido muy familiar empieza a invadir mis oídos, detengo el paso con el corazón acelerado, porque hace mucho que no lo escucho y porque no sabía que una ducha se podía transformar en un viaje al pasado.

El piano de mi abuela.

Tan dulce e intenso como lo recordaba.

Camino despacio hacia la sala, como si en la madera hubieran escondido cuchillos que, con un golpe en falso, me podrían atravesar los pies. Al mismo tiempo siento mis ojos empezar a humedecerse, porque la sensación que me produce el recuerdo de este sonido es muy intensa y porque ver a Anahí de espaldas, sentada sobre la butaca y balanceando su cuerpo al ritmo de la melodía mientras White permanece acostado a su lado, le suma unos cuantos decibelios a la intensidad.

No puedo creerme que esté tocando el piano.

Ella lleva más años sin hacerlo que yo sin escucharlo, pero, que este instrumento esté volviendo a cobrar vida gracias a ella, es un regalo que no me esperaba recibir en este viaje. Porque los pianos no se hicieron para estar en silencio ni las manos de una pianista para huir de esta magia.

Me acerco con cuidado, no quiero interrumpir, pero quiero vivirlo de cerca como solía hacer cuando era una niña. El rápido movimiento de sus dedos sobre las teclas es capaz de marear e hipnotizar a la vez. Anahí tiene los ojos cerrados, pero yo siento cómo la música entra por sus yemas y viaja por todo su cuerpo como una corriente eléctrica. Tengo envidia de la música y se me eriza la piel.

—Ven —susurra sobresaltándome—. Siéntate conmigo.

Obedezco sin que me lo tenga que volver a pedir. Me siento a su lado en la pequeña butaca donde nuestros brazos tienen que rozarse por obligación y Anahí continúa dejando que sus manos bailen por las teclas con tanta ligereza y soltura que no puedo apartar la vista de ellas. Cada vez que balancea el cuerpo hacia este lado, todo el espacio se impregna con su olor y a mí esta me parece la única droga sana del universo.

Aparta la vista de las teclas para buscar mis ojos, como si no le costara nada hacerlo, como si pudiera ponerle una venda en la cara y, aun así, fuera capaz de tocar la Quinta Sinfonía; y sonríe, con una sonrisa pequeña en la boca y gigante en el corazón, como si me estuviera diciendo «esto es lo que más feliz me hace en el mundo», y yo le regalaría unas cuantas eternidades como esta para que no volviera a conocer una felicidad menor. Tiene que darse cuenta de lo que me provoca, de lo hipnotizada que me quedo mirándola y de lo sensual que, de pronto, ha empezado a parecerme el sonido del piano mezclado con su sonrisa y con el vaivén de su cuerpo.

Ella vuelve a bajar la vista para concentrarse en el aumento de ritmo y yo vuelvo a fijarme en sus manos. Unas manos que pueden ser pequeñas y delicadas en apariencia. Manos de princesa. Unas manos que, son las responsables de acercarla a su infierno más profundo en ocasiones; pero, la verdad, es que sus manos, consiguen erizar mi piel sin rozarme, pueden recordar una melodía después de años y hacerla vibrar como si hubieran nacido para ello; y unas manos que consiguen eso, no son unas manos frágiles. Son tan fuertes como ella. Anahí no tiene manos de princesa, tiene manos de guerrera.

El ritmo empieza a descender y algo incómodo, pero placentero, se instala en mi pecho, porque me pasaría horas escuchándola y, a la vez, la calma que se instaura segundos después de un final mágico es de lo mejor que he experimentado en mi vida. El silencio más bonito y especial que hemos compartido hasta ahora. El momento más íntimo que he vivido con otra persona.

—Creía que no iba a ser capaz de recordar cómo hacerlo.

—Si haces esto después de haber estado años sin tocar, no puedo llegar a imaginar lo que eras capaz de hacer antes. Tu talento es…

—Años de práctica —interrumpe—. Solo eso.

—No es solo eso —aseguro captando su atención—. Está muy lejos de ser solo eso. Desde mi punto de vista, existen dos formas de tocar un instrumento. Ejecutando las notas a la perfección o sintiendo la música con pasión. Tú haces las dos cosas. No creí que pudiera volver a emocionarme escuchando este piano, Anahí. Gracias.

—¿Gracias? —pregunta frunciendo confusa—. Yo estaba segura de que no volvería a tocar un piano nunca más, Dulce. Ni siquiera recordaba cómo me sentía al hacerlo. Así que, gracias a ti, por devolverme esto.

La luz que transmite su mirada en este momento es lo más parecido a esa luz que he estado buscando desde que la conozco. O, quizás, es esa luz, porque siento que este brillo nuevo no es más que la suma de todos los anteriores. El atisbo que hubo tras su primera palabra o su primera sonrisa, el que reflejó cuando vio el lago por primera vez y después del primer sorbo de cerveza. El brillo que tenía mientras bailaba o cuando nos mirábamos bajo los fuegos artificiales. El mismo que tuvo hace unas horas, cuando decidió devolver un pez al lugar del que nunca debió haber salido, y el que tiene ahora, después de recordar su amor por la música. Un brillo muy intenso que, lejos de clavarse como una espada de hielo, llena el corazón de calor.

—Ya no hueles a lago —susurra olfateándome como White en sus mejores momentos.

La sonrisa que me dedica a continuación es gigante y burlona, lo sé porque se cuela en mi campo visual de alguna manera, pero yo no puedo apartar la vista de sus ojos, porque si miro sus labios por un solo segundo, no voy a poder contener las ganas que tengo de besarla. Ella acaricia mi mejilla como si lo supiera y un sonido muy molesto nos sobresalta en el momento más inoportuno.

—La cena está lista —anuncio junto a los ladridos de White y el agudo aviso del horno.

Ansiosa por comprobar si mis dotes de cocinera son hereditarias, saco la bandeja del electrodoméstico y le indico a Anahí que me siga hacia el exterior. White decide autoinvitarse al banquete, porque si hay comida de por medio, él es el primero de la fila, así que se atraviesa en su camino casi haciéndola tropezar y la risa de ella me hace un poco más feliz.

—¿Cuándo preparaste todo esto? —pregunta sorprendida.

—Mientras te duchabas —Coloco la bandeja sobre la mesa improvisada y White asoma su nariz como un sabueso muy mono—. No es gran cosa, pero, espero que te guste.

—¿Estás de broma? Una noche preciosa, una cena con muy buena pinta, bajo las estrellas, un amigo que nos la quiere robar y una compañía inmejorable… Si hubiera vino, sería la cena más perfecta de mi vida —bromea.

—Ah, bueno, pues nunca me ha gustado quedarme a medias —Aparto un poco la silla para que pueda sentarse y me inclino junto a su oído—. Estás a punto de tener la cena más perfecta de tu vida.

Dejando tras de mí un halo de misterio muy divertido, me dirijo hacia la cocina para traer una de las botellas de vino que mi abuelo guardaba en su pequeña bodega situada también en la buhardilla, y que puse en la nevera justo antes de empezar a preparar el porche para la cena. El hombre se pasó toda la vida repitiéndome que debía prestar mucha atención a la temperatura del vino, porque no se podía tomar de cualquier manera, y me hizo memorizar unas instrucciones básicas para conseguirlo según la época del año en la que estuviéramos.

Cuando vuelvo al exterior, Anahí mira al cielo con tanta concentración que hasta me parece una crueldad interrumpirla.

—Es difícil ver estrellas en la ciudad —comento al llegar a la

mesa.

—Solo hay un sitio del mundo en el que he visto tantas estrellas como esta noche. —Levanto la vista con curiosidad, intentando no perder la concentración al descorchar la botella, porque la escena se podría convertir en un desastre de un momento a otro—. En la Toscana italiana.

Asiento y sirvo un poco de vino en su copa para que lo pruebe. Espero que le guste, porque mi abuelo era tan fiel a esta marca que tiene una colección de diferentes cosechas del mismo y no tenemos otro para elegir. El hombre más fiel del planeta. Ella mueve en círculos el recipiente, como una catadora profesional, saborea, espera un par de segundos que me parecen muy divertidos y asiente, dándome permiso para terminar de llenarla.

—Por esta noche —dice con la intención de brindar una vez me he sentado enfrente—. Y por las horas que me has hecho vivir en este lugar.

—Pues yo quiero brindar por la vida en general, porque, sin esperarlo y sin buscarlo, nos ha traído hasta esta noche.

Ambas nos sonreímos y llevamos la copa hacia nuestros labios para beber en medio de un cruce de miradas algo intenso.

—Tiene la temperatura ideal —apunta—. No ha perdido nada de sabor ni aroma. ¿Cosecha del ochenta y nueve?

—¿Acaso eres una experta en vinos? —pregunto sorprendida mientras empiezo a servir el pescado y lanzo una rápida mirada a la etiqueta de la botella. Experta y adivina.

—Si no lo fuera, estaría desheredada —responde con una sonrisa —. Bueno, en realidad puede que ya lo esté.

Anahí es la primera en probar el pescado, pero a mí se me revoluciona el estómago cuando este sabor tan conocido invade mis papilas gustativas. No es exactamente como el de mi abuela, pero se le parece tanto, que podría llorar ahora mismo.

Ella lo saborea con calma y, después de unos segundos, levanta la vista para conectar nuestros ojos. Expresa sorpresa y yo expectación.

—Quiero casarme con tu hermano —concluye sin más, ganándose una mirada de desaprobación que le arranca una carcajada y a mí una sonrisa—. Necesito esta receta.

—Suerte con eso. Ahora cuéntame por qué estarías desheredada si no fueras una experta en vinos.

—Es el negocio familiar desde hace varias generaciones y el mayor

orgullo para todos los miembros.

—¿Tu familia fabrica vinos?

—Mis abuelos paternos tienen uno de los viñedos más grandes que hay en la Toscana —informa llevándose otro pedazo de pescado a la boca.

—¡Claro! Por eso tu apellido es italiano. ¿Toda tu familia paterna es de Italia?

—Exacto. Mi padre se mudó cuando era, prácticamente, un adolescente, porque se enamoró de mi madre en la universidad y prefirió hacerse cargo de la empresa exportadora. Hizo crecer tanto el negocio que ya no creo que haya un rincón del planeta que no reciba los vinos Valente.

—Es verdad. Ahora que lo dices, creo haber leído algo sobre el empresario de exportación de vinos Oliver Valente cuando busqué tu nombre en internet —Una especie de luz ilumina mi cerebro de repente y busco de nuevo la etiqueta de la botella—. Espera, ¿vinos Valente? ¡No! —exclamo abriendo mucho los ojos—. ¿Me estás diciendo que tu familia fabrica el vino favorito de mi abuelo? ¿El que estamos tomando ahora mismo? ¿Por eso has sido capaz hasta de distinguir la cosecha a la que pertenece esta botella?

—En realidad eso es porque es mi cosecha favorita hasta la fecha. La distinguiría entre un millón —Sonríe con mucha ternura, como si mi perplejidad fuera excesiva y, bueno, puede que un poco exagerada sí que esté siendo, pero una no se entera todos los días de que está cenando con la futura heredera de una de las compañías de vino más importantes a nivel mundial y, sobre todo, el favorito de mi abuelo desde que tengo uso de razón—. Parece que las piezas comienzan a encajar en tu puzle.

—Voy a estar impactada los próximos dos días —advierto arrancándole una risa—. ¿Alguna noticia más que quieras destacar?

—Por ahora sabes todo lo que necesitas saber. Más bien, eres tú la que deberías contarme un poco más sobre eso de haber buscado mi nombre en internet.

—La noche del día que nos conocimos estuve dándole algunas vueltas a nuestros dos encuentros y buscar tu nombre en internet fue lo único que se me ocurrió para saber algo más de ti e intentar averiguar por qué habías terminado en La Cascada. No fue muy profesional por mi parte, ya lo sé.

—¿Qué encontraste?

—«Anahí Valente y su intento de suicidio» —Exagero el titular con las manos y me encojo de hombros—. No se me olvidará en la vida esa frase. Era un artículo en el que explicaban que eras hija de un conocido empresario de exportación vinícola, pero, claro, no fue el dato al que más atención le presté. Se me había incluso olvidado.

—O sea que, cuando volvimos a encontrarnos en el pasillo al día siguiente, ya sabías por qué estaba allí.

—Sabía lo que había leído en internet, pero hasta que vi tu informe no lo tenía confirmado. Además, los motivos se alejaban bastante de la realidad.

—Y me miraste igual.

—¿A qué te refieres? —pregunto confusa.

—Aquella mañana me miraste igual que la anterior, aun habiendo leído rumores sobre lo que hice.

—¿Y por qué iba a mirarte diferente? —insisto sin saber muy bien a dónde quiere llegar.

—¿Ves? A esto me refiero siempre. Tú nunca me has visto como a una niña loca y caprichosa que quiso matarse para llamar la atención.

—Querer matarse y llamar la atención no creo que sean frases que puedan ir juntas —opino, y dejo de cortar pescado un segundo para mirarla con seriedad—. Anahí, lo único que yo vi en ti desde el primer instante fue a una chica con la mirada más fría y perdida que había visto nunca. Desde ese momento empecé a preguntarme qué podía ser aquello tan poderoso como para oscurecerte así la expresión.

—Bueno —se encoge de hombros—. Ahora ya sabes que no fue ningún gran y poderoso motivo en concreto.

—El motivo es el más grande y poderoso que existe: habías dejado de creer. Cuando una persona deja de creer se sumerge en un abismo en el que se pierde a sí misma. Pero, te guste o no, señorita, nos encontramos —Sonrío y alzo la copa—. Y no me lo dice el hecho de que estés disfrutando de esta cena, sino tus ojos. Los mismos que en aquel pasillo también me dijeron que no te habías ido del todo, que solo tenía que bucear un poco para encontrarte. Así que, brindemos por ello.

—Y por ti.

—Qué manía con llevarme la contraria —bromeo guiñándole un ojo y arrancándole una sonrisa—. Por cierto, aún no me has contado la historia de tu novio.

—Esa historia no es nada interesante —asegura riendo antes de

beber.

—¿Sigues enamorada de él?

Lo suelto sin filtro y con algo de miedo, la verdad.

—Nunca lo estuve.

Intento contener mi emoción por su respuesta, pero no sé si funciona, porque ella vuelve a esbozar una sonrisa.

—¿Y por qué salías con él?

—David y yo nos conocimos durante el primer año de universidad y ya sabes cómo son esos comienzos; mucha ilusión, estudiar juntos, mismo grupo de amigos, fue fácil pasar de una amistad a compartir algo más.

—Pero la amistad forma parte del amor, ¿no?

—Sí, pero hay algo que sucede o no sucede. Lo veo de la misma manera en la que lo ves tú, creo que existe esa corriente imparable que no puedes controlar y que te arrastra. No se puede evitar ni tampoco medir. Simplemente, sucede. Y con David no sucedió.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—Creo que nunca llegué a planteármelo. Era fácil y cómodo estar juntos, pero, no sé, mi intento de suicidio fue una pista clara para darme cuenta de que no tenía ni un solo motivo que me hiciera querer aferrarme a la vida. Ni siquiera él —confiesa con tono duro y firme—. Lo he pensado mucho en las últimas semanas y me he puesto a analizar mi comportamiento. Siempre fui muy fría y distante. No soñaba con una vida a su lado, muchas veces ni siquiera soportaba tenerlo cerca. Si no eres capaz de soñar estando junto a esa persona, entonces, ¿de qué sirve?

—De nada —Sonrío de manera leve—. No sirve de nada. ¡Oye! ¡Hablando de sueños!

Me levanto como si una bombilla se hubiera vuelto a iluminar en mi cerebro y desaparezco en el interior de la casa unos minutos.

—Te dan unos arrebatos muy raros —comenta cuando vuelvo a la mesa.

—La conversación sobre soñar me hizo recordar algo que quería pedirte que hiciéramos juntas.

Arrastro mi silla hasta su lado, consiguiendo que White se levante y me mire molesto porque ya van dos veces que le despierto en menos de dos minutos, y coloco una hoja de papel sobre la mesa.

—¿Lista de sueños? —pregunta observando la única frase escrita.

—Como la mía —aclaro—. Bueno, está en blanco porque me

gustaría que, algún día, cuando estés preparada y te apetezca, empieces a rellenarla. *Y aquí, bajo este cielo estrellado* —Empiezo a interpretar de modo exagerado como si esto fuera una obra de Shakespeare que, por su reacción, parece más un monólogo de comedia—, *yo te prometo, hacer lo que esté en mi mano para ayudarte a cumplir todos y cada uno de esos sueños.*

—Estoy segura de que estamos descubriendo, al mismo tiempo, lo idiota que puedes llegar a ser.

—Ni confirmo ni desmiento.

Ella niega mientras yo le sonrío. Me gustan tanto estos momentos, son tan nuestros y están cargados de una energía tan especial, que ni siquiera me importa que desvíe la vista hacia el papel y dude unos segundos.

—¿Y si empiezo ahora?

Mi emoción debe notarse en China, en Brasil, en los cinco continentes y bajo los siete océanos. Lleva el lápiz hacia sus labios y empieza a dar pequeños golpecitos mientras piensa.

Adorable.

—Dicen que una persona, antes de morir tiene que haber hecho tres cosas fundamentales —explica—: escribir un libro, tener un hijo y plantar un árbol. Vamos a empezar por lo fácil, ¿no? —Asiento satisfecha mientras comienza a escribir—. «Plantar un árbol».

—Tocar el piano, como mínimo, una vez por semana —sugiero.

—Recuerdas que estoy ingresada en un centro de salud mental donde solo hay plantas y libros, ¿no?

—¿Qué te acabo de decir con aire *Shakespeariano*? —pregunto en tono misterioso.

Ella duda algunos segundos, con su ceja levantada desde que hice la sugerencia y con una sonrisa que crece.

—«Tocar el piano una vez por semana».

—¡Tengo otra! —exclamo sobresaltándola—. Debido a tu sangre italiana tienes el deber de comer pizza también, como mínimo, una vez a la semana.

—¿Esto es una lista de sueños o de obligaciones?

—Any, comer pizza siempre es un sueño.

—Está bien —Resopla rodando los ojos—. «Comer pizza sobre una Vespa de color celeste mientras contemplamos algún rincón de la Toscana».

—¡Joder! Te cambio la lista de sueños —le digo levantando la

palma de mi mano para chocar los cinco.

A continuación, empieza a hacer un recorrido visual alrededor, pensando qué más apuntar y detiene sus ojos en el cielo durante algunos segundos. Nunca había visto su mirada tan poco azul y tan bonita a la vez.

—Vivir en un lugar en el que, cada noche, pueda ver las estrellas como se ven desde aquí.

Y el corazón me empieza a latir un poco raro mientras ella apunta su siguiente deseo, porque el mundo está tan equivocado con respecto a ella. Anahí sigue siendo una niña que se ilusiona con cosas simples y con descubrimientos nuevos. Es una adolescente que tuvo que crecer demasiado rápido y bajo las peores circunstancias. Es una mujer llena de acertijos que, quizás, esté empezando a encontrarse.

—¡Dul! —exclama riéndose cuando conecto nuestras miradas—. Qué capacidad de abstracción.

—¿Me estabas diciendo algo?

—Sí —continúa riéndose—. Te he preguntado tres veces que si podemos ir rellenando el resto con el tiempo.

—Claro. Pequeños pasos crean grandes caminos.

—La doctora Andrade siempre con la frase adecuada —bromea sonriendo—. ¿En qué estabas pensando?

—En que necesito ir con urgencia al baño. Las dos copas de vino están luchando por abandonar de manera precipitada mi vejiga urinaria.

—Qué imagen más gráfica y qué mentirosa.

—¿Mentirosa? —pregunto sorprendida—. Me estoy meando de verdad.

—Cada vez que te pregunto en qué estás pensando o de qué te ríes, evades el tema, y te crees que me quedo satisfecha, pero subestimas mi inteligencia.

—Ni subestimo tu inteligencia, ni cuánto me conoces —Sonrío ante su gesto analítico—. Pero te aseguro que, si no voy al cuarto de baño ahora, tardarás poco en comprobar que no miento.

—Vale, vale —acepta levantando las manos—. Huye, doctora.

Me inclino, riéndome, para darle un rápido beso en la mejilla y salir corriendo hacia el interior de la casa. Un lejano «¡Tus besos no me van a comprar!» mantiene la sonrisa en mis labios durante los minutos que invierto en expulsar el vino de mi organismo.

Al pasar por la sala con la intención de volver al exterior de la

casa, me detengo de súbito cuando veo a Anahí de espaldas en la cocina. El sonido del agua caer y el ruido de platos chocar me dan una pista de lo que está haciendo, así que, me acerco de manera sigilosa, como un felino a punto de cazar y, cuando me aseguro de que no se ha dado cuenta de mi llegada, agarro su cintura con decisión, sintiendo cómo se sobresalta. La parte difícil nunca es el impulso, sino el después, y el vino Valente no es un buen aliado en cuanto a impulsos se refiere. Ni el vino ni la heredera del clan.

—¿Qué crees que estás haciendo? —susurro junto a su oído.

—Lavar los platos —responde retorciéndose un poco y esbozando una sonrisa.

—Has aprovechado que me fui al baño, porque sabes que, de otra manera, no te dejaría. Eso es juego sucio.

—Eso es inteligencia.

—Déjame terminar a mí, anda. Ve a relajarte.

—En un minuto nos relajamos juntas —insiste—. Acabo en seguida.

No sé quién es más cabezota de las dos, pero el resquicio de sonrisa provocativa que puedo verle desde esta perspectiva me indica que cree haber ganado la batalla. Nada más lejos de la realidad.

—No me dejas otra opción —Suspiro de manera dramática y empiezo un ataque de cosquillas que la hace retorcerse sobre la marcha y reír desesperada mientras intenta dejar los platos en un lugar seguro.

—¡Menuda tramposa estás hecha! —acusa entre carcajadas.

—Intenté decírtelo por las buenas, pero tú siempre prefieres a las malas.

En un movimiento demasiado rápido consigue darse la vuelta para quedar cara a cara. Yo no detengo el ataque, porque es mucho más bonito verla reírse desde este ángulo, pero ella empieza a restregar sus manos enjabonadas por mis mejillas y mis labios, como si tragar jabón y untarme en espuma fuera el arma perfecta para dejarme fuera de combate. En cierta forma lo es, porque lo inesperado del ataque me hace detenerme y lanzarle una mirada de absoluta venganza antes de arrebatarle la espuma y hacer lo mismo en su cara y cuerpo, sumergiéndonos en una guerra de jabón, risas y cosquillas tan improvisada como divertida. Anahí tiene menos fuerza que yo, pero no se rendiría, aunque la atase a la tubería.

—Te voy a cortar las manos —amenaza con una risa entrecortada.

—Cualquier cosa menos las manos —advierto—. Son muy eficaces y necesarias.

Basta una frase tan simple con tono bromista para que Anahí detenga el juego de manera súbita y su expresión cambie por completo. Me mira fijamente y muy seria, como si algo le hubiera molestado de repente, como si en este momento sintiera una rabia desbordante hacia mí. Y, a pesar de eso, de la repentina tensión, ninguna de las dos se mueve ni un centímetro. Mis manos volvieron en algún momento a su cintura y las suyas se quedaron congeladas en mi camiseta, agarrándola con fuerza a la altura de mi estómago. Nuestros ojos se desafían, porque yo no sé muy bien qué está pasando, pero ella sigue con cara de odiarme y el ritmo de su respiración aumenta en sus embestidas contra mis labios. No sé si son imaginaciones mías, pero cada vez siento el calor de su cuerpo más cerca y a mí se me dificulta conseguir oxígeno. Es como si algo magnético nos estuviera acercando. Sus pupilas están tan dilatadas que el poco rastro de azul se ha convertido en gris y, ¡joder!, congela de verdad. He intentado resistirme con todas mis fuerzas, pero solo hace falta una milésima de debilidad para que mis ojos bajen a sus labios y, al encontrarlos entreabiertos, se me corte la respiración. Ella permanece aferrada a mi camiseta, cada vez un poco más fuerte, sin ejercer presión para alejarme, pero tampoco para acercarme. Se aferra al nudo que guarda entre sus manos como si quisiera descargar ahí una cantidad desmedida de ira, y a mí es que se me está derritiendo el suelo bajo mis pies o algo, porque cada vez siento más inestabilidad debajo de nosotras.

—No aguanto más —susurro cerrando los ojos—. Te juro que no aguanto más, Anahí.

La presión de mi camiseta disminuye y una de sus manos empieza a rozar mi mejilla dejando suaves caricias sobre ella. No me atrevo a abrir los ojos. No me atrevo porque la resistencia dejó de ser mi fuerte hace un par de meses y porque, si la miro, la corta distancia que todavía hay entre nosotras me va a pesar demasiado.

Tanto, como la manera brusca en la que me aparta para salir corriendo y dejarme aturdida. No estoy entendiendo nada. Hace mucho tiempo que me cuesta entender qué pasa con nosotras. Me llevo ambas manos a la cabeza y golpeo la encimera para después apoyarme en ella, intentando recuperar la respiración y la perspectiva, intentando que el ritmo de mi corazón vuelva a la normalidad y que

mis manos dejen de temblar.

Me acaricia y me aparta. Me acerca y me aleja.

Como siempre.

Cuando ya he conseguido recuperar mis signos vitales y coordinar movimientos, decido ir a buscarla. Está sentada sobre la tarima de madera, con los pies colgando sobre el lago y su mirada perdida en alguna estrella con mucha suerte. Me acerco despacio y me siento a su lado. Ella nota mi presencia, pero no mueve ni un músculo y yo no sé cómo empezar a hablar o si es mejor quedarse callada.

—Lo siento —me disculpo después de varios minutos de silencio —. No sé lo que está pasando conmigo, pero te juro que lo siento, Anahí —Hago una pausa y suspiro—. No quiero que lo que acaba de suceder estropee lo que hemos vivido ni que te sientas incómoda. Así que, mañana a primera hora volveremos a la ciudad.

—La simple idea de separarme de ti me produce pánico, Dulce. — El corazón me da un vuelco ante tal confesión y la miro confusa—. El mismo pánico que me produce hacerte sufrir.

Cuando sus ojos deciden enfrentarme, los veo muy brillantes y humedecidos, como si unas lágrimas hubieran escapado de ellos antes de mi llegada. Se me crea un nudo en la garganta y me veo en la obligación de tragar antes de extender la mano para recoger otra lágrima rebelde que empieza a bajar por su mejilla.

—No estoy sufriendo —susurro acariciándola.

—Quizás todavía no, pero lo harás. Tarde o temprano, lo harás — asegura bajando la mirada—. Es lo único que se me da bien, Dulce, hacer sufrir a la gente que le importo. No sé querer a nadie. Destrozo todo lo bueno que sucede en mi vida. Soy un completo desastre emocional. Subo y bajo, me acerco y me alejo, ¡no tengo estabilidad! Ni siquiera puedo cuidar de mí misma —explica enfrentándome desesperada y, después de unos segundos de pausa, suspira—. Y a pesar de sentir lo que siento cuando estoy contigo, me aterroriza hacerte daño y conseguir que termines odiándome. Me importas tanto, que la simple posibilidad de hacerte sufrir me paraliza. Eres… ¡Dios! Eres la mujer de la que cualquier persona podría enamorarse, Dul. Hay cientos de chicas dispuestas a llenar tu vida de sueños y a darte todo eso que mereces. Pero, yo… Yo no soy más que un juguete roto, que lo único que puede traer a tu vida, es oscuridad.

Todo este discurso se ha ido clavando en mi pecho como un juego de cuchillos muy afilados. La veo borrosa desde hace varios minutos y

algo me duele tanto, que, por primera vez, no tengo la frase adecuada ni la explicación correcta. Por primera vez, la desesperación y la impotencia son más grandes que las palabras. Me pongo de pie y tiro de su mano para que me acompañe en silencio, ella pone un poco de resistencia al principio, pero al ver que sigo sin decir nada, decide dejarse llevar hasta el interior de la casa.

La conduzco hasta el cuarto de baño y freno cuando llegamos a la altura del espejo. Me coloco a su espalda y mis manos sostienen sus brazos mientras observamos nuestro propio reflejo. Sus ojos se mantienen clavados en los míos durante varios minutos. Es incapaz de mirarse y eso también me duele.

—¿Por qué no puedes ver lo que yo veo? —pregunto acariciando la piel de sus brazos—. Mírate, Anahí. Eres la chica más bonita que he conocido jamás. ¿No lo ves? ¿No te ves? —Ella baja la mirada, intentando escapar de mis palabras sin mucho éxito, porque levanto su mentón con delicadeza para que, por fin, se encuentre frente a frente con su propio reflejo—. Mírate. No importa a quién te parezcas. Tus ojos son solo tuyos, tu pelo es tuyo y tu cuerpo es tuyo. Observa tu mirada y sé capaz de ver lo que yo veo en ella, por favor; a una chica valiente, cabezota y preciosa. No es el color azul tan alucinante que tienen tus ojos ni la risa de bruja contagiosa que me eleva unas cuantas galaxias —Río entre lágrimas y ella también se ríe—. Tampoco es el olor de tu pelo, que me obliga a cuestionarme mis conexiones neuronales cuando pasas a mi lado, ni la forma en la que arrugas la frente cuando quieres protestar y esas ganas irrefrenables que me dan de abrazarte todo el tiempo. Es tu mirada. Esa que, a veces es tan gris como un cielo antes de la tormenta y, otras, turquesa como el mar más transparente de la tierra. Míralo —Vuelvo a pedir—. Ahí está ese brillo que no me canso de buscar y que, cuando desaparece, también me permite disfrutar de la sombra. Eso no puede hacer daño a nadie —aseguro con un suspiro—. Anahí, cuando nuestras miradas se encuentran en medio de este caótico mundo, el caos se vuelve orden —Giro su cuerpo para quedar cara a cara y detengo un par de lágrimas que intentan huir de su mirada sorprendida—. Tienes razón, hay muchas chicas repartidas por el mundo. El problema es que, en la única mirada que quiero perderme y encontrarme al mismo tiempo, es en la tuya. El único caos del que quiero formar parte, es del tuyo. Sé que tienes miedo y yo también lo tengo. Estoy muerta de miedo —confieso con una sonrisa de labios

temblorosos—. No sé lo que te pasa a ti conmigo ni lo que me pasa a mí contigo, porque esto rompe muchas reglas e incumple cláusulas de contratos, pero tengo un ejército de dragones gritándome al oído que los seres humanos nunca hemos podido controlar de todo el fuego y que las cosas, a veces, hay que dejarlas arder, porque las llamas purifican, y si la naturaleza ha sabido crecer entre volcanes, ¿qué no vamos a poder hacer nosotras? —Bajo la mirada a su boca y acaricio con mi pulgar el borde de sus labios—. Déjame quererte, Anahí. Déjame quererte, y te prometo que te querré hasta que aprendas a amarte a ti misma.

Vuelvo a buscar sus ojos, encontrándome con una mirada fija, confusa y llena de lágrimas. Ella no hace nada por detenerlas y yo tampoco, porque llorar también purifica y porque sería absurdo intentar retener una corriente de esta magnitud. Nuestras respiraciones vuelven a estar igual de agitadas que en la cocina. Ella cierra los párpados y besa la mano con la que estoy acariciando su mejilla. Yo también los cierro, porque nadie me ha enseñado a enfrentar una situación tan intensa y emocional, y porque estoy segura de que ninguna de las dos sabe cómo hacerlo.

Después de unos segundos de silencio en los que la piel de mi mano se ha ido empapando de sus lágrimas y solo se han escuchado intentos inútiles de volver a la normalidad, acerco mis labios a su frente para dejar ahí un beso muy lento. Un beso de «cuando estés lista», «cuando seamos un poco más valientes». Me aparto de su piel al poco tiempo y abandono el cuarto de baño, porque el hueco en mi pecho se ha hecho tan pequeño que necesito respirar. Y justo cuando estoy a punto de cruzar la puerta del dormitorio, Anahí agarra mi muñeca y tira de ella para hacerme girar con desesperación. Mis manos se aferran a sus caderas para recuperar el equilibrio cuando ella libera las mías, dispuesta a acorralar mis mejillas e impedirme la huida. De nuevo su respiración agitada contra mis labios y sus ojos clavados en los míos.

—Hasta que aprenda a amarme a mí misma —susurra bajando la vista a mi boca.

Y, mientras me estoy cuestionando mis conexiones neuronales, sus labios rompen la escasa distancia que nos separa y en China la escala de Richter sube a diez en un microsegundo.

Me besa.

Atrapa mis labios de forma dulce y desesperada. Con necesidad y

un poco de dolor, con todo este caos que nos acompaña y con una manada de dragones escupiendo fuego sin control. Su boca resucita mis músculos, me aferro a su cintura para tenerla más cerca, porque para ahogarme, me ahogo bien, y ella enreda sus dedos en mi pelo, como si también pensara que el oxígeno estuviera sobrevalorado. Abrimos los labios al mismo tiempo y nuestras lenguas se encuentran, se queman, se reconocen sin haberse visto nunca y provocan un hormigueo desde mi estómago hasta mi pecho de lo más alucinante.

Cuando nos damos cuenta de que nadie va a poder parar la corriente sin nuestro permiso, que estamos juntas en esto, la desesperación empieza a amainar como una tormenta en pleno verano. Nuestras lenguas comienzan a acariciarse más despacio, a explorar con conciencia, a ser un poco más dulces y menos ansiosas. Exploro su boca como si quisiera memorizar cada rincón y me doy cuenta de que, es esto, nunca ha sido otra cosa, nunca ha sido otro beso.

Busco su piel por debajo de la ropa, porque no me atrevo a parar esto ni para respirar y, ella, al darse cuenta de que no soy buena en apnea, separa nuestros labios y sonríe mientras me recupero un poco, y un poco fastidiada, la verdad.

—Si mueres asfixiada esto no va a funcionar —bromea susurrando contra mi boca—. Y quiero que funcione.

Tiene razón. Morir aquí implicaría no saber qué pasa después, pero la verdad es que no se me ocurre una manera mejor de morir ahora mismo.

—Lo siento —Sonrío respirando con dificultad—. Menos intensidad y más control.

—No te he pedido que te controles, solo que no me dejes sin ti.

Vuelve a sonreír contra mis labios temblorosos y a mí me parece que ya llevamos demasiado tiempo respirando, que las emisiones de CO_2 están acabando con el planeta y que no me interesa destruir la Tierra ni estar un segundo más sin besarla. Así que, atrapo sus labios con más calma que antes, con una dulzura desconocida hasta la fecha, saboreando cada movimiento e intentando decirle que esto es mucho más de lo que nunca le he dado a nadie. Mis manos vuelven a buscar contacto con su piel bajo la ropa y ella empieza a erizarse al paso de mis caricias. Levanto la prenda con cuidado y Anahí me ayuda a que nos deshagamos de ella por alguna parte. Mi camiseta no tarda ni medio segundo en desaparecer también, pero ella se queda mirando

mi cuerpo con unos ojos tan ansiosos que ahora es mi piel la que se eriza, antes incluso de que llegue a tocarme. Analiza cada centímetro como si no hubiera visto jamás un cuerpo desnudo frente a ella y yo me doy licencia para hacer lo mismo, porque «de perdidos al río». Me sorprende que, siendo tan delgada, aún haya pruebas de un abdomen marcado, como si el ejercicio formara parte de su rutina diaria a pesar de todo. Sus pechos van en proporción con el resto de su cuerpo y las pequeñas pecas que le crecen en medio de ambos me hacen sonreír, porque yo no sé si Anahí será perfecta para el mundo, pero lo es para mí. Me gustaría decírselo en voz alta, a ella y a todas esas chicas que no se reconocen en el espejo.

«Eres perfecta».

Sus dedos rozan mi estómago como si en medio de esas palabras silenciosas hubiera encontrado la valentía para hacerlo. Empieza a hacer círculos por mi piel, consiguiendo erizarme un poco más porque el recorrido de sus ojos asciende al mismo tiempo. Observa mis pechos, mi cuello, mis labios, nuestras miradas vuelven a conectar y es entonces cuando aprovecha para agarrar el borde de mi pantalón y atraerme hacia ella con decisión. Nuestra piel se roza por fin y nuestros labios se buscan a medio camino. Desabrocha el botón y nos deshacemos también de esta prenda sin romper el beso. El suyo desaparece de la misma manera, sus brazos rodean mi cuello y mis manos buscan su espalda, porque el aire empieza a sobrar de nuevo entre nosotras y la necesidad de un roce más intenso es bastante poderosa. Giro su cuerpo en un movimiento rápido para dejar su espalda pegada a mi pecho y aunque el gesto parece extrañarle al principio, no tardo ni medio segundo en apartar su pelo hacia un lado y llevar mi boca a su cuello para besar su piel de la misma manera que he estado haciendo con sus labios. Húmedo y despacio. Siento sus costados erizarse en la palma de mi mano, que no quiere perder el contacto mientras mi lengua empieza a jugar con la piel debajo de su oreja. Su respiración se acelera y lleva una mano hacia atrás para volver a enredar sus dedos en mi pelo y acercarme, como si me estuviera obligando a no abandonar esa parte hasta quedarme seca. Empiezo a alternar besos y mordidas por todo ese lugar, consiguiendo provocar ligeros escalofríos en ella. Acaricio su espalda en un movimiento lento y ascendente, mientras se le escapa algún gemido cuando me escucha respirar en su oreja. Al llegar al broche de su ropa interior, lo libero y consigo que los tirantes se deslicen por sus brazos

muy despacio. La prenda desaparece igual que las anteriores y yo no pierdo ni un segundo en volver a darle la vuelta. Sentir sus pechos desnudos golpear contra los míos me genera una corriente en la espalda muy intensa y cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, me doy cuenta de que no puedo estar demasiado tiempo lejos de ellos, que todo lo que haga es el doble de bonito si la estoy mirando y que nunca había querido invertir tanto tiempo en disfrutar de alguien; pero si ahora vienen y me ofrecen una eternidad en esta escena, firmaría mil contratos y la repetiría a todas horas, porque el cuerpo no tiembla con cualquiera y yo nunca había temblado. Nunca me he sentido tan vulnerable frente a nadie y con tantas ganas de transmitirle amor, que ni siquiera sé por dónde empezar a hacerlo

Avanzo hacia el borde de la cama y, de una forma suave y lenta, quedo acostada sobre ella. Noto su piel tan caliente como la mía y trago con nervios, pero no sirve para nada, porque es Anahí la mujer que tengo debajo y eso es jugar en otra liga siendo una novata.

—¿Tienes miedo? —pregunta en un susurro.

—Estoy aterrorizada.

—¿Por qué?

—Desde que nos conocimos he dejado de razonar y ahora que te tengo así, me da miedo ir demasiado deprisa, hacer algo que no quieras hacer, decepcionarte o romper la magia. Sé que esto es una locura y lo único que quiero es cometer infinitas locuras contigo. Quiero que lo sientas todo, Anahí, y yo…

—Cariño —interrumpe acariciándome—. Todo, es justo lo que estoy sintiendo. Y no hay otra persona que pueda conseguirlo. Así que, no podrías decepcionarme, aunque quisieras. Estoy haciendo esto porque no hay nada en el mundo que desee más, te lo aseguro. No hay forma de romper nuestra magia, Dulce.

«Cariño».

Qué bonito suena en sus labios y qué bonito se ve todo desde esta perspectiva.

«No hay forma de romper nuestra magia».

Me incorporo para apoyar mis rodillas sobre el colchón y aprisionar sus manos a ambos lados de su cabeza, le sonrío con ganas de transmitirle que el miedo es lo único que ya no es tan intenso y ella me devuelve la misma sonrisa. Entrelazamos los dedos con tanta fuerza que, joder, me pregunto por qué nos esforzamos tanto para inventar los idiomas si no he conocido medio de comunicación más

efectivo que este. Vuelvo a atacar su cuello y ella me aprieta las manos con más fuerza todavía cuando empiezo a bajar con mis besos por toda su piel. Levanta las caderas de manera involuntaria en cuanto mi lengua recorre el centro de su pecho y tengo que esconder una sonrisa en esa parte. Le suelto las manos, para poder seguir bajando mientras sus sonidos de placer y desesperación empiezan a inundar mis oídos y se aferra a mi pelo. Llego al ombligo, con el que mi lengua decide jugar y arrancarle una risa muy dulce mientras contrae el estómago. Le lanzo una mirada cargada de malicia y continúo bajando hasta el borde de su ropa interior, que deslizo despacio por sus piernas.

No le queda ni una prenda de ropa en el cuerpo y yo estoy a un paso de convulsionar por las vistas.

Vuelvo a colocarme sobre ella con muchas ganas de mirarla a los ojos para asegurarme de que esto está sucediendo de verdad, pero sus manos son demasiado hábiles y, en cuestión de segundos, se deshace de toda mi ropa interior. Ni en siete años de relaciones con mujeres he ganado yo esa velocidad.

—Igualdad de condiciones —susurra con la voz un poco ronca.

Cuando estoy lista para dedicarle una sonrisa, atrae mi cintura hacia abajo, consiguiendo que nuestros pechos desnudos se rocen por primera vez y que sienta su humedad calando mi pierna. Ahora sí que me detengo a observarla, con el abdomen contraído porque tantas mariposas no deben ser saludables y porque su mano asciende por mi espalda aumentando la excitación del momento. Estoy segura de que ella también puede sentir mi humedad en su pierna.

De pronto decide que quiere tener otro tipo de ventaja y nos hace intercambiar posiciones. Ahora es ella quien aprisiona mis manos a ambos lados de mi cabeza y su pelo roza mi cara, como si la situación pudiera ser un poco más erótica. Baja hasta casi rozar mis labios y se detiene ahí, a dos milímetros de mi boca, dejándome sentir lo agitado de su respiración y estremeciéndome con esa mirada cargada de algo nuevo. Atrapo su boca porque no puedo más, porque un minuto sin besarla ya no es algo factible y porque necesito decirle que ya no importa demasiado lo que ocurra fuera de esta casa, de este pueblo, en la ciudad, en su vida o en la mía, no importa, porque hoy soy un poco más suya y, tal vez, ella también sea un poco más mía.

Consigo liberar mis manos para abrazar su espalda e incorporarnos un poco. Ella queda sentada sobre mi cadera, siento lo mojada que

está en la parte superior de mi pubis, pero necesito sentirla mucho más. Sobre todo, si me mira así, si me acaricia el pelo así y si junta nuestras frentes cuando siente que mi mano empieza a bajar y que mis dedos se empapan de sus fluidos nada más acceder. Gemimos al mismo tiempo, enreda los dedos en mi pelo y acerca la cadera hacia mi mano, como si me estuviera suplicando algo. Me dedico a jugar un poco con su humedad arrastrándola hacia su clítoris, ella gime cada vez más alto y respira más rápido. Siento su boca abierta temblar sobre la mía y también siento todo mi cuerpo temblar entre sus brazos. Cuando introduzco dos dedos en su interior, ella arquea la espalda y emite un ruido gutural que me eriza de pies a cabeza. Entonces me mira a los ojos por última vez, antes atrapar mi boca con desesperación y comenzar a mover sus caderas sobre mí.

Hacer el amor es mucho más que tener sexo con alguien. Es entregarte en cada movimiento, besar hasta el último rincón de la piel con los labios y con el corazón. Es decir, sin palabras, que el mundo era mucho menos bonito ayer y que será más alucinante mañana. Es mirarla y saber que repetiría cada minuto de este viaje una y mil veces, porque no hay imagen más espectacular que esta y no hay otro sitio del planeta donde quiera estar. Su humedad bajando por mis dedos, el vaivén de sus caderas, los gemidos desesperados y las caricias que están ocurriendo en esta cama, son lo más parecido que he visto a la magia. Y el camino ha sido tan caótico y perfecto como este final en el que, sus paredes se contraen atrapando a mis dedos, mientras sus dientes se clavan en mi labio inferior para ahogar el gemido más grande y perder la fuerza a continuación, empapando por completo la parte de mí que todavía sigue dentro de ella.

Después de unos segundos en los que intenta recuperar el aliento contra mi boca, me dejo caer hacia atrás para que descanse sobre mi cuerpo, pero nos colocamos un poco de perfil. No he sabido lo que es hacer el amor hasta este momento en el que sus ojos me miran cansados y su mano me recorre el pecho.

—No hemos terminado —susurra con dificultad.

—Acabamos de empezar.

Ella esboza una pequeña sonrisa y sus ojos vuelven a ser azules y brillantes. No desprende la misma luz que en ocasiones anteriores, emite una mucho mayor, una más intensa, la suma de todas, con un toque especial.

«Hasta que aprendas a amarte a ti misma».

Porque esto es el amor y no otra cosa, porque un par de dragones han llegado para arrasar con todo y llevarse la voluntad de elección, porque las llamas ya no queman y en el infierno se está demasiado bien.

—Parece que buscas algo —me dice.

—Acabo de encontrarlo.

—¿El qué? —sonríe confusa.

—La luz de tu mirada.

Sonríe un poco más y empieza a dibujar el borde de mis ojos con sus dedos como si fuera una graduada en bellas artes y esta su mejor obra. Pasea los suyos por toda la piel de mi rostro y se detiene en mis labios mucho tiempo, deben estar enrojecidos, porque los siento arder y ni siquiera me importaría que se me cayeran a pedazos.

—No se puede encontrar algo que tú misma has creado, mi amor.

Y se abalanza para atrapar mi boca una vez más, porque parece que no besarnos, ya no es una opción. Nuestros labios se han acostumbrado demasiado rápido los unos a los otros y no quieren dejar de conocerse. Nuestras lenguas se necesitan y nuestro corazón ha encontrado calma en medio de una vorágine de brujas y princesas, de dragones y guerreras, porque, quizás, cada uno tenemos un poco de todo ello por dentro.

18

Los segundos previos a abrir los ojos son muy extraños. Como una dimensión paralela en la que no sabes dónde estás ni qué ha pasado en las últimas horas, vagando entre lo que has soñado y la realidad a la que crees que perteneces. Yo sé lo que ha pasado en las últimas horas, pero todavía no estoy segura de que sea mi realidad o uno de esos sueños de los que no me gustaría despertar.

Abro los párpados muy despacio, como si la lentitud me fuera a permitir volver a dormirme en el caso de que no me gustase lo que veo y también para que el cambio de luz no me deje ciega, pero lo que veo es infinitas veces mejor que un sueño, porque si algo no me esperaba, era encontrar los ojos azules de Anahí mirándome fijamente desde primera hora del día.

El corazón se ahorra un latido para después multiplicar su velocidad por mil millones, y qué bonito.

—¿No me piensas dar los buenos días? —pregunta acariciando mi mejilla con mucha dulzura.

—Todavía estoy asimilando que esto sea real —Sonrío levemente —. Cerebro lento.

—¿Y por qué no iba a serlo?

—Porque parece un sueño.

—¿No eres tú quien dice que los sueños se hacen realidad?

Asiento y mantengo la sonrisa mientras observo la suya y sus dedos juguetean con mi pelo. ¿Cómo se puede ser tan bonita?

—Buenos días, guapa.

—Mucho mejor así —murmura poniéndose encima de mí.

Coloco un mechón de pelo detrás de su oreja para que no me haga tantas cosquillas en la cara y siento que no me importaría despertar así el resto de mi vida.

—¿Estás preparada para comenzar un nuevo y sorprendente día? —Ella asiente, y aunque no deja de sonreír, percibo que dicha sonrisa ha bajado un poco la intensidad—. ¿Qué pasa? ¿Ya estás aburrida? Demasiados días aisladas del mundo, ¿no? ¿Quieres que…?

—Todo lo contrario —interrumpe—. Me muero por empezar un nuevo día aquí contigo, pero no puedo dejar de pensar que es el último y que hemos esperado demasiado para estar así.

—Haberte lanzado a mis brazos antes —bromeo para intentar borrar esa mueca triste de su rostro.

—Pues lo hice, ¿sabes? Pero yo no tengo la culpa de que seas tan lenta.

—Debo haberme perdido un capítulo de esta historia —Frunzo el ceño.

—La primera noche, en la fiesta del pueblo. ¿No me acerqué peligrosamente a tus labios y casi te beso? —Recrea aquel momento reduciendo el espacio entre nuestras bocas con una sonrisa de lo más maquiavélica—. ¿Lo vas recordando ahora? —Asiento sin decir ni una palabra, porque su respiración golpeándome a estas horas de la mañana ha conseguido robarme el habla, y ella vuelve a apartarse entre risas—. Igual de inmóvil te quedaste esa noche. Ni siquiera parpadeabas.

—Eso fue un absurdo ataque de celos —protesto—. No cuenta como lanzarse a mis brazos. Lo que hiciste anoche sí que fue lanzarte a mis brazos, con honores y todas las medallas.

—¿Quieres que lo haga de nuevo?

Lo pregunta sin intención de dejarme responder, porque antes de que pueda siquiera abrir la boca, la suya me atrapa de una forma en la que se me eriza todo el cuerpo. La humedad de su lengua acariciando la mía es la mejor manera de despertar al resto de mi organismo que he encontrado hasta ahora. Es que no puede ser que mi cuerpo reaccione tan rápido y tan dispuesto.

—Admiro la enorme capacidad de tus pulmones —comenta riendo después de unos minutos—. Pero yo necesito oxígeno cada cierto tiempo.

—Cuando te beso me olvido de todo, Anahí. Incluso de respirar.

—Creo que ya tengo oxígeno suficiente —concluye volviendo a atraparme.

Nuestros labios no se conocían hasta hace unas horas, pero en este momento parece que llevan juntos toda la vida y que, aun así, nunca se cansarían de explorarse. La temperatura sube mientras el ritmo del beso también aumenta, mis manos empiezan a recorrer su cuerpo desnudo y su rodilla hace presión en mi entrepierna, manteniendo un contacto directo con una humedad que crece y lanzando descargas a mi columna vertebral.

—A este ritmo no vamos a poder salir de la cama —gruño intentando respirar entre besos.

—¿Dónde ves el problema?

Justo cuando voy a volver a besarla para decirle que problema no tengo ninguno, el colchón se hunde en un extremo y White llega hasta nosotras dando coletazos y reclamando su dosis diaria de atención.

—¿Qué te tengo dicho sobre subirte a la cama, al sofá o a cualquier superficie blanda que no sea tu lugar para dormir? —pregunto con un tono firme y acariciándolo al mismo tiempo.

—No vengas ahora a fingir que le pones límites. Este pequeño es un consentido y ambas lo sabemos.

—Bueno, somos compañeros de vida —Me río mientras él me lame la cara—. Pero sí que le pongo límites. Siempre le pido de forma amable que se baje y vuelva a su sitio, pero él se niega. No puede vivir sin mí.

—Generas adicción —susurra volviendo a acercarse a mis labios.

—¿Eso crees?

Asiente cuando ya casi no hay espacio para el aire entre nosotras y sonríe contra mi boca de una manera en la que me vuelve bastante loca, pero cuando ya casi puedo saborearla entre mis labios, un ladrido de White casi consigue matarnos de un infarto. Ambas le lanzamos una mirada de «ya te vale, tío», y él mueve su cola como si tal cosa, como si le diera igual haber interrumpido una explosión de fuegos artificiales y un viaje al espacio.

—Me habían dicho que el sexo se terminaba con los hijos de dos patas, pero nunca mencionaron a los de cuatro.

Ella lanza una carcajada ante mi tono resignado y decidimos levantarnos de la cama con las ganas brillando por su ausencia. Soy la primera en ir al cuarto de baño mientras Anahí opta por quedarse jugando con White un rato más. Escucho la risa de una y los gruñidos

del otro con tanta insistencia que se me olvida lo que iba a hacer y me detengo en el umbral a contemplar la escena. El «casi» lobo blanco muerde las manos de la princesa del cuento mientras se revuelve entre las sábanas llenándolo todo de pelos y acercándome a mí al borde del colapso, pero la escena es tan perfecta, que los estornudos posteriores son un daño colateral muy insignificante. Menudo giro más inesperado ha dado el cuento de Caperucita.

Decido ir a buscar mi cámara de fotos porque las ganas de atrapar este momento para siempre son demasiado tentadoras y ellos están muy distraídos como para notar mi ausencia.

Al volver a la habitación han comenzado una guerra de fuerza para ver quién suelta primero el cojín. White lo sostiene como si fuera el último saco de comida sobre la faz de la tierra y Anahí se ríe sin parar, porque rendirse no está en su vocabulario perruno y se nota demasiado que a picado no lo gana ni ella. Ajusto de manera muy rápida los parámetros para que la fotografía no quede subexpuesta y empiezo a disparar desde diferentes ángulos, buscando el encuadre más perfecto, aunque lo más perfecto de esta escena sea el sonido y ese no pueda capturarlo en instantáneas.

Ella levanta la vista después de muchas tomas y la veo a través del visor, con una cuadrícula que delimita la escena para guiarme en la regla de los tres tercios y una sonrisa que me recuerda que tengo un corazón en constante competición consigo mismo para llegar a una meta inexistente. Tanto empeño en enseñarle lo que es vivir y, resulta, que soy yo la que no tenía ni idea.

Anahí extiende su mano, invitándome con una sonrisa a regresar a la cama y cuando llego hasta ellos, White emite un ladrido, pidiéndome a su manera que participe en el juego. Ella me sostiene la cámara mientras tumbo al cachorro boca arriba para rascarle la panza, aunque su excitación es tan grande que al principio se retuerce intentando morderme, en lugar de quedarse atontado como siempre. Entonces escucho un sonido familiar y, al buscar a Anahí, me doy cuenta de que acaba de hacer una foto de los tres que me muestra en la pequeña pantalla. Le sonrío de forma inmediata, ella también me sonríe y continuamos jugando entre risas, caricias e instantáneas de esta familia tan inesperada y perfecta que el destino trajo a mi vida.

Cuando salgo de la ducha no hay rastro de Anahí ni de White en el dormitorio, así que abandono la habitación y la veo a ella de espaldas en la cocina, como si estuviera haciendo algo sobre la encimera. Me acerco igual de sigilosa que anoche y me sorprende ver que tiene su pelo recogido con un lápiz de manera muy inteligente. Nunca he sabido hacer eso. Atrapo sus caderas provocando que dé un pequeño salto por el susto y me inclino hacia su cuello descubierto. Ella ladea la cabeza para darme más acceso y me dedico a jugar con mis labios y mi respiración sobre su piel, sin llegar a tocarla, pero sintiendo cómo se empieza a retorcer y pega su espalda a mi pecho para buscar más contacto.

—Es peligroso que tengas el cuello tan expuesto —susurro contra su piel.

—¿Y eso por qué?

—Porque tiene un imán…

El ritmo de su respiración empieza a acelerarse. En algún momento decidió cerrar los ojos y ambas nos olvidamos de que estaba haciendo algo antes de mi llegada. Se da la vuelta con decisión para quedar cara a cara y empieza a acariciar mi labio inferior con su dedo pulgar. Pasea la vista por mi cara como si intentara memorizarla y una de sus manos hace el mismo recorrido, hasta que se detiene en mis ojos. Ahí nos regalamos un silencio de los nuestros, de esos que gritan muchas cosas y no dicen nada.

—Nunca había sentido lo que me hiciste sentir anoche —confiesa con tono serio—. No sé qué tienes ni cómo lo haces, pero consigues que no quiera estar más de diez segundos separada de ti. ¿Es eso normal?

—Y si no lo es, me encanta no ser normal.

—¿No tienes dudas o preguntas? ¿No te gustaría saber cómo o por qué sucedió esto?

—Hoy no —aseguro con una sonrisa—. Las dudas, las preguntas y las complicaciones… Ya habrá tiempo para ellas mañana. Hoy somos solo nosotras. Eres toda para mí.

—¿Y tú? —insiste con cierta inseguridad—. ¿Eres toda para mí?

—De pies a cabeza, Anahí.

Una frase muy simple que consigue cambiar su expresión por completo. Que consigue borrar la inseguridad de un plumazo y que a mí me hace latir diferente el corazón; porque Anahí es la persona con más problemas de autoestima que conozco y, aun así, confía en mí,

incluso cuando no confía ni en sí misma.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunto recibiendo una sonrisa mientras acaricio su mejilla.

—Prepararte el desayuno —Sonríe orgullosa—. Para que veas que sé pelar y cortar fruta desde hace varios años.

Husmeo por encima de sus hombros sintiendo cómo me cruje el estómago al ver la jarra de zumo natural y una macedonia de frutas muy colorida y apetecible.

—¿Y por qué no ibas a saber?

—Como has estado más de dos meses preparándome la fruta de tu almuerzo como si se la estuvieras dejando lista a un bebé, creía que, a lo mejor te habían contado que no sé hacerlo por mí misma.

—Guapa y graciosa —protesto lanzándole una mirada un tanto intimidante—. Lo tienes todo. ¿Alguna vez te la comiste?

—¿Qué importa eso?

Rompe nuestro vínculo para terminar de preparar la bandeja y yo me alejo un poco para sacar un par de vasos del mueble y servir el zumo.

—¿Lo hiciste? —insisto—. No voy a enfadarme si la respuesta es no.

—Alguna vez lo hice —confiesa encogiéndose de hombros—. A veces pensaba que, si tú creías y esperabas que hiciera algo, quizás podía hacerlo.

—Puedes hacerlo —confirmo ofreciéndole uno de los vasos—. Y no porque yo lo crea, sino porque puedes hacerlo.

Ella me dedica una sonrisa, no muy segura, pero suficiente, y se lleva la bebida a los labios.

Este es un buen momento para acercarme al reproductor de música y activar la lista de canciones que acostumbro a escuchar, con un volumen considerable, cada mañana que amanezco en esta casa. Empiezan a sonar los primeros acordes de una melodía muy divertida, pero creo que aún le faltan decibelios a esta vida.

—¡Tu madre está sorda! —le grita a White, que aparece por la trampilla en cuanto empieza a sonar la música.

Él viene dando coletazos hacia mí porque ya está demasiado acostumbrado a esto y ella se tapa un oído con una mano mientras que, con la otra, sigue sosteniendo el vaso y me mira como si realmente le fuera a estallar un tímpano. Acerco el vaso de zumo a mis labios para utilizarlo de micrófono improvisado y empiezo a

gesticular la letra de la canción mientras camino hacia ella.

—*«No sé qué tiene tu voz ni el por qué de ese mal humor. Tan distante y tan molesta».* —Levanta una ceja como diciendo «a mí no me dediques esta mierda»—. *«¡Pero no hay otra mejor! Tienes fama de mujer diferente a las demás, por eso es que, me gustas, cada día más».* —Extiendo mi mano para invitarla a bailar esquivando muebles y ella empieza a reírse de esa forma que me encanta—. *«Eres fuego y eres mar. Si me miras; ¡ay, ay, ay! Tan imperfecta, que eres perfecta. ¡Esa es la verdad! Eres lluvia y eres sol, calma y tempestad de mi corazón».*

Mis payasadas y sus carcajadas impiden que tengamos la misma coordinación de nuestro primer baile, así que nos dedicamos a dar vueltas un poco torpes por toda la sala, robando desayuno de vez en cuando y convirtiendo tenedores en aviones. No conocía esta faceta de mí misma hasta hace muy poco. Siempre he sido de las que necesitan un par de cervezas para reducir el sentido del ridículo, pero con Anahí estoy descubriendo una parte de mí que estaba demasiado escondida. Esta necesidad de hacerla reír a carcajadas y alegrarle la vida, está siendo una terapia para ambas, porque no encuentro una forma mejor de perder el control que a base de perder también el oxígeno entre risa y risa.

Tiro de su mano hacia el exterior de la casa cuando ya hemos bailado suficientes canciones. El intenso sol mañanero me deja ciega por un momento y no entiendo por qué a ella no, si ese azul no debe tener ningún tipo de protección contra los rayos de la estrella. Me sonríe cuando se percata de que tengo la misma cara que si me estuviera comiendo una rodaja de limón y me besa despacio, inocente, tan dulce, que, si me dicen que estoy en las islas Svalbard en los meses sin luz, me lo creería, menos por el frío.

—No hagas eso si un día discutimos —suplico cuando separa nuestros labios—, porque luego no voy a recordar ni por qué estaba enfadada.

Ella se ríe de una manera muy escandalosa y yo me alegro de haber recuperado la visión para no perderme semejante mezcla de paisaje.

Vuelvo a agarrar su mano y empiezo a correr en dirección al bosque mientras me sigue sin oponer resistencia. No se escuchan más que nuestros pasos y una cantidad asombrosa de aves que, en lugar de cantar, parece que se están peleando. A White le pareció mucho más interesante quedarse desayunando que acompañarnos, pero

seguramente cuando acabe se irá a olfatear por los alrededores, porque él es así de independiente y explorador. Seguro que ya conoce cada árbol y cada rama, pero le da igual.

—Correr a primera hora de la mañana por un bosque solitario y en pijama, es algo que solo podría haber hecho contigo —comenta con una risa entrecortada.

Yo le lanzo una mirada de «aún no has visto nada» y acelero el paso, empezando a atravesar el camino de árboles y arbustos que hay junto al lago. En realidad, no tenemos prisa, pero siempre me ha gustado la sensación de libertad que se experimenta cuando esta brisa y este olor me golpea en la cara y, no solo quiero que Anahí la sienta también, sino que quiero sentirla junto a ella, porque todo lo que siempre he disfrutado, adopta un nuevo sentido con ella. Lo bueno se transforma en algo perfecto y correr de su mano en un sitio al que recurro con frecuencia para olvidarme del mundo, hace que, juntas, creemos nuestro propio mundo.

Empezamos a bajar por un camino que se despeja de árboles a medida que nos acercamos al lago y la orilla más bonita de todo este lugar nos recibe tan alucinante como siempre. El color calipso del agua es muy transparente e hipnotizante. Se trata de uno de esos rincones que te hacen preguntarte qué hemos hecho los seres humanos si tanto nos cuesta encontrar sitios así. Aquí te replanteas el origen de las especies y la vida en otros planetas unas cuantas veces.

—Este es el lugar de la foto —aprecia ella mirándolo todo con asombro.

—Y de este color se ponen tus ojos cuando les da el sol. Te prometí que un día te traería.

Me mira aún más sorprendida. Sorprendida y emocionada, porque sus ojos se vuelven muy brillantes y, ¡joder! Es que teniéndolos aquí me queda bastante claro que no me equivocaba.

—Calipso —susurra.

Mi corazón late raro cuando Anahí me demuestra que recuerda la conversación y ella desvía la vista de nuevo hacia el agua cristalina.

—Es mi lugar favorito de todo el lago —informo volviendo a captar su atención—. Después de la casa, claro. Suelo venir bastante a pensar y a bañarme. El agua está tan limpia que a veces me pregunto si este rincón está protegido por una burbuja antidestrucción humana —bromeo—. Incluso los peces se acercan a curiosear.

—¿Cómo lo descubriste?

—No lo recuerdo. Seguro que en alguna de mis excursiones solitarias y fotográficas. Solo sé que, desde que puse un pie aquí, se convirtió en una costumbre venir a primera hora para contemplar este fenómeno. El agua tiene este color, exclusivamente, con los primeros rayos del sol y cuando el día está despejado.

—¿Has venido alguna vez con alguien?

—Con White.

—¿Con alguien que camine erguido? —insiste sonriendo.

—Aún no has visto a White cuando levanto comida por encima de su alcance —Vuelvo a bromear—. Contigo. Eres la primera persona a la que traigo.

—¿Y eso por qué? ¿Nunca has querido compartirlo con nadie?

—Soy muy recelosa con mis cosas —explico encogiéndome de hombros—. Siempre he creído que, si comparto mis lugares con alguien, cada vez que vuelva a ese sitio, recordaré a la persona. Este rincón ha sido mi lugar neutro, ese que solo me pertenece a mí.

—Hasta ahora —apunta con una mueca extraña—. ¿Y si un día no quieres recordarme? Acabamos de fastidiar tu espacio neutro.

—Esa es la diferencia, Any. Contigo sé que no importa lo que suceda a partir de ahora, porque el recuerdo de lo que hemos vivido siempre va a ser algo bonito. Quiero compartirlo todo contigo, desde mis rincones favoritos hasta mis miedos más absurdos. Además, soy consciente de que recordaré todo esto, aunque huya a kilómetros de distancia. Tienes que entender una cosa —Me acerco para acunar sus mejillas entre mis manos y que me mire a los ojos—. Lo que pasa entre nosotras es lo más especial que me ha ocurrido nunca y no quiero olvidar ni un solo segundo. Quiero grabarme la forma en la que te ríes cuando hago alguna tontería y cómo me miras cuando te digo estas cursilerías.

—¿Cómo te miro? —susurra bajando la vista a mis labios.

—Como si no pudieras parar de besarme.

Atrapa mi boca con una desesperación que me sorprende, como si ni siquiera hubiera escuchado mi última frase, como si hiciera días que no me besa o como si alguien fuera a arrebatarle mis labios en cualquier momento. Con las mismas ansias de la primera vez y un poco más de confianza. Mi lengua la recibe igual de desesperada, porque llevamos una media de quince minutos sin besarnos y seguro que le parece demasiado.

Cuando nos quedamos sin oxígeno apoya su frente en mi boca y

suspira de manera pesada, con los ojos cerrados, apretando mi nuca para que no me aleje y enredando los dedos en mi pelo.

—Me estás volviendo loca.

—Vives en un manicomio, Anahí.

—¿Y tú qué? —protesta levantando unos ojos divertidos y golpeándome el hombro—. Conquistando a tu paciente loca. Deberían suspenderte.

—Que me suspendan.

Esta vez soy yo quien la besa. Un poco más dulce y más fugaz. Un poco a modo de trampa para distraerla y, a continuación, cargar su cuerpo en brazos a traición. Se ríe mientras avanzo de manera torpe para deshacerme de mis zapatillas con un baile algo cómico y meternos poco a poco en el agua.

—¡Joder! Está congelada —protesto.

—Es una afición interesante esa tuya de bañarte con ropa.

Le saco la lengua sintiendo cómo se me congelan órganos inexistentes y, cuando el agua me llega a la altura de las rodillas, facilito la tarea de que apoye los pies en el fondo marino para que compruebe por sí misma lo que se siente. No le hace demasiado caso al frío, la verdad; empieza a avanzar fundiéndose con el paisaje de mis mejores fotografías y observándolo todo como si no fuera real, como si se hubiera colado en una postal. Me gustaría recorrer el mundo en busca de postales similares. Me gustaría fotografiar a Anahí así, contemplando rincones especiales del planeta y demostrándole que sus ojos pueden volver a ilusionarse con algo, que la vida no acaba aquí y que esto no ha hecho más que empezar.

—Me pareces tan interesante cuando te ausentas así —comenta sobresaltándome.

¿En qué momento se ha dado la vuelta?

Extiende su mano con una sonrisa para invitarme a estar más cerca y yo se lo agradezco, porque la distancia nunca es buena si es entre nosotras. Al llegar a su altura giro su cuerpo en un movimiento rápido y torpe que nos hace reír y perder el equilibrio al mismo tiempo, pero no caemos. Abrazo su cintura desde atrás y ella apoya su cabeza en mi mejilla derecha para seguir mirando el paisaje.

—Algún día nos iremos a buscar más rincones como este alrededor del mundo.

—Sueñas muy alto, Dulce —Lo dice sin reproche, pero con un poco de tristeza en la voz, como si no lo viera del todo posible—. La

gente normal suele estar atada a la tierra y tú te pasas la vida buscando cualquier excusa para volar lejos.

—Con los pies en el suelo y la mirada en el cielo —le digo captando la atención de sus ojos—. No sé en qué momento la vida se transforma en pasar las hojas de un calendario. Tachas un día y vas a por el siguiente de manera automatizada. Vivimos los lunes deseando que sea viernes y los viernes añorando las vacaciones anuales. No sé cuándo empieza a ocurrir, pero sí sé que llega un punto en el que te das cuenta de que llevas demasiado tiempo viviendo así y que ya hay muchas cosas en juego para cambiarlo. No quiero eso para mí. No quiero acostumbrarme y continuar sin elegir.

—Es difícil cambiar algo a lo que estás acostumbrada.

—Muy difícil. Pero es que la elección está en nosotras, Any. Solo hay dos opciones: vivir o sobrevivir. Y solo hay dos resultados: que salga bien o que salga mal. La decisión de arriesgarnos es nuestra. Y yo no quiero seguir sobreviviendo.

—Soy un globo —afirma con tono serio y mirada divertida, como si hubiera dicho la cosa más coherente del planeta—. Cuando hablas, siento que mis pies empiezan a despegarse de la tierra haciéndome flotar en el aire. No lo manejo ni lo controlo. Te escucho, imagino ese tipo de vida y vuelo al mismo lugar que tú. Haces que lo desee. Que quiera volar de tu mano.

La confesión me sorprende. Me sorprende y me emociona, porque estamos recorriendo kilómetros sin avanzar ni un solo paso y porque, si lo que le hace falta para volar, es mi mano, le regalo las dos y el resto de mi cuerpo como extra.

Hundo una de mis rodillas en el agua y casi me arrepiento cuando se me moja el pantalón y el frío conquista mi estómago. Esto es un corte de digestión como mínimo. Ella se da la vuelta un poco sorprendida o pensando que soy idiota.

—Anahí Valente —le digo extendiendo los brazos a ambos lados, poseída por el espíritu Shakespeariano otra vez—. En este rincón tan alucinante, de este sitio tan alucinante y frente a una chica más alucinante, yo te prometo que vas a ser un globo por el resto de tu vida.

—Qué idiota eres —murmura tirando de mi camiseta para levantarme y empaparse con mi ropa mojada cuando me atrae hacia su cuerpo y le sonrío junto a la boca—. Y cómo me encanta.

Atrapa mis labios con mucha decisión, pidiendo permiso para

abrirse paso y seguir explorando ese lugar que, al parecer, nos gusta tanto. Mi lengua la recibe con muchas ganas y, mientras una de sus manos se enreda en mi pelo, la otra empieza a bajar por mi abdomen para colarse en el interior de mi pantalón a una velocidad de infarto. Separa nuestros labios para sonreír un segundo y aumentar la sonrisa al darse cuenta de que mi respiración ha triplicado su ritmo en el último minuto. Ahora soy yo quien, después de grabarme a fuego esa mirada nueva, atrapo su boca pidiéndole en silencio que siga bajando y empezando a hacer lo mismo con mis dedos en su cuerpo.

Podría besarla y acariciarla durante horas y repetir hasta quedarme sin fuerzas, podría hacérselo aquí, en un rincón perdido de mi lugar favorito o en cualquier otro sitio del planeta, podría estar besándola hasta que nuestros labios se gasten y seguir besándola un poco más, porque no sé hacerlo de otra forma.

Porque no sé quererla de otra manera.

19

Corremos entre árboles agarradas de la mano y riéndonos como un par de dementes. Al llegar a la pasarela, White aparece desde la trampilla, ladrando y dando coletazos hacia nosotras. No sabe que sus veinticinco kilos tienen peligro, así que consigue que Anahí pierda un poco el equilibrio cuando se abalanza sobre ella, pero a ella parece tampoco importarle, porque ese momento de acariciarlo y jugar con él no está en discusión.

—¡Pierde muchísimo pelo! —exclama intentando arrebatar las matas que se han quedado pegadas en su ropa mojada.

—La alfombra de mi casa está bastante de acuerdo con esa apreciación. Y el sofá. Y la cama…

—Vale, vale, lo capto —interrumpe riéndose—. Puedes abrir una tienda de cojines si te apetece.

—Ya sé con qué ganarme la vida si lo de la psicología no funciona. Seré una versión actualizada y buena de Cruella. La verdad es que últimamente pierde más de lo habitual. ¿Estás estresado, guapo?

—¿Él también es «guapo»? —pregunta alzando una ceja, apartando mis manos del cachorro y colocándolas alrededor de su cintura.

—De hecho, es muy guapo.

—Creía que, a partir de hoy, solo me llamarías así a mí —Suspira con dramatismo chasqueando la lengua—. ¿Quién es más guapo de los dos?

—Um, saldré del paso recordándote que es el amor de mi vida y

que ya te lo había advertido —bromeo.

Ella abre los labios y la boca de una forma tan exagerada que se me escapa la risa. Con cara de total indignación se separa para marcharse obligándome a detener su huida rodeándole la cintura por detrás.

—¿Siempre eres tan celosa? —susurro junto a su oído.

—¿Y tú siempre eres tan idiota? —Con una carcajada y un movimiento rápido giro su cuerpo para encontrarme de frente con esa sonrisa que siempre me deja sin habla—. Ah, ¿ahora quieres un beso?

—Es que, él es muy guapo, pero tú besas mejor —Voy perdiendo volumen mientras sus labios se acercan de forma peligrosa—. Eres la única adicción que no puedo controlar.

—¿Por qué nos resulta tan difícil estar separadas más de un minuto?

Su voz se ha vuelto extremadamente ronca y su respiración golpea mis labios provocándome una corriente interna.

—Porque yo te molesto, tú finges indignación y pones una cara de niña que me derrite, a ti te encanta derretirme, y nos metemos en un bucle del que es imposible salir.

—No me interesa salir de ese bucle.

Nuestros labios se unen después del último susurro y la corriente en mi espalda se vuelve más intensa. La boca de Anahí tiene la mezcla perfecta de humedad y calidez, y mi corazón la reconoce en el acto, porque nunca ha latido tan fuerte.

—Será mejor que me despegue de ti si quiero bañarme en algún momento —protesta volviendo a dejar mis labios muy fríos.

—Estoy de acuerdo en todo menos en lo de que *será mejor*.

—También podrías bañarte conmigo.

—Tentador… —Suspiro—. Me arrepentiré toda la vida de rechazar esta propuesta, pero tengo que aprovechar para hacer algo.

Ella se aparta un par de centímetros y pone los brazos en jarra mientras frunce el ceño.

—¿Qué tienes que hacer, que sea más importante que bañarte conmigo?

—Empezar a cumplir tus sueños.

Con una sonrisa de lo más misteriosa me inclino para darle un beso en la frente y marcharme sin más explicaciones, sin darle tiempo a responder y sin girarme para ver a los dragones cabreados.

Mientras avanzo con el coche por el pueblo, recuerdo la última

noche que estuvimos aquí y me sorprende todo lo que ha pasado desde entonces. Veo a niños correr y me pregunto si algún día tendrán la suerte de sentir lo que yo estoy sintiendo con Anahí. Observo a ancianos llevar a cabo algún juego tradicional y también me cuestiono si ellos lo habrán experimentado. Espero que sí. Espero que todos los seres humanos podamos vivir algo tan intenso, aunque sea una vez en la vida.

La campanilla del local anuncia mi presencia como ha hecho siempre y se me extiende el pecho, porque me parece alucinante que un sonido y el olor a vida y naturaleza que viene después, sean capaces de hacerme viajar por toda mi vida en un instante.

La mujer que hay al otro lado del mostrador tampoco ha cambiado mucho sus quehaceres, con una tijera en la mano, dedica su vida a cuidar de estas plantas y de esta floristería que mi abuela adoraba. Cuando alza la vista, me doy cuenta de que los años siguen pasando para ella, pero su expresión dulce está intacta.

—¿Dulce? Oh, ¡por Dios! ¿Eres tú?

—Doña Olga —Sonrío mientras avanzo para darle un profundo abrazo.

—No has cambiado nada, cariño.

—Tampoco hace tanto tiempo que no nos vemos.

—Oh, sí, ya hace algunos años que no vienes a visitarme y, ten en cuenta que, si desapareces, no podré heredarte la floristería.

El recuerdo me hace reír de forma instantánea. Olga era la mejor amiga de mi abuela y pasé mucho tiempo aquí cuando era una niña y adolescente. Me gustaba aprender su oficio y me gustaba todavía más la pasión que ponía en él. A veces me pasaba el día haciendo fotografías de alguna flor que me resultara especial y diferente. Pero la verdad es que ella tiene razón, hace demasiado que no vengo a visitarla. Las prisas del día a día y la dejadez nos hacen restar tiempo a cosas tan importantes como dedicar unos minutos a una persona o a un lugar que en algún momento nos hizo felices.

—¿Todavía se acuerda de eso?

—Por supuesto. Todos los veranos me repetías que, algún día, cuando yo ya no tuviera fuerzas, tú te harías cargo de este lugar. Estabas convencida de que no podía haber un trabajo mejor que cuidar y oler plantas todo el día.

—Sigo creyéndolo. Este sitio tiene un aroma y una magia que sobrevive al paso de los años. Es especial.

—Y eso no es lo mejor de trabajar aquí —asegura ganándose una mirada de atención por mi parte—. Me he pasado años siendo testigo de cómo todas las personas que entran por esa puerta lo hacen buscando el regalo más especial para alguien. Casi siempre llegan pensando en otra persona y esa es parte de la magia. Igual que tú, que has intentado, con un vistazo muy rápido, encontrar lo que estás buscando. ¿Qué estás buscando, Dulce?

—Muchas veces he venido solo para verla —Sonrío con cierta culpabilidad—. Pero tiene razón, hoy vengo en calidad de cliente. No estoy buscando flores. Necesito algo que pueda plantar junto al lago. Un árbol pequeño o… No sé —La miro con duda—, algo que no necesite atención diaria, pero que pueda crecer. Estoy pidiendo demasiado, ¿verdad?

—En la vida, cualquier cosa que quieras hacer crecer, necesita cuidados, cariño.

—Tiene razón —Suspiro con una sonrisa, dejando caer los hombros—. El problema es que solo puedo venir los fines de semana.

—Bueno, si es por eso, no te preocupes, yo puedo acercarme a la cabaña para encargarme cuando tú no estés. Además, creo que tengo algo perfecto para ti. Acompáñame.

Obedezco la petición con mucha sorpresa y más intriga. Doña Olga se va directa hacia un rincón con varias macetas y me entrega una de ellas, permitiéndome observar cómo empieza a asomar un diminuto brote verde por encima de la tierra. No sé si esto es lo que necesito, porque vine buscando semillas de un árbol pequeño y fuerte, no una planta.

—Las cosas no son siempre lo que parecen, Dulce —explica con una sonrisa al notar mi decepción inicial—. Tienes entre tus manos un brote de bambú.

—¿Bambú? —Lo analizo sorprendida—. ¿Esta cosa tan pequeña?

—Esa cosa tan pequeña, con los cuidados y la atención adecuada, se convertirá en una de las plantas más resistentes que existen alrededor del mundo. El bambú, por su gran elasticidad, es capaz de soportar huracanes, tormentas y terremotos antes de volver a su posición inicial. De ahí, que los sabios orientales de las zonas más propensas a catástrofes naturales construyan sus edificaciones a base de esta caña. Dicen, que tener espíritu de bambú significa saber adaptarnos a las situaciones con las que nos encontramos, para, más tarde, salir airosos de dichos momentos difíciles. —Me mira en

silencio un instante y sonríe con toda esa dulzura que la caracteriza—. Sea cual sea el motivo por el que has decidido plantar algo en el lago, creo que debe ser bastante importante en tu vida. Así que, desde la humilde opinión de esta anciana que tantas cosas ha visto a lo largo de los años, te aconsejo que plantes bambú. Tú también verás cómo pasará mucho tiempo y no crecerá ni un centímetro. A lo mejor llegas incluso a pensar que lo has plantado mal. ¿Y sabes por qué? Las raíces, durante varios años, crecen y se fortalecen anclándose a la tierra. Una vez eso esté conseguido. Una vez la base sea fuerte y resistente, comenzará a crecer y, en apenas unos meses, parecerá que quiere tocar el cielo. Este árbol es lo más parecido que existe a la vida, al amor, e incluso, a nosotros mismos, Dulce; hay que construir una buena base, dedicarse a ella, cuidarla, anclarla a la tierra. Solo de esta forma conseguiremos que crezca algo fuerte, resistente y eterno.

En algún momento de esta historia tan inesperada mi corazón ha empezado a latir más rápido y observo la planta con cierta emoción. Me recuerda a ella por lo pequeña y delicada, pero también por ese interior fuerte, que ha sido capaz de luchar contra sus propias tormentas.

—Es perfecta —acepto dedicándole una sonrisa.

—Llevo años sin verte, pero sigues siendo la misma niña que se ilusionaba y maravillaba con las cosas más simples.

—Hace unos días no hubiera estado de acuerdo.

—¿Y qué ha pasado para que ahora sí?

—Supongo que, a veces, mientras intentas a ayudar a que alguien se encuentre, sin darte cuenta, te encuentras a ti misma —La mujer me dedica una sonrisa de lo más tierna y siento que mi abuela me hubiera sonreído de la misma manera—. ¿Cuánto le debo por esto?

—Es un regalo, cariño.

—Por supuesto que no —protesto frunciendo el ceño—. Ya le dije que vengo en calidad de clienta.

—Dulce, ¿cuántas flores has vendido en este lugar sin dejarme pagarte por ello? ¿Crees que voy a cobrarte una planta, después de tantos años sin verte?

Sé que conseguir que esta mujer cambie de opinión es tan imposible como convencer a mi abuela de que, dos platos y un postre era comida suficiente y que no necesitaba una naranja para subir la vitamina c. Así que, le sonrío mientras niego y una expresión de satisfacción empieza a crecer en ella.

—Debo irme, doña Olga —anuncio con un poco de tristeza—. Pero le prometo que vendré a verla más a menudo.

—Me acercaré cada dos días al lago para asegurarme de que el bambú recibe los cuidados necesarios.

—No quiero que se moleste, debe terminar agotada aquí y lo último que necesita es ir a cuidar mis plantas.

—Todavía tengo mucha vitalidad, jovencita. Además, me sirve de excusa para visitar ese lugar con más frecuencia. Desde que tu abuela dejó de invitarme a pasear, lo tengo bastante abandonado.

—Puede venir a casa cuando quiera, ya lo sabe.

—Algún día te haré una visita para que me pongas al tanto de todas esas novedades.

Me acerco a ella para darnos un abrazo de despedida y, con una última sonrisa, abandono la floristería para volver a casa con un nuevo miembro para la familia.

Al llegar, White viene corriendo como siempre, pero esta vez olfateando la maceta que me impide acariciarlo a dos manos. A medida que me acerco a la entrada, empiezo a captar un olor bastante apetecible y cuando atravieso el umbral, mi estómago cruje reclamando comida.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —pregunto olfateando.

Anahí se da la vuelta al escucharme y verla de una forma tan natural hace que mi corazón se ahorre varios latidos. Decidió cambiarse de ropa al salir de la ducha, pero mantener el estilo casual de camiseta extragrande y pantalón extracorto, con el pelo recogido y un brillo muy especial en la cara. Sonríe de manera tan amplia y luminosa, que me olvido de todo lo que estuviera a punto de decir y solo puedo avanzar hasta ella para acorralarla en un abrazo. El olor de su pelo es mucho mejor que el de lo que sea que esté cocinando y su calor corporal es algo de lo que no puedo estar mucho tiempo separada. Ella corresponde el abrazo con la misma fuerza y nos quedamos en silencio varios segundos, hasta que se inclina hacia atrás para mirarme a los ojos y sonreír desde más cerca.

—¿Estás bien? —cuestiona con cierto tono de preocupación.

—Te he echado de menos.

Su sonrisa se vuelve más amplia. Mucho más amplia y más brillante.

—Yo también a ti, mi amor.

Un terremoto en China ante la novedad y unas ganas enormes de

escuchar esa suma de palabras a cada rato.

Cuando recuerdo que está cocinando, porque el olor regresa para decirme que esto es un acontecimiento al que debo prestar atención, me empieza un hormigueo en el estómago.

—¿A qué huele?

—A nuestro almuerzo.

—¿Estás cocinando? —pregunto para asegurarme, intentando no emocionarme en exceso, pero sin conseguirlo demasiado. Ella sonríe con orgullo, provocando que el hormigueo en mi estómago se haga más intenso y abro una cacerola que parece a punto de estallar para encontrarme con una especie de cestitas que no había visto en mi vida —. ¿Qué estás cocinando?

—*Cappelloni al prezzemolo*.

—Ah… —Asiento despacio, intentando buscar en mis imágenes mentales alguna comida con semejante nombre—. Cape… ¿Qué?

—*Cappelloni al prezzemolo* —repite después de una carcajada, adoptando un acento tan italiano y tan sensual, que podría preguntárselo cien veces más solo para escuchar la respuesta—. Vas a tener el honor de disfrutar de una receta *tradizionale* de la Toscana italiana.

—Menudo privilegio —apunto abriendo mucho los ojos—. No sabía que te gustara cocinar.

—Me gustaba hacerlo con mi abuela. —explica acercándose para empezar a escurrir las cestas—. Esta receta la aprendimos de mi abuela paterna cuando íbamos a Italia de vacaciones. Como ya sabes, hace muchos años que cocinar no entra dentro de mis aficiones favoritas, pero tenías que probarlo. Estoy segura de que te va a encantar, y no es la receta original, porque tuve que improvisar un poco con los ingredientes que he encontrado por aquí.

—Si saben igual que huelen, soy yo la que tendrá que buscar un miembro de tu familia con el que casarse —bromeo ganándome un hábil golpe en el abdomen que me arranca una carcajada—. ¿Necesitas ayuda?

—Tranquila, ya casi está. También he preparado una ensalada de pasta y fruta que está en el frigorífico.

—Entonces voy a ir colocándolo todo en la mesa. —Al ver la fuente con una ensalada bastante considerable y llena de ingredientes variados, me sorprendo—. No sabía que había tardado tanto para darte tiempo de hacer todo esto.

—Has tardado bastante —confirma dedicándome una sonrisa—. ¿A dónde fuiste, por cierto?

—Necesitaba comprar algo en el pueblo y me entretuve hablando con una vieja amiga de la familia. Me gustaría que la conocieras.

—No haberme abandonado y la habría conocido —Vuelve a sonreír.

—No te he abandonado, solo quería sorprenderte. En algún momento iremos para que la conozcas. Pasé gran parte de mi infancia en su floristería, ¿sabes? Es la más antigua y visitada del pueblo, y cuando era niña, juraba que ese era el mejor trabajo del mundo. Estar rodeada de flores y plantas me parecía una pasada —explico riendo—. Todavía creo que es el mejor trabajo del mundo, de hecho. No sabes qué bien huele. Es naturaleza pura. —Después de unos segundos de silencio, me veo en la obligación de buscarla y la encuentro mirándome fijamente, con el plato entre sus manos—. ¿Por qué me miras así?

—A veces me pregunto cómo es posible que tu vida haya dado un giro tan grande para que terminaras estudiando psicología si nada de lo que te gusta tiene que ver con esa carrera; luego recuerdo que, de no ser así, no nos habríamos conocido y, automáticamente, dejo de preguntármelo.

Le ofrezco una sonrisa porque no sé muy bien qué decir al respecto y, cuando ella corresponde, empezamos a colocar todas las cosas sobre la barra americana que hoy nos servirá de mesa.

Soy la primera en atacar a una de esas cestitas, ganándome una mirada que cabalga entre lo expectante y lo intimidatorio. Saboreo muy despacio el primer pedazo, porque soy un poco desesperada y está ardiendo, pero, a medida que el alimento baja de temperatura, mi paladar va captando un sabor a queso fundido que, por alguna razón, dibuja una sonrisa en los labios de Anahí.

—Sabía que te iban a gustar.

—Todavía no he dicho nada —le recuerdo frunciendo el ceño.

—No hace falta que lo hagas, sé descifrar tu mirada.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué dice mi mirada?

—Que te encantan esos *Cappelloni*. —repite en un susurro ronco—. Pero no tanto como yo.

Frunzo el ceño con aire intimidatorio, pero no sirve de nada, porque ella continúa sonriendo y, al final, me arranca la misma mueca a mí mientras niego.

—Deberías dedicarte a esto —sugiero llevando otro pedazo a mi boca—. Abrir un restaurante de Cape…

—*Capelloni al prezzemolo*.

—Puedo pasarme el resto del día fingiendo no recordar el nombre, solo para que me hables con ese acento italiano.

Ahora es ella la que niega mientras sonríe y se anima a probar su plato estrella. No sé qué debe llevar esta receta ni cómo se las habrá ingeniado para adaptarla a los ingredientes que había por aquí, pero es una de las mejores comidas que he probado nunca. Con cada bocado está escalando puestos para convertirse en mi favorita, porque la combinación de queso y pasta es siempre un acierto y porque tiene un sabor tan peculiar que no puedo parar de comer. Ella debe notarlo de alguna manera y se pasa todo el tiempo con una sonrisa de satisfacción y orgullo dibujada en los labios. Esto es un paso gigante dentro de nuestro camino, porque, aunque Anahí siga alimentándose con lo justo y necesario, está siendo capaz de disfrutar, y eso es mucho más de lo que le puedo pedir.

La arrastro hacia el bosque con todo lo necesario para convertirnos en jardineras por un rato y ella me sigue bastante sorprendida por mi emoción y por la insistencia para que se diera prisa, que los platos se lavan después y que ahora tenemos algo mucho más importante que hacer.

—Llegó la hora de empezar a cumplir tu lista de sueños —le digo entusiasmada cuando nos detenemos en esa porción de tierra que hay entre el lago y el comienzo de los árboles. Ella me mira todavía más confusa cuando le entrego la maceta con el diminuto brote. Lo analiza durante un rato, como si se estuviera preguntando en qué parte de su lista pone que quiere una planta—. Debes buscar el sitio perfecto para plantarlo. Es bambú.

—¿Bambú? ¿Esto tan pequeño?

—Eso mismo pensé yo —confieso riéndome—. Doña Olga me contó una historia y no pude resistirme. ¿Sabes por qué parece tan pequeño y delicado? —Ella se encoge de hombros mientras intercala su mirada entre la planta y yo—. Dicen que, durante muchos años, solo crecen sus raíces, de forma que se pueda crear una buena base, un interior fuerte y resistente que sirva de agarre para cuando lleguen

tormentas, huracanes, terremotos o dragones furiosos —bromeo haciéndola sonreír—. Algunas personas de oriente construyen sus edificaciones a base de bambú, porque, gracias a su flexibilidad, cuando llega una catástrofe tiene la capacidad para adaptarse y volver a su lugar sin partirse. Creo que no hay otro árbol en el mundo que pueda definir mejor tu espíritu. Eres delicada en apariencia y, sin embargo, has sido capaz de sortear las tormentas más peligrosas que han intentado romperte. No importa cuántas veces hayas tropezado, sigues aquí, luchando por vivir. Quiero que tu corazón esté tan sano y cuidado, que pueda agarrarse a la tierra como lo hacen las raíces del bambú; para que crezcas tan alto, que llegues hasta donde desees y, ni siquiera la tormenta más grande, pueda derrumbarte.

Me mira con una expresión algo indescifrable durante varios segundos, hasta que le ofrezco la pequeña pala que solía utilizar mi abuela en su huerto y que parece devolverla a la realidad.

—Quiero que lo plantes conmigo —pide sorprendiéndome—. Quiero que construyamos nuestra base tan fuerte y resistente como la que saldrá de este bambú. Y quiero que, ocurra lo que ocurra, esto sea la prueba de que, lo que ha sucedido en estos días, es especial y real. Lo más especial que he vivido nunca.

Ella me devuelve la pala al ver que me quedo sin habla y yo no puedo hacer otra cosa más que sonreírle después de aceptarla. Anahí no es la mujer más sencilla del mundo ni voy a vivir con ella una vida perfecta, libre de complicaciones, en la que todo será fácil y alegre. Esto que ha empezado a crecer entre nosotras está lejos de ser un cuento. Supongo que, como cualquier tipo de relación. Pero cuando la miro, como ahora, siento que es la única persona a la que deseo estar mirando. No quiero que haya otra chica menos complicada ni más sencilla frente a mí. La quiero a ella.

Solo a ella.

Con una sonrisa, manchamos nuestras rodillas de tierra para empezar a trasplantar este pequeño brote que, algún día, será un gran árbol.

—Es muy pequeño —comenta con tono de preocupación al ver la minúscula planta sobresalir—. ¿Y si alguien lo pisa?

—Tengo una idea —aseguro empezando a reunir piedras de un tamaño medio para colocarlas alrededor—. Así estará un poco más protegido. Te prometo que le haré algo mejor la próxima vez que venga. Por el momento podemos poner también un cartel que lo

señalice. Así, doña Olga podrá localizarlo con más facilidad. Quiere venir a cuidarlo cuando yo no esté.

—Es una buena idea —confirma ilusionada—. Pero ¿cómo vamos a hacer el cartel?

Agarro su mano para correr hacia la buhardilla como un par de niñas pequeñas y después de adquirir pinturas de mi abuela, herramientas y alguna pieza de madera que todavía guardo de mi época restaurando muebles, volvemos junto al bambú para empezar a crear el letrero rústico e improvisado.

La pintura ha encontrado más hueco en nuestra piel que en la madera y los pájaros deben estar hasta las narices de escucharnos reír, pero hacía demasiado tiempo que no me divertía tanto con algo ni con alguien. Hemos vivido muchas cosas en estos días y, esta, forma parte de una intimidad diferente, un acercamiento distinto a los demás, una desnudez más emocional que física, donde nos hemos quitado el disfraz de adultas responsables y hemos conseguido volver a la época de pintar figuras de escayola por diversión y jugar con plastilina.

Corazón de bambú - AyD

—*¿Y* ahora qué? —pregunta mientras observamos la inscripción del cartel.

—Ahora ya puedes tachar el primer sueño de tu lista.

Anahí observa el cielo estrellado con mucha atención mientras White permanece a su lado reclamando muestras de cariño y dejándola balancear sus piernas por la superficie del lago, y yo los observo a ambos desde el umbral. Un poco de miedo me invade de repente, porque a lo mejor no vuelvo a disfrutar de esta imagen nunca más, porque ninguna sabe lo que ocurrirá a partir de mañana y porque esta es la última noche del mejor fin de semana de mi vida. Llevo todo el día resistiéndome a pensarlo, pero el tiempo se agota y yo quisiera quedarme en esta burbuja para siempre.

Me acerco de manera sutil y, sin decir nada, me siento a espaldas de Anahí, encerrando su cuerpo entre mis piernas mientras White alza la cabeza para mirarme y recibir su caricia. Ella deja caer la espalda contra mi pecho para sentirme más cerca y yo rodeo su cintura, permitiendo que un suspiro muy profundo llene el silencio.

—Cuando te traje a este lugar tenía la esperanza de que

consiguieras encontrar tu sitio en el mundo —confieso captando su mirada—. No sé si ha funcionado, no sé si, en los últimos días has conseguido encontrarle algún sentido a la vida. De lo que sí estoy segura es de que, en tus ojos, hay una luz que antes no veía. Y quiero decirte que, si es esto lo que necesitas, si es aquí donde encuentras un mínimo de felicidad, si es este lago, este cielo, este pueblo, no sé, lo que sea… Es tuyo, Anahí —sentencio con seriedad—. No necesitas perderte de nuevo. Esto existe y te estará esperando hasta que quieras regresar.

—Esto es muy bonito —confirma desviando la vista hacia la oscuridad—. El lago, el cielo más limpio y brillante que he visto en muchos años, la amabilidad de las personas con las que nos hemos encontrado, White… Todo esto, es lo más perfecto que recuerdo haber vivido —acepta volviendo a mirarme—. Pero, a pesar de todo, donde encuentro mi lugar es aquí, Dulce, entre tus brazos. ¿Alguna vez has sentido que estás en el único sitio donde quieres estar? Porque yo no. Hasta ahora. Siento que podría enfrentar el mundo entero con una sola mano, siempre y cuando, tú me estés sosteniendo la otra.

La miro en silencio, disfrutando de sus ojos en medio de la oscuridad, del sonido que hace el agua cuando choca con la base de la pasarela, de la respiración pausada de White, que ha conseguido dormirse como si no pasara nada a su alrededor, como si yo no estuviera muriéndome por atarnos a los tres a esta madera para no tener que irnos. Y entiendo que en la carrera me han mentido un poco sobre el amor. Dicen que es una elección y estoy segura de que, en parte, así es; podemos elegir cuándo comenzar una relación y cuándo terminarla, pero desde el momento en el que yo conocí a Anahí, empecé a comprender que ya no puedo elegir nada y que, cuando la miro, cada centímetro de mi piel me pide que la siga mirando, que cuide de ella y que me deje cuidar. Porque a lo mejor esto no pasa muchas veces en la vida y, a lo mejor, todos esos que escribieron sobre el asunto no se habían encontrado con una Anahí.

—¿Qué es eso? —pregunta desviando la vista hacia algún punto del cielo en el que pequeños farolillos iluminados empiezan a volar hacia las estrellas.

—El cierre de las fiestas anuales. Es tradición lanzar un globo de los deseos para dar por terminados estos días festivos. Escribes algo que quieras cumplir y crees con fuerza que se cumplirá porque dejarás que llegue a las estrellas.

—Es precioso —asegura señalando con emoción un cielo cada vez más iluminado—. Ojalá estuviéramos allí para lanzar uno.

—¿Por qué crees que desde aquí no podemos hacerlo?

Ella se da la vuelta sorprendida y, con una sonrisa misteriosa, le muestro el farolillo que compré en el pueblo antes de volver. Su mirada se ilumina casi de la misma forma que se va a iluminar el objeto en unos minutos, le ofrezco un rotulador de color negro y me aparto un poco para que pueda escribir más cómoda.

—Tienes que anotar lo que más desees —advierto.

Levanta la vista para mirarme en silencio durante varios segundos, creando una inesperada expectación en el ambiente y, después de escribir, me ofrece el rotulador para que haga lo mismo. Al buscar su frase en el papel de color crema, el corazón me da un vuelco muy agradable.

«Tú y yo. Hacia las estrellas».

Vuelvo a mirarla, queriendo decirle que recorrería con ella todas las galaxias conocidas y buscaría las que aún no se conocen. Que sus ojos desprenden más kilovatios que todo este cielo y que solo hay una cosa que yo quisiera convertir en eterna esta noche.

«La luz de tu mirada».

Cuando levanto la vista es ella quien se ha quedado anclada en mi frase más de lo normal. Busca mis ojos después de unos segundos y me sonríe distinto. Más desde dentro. Más bonito.

Nos ponemos de pie y abrimos el farolillo para que se hinche con el aire mientras nos colocamos en dirección a todos esos que ascienden lago arriba. Le ofrezco el encendedor a ella para que se encargue de prender la llama y, antes de hacerlo, me pide con un gesto que lo hagamos juntas. Con la misma mirada que me pidió que plantáramos juntas el bambú y con la misma sonrisa con la que clavamos el letrero protector en la tierra. Coloco una de mis manos sobre la suya, presionamos la ruedecilla que saca la mecha y nos miramos por última vez antes de soltar, al mismo tiempo, el globo de los deseos, que comienza un ascenso rápido hacia las estrellas.

Anahí y yo entrelazamos nuestros dedos mientras nuestros sueños se unen a cientos de sueños más. Y yo no sé si un globo de papel que vuela y termina siendo cenizas tendrá el poder de cumplir deseos, pero a lo mejor las estrellas están demasiado lejos y, a lo mejor, los sueños los tenemos mucho más cerca.

20

Existen infinitas maneras de hacer el amor con alguien. Yo siempre había pensado que se trataba solo de sexo. Una unión de cuerpos con el fin de sentir placer. Sin embargo, ahora pienso que es mucho más que eso. He estado con una mujer a la que conozco desde hace tres meses apoyada sobre mi pecho durante horas, he ido sintiendo los cambios en su respiración, la calidez de su aliento contra mi piel, he acariciado su pelo en ese movimiento ascendente y descendente tan calmado e íntimo; y no hay una persona en la Tierra capaz de asegurarme que, esto, no es hacer el amor.

Tenía entendido que las mariposas en el estómago existen, que se trata de una alta producción de adrenalina que provoca una especie de hormigueo interno al que hemos decidido llamar de esa forma; pero también me habían asegurado que esa sensación física es pasajera y que desaparece a los pocos meses, cuando el estímulo que te las provoca deja de ser una novedad. Y yo sé que esa teoría está avalada por la ciencia y me la creo al cien por cien, pero también estoy segura de que hay algo mucho más allá; algo que no puede explicar la medicina ni la psicología, porque yo no creo en las medias naranjas y sé que Anahí y yo somos dos personas completas que no perdieron a su otra mitad en una vida anterior, pero es que no se trata de mitades. No me siento la mitad de nada. Me siento parte de algo. Un algo sano, intenso, fuerte y muy real.

—Me gustaría escuchar tus pensamientos de la misma manera que puedo escuchar tu corazón —susurra consiguiendo que el mencionado

se acelere y que yo sonría.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

Ella busca mis ojos y cuando nuestras miradas se encuentran después de varias horas, toda esa lógica que he estado intentando encontrar para relacionar teoría psicológica y realidad, me parece una pérdida de tiempo.

—No creo que ninguna de las dos hayamos dormido demasiado esta noche.

—¿Por qué sabes que yo no he dormido? —pregunto frunciendo el ceño con una sonrisa.

—Porque el ritmo de tu corazón y de tu respiración se vuelven más lentos cuando lo haces. Sé que has estado dándole vueltas a algo, pero no quería interrumpirte.

—La mitad de la noche la he pasado disfrutando de la sensación de tenerte entre mis brazos —aclaro ampliando mi sonrisa—. Y la otra mitad analizando dicha sensación.

Pasea sus dedos por mi rostro en una especie de caricia muy superficial y dulce.

—No puedes evitar buscarle la lógica a todo, ¿verdad?

—¿Eso crees que hago?

—Creo que vives en un conflicto continuo entre lo que has aprendido de libros y lo que intenta enseñarte la vida.

—¿Y qué crees que lleva la ventaja?

Ella permanece mirándome seria y empieza a colar una de sus manos por dentro de mi camiseta, provocando que se me erice la piel en ese camino ascendente. El latido de mi corazón aumenta cuando se detiene en mi pecho y sus dedos rozan mi pezón izquierdo sin querer. Anahí sonríe al notarlo, con una mezcla de picardía y dulzura que me derrite.

—Él siempre manda —susurra.

Su mano retoma el camino ascendente y se cuela por el cuello de la camiseta para bordear mi mentón, el resto de mi rostro y detenerse en mis labios desviando la vista hacia ellos. Nos besamos como si una fuerza sobrenatural nos atrajese, como si estuviéramos haciendo un pacto de «nada va a cambiar cuando volvamos a cruzar el letrero del pueblo. Seguiremos siendo tú y yo».

La falta de oxígeno se hace notable más pronto de lo que me gustaría y un atisbo de tristeza me asalta cuando me encuentro de nuevo con sus ojos y con ese brillo que siempre tienen después de

besarnos. No quiero verla y no poder besarla.

—Todavía no ha amanecido y ya tenemos que irnos —digo con desgana.

—Nos espera un largo camino por delante.

En un primer momento no entiendo el motivo de su sonrisa, pero cuando transcurren varios segundos en los que me mira fijamente y no disminuye ni un ápice, entiendo que no se refiere al camino de vuelta a La Cascada, sino al nuestro.

Abandonamos la cama con muy pocas ganas para terminar de preparar nuestras cosas. White entiende bastante rápido que es momento de irnos y aunque va dando coletazos de una a otra mientras nos vestimos, estoy segura de que la noticia tampoco le hace demasiado feliz.

Anahí retrasa el instante de abandonar la casa mirándolo todo por última vez mientras, desde la puerta, me aseguro de que he dejado el lugar en orden. Creo que quiere grabarse en la memoria cada rincón y cada recuerdo vivido, y eso me encoge un poco el corazón y aumenta el nudo que desde hace varios minutos tengo en la garganta.

Cuando se siente lista, se reúne conmigo para avanzar agarradas de la mano por la pasarela de madera mientras el cachorro nos adelanta. Todavía se ven algunas estrellas en el cielo, aunque ya estamos de lleno en la hora azul. Ella lo mira igual de intenso que miraba el interior de la casa hace dos minutos, como si quisiera volver a ver los farolillos llevando sueños hacia las estrellas y parar el tiempo en ese momento para vivirlo una y otra vez.

Decido regalarle unos minutos de soledad mientras guardo la comida sobrante en el maletero del coche y le pongo a White el cinturón de seguridad. Cuando vuelvo al inicio de la pasarela, ella continúa mirándolo todo de espaldas a mí, rodeo su cintura y la abrazo con mucho cariño, permitiendo que repose su nostalgia sobre mi pecho y dándome a mí misma un poco de tregua para contemplar este paisaje que tantas veces he dejado atrás y que nunca ha dolido tanto como ahora.

—Volveremos —susurro junto a su oído.

Gira un poco el rostro para mirarme a los ojos. Hay duda e inseguridad en su mirada y eso me rompe un poquito más. ¡Joder! Qué cantidad de emociones tan intensas y qué difícil se está volviendo todo esto.

—¿Me lo prometes?

Con una sonrisa busco su boca para besarla suave y despacio, pretendiendo que mis labios le digan lo que yo no puedo y que esto no se quede en simples palabras. Al abrir los ojos, su mirada ha perdido inseguridad, pero sigue expectante esperando una respuesta.

—Promesa sellada con un beso. Nada las puede romper.

El camino de vuelta ha estado lleno de silencios, música, la vista de un amanecer casi desierto y el tacto de su mano bajo la mía durante todo el trayecto. De vez en cuando nos lanzamos miradas fugaces y alguna sonrisa de «qué bonito es estar así», y entonces nuestros dedos se entrelazan con más fuerza, al mismo tiempo que una de las dos suspira y volvemos a desviar la vista.

Qué absurda es esa frase que dice que los amores reñidos son los más queridos, porque yo estoy segura de que, lo único que debe traer el amor es calma y paz al corazón. La perturbación y la angustia no pueden ser parte de algo tan grande y tan bonito. Y, si no, que se lo pregunten al ejército de dragones que se han vuelto mansos a nuestra costa.

Cuando detengo el coche junto a la puerta de La Cascada, un silencio bastante grande se queda con nosotras mientras Anahí observa pensativa la fachada y yo me pregunto qué está pasando por su mente y por qué nos está costando tanto todo esto. Al cabo de unos minutos se gira para mirarme con cierta resignación y, en el fondo, resquicios de aquel brillo.

—Lo único que me consuela es saber que, estar ahí dentro, significa estar cerca de ti.

—Todavía no has salido del coche y ya quiero empezar a trabajar —confieso con una sonrisa para que sepa que nos sentimos exactamente igual.

—Deberíamos entrar —sugiere después de resoplar—. Estoy teniendo demasiada fuerza de voluntad para controlar las ganas de obligarte a conducir de vuelta.

Asiento de acuerdo sin borrar la sonrisa, porque lo último que debe tener ahora, es miedo; porque los sueños no son un lugar o unos momentos mágicos, los sueños los llevamos con nosotras.

Me bajo del coche para sacar su bolso del maletero mientras se despide de White de forma cariñosa y él lame sus manos desde el

asiento trasero haciéndola reír. Esto sí que me va a matar no tenerlo.

Son las siete de la mañana y la residencia está desierta. Un «buenos días» al personal de seguridad son las únicas palabras que salen de mi boca durante todo el trayecto hasta su habitación. Cuando llegamos al lugar, Anahí se da la vuelta después de entrar y nos miramos en silencio, porque ambas sabemos que ha llegado el momento y que, aunque nos gustaría poder retrasar el tiempo, la física todavía no ha llegado tan lejos.

Ninguna de las dos sabe qué decir, mantenemos una distancia prudencial y esto se empieza a parecer más a una puerta de embarque que a la de un dormitorio. La sensación es la misma que si ese pedazo de madera llevara a la otra punta del mundo y estoy segura de que ambas nos sentimos igual. Aunque ella es un poco más valiente, porque es la que reacciona primero, abalanzándose sobre mí como si hubiera empezado a darle igual todo lo demás. Rodeo su cintura de manera automática y nuestros cuerpos tiemblan provocando que quiera aferrarla todavía más contra mí, con más intensidad, con las ganas de que un abrazo sea para siempre.

—Gracias —susurra junto a mi oído. Me separo un poco para tener contacto visual—. Por haberme dado los mejores días de mi vida.

—Quiero conseguir que todos tus días, a partir de ahora, sean los mejores de toda tu vida.

—Eso es un auténtico reto.

—Me gustan los retos.

Vuelve a crearse un silencio en el que nos limitamos a mirarnos y me sigue sorprendiendo la naturalidad con la que somos capaces de hacer que no resulte incómodo. Siempre ha sido fácil.

Siempre ha sido nuestro.

—Tengo que irme ya —anuncio con desgana—. Debo llevar a White al apartamento y estar aquí en una hora. No sé si voy a poder abandonar este «modo zen» con tanta facilidad, eh. A lo mejor hoy me ves un poco torpe —Sonrío y suspiro—. ¿Por qué parece que llevamos fuera un mes entero?

—Podrás —asegura acunando mis mejillas para que la mire a los ojos—. Y si en algún momento del día te pierdes, búscame, que sabremos volver al «modo zen» en cualquier parte.

Se me escapa una sonrisa de lo más tonta. De esas de, menudo equipo formamos tú, yo y los dragones.

—Me gusta este nuevo equilibrio. Cuando tú estás preocupada, yo

intento darte seguridad y cuando soy yo la estresada, tú me das calma.

—De eso se trata esto, ¿no?

Me acerco a sus labios a medida que asiento con un gesto y aunque la intención es darle un beso corto, en cuanto nuestras bocas entran en contacto, se ven arrastradas por esa corriente húmeda y cálida a la que no estamos dispuestas a renunciar.

—Si no dejas de besarme —Aprovecho el momento de tomar aire para suspirar y abrir los ojos—, no podré irme nunca.

—Y si tú no dejas de besarme a mí, no podré dejarte ir nunca.

Nos sonreímos a una distancia muy corta y acaricio su mejilla con dulzura mientras la miro fijamente, porque ambas sabemos que separarnos es dar por finalizado nuestro fin de semana mágico y porque quiero grabarme en la retina esa forma que tiene de mirarme.

—Es mejor no alargarlo más, ¿vale? —Beso su frente con cariño y ella asiente dedicándome una sonrisa—. Nos vemos dentro de una hora.

Abandono la habitación con unos cuantos órganos revolucionados por su última sonrisa, como si tuviera varios dragones gritándome por dentro «Pero ¿a dónde vas, imbécil? ¿A caso te hemos dicho que queramos dejarla atrás?». Y yo sé que no, que en este caso la razón está actuando más que el corazón y que, mientras agarro el pomo de su puerta, como si aferrarme a él fuera una vía de escape para no volver a abrirla, solo puedo pensar en una frase que también gritan ellos y que también he callado yo.

Te quiero, Anahí.

Cuando abro la puerta del apartamento, White sale disparado hacia la cocina y empieza a hacer ruidos con su recipiente del agua para decirme, a su manera, que no tiene ni una gota y que si no lo soluciono se desmaya. Al verme aparecer dispuesta a calmar su sed, empieza a mover la cola como un loco y casi no me deja terminar de verter el líquido en el recipiente cuando empieza a dar lametazos como si acabara de llegar del Sahara.

Vuelvo a pasar por la sala para ir a mi habitación con la intención de dejar el equipaje y darme una ducha rápida, pero la luz roja que emite mi teléfono me incita a comprobar primero los mensajes pendientes en mi buzón de voz. La locutora anuncia que tengo varias llamadas perdidas desde ayer y tres mensajes nuevos y yo me apuesto lo que sea a que se trata de mi madre, que ha hecho caso omiso a mi advertencia de que me iba a la casa del lago sin teléfono móvil porque

no quería interrupciones. Tantos años haciendo lo mismo y tantos años ignorándome.

«Dulce, ya sé que te has ido a la casa de tu abuela, pero ¿cómo se te ocurre no llevar el teléfono? Tu padre está en el hospital. Llámame en cuanto escuches esto, por favor».

El corazón me empieza a latir tan rápido que soy incapaz de darle al botón que repite el mensaje, por si no lo he escuchado bien y este nudo en mi estómago fuera absolutamente innecesario.

«*Dulce, soy Marta. Tu madre me acaba de llamar bastante angustiada. Dice que algo le pasó a tu padre y no puede localizarte. Llámame en cuanto llegues y ni se te ocurra venir por aquí. Tienes que irte directa a estar con tu familia. Hablamos pronto».*

Más pulsaciones aceleradas y de nuevo la voz de mi madre.

«Hija, por favor, aparece. Necesitamos que estés aquí. Llámame, Dulce».

Con las manos temblando y poco coordinadas, busco en la agenda el teléfono de mi madre para hablar con ella de inmediato. No responde y el nudo de mi estómago se hace todavía más fuerte. Decido intentarlo con Daniel.

—*¡Por fin apareces!* —exclama al otro lado de la línea.

—Dime qué le pasó a papá, Daniel.

—*Al parecer ha sido un infarto. Mamá está con él y yo todavía no tengo la información completa. Ven ya, Dulce.*

—Pero ¡joder! ¿Cómo? ¿En qué momento?

—*Ayer por la noche. Hemos intentado localizarte durante toda la madrugada. Mamá llamó a tu jefa y dice que fue muy comprensiva y amable, así que no creo que te ponga problemas para venir.*

—T-tengo que hacer una cosa antes —respondo llevándome una mano a la cabeza—. P-pero en menos de una hora salgo para allá.

—*Conduce con cuidado, que nos conocemos.*

—Hasta ahora.

Cuelgo el teléfono de manera apresurada y vuelvo a colgarme el equipaje en el hombro después de ponerle a White su arnés y su correa. El pobre no entiende nada, pero nunca pone ningún tipo de resistencia para seguirme, así que él continúa moviendo su cola con felicidad.

Después de esperar durante media hora en la puerta del centro comercial más cercano a La Cascada, aparco el coche en mi lugar de trabajo y dejo a White un par de minutos en el interior para subir una

caja gigante, pero no muy pesada, hasta el despecho de Marta.

Su cara se desencaja al verme aparecer por la puerta y me adelanto a cualquier cosa que vaya a decir.

—Necesitaba pasar por aquí antes de irme —comunico apoyando la caja en el suelo—. No puedo desaparecer sin más, Marta.

—Dulce, tu madre lleva toda la noche desesperada por localizarte. ¿Ya sabes lo que le ocurrió a tu padre?

—Mi hermano dice que es un infarto y que no tiene mucha información todavía. Voy directa para allá, pero es que no podía irme sin resolver esto… ¡Joder! Hace unas horas todo era perfecto. Estoy desencajada y aturdida. M-me tiembla todo.

—Dulce —Marta se levanta para acercarse—, tienes mucho que contarme, pero ahora debes estar junto a tu familia. Olvídate de La Cascada y vete para tu casa, que el mundo seguirá girando a la misma velocidad cuando vuelvas.

—Necesito que me hagas un favor.

—El que quieras.

—¿Puedes dejarme algo para escribir una nota?

Ella se acerca a su escritorio y me ofrece una hoja de papel y un bolígrafo sin preguntar nada. Yo suspiro, a ver si de esta forma consigo que la mano me deje de temblar, porque me va a salir una letra de mierda y, entre eso, y que no sé cómo empezar, mal vamos.

«Mi amor:

Perdón por marcharme de esta forma. No puedo contarte el motivo exacto, porque ni siquiera yo lo sé todavía. A mi padre le ocurrió algo grave y debo estar con mi familia. Odio tener que dejarte así, Any, sin despedirme; pero, te prometo que te llamaré en cuanto pueda y espero volver lo antes posible. Tienes que estar bien, ¿vale? Sigue siendo «Any», aunque yo no esté, por favor.

Te dije que iba a ayudarte a cumplir todos los sueños de tu lista, así que, antes de irme te regalo este pequeño piano digital. No es gran cosa, pero te servirá para llevar a cabo el objetivo de tocar cada día y aferrarte a esa magia que tienes al hacerlo.

Sé fuerte.

Yo lo seré contigo.

Dulce».

Doblo el papel y se lo entrego a Marta con ese temblor que todavía invade mis manos.

—¿Puedes dárselo a Anahí lo antes posible? Es un piano para que pueda tocar mientras está aquí. No sabes el talento que tiene. —Sonrío con nostalgia y con un poco de ganas de llorar.

—Claro —acepta con cierta confusión—. Pero ¿por qué no lo haces tú misma, ya que estás aquí?

—Porque si vuelvo a verla no podré evitar pedirle que venga conmigo y sé que lo hará con los ojos cerrados, Marta, pero lo último que necesita en este momento es encerrarse en un hospital para vivir un drama que no le corresponde. Tiene que seguir luchando por su recuperación. Aquí. Y yo no soy tan valiente como para volver a despedirme sin saber cuándo la veré otra vez.

—Tengo claro que estoy unos cuantos capítulos atrasada en esta historia —me dice manteniendo esa expresión de no entenderme del todo—. Y en algún momento tendremos que hablar largo y tendido de este fin de semana, pero ahora mismo me conformo con un *spoiler* pequeño que me diga si ya has averiguado lo que sientes por ella.

—La quiero —confieso con la boca un poco pequeña y provocando que Marta cruce los brazos y alce una ceja.

—Me parece que tus cuerdas vocales y tu corazón dejaron de ir al mismo ritmo hace mucho. Habría aceptado ese «la quiero» hace un mes, pero ¿ahora? Dulce…

—Solo sé que tengo a mi padre en un hospital y que me aterra la idea de alejarme de ella. Quiero quererla, cuidarla, apoyarla y estar aquí cuando caiga, porque ambas sabemos que eso va a ocurrir tarde o temprano y en varias ocasiones. Tengo miedo de utilizar otras palabras porque, cuando lo haga, ese sentimiento dejará de ser solo mío, Marta, y eso me asusta mucho. Cuando la tengo delante no necesito explicar nada, lo siento todo por dentro como un maldito huracán que me arrastra dentro de una tormenta; pero cuando no la tengo delante, soy solo una chica, loca por otra chica alucinante, guapa, inteligente y valiente. Quiero a Anahí de una manera en la que no he querido nunca y me muero de ganas por poder decírselo. —Mi amiga permanece en silencio unos segundos, mirándome y analizándome como si fuera a ponerse psicóloga ahora; hasta que asiente con la cabeza y se da la vuelta para ir a sentarse, sin mediar palabra e inquietándome—. Di algo, por favor.

—Siempre me ha parecido una locura y lo sabes —Asiento y

suspiro—. He estado tres meses observando cómo te has ido metiendo tú sola en la guarida del lobo sin que pudiera hacer nada para sacarte. A medida que nuestra amistad ha ido creciendo, más me asustaba ver cómo mirabas a Anahí, porque querer a alguien que está ahogándose en un mundo tan oscuro como el suyo, es difícil, Dulce. Es muy difícil. Y con esto no te estoy diciendo que Anahí no merezca que alguien se enamore de ella, al contrario, pero te veía tan involucrada desde el primer momento, que temí que llegaras a sufrir demasiado por la situación. Todavía me da miedo —aclara antes de hacer una pausa breve—. Pero reconozco que, cuando la miras, hay algo especial, y que, a pesar de lo que está pasando con tu familia, has vuelto de ese viaje con una mirada distinta. Y eso me basta. Seguiré siendo el Pepito Grillo de tu cuento, pero me basta.

Suspiro y sonrío de manera leve. La mejor amiga del mundo.

—Poco se parece esto a un cuento de hadas.

—Es un cuento de hadas moderno —Se encoge de hombros—. Ya pasaron de moda los príncipes azules que rescatan princesas y tú no tienes mucha pinta de eso, he de decirte, pero en este cuento puede haber dos chicas que se rescaten mutuamente.

—Ojalá ella aprenda a rescatarse a sí misma. Si tuvieras la oportunidad de conocer cómo es en realidad, Marta… Es tan especial.

—Siento decirte que no lo pongo en duda, pero creo que a Anahí solo le interesa mostrarse contigo. Ni siquiera se concede licencia para hacerlo consigo misma.

—Eso es lo que quiero conseguir.

—Es difícil cambiar a alguien.

—No quiero cambiarla a ella, sino su visión de sí misma —Marta asiente y me mira de una manera en la que, yo no sé lo que me quiere decir, pero me gusta interpretar un «eres la adecuada para conseguirlo» en el fondo de sus ojos negros y su sonrisa segura—. Tengo que irme ya, porque si seguimos hablando de ella me voy a terminar plantando en su habitación. Todavía no puedo creerme lo que está pasando.

—Ve a tu casa, acompaña a tu familia y no te preocupes por nada más ahora.

Asiento con un gesto y camino hacia la puerta como si el peso de los últimos acontecimientos se hubiera convertido en plomo atado a mis pies.

—Marta… —la llamo dándome la vuelta para mirarla.

—Está en buenas manos —responde ella antes de que termine.

—Si ocurre algo, cualquier cosa, por mínima que sea…

—Serás la primera en saberlo —Vuelve a interrumpir—. Ve tranquila, Dulce. Anahí va a estar bien.

Repito el gesto de asentir con la cabeza y, tras dedicarle una última sonrisa y recibir la suya de apoyo, abandono su consulta con el corazón bastante pesado y aterrorizado, por lo que dejo atrás y por lo que voy a encontrarme delante. Porque una parte de mí siente que la estoy abandonando y la otra se ve incapaz de despedirse. Porque una mitad quiere estar ya allí junto a mi padre, y la otra está paralizada por lo que pueda ocurrir.

La vida es así de extraña. Puede dar un giro tan radical como inesperado. Pasas un fin de semana de absoluta perfección y, cuando vuelves al mundo real, resulta que ha seguido girando sin ti y han pasado cosas. Muchas cosas. La vida no se detiene a esperarnos. Los accidentes están ahí y tenemos que aprender a afrontarlos. Muchas veces, a la fuerza. Los últimos tres días en el lago han sido tan maravillosos que estar conduciendo ahora hacia un hospital me hace preguntarme si esa magia no fue más que un sueño, a pesar de que aún siento su olor por toda mi ropa, el sabor de sus labios junto a los míos y el tacto de su piel en las palmas de mis manos. Este fin de semana ha sido tan real como la catástrofe que me he encontrado al volver. Así que, tal vez la vida consista en eso; en llenarnos de momentos mágicos para que, cuando las cosas se pongan difíciles, tengamos algo a lo que aferrarnos. Una sonrisa en medio de las lágrimas. Un motivo para seguir adelante. La mayoría tenemos recuerdos felices en nuestra memoria y es nuestro deber luchar por seguir completando esa biblioteca de instantes de felicidad.

Antes de acercarme al hospital paro en casa de mis padres para dejar a White con una dosis de comida y agua considerable. Él me persigue por toda la estancia dando coletazos y contagiándose de mis nervios, motivo más que suficiente para que cuando estoy a punto de salir, empiece a ladrarme como un loco. Me acerco y lo acaricio mientras recibo lametones, como si esto fuera lo único que quería para estar tranquilo.

—Te prometo que no tardaré —le susurro—. Te he dejado el jardín

abierto por si quieres salir. No hagas saltar la alarma persiguiendo pájaros y muerde culos si alguien quiere entrar. En cuanto sepa cómo está todo volveré para que demos un largo paseo.

Él no lo sabe, pero siempre provoca que me detenga, que respire y que logre encontrar un segundo de calma en medio de cualquier tempestad. Él, con su ladrido, consigue que me pare a mirarlo y acariciarlo; y que sepa que, pase lo que pase, siempre está aquí, que mi compañía es su mayor regalo, y la suya es el mío.

Porque los miembros de la manada permanecen siempre juntos.

Al llegar al hospital visualizo a Daniel sentado en una de las incómodas sillas de la sala de Urgencias y escribiendo algo en su teléfono móvil. Se percata de mi presencia como si fuéramos mellizos o como si me oliera a metros de distancia y levanta la vista para buscarme, poniéndose de pie a continuación.

—Por fin… —susurra mientras me envuelve en un abrazo.

—¿Cómo está papá?

—Fuera de peligro —La frase de mi hermano me quita un peso enorme del corazón y siento que es la primera vez que respiro desde que escuché aquel mensaje—. Mamá sigue con él, pero no tardará en salir porque tienen que operarlo.

—¿Del corazón? —pregunto volviendo a asustarme.

—Apendicitis —aclara él con una sonrisa de incredulidad—. Resulta que llevaba varios días con dolores agudos por la inflamación del apéndice y, por no decir nada, su corazón le dijo «hasta aquí» y sufrió un amago de infarto. Así que, ahora hay que extraerle el apéndice.

—No me lo puedo creer…

—Mamá casi lo mata. ¿Cómo se le ocurre no quejarse del dolor?

—Ya lo conoces, siempre ha sido igual.

—A alguien tenías que salir tú —añade con una sonrisa, consiguiendo que yo frunza el ceño—. ¿Cómo estás?

—Más tranquila ahora que ya estoy aquí.

—Casi tenemos que llamar al FBI para localizarte, Dul. Ya que no te llevas el móvil, podrías, por lo menos, volver a poner teléfono en la casa de la abuela.

—¿Tú crees que tengo dinero para pagar la factura de un teléfono que no utilizo? Además, cuando voy allí es para desconectar —Pierdo la mirada en la lejanía un segundo—. Y en esta ocasión era todavía más necesario.

—¿Y lo has conseguido? —pregunta mi hermano, logrando que busque de nuevo sus ojos marrones—. ¿Desconectar?

Asiento de modo afirmativo y una sonrisa imperceptible empieza a dibujarse en mis labios a medida que los recuerdos me asaltan. Las puertas metálicas se abren y mi madre aparece al otro lado, mirándome como si se le hubiera aparecido un ángel.

—Dulce —Su voz parece cansada—. Menos mal que ya estás aquí.

Su calma y ausencia de reclamos es bastante sorprendente a estas alturas. Esperaba que me dijera de todo por no haber respondido al teléfono y, sin embargo, lo único que hace es besar mi mejilla mientras me deja ver el agotamiento en su mirada.

—¿Cómo está papá? —le pregunto.

—Acaba de entrar a quirófano. La intervención es sencilla, pero han dicho los médicos que debemos prepararnos para un postoperatorio largo. Con eso del amago de infarto hay que cuidar mucho de él.

—¿Por qué no dijo nada?

—Me comentó que le dolía el abdomen hace unos días y no le dimos importancia. Yo —corrige con mirada triste—. No le di importancia. Tendría que haber estado más atenta.

—No es culpa tuya, mamá —interviene Daniel rodeándola con los brazos—. Ya sabemos cómo es papá y lo poco que se queja cuando le ocurre algo.

—Precisamente por eso —insiste ella—. Lo conozco mejor que nadie y si llegó a decirme que le dolía un poco es porque le dolía mucho. Le quité importancia pensando que eran gases o una indigestión y casi le da un infarto.

—Pero no le ha dado —concluyo captando la mirada de ambos—. Eso es lo importante ahora.

—Dulce tiene razón. Además, ese hombre es demasiado inteligente, seguro que hizo todo esto para traerla —asegura mi hermano—. Nuestro padre tiene que llamar la atención para que vengas a vernos, ya te vale.

—Si cada vez que vengo, dejaras de echarme en cara que nunca vengo, tal vez vendría más a menudo —protesto lanzándole una mirada fulminante.

—Psicóloga e inventora de trabalenguas. Tenemos el futuro asegurado contigo, hermanita.

—¡Chsss! —Chista mi madre dándonos un pequeño manotazo a

ambos—. Dejen de pelear.

—No estamos peleando —aclara él—. Es nuestra forma de demostrarnos amor. —Me lanza una mirada cómplice y yo le ofrezco una sonrisa, porque tiene razón y porque Daniel es la típica persona que consigue quitar tensión a los momentos difíciles con una facilidad envidiable—. ¿Por qué no vamos a comer algo en lo que operan a papá? Me muero de hambre y seguro que, Dul, tú tampoco has desayunado.

—Vayan ustedes —sugiero—. Necesito llamar a mi trabajo.

—No te preocupes por eso —me pide alzando su teléfono—. Tu jefa está al tanto de todo.

La información sumada a la cara de triunfo y picardía de mi hermano me hacen volver a fruncir el ceño. No me lo puedo creer.

—De todas formas, necesito hablar con ella yo misma. Además, también quiero ir a casa para pasear a White. Le dejé allí solo muy rápido y también han sido muchas emociones para él.

—Estaremos en la cafetería del hospital —informa mi madre—. Avísanos cuando vayas a volver para pedirte algo de comer, ¿vale?

Mi hermano me da un rápido beso en la frente y ambos se marchan después de verme asentir. Yo me dirijo de manera automática hacia el coche, mientras busco en la agenda de mi teléfono el contacto de Marta para empezar a llamarla.

—*¿Dulce?* —pregunta desde el otro lado de la línea—. *¿Cómo va todo?*

—Le están operando ahora. Creo que mi hermano te ha contado más o menos lo que ha pasado.

—*Sí. Cuando te fuiste le avisé para que estuviera atento a tu llegada y ha estado toda la mañana manteniéndome al tanto. ¿Hay alguna novedad más?*

—Tenemos que esperar a que salga de la operación, pero mi madre dice que es sencilla y que lo peor va a ser el postoperatorio, por eso del amago de infarto.

—*Deberá cuidarse mucho a partir de ahora* —apunta—. *Pero, bueno, lo importante es que solo fue un susto.*

—Así es. No sé si voy a poder volver hoy. Me gustaría asegurarme primero de que todo está bien por aquí.

—*Dulce, ni se te ocurra pisar este centro hasta que tu padre salga del hospital. Va a necesitar muchas atenciones y, mientras más personas sean, de mejor manera podrán distribuir la carga. Tómate el tiempo que necesites*

y no me hagas cabrear.

—Marta, pero, las prácticas. Estoy en el último periodo y no puedo…

—*Ya hablaremos de eso en otro momento* —interrumpe—. *Ahora, despreocúpate.*

Se forma un pequeño silencio después de que lanzo un suspiro agotado al aire y no sé cómo continuar la conversación, porque está claro lo que quiero averiguar y, al mismo tiempo, me da miedo saberlo.

—*Ya se lo entregué* —informa Marta—. *En cuanto te marchaste, fui a llevarle tu regalo y también le di la nota.*

—¿Te dijo algo?

—*Nada. Puso cara de sorpresa. Supongo que ni siquiera me esperaba a esa hora. La noté distinta.*

—¿Distinta? ¿En qué sentido?

—*En su aspecto físico y su expresión. Había algo diferente en sus ojos. Algo bueno. No parecía la misma Anahí que se marchó de aquí hace tres días.*

—Esa es la verdadera Anahí —Sonrío con orgullo y un poco de tranquilidad—. ¿Sería demasiado pedir que me dejaras hablar con ella?

—*La verdad es que sí, porque, no solo me estás pidiendo que le lleve mi teléfono personal a una paciente para que pueda atender una llamada personal de una de nuestras psicólogas, sino que, además, para ello tengo que levantarme y caminar mucho.*

—Por favor…

—*Odio cuando pones esa cara* —bufa desde el otro lado.

—No estás viendo mi cara.

—*Pues, imagínate lo traumatizada que me tienes, que la visualizo como si te tuviera delante.*

—Gracias —le digo con una sonrisa, sabiendo que ya hace rato que se ha levantado.

—*No la veo en el jardín* —informa—. *Así que voy a ir directa a su habitación. Supongo que, ahora que no estás tú, no debe tener mucha prisa por bajar. Mientras tanto, cuéntame, ¿qué edad me habías dicho que tiene tu hermano?*

—Pequeño —informo frunciendo el ceño—. Es muy pequeño. Y muy mujeriego.

—*Yo también soy muy mujeriega* —apunta riéndose—. *Y*

hombreriega.

—Esa palabra ni siquiera existe.

El sonido de pequeños golpes al otro lado del teléfono me anticipan que Marta está llamando a la puerta de Anahí. A continuación, la escucho abrir y el silencio permanece en esa parte mientras mis pulsaciones aumentan.

—Tampoco está en su habitación. Tal vez en la biblioteca. En seguida bajo.

—No —indico con una decepción evidente en mi tono—. No te preocupes, lo volveré a intentar más tarde. Tú ya has hecho bastante y puede estar en cualquier parte.

—¿Estás segura? No me importa, de verdad.

—Sí —miento—. No quiero quitarte más tiempo. Además, tengo que volver a casa de mis padres para pasear a White y regresar a tiempo para comer algo en la cafetería con mi madre y mi hermano, que me están esperando. Voy a tener sobredosis familiar estos días.

—Está bien —acepta riéndose—. *Si yo tuviera ese hermano estaría encantada de sufrir sobredosis familiar.*

—Si tú tuvieras este hermano, sería tu hermano y no estarías pensando guarradas.

—Tienes razón. Menos mal que no es mi hermano.

—Gracias por todo —le digo manteniendo la sonrisa después de rodar los ojos—. He tenido mucha suerte contigo.

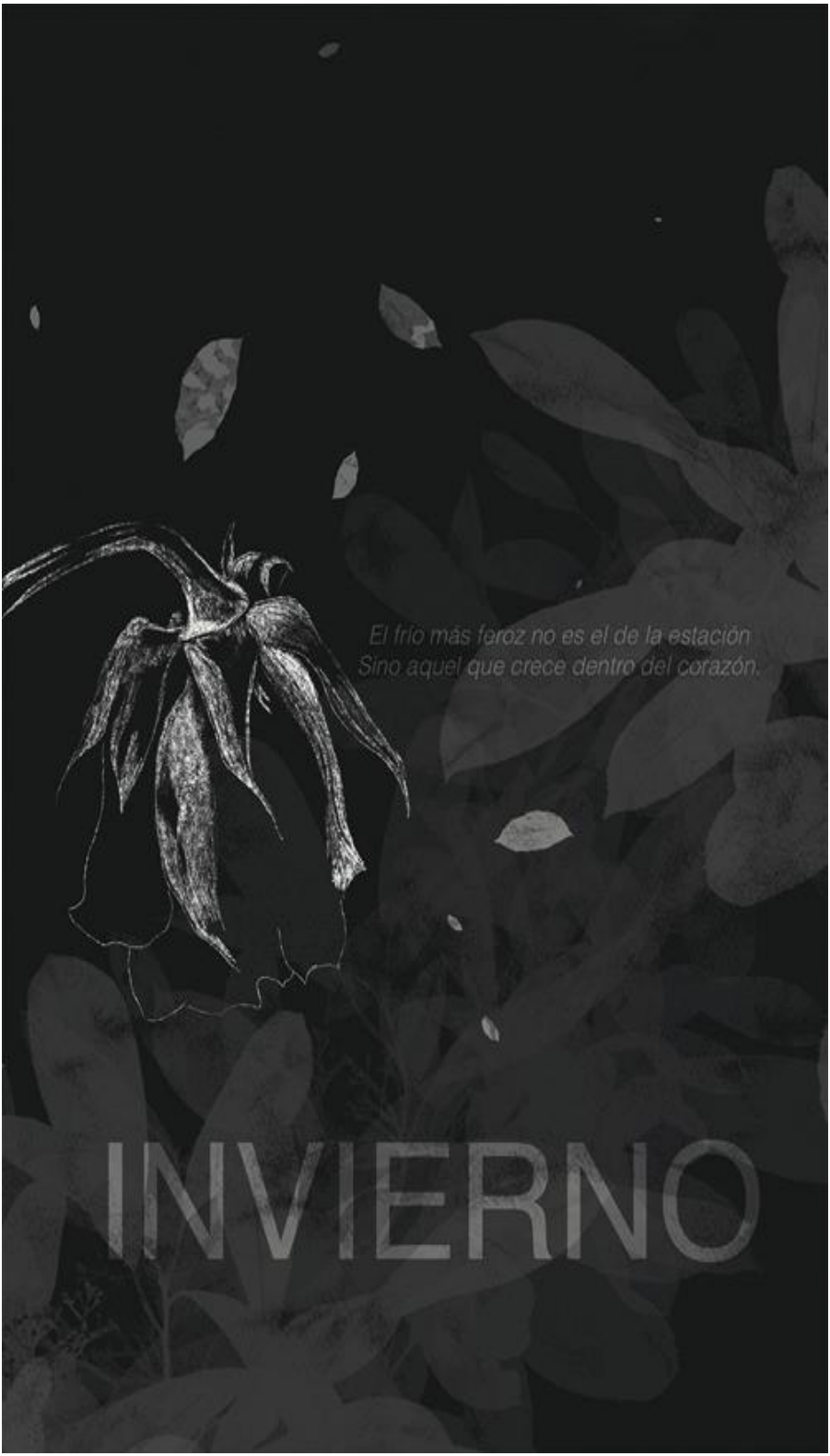
—Lástima que te hayas enamorado de otra —bromea—. *Avísame cuando tu padre salga de la operación e intenta descansar un poco, porque últimamente estás subida en una montaña rusa, Dul, y tienes que llegar cuerda al final de la atracción.*

—Lo haré. Hablamos más tarde.

Tras despedirme de Marta y colgar la llamada, aprieto con fuerza el volante de mi coche, porque eso de no haber logrado hablar con Anahí me importa más de lo que quise demostrar hace un momento y estoy segura de que el sonido de su voz se habría llevado estos restos de angustia que todavía arrastro. El corazón me va tan rápido que, incluso, me falta el aire; y solo espero poder hablar con ella pronto, escuchar que todo va bien, hacerla reír y sentir que esa risa disminuye la importancia de cualquier miedo.

Cuánta falta me haces.

1 - Deporte de equilibrio en el que se usa una cinta que se engancha entre dos puntos.


El frío más feroz no es el de la estación
Sino aquel que crece dentro del corazón.
INVIERNO

21

Dos semanas.

14 días.

348 horas.

Ese es el tiempo que llevo viendo las cuatro paredes de esta habitación de hospital, con mi ordenador portátil sobre las rodillas e intentando hacer algo productivo para mi trabajo. La redacción de mi proyecto va viento en popa y Marta se encarga de enviarme algunos informes para aportar soluciones, aunque sé que lo hace más para que deje de sentirme una inútil que porque realmente le haga falta mi intervención en los casos.

Daniel, mi madre y yo nos pasamos casi las veinticuatro horas del día aquí metidos. Intentamos alternar las noches y mi hermano pequeño solo falta las horas en las que tiene que ir a la universidad o cuando lleva a nuestra madre a casa para que se duche y descanse un poco, pero el resto del tiempo, aquí estamos los cuatro, entreteniéndonos con juegos de mesa y con conversaciones en familia que no recuerdo haber tenido nunca. Ella se niega a que mi padre pase solo ni un minuto, está demostrando un amor y dedicación hacia él, que me parece sorprendente y, no sé, es raro que una situación así me resulte entrañable, porque creo que es la primera vez que nos siento como una familia unida. Un poco extraño, pero me gusta.

No he logrado hablar con Anahí en ninguna ocasión de estas dos semanas. Llamo al centro cada dos días para que le pasen la llamada, pero nunca consigo localizarla y eso me inquieta bastante. He

intentado no darle demasiadas vueltas a la posibilidad de que esté evitando mis llamadas, porque me vuelve loca el simple hecho de pensarlo. Pero, por otro lado, no puedo insistir más de lo que ya lo hago, porque a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotras, Anahí sigue siendo paciente del lugar en el que trabajo, y aunque me muera por escuchar su voz, la eche tanto de menos que a veces me falte el aire y el nudo que se instaló en mi garganta el primer día no haya desaparecido, tengo que respetar ciertas cosas. Además, me tranquiliza un poco el saber que, si hubiera ocurrido algo con ella, Marta me lo habría dicho en el acto. Eso sí, las ganas de salir corriendo a buscarla y abrazarla, son una constante con la que tengo que luchar todos los días.

—¡Ya estamos aquí! —exclama Daniel después de abrir la puerta de la habitación.

—¡Chsss! —Mi madre le da un suave manotazo en el brazo—. ¿A ti no te queda claro que estamos en un hospital?

—Y que nuestro padre está durmiendo —aporto sonriendo.

—¿Y ustedes no creen que es muy temprano para regañarme? —pregunta mientras se acerca y me da un beso en la frente—. No coarten mi libertad de expresión y déjenme alegrarme del milagro de ver a mi hermanita todos los días durante dos semanas seguidas. ¿Cuántos años hace que no ocurría un evento semejante?

—Cuatro —respondo—. Desde que me fui de casa.

—Demasiado tiempo —interviene mi madre—. ¿No ha despertado?

—A papá le puede explotar una bomba en el oído y no se despertaría. ¿Cómo está White?

—Muy bien —continúa ella—. No me habías contado que estuviera tan bien educado. La casa permanece intacta y parece que lo único que necesita es compañía, porque se puso muy contento cuando llegamos y no dejó de perseguirnos ni un minuto. Deberías ir a descansar un poco ahora que estamos nosotros aquí, seguro que él lo agradece y tus ojos también. Ese ordenador te va a dejar ciega.

—Sí, no tardaré en ir a darme una ducha y llevarlo al parque para que corra como un loco.

Mi madre asiente y desvía la vista hacia la imagen de su marido, que duerme como si no tuviera al resto de su familia hablando a veinte centímetros.

—Voy a la cafetería para comprar café a mis chicas —informa

Daniel—. Dul, ¿quieres algo de comer?

—No, gracias.

—Pero si no has desayunado —inquiere mi madre e intento volver a hablar para decir que no tengo hambre todavía, pero ella es mucho más rápida—. Tráele un par de croissants y algo de fruta.

Él me mira buscando aprobación y yo, a estas alturas, no puedo hacer otra cosa más que sonreír y asentir, porque llevarle la contraria a esta mujer es agotador y porque no me apetece volver a escuchar eso de «No queremos pasar otras dos semanas aquí porque te hayas desnutrido, Dulce».

Mi hermano abandona la habitación dejándonos en medio de un silencio casi sepulcral, de no ser por los ligeros ronquidos de mi padre, así que decido seguir aprovechando el tiempo con el párrafo que dejé a medias.

—¿Cómo llevas el proyecto de tus prácticas? —cuestiona ella, captando mi atención.

—Bien. En cuanto vuelva a la ciudad pretendo acabar con los últimos detalles para solicitar fecha de presentación.

—Espero que a tu padre ya le hayan dado el alta, porque si no, el hospital va a tener que ponernos un helicóptero de traslado. Ningún miembro de esta familia va a faltar ese día.

Mi madre es un poco mandona, todo hay que decirlo, pero es la primera vez que eso me hace sonreír en lugar de molestarme, porque verla con un interés real hacia mi vida, sin prejuicios y sin exigencias, me ha hecho bajar la guardia en los últimos días. No estoy acostumbrada a esta actitud por su parte ni a la armonía en la que mi familia se ha sumergido en estas semanas, y aunque todavía no sé muy bien cómo actuar al respecto, el ambiente me parece más agradable que nunca. Mantengo la sonrisa y el silencio mientras devuelvo la vista a la pantalla.

—¿Acudirá ella también? —Vuelve a hablar, obligándome a conectar nuestras miradas.

—¿A quién te refieres?

—A la chica que le ha robado el corazón a mi hija.

Permanezco perpleja ante su afirmación y me mantengo en silencio mientras ella se sienta a mi lado, porque la naturalidad con la que acaba de utilizar el femenino, como si nunca hubiera sido un problema, es lo que menos me esperaba que fuera a ocurrir en torno a un millón de años.

—Yo sé que nunca he estado cerca de ser esa madre que tú necesitabas —continúa al ver que no tengo intención de hablar—. Te he obligado a tener que defenderte de mí, como si no tuvieras suficiente con tener que defenderte del mundo. No me lo voy a perdonar jamás, Dulce, porque, de todos los errores que he cometido en mi vida, mi actitud hacia ti ha sido el más grave. Pero, aunque te cueste creerlo, tú has estado nueve meses aquí —Señala su vientre con una sonrisa—. Te he visto crecer, quizás tan diferente a mí, que el miedo me ha llevado a poner una barrera entre ambas que no ha hecho otra cosa más que alejarte. Sin embargo, conozco cada una de tus miradas y sé distinguir cuando estás triste, preocupada, nerviosa, ilusionada o feliz. Y sé que, aunque llevas dos semanas sin moverte de este hospital, tu mente ha estado en otra parte la mayoría del tiempo. A veces te quedas pensativa y te brillan los ojos, como si estuvieras recordando algo que te hace muy feliz. Aunque pienses que estoy muy lejos de conocerte en realidad, esos cambios en la mirada de una hija solo los conoce su madre. Y algo me dice que, por primera vez, no necesitas defender esos sentimientos frente a nadie, porque el simple hecho de sentirlo te basta.

Una mezcla de emociones se instala en mi pecho tras las palabras de mi madre. Por un lado, la emoción de que haya roto ese muro y, por el otro, la culpabilidad que siento por su tono triste y nostálgico. No quiero que se culpe, porque el pasado no se puede borrar y porque nosotras nos acostumbramos a vivir de esa forma hace ya mucho tiempo.

Algo me impide abrirme y supongo que mis muros todavía no han sido derribados, supongo que son demasiados años de hormigón para destruirlos en unos días y que no es fácil atravesar una barrera de fuego construida por dragones.

—Háblame de ella —susurra buscando mi mano para agarrarla muy fuerte. El gesto me descoloca tanto, que me quedo observándolo unos segundos, hasta que, al lazar la vista, la encuentro sonriendo de manera leve, mirándome y esperando con paciencia—. Inténtalo.

—Es complicado.

—¿Ella es complicada?

—La situación lo es —aclaro y suspiro—. Con ella todo es fácil. Es especial. Pero no puedo hablar sobre ello —La tristeza en los ojos de mi madre me obliga a continuar, a pesar de tener menos palabras que nunca—. No es por ti. Es solo que… es un tema del que no puedo

hablar.

—¿Ella te quiere?

Vuelvo a suspirar, porque, ojalá todo se redujera a eso. Ojalá fuera tan sencillo.

—Ojalá lo supiera —Sonrío levemente—. Solo sé que con ella todo es más fácil. Todo fluye. Desde el primer momento ha sido así y cualquier persona podría opinar que, una historia como la nuestra, es dañina, que no puede llegar a ninguna parte. Hace años tuve una relación en la que nada podía salir mal y, sin embargo, yo vivía con la seguridad constante de que aquello tenía fecha de caducidad. Con ella, aunque las circunstancias sean una locura y lo nuestro esté destinado al fracaso, siento calma. Y siento cosas que nunca he sentido.

—¿Cómo cuáles? —insiste.

—Tranquilidad y locura al mismo tiempo. Es la persona más luchadora que conozco, solo conmigo se muestra como realmente es y eso me hace sentir especial. Estar con ella es descubrir un mundo nuevo con los ojos de una niña que lo ve todo por primera vez. Es la ternura e ilusión personificadas. Me escucha y me comprende sin juzgar nada. Alguna vez… —Clavo la mirada en mi madre y aunque me sorprende verle los ojos vidriosos, decido continuar—. ¿Alguna vez has sentido en los ojos de alguien que no necesitas hablar? ¿Que no tienes que decirle si estás bien o estás mal, porque te mira tanto y tan profundo, que lo sabe?

Ella desvía la vista hacia mi padre y se toma unos segundos antes de volver a mí.

—Admiro que tú si hayas sabido reconocerlo y valorarlo. No es fácil darse cuenta de lo que necesitamos o buscamos. Se puede tardar mucho.

—A veces ni siquiera sabes lo que estás buscando hasta que lo encuentras. Hasta que aparece alguien y te dice «No soy perfecta, no vamos a vivir algo perfecto, pero aquí estoy. Ya no puedes escapar».

—¿Quieres escapar?

—No —Sonrío por fin—. Al único lugar al que me interesa escapar ahora mismo, es a su lado.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa? ¿Por qué es tan complicado, si todo lo que me cuentas es bonito?

—No puedo explicártelo, mamá. Ni siquiera debería estar hablando de ella.

—Bueno, entonces voy a intentar aconsejarte desde la experiencia

de no hacer las cosas bien —Sonríe y me vuelve a arrancar una sonrisa —. Llevo más de veinte años compartiendo la vida con un hombre ejemplar que fue capaz de dejarlo todo por mí y nunca ha parado de intentar hacerme la mujer más feliz del mundo. Pero, resulta, que yo nunca tenía suficiente; ni con él, ni contigo, ni siquiera con tu hermano. Ha tenido que ocurrir esta tragedia para que tu madre pise la tierra y valore a la persona que ha estado a su lado de manera incondicional y a la bonita familia que hemos construido juntos. Sé que habríamos pasado muchos más momentos como este si yo hubiera sabido hacer las cosas diferente, Dulce. Te confieso que, a pesar de todo, no sé qué haría sin tu padre y sin alguno de ustedes. Sé que tengo dos hijos que son una maravilla: estudiosos, trabajadores, responsables, atentos; pero, sobre todo, son buenos seres humanos, nobles y generosos. Por eso, y aunque nunca te lo haya dicho, admiro que tú seas capaz de valorar cosas tan sencillas como las miradas o las sensaciones que te despierta esa chica. Que no pidas nada más. Nunca has pedido nada más. Nunca te ha importado lo material. Siempre te he visto moverte por amor y no sabes lo feliz que me hace saber que, por fin, ha llegado a tu vida la persona adecuada para que le entregues el tuyo. No importa lo que suceda de ahora en adelante, si sale bien, si sale mal, o si es tan complicado como dices. Lo que importa, es que estás enamorada, hija. Y aunque exista eso que no me puedes contar, estoy muy tranquila, porque sé que no hubieras sentido algo así por alguien que no lo mereciera. Así que, confía en ti misma y lucha, porque, como bien dices, muy especial tiene que ser esa chica misteriosa para haberse ganado el corazón, siempre tan protegido, de mi hija mayor.

Con una sonrisa cómplice, vuelve a apretar mi mano y entrelaza nuestros dedos como si quisiera, a través de un gesto, transmitirme toda la comprensión que no me ha transmitido nunca. Ambas permanecemos en silencio y espero que, a pesar de lo fuerte que pega mi orgullo y de la cantidad de años que llevo alejándome de ella, entienda que valoro este momento.

—Toda la vida suplicando por una imagen así y ustedes deciden hacerlo cuando me encuentro incapacitado para inmortalizarlo.

La voz de Daniel nos sorprende, obligándonos a girarnos hacia la puerta para verlo hacer malabares con tres cafés y algunas cosas más.

Me levanto con la intención de ayudarle y sonrío al ver que también se ha traído desayuno para él. El estómago de mi hermano es

infinito y podría desayunar tres veces si le dejaran.

Mi padre sigue sin inmutarse mientras nosotros comemos y hablamos, si no lo conociéramos, seguro que estaríamos llamando a los médicos para asegurarnos de que el monitor no se ha roto y las constantes vitales son las suyas. A veces pienso que está despierto, pero que disfruta tanto cuando estamos así, que prefiere hacerse el dormido para espiar nuestras conversaciones y sonreír de medio lado sin que nos demos cuenta.

—Voy a aprovechar para ir a casa y pasear a White mientras están aquí —informo arqueando mi espalda, sintiéndola crujir—. Deberían actualizar las sillas del hospital.

—Te estás haciendo mayor, Dul —bromea Daniel masajeando mis hombros.

—Si sigues por ese camino voy a tener que obligarte a hacerlo el resto del día.

—Después te paso la factura. Mis manos tienen un precio y no todas las mujeres disponen del privilegio de ser tocadas por ellas.

—Seguro que a algunas tienes que rogarles.

Él besa mi mejilla con cariño mientras se ríe y observo a mi madre sonreír como si le gustara demasiado esto de vernos picarnos a cada dos por tres.

Me despido de ambos con un par de besos, asegurando no tardar, y mi madre me da instrucciones para poner una lavadora que ha dejado preparada, como si no llevara cuatro años viviendo sola y lavándome mi propia ropa. Hay cosas que, definitivamente, nunca van a cambiar, pero me parece que estas van incluidas en el «gen madre» en general, y no en el de la mía en particular.

Tardo cinco minutos en llegar a casa y puedo escuchar los olfateos de White justo antes de abrir la puerta, como si estuviera desesperado por verme aparecer y esos segundos en los que giro la llave fueran los más eternos de todo el día.

—¿Cómo está el mejor amigo del mundo? —le pregunto en cuanto se abalanza y lo abrazo igual de desesperada que él—. ¿Algún día me perdonarás que te esté abandonando tanto? —Él revolotea a mi alrededor, gimoteando y ladrando a la vez que levanta el lomo como si fuera un gato y mueve la cola en círculos igual que las aspas de un ventilador—. ¿Vamos a la calle?

Al decir las palabras mágicas, corre al interior de la casa para sentarse junto al mueble donde guardo su correa y mirarme con la

lengua colgando. Es demasiado inteligente.

Me persigue por cada rincón mientras pongo en marcha la lavadora y subo a mi habitación para cambiarme de ropa. Cuando me doy la vuelta, ahí está, sentado sobre sus patas traseras y una expresión de «¡Venga, tía! Que los árboles se van a escapar si no salimos ya y tengo que olerlos todos unas veinte veces». La imagen de mi primer día en La Cascada me asalta como un remolino de recuerdos no tan lejanos, porque, aunque no lo parezca, han pasado solo tres meses y medio, y en mi vida han ocurrido más cosas en este periodo que en los veinticuatro años anteriores.

—Me estás presionando.

«¡Guau!»

Unos ruidos extraños me hacen abrir los ojos muy despacio porque me pesan los párpados unas cuantas toneladas y siento el cuerpo como si me estuviera aplastando un camión, además de un pinchazo persistente en la cabeza.

La mirada de mi hermano es lo primero que veo cuando consigo enfocar. Él empieza a hacer aspavientos para llamar la atención de White, que se había quedado dormido junto a mí en el sofá después del maratón que hicimos alrededor de la urbanización. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Cuando el cachorro llega a la altura de mi hermano y empiezan a jugar juntos, la voz de mi madre hace acto de presencia y Daniel me mira divertido mientras acaricia a White. Ella me lanza a mí una mirada confusa y también observa los gestos de mi hermano, como si la escena no terminase de cuadrarle y, mucho menos, verme media dormida en el sofá.

—¡Hogar, dulce, hogar! —exclama mi padre apareciendo detrás de ella.

—¿Papá? —pregunto incorporándome tan rápido que me mareo, pero consigo disimularlo bien—. ¿Qué haces aquí?

—Por fin han decidido dejar de utilizarme como experimento, hija.

—Acaban de darle el alta —aclara mi madre.

—¿Y por qué no me han avisado para ayudarlos a recoger todo?

—Porque suponíamos que estabas descansando, Dul —interviene Daniel.

—Y no merecía la pena despertarte para traer cuatro cosas —añade ella.

Avanzo hacia mi padre frotándome los ojos y haciendo un esfuerzo grande para que el cuerpo no deje de sostenerme y así poder refugiarme entre sus brazos unos minutos.

—Bienvenido a casa —susurro—. ¿Te encuentras mejor?

—Ahora estoy de lujo, cariño. Esas cuatro paredes iban a volverme loco.

—No está tan mal estar loco —Me encojo de hombros con una sonrisa—. Pero ahora tienes que portarte bien y cuidarte. Nada de cometer las mismas tonterías que antes.

—No sé por qué presiento que aquí estaré más vigilado que en el hospital —Se queja sin poder esconder la sonrisa—. Voy a tener que sufrir amagos de infartos con más frecuencia para que mi familia se reúna.

—No bromees con eso —le recrimina mi madre mientras le da un pequeño golpe en el hombro y lo ayuda a llegar hasta el sofá—. Dulce ha tenido que abandonar su trabajo solo para estar contigo.

Les dejo discutiendo y me voy hacia la cocina para buscar alguna pastilla que me calme el dolor de cabeza.

—De la que te acabo de librar —susurra Daniel apareciendo junto a White—. Mamá hubiera puesto el grito en el cielo si le llega a ver subido sobre su carísimo sofá de cachemir.

—Lo pondrá de todas maneras, en cuanto descubra pelo canino por todas partes.

—Ahí sí que ya no puedo ayudarte. Pasar la aspiradora ahora sería un poco sospechoso.

—Sobre todo si la pasas tú, que no debes saber ni cómo funciona —Él se lleva una mano al pecho ofendido y me arranca una risa mientras bajo la vista hacia White—. ¿Huimos?

«Guau».

—Sabia decisión.

Ingiero la pastilla ayudándome de un vaso de agua y me quedo un poco en trance mirando las palmeras del jardín sin pensar en nada.

—¿Va todo bien? —pregunta mi hermano después de unos minutos.

—Papá ya está en casa —le digo volviendo a este plano—. ¿Qué podría ir mal?

—No hay que ser muy listo para darse cuenta de que estás

agotada. Casi no te levantas del sillón, las ojeras te llegan a la boca y, apuesto a que tu falta de conversación es porque te va a estallar la cabeza. Eso es por lo poco que duermes, y no creo que lleves así dos semanas solo por nuestro padre.

—Arquitecto, médico y, además, adivino —bromeo.

—Tu hermano —responde encogiéndose de hombros—. Te conozco desde que nací. Hablar de tus preocupaciones no se te da nada bien y, quejarte, mucho menos. ¿Recuerdas aquella vez, cuando éramos pequeños y la noche de navidad casi sufro una pulmonía que me tuvo una semana en la cama con fiebre y tos?

—Cómo para no acordarme —Le sonrío—. Escaparnos para ver las estrellas con aquel frío, mientras todos pensaban que dormíamos, ha sido una de las decisiones más arriesgadas de nuestra vida.

—Tú también enfermaste. Y de no ser porque se te puso la nariz como para hacerle competencia a Rudolf, mamá nunca habría descubierto que también estabas ardiendo en fiebre.

—¿A dónde quieres llegar, Daniel?

—Está bien bajar la guardia por una vez en la vida, Dulce. Sé que no necesitas a nadie y que has aprendido a cuidarte sola, pero no puedes ser «Superdulce» siempre. Te sientes mal, estás cansada, no has conseguido pegar ojo y no paras de darle vueltas a algo. Date un respiro —me pide con tono preocupado—. Papá ya está en casa, nosotros nos vamos a encargar de que siga las instrucciones de los médicos y va a estar muy bien a partir de ahora. Esta parte de tu vida ya está solucionada, ahora vas a tener que enfrentar esa otra parte, antes de que tu mente y tu cuerpo te digan «Hasta aquí llegamos», «Sayonara baby», «Arrivederci bambina», y sea a ti, a la que tengamos que visitar en el hospital.

Mi teléfono empieza a sonar antes de que pueda responder, cosa que me hace lanzarle una mirada acusadora a la que sonríe triunfante, como si alguna fuerza superior estuviera a su favor.

El nombre de Marta en la pantalla consigue que mi corazón se ahorre un latido, porque es la primera vez que me llama ella antes de que lo haga yo y eso no me da nada de confianza.

—*¿Dulce?* —pregunta al otro lado de la línea.

—¿Qué tal, Marta? Pensaba llamarte en unos minutos.

—*Yo estoy bien, ¿y tú? ¿Cómo va todo con tu padre?*

—Justo acaba de llegar a casa. Le han dado el alta hace unas horas.

—¿Ya has empezado a convencerlo de que se tiene que tomar la vida con más calma?

—El otro día lo intentamos y su respuesta fue que solo tenía un apéndice y que era, físicamente imposible, que volviera a sufrir un amago de infarto por culpa de una apendicitis.

—Dios mío, ¿por qué me recordará tanto a alguien?

Mi amiga intenta bromear, pero conozco demasiado el sonido de su voz como para no saber que algo está pasando.

—¿Qué ocurre, Marta? Es la primera vez que me llamas antes de que lo haga yo.

—Ya, bueno, no quería molestarte con cosas del trabajo, pero me hiciste prometer que… Hay algo que debes saber… —continúa dudando —*. Se trata de Anahí.*

Escuchar su nombre hace que el vuelco en mi corazón sea aún más grande y que mis pulsaciones se aceleren en un visto y no visto.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto nerviosa—. ¿Qué pasa con Anahí? ¿Está bien? Dime algo, por favor.

—Dulce, tranquila, no le ha ocurrido nada nuevo, pero me acaban de llegar sus últimos análisis y me pediste que te mantuviera al tanto. Anahí ha vuelto a caer —informa consiguiendo que esa frase sea como la pequeña piedra que resquebraja todo un cristal—. *Ha bajado mucho de peso desde que te fuiste y me parecía muy extraño, porque estaba mejor cuando volvieron del fin de semana. Aun sin descuidarla ni un solo segundo, las cosas empezaron a descuadrarme y pedí que le sacaran una muestra de sangre para ver sus niveles. La verdad es que no sé cómo ha conseguido saltarse los controles, vuelve a no querer hablar con nadie, así que tampoco he podido llegar a ella de ninguna forma. No sale de su habitación, ni siquiera para ir al jardín, y aunque he intentado darle un voto de confianza y ver cómo evoluciona, así están las cosas ahora.*

Llevo una mano a mi frente, temblando y algo aturdida, con ganas de llorar, gritar y correr a buscarla, pero sin ser capaz de moverme.

—Salgo para allá ahora mismo.

—Dulce, no es necesario. Estaba a punto de ir a hablar con ella, pero quise informarte de todo antes de hacerlo.

—Sí es necesario —aseguro con la voz un poco rota—. Había avanzado mucho. Algo ha tenido que ocurrir para que haya vuelto hacia atrás. No tendría que haberla dejado sola. ¡Joder!

—No digas tonterías. Te fuiste porque tu padre estaba en el hospital, no por capricho. Dulce, me parece bien que quieras ayudarla, pero no vas

a poder asumir la culpa cada vez que ella recaiga, porque lo harás tantas veces que vas a terminar perdiendo el sentido de la realidad. Sabías que esto no sería fácil.

—Voy para allá, Marta —repito—. En unas horas nos vemos. No se lo digas, ¿vale? Gracias por avisarme.

Cuelgo el teléfono con una angustia desgarradora por todo mi cuerpo y, al lazar la vista, recuerdo que mi hermano ha estado aquí todo el tiempo. Me mira con una mezcla de confusión, seriedad y como si no supiera qué decir.

—Vuelvo a la ciudad —le informo.

—¿Anahí?

—Qué bien —Sonrío con ironía—. No tendrías que haber escuchado su nombre. A tomar por saco el sigilo profesional. —Daniel empieza a intentar esconder una sonrisa sin mucho éxito y yo le lanzo una mirada de lo más amenazante—. ¿Qué se supone que es lo gracioso?

—¡No jodas, Dul! No te has enamorado en tu vida y ¡¿te enamoras de una paciente?! —exclama golpeando su propia frente—. Hay cosas que solo le pueden pasar a mi hermana.

Yo me llevo ambas manos a la cara, intentando esconder tras ella esos restos de desesperación, agotamiento y miedo que me tienen paralizada en el mismo sitio desde hace minutos. Entonces, siento el cuerpo de mi hermano envolverme en un abrazo y me tenso, porque sé que, si me relajo, esto va a ser un caos aún mayor.

—Nunca he dicho que esté enamorada —Suspiro agotada.

—No hace falta que lo hagas —susurra besando mi cabeza—. Cualquiera que te vea los ojos al pronunciar su nombre, se daría cuenta de ello.

22

El trayecto desde la casa de mis padres hasta la ciudad nunca se me había hecho tan largo. Parece que la carretera se extiende con cada kilómetro recorrido y no creo ser la única que lo piensa, porque White no para de levantarse a cada dos por tres y ha estado todo el viaje muy inquieto. Transmitirle mis nervios es algo que me pone todavía más nerviosa, porque yo sé lo que pasa y puedo gestionarlo, mejor o peor; sin embargo, él solo ve que el corazón me va muy deprisa y que conduzco más rápido de lo normal, y voy a tener que dejarlo en casa así, con esta incertidumbre. Mi familia insistió mucho para que se quedara con ellos y viniera sola a arreglar mis asuntos, pero creo que, a pesar de todo, él y yo siempre estamos mejor juntos. Porque separarnos no es una opción que le haga especialmente feliz y porque con sus pequeños ladridos o su mirada inocente me da la fuerza que, muchas veces, me hace falta para enfrentarme a ciertas situaciones.

—Tranquilo, pequeño. Ya estamos llegando —le digo con tono pausado—. Ojalá pudieras hablar de verdad.

Hace un ruido bastante usual que me arranca una sonrisa, porque me gusta pensar que me responde «En realidad sí puedo, pero tú nunca me entiendes». Los Huskies emiten un sonido muy peculiar algunas veces, es como si intentaran hablar, imitan incluso el tono y la duración de las palabras. Así que, este chico y yo hemos tenido conversaciones de lo más dispares, capaces de conseguir calmar cualquier situación de estrés con un par de risas y juegos. Estoy segura de que, si tuviera un hijo humano, no se parecería tanto a mí como

White, y que las almas gemelas no solo se encuentran en nuestra especie.

Al llegar a casa, corre como un loco hacia la cocina para beber agua y seguro que también para comprobar si le queda algo de comida en el recipiente. No importa que haya desayunado hace poco más de una hora, su estómago siempre está preparado para volver a recibir alimento. Tarda dos minutos en regresar y ladrarme, como si me estuviera preguntando si hoy también nos vamos a ir de manera apresurada, igual que la última vez.

—Tengo que ir a trabajar —le informo agachándome para darle cariño—. Eres el mejor amigo que alguien podría tener, ¿sabes? —Él ladra y se restriega contra mi cuerpo con su lengua colgando y dejando caer parte del agua que acaba de beber—. Todo va a salir bien, ¿verdad? —Sus lametones por toda mi cara son un sí rotundo que me hace reír y levantarme para dejar que meta su cabeza entre mis piernas, como hace siempre que quiere que le rasque detrás de las orejas durante varios minutos antes de irme. Es igual de terapéutico para ambos—. Volveré en unas horas.

Podría haber vacilado antes de atravesar la entrada de La Cascada, podría haberme tomado unos minutos para respirar hondo, calmar mi ansiedad y prepararme mentalmente para lo que me fuera a encontrar, pero mi necesidad de volver a verla es superior a cualquier método de relajación posible y suficiente tiempo pierdo en el ascensor, que parece ir más despacio que cualquier otro día.

Al llegar a su habitación y sentir que las piernas me flaquean sí que considero necesario detenerme frente a una puerta que, al final, resulta que sí alejaba casi tanto como la de un aeropuerto. Agarro el pomo durante varios segundos e inhalo una cantidad de aire bastante considerable antes de girarlo despacio, con las pulsaciones a una velocidad desmesurada, el corazón haciendo mucho ruido y, mis pensamientos, todavía más.

Cuando puedo procesarlo, ya estoy al otro lado, con la puerta cerrada tras de mí como si no hubiera dirigido mi propio cuerpo y el corazón rompiéndoseme en mil pedazos al verla. Está sentada en la cama, con las rodillas flexionadas junto a su pecho, la cabeza inclinada hacia atrás para apoyarse en el cabecero y sin dejarme

distinguir si tiene los ojos abiertos o cerrados.

Pasan algunos minutos de absoluto silencio. Tiene que haber escuchado la entrada de alguien y sentir una presencia, pero no estoy segura de que se haya dado cuenta de que soy yo quien la está mirando paralizada. Incorpora la cabeza y su expresión cambia de manera radical al descubrirme. Tensa el cuerpo de forma automática, puedo apreciarlo a pesar de la distancia, y frunce el ceño, como si yo fuera la última persona que esperara ver esta mañana. Me mira fijamente, con esa frialdad que creía perdida y que me rompe un poco más por dentro. Tengo ganas de correr a abrazarla y no dejar de abrazarla durante horas, pero mis músculos están paralizados y mis ojos solo quieren observarla. Observar su lenguaje corporal, que me dice que no me acerque, observar esa imagen que llevo dos semanas echando de menos y observar los cambios que este corto periodo de tiempo ha traído para ella.

El corazón un poco más roto y las manos temblando.

¿Cómo puede haber empeorado tanto? Su cara está más demacrada que el primer día, tiene las ojeras muy grises y pronunciadas, a juego con un rostro pálido y unos pómulos consumidos. Sus labios de un color azul que poco tiene que ver con el de sus ojos y, su mirada, más gris y apagada que nunca. Ha decidido cambiar su ropa habitual por el pijama blanco del centro que jamás había querido utilizar, y tiene el pelo recogido de forma descuidada, haciendo aún más evidente su extrema delgadez. Mis ojos empiezan a cristalizarse, porque nunca se me ha roto el corazón tan despacio y doloroso a la vez y porque, cuando ella aparta la mirada al percatarse, me doy cuenta de que, esta vez, me he quedado al otro lado de la muralla de fuego, que los dragones se han vuelto en mi contra y que mi piel ya no debe ser tan ignífuga como antes, porque quema.

Quema mucho.

Después de algunos segundos, aún sin saber qué decir ni qué hacer, decido sentarme en un banco pequeño que hay junto a la puerta. Estoy abatida y agotada, siento como si tuviera toneladas de cemento cubriéndome los brazos y las piernas, así que apoyo los codos en mis rodillas y escondo la cabeza entre mis manos un momento, a ver si así, el peso se hace más ligero y consigo retener las lágrimas a base de restregar mucho los ojos y apretar mi mandíbula con fuerza.

No quiero llorar.

—Siento haber echado a perder tu proyecto —me dice con un tono

frío.

Alzo la vista confusa y la encuentro mirándome de nuevo, con la misma frialdad de antes y la misma de su voz.

—¿De qué hablas, Anahí?

—Ya no tienes que seguir ocultándolo.

—Nunca he intentado ocultar nada.

—Solo fue un dato que se te olvidó mencionar, ¿no?

—¿El qué? —pregunto poniéndome de pie—. ¿Que te elegí a ti como proyecto de fin de carrera? ¿Qué tiene eso de malo y qué tiene que ver con todo esto? Con nosotras.

—¿Nosotras? —Me lanza una sonrisa irónica—. ¿Alguna vez ha existido un *nosotras*? ¿O solo ha sido parte de tu intento para sacar una buena nota?

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—Ah, ¿no? A lo mejor si no me hubieras dejado tirada con una carta de tres palabras, permitiendo que me enterara de ese «pequeño dato» por alguien que no eres tú, tendría idea de lo que estoy hablando.

—¿Eso es lo que te pasa? —cuestiono confusa—. ¿Por eso estás así? ¿Porque me fui?

—Así, ¿cómo, Dulce? —Se levanta con rabia y parece que ambas decidimos mantener la distancia—. ¿Demacrada y abandonada? ¿Horrible?

—Perdida —susurro con dolor—. Vuelves a estar perdida.

—¿Y quién te dice que haya dejado de estarlo en algún momento? Si lo tuyo fue una mentira, quizás lo mío haya sido lo mismo. Unos días de ilusión inventada no cambian toda una vida de realidad.

—Si lo que pretendes es herirme con tus palabras, no lo vas a conseguir, Anahí.

—No. Claro que no —Se ríe con ironía—. A Dulce nada le duele. Ella no levanta la voz ni se altera. Todo va bien en su mundo y nada le afecta. Siempre perfecta.

Ocultar que sus palabras se me están clavando por todo el cuerpo como cuchillas afiladas, es una de las cosas más complicadas que he hecho en mi vida. Porque no se me da muy bien fingir y, mucho menos, teniéndola a ella delante.

—Mejor hablamos en otro momento —resuelvo dándome la vuelta para marcharme con la intención de finalizar este cruce de acusaciones sin sentido.

—No va a haber otro momento.

Me detengo en seco, porque el vuelco al corazón ha sido demasiado doloroso y porque una punzada en el pecho me impide respirar. Me doy la vuelta despacio, suplicando en silencio que esa frase no haya sido más que otra manera de hacerme daño y que, en realidad, no tenga ningún otro significado.

—¿Qué quieres decir?

—Que me voy —aclara—. Que voy a pedir el alta voluntaria porque no tiene sentido seguir esperando algo que nunca va a llegar.

Un ligero mareo se apodera de mi cuerpo y siento que pierdo el equilibrio un segundo. El peso de varios universos acaba de caer sobre mí y no estaba preparada para soportarlo, porque me asaltan mil emociones que he estado intentando retener y porque, de pronto, el espacio de mi pecho se ha reducido de manera considerable. Mi corazón no tiene hueco suficiente para transportar oxígeno y la presión es tan grande que no puedo respirar.

Me dejo caer de nuevo en el banco, clavando los ojos en un punto fijo del pavimento y sintiendo que me ahogo, que el nudo en mi garganta es demasiado grande para que el aire pase y que, de pronto, las paredes de esta habitación parecen reducirse de la misma manera que se sigue reduciendo el espacio de mi cavidad torácica. Enredo los dedos en mi pelo con mucha fuerza y mucha rabia, y las lágrimas empiezan a brotar sin control alguno. Como si ya no estuviera en mi mano, como si hubiera girado la llave de un canal y la corriente siguiera su curso para arrasar con todo a su paso. Duele el pecho. Un dolor físico que me hace querer gritar que no puedo respirar, que los sollozos no sirven para nada y que los espasmos tampoco, que me va a estallar la cabeza y los tímpanos, que me va a explotar el corazón de tanto dolor y que necesito que las llamas dejen de quemarme el esófago.

Durante varios minutos, lo único que se escucha es mi intento por ganarle la batalla a una ansiedad que empieza a remitir cuando centro toda la atención en respirar despacio, concentrándome solo en la entrada y salida de oxígeno, en el movimiento, cada vez más pausado, de mi pecho.

Dejo de ejercer fuerza en mi pelo… y respiro.

Dejo de apretar la mandíbula… y respiro.

Dejo la rabia… y respiro.

Mis músculos empiezan a relajarse lentamente y el hueco para el

aire se hace un poco más grande. Levanto la vista cuando creo que tengo la fuerza para hacerlo y ahí está ella. En el mismo lugar, sin haberse movido ni un solo centímetro, como si se hubiera quedado petrificada con una ligera expresión de pánico en su rostro. No dice ni hace nada, solo me mira, y es la primera vez que su mirada me hace daño.

Entonces lo entiendo.

Esto no tiene ningún sentido. Yo no le importo y, tal vez, nunca le he importado. Acabo de derrumbarme frente a ella y no ha sido capaz de mover ni un solo músculo. Una persona a la que le importas olvida su orgullo y te abraza en medio de una situación tan disparatada. Una persona a la que le importas, no te mira con la frialdad con la que Anahí me está mirando a mí ahora mismo.

No puedo más.

Se acabó.

Me levanto con la cara empapada y, apartando la vista de ella, avanzo hacia la puerta, dispuesta a marcharme.

—¡¿Ni siquiera ahora vas a decir nada?! —grita deteniéndome con brusquedad y obligándome a darme la vuelta.

Sus ojos también están empapados en lágrimas y yo ya no sé qué hacer. No sé qué es lo que quiere de mí ni cómo terminar esto sin rompernos más.

—¿Qué quieres que te diga?

—¡Algo, Dulce! ¡Por favor! ¡Grita! ¡Enfádate! —pide desesperada —. Haz algo, ¡maldita sea! Di lo que sientes. ¡Ódiame! ¡Ódiame de una vez!

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que te odie? —pregunto secándome las lágrimas—. ¿Por qué tengo que gritarte si escuchas muy bien, Anahí? ¿Por qué voy a decirte lo que siento, si la venda que tienes en los ojos no te deja ver más allá de tus narices? Dime… ¿Qué quieres que haga? Has tomado una decisión, ¿no es así? Te has rendido. Estás decidida a marcharte, una vez más, pensando solo en ti. De eso se trata todo esto: de Anahí. Siempre de Anahí. Y no, no estoy enfadada, si eso es lo que quieres escuchar. Tampoco estoy decepcionada contigo. Lo estoy conmigo, porque creía que esto era diferente, que tú eras diferente. Que yo te… —Suspiro resignada—. Nada de lo que puedas decir, ninguna palabra de las que sueltes por tu boca ahora mismo va a conseguir hacerme más daño del que me hace verte así de consumida. Porque podrás engañar a quien quieras, Anahí, pero no a mí, porque

yo vi con mis propios ojos cómo tienes la fuerza suficiente para salir de esa maldita enfermedad si te lo propones. Y, sin embargo, estás optando por hundirte cada vez más.

—Te crees que es muy fácil, ¿no? Que un día voy a decir «basta» y, ya está, se acabó. ¿Te crees que no me ha costado la vida soportar cada minuto de los que no has estado aquí? ¿Que no se me han hecho eternos? ¿Que no me sentí como una basura al descubrir que para ti solo soy un maldito proyecto y que ni siquiera titubeaste antes de largarte corriendo, dejándome igual de vacía que antes? Me dejaste sola. Como una egoísta.

—¡A mi padre casi le da un infarto! —grito, ahora sí, con rabia—. ¡Joder! Ni siquiera has sido capaz de preguntarme qué ha ocurrido ni cómo he estado en las dos últimas semanas. ¿Quién es aquí la egoísta, Anahí? ¿Quién es la que está, tan hundida en su propia miseria, que no es capaz de ver lo que sucede a su alrededor? El proyecto es sobre ti, sí. Y ¿sabes por qué? ¿Sabes por qué te elegí a pesar de que me repitieran que no era la mejor opción si quería sacarlo adelante? Porque desde que llegué a este lugar, desde que te vi caminando por ese pasillo con la mirada perdida, lo único en lo que he pensado, ha sido en encontrarte. No pronunciabas ni una puñetera palabra, mis posibilidades de sacar adelante el proyecto contigo eran nulas. ¿No crees que hubiera sido más fácil escoger otro caso y lucirme con la investigación? ¿No te parece que hubiera sido más inteligente? Pero ¿sabes qué habría pasado entonces? Que no hubiera podido estar cerca de ti —sentencio observando cómo mis palabras se le clavan en alguna parte, igual que se me han estado clavando a mí las suyas, y suspiro—. He sido muy tonta al pensar que sentías algo por mí, que lo nuestro era especial y que te iba a dar la fuerza necesaria para hacerte querer salir de esto. Soy una ilusa. Nunca te ha importado nadie más que tú misma.

—Eso no es cierto —Niega llorando—. ¿Tanto te cuesta comprender que me volví loca al ver que te habías ido? ¿Que te necesitaba a cada segundo y que no sé cómo salir de aquí si tú no estás? No digas que no siento nada por ti, Dulce, porque yo…

—No soy una tabla de salvación —interrumpo—. Me he pasado tres meses intentando ayudarte a encontrar motivos para amar la vida por ti misma. Nunca he pretendido salvarte. No hay nadie que pueda rescatarte, Anahí. Nadie más que tú misma. Entiéndelo de una vez, por favor.

Ella llora desde que me levanté de este banco dispuesta a marcharme, lo veo a través de mis propias lágrimas y soy consciente de que ambas sentimos que, con esta conversación, algo se está desgarrando dentro de nosotras.

—Si tuvieras una idea de lo que significa estar aquí —continúa con la voz quebrada, señalando su propia frente—. Si supieras lo que se siente… El pánico, el terror de enfrentar un nuevo día. El pensamiento continuo de que cualquier cosa, por insignificante que sea, me hará caer sin que pueda hacer nada por evitarlo… Si lo entendieras, sabrías que es como cruzar un acantilado sobre una cuerda floja, con esos dragones de tu metáfora esperando para engullirme después de un paso mal dado. Créeme que no existe sensación de miedo más paralizante que la de no controlar tu propia vida —aparta la mirada con rabia—. Jamás podrás entenderlo.

—Claro que no. Nadie te entiende, Anahí —Suspiro y ella vuelve a mirarme ante mi tono irónico—. Nadie puede ayudarte y nadie puede hacerse una idea de lo que estás viviendo. Por supuesto que no. Pero ¿alguna vez te has preguntado qué sentimos quienes estamos a tu lado? Te crees que estás sola dentro de una burbuja y que el resto nos dedicamos a observar cómo te hundes sin salir afectados. Que esperamos a ver qué ocurre, a ver cómo acabas con tu vida sin que ello termine también con la nuestra. ¿Quieres que te hable de lo que significa, realmente, tener miedo? —pregunto con la misma rabia que ella—. Tener miedo es que, las únicas noches en las que he conseguido dormir desde hace tres meses, han sido las que he compartido contigo; en las que sentía tu mano agarrada a la mía y sabía que, si algo te pasaba, yo iba a estar ahí, iba a llegar a tiempo. Tener miedo es vivir la misma pesadilla todas las noches y despertarme sudando porque mi subconsciente se ha aficionado a recibir llamadas en las que tu cuerpo ya no aguanta más, te tiras por una ventana o te vuelves a tomar un frasco de pastillas. Tener miedo es que te falte el aire al abrir los ojos y sentir pánico de cerrarlos. Tener miedo es dedicar cada hora de mis días a buscar una solución para ayudarte a superar esa maldita enfermedad y no encontrar nada. Es sentirme inútil, porque en el fondo sé que ninguno de mis intentos va a servir, porque tú eres la única que puede salvarte. ¡Es mirarme las manos! —exclamo observándolas y cerrando los puños con fuerza—. Y entender que no sirven para nada, porque tú has decidido seguir hundida y, por mucho que intente tirar de ti, estás demasiado a gusto ahí abajo. Te has

acostumbrado a las llamas, ya no te hacen daño, pero a mí me están quemando todo el cuerpo. —Suelto los puños y suspiro, porque ella evita mi mirada y tiene los ojos clavados en alguna parte del pavimento, tan lejos de los míos como su cuerpo, aunque solo nos separen centímetros—. Tener miedo, Anahí, es estar enamorada de una persona que no le encuentra sentido a la vida. —Conecta nuestras miradas muy rápido al escucharme, observándome con sorpresa y confusión en medio de muchas lágrimas—. Te equivocas al pensar que la sensación más paralizante es la de no controlar tu propia vida, porque te aseguro que es mucho más aterrador ver cómo la vida de alguien a quien amas se te va de las manos sin que puedas hacer nada para evitarlo. —Inhalo aire y me seco las lágrimas en medio de un silencio ensordecedor—. Querías que te dijera lo que siento, ¿no? Pues ahí lo tienes. Estoy enamorada de la única persona que jamás podría, siquiera, quererme. Porque es imposible querer a alguien cuando sientes tanto odio hacia ti misma.

—M-mira lo que tienes frente a ti —balbucea señalándose—. ¿Cómo puedes estar enamorada de esto? ¿Cómo puedes seguir mirándome así? Con ese cariño y ese dolor. ¿Por qué, Dulce? ¿Por qué me haces sentir culpable de lo que he estado pensando durante dos semanas? Soy un desastre… ¿Es que no lo ves? ¿No ves que destruyo todo lo que me importa? Te lo dije —susurra llevándose las manos a la cabeza y perdiendo la mirada con una desesperación que me asusta—. Te lo dije en el lago. Te estoy destruyendo también a ti. ¿Cómo puedes amar eso?

—Ahora mismo ni siquiera sé quién destruye más a quién —confieso abatida—. Estaba convencida de que, llenándote de gestos de cariño, terminarías viendo a la persona que en realidad eres y que, de esta manera aprenderías a quererte; pero creo que, al final, solo te ha servido de excusa para seguir en el abismo. Tú sabes por qué me marché, Anahí, sabías que había pasado algo y que, si no fuera grave, no me habría ido de tu lado. Pero fue más fácil permitir que se te nublara la mente y aferrarte a eso para no luchar, ¿verdad? Porque pelear cuesta. Los brazos se cansan, las piernas no resisten un camino tan largo, el corazón está harto de tanto resentimiento hacia sí mismo, así que es más fácil tirar la toalla, dejarse morir. Yo no te hago bien —acepto entre lágrimas—. Creía que sí, pero ahora sé que ponerte las cosas tan fáciles no funciona. Ya lo entiendo. El amor, por muy grande que sea, no puede salvar a quien no quiere ser salvado.

Intento secarme de nuevo un número de lágrimas que es imposible parar y respiro hondo antes de volver a caminar para marcharme.

—Dulce, no te vayas —suplica llorando—. Cuando estoy a tu lado, todo es fácil. La lucha se vuelve más ligera y puedo con ella. Pero cuando tú no estás, me siento demasiado perdida. Me vuelvo loca —Señala su cabeza—. Solo hay ruido aquí dentro y ni siquiera sé quién soy.

—Ahí está el problema, mi amor —susurro, sintiendo cómo se me encoge el corazón—. Tienes que encontrarte.

Ella me mira fijamente y veo sus ojos en un plano distinto al mío. Su mirada está ida. Ella está aquí, escuchando lo que le digo, pero es incapaz de comprenderlo.

—Te necesito, Dulce.

Me acerco para sostener sus mejillas entre mis manos, dejando que mis dedos se empapen por culpa de sus lágrimas. La miro a los ojos unos segundos y me duele la vida.

—No merezco que me necesites, Anahí, sino que me quieras. No puedo soportar el pensamiento de una vida en la que tú no existas. No puedo. Sé que la verdadera Any está ahí, en alguna parte, sé que se esconde detrás del miedo y del resentimiento. La he visto ilusionarse con unas linternas de gas, plantar un bambú con el corazón acelerado y nadar en un lago riendo sin parar. Es esa a la que le brillan los ojos cuando mira las estrellas y la que me odia un poco cuando le hago cosquillas. Es la que me besa como si alguien le fuera a robar mis labios en un segundo y la que lo repite con más dulzura al siguiente. Es la misma que tiembla cuando estamos juntas y la que quiere cortar una cebolla para que yo no tenga que llorar —Guardo unos segundos de silencio antes de soltarla y volver a separarme—. Pero está claro que no quieres hacerlo y yo no puedo seguir aquí sentada, viendo cómo te apagas y cómo se te va la vida mientras la mía se va contigo. Necesitas la ayuda de alguien que no sienta lo que yo siento por ti. Alguien a quien no te aferres como a un salvavidas. El amor no sirve… Mi amor no te sirve.

—Dijiste que no lo harías. Dijiste que nunca me abandonarías.

—No lo estoy haciendo. Te estoy dejando libre para que elijas qué camino quieres tomar. Pero, por ti, no por mí. Solo tienes dos opciones en esta batalla: vivir o morir. La primera es la más difícil, implica una lucha constante y eterna en la que no tendrás descanso. Sentirás la tentación de rendirte muchas veces. Pero, a cambio de todo

eso, podrás experimentar momentos que van a llenar tu vida. En cambio, morir es más fácil, solo tienes que bajar los brazos y dejar de pelear, limitarte a existir hasta que llegue el día en el que todo se detenga, en el que desaparezcas. Desapareceremos.

Se produce un silencio durante el cual ella me mira fijamente, sin aportar nada más, con la mandíbula contraída y la mirada más negra que ha tenido nunca. Suspiro y abandono la habitación sabiendo que esta conversación no ha sido otra cosa que una noria a demasiada velocidad en la que no hemos hecho sino dar vueltas y marearnos.

—¡Estamos hablando! —grita volviendo a retenerme en el pasillo y mirándome con desesperación—. No puedes irte si estamos hablando.

—No estamos hablando, Anahí. Me estás gritando. Ni siquiera escuchas lo que te digo. Hace unos minutos me dijiste que te ibas y ahora no me dejas marchar a mí. No sabes lo que quieres. Nunca lo has sabido.

—Quiero… —murmura llevándose ambas manos a la cabeza—. Quiero que pares. Quiero que dejes de sermonearme. Solo necesito que estés aquí.

—¿Lo ves? —insisto con dolor—. No has escuchado ni una palabra. Yo no soy tu padre, Anahí. No soy una doctora cualquiera ni tampoco una nutricionista. No te estoy echando la bronca porque no comas, porque vomites o porque tus análisis sean un caos. Estoy llorando porque no quiero perderte. Me acabo de derrumbar frente a tus ojos y no has sido capaz de dejar a un lado esa postura ni un solo minuto. Te estoy suplicando que pares y estoy sufriendo… porque te estás matando.

—¡Vale! —exclama sacando la rabia de nuevo y quitándose con fuerza el collar que le regalé en el lago—. Lárgate. Vete si es lo que quieres. Al fin y al cabo, todos hacen lo mismo. No sé qué me hizo pensar que podía esperar más de ti.

Vuelve a llevarse las manos a la cabeza mientras aparta la mirada, y como ya ha repetido el gesto en varias ocasiones durante la discusión, el corazón me empieza a latir un poco raro.

—¿Qué ocurre? —le pregunto intentando acercarme y recibiendo un pequeño empujón como respuesta. Apenas tiene fuerza.

—Márchate —me pide mirándome con rabia—. Es lo que estabas ha…

Sus ojos se quedan en blanco de repente y su cuerpo se desploma entre mis brazos sin esperarlo, cortándome la respiración y acelerando

mis pulsaciones a unos niveles poco soportables.

—¡Anahí! —grito desesperada, intentando acostarla con cuidado y acariciando sus mejillas para hacerla reaccionar—. Mi amor —Al ver que no responde, pruebo a golpear con un poco más de fuerza, pero ella permanece inmóvil, con los ojos cerrados y su cuerpo inerte.

Marta aparece a mi lado en un instante, me agarra las mejillas para obligarme a mirarla y sé que sus labios se mueven, pero no escucho nada de lo que me dice. El sonido exterior acaba de apagarse como si alguien hubiera bajado el volumen del televisor y lo único que escucho es mi propia respiración, volviéndose cada vez más lenta y pesada.

El dragón me mira a los ojos con tristeza, como si ya no tuviera fuego con el que protegerla y él también se encontrara atrapado entre las llamas, como si verla tirada entre mis brazos nos quemara a ambos por igual, porque la batalla está perdida cuando la guerrera se rinde y, en esta guerra, hay dos chicas y unos cuantos dragones que ya no saben cómo luchar.

23

Al sentir que alguien aparta su cuerpo de mis brazos recupero un poco la noción de dónde estoy. No sé cuántos minutos llevo sosteniendo a una Anahí inconsciente y empapando su rostro con mis lágrimas. Me he quedado tan paralizada, que el mundo ha seguido girando mientras yo solo podía mirarla a ella, con un nudo en la garganta, el corazón desgarrado y una ausencia total de oxígeno y movilidad.

«Parada cardiaca»

No, por favor.

Uno.

Ahora es un abrazo el que me paraliza desde la cintura y, mientras una persona retiene mi cuerpo, siento que también me están aplastando el pecho y la garganta, como si me hubiera quedado atrapada debajo de un camión, como si mis órganos fueran a colapsar en cualquier momento y esto se convirtiera en un baño de sangre. Porque nunca algo ha dolido tanto, porque el daño jamás ha sido tan físico.

Tres.

Deciden desfibrilar el cuerpo de Anahí con un aparato que le provoca descargas eléctricas y, con cada espasmo sin reacción, una parte de mí se apaga junto a ella.

«No te vayas»

Ocho.

«Por favor, mi amor, no te vayas»

El médico desiste de las placas metálicas y coloca ambas manos

sobre su pecho para comenzar un masaje cardiaco. Lo intenta dejando caer todo el peso de su cuerpo contra su corazón, mientras a mí se me vuelven eternos los segundos que cuento en silencio.

Nueve.

Una vez.

Y otra.

No se rinde.

Diez.

—Doctor…

La voz que intenta interrumpirle suena a desesperanza, pero él no hace caso. Continúa presionando el pecho de Anahí sin parar, como si se hubiera quedado igual de sordo que yo, como si el ruido exterior se escuchara muy lejano, muy imperceptible, y sin sentido alguno; porque dejarlo ahora no es una opción, porque si esta es una pesadilla más, tiene que acabar ya.

Consigo escapar de mi agarre y me arrastro hasta ella. Está pálida, inmóvil y sus ojos azules llevan ya demasiado tiempo sin mirarme. Acaricio su frente con una mano muy temblorosa y acerco unos labios todavía más temblorosos para sentir su piel helada y terminar de desgarrarme por dentro en medio de un beso que pretendía ser cálido. Mis lágrimas empapan su piel a pesar de que estoy apretando los párpados con mucha fuerza.

Despiértate, despiértate. ¡Despiértate, Dulce!

—Vuelve… —susurro—. Vuelve, vuelve, vuelve… —Es lo único que puedo suplicar, como si en mi vocabulario ya no existiera otra palabra—. Vuelve, vuelve, vuelve… Por favor, vuelve.

Once.

Su cuerpo deja de moverse porque el médico ha detenido los impulsos y mi respiración hace lo mismo, en el mismo segundo. El camión ejerce más presión sobre mis órganos y la vida me pesa demasiado.

Despiértate, despiértate. ¡Despiértate, Dulce!

—Hay latido —informa en un susurro—. ¡Hay latido! —grita un poco más fuerte, consiguiendo que alce la vista para mirarlo. Él también me mira y asiente, devolviéndole a mi cuerpo todos los signos vitales que perdió hace un momento—. ¡Tenemos que trasladarla al hospital!

Doce segundos.

Los doce segundos más terroríficos de mi existencia. Doce

segundos en los que su corazón no ha latido y el mío se ha desgarrado de dolor. Que el corazón se rompe de verdad, ¡joder! Que en situaciones estresantes o emociones extremas una parte del músculo puede dejar de bombear mientras el resto presenta contracciones más fuertes. Que la presión torácica es insoportable y la dificultad para respirar también.

Unas manos sostienen mis mejillas y, sin ser muy consciente todavía, me encuentro con los ojos de Marta, que me mira fijamente, con una mezcla de preocupación e incertidumbre.

—Dulce, escúchame —pide con tono firme—. Ve tú en la ambulancia con Anahí. Yo tengo que arreglar primero todo este caos y avisar a su padre, pero te prometo que enseguida voy para allá, ¿vale?

Solo puedo asentir, y cuando escuchamos la voz del doctor anunciando que hay que irse, Marta me dedica una sonrisa dulce y me acaricia la mejilla, como si no tuviera la menor idea de qué decirme, pero quisiera hacerme saber que está conmigo. Y yo se lo agradezco, porque esto de que mis músculos no respondan y mi cuerpo vaya más despacio que mi cerebro, es bastante desesperante.

Mientras la ambulancia avanza, aprieto su mano con mucha fuerza y me sigo desgarrando, porque esto no estaba previsto, porque hace dos semanas éramos tres en un lago, lejos del mundo y con muchas ganas de cambiar las cosas. De vivir diferente, de ser felices.

—En seguida llegaremos al hospital —Me dice una voz reconocible.

Alzo la vista y me encuentro con el médico que hace unos minutos consiguió reanimarla, mirándome de forma neutra, como si estuviera demasiado acostumbrado a estas cosas y mi dolor fuera parte de su día a día.

—¿Se va a poner bien?

—Pronto lo sabremos. Por el momento debemos agradecer su manera de aferrarse a la vida —Estoy segura de que mi gesto cambia, porque él me dedica una sonrisa menos neutra y respira profundo—. Si esta chica se hubiera rendido antes que yo, no habríamos podido hacer nada. Es fuerte.

Las palabras del médico me hacen desviar la vista hacia ella, que respira con ayuda de una máquina y tiene los ojos cerrados. Tan frágil en apariencia y tan resistente como el bambú. Tan eléctrica como un bajo y tan delicada como un piano.

—Es fuerte —confirmo en un susurro.

La ambulancia se detiene de manera un poco brusca y el caos regresa cuando todo el mundo empieza a avanzar junto a su camilla y a mí me dejan atrás. Una persona me retiene y sé que habla, pero no la escucho. Tengo los ojos clavados en una Anahí que se aleja de mi vista y el ruido interno es tan fuerte, que no puedo distinguir sonidos con claridad hasta que pasan algunos segundos.

—Necesito que me diga su nombre —me pide una voz femenina.

—Dulce —murmuro sin mirarla—. Dulce Andrade.

—Encantada de conocerte, Dulce, yo soy Daniela, pero me refería al de ella.

Bajo la vista un par de centímetros para conectar mis ojos con lo de esta chica que ha aparecido de la nada y la descubro ofreciéndome una sonrisa dulce y comprensiva.

—Anahí Valente —respondo viéndola empezar a escribir en una carpeta—. Aunque ella también podría haberse llamado Dulce.

La chica vuelve a mirarme y amplía su sonrisa, como si se hubiera alegrado de que mis neuronas hayan decidido empezar a trabajar de una vez.

—Podría. Pero me he pasado media hora escuchando a la doctora llamarte por tu nombre con bastante desesperación. De no ser por eso, es probable que Anahí hubiera quedado registrada como Dulce Andrade.

—¿Estabas allí? —pregunto sorprendida—. ¿En La Cascada?

—Estaba allí —confirma ella, recuperando esa sonrisa comprensiva—. Y también vine contigo en la ambulancia. Pero, tranquila, es normal que no vieras a nadie más que a ella. Ha debido darte un gran susto.

Ella.

—¿A dónde se la han llevado?

—Estará en la UCI hasta que despierte y tienen que hacerle también algunas pruebas para comprobar las afecciones de la parada cardiaca. Ahora te toca tener mucha paciencia, Dulce.

—Va a recuperarse —susurro en un hilo de voz, sintiendo cómo mis ojos empiezan a cristalizarse otra vez—. Tiene que recuperarse.

—Y tú tienes que sentarte unos minutos e intentar mantener la calma, porque esto puede tardar mucho —sugiere—. Yo debo irme ya, pero ¿necesitas algo? ¿Tienes el teléfono de algún familiar al que podamos llamar para que te acompañe?

—Se están encargando de eso en el centro, gracias. Aunque, sí me

gustaría pedirte algo.

—Lo que quieras. Dime.

—¿Podrías mantenerme al tanto de lo que pasa? Si me quedo aquí esperando mucho tiempo sin noticias, me voy a volver loca.

—Tranquila —Sonríe—. En cuanto sepa algo, serás la primera informada.

Con un último agradecimiento, la chica se marcha y yo me siento un poco más vacía y sola entre una multitud de personas desconocidas. Echo un rápido vistazo alrededor, me dejo caer sobre uno de los asientos y apoyo los codos en mis rodillas para esconder la cabeza. Me duele todo el cuerpo hasta tal punto, que estoy planteándome seriamente que un camión me haya aplastado de verdad, porque siento como si los músculos me pesaran. Ojalá pudiera dormirme aquí mismo y despertar cuando se supiera algo de ella. Ojalá pudiera abrir los ojos y ver los suyos, intentar arrancarle una sonrisa y volver dos semanas atrás. Haría las cosas diferentes.

«¡Dulce!»

La voz de Marta me hace alzar la vista para buscarla, quedándome un poco sorprendida al verla aparecer con Oliver Valente.

Cuando llegan hasta mí, lo primero que hace mi amiga es abrazarme de forma cálida y reconfortante. No quiero derrumbarme en sus brazos, pero se está tan bien aquí que, un segundo más, y empezaría a llorar como una niña.

—¿Cómo estás? —susurra agarrando mis mejillas.

Yo asiento con la cabeza, porque no sé qué responder y porque tampoco sé si puedo decir palabras coherentes sin gimotear.

—¿Cómo está mi hija?

Desvío la vista hacia Oliver Valente y, en lugar de mirarle con la rabia que sentiría en cualquier otro momento, el cansancio solo me permite suspirar y observar que también hay preocupación en el fondo de sus ojos.

—Todavía no hay noticias —respondo mirando a Marta—. Dicen que estará en la UCI hasta que recupere la conciencia y que tienen que hacerle pruebas.

—Está en buenas manos —asegura mi amiga—. ¿Por qué no sales un rato? Estás pálida, Dulce. Necesitas respirar aire fresco.

—No. Los médicos pueden volver en cualquier momento y quiero estar aquí cuando suceda.

—Yo estaré aquí —insiste—. Te avisaré en cuanto aparezcan por la puerta, pero sal un momento, por favor. Aunque sea cinco minutos.

El propio agobio termina actuando por mí y, después de asentir, sin mirar a nadie más, me dirijo hacia la salida del hospital.

Una ligera brisa acaricia mi rostro en cuanto atravieso la puerta y decido inhalar aire muy profundo, porque hace bastante rato que mis pulmones no se llenan de oxígeno y tal vez sea ese el motivo por el que aún me tiemblan las manos y siento esta presión en el pecho.

Lo intento durante varios minutos. Apoyada en la fachada, concentrándome en inhalar y exhalar muy despacio, mirando un punto fijo del mismo cielo que hace un par de semanas mirábamos juntas. El nudo en la garganta se hace un poco más grande, el tiempo pasa muy despacio y la vida me parece muy injusta.

«Por favor, Anahí, no me dejes».

Una presencia a mi derecha me hace girarme para encontrar la figura borrosa de Oliver Valente, que me mira durante varios segundos a través de mis propias lágrimas y me obliga a apartar la vista de nuevo.

—Me culpas de todo esto, ¿no es así?

Permanezco en silencio un instante después de escuchar su voz y al ver que no pretende volver a marcharse y dejarme en paz, suspiro.

—No culpo a nadie. Todos tenemos algo que ver.

—Anahí me preocupa, aunque te cueste creerlo.

—Señor Valente —Vuelvo a suspirar, enfrentando sus ojos otra vez —, usted no me conoce. Así que ahórrese lo de intentar averiguar cómo pienso o siento.

—No has cambiado desde la última vez que te vi. Tan insubordinada como entonces —Suspira—. Tan parecida a ella.

—Sí que he cambiado —murmuro apartando la vista.

Ella me ha cambiado la vida.

Continúo sintiendo la mirada de su padre durante más tiempo del que me gustaría, lo que me obliga a enfrentarlo con el ceño fruncido y un interrogante gigante en los ojos.

—Me recuerdas a alguien —comenta.

—A ella. Lo acaba de decir.

—Y también a mí.

—¿A usted? —pregunto ocultando la sorpresa con una sonrisa

irónica—. Usted y yo no tenemos nada en común. Lo siento.

—De hecho, sí que lo tenemos. Se llama Anahí Valente. Y si te digo que me recuerdas a mí es porque, cuando hablas de ella, tienes en los ojos lo mismo que yo tenía al hablar de su madre. Mi hija es lo que más te importa en la vida, ¿no es así?

—Lo que yo sienta por Anahí no es asunto suyo. Y le repito que, usted y yo, no nos parecemos en nada. Yo jamás sería capaz de abandonar a mi hija de la forma en la que usted lo ha hecho.

—¿Crees que no estoy sufriendo con todo esto, Dulce? ¿Que no me duele ver a mi hija así?

—No me hable de dolor —le digo con rabia—. Ni se le ocurra hablarme de dolor o sufrimiento, cuando es ella la que está ahí dentro peleando por su vida. Cuando es ella, la que lleva años luchando con una enfermedad que ha ido consumiéndola y destruyéndola sin que usted haya movido un solo dedo. No se atreva a hablarme de dolor, porque aquí la única que lo conoce, es ella.

—Nadie nace con un manual para aprender a ser padre —responde con tono duro.

—No se necesita ningún manual para dar un abrazo a tiempo —Su mirada cambia de repente, su gesto se suaviza, y yo suspiro—. Ni siquiera se ha parado nunca a pensar el por qué de todo esto, cómo llegó Anahí a sentir tanto rencor por sí misma ni en qué momento empezó a caer en el abismo. No se lo ha preguntado nunca y ahora se siente culpable porque puede perderla. Por segunda vez —recalco—. Yo no soy la encargada de perdonarle, Oliver. No es a mí a quien tiene que dar explicaciones. Así que, le aconsejo que, si de verdad necesita perdón, empiece a pedir ahora mismo que Anahí despierte; porque si no lo hace, si muere en este hospital por una parada cardíaca o en su casa por un frasco de pastillas, no solo habrá perdido a su hija y a su esposa, sino que se terminará de perder a sí mismo.

Separo la espalda de la pared y me marcho sin darle tiempo a responder. Al volver a la sala de urgencias, Marta intercala su mirada entre la UCI y la puerta de entrada, como si llevara varios minutos dividida entre dos mundos.

—¿Va todo bien? —me pregunta con preocupación, y aunque sé que se refiere a mi conversación con Oliver Valente, no soy capaz de pensar en eso ahora.

—Si no sale de esta, y-yo… no voy a poder soportarlo, Marta. No podré hacerlo.

Justo cuando ella suaviza el ceño y separa los labios para responder, las puertas de la UCI se abren captando toda nuestra atención y dando paso a dos miembros del equipo médico. La chica de antes es una de ellos.

—¿Familiares de Anahí Valente?

—Yo soy su padre —responde apareciendo por detrás—. ¿Cómo está mi hija?

Los segundos de suspense me hacen clavar la vista en el pavimento y contener la respiración. Aprieto muy fuerte los puños porque no quiero llorar y porque pienso que, clavándome las uñas en las palmas, el dolor físico rebajará un poco el emocional. Pero la verdad es que no funciona, porque del dolor nunca se puede escapar.

—Fuera de peligro.

El alma me regresa al cuerpo de golpe, como si hubiera estado flotando a mi alrededor todo este tiempo. Me llevo ambas manos al rostro y empiezo a respirar mientras busco la mirada del hombre que habla.

—La ambulancia llegó a tiempo para realizar la reanimación cardiaca y eso le ha salvado la vida, pero todavía no ha recuperado la conciencia, así que tenemos que esperar a que suceda para conocer el alcance de los daños. En las pruebas no se ha visto nada afectado, sin embargo, su cerebro ha estado varios segundos sin recibir oxígeno y no podemos estar cien por cien seguros hasta que se despierte.

—¿Qué daños podría haber? —pregunta su padre.

—Pérdida de memoria, problemas en el habla, entre otras cosas. Es imposible saberlo con exactitud, pero no se preocupen por eso ahora. Lo más grave ya ha pasado. Anahí despertará en cualquier momento y, mientras más pronto lo haga, mejor.

—Pero ¿qué fue lo que sucedió? ¿Una parada cardiaca, así, de la nada?

—Yo no diría que ha sido de la nada. Sus analíticas reflejan una importante desnutrición y en su historial hemos podido ver que hace unos meses fue ingresada por un intento autolítico. Todo indica que Anahí lleva semanas sin alimentarse y ningún cuerpo resiste eso para siempre. Es difícil saber cuándo dirá «basta» el corazón, pero lo que sí es seguro, es que lo hace. Así que, es casi un milagro haber conseguido reanimar a una persona que ya se había rendido.

—Eso es porque todavía no lo ha hecho —susurro captando la mirada de todos los presentes—. Aún no se ha rendido. ¿Podemos

pasar a verla?

—Sí, pero solo podrá pasar uno de sus familiares.

El silencio que se crea es incómodo y yo sonrío irónica, porque esa regla de los hospitales es una mierda y en este momento todavía más.

—Dulce, entra tú —Busco la mirada de Oliver Valente con mucha prisa y el corazón latiéndome a toda velocidad. Me cuesta creer que esa frase haya salido de su boca y no entiendo tanta generosidad de repente—. Estoy seguro de que eso es lo que mi hija querría.

—Lo siento —interviene el doctor—, pero las normas del hospital indican que solo puede pasar un familiar. ¿Es usted familia de la paciente?

—La familia no viene determinada por los lazos de sangre. Y esta chica ha demostrado ser más familia de mi hija de lo que he sido yo durante casi toda su vida. Así que, va a ser ella quien esté a su lado. Yo lo autorizo y me hago responsable.

Oliver Valente y yo nos miramos como si estuviéramos en un desafío extraño a la vez que diferente. Nos miramos de forma distinta a como nos hemos mirado hasta ahora. Como si hubiera un punto de inflexión en una guerra que es inevitable.

Cuando el doctor acepta y me pide que le acompañe, el padre de Anahí asiente y yo le susurro un «gracias» que casi no se oye, pero que él debe haber escuchado, porque en sus labios se dibuja una sonrisa igual de imperceptible.

Avanzamos por un pasillo lleno de habitaciones y personal sanitario corriendo de un lado a otro. Hay bastante silencio, aunque se escuchan muchos monitores por todos lados.

—Si llegara a despertar, avísenos cuanto antes —indica el doctor al llegar a una puerta—. Es importante que no se altere ni reciba noticias estresantes. Debe estar tranquila en todo momento.

Yo asiento y vuelvo a murmurar un gracias, porque las indicaciones me sobran demasiado y también me sobra el tiempo para entrar a verla.

—Si necesitas algo —añade la voz de Daniela—, voy a estar por aquí cerca.

A ella le dedico una ligera sonrisa de agradecimiento porque sus ojos siempre son amables y su gesto dulce ha estado intentando tranquilizarme todo el tiempo. Y eso, aunque no pueda verbalizarlo todavía, es de agradecer.

Una vez se han marchado, entro con cuidado en la habitación y

camino hacia la cama, con el corazón acelerándose a medida que descubro su cuerpo igual de inmóvil que la última vez. La diferencia es que ahora parece respirar por sí misma, aunque un monitor sigue indicando el ritmo de sus latidos y una sábana blanca le cubre el cuerpo hasta la altura del pecho, con los brazos descansando por encima, el pulsioxímetro atrapando su dedo y una vía que conduce hasta una bolsa llena de algún líquido.

Anahí duerme de una forma tan profunda, que me transporta a la casa del lago y a esa primera mañana en la que desperté a su lado y todo era calma. Su rostro parece en paz y su respiración es tan pausada, que el terror que he vivido hasta hace unos minutos se va disipando lentamente. El nudo en mi pecho también empieza a aflojar un poco, como si el hueco se estuviera ensanchando y el corazón ya pudiera latir sin tanto dolor.

—Aquí estoy, guapa —susurro perdiendo la nitidez de su imagen —. Gracias. Gracias por luchar.

Me inclino para besar su sien a un ritmo muy lento. Volver a sentir la suavidad de su piel en mis labios, esta vez mucho más cálida, me devuelve la vida en un instante. La última vez que lo hice le suplicaba con desesperación que regresara y ella estaba tan fría, que todavía tiemblo al pensarlo.

Después de unos segundos abandono su piel para acercar una silla y sentarme a su lado. Agarro su mano con cuidado y me detengo a observarla, sintiendo como un nudo va formándose en mi garganta al recordar todo lo que ha ocurrido en las últimas horas. Me pican los ojos cuando nos veo discutir en su habitación. Su llanto y su forma de reclamarme el haberla abandonado me rompen el corazón igual que en ese momento. Nunca he llorado tanto ni con tanta angustia, desesperada por hacerle entender que la amo, que nunca quise irme sin avisar y que cada segundo lejos de ella fueron una tortura. Ahora estoy aquí, entrelazando nuestros dedos como la primera vez que dormimos juntas y queriendo transmitirle que no voy a abandonarla, que nunca lo he hecho, que he estado junto a ella cada tarde, sentadas en un banco, y todas las noches, cuando no podía sacarla de mi cabeza. Que eso de «saber que estás ahí» siempre ha sido nuestro idioma mutuo y que nunca ha hecho falta decirlo con palabras.

Entonces me derrumbo. Sin ningún motivo de peso y con todo el peso de mil motivos. Igual que en su habitación, porque la carga es demasiado grande para llevarla sola, porque su dolor cada vez me

resulta más insoportable y porque me gustaría poder borrarlo de su vida y de su mente. Y no puedo. No puedo borrarlo y desgarra por dentro tan despacio, que cuando me he querido dar cuenta, ya tengo el pecho abierto en canal y las heridas al aire libre, expuestas a las llamas de unos dragones que son tan amigos como enemigos.

Durante varios minutos dejo que las lágrimas caigan por mis mejillas entre sollozos descontrolados, sin intención de retenerlas, porque el fuego purifica, pero las lágrimas también, y a veces son la única manera de que los nudos se deshagan y el aire vuelva a fluir con normalidad. De que el temblor vaya desapareciendo y dé paso a un alivio ligero pero necesario.

Un pequeño movimiento bajo mi mano me hace levantar la vista muy rápido y en China vuelven a escala diez de Richter cuando sus ojos azules me miran fijamente. Echaba de menos los terremotos en Oriente provocados por la magia a este lado del planeta. No sé cuánto tiempo ha estado mirándome, pero una lágrima se escapa por su mejilla y ninguna la retiene. Yo me quedo observándola sin pestañear, por si acaso desaparece, y grabándome esta imagen en la retina para que no se me olvide. Para no volver a recurrir al recuerdo de sus ojos cerrados, porque no tienen comparación con esto. Ella hace un ligero movimiento con los labios, como si quisiera hablar.

—Voy a llamar al doctor —Reacciono poniéndome de pie y limpiándome las lágrimas con mucha prisa.

Anahí aprieta mi mano con muy poca fuerza, pero la suficiente para detenerme y conseguir que siga observándola mientras abre y cierra los labios como si los sonidos no salieran de su boca. Eso me acelera el corazón y me encoge el estómago.

—A-agua.

Escuchar su voz me trae un alivio instantáneo y la fuerza para soltar su mano con cuidado. Como no sé si puede beber agua o no, decido abrir un paquete de gasas que hay sobre la mesa auxiliar y empapar una de ellas. Acerco el objeto a sus labios y empiezo a dar pequeños toques para mojarlos en un intento de aliviar esa sensación de sed. Ella aspira con la intención de absorber el agua y repetimos el movimiento varias veces, hasta que asiente con la cabeza.

—¿Mejor? —Anahí vuelve a asentir sin pronunciar palabra—. Voy a buscar a los médicos.

—N-no —se opone débilmente—. Q-quédate conmigo.

Vuelvo a sentarme despacio. Una parte de mí todavía no se cree

que esto esté sucediendo y la otra tiembla como si fuera la primera vez que hablo con ella.

—¿Q-qué sucedió?

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Discutimos —responde después de tomarse un instante para pensar, como si en su mente las cosas no estuvieran muy ordenadas. Aun así, siento un poco más de alivio, porque si lo recuerda es buena señal—. Ibas a marcharte y… todo se volvió borroso. Había un pitido muy fuerte en los oídos, perdí las fuerzas.

—Y te desmayaste. Por eso estás aquí, en el hospital.

Ella asiente con expresión neutra, como si no le sorprendiera, y se vuelve a crear un ambiente de silencio en el que solo nos miramos, sin mucho más que decir. El silencio esta vez me juega una mala pasada, porque su figura vuelve a quedarse borrosa a pesar de mis esfuerzos por retener las lágrimas.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque te quiero.

Un par de lágrimas empiezan a descender por la comisura de sus ojos y me mira con un temor diferente al que le he visto hasta ahora. No tiene miedo de estar en el hospital ni de haberse desmayado. Le asusta que la quiera.

—Lo siento… —susurra en un hilo de voz.

—¿Qué sientes?

—Que te hayas enamorado de mí.

—Yo no lo siento, Anahí.

—¿P-por qué? N-no lo comprendo. No soy más que una anoréxica que lo único que ha traído a tu vida es sufrimiento y lágrimas. No mereces esto.

—Estás muy equivocada, pero ya hablaremos en otro momento. Ahora tienes que recuperarte.

—N-no —insiste negando repetidas veces—. Necesito saberlo. Necesito entenderlo.

—Si pudieras verte con mis ojos, no te haría falta entender nada —explico secando sus lágrimas con mi pulgar—. Y hay algo que debe quedarte claro; tienes anorexia, pero no eres *una anoréxica*. Esta enfermedad no define lo que eres, Anahí.

—¿Y qué se supone que soy?

—Lo mejor que me ha pasado en la vida. Junto a White —aclaro con una sonrisa llena de lágrimas, consiguiendo que ella también

sonría débilmente, con unos labios algo temblorosos—. Te equivocas al afirmar que solo me has hecho sufrir, porque, aunque me he pasado toda la vida refugiándome en la soledad, no conocí la verdadera felicidad hasta que la compartí contigo. Me has hecho comprender que el amor le da un sentido diferente a cualquier cosa que hagamos en la vida y siempre te voy a agradecer que hayas cambiado por completo el sentido de la mía. Siempre te lo voy a agradecer —repito acariciando su mejilla—. Pase lo que pase.

Ella me mira fijamente como si todavía no se terminara de creer que esto es real, que estoy enamorada de ella desde el minuto uno y que marcharme de su lado no ha sido nunca una opción. Me mira como si fuera lo más alucinante que ha visto en la vida y a mí me hace un poco de cosquillas en el corazón esa mirada.

—¿Vas a irte? —pregunta con temor.

—No pienses en eso ahora. Ya tendremos tiempo de hablar con calma. Lo importante en este momento es que te pongas bien, ¿vale?

Asiente dándome a entender que por ahora le sirve y me acerco para volver a besar su frente con cariño. Es un momento tan íntimo y tan nuestro, que cuando escucho la puerta abrirse, me fastidia el tener que abandonar la calidez de su piel.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —intenta preguntar una Daniela muy sorprendida desde la entrada—. ¿No se supone que ibas a avisarnos en seguida?

—Lo siento —me disculpo ante su mirada acusadora—. Estaba a punto de hacerlo.

—Es culpa mía —interviene Anahí—. La he retenido varias veces.

La chica asiente con una sonrisa y se acerca para comprobar la bolsa de medicamento que Anahí está recibiendo mediante la vía.

—¿Cómo te encuentras? —se interesa.

—Algo aturdida y cansada, pero viva.

—Mediante el suero estamos intentando que absorbas la cantidad de nutrientes que te faltan. Esa sensación de cansancio debería empezar a desaparecer cuando eso ocurra.

—¿Me voy a poner bien?

—Eso depende de ti. Como el hecho de que estemos aquí hablando.

—¿Qué quieres decir? —pregunta confusa.

Daniela me lanza una mirada cómplice y una sonrisa, como si me estuviera pasando el relevo de la conversación. Anahí hace lo mismo,

pero frunciendo el ceño.

—Has tenido una parada cardiaca —explico y sus ojos pasan a clavarse en algún punto de la nada—. Los médicos dicen que si has conseguido superarla es porque decidiste luchar y aferrarte a la vida. De lo contrario, no hubieran podido reanimarte. Eres más fuerte de lo que crees, aunque te sigas negando a verlo.

Ella, sin parecer muy sorprendida con la noticia, vuelve a mirarme y, por un instante, se nos olvida que estamos acompañadas. Nunca ha existido otro silencio que consiga llenarme tanto como el que experimento cuando, sin decirnos nada, lo sabemos todo.

—Debería avisar de que estás despierta para que el doctor Martín pase a revisarte —comunica la voz de la chica, devolviéndonos a una realidad menos placentera.

—Voy a aprovechar para salir en lo que él está aquí contigo.

—¿Te vas? —me pregunta con evidente preocupación.

—No —Sonrío acariciándole la mejilla—. Solo tengo que ir a buscar algo y decirles a Marta y a tu padre que estás despierta. La sala de espera de un hospital es una tortura cuando no recibes noticias.

—¿Mi padre? ¿Está aquí?

—Gracias a él estoy yo aquí contigo —confirmo notando su sorpresa—. Solo dejaban pasar a un familiar y se puso imponente para que pudiera entrar yo. ¿Le digo que venga?

—No. No creo que tenga fuerzas para hablar ahora mismo. Me pesan los ojos y solo quiero dormir, pero me gustaría saber que estás aquí, a mi lado. A no ser que…

—Tardo solo unos minutos —interrumpo acariciándole el pelo y, a continuación, miro a la otra chica—. ¿Me la cuidas?

Ella asiente con una sonrisa y yo le lanzo una última mirada a Anahí, antes de caminar hacia la puerta.

—Dul —dice para detenerme, consiguiendo que me gire justo antes de salir—. Gracias por estar, siempre.

—Siempre.

En cuanto aparezco en la sala de espera, Marta y Oliver Valente corren a mi encuentro con una clara desesperación en sus miradas.

—¿Cómo está? —pregunta él.

—Despierta desde hace algunos minutos —informo para tranquilizarlos—. Se siente débil y cansada, pero está bien. El doctor iba a entrar a revisarla, por eso he salido yo un momento.

—¿Sabe que estoy aquí?

Asiento y la mirada del hombre se llena de un brillo desconocido.

—Está muy cansada y solo quiere dormir, pero quizás pueda convencerla si quiere pasar a…

—No —interrumpe—. Es mejor dejarla descansar. Ya habrá tiempo para otras cosas. ¿Vas a quedarte con ella esta noche?

—Me gustaría.

—¿Y White? —interviene Marta.

—¿Puedes llamar a Claudia para que vaya a buscarlo? No quiero que pase más tiempo solo y con Maya se divierte. Mañana a primera hora pasaré a recogerlo, antes de ir al centro.

—Dulce, mañana no vas a ir a trabajar.

—He faltado dos semanas seguidas, Marta. Si sigo sin ir a La Cascada no voy a cumplir las horas mínimas de prácticas ni voy a terminar el proyecto en la vida. Aprovecharé las mañanas, que suele haber más ajetreo de médicos y luego volveré.

—Has estado trabajando a no sé cuántos kilómetros de distancia y esas horas te las he contabilizado. A ver si te crees que soy una explotadora laboral —bromea—. Quédate con Anahí el tiempo que quieras, que Claudia y yo nos encargamos de que White esté como el rey que es. Y vete a tu casa a descansar, porque si sigues con este ritmo, la que va a terminar en un hospital, eres tú. El cuerpo tiene límites, Dulce.

—Pero el corazón no los tiene.

—La Dulce cursi es muy mona —Sonríe arrugando la nariz—. Y discutir con ella es cansarse para nada. Dame las llaves de tu casa, voy a llevar a White con Claudia y luego volveré al centro. Cualquier cosa que necesites, avísame, ¿entendido?

—Entendido.

—Oliver, ¿usted también se queda?

—No. Creo que Anahí está en buenas manos y por aquí no hay mucho más que se pueda hacer. Volveré mañana —informa y extiende la mano en mi dirección—. Gracias.

—Lo hago por ella —aclaro con mirada desafiante mientras estrecho su mano.

—Lo sé —Se ríe negando—. Te doy las gracias por tu claridad a la hora de defenderla. No te dejas amedrentar por un nombre y eso me gusta.

Cuando vuelvo a entrar en la habitación veo la camilla inclinada, permitiendo que ella esté más incorporada y seguro que también más cómoda.

—¿Ya se fueron todos? —pregunto sorprendida al ver la habitación vacía y ella sonríe con dificultad.

—Al parecer no tenían mucho que decirme.

—¿Ninguna novedad?

—Nada que no supiera.

Anahí se encoge de hombros con una expresión de desánimo y yo no sé muy bien qué decir, porque creo que ahora mismo no es un buen momento para hablar del tema. Su mirada dice que necesita un respiro, quizás olvidarse por un instante de todo lo que está pasando, regresar a nuestro fin de semana mágico en el lago y volver a experimentar esa calma que sentíamos estando allí. A lo mejor, ahora solo necesita que seamos Any y Dul. Nada más.

—¡Mira lo que he traído! —exclamo sacando el objeto de la bolsa.

—¿Un libro? ¿De dónde has sacado un libro?

—Hay una tienda en el hospital y tienen ejemplares bastante interesantes. Hace tiempo que quiero leer este de Elizabeth Gilbert. ¿Lo has leído?

—Vi la película —Sonríe encogiéndose de hombros al mostrarle la portada de «come, reza, ama».

—Igual que yo —confieso riéndome.

—Seguro que el libro es mucho mejor, pero no sé si voy a tener fuerzas para leer ahora mismo.

—Nadie ha dicho que lo vayas a leer tú —le digo con misterio—. Como no sabemos cuántas horas estaremos aquí, me pareció buena idea invertir el tiempo en una nueva lectura. Así te despejarás y seguro que, por lo menos hoy, concilias el sueño de una forma más calmada.

Sus ojos brillan de esa forma en la que no lo hacen desde hace dos semanas y a mí me empieza a latir un poco más bonito el corazón.

—¿Me vas a leer un cuento como si fuera una niña pequeña?

—Como lo que eres.

Le guiño un ojo y ella abre los suyos con sorpresa y fingida indignación, provocándome una risa instantánea. Me siento en la silla junto a su cama y abro el libro, pasando algunas páginas hasta dar con el inicio. Carraspeo para añadirle dramatismo al momento y ella se ríe con dificultad.

—*«Di la verdad, di la verdad, di la verdad - Sheryl Louise Moller»*. —Miro a Anahí con el ceño fruncido, porque el comienzo del libro es un poco raro, pero aún se merece un voto de confianza. Ella continúa sonriendo, así que me encojo de hombros—. *«La acepto al intentar resolver transacciones inmobiliarias en Bali, tal se describe en este libro. Introducción 0. Cómo funciona este libro 0. El abalorio…»* No estoy entendiendo nada —confieso confusa—. Como todo el libro sea así…

—Dul —interrumpe, captando mi atención—. ¿Podría abrazarte?

La pregunta me pilla tan desprevenida que tardo un poco en reaccionar y en darme cuenta de que en China no deben estar muy contentos, porque ya les he lanzado el segundo terremoto del día, después de dos semanas de tranquilidad sísmica.

Me levanto de la silla para inclinarme y abrazarla, pero ella empieza a moverse en la cama, dejando un espacio libre a su lado y mirándome fijamente. Al entender lo que quiere y quedarme observando su mirada suplicante como una tonta durante varios segundos, preguntándome si esto está bien o no, me doy cuenta de que no me importa demasiado hacer lo correcto desde hace mucho tiempo. Aparto las sábanas y me siento a su lado con cuidado de no desconectar las vías ni hacerle daño. Nos miramos en silencio, con el cuerpo temblando y una sensación muy cómoda por dentro. Ella sonríe y se refugia junto a mi cuerpo para que la abrace, apoya la cara en el hueco de mi cuello y respiramos hondo a la vez, como si ella quisiera impregnarse con el olor de mi piel y yo con el de su pelo. Se aferra con fuerza a mi ropa, a la altura del abdomen, y estoy segura de que puede escuchar los latidos de mi corazón, que ha decidido escoger este momento para acelerarse y dejarme un poco en evidencia. Sin embargo, no dice nada y yo me limito a darle cobijo con más fuerza y abrir el libro con la mano libre para retomar nuestra lectura.

—¿Pasarás aquí la noche? —susurra consiguiendo erizarme la piel al sentir su aliento contra mi cuello.

—No me moveré de tu lado.

El dragón ya no está tan triste. Nos mira atento y con esperanza, porque después de todo lo que ha pasado, que las chicas terminen leyendo un libro mientras se abrazan en una cama de hospital hasta que una de ellas es vencida por un sueño tranquilo, porque se siente en casa, es un buen final para el capítulo del cuento.

24

Un espasmo repentino me hace sentir que estoy a punto de caerme en un abismo y me obliga a despertar agarrándome a lo primero que encuentro, con la respiración agitada, las pulsaciones demasiado aceleradas y un miedo irracional recorriéndome de arriba abajo. Por un momento no recuerdo dónde estoy ni por qué me he despertado de una forma tan brusca, pero las imágenes de lo sucedido en las últimas horas no tardan en invadirme y el sonido de un corazón junto a mi oído me hace situarme y recuperar la calma. Estoy sobre el pecho de Anahí, no sé en qué momento me quedé dormida ni cómo llegamos a esta posición, pero su calor y su ritmo cardíaco son tan reconfortantes, que el miedo va dando paso a una tranquilidad que, últimamente, solo siento cuando dormimos juntas.

Alzo la vista y me sorprende encontrarla con los ojos abiertos, mirándome fijamente y expresando cierta preocupación. No sé por qué se preocupa, si esta imagen me ha acelerado tanto el corazón, que queda claro que estoy muy viva.

—Una pesadilla —informa acariciándome la mejilla—. Solo estabas teniendo una pesadilla.

—¿Te he despertado?

—Tranquila. Hace rato que no pego ojo.

Siento su otra mano por detrás de mi cabeza acariciándome el pelo con dulzura, con unos movimientos lentos y firmes. Debo llevar horas durmiendo sobre su pecho en medio de una intimidad diferente, pero tan especial como las demás.

—¿Y por qué no duermes?

—Me gusta acariciarte. Estaba disfrutando del momento, de tenerte durmiendo en mi pecho. Creía que tú también te sentías tranquila, pero te ha despertado una pesadilla —repite con cierto tono y mirada de culpabilidad—. Sinónimo de que no estabas muy relajada.

—Ha sido un día largo y complicado.

Aunque intento quitarle importancia al asunto, ella sigue mirándome con la misma expresión de preocupación. Me gustaría hacerle entender que no es culpable de mis miedos, aunque sea la protagonista de ellos; que esto es un cúmulo de dos semanas desastrosas, que despertarme de esta forma me lleva a un estado de paz absoluta y que, ojalá, pudiera sentirla así el resto de mi vida; porque levantar la mirada y encontrarme con sus ojos azules, escuchar su corazón desde tan cerca y estar envuelta en su calor toda la noche, cada noche, es más de lo que alguna vez imaginé.

—Entonces intenta dormir de nuevo —sugiere—. Estoy aquí.

Vuelve a acariciar mi mejilla y me mira con una dulzura y una intensidad que me estremece. Sé que intenta transmitirme tranquilidad para que pueda descansar y lo consigue, porque Anahí tiene algo en los ojos que, ya puede estar ardiendo muy fuerte el infierno que nos rodea y las llamas rozándonos la piel, que yo nunca me he sentido más a salvo.

Apoyo la cabeza en su pecho de nuevo, cierro los ojos e intento concentrarme en el sonido de su corazón, pausado, tranquilo y a una velocidad aproximada de sesenta pulsaciones por minuto. Intento amoldar mi respiración a su ritmo, pero es inútil y siento que me voy a marear. Sonrío como una tonta, porque no me puedo creer que esté jugando a esto sin dormirme.

—¿Sigues despierta? —pregunto muy bajito.

—No. Tengo un brazo mecánico que te acaricia el pelo mientras yo duermo.

Alzo la vista con el ceño fruncido y una sonrisa, porque es muy tonta, pero la mueca que tiene en sus labios me hace olvidar cualquier protesta sobre la marcha.

—No puedo dormir —acepto resignada, volviendo a esa posición en la que ya no nos miramos a los ojos, pero escucho su corazón.

Ni se te ocurra dejar de latir otra vez.

—¿Estás nerviosa?

—Creo que en mi vida he estado tan a gusto y relajada.

—Entonces tuvo que haberte desvelado la pesadilla —apunta.

—Puede. O puede que ya haya dormido demasiado.

—Tu cara no dice lo mismo —asegura consiguiendo que vuelva a alzar la vista para quejarme y la descubra sonriendo—. ¿Quieres ver la tele?

Me encojo de hombros y asiento con un movimiento afirmativo, aunque, por experiencia, creo que no vamos a encontrar nada muy interesante a estas horas.

Intento incorporarme para alcanzar el mando a distancia, pero un pinchazo muy agudo me atraviesa la espalda y me corta la respiración de golpe.

—Tu cuerpo tampoco dice que hayas dormido demasiado —añade con otra sonrisa, demostrando que mi expresión de dolor no le ha pasado desapercibida y siendo ella quien estira el brazo para sustituir mi labor.

—Parece que me ha pisoteado un equipo de rugby.

Anahí enciende la televisión y empieza a viajar entre canales de teletienda, videos musicales, tarot, más teletienda…

—Me encanta esta serie —comenta, arrancándome un suspiro de lo más dramático y real al ver de qué se trata.

—Odio este capítulo —murmuro.

—¿Por qué?

—No tiene gracia si te lo cuento.

—¿Conoces la serie? —insiste con sorpresa.

—Es una de mis favoritas. Por eso odio el capítulo veintidós de la quinta temporada, que, además, es este.

—Vale —dice riéndose con el ceño fruncido—. ¿Buscamos otra cosa?

—No, no —niego recostándome de nuevo—. Vamos a deprimirnos en esta bonita noche de invierno.

—Qué poética —se burla emitiendo otra pequeña risa.

En esta ocasión decidí apoyar mi cabeza entre su hombro y su cuello mientras rodeo su abdomen con uno de mis brazos y sus dedos vuelven a enredarse con caricias en mi pelo. El olor de su piel es de las cosas que más me gustan en el universo y se suma a este nuevo descubrimiento de disfrutar la calma que se siente en un momento tan sencillo, como el de estar viendo tu serie favorita con tu persona favorita.

Alrededor de treinta minutos después, el capítulo llega a su fin y, con él, mi vuelta a una realidad en la que, mis mejillas están tan empapadas como el cuello de Anahí. Me quedaría aquí unas cuantas eternidades, hasta que mis ojos decidieran cerrar el grifo de lágrimas y pudiera comportarme como una persona normal cuando ve una serie. Me he tragado este capítulo miles de veces y todavía sigo llorando igual que en la primera. Se me cierra la garganta y me duele el pecho como si la «muerte» de este chico y el llanto de ella me rompieran un poquito más el corazón cada vez que lo vivo.

Anahí coloca la mano en mi mentón y me obliga a mirar esos ojos azules que me esperan con mucha curiosidad. Es la primera vez que no soy capaz de mantenerle la mirada ni un segundo.

—Estás llorando —comenta, como si yo no me hubiera dado cuenta del detalle.

—Te dije que odio este capítulo —protesto frotándome los ojos—. Es cruel e innecesario. Y ¿sabes qué es lo peor? Que en la próxima temporada lo reviven. ¿Qué sentido tiene este sufrimiento entonces?

—Gracias por el *spoiler*.

—¡Mierda! —exclamo tapándome la boca—. Lo siento. Ha sido sin querer. Es que vivo indignada con algunos guionistas y su interés en matar siempre a mis personajes favoritos. Además, es… —Suspiro—. Acaban de llevarse al amor de su vida y no han podido ser felices más de un capítulo. Cinco temporadas esperando que pase y, cuando pasa, ¡pum! Es angustiante ver cómo la persona que amas se va así, sin más. No es justo. —Cuando vuelvo a conectar nuestros ojos, en los suyos hay un brillo especial. Ese que adopta cuando está sonriendo—. Y tú debes pensar que soy idiota.

—¿Por emocionarte con una serie?

—Por vivirla como si fuera mi propia vida. Te prometo que, de forma general, me cuesta mucho derramar lágrimas en lo cotidiano. Pero es que te pasas años viendo las aventuras y desventuras de un personaje en la televisión o días leyéndolas en las páginas de un libro y a mí me resulta inevitable no sentir que esa persona es parte de mi vida. Sé que es ficticio y que no existe, que solo es un actor, actriz o los dedos de una lunática transformando emociones en letras, pero se vuelven parte de mí. Conectas, aunque no existan —Hago una pequeña pausa y vuelvo a suspirar—. Olvídalo. Es ridículo.

—Me gusta —concluye rebajando su sonrisa—. Me gusta que te emociones con una serie o con un libro. Eso quiere decir que estás

viva, que sientes, y que tu mundo no se reduce a esta realidad. Que, tal vez, sea en otras realidades donde dejas salir a la verdadera Dulce. Hay mucho aquí —asegura señalando mi frente—. Y me gusta que llores. No porque quiera que sufras, sino porque me dejas ver lo sensible que eres y eso me hace sentir muy cerca de ti. Me encanta que seas intensa y apasionada, que sientas la vida como la sientes. Como me la has hecho sentir a mí.

Me quedo sin palabras un instante, mirándola fijamente, y siento cómo me tiembla el labio inferior y un par de lágrimas nuevas me vuelven la vista borrosa.

—Perdió al amor de su vida —repito en un susurro.

Ella vuelve a sonreír y me atrae hasta su cuello para abrazarme y que me refugie en el mismo lugar de antes, con su olor y su calor elevándome a unos cuantos pies de altura y alejándome del drama interno.

—¿Pero ella no estaba enamorada del hermano? —cuestiona después de varios segundos.

—Te has perdido mucho.

—Eso parece. ¿Y luego lo reviven?

—Así es.

—¿Y están juntos?

—La matan a ella. —Anahí me obliga a abandonar la comodidad de su cuello y sus ojos están tan abiertos que me veo presionada a dar una explicación más extendida—. Bueno, en realidad no la matan del todo. La vinculan al cuerpo de su mejor amiga y se queda en coma hasta que la otra muera. Pero luego él quema su ataúd sin querer. ¡Hacen que queme el cuerpo del amor de su vida! —exclamo, como si después de tantos años, todavía no me lo creyera—. Menudos sádicos. Y luego… —Resoplo con una mezcla de desgana e indignación—. Odio esta serie.

—Pero ¿qué tipo de tortura china integrada en la sociedad es esta? —me pregunta escandalizada—. ¿No decías que era tu serie favorita?

—Y lo es. A veces. Otras veces la odio. Tenemos una relación algo tóxica.

—¿Igual que la que tienes conmigo?

—Lo nuestro no tiene nada de tóxico —rebato frunciendo—. Voy a jugármela afirmando que, tú y yo, cuando estamos juntas sentimos una calma que no se siente en muchas ocasiones y nos inspiramos a ser la mejor versión de nosotras mismas. Eso no es, en absoluto, una

relación tóxica.

Ella sonríe y desvía su mirada a mis labios un segundo, provocando que el corazón se me acelere y que me refugie en su pecho de manera muy rápida para escapar de la tentación.

—¿La veremos juntas? —cuestiona después de varios segundos.

—Qué viva el masoquismo.

Aunque faltaba muy poco para que amaneciera y yo me tenía que ir temprano, no volvimos a pegar ojo en lo que quedó de noche. Las pocas horas que estuve descansando sobre su pecho y las otras en las que permanecimos abrazadas, hablando y pasando canales, me sirvieron para recuperar parte de la energía que he perdido en las últimas dos semanas. Seguro que mi cuerpo no piensa lo mismo, porque me sigue doliendo todo, pero tengo la mente muy despierta y preparada para una jornada laboral.

Al llegar a la consulta de Marta y encontrar la puerta entreabierta, avanzo unos centímetros para golpear la madera y advertirle de mi presencia, pero descubrirla a ella rodeada de papeles y escribiendo a toda velocidad, me hace pensármelo dos veces.

Me regalo a mí misma unos minutos para observarla. Tan concentrada en su trabajo como siempre, tan responsable y organizada, tan preparada para dirigir este centro y todo lo que se le ponga por delante. Cuando llegué a La Cascada, ella, con su recibimiento, la confianza que puso en mí desde el primer momento y esa tranquilidad que transmite, me despertó una admiración que crece cada día un poco más. Es una profesional de altura, una amiga espectacular y una mujer irrepetible. Ayer se comportó como una auténtica cómplice porque cuando sentía que me iba a desvanecer, ahí estaba, agarrándome las mejillas y obligándome a mirarla, a parar, a volver al mundo. La he puesto en demasiados aprietos y, a pesar de todo, sigue estando ahí, comportándose como ese «Pepito grillo» que a todas las personas nos hace falta de vez en cuando.

La Cascada me ha traído demasiadas cosas buenas en los últimos meses. He conectado con personas de todo tipo y, en especial, Rosa, Marta y Anahí, han conseguido que estos cuatro años de carrera merezcan la pena.

—Ahora entiendo lo que sentía Anahí cuando te quedabas

mirándola con cara de idiota —comenta sobresaltándome y observándome divertida—. Es un auténtico privilegio.

—Buenos días —Sonrío entrando en el despacho—. Iba a llamar, pero te vi tan concentrada…

—Que decidiste quedarte a observar lo sexy que estoy rellenando informes.

—Algo así.

Ella niega con una sonrisa y observa atenta cómo me siento en una de las sillas libres junto a su mesa.

—¿Has dormido algo?

—Algo.

—Y ¿piensas formar frases de más de tres palabras hoy? ¿O vamos a estar así todo el día?

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunto riendo.

—Creo que deberías irte a descansar. Tu «Entendido» de ayer ha resultado ser la estafa que me esperaba. No deberías estar aquí. Parece que no has pegado ojo en toda la noche ni en dos semanas.

—Déjame trabajar —Suplico juntando las palmas de las manos frente a mi nariz—. Necesito tener la mente ocupada. Necesito estar aquí.

—Vamos a tener que concertar una terapia para resolver tu adicción a la psicología —bromea guiñándome un ojo y extendiendo unos papeles frente a mí—. Ayúdame a terminar esto y nos vamos a hacer la ronda.

—¡Genial!

Marta se ríe ante mi entusiasmo y nos ponemos manos a la obra. Tengo muchas ganas de hacer la ronda y ver a doña Rosa, saber cómo ha pasado las últimas semanas y ponerme un poco al tanto de lo que ha pasado en La Cascada. Aunque, por otro lado, sé que el hecho de estar aquí sin Anahí, no encontrármela por los pasillos, asomarme a la ventana y que no esté en el jardín leyendo, la hora del almuerzo sin ella, va a ser muy raro.

—¿Cómo se encuentra? —interrumpe la voz de mi amiga.

—No ha dormido en toda la noche —informo conectando nuestras miradas—. Vimos una serie, pasamos el rato hablando y, aunque yo pude dormir unas horas, ella no. Está mejor. El suero ha hecho que recupere fuerza, pero me preocupan los próximos días. No sé cómo llevará el hecho de estar vigilada, las comidas, no poder salir. Aquí hace lo que quiere, pero allí va a estar controlada y aburrida, y no sé

hasta qué punto eso será bueno para ella. Ni siquiera sé qué puede ser bueno para ella a estas alturas.

—¿Han hablado de lo que va a ocurrir a partir de ahora? ¿Has notado algo diferente en ella? —se interesa—. ¿Alguna reacción ante lo ocurrido?

—Ni siquiera sorpresa. Es como si ya supiera que iba a pasar. Supongo que en el fondo lo sabía —Me encojo de hombros—. ¿Quién mejor que ella para saberlo?

—Y ¿no vas a sacar el tema? ¿No le vas a preguntar qué piensa hacer ahora? —Niego con un movimiento repetido e intento volver al trabajo—. ¿Por qué?

—Tengo miedo —reconozco enfrentando su mirada otra vez—. Tengo miedo de conocer su respuesta o la ausencia de ella. Miedo de sentir indiferencia en Anahí. Estoy bloqueada ahora mismo, Marta, porque creía que habíamos avanzado mucho, pero ¿ahora qué? ¿Estamos peor que al principio? Tal vez en esta ocasión no se haya tomado un frasco de pastillas, pero su corazón le ha mandado un aviso con neones y muchas sirenas. Y me aterroriza la idea de que haya una próxima y que, entonces, no sea solo un aviso.

—Te entiendo, pero las cosas no están como al principio —asegura —. Hace tres meses Anahí se negaba a tener algún tipo de contacto con el mundo y con sus emociones. Quería dejar de existir, dejar de sentir. No sentía nada, y tú conseguiste ser esa chispa que la llevó a reconectar. Ella sí ha desarrollado sentimientos hacia ti, Dulce, y con ello, también se le han despertado el resto de las emociones que había bloqueado, tristeza, rabia, culpa. Todo eso la convierten en la Anahí que es ahora y la alejan del robot que era cuando llegaste. El problema es que, en la vida, la mayoría de las cosas tienen dos caras y, en este caso, con el vínculo que ustedes han creado, también se ha formado en ella una importante dependencia emocional hacia ti. Fuiste la responsable de devolverle su parte más humana, la hiciste sentir viva y ser capaz de ver un mundo diferente, y, en parte, es lógico que haya ocurrido esto. Los apegos son inevitables para el ser humano, pero, como sabes, existen diferentes tipos y es probable que Anahí no tuviera ninguna figura de apego seguro en su infancia. Eso la ha condicionado a lo largo de toda su vida y la ha llevado a sentir esta necesidad. Ese sentimiento de que, si tú no estás, no puede conseguir nada por sí misma.

—O sea, que ¿ahora soy yo su mayor enfermedad?

—No. Tú has sido su sacudida. Su punto de inflexión. Pero ahora tienes que soltarle la mano. Ahora es ella quien tiene que luchar por salir adelante, porque así lo desee, porque quiera tener el control de sí misma y de una vida sana. Le has mostrado que puede existir una vida bonita si lo decide, si lo elige. Eso es todo lo que puedes hacer. Eso, y acompañarla en el camino. El resto depende de ella.

«El resto depende de ella»

Marta Andoni es tan inteligente que pocas veces puedo discutirle algo. Ella siempre ha ido un paso por delante de mí en todo este asunto. Ha visto cómo me enamoraba y ha estado ahí para ser ese colchón que me haga un poco menos dolorosa la caída.

La caída está doliendo bastante y la incertidumbre todavía más, porque en el fondo no sé qué vamos a hacer ahora y el abismo es infinito. La he echado tanto de menos, que me he pasado toda la mañana con un nudo en el estómago y sin ser capaz de concentrarme al cien por cien. Anahí está en cada rincón de La Cascada. En el pasillo hacia el jardín, que todavía huele a ella, en el banco que se siente vacío sin su presencia y en la base de un árbol que ya no tiene a quién darle sombra y que ha perdido todas sus hojas.

Siento una tensión en todo el cuerpo cuando, al entrar en el hospital, me encuentro con Oliver Valente esperando en una de esas incómodas sillas de plástico. Es bastante raro, porque Anahí está en planta y esto es urgencias.

—Señor Valente —Él alza la vista muy rápido al escuchar mi voz, como si no se lo esperara—. ¿Qué hace aquí?

—Mi hija está hospitalizada y no soy un monstruo.

Alzo una ceja para transmitirle que, esa, es una afirmación demasiado valiente y él baja la vista.

—Me refiero aquí, en la sala de espera.

—Estaba esperándote.

—¿A mí? —pregunto confusa cuando conecta nuestras miradas.

—¿Quería saber cómo está Anahí?

—¿Y por qué no se lo ha preguntado a los médicos o ha ido a comprobarlo usted mismo?

—Los médicos dicen que está mejor. Recuperándose. Pero tú eres la única que puede decirme cómo se siente. Ya sabes, emocionalmente

—especifica en un tono muy débil—. Y, ¿pasar a verla? No creo que sea lo más adecuado todavía.

—Es curioso, porque, creo que interesarse por cómo se siente ha sido lo más adecuado y necesario siempre.

—Nunca vas a dejar de echarme cosas en cara, ¿verdad?

Su expresión de estar perdido en la vida me hace bajar la guardia por un momento, exhalar y sentarme en la silla libre que hay a su lado.

—Nunca —confirmo con tranquilidad—. Mientras siga viniendo a interesarse por ella, pero tenga miedo de enfrentarla. Decídase de una vez, Oliver; o se preocupa por ella, o desaparece de su vida para siempre, pero no siga quedándose en el medio porque estorba. No puede mirarla sin sentir culpabilidad y por eso no es capaz de entrar a verla. Además, si no quiere que le diga lo que pienso ¿por qué me espera?

Él me mira fijamente durante varios segundos y, con expresión de haberse rendido, saca algo de su bolsillo y me lo entrega.

Se trata de una fotografía en la que aparece una mujer muy atractiva, con un parecido a Anahí bastante evidente. Debe ser su madre. La protagonista de la imagen tiene el pelo más oscuro que su hija y los ojos de un celeste transparente. No comparten el mismo tono exacto ni tampoco la forma de los labios. En realidad, ahora que me detengo a analizar esta imagen, me doy cuenta de que el hombre que tengo sentado al lado tiene muchas similitudes físicas con Any. Ella es como la mezcla perfecta de estas dos personas.

—No es por culpabilidad por lo que no puedo mirarla.

—No es ella —sentencio devolviéndole la fotografía con un ligero tono de rabia—. Puede que tengan un color de ojos parecido, una expresión casi idéntica y, probablemente, una personalidad similar, pero no es ella. Estoy segura de que su esposa era una gran mujer, porque tiene usted una gran hija y la genética me obliga a pensar que, ha tenido que heredar esa increíble personalidad de algún lado que no sea el suyo.

Se forma un corto silencio en el que al principio parece que nos desafiamos con la mirada y luego él esboza una pequeña sonrisa mientras me observa con curiosidad.

—No tienes filtro, chica. Eres un poquito imprudente, ¿no?

—Y usted un poquito masoquista, ¿no?

Aparta la vista y deja caer la espalda sobre el respaldo del asiento,

suspirando de manera muy profunda antes de volver a mirarme.

—¿Sabes lo que es perder al amor de tu vida y verlo crecer todos los días en la cara de otra persona?

—Es su hija —le aclaro, por si todavía no se ha enterado—. Esa «otra persona» es su hija. Y, no, no sé lo que es perder al amor de mi vida, pero sí sé lo que es que, la persona que más me importa, se me vaya de las manos sin que pueda hacer nada para evitarlo. Eso es lo que ha tenido que vivir Anahí con usted durante los últimos veinte años. Ella no tuvo la culpa del accidente ni de que perdiera al amor de su vida. Usted perdió a su esposa en aquel accidente, pero ella perdió a sus padres. A los dos —recalco—. Una vez le gritó delante de mis narices que su madre se avergonzaría de ella; sin embargo, creo que debería empezar a aceptar que, es de su esposo de quien se estará avergonzando, porque esa mujer debió casarse con un hombre bueno y cariñoso, que la amaba y que amaría a su niña por encima de cualquier cosa. Se debe haber ido con la tranquilidad de dejar a su pequeña en las manos de la persona que mejor sabría cuidarla. ¿Qué cree que estaría pensando en este momento? No venga aquí buscando comprensión, Oliver. Yo no soy nadie en su vida. Y tampoco busque perdón para dormir con la conciencia tranquila. Luche por recuperar la confianza y el afecto de su hija, porque su mayor castigo siempre va a ser haberse perdido veinte años de conocer a una mujer extraordinaria —concluyo—. Enmiéndelo.

Finalizo mi discurso y me levanto de la silla para dirigirme hacia la habitación de Anahí con una mezcla de impotencia y lástima. No se puede ser más idiota que Oliver Valente.

El portazo que doy tras acceder al interior del dormitorio como un robot automático, hace que ella dé un pequeño salto desde la cama y yo también me sobresalte.

—Lo siento. Te he asustado. ¿Estabas dormida?

—Estaba viendo la televisión muy tranquila hasta que una chica con cara de querer matar a alguien ha cerrado la puerta con un golpe que casi me mata a mí. ¿A quién te quieres cargar?

—A tu padre —reconozco bufando.

—¿Está aquí otra vez?

—Estaba —corrijo encogiéndome de hombros mientras me acerco —. Ahora no estoy segura. Pero, oye, que si quieres verlo yo me trago mi orgullo y salgo corriendo a buscarlo con mucha dignidad.

Me inclino sobre ella para darle un beso en la sien y con esa

sonrisa se me olvida hasta por qué estoy tan indignada.

—No hace falta. Dejemos tu orgullo intacto por hoy. ¿Qué quería?

—Saber cómo estás. Creo que lleva horas sentado en la sala de espera.

—Y le has echado la bronca, ¿verdad?

—No le he echado la bronca —me defiendo cruzando los brazos—. Solo le he dicho lo que pienso de manera un poco brusca.

—Me sorprende que no te hayas metido en problemas todavía con la cantidad de veces que te has enfrentado a él. Una de dos, o está planeando tu exilio, o te escucha.

—Tal vez necesitaba alguien que le dijera unas cuantas verdades. O quizás está planeando mi exilio y esta es la última visita que puedo hacerte.

—Entonces tendremos que aprovecharla bien —sugiere. Nos miramos fijamente durante un momento, con una sonrisa y un silencio extraño—. Hablando de padres, ¿cómo está el tuyo?

—Bien. Ayer le dieron el alta y hace un par de horas llamé para ver cómo había ido su primera noche en casa. Está feliz. Dice que dos semanas en un hospital le estaban volviendo loco.

—No seré yo quien ponga en duda su testimonio —bromea mientras se desplaza en la cama y da algunas palmadas en la parte libre—. ¿Qué tal con tu madre? Para ti esa debe ser la equivalencia a dos semanas hospitalizada.

—Pues, aunque suene raro, ha estado muy distinta —explico sentándome a su lado—. Creo que el susto ha debido ablandarle el corazón o abrirle los ojos. No lo sé, pero tuvimos alguna conversación interesante y sin pelear. Todo un milagro.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—A lo mejor nuestros progenitores se han puesto de acuerdo para arreglar sus cagadas, ¿no crees?

—O, a lo mejor, los seres humanos somos tan estúpidos que tiene que pasar una tragedia para abrir los ojos y valorar lo que tenemos al lado.

La observo en silencio un instante, con una sonrisa de medio lado y sin tener del todo claro si se refiere a nuestros padres o a sí misma. La verdad es que Anahí tiene razón. No valorar lo que tenemos es algo que ocurre con demasiada frecuencia. Y, si no, ahí está Oliver Valente, que lleva años atormentado por el recuerdo de su esposa sin darse cuenta de que, justo a su lado, aferrada a su pierna como una niña, ha

tenido a su maravillosa hija. No sé lo que pretende ahora, si está arrepentido, si solo siente culpa o si lo que le acaba de pasar a Anahí le ha asustado tanto que está recapacitando y replanteándose su existencia. Al final llegamos siempre al mismo punto, la mayoría de nosotros nos ponemos una venda que nos impide valorar que hoy estamos vivos y, que hoy, debemos correr a decirle a esa persona cuánto la queremos. Tenemos que hacerlo hoy y también mañana, y nunca debemos callarnos un «te quiero» por orgullo. ¿Qué importa si la conozco desde hace tres meses o tres décadas? El tiempo no define un sentimiento. Hay que vivir con pasión. Hay que amar intensamente y reír hasta que duelan las costillas. Besar hasta quedarnos sin aliento y seguir besando después. Hacer el amor a todas horas y jugar como si fuéramos niñas. Hay que dejar atrás el pasado y cicatrizar las heridas, porque todas hemos sufrido, a todas nos han roto el corazón, hemos perdido a alguien importante e, incluso, nos hemos perdido a nosotras mismas en algún momento. Pero ahora estamos aquí, en algún punto, sea cual sea. Hemos conseguido seguir caminando y tenemos en nuestras manos el poder de cambiar las cosas.

La elección es nuestra.

—¿Y tú? —pregunto después de varios segundos—. ¿Qué has hecho en mi ausencia?

Ella sonríe con curiosidad, como si le hicieran demasiada gracia mis trances y suspira de forma pesada antes de responder.

—Ver la televisión, seguir viendo la televisión, mirar el techo, ver la televisión, hablar con esa chica que siempre está por aquí. No tengo claro si es médica, enfermera o auxiliar —Se encoge de hombros y frunce el ceño—. Y, por cierto, me preguntó por ti. Creo que le gustas.

—¿Te refieres a Daniela?

—Supongo. No tengo su nombre tan memorizado como tú.

—Das demasiado por hecho que le gusto a todas las mujeres, ¿no? —pregunto divertida.

—No —responde encogiéndose de hombros—. Lo que me parece una locura es que haya una sola mujer a la que no puedas gustarle.

Vuelvo a quedarme mirándola en silencio y con una sonrisa mientras ella resopla como si el mundo se le hubiera complicado al doscientos por cien en cinco minutos. Me gustaría decirle que podría atravesar la puerta Scarlett Johansson ahora mismo y yo seguiría mirándola a ella, que las ganas de volver a besarla aumentan cada vez que la tengo cerca y que ningún sismo puede compararse con una

escala diez en China.

—Si tan aburrida estabas, ¿por qué no te has puesto a leer?

—Quería esperarte. Lo empezamos juntas y tenemos que continuarlo juntas.

—Pues, en ese caso… —Intento alcanzar mi maletín para rescatar el ordenador portátil y colocarlo sobre mis piernas—. Ya tenemos dos actividades a elegir: lectura o serie.

—¿Has traído tu ordenador? —cuestiona abriendo mucho los ojos.

—Anoche quedamos en que veríamos juntas la serie, y como no sabemos cuánto tiempo va a durar esto, hay que poner remedio a las dificultades técnicas. Es un buen momento para empezarla, ¿no crees?

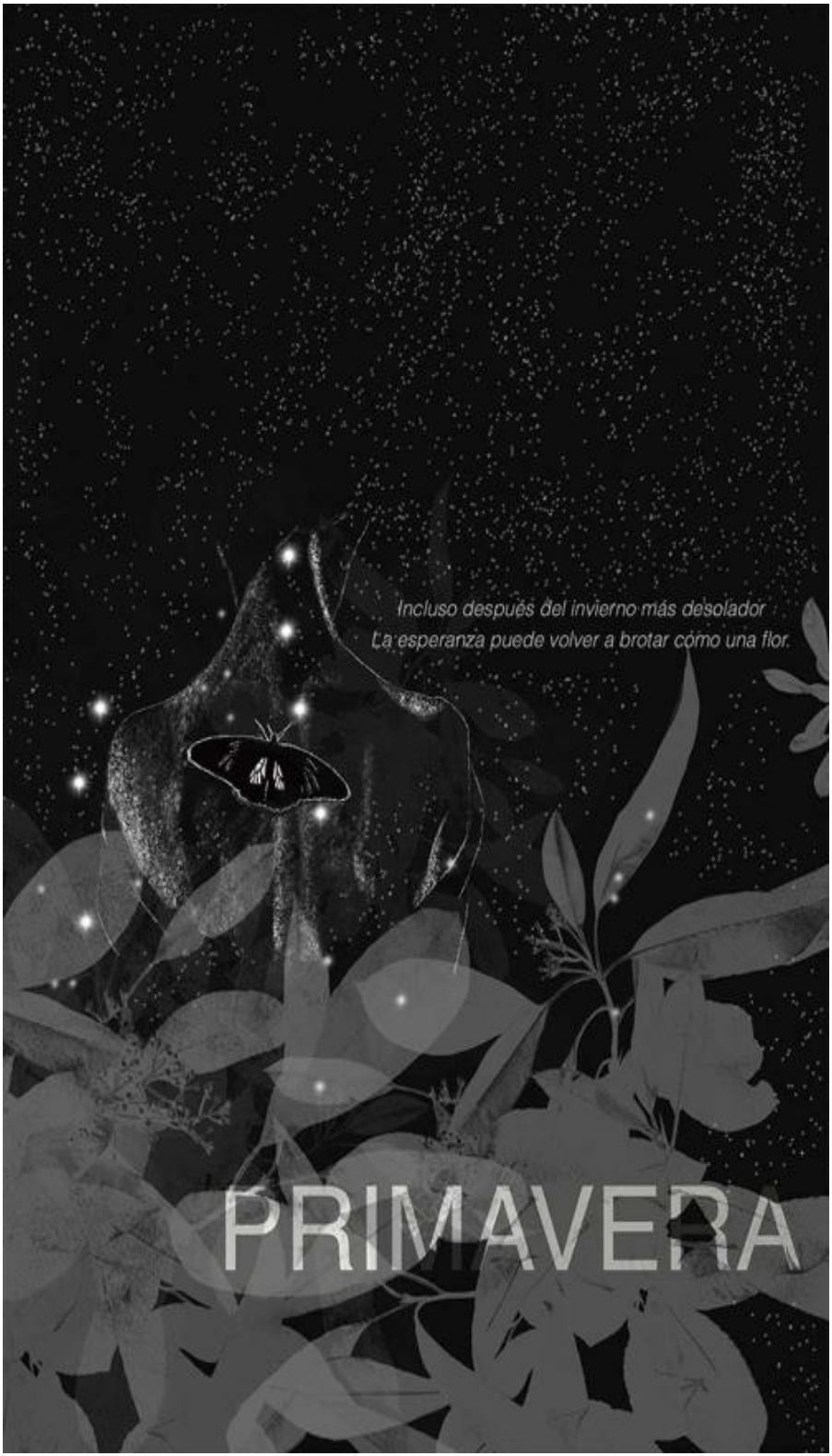
—¿Te vas a quedar a dormir esta noche también?

—Vas a tener que echarme a patadas si quieres librarte de mí —bromeo—. Solo pienso dejar esta habitación por tres motivos: para ir a trabajar, para que White no me denuncie por desamparo y para ir al baño. Necesito más intimidad de la que puede darme esa pequeña caja de zapatos —le digo señalando la puerta que separa el inodoro.

Ella se ríe dejando caer la cabeza hacia atrás y me da un ligero codazo con el que me arranca una sonrisa. De repente hay un brillo bastante conocido en sus ojos y mi corazón empieza a latir más bonito. Ella apoya la cabeza en mi hombro y suspira mientras yo comienzo a encender el portátil.

—Echo de menos a White —susurra—. Nos he echado mucho de menos.

—Nosotros también a ti, Any.


Incluso después del invierno más desolador
La esperanza puede volver a brotar como una flor.
PRIMAVERA

25

Las dos últimas semanas han sido tan extrañas como asombrosas. El estado físico de Anahí ha mejorado bastante; sus analíticas comienzan a rozar el camino correcto y su aspecto también se acerca a lo que conocía de ella; ha recuperado el color en la piel, ha perdido ojeras y, en general, cada día tiene un poco más de energía.

Yo solo me he movido del hospital para lo estrictamente necesario: pasear a White y Maya a primera hora de la mañana queriendo compartir el trabajo con Claudia, aunque la chica se ha resistido a más no poder, pasar por mi apartamento a ducharme e ir a trabajar. Después de esa rutina, regreso a su habitación y nos pasamos la tarde hablando, le cuento cada anécdota que ocurre en el centro, que no son pocas, nos reímos juntas de todo tipo de tonterías, vemos alguna película en mi portátil; a veces, me paso varias horas sentada en la silla de las visitas terminando mi proyecto mientras ella lee algún libro y cuando levanto la vista para descansar, la encuentro mirándome, como si verme teclear a toda velocidad fuera algo interesante, entonces le sonrío y ella me devuelve el gesto antes de retomar su lectura; otras veces, soy yo quien continúa leyéndole en voz alta «come, reza, ama» y vamos comentando cada capítulo y párrafo interesante, como si hubiéramos improvisado un club de lectoras. Por las noches es obligatorio hacer maratón de nuestra serie favorita. Podemos pasarnos horas y horas visionando un capítulo tras otro. Bueno, en realidad yo suelo quedarme dormida a los diez minutos de apoyar la cabeza en su pecho, porque ni la cama más

cómoda del mundo tiene un efecto somnífero tan grande como el de su corazón latiéndome pausado en el oído, sus dedos enredados en mi pelo a base de caricias y el calor de su cuerpo, tan cerca, tan real. No he vuelto a despertarme sobresaltada desde aquella primera noche y supongo que se debe a que mi cerebro asimiló bastante rápido que está conmigo y que, de esta manera, las pesadillas no tienen sentido.

La suma de estas cosas tan cotidianas y a la vez perfectas, ha conseguido que Anahí y yo nos conozcamos de otra manera, un poco más profundo, si era posible. Que la conexión sea más grande y que la unión entre nosotras se vuelva cada vez más sólida e intensa. Nunca me he sentido tan cerca de otro ser humano y eso es extraño, pero bonito, porque a veces me pide que me siente a su lado en la cama, se refugia en mis brazos y nos quedamos en silencio. Nuestro maravilloso silencio. Ese con el que empezó todo, con el que me abrió un poquito la puerta. En dos semanas no ha habido ni un solo beso en los labios y, aun así, no he dejado de temblar con sus abrazos y sus miradas. No es que no me haya muerto por hacerlo en varias ocasiones, recortar la distancia y atrapar su boca como aquella primera vez en el lago, pero al mismo tiempo he ido descubriendo que lo nuestro es mucho más, y que, la mayoría de las veces, son las cosas más sencillas las que te unen a una persona.

—No puedo creer que hoy sea tu último día —comenta Marta al entrar en su propio despacho, captando mi atención.

He estado varios minutos mirando, a través de la ventana, el banco en el que he compartido tantas tardes con Anahí. La sensación de nostalgia es enorme y ahoga un poco.

—Ha pasado muy rápido el tiempo —le sonrío—. Aunque, en realidad, parece como si llevara aquí media vida.

—Lo siento igual —reconoce arrugando la nariz—. Demasiados acontecimientos en tan poco tiempo. Me has hecho envejecer unos cuantos años, Dulce. Eso no te lo perdono —Vuelvo a sonreírle, un poco culpable esta vez, y ella me devuelve un gesto amable—. ¿Estás nerviosa por la presentación de tu proyecto?

—Por el momento no. Un poco insegura con su contenido, pero nada más.

—Es estupendo y tú estarás estupenda.

—¿Irás?

—La duda ofende —sentencia levantando una ceja—. Estaré en primera fila.

—Ahora sí estoy nerviosa —reconozco riendo.

—Un poco tarde para que aceptes que te intimida mi presencia, ¿no? Habérmelo dicho antes y me habría aprovechado de ello.

Su doble alzada de ceja y su sonrisa coqueta me hacen reír igual que siempre, porque Marta nunca va a cambiar y yo no quiero que lo haga, porque su mayor encanto es ser así de auténtica y me parece tan importante valorar y respetar la autenticidad de las personas, que ojalá nunca dejemos de ser así la una con la otra.

—Acabo de imaginarme a mi familia, a mis profesores, a los examinadores y a ti, ahí, esperando una exposición brillante, y yo... —Resoplo—. Ya sabes.

—Y tú... —interrumpe agarrándome por los hombros para mirarme muy directa—. Eres diferente. Has arriesgado mucho desde el principio con este proyecto, no has hecho caso a nadie y solo has seguido las indicaciones de un músculo que se acelera mucho cuando ve a una chica de ojos azules y un poquito cuando me ve a mí —añade haciendo un gesto de tamaño pequeño con su índice y su pulgar, arrugando la nariz y arrancándome una carcajada con efecto tranquilizador—. Sea cual sea el resultado, estoy muy orgullosa de ti, Dulce. Y quiero hacerte una propuesta. Menos indecente de lo que me gustaría, eso sí.

—Joder, no tengo cerebro para recoger todas las flechas que me estás lanzando hoy —le digo riendo y frunzo el ceño con interés—. ¿Qué tipo de propuesta?

—Cuando apruebes el proyecto y te gradúes me gustaría que formaras parte, de manera oficial, del equipo.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

—Con una sola condición que pienso colgar en un cartel dentro de tu despacho con luces de neón y sirenas: prohibido enamorarse de una paciente.

Abro mucho los ojos, ignorando su gesto dramático con las manos y su broma, porque es muy tonta, pero yo estoy alucinando.

—¿Estás hablando en serio?

—Me gusta tu entrega. El mundo necesita un poco más de eso y La Cascada no quiere dejarte marchar tan pronto —Sonríe guiñándome un ojo—. No sé cuáles son tus planes y ahora debes centrarte en la presentación, pero la propuesta está ahí, en el aire, para que te lo pienses.

—Me van a faltar vidas para agradecerte todo.

—Dulce, este envejecimiento prematuro no te lo pienso permitir en más de una vida —bromea—. No tienes nada que agradecerme.

—Que ¿no? —pregunto—. Además de que llevas cuatro semanas facilitándome las cosas para que yo pueda estar en hospitales, desde que llegué a La Cascada no has dejado de protegerme y preocuparte por mí, pasando cosas por alto que no deberías haber pasado, poniéndote en mi lugar, entendiéndome y apoyándome. Nunca te he dado las gracias por ello, pero eres de lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Siempre ha habido algo especial entre nosotras, Dul. Esas extrañas ganas de protegerte surgieron casi de inmediato en nuestra primera conversación. Bueno, no exactamente —corrige riendo—. Al principio lo que me inspiraste fueron ganas de llevarte a la cama.

—Dolorosamente guapa y dolorosamente sincera.

—Pero al conocerte mis tendencias sexuales hacia ti disminuyeron un poco.

—¿Me estás diciendo que, cuando se me conoce, ya no soy sexualmente interesante? —cuestiono frunciendo el ceño.

—He dicho «un poco» —recalca—. Empezar a verte como una hermana pequeña, a la que tenía que llevar de la mano porque estaba yendo directa a un laberinto sin salida, te ha quitado algo de *sex-appeal*, pero aún tienes lo tuyo. —Se encoge de hombros con una sonrisa—. Un laberinto con nombre y apellido, por cierto. Desde que la viste por primera vez, el resto del mundo empezó a ser invisible para ti.

—Parece que lo llevo escrito en la frente —protesto resignada—. Ni siquiera lo reservada que soy me ha servido para disimularlo.

—Es que, cuando se trata de Anahí, te importa bastante poco lo que piense el mundo. Si tienes que mirarla, la miras. Si tienes que estar a su lado en silencio mientras lee, lo estás. Si tienes que abrazarla delante de quien sea, lo haces. Si tienes que enfrentarte a su padre para defenderla, te enfrentas. Lo sientes así y te da igual quién esté mirando, así que, solo hace falta observarte un minuto para darse cuenta de que harías cualquier cosa por ella. Incluso alejarte, si fuera lo correcto. —Yo asiento con la cabeza y me quedo pensativa un par de segundos, pero Marta vuelve a hablar—. ¿Cómo está?

—Bastante mejor. Creo que le darán el alta pronto.

—¿Y qué piensa hacer cuando eso suceda? ¿Volverá a ingresar aquí?

—No lo hemos hablado. No hemos hablado de nada que tenga que ver con su enfermedad, con sus planes, ni otra cosa que vaya más allá del día siguiente.

—Eso me suena a que las dos tienen el mismo miedo a enfrentar la situación.

—Puede ser —Suspiro—. O, a lo mejor solo hemos querido disfrutar del tiempo juntas sin pensar en nada más allá.

—Dulce, eres una chica normal, se te permite tener miedo. No se va a destruir el mundo por ello.

Vuelvo a suspirar y aparto la mirada, porque hacerme la valiente con Marta es inútil y porque ambas sabemos que sigo aterrorizada.

—Han pasado cuatro meses y todavía no tengo las respuestas. Sigo sin saber qué hacer ni cómo ayudarla y sé que enfrentar esa conversación va a ser como subirse de nuevo a una noria que da vueltas sobre el mismo sitio sin avanzar ni un solo paso.

—Las respuestas las tiene ella, ya lo sabes, como te dije el otro día, tú ya has hecho todo lo que podías hacer por ella. Ahora la decisión es suya y en algún momento tendrá que tomarla.

—¿Y si su decisión es seguir hundida?

—Confía, Dulce. Confía en ella y confía en ti misma. Estás donde estás por un motivo.

Aunque no entiendo bien lo que quiere decir, me encojo de hombros y me lleno los pulmones de aire antes de decir lo que voy a decir, porque cerrar un ciclo nunca será fácil.

—Creo que debo volver al hospital. De manera oficial, ha terminado mi periodo de prácticas.

—Qué raro va a ser no verte por aquí todas las mañanas —me dice con mueca triste.

—Doña Rosa me hizo prometerle que vendría cada semana a visitarla, así que, no te librarás de mí aún.

—Ni tú de mí, guapa, que le debemos unas cuantas cenas a Claudia más pronto de lo que esperas. No para de preguntarme que si la próxima vez seremos cuatro. No sabe quién es ella, pero sabe que hay una *ella*.

Esa posibilidad me hace un poco de cosquillas internas y, antes de que pueda darme cuenta, Marta me sumerge en un abrazo tan cálido como corto.

—Doctora Andrade, ha sido un placer contar contigo en los últimos cuatro meses. Todo el equipo de La Cascada espera que tu

proyecto de fin de grado sea un éxito y, si decides aceptar nuestra propuesta, las puertas de este centro estarán abiertas para ti en cualquier momento.

—El placer ha sido mío, doctora Andoni. Gracias por todo.

Nos sonreímos una última vez, de forma diferente a las anteriores, con una dosis extra de nostalgia y, con ese hormigueo interno que me provoca la incertidumbre de no saber qué va a pasar a partir de ahora, abandono la consulta de mi amiga.

Caminar por los pasillos de La Cascada sabiendo que, cuando cruce esa puerta, dejaré de trabajar aquí es una sensación muy agridulce. Es el final de un periodo y, como siempre ocurre, asusta. Los últimos cuatro meses han sido la etapa más importante de mi vida y, con cada paso que avanzo hacia la salida, dejo atrás los rincones que tanto me han enseñado. Tantas historias, tantas mentes diferentes y tantos corazones latiendo distinto. ¿Les ocurrirá lo mismo a todas las personas que terminan sus estudios? Cuatro años dedicados a la carrera de psicología y ahora está a punto de acabar. Justo cuando creía que había encontrado mi hueco dentro de esta profesión, cuando pensaba que había tomado rumbo. ¿Qué viene a continuación? ¿Por dónde sigue el camino?

Una rosa blanca es mi eterna compañera antes de entrar todos los días en la habitación de Anahí. Dicen que este tipo de flor es símbolo de pureza, que dan paz y esperanza, dos estados que, según mi opinión, deberían frecuentar la vida de la chica que está al otro lado de la puerta.

Tendría que haber superado ya la etapa de los temblores y los nervios que me entran justo antes de verla, sobre todo, teniendo en cuenta que llevo a cabo la misma rutina diaria, pero eso nunca sucede. Las manos me sudan como el primer día y el corazón se me acelera mucho justo antes de girar el pomo con cuidado.

La silueta de Oliver Valente junto a la cama, donde hay una maleta abierta en la que está guardando algo, me sorprende bastante. Él ha estado viniendo a diario y aunque al principio no se movía de la sala de espera para que yo le informara sobre el estado de su hija, poco a poco, fue acumulando la valentía necesaria para volver a enfrentarse a ella. Hasta ahora no han mantenido la conversación que

tienen pendiente desde hace varios años, ni siquiera sé si quieren tenerla, porque creo que ninguno de los dos está preparado, pero es un paso gigante que logren estar en una misma habitación sin discutir y, creo también, que a Anahí le hace bien su presencia.

Cuando él se da cuenta de que estoy aquí, se gira para mirarme y en su expresión hay algo que no sé interpretar. Me mira como si no supiera bien qué decirme y me pone algo nerviosa. Entonces, la figura de Anahí se cuela en mi campo visual mientras se acerca a la misma maleta para guardar una prenda de ropa. Al percibir el incómodo silencio, ella observa a su padre y supongo que la mirada de este la lleva hasta mí, porque nuestros ojos conectan. Se sorprende al verme, como si no me esperara aquí a la hora de siempre o como si hubiera perdido la noción del tiempo en algún momento.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunto confusa, con el corazón latiéndome de una forma menos agradable que antes.

Ella suspira y aparta la mirada para continuar con su labor, consiguiendo que me adentre del todo en la habitación.

—Acaban de darme el alta médica —informa.

Vuelve a crearse un instante de silencio igual de incómodo que el anterior y no sé por qué, porque esta noticia debería ser motivo de alegría, pero la tensión que se respira en el ambiente lo pone difícil.

—¿Y por qué no estamos felices? —cuestiono un poco perdida—. ¿Qué pasa, Anahí?

Ella no responde y a mí se me acelera todavía más el pulso mientras continúa guardando prendas en la maleta como si eso fuera más importante que darme una explicación.

Detiene el trabajo durante unos segundos y noto, por el movimiento de su espalda, que toma una gran bocanada de aire antes de girarse para volver a enfrentarme. Sus ojos me dicen que no está preparada, que no tiene fuerzas para decir lo que va a decir y que, aun así, está a punto de hacerlo. Y a mí me tiemblan muchísimo las piernas ya. ¿Qué narices está pasando?

—Me voy, Dulce. —Simple y directo, conciso. Lo sé, te acaban de dar el alta. Con ojos tristes y un suspiro—. Unos meses, dos años, o puede que uno, a lo mejor, incluso tres —Se encoge de hombros y niega—. ¿Quién sabe?

—¿C-cómo que te vas? —lo digo a media voz, sintiendo una desaceleración importante en mis pulsaciones.

—Bueno —interrumpe su padre—, será mejor que las deje solas

para que hablen. En unos minutos vuelvo para ver si estás lista.

Ella asiente y Oliver Valente pasa por mi lado al abandonar la habitación y cerrar la puerta a su paso, dejándonos solas con un millón de preguntas taladrándome el cerebro.

—¿Puedo saber qué está ocurriendo? Porque tu padre y tú tienen cara de entierro y yo no estoy entendiendo nada. ¿Cómo que te vas a ir durante tanto tiempo? ¿A dónde?

—Ven —me pide con tono calmado y suspirando. Me acerco con bastante miedo, la verdad, nunca había avanzado un metro de distancia con tanto pánico. Al llegar a su altura, dejo la rosa sobre la cama, ella me mira fijamente a los ojos y ese azul empieza a volverse tan brillante, que un nudo se forma en mi garganta. Anahí traga saliva antes de volver a hablar—. A un centro especializado en Trastornos de la Conducta Alimentaria —confiesa de forma atropellada, como si hubiera querido soltarlo muy rápido antes de arrepentirse por el camino—. Una residencia alejada de la ciudad, en medio de la nada, sin visitas, sin contacto con el exterior. Un lugar donde mi única compañía van a ser profesionales especializados en esta enfermedad, otras personas que la padecen, naturaleza y, yo, aprendiendo a convivir conmigo misma.

—P-pero eso es bueno —digo emocionada—. Vas a recibir la ayuda que necesitas. Por fin has decidido luchar y… es lo correcto. ¿Por qué parece que no es lo que quieres?

—Sin contacto con el exterior, Dulce —repite como si se me hubiera pasado por alto ese detalle. En realidad, sí, y mi expresión debe haber terminado de confirmárselo, porque ella suspira y a mí se me vuelven a acelerar las pulsaciones—. Lo último que quiero en la vida es cualquier cosa que me aleje de ti, te lo aseguro. Así que no es lo que quiero, es lo que necesito —aclara y suspira de nuevo—. Es lo que necesitamos. Es lo que necesitamos.

El hecho de que lo repita dos veces, como si quisiera convencerse a sí misma, no es suficiente para que yo lo termine de asimilar.

—Bueno, pero a lo mejor son solo unos meses, o un año… quizás dos, pero yo voy…

—No —interrumpe moviendo su cabeza varias veces a modo de negación—. No voy a permitir que te quedes esperándome. No voy a dejar que detengas tu vida por mí. Por primera vez, tengo que dejar de ser egoísta contigo. Te estoy liberando —decide—. Sean cuales sean los motivos que te unen a mí, tienes que romper las cadenas y seguir

viviendo, porque yo no podré afrontar un presente en el que sé que me estás esperando y que estás sufriendo. No voy a ser capaz de soportar setecientos días de ansiedad por volver a verte. Necesito aprender a vivir el día a día, superar cada hora y cada minuto sin pensar en el siguiente. Espero salir de ese lugar convertida en una persona diferente, Dulce. La Anahí que conoces dejará de existir, así que, por favor, te suplico que no la esperes.

La observo en silencio durante varios segundos, analizando sus palabras e intentando entenderlas, porque «no esperarla» no va a ser una opción. Eso lo sabemos ambas, porque si lo fuera, no tendría el corazón en un puño y las palabras saldrían de mis labios con normalidad. Un par de lágrimas están a punto de traicionarla y siento que el nudo en mi garganta se hace más intenso.

—¿Qué pasa si esa es una decisión que yo no puedo tomar? —Me atrevo a preguntar—. ¿Qué ocurre si un par de años no es tiempo suficiente para olvidarnos?

—Nada es eterno —afirma apartando la mirada—. Ni siquiera el amor. Si no se alimenta, en cualquier momento, desaparecerá.

¿Desaparecer? Ojalá fuera tan fácil, ojalá el hecho de no ver a alguien fuera suficiente para olvidarla. Si ella tuviera razón, la muerte de un ser querido no significaría nada, porque terminaríamos olvidando. Las rupturas sentimentales no podrían romper corazones y alejarte de alguien a quien quieres, sería sencillo. Pero algo curioso de nuestra especie es que, cuando debemos decidir entre marcharnos o permanecer, la simple idea nos aterroriza. No importa cuántas veces en la vida tengamos que pasar por la misma situación, cuántas veces tengamos que decir adiós, el pánico siempre estará presente. Eso pasa porque sabemos que el olvido no existe y que decir adiós duele; que, con el paso del tiempo, conseguiremos aprender a vivir, pero no olvidar. No creo en un olvido que no esté provocado por una enfermedad y tampoco creo que este amor que yo siento por ella vaya a desaparecer por no verla.

—No lo comprendo —murmuro dejándome caer sobre la cama. Clavo la mirada en un punto del pavimento y empiezo a sentir algunas lágrimas bajar por mis mejillas.

Ella aparta la maleta para sentarse a mi lado y suspira de manera muy profunda.

—Sabes que es lo mejor —susurra.

—¿Que ingreses en un centro especializado? Por supuesto —

confirmo enfrentando su mirada borrosa—. ¿Que me apartes? Eso no lo entiendo.

—Dulce, te estoy matando —confiesa, empezando a dejar caer sus lágrimas de una forma un poco más intensa—. Has estado dos semanas sin moverte de aquí. Llevas cuatro meses dedicándome tu vida entera y sé que podrías estar haciéndolo eternamente, que te quedarías a mi lado, aunque eso te consumiera. No puedo permitirlo —Niega intentando secarse las mejillas—. No puedo destrozar lo único que en veintiséis años le ha dado sentido a mi existencia. No puedo seguir dejando que cargues sobre tus hombros ese peso. El peso de ser lo único que le da sentido a la vida de alguien. No lo mereces. Mereces ser una chica normal enamorada de otra chica normal. —Nuestras lágrimas se mezclan cuando intenta detener las mías con su pulgar, sin demasiado éxito, porque bajan muy rápido—. Lo mejor que he sido jamás es lo que soy cuando estoy contigo. Me has hecho conocer a una Anahí diferente; una que no sabía que existía y que quiero que se quede para siempre, y no solo cuando tú estés físicamente a mi lado. Quiero ser ella. Quiero ser la mujer de la que te enamoraste. Has hecho todo, todo lo que podrías hacer por mí y mucho más. Me has puesto delante de los ojos una vida preciosa, una que merece la pena ser vivida. ¿Sabes lo que sentí cuando desperté y te vi junto a mi cama llorando desconsolada? Sentí que estaba destruyendo lo que más me importa en este mundo. Y también sentí pánico, Dulce, porque si me hubiera muerto por culpa de esa parada cardíaca no te habría vuelto a ver jamás. Tuve miedo de morir, por primera vez desde que tengo uso de razón. Hace unos meses me tomé un frasco de pastillas —informa como si quisiera hacerme entender lo irónico de la situación y sonríe en medio de las lágrimas—. Ese es el regalo más grande que has podido darme. —Hace una pausa para acariciarme y abre los labios varias veces antes de hablar, como si no supiera de qué manera exacta seguir explicándose—. Era como un árbol en otoño, seco, deshojado, sin vida. Y tú te atravesaste en mi camino como la primavera se impone ante el invierno; frenándolo despacio y en silencio. Frenaste mi huida estrepitosa, Dul. Te llevaste el frío y, con tu calor, llenaste mi vacío. Has sido la primavera, mi amor. Mi primavera.

—Entonces, ¿por qué me dices adiós? —pregunto con un hilo de voz y el corazón haciéndoseme muy pequeño.

—Porque tengo que soltarte. Porque tenemos que soltarnos —corrige—. En este momento, tenemos que soltarnos.

Intento secar mis propias lágrimas con insistencia, queriendo ganar un poco de tiempo para que el nudo de mi garganta se deshaga y pueda volver a verbalizar un pensamiento lógico. Sus ojos azules me miran con tristeza y yo quiero aferrarme a su cintura como una niña pequeña y no soltarla, porque vivir sin ella no es algo para lo que esté preparada y duele. El corazón duele.

—Respeto tu decisión sobre cualquier otra cosa, Anahí —le digo antes de expulsar una gran cantidad de aire—, y me siento muy orgullosa de ti en estos momentos, pero hay algo que debo dejarte muy claro; no sé lo que vaya a ocurrir en este tiempo, no sé si conocerás a alguien, si te enamorarás, o si yo lo haré. Te estás despidiendo de mí como si no fuera a volver a verte —Intento limpiar mis lágrimas con insistencia otra vez y siento que pierdo la voz—. Y esa idea me está matando. Pero si hay algo que tengo claro, es que no importa cuántos días pasen, a qué distancia estemos o qué camino tomemos, nunca… Escúchame bien —le pido sosteniendo su rostro para que me mire fijamente—. Nunca voy a olvidarme de ti. Y aunque las dos podamos seguir adelante, una parte de mi corazón va a seguir esperándote. Pero si te preocupa que sufra, que te eche tanto de menos que no logre volver a ser feliz, olvídalo; porque no hay nada en el mundo que pueda hacerme más feliz, que el hecho de saber que estás luchando por vivir. Que tu decisión fue pelear y que estás ganando la batalla. Porque, créeme, la vas a ganar. Saldrás adelante y te enamorarás de esa Anahí de la que es imposible que una persona no se enamore —Ella baja la mirada y yo subo su mentón para que nuestros ojos conecten otra vez—. Yo siempre voy a estar aquí, Any. Siempre voy a estar para ti.

—¿Por qué eres tan generosa? —cuestiona entre sollozos—. ¿Cómo puedes decir que me vaya y que vas a quedarte con los brazos abiertos para volver a recibirme?

—Porque yo no quiero tenerte a mi lado a cualquier precio, porque tu recuperación siempre ha sido el motivo principal de mi lucha y porque no planeé enamorarme, pero nunca he permitido que eso cambie las cosas. No somos dueñas de nuestros sentimientos y no puedo evitar quererte, pero sí somos dueñas de nuestras acciones y, ahora, yo también elijo liberarte.

La puerta se abre rompiendo el momento más intenso que hemos vivido hasta la fecha y desvío la vista para descubrir a un Oliver Valente muy sorprendido con la escena. Sé que Anahí me sigue

mirando a mí y por un momento me siento un poco egoísta y muy aterrorizada, porque yo no quiero que se la lleve. Yo no quiero que se vaya con su padre y que me deje aquí. No quiero que me libere.

—Siento interrumpir, pero ya está todo listo —comunica con duda —. El coche nos espera en la puerta.

Como si mi corazón estuviera divido en dos mitades, una egoísta y la otra no tanto, me levanto de la cama con el corazón roto y las manos temblorosas para empezar a cerrar la cremallera de su equipaje mientras mis lágrimas van llenándolo todo de marcas. No estaba preparada para que esto sucediera hoy. Se supone que tenía que ser una más de nuestras tardes perfectas, no una despedida. No nuestra despedida. Anahí detiene el movimiento colocando sus manos sobre las mías y aunque llevo varios segundos huyendo de su mirada, al acariciar mi mejilla y girarme el rostro, nuestros ojos se encuentran de nuevo. El calor de su piel es tan agradable, que tengo que cerrar los párpados y dejarme llevar por la tranquilidad que me producen sus caricias y su presencia. Inhalo aire en un intento inútil de que su olor se me quede impregnado para siempre y suplicando dejar de llorar, porque a este ritmo no voy a poder volver a pronunciar palabra.

El nudo en la garganta es cada vez más intenso y el dolor en el pecho se agudiza. No quiero que te vayas. Sé que es lo mejor, pero no quiero que te vayas.

De un momento a otro comienzo a sentir algo caliente rozando mis labios y me doy cuenta de que son los suyos porque están algo húmedos y salados, las lágrimas no se toman un descanso ni siquiera en este momento, y porque esta sensación no la podría olvidar ni en un número infinito de vidas. He echado tanto de menos sentir este hormigueo en el pecho y esta revolución en el estómago. He extrañado tanto su sabor, su calor, la humedad de su lengua y este juego perfecto que logramos desde la primera vez. Tal vez deberíamos estar besándonos de forma desesperada, ansiosa y con un poco de rabia por tratarse de la última vez, pero, lejos de eso, nuestro beso está repleto de dulzura, de tranquilidad, de calma. Algo me dice que las dos tenemos las mismas ganas de parar el tiempo aquí y no dejar de saborearnos nunca, queremos que el mundo arda a nuestro alrededor y que los dragones nos mantengan juntas a este lado de la muralla; porque aquí todo está bien, porque mientras nos besamos, esos dragones están tranquilos y la vida es mucho más fácil.

Al cabo de unos segundos, ella se convierte en la fuerte para

separar nuestras bocas y juntar su frente con la mía. Siento su respiración golpeándome y su mano aferrada a mi cuello con mucha fuerza mientras yo agarro sus mejillas deseando no tener que abrir los ojos nunca.

—Gracias —susurra.

—¿Por qué?

—Por no pedirme que me quede, porque no sería capaz de marcharme si lo hicieras.

—Vete —le pido separando nuestros rostros—, pero llévame contigo.

Ella me mira confusa y, con una sonrisa llena de lágrimas, saco de mi bolsillo la caracola que le regalé hace unas semanas y que me tiró con rabia momentos antes de su desmayo. Se la compré para que me llevara con ella siempre, sin saber que algún día nos tendríamos que separar de esta manera tan radical. Así que, creo que, este, es un buen momento para devolvérsela.

Coloco el objeto alrededor de su cuello y ambas nos quedamos mirando la manera en la que descansa sobre su pecho durante un instante. A los pocos segundos ella alza la vista y su mirada es distinta, hay un brillo especial entre las lágrimas y sé que tiene miedo, que está triste, pero también se siente valiente y orgullosa de sí misma. Y, en medio de todo eso, hay algo más, algo que tiene que ver conmigo, una emoción que no sé con qué nombre etiquetar, pero que está ahí, casi palpable, reconocible cuando te miran a los ojos de esa manera y ves tu propio reflejo en el fondo de una luz muy brillante. Ella me sonríe y asiente, como si hubiera estado escuchando mis últimos pensamientos y quisiera confirmármelo, y yo le respondo el gesto de la misma manera, porque considero que tampoco necesito decirle una vez más lo que siento, lo sabe, porque es imposible esconder tus sentimientos cuando miras a la persona que te los provoca.

—Anahí —Vuelve a interrumpir su padre—. Tenemos que irnos. Lo siento.

—Sé fuerte —le susurro.

—Sé feliz.

Nos separamos sintiendo que esta desunión de nuestros cuerpos es lo más difícil que he hecho en mi vida y ella se gira hacia la cama para bajar su maleta y encaminarse hacia la puerta sin volver a mirarme.

Mi pecho empieza a encogerse con cada paso que aleja a Anahí de

mí y una sensación de vacío terrible empieza a instalarse por todas partes.

—Existen —le digo cuando está a medio camino. Ella se detiene de golpe y me mira confusa—. Los dragones. Somos nosotras mismas. Cualquier persona tiene sombras a las que, en algún momento, debe hacer frente. Los dragones son esas sombras y están aquí para demostrarnos que podemos hacer equipo, que no hay ninguna parte en nosotras que deba ser nuestra enemiga y que, las llamas queman, pero también purifican. Tú eres tu dragón, Anahí. Te vas, pero se va contigo. Te estará protegiendo.

Ella asiente y, como si la teoría de los dragones no terminara de encajarle, pero le gustase conocerla, vuelve a girarse para atravesar la puerta y dejarme con la mandíbula apretada, intentando contener las ganas de retenerla y esforzándome para que las lágrimas me permitan ver su espalda por última vez y mi corazón la deje marchar porque es lo correcto. Nadie me había dicho que lo correcto doliera tanto, que se podría sentir tanto vacío y que iba a tener un dragón gritándome al oído que soy una estúpida, que vivir sin ella no le gusta y que a mí tampoco me va a gustar.

—Una cosa más —dice deteniéndose al otro lado del umbral para mirarme—. Nunca permitas que te hagan sentir que tu forma de amar es excesiva, nunca creas que, entregarte como lo haces a las cosas, es en vano y que no tiene sentido. Si todas las personas vieran la vida como tú la ves, si convirtieran el amor en una filosofía, en vez de sentirlo como un estado pasajero, con toda probabilidad, el mundo no estaría tan perdido —asegura convencida—. Gracias por haberme entregado el tuyo de una forma tan incondicional y bonita. Por elegirme sin esperar nada a cambio. Eres lo mejor que a cualquier persona le podría pasar en la vida, Dulce, y yo soy la chica más afortunada del planeta. Que nadie, jamás, te haga pensar lo contrario, porque conocerte de verdad es un regalo y es de idiotas no saber apreciarlo.

Quiero gritarle que la amo y que no sé si sabré vivir sin ella, que quererla ha sido lo más fácil que he hecho jamás y que no dejaré de hacerlo nunca, que la vida podrá dar mil vueltas y nos marearemos dos mil veces, pero yo sé que mi noria tiene los ojos azules y la sonrisa más alucinante del planeta.

Le susurro un «Nunca te rindas» casi inaudible y ella desaparece con mucha prisa, quitándome su imagen borrosa de los ojos y

dejándome un hueco tan profundo en el pecho, que ni siquiera tengo esperanzas de llenar.

Se acabaron las pulsaciones aceleradas, las sonrisas de idiota, los faroles de gas y de sueños lanzados al aire y las miradas en silencio. Se acabó aferrarme a su cuerpo por las noches y quedarme embobada con sus ojos por la mañana. Se acabaron los intentos diarios de provocarle una carcajada, las situaciones ridículas en el jardín, los encuentros no accidentales en el pasillo, las consultas que no saben a nada y la vida que sabe a todo.

Creo que en China van a estar muy felices, porque nadie más les va a seguir enviando terremotos de escala diez, pero a este lado del planeta hay un dragón que, dejándose caer en la cama, me mira triste y con reproche porque la hemos dejado marchar y porque no estamos suplicando que vuelva, porque ambos sabemos que, irse, es su única salvación.

Y ¿cómo vivimos la vida sin ti, Anahí?

26

Nunca me había fijado en lo mucho que relajan estas consultas. Cuando yo era la que estaba al otro lado, veía mi despacho de La Cascada como un lugar agradable para trabajar, pero no me fijaba en el color crema de las paredes ni en la enorme cantidad de luz que entra a través del ventanal. Acostada en este diván parece que cada detalle está calculado para que las personas lleguen a un estado de calma con el que logren desbloquear su mente y sus emociones. La pieza de piano que suena muy débil desde el monitor del ordenador casi lo consigue también conmigo, pero, claro, ¿cómo voy yo a desbloquear mis emociones observando estas paredes y escuchando un piano? La ciencia no ha llegado todavía tan lejos.

—Dulce, ¿me estás escuchando?

Una voz a mi izquierda me saca del minucioso análisis que le estaba haciendo a estos veinte metros cuadrados para encontrarme con unos ojos verdes mirándome fijamente.

—¿No se supone que soy yo la que debería hablar?

—Me temo que, si esperamos a que eso ocurra, estaríamos tirando tu dinero y mi tiempo a la basura. Nunca me habían pagado cuarenta y cinco minutos de silencio.

—El silencio es bonito —comento desviando la vista hacia el techo.

—Pero no demasiado útil en una terapia.

Suspiro resignada y cambio de postura para sentarme cara a cara con ella, porque la anterior no está resultando muy efectiva hoy.

—¿Qué me decías?

—Que eres un caso perdido —espeta suspirando.

—Un veredicto muy profesional, doctora Acosta.

—Una paciente muy difícil, doctora Andrade.

Le ofrezco una sonrisa cómplice y ella niega y baja la vista mientras intenta contener otra.

—No soy doctora —corrijo en un susurro lanzado al aire.

—¿Y cuándo piensas ponerle remedio? Hace un año que tienes terminado tu proyecto, ¿no crees que es hora de presentarlo?

—Seguro que opinas que eso supondrá cerrar la etapa y que es necesario para culminar con todo esto.

—Lo que opino es que ya tienes cerrada la etapa —asegura tajante. Más convencida, incluso, que yo misma—. Pero debes liberarte de eso en concreto porque, por algún motivo, todavía no has querido hacerlo.

Dejo caer los hombros con un poco de indiferencia, mientras sus ojos siguen escudriñándome.

—El proyecto no era de mis mayores preocupaciones.

—El proyecto es la culminación de cuatro años de tu vida, el fin de tu carrera universitaria. En algún momento vas a tener que enfrentarlo. Si sigues posponiéndolo no podrás avanzar profesionalmente. Estás preparada para afrontarlo, créeme.

—Vale —acepto suspirando por tercera vez—. Pediré una nueva fecha esta misma tarde.

—¿Así, sin más? —pregunta perpleja—. ¿Me das la razón?

—¿No es eso lo que me estás pidiendo, Cris?

—Sugiriendo —corrige—. Y, perdona que me sorprenda, pero es que «hacer caso» no es una frase que esté incluida en tu diccionario personal.

—A ti sí te hago caso. Si no, no habría dejado de tener las pesadillas.

—Justo de eso te estaba hablando mientras me ignorabas. ¿Sabes lo duro que es, como terapeuta y como mujer, que las paredes te parezcan más interesantes que yo?

—No te ignoraba. —Le sonrío—. Y no me parecen más interesantes que tú. ¿Me puedes repetir lo que me estabas diciendo? ¿O vas a seguir torturándome durante cuarenta minutos más?

—En primer lugar, ya quisieras tener cuarenta minutos más —Se burla señalándome el reloj de la pared—. Te quedan cinco, porque llevas contemplando las paredes media hora. Y, en segundo lugar, te

preguntaba si recuerdas cuándo tuviste la última pesadilla.

Intento hacer memoria de manera muy rápida, echando la vista atrás hasta el momento exacto en el que tuve el último sueño que me hizo despertar sobresaltada, temblando y con un sudor frío recorriéndome frente y espalda.

—Meses —respondo—. Hace varios meses.

—¿Y sabes lo que significa eso?

—¿Que mi paranoica cabeza ya ha dejado de ser paranoica? —bromeo con una pequeña sonrisa.

—Que ya la has soltado —concluye ella—. Has roto el vínculo con Anahí.

Escuchar su nombre hace que mi corazón dé un vuelco que, aunque no provoque terremotos en China, me recuerda que el vínculo está muy lejos de romperse, porque el nudo en la garganta sigue siendo igual de real que el primer día y mi terapeuta es un poco ilusa al pensar lo contrario.

—Tus pesadillas eran fruto del sentimiento de responsabilidad que tenías hacia ella —continúa explicando—. Tu necesidad de protegerla y tu miedo después de su marcha provocaban que tu subconsciente almacenara toda esa información y que por las noches saliera a la luz en forma de pesadillas. Con estas sesiones hemos conseguido que entiendas y que asumas que no estás vinculada a ella y que no eres responsable de lo que le ocurra. Esté o no esté en tu vida, tú no puedes cargar con ello. La has soltado, Dulce. Por fin, la has soltado.

—¿Eso significa que me das el alta?

—Significa mucho más que eso, pero, sí —confirma levantándose para tenderme su mano—. Nuestro trabajo juntas ha terminado por el momento, doctora Andrade. A no ser que haya otra cosa en la que pueda ayudarte.

Acepto el gesto poniéndome a su altura y nos quedamos mirando en silencio un par de segundos, con nuestras manos unidas y un aire diferente en el ambiente.

—La verdad es que espero no volver a verte, doctora Acosta.

—Tú sigue pisoteándome el ego —bromea.

—Será mejor que te deje trabajar —comunico rompiendo el contacto después de negar con una sonrisa—. ¿Sabes si Marta está en su oficina? Me gustaría verla antes de irme.

—Seguro que la encuentras peleándose con el nuevo programa de historiales. Hace días que nos está mareando —Asiento mientras

camino hacia la puerta, pero su voz me interrumpe justo antes de abrir—. Dulce, ¿te gustaría… ir a cenar conmigo? ¿Algún día?

Tendría que haberme sorprendido con su propuesta y debería sentir mis pulsaciones aceleradas por los nervios de lo inesperado, pero quizás no me haya pillado tan desprevenida.

—¿Como una cita?

Ella se encoge de hombros y, por primera vez desde que la conozco, noto cierta inseguridad en Cristina.

—Hemos terminado las sesiones y, no te miento si te digo que he estado esperando este momento para no incumplir la regla de involucrarme con una paciente cuando te pidiera que salieras conmigo —Mi expresión debe haber cambiado de forma brusca, porque eso de romper reglas e involucrarse con pacientes me resulta demasiado familiar y demasiado doloroso a estas alturas—. No tienes que responder ahora —añade al ver mi silencio—. Solo… piénsalo. Tienes mi número de teléfono.

Asiento sin responder, le dedico una última sonrisa y me marcho de su consulta sin decir nada más.

Cristina Acosta lleva un año trabajando en La Cascada, fue compañera de Marta en la facultad y tuvieron algún lío sexual al principio de conocerse que derivó en una bonita amistad posterior. Tiene una estatura media, pelo castaño claro, color de ojos en un punto entre el café y el verde intenso, y una sonrisa deslumbrante. Es divertida, inteligente, ingeniosa y una gran psicóloga.

Cuando Anahí se marchó, mis pesadillas se convirtieron en algo habitual y tormentoso. No podía dormir por las noches y me pasaba todo el día angustiada. Así que, Marta y yo llegamos a la conclusión de que necesitaba ayuda profesional. Aunque al principio me costó un poco aceptarlo, porque, como se suele decir «en casa de herrero, cuchara de palo», al final entendí que me estaba consumiendo. Marta no quiso tratarme por nuestra relación personal, pero me recomendó a Cristina y empecé acudiendo a su consulta privada hasta que, pasado un tiempo, nuestra amiga le ofreció un puesto de trabajo en La Cascada y, casi por obligación, tuve que regresar.

Evité hacerlo durante varios meses. No me sentía preparada para enfrentar estas paredes, estos pasillos, este olor. No me sentía con la fuerza suficiente para caminar por este lugar sin que la imagen y el recuerdo de Anahí apareciera en cada esquina. Y me gustaría decir que ya no sucede, que puedo andar por este sitio sin recordar el

primer día que la vi, cuando chocamos accidentalmente y nuestras miradas conectaron por primera vez. Me gustaría que mi corazón no se acelerara cuando lo recuerdo o que mi estómago no se encogiera al pasar por delante del cuarto de baño donde tocamos fondo. Me gustaría decir que, cuando subo al tercer piso para visitar a Rosa, no me detengo en la puerta de su habitación, preguntándome quién la estará ocupando ahora, y que las imágenes de aquel día no me asaltan como si hubiera ocurrido ayer. Lo revivo todo con tanta intensidad que puedo verla desplomada entre mis brazos, con su cuerpo inerte mientras empieza a fallarme la respiración. Un segundo después el pasillo está vacío y reina la calma habitual mientras mi pecho se mantiene igual de encogido que aquel día.

Mis piernas siempre me terminan dirigiendo hacia el jardín y, cuando cruzo la puerta, una parte de mí sigue esperando verla sentada sobre nuestro banco, con un libro en la mano e ignorando todo a su alrededor. Lo último no sucede, pero mi realidad es que aquí estoy otra vez, como todas las semanas, subiendo las piernas para abrazar mis propias rodillas mientras observo fijamente el lado en el que ella solía estar, como si a través de mis ojos pudiera materializarse, como si me hubieran nacido estos superpoderes tan convenientes.

Una hoja cae sobre mi rodilla y, al observarla, me sorprende el color entre verde y amarillo que tiene. Es bonita. Levanto la vista y me impacta todavía más descubrir el nuevo aspecto de un árbol que alguna vez estuvo deshojado y casi sin vida. Ese que, en mi primer día, intentaba proporcionar sombra a una chica casi tan apagada y sin vida como él. Ahora está lleno de hojas verdes y tiene algunas flores amarillas que jamás hubiera imaginado que podrían nacer de algo tan oscuro.

Es el milagro que trae el paso de las estaciones. Un árbol puede perder cada una de sus hojas durante el otoño, parecer seco y apagado mientras resiste el paso del invierno y, de pronto, cuando menos lo esperas, una nueva flor empieza a brotar dando comienzo al principio de esta maravilla a la que llamamos primavera. Y el resultado es así de alucinante; un tronco fuerte que supera las tempestades y las estaciones, dejando caer lo dañado para que lo nuevo crezca con más fuerza.

La naturaleza es sabia.

—Bonito, ¿verdad?

Una voz muy familiar irrumpe captando mi atención y

consiguiendo que aparte la vista de la copa del árbol para dirigirla hacia ella, que espera de pie junto al banco, con un rayo de sol consiguiendo que solo pueda distinguir su bata blanca.

A los pocos segundos abandona el contraluz para sentarse justo enfrente y permitir que pueda verla con claridad. Su sonrisa y su mirada siempre están llenas de dulzura hacia mí, aunque, desde hace algún tiempo, su forma de mirarme es un poco distinta. Hay cierto atisbo de preocupación en sus ojos marrones, sumado a una complicidad mayor que nunca, y, además, es innegable que cada día la veo más guapa.

Marta Andoni, la mujer que adoptó un papel muy importante en mi vida desde el día en que la conocí siendo mi tutora de prácticas, después mi amiga y ahora… Ahora no sé lo que es, pero su presencia se ha vuelto fundamental y en el juego de la importancia ha adelantado bastantes casillas sin que nos diéramos cuenta.

—Nunca lo había visto así —respondo refiriéndome al árbol.

—Llegaste aquí en pleno otoño. Es normal.

—¿Cuánto ha pasado ya?

—¿Me lo preguntas como si no llevaras la cuenta exacta? —cuestiona alzando una ceja—. Casi un año y medio.

—Casi un año y medio —repito como si me costara asimilarlo—. Es mucho tiempo y, sin embargo, parece que han pasado cinco años.

—Es lo que ocurre cuando los días se vuelven lentos y las noches largas, y cuando tu vida sufre en unos meses una serie de cambios tan drásticos.

Aparto la mirada de Marta y me quedo en silencio un instante, porque a veces me pregunto cuánto pueden modificarnos esos cambios tan drásticos.

—Deberían prepararnos para ello en la universidad —añado volviendo a mirarla—. Deberían decirnos «Vas a empezar tu periodo de prácticas y tienes que estar lista, porque tu vida no volverá a ser la misma. Así que, si no estás preparada, retírate a tiempo».

—¿Lo habrías hecho? ¿Te habrías retirado?

Me mira fijamente mientras espera una respuesta sincera y yo me remuevo un poco, porque no sé si lo que siento es lo que necesita escuchar.

—No —acepto con un suspiro—. No me habría retirado.

—Nunca vamos a estar preparadas para las cosas extraordinarias que ocurren en nuestra vida, Dulce. Pasan mientras estás viviendo, no

avisan, no llaman a la puerta y nadie puede advertirnos sobre ellas. Están ahí, llegan y se van cuando les da la gana. Y, entonces, todo cambia. Y ese ciclo comienza una y otra vez a lo largo de nuestra existencia.

¿Qué sentido tiene entonces? ¿Qué sentido tiene que ese «cambio» venga, te alborote la vida y luego se vaya, sin más, dejándonos con el duro trabajo de reaprender a vivir?

Marta me ha hecho la pregunta sabiendo que mi respuesta sería un «no» a media voz, pero muy seguro. Porque, si hace un año hubiera sabido lo que sé hoy, habría llegado a la misma hora en mi primer día de prácticas y me habría perdido a propósito en el camino a su consulta para estrellarme con esa chica de ojos azules que me desmontó el mundo en un segundo.

—Hoy ha sido mi última sesión —informo después de un instante de silencio.

—¿Y qué tal?

—Adiós definitivo a las pesadillas. Cris me ha sugerido que vuelva a pedir fecha para presentar mi proyecto. Cree que es el último paso para cerrar y avanzar. Ya sabes.

—¿Lo harás?

—Supongo —acepto encogiéndome de hombros—. Aunque espero que estén bastante ocupados y me den algunas semanas para prepararme bien la exposición.

—Me parece lo más adecuado.

—También me invitó a salir.

Lo solté tan rápido que ni siquiera estoy segura de haber vocalizado correctamente, pero la mirada interrogante de Marta me dice que sí, que ha entendido cada sílaba y que espera atenta una continuación.

—¿Lo harás? —repite.

—Parece que no te sorprende.

Ella aparta la vista y permanece seria durante algunos segundos antes de volver a clavarme sus ojos marrones y helarme un poco por dentro.

—Hace algún tiempo me pidió permiso para hacerlo.

—¿Te pidió permiso para invitarme a una cita? —frunzo el ceño sorprendida.

—Quería saber si entre nosotras había algo o si tenía vía libre.

La nueva información me pilla bastante desprevenida y creo que se

puede ver la curiosidad reflejada en mis ojos.

—¿Qué le respondiste?

—Que entre nosotras no hay nada y que podía hacer lo que creyera conveniente.

Asiento y esta vez soy yo quien aparta la vista.

—¿Lo harás? —Vuelve a repetir la frase como si su vocabulario se hubiera reducido de manera considerable en los últimos minutos y capta mi mirada—. ¿Vas a salir con ella?

Me encojo de hombros con un poco de indiferencia, sin tener una respuesta concreta para algo en lo que, en realidad, no he tenido tiempo de pensar todavía, y ella se mantiene igual de seria y expectante.

—A lo mejor ha llegado el momento de abrirme ante esas *cosas extraordinarias*. Tal vez debo empezar a prepararme para un nuevo cambio.

Marta sonríe de forma irónica, sin ningún rastro de esa ternura y comprensión que siempre suele mostrar hacia mí, y desvía la vista hacia algún punto muy por encima de nosotras.

—Una de las primeras cosas que te vi hacer fue acercarte a la ventana de tu despacho —comenta después de varios segundos mirando a un punto fijo y supongo que es justo en ese lugar, en mi antigua consulta, donde ha tenido los ojos clavados—. Te habías quedado absorta observando algo que había en este banco. Me preguntaste quién era esa chica y todavía puedo recordar aquella mirada de absoluta curiosidad que tenías. Te brillaban los ojos —informa volviendo a conectar conmigo—. Al día siguiente viniste y te sentaste justo donde estás ahora. Yo me asomé a mi ventana cuando volví de resolver unos asuntos, como suelo hacer de vez en cuando para asegurarme de que todo está en orden, y se me formó un nudo en el estómago al verte. Era extraño, curioso, y daba un poco de miedo. Permanecí observándote un rato y, a veces, te veía alzar la vista para mirarla como me estás mirando a mí ahora. Ese fue el primer día de un hábito que no te costó ningún esfuerzo adquirir.

—¿Qué me quieres decir con esto, Marta? —pregunto apretando con fuerza mi mandíbula.

No pretendo ponerme a la defensiva con ella, aunque ella parece estarlo esta mañana, pero no entiendo por qué necesita relatarme el pasado como si yo no lo hubiera vivido en primera fila, con *dolby surround* y gafas 3D incluidas. Una experiencia sensorial de la leche y

un paso gigante para la tecnología. Mi cerebro no es tan inteligente como para haber podido olvidarlo y ella lo sabe mejor que nadie.

—Que las *cosas extraordinarias* y los cambios llegan sin buscarlos. No existe un *tal vez*. Sucede o no sucede.

—¿Y qué pasa si lo tengo delante y no lo veo? ¿Qué pasa si tengo, justo enfrente, la posibilidad de avanzar y la dejo ir?

—Has avanzado, Dulce. Por supuesto que has avanzado —asegura —. Dejaste tu apartamento en la ciudad y te fuiste con tu perro a la casa del lago sin mirar atrás. Decidiste suspender la presentación de tu proyecto porque no te sentías con la fuerza necesaria para enfrentarlo. Trabajas en una floristería ayudando a una amiga de tu abuela y sé que eso te llena más de lo que te llenaría estar aquí. La relación con tu familia ha mejorado y pasas con ellos más tiempo del que has pasado en toda tu vida. Has buscado ayuda profesional para acabar con unas pesadillas que te atormentaban y lo has conseguido. Has seguido con tu vida. La marcha de Anahí no te ha matado. Y ahora estás lista, por fin, para presentar el proyecto y cerrar ese libro de una vez. Solo quiero que no te engañes, que no intentes demostrar nada a nadie, porque con eso te arriesgas a volver a la casilla de salida y a dañar y dañarte en el proceso. Nadie te va a obligar a sentir algo que no sientes, ni siquiera tú misma puedes hacerlo, y si te fuerzas a ello para demostrar que estás bien, que eres fuerte y que nada te afecta, como llevas haciendo un año y medio, lo único que vas a conseguir será seguir encerrándote en ti misma, como también has hecho durante un año y medio. Una vez me dijiste que sabías que nunca te habías enamorado porque siempre habías podido elegir. Siempre habías podido decidir si estar o no con alguien, si tener una cita, conocerla o, simplemente, no perder el tiempo. Creo que ahora mismo te estás preguntando si quieres o no quieres tener esa cita con Cris, porque es una mujer estupenda y una candidata perfecta para pasar una noche o, incluso, una vida. El problema es que, mientras lo haces, estás aquí sentada. Precisamente, en este banco.

Si algo tienen en común los cambios inesperados, además de llegar sin previo aviso, es que son como las estaciones; cuando aparecen, cuando pasan por nuestra vida, arrasan con todo lo que encontraron; a veces para bien, a veces para mal, pero nunca sobrevivimos a un cambio siendo la misma persona que éramos antes de que nos arrasara.

Y aquí estoy yo, sin saber del todo quién soy ahora.

27

Al final lo hice.

Llamé a Cristina y acepté su invitación a salir, así que hemos quedado para cenar esta noche y después nos reuniremos con Marta y Claudia en el bar al que siempre solíamos ir. Se puede decir, entonces, que es una cita a medias. Una degustación para comprobar si estoy preparada para probar el resto del menú. Necesito saber en qué punto está mi vida sentimental y aunque sola estoy muy bien y sé que no necesito salir con nadie para que mi existencia tenga sentido, un pequeño paso adelante en este tema me podría dar una pista de dónde estoy situada, porque el rumbo que ha tomado mi vida es bastante complejo.

Si hace dos años me hubieran preguntado que dónde me veía en un futuro cercano, desde luego que la respuesta no hubiera sido «viviendo en la casa del lago y trabajando en una floristería». Supongo que los acontecimientos han influido directamente en eso de tachar una cosa más de mi lista de sueños y adelantar algo que, en el fondo, siempre había querido que pasara.

Cuando Anahí se fue me sentí incapaz de presentar un proyecto en el que cada palabra hablaba de ella. Imposible. Tanto, como aceptar la oferta de Marta para trabajar en La Cascada y enfrentarme todos los días a unos dragones que me mirarían acusadores desde cada esquina de esas paredes blancas y relajantes. Así que, bueno, dicho de otro modo, hui despavorida para refugiarme en mi lugar favorito del mundo y resulta que los dragones se vinieron conmigo. Me alejé de

todo lo que me recordaba a ella escapándome a un sitio que me recordaba aún más a ella. Cada metro de esa casa y los alrededores, cada esquina del pueblo y en cada dirección en la que miro, la veo a ella. Duermo por las noches en la cama donde hicimos el amor por primera vez y, a veces, me despierto deseando que al abrir los ojos esté ahí como aquella mañana, durmiendo con los labios medio abiertos, haciéndome sonreír e invitándome a besarla. Ella nunca está y los míos empiezan el día igual de fríos que el anterior, porque cuando el sol entra por la ventana, mi cama está vacía y mi corazón solo empieza a sentirse vivo cuando, de un salto imprevisto, White aparece a mi lado como si detectara el momento exacto de rotura y quisiera impedirlo. Jugamos durante un rato y al final me levanto de la cama como si no hubiera ocurrido nada, como si esos segundos al despertar no caminara por una cuerda que atraviesa el cráter de unos cuantos volcanes en erupción. Una estrategia tan absurda como inteligente; no pude escapar de su recuerdo, así que, no me quedó más remedio que aprender a vivir con él.

Doña Olga vio los cielos abiertos cuando me pasé por la floristería para contarle que me mudaba definitivamente al lago. Me propuso ayudarla alegando que cada vez estaba más cansada y, desde entonces, se ha estado encargando de enseñarme cada detalle del oficio y de la gestión de la tienda. Nunca imaginé que el trabajo requiriera tanto cuidado, esfuerzo, paciencia y dedicación, y varias veces le he preguntado cómo ha podido hacerlo sola durante tantos años. Ella siempre me regala su entrañable sonrisa justo antes de responderme que nunca ha tenido prisa por llegar a ninguna parte y que no iba a tardar mucho en entender que el estrés no me hará tener más tiempo. Cuatro años de psicología frente a sesenta y cinco de vida, una competencia poco reñida.

Al final White y yo hemos ido encontrando en ese rincón el mismo remanso de paz y tranquilidad que era en mi niñez y nos pasamos horas allí, mientras ella se desprende un poco más cada vez, cediéndonos el relevo.

Las cosas han cambiado mucho en el último año y eso me gusta. Me gusta donde estoy y me siento bien la mayor parte del tiempo, por eso, lo que necesito saber ahora es si, algún día, voy a ser capaz de rehacer mi vida en el aspecto romántico. Es lo único que todavía tengo fuera de control y la idea no me apasiona demasiado. Quiero respuestas. Pero no estoy usando a Cristina para obtenerlas, desde

luego. Solo creo que es la candidata ideal para intentarlo. Me gusta. Es interesante, inteligente, divertida y muy guapa. Además, conoce mi historia casi mejor que yo y eso suma bastantes puntos, porque no tengo que fingir ser alguien que no soy. No tengo que esconder mi rotura. No tengo que hacer como si el paso de Anahí por mi vida no la hubiera arrasado por completo. Ella lo sabe. Nunca me ha juzgado como psicóloga y, si a pesar de todo ello, se ha interesado por conocerme más allá, ¿quién puede ser más adecuada que ella?

—Siento el retraso —interrumpe su voz y tengo que apartar la vista de la carta del restaurante para comprobar la hora en mi teléfono móvil—. Había muchísimo tráfico.

—Te retrasas dos minutos —informo enfrentando su mirada para dedicarle una sonrisa.

—Por eso —insiste encogiéndose de hombros y coloca la chaqueta en el respaldo de la silla antes de sentarse—. No me gusta hacerte esperar. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Tres minutos.

—Menos mal. Hoy hemos estado a tope en el centro. Solo he tenido tiempo de pasar por mi casa para ducharme y ¡mira cómo vengo! —señala su pelo mojado con algo de fastidio, arrancándome otra sonrisa.

—Estás preciosa, Cris.

Ante una frase tan escueta e inesperada, se forma un corto silencio en el que ella permanece mirándome con curiosidad y yo me remuevo un poco en el asiento.

—Casi me convences —apunta sonriendo.

—Te lo digo de verdad. Estás muy guapa.

Vuelve a sonreírme. Tal vez un poco más satisfecha, o como si estuviera pensando «sigue sin sonar creíble, pero gracias por el intento», no lo sé, porque no la conozco suficiente para adivinar qué quiere decir esa sonrisa; pero en caso de que fuera lo segundo, está bastante equivocada, porque creo que, aunque esto se trate de una cena informal y nuestro aspecto sea de lo más sencillo, ella está guapísima, como siempre.

—¿Has pedido algo para tomar?

—Preferí esperarte porque no sabía qué querrías.

Un camarero aparece junto a nuestra mesa como por arte de magia, como si hubiera estado suplicando su llegada todo este tiempo.

—Buenas noches, ¿saben ya lo que desean tomar?

—¿Vino? —pregunta ella pidiéndome aprobación con la mirada.

—¿Alguno en especial? ¿O la recomendación de la casa?

Después de echar un rápido vistazo a la carta, Cris vuelve a mirarme para que sea yo quién decida mientras el chico espera con su cuaderno de anotaciones.

—La recomendación de la casa estará bien —concluyo recibiendo una sonrisa por parte de ella y un «perfecto, en unos minutos regreso y tomo nota de la cena» por parte de él.

Cuando el chico desaparece, en nuestra mesa se instaura un silencio un poco raro. Joder, ya ni siquiera recuerdo cómo se hacen estas cosas.

—¿Ya has pensado qué vas a hacer con tu proyecto? —se encarga ella de romper el hielo.

—La semana que viene lo presento —No disimula nada la sorpresa al abrir de manera exagerada ese par de ojos verdes—. Es la única fecha disponible en meses y fue cuestión de suerte conseguirla, porque se canceló una presentación a último momento. Sé que es un poco precipitado, pero no quiero esperar tanto. Creo que, cuanto antes lo haga, mejor.

—Me parece la decisión correcta, pero ¿te dará tiempo de prepararlo en tan pocos días?

—Me sé de memoria cada palabra que hay escrita en esas páginas, y aunque no haya querido presentarlo antes, llevo todo este tiempo trabajando en él; leyéndolo, modificándolo y volviéndolo a leer hasta que el resultado me ha convencido. O más o menos —aclaro riendo—. Mañana lo llevaré a imprimir y el resto de la semana me dedicaré a preparar la presentación. No va a ser gran cosa —comunico encogiéndome de hombros—. Solo yo, hablando frente a un número excesivo de personas.

—Veo que lo tienes todo bien organizado.

—Últimamente me gusta demasiado tener las cosas bajo control.

El camarero interrumpe nuestra conversación apareciendo otra vez de la nada. Le da la vuelta a un par de copas de vino que hay sobre la mesa para servir la bebida e invitarnos a degustarlo antes de servir el resto.

Cristina y yo tomamos un sorbo al mismo tiempo y, en cuanto el líquido roza mi paladar con esa mezcla de sabores dulces y afrutados, una sucesión de dolorosas imágenes asaltan mi cabeza. Me transporto a aquella noche como si el vino fuera una jodida máquina del tiempo.

Nuestra primera cena juntas. Lo más parecido que ella y yo tuvimos a una cita. Veo a Anahí sentada donde ahora hay otra mujer, en otro escenario, saboreando el pescado que había preparado con muchas ganas y algo de inseguridad. Recuerdo nuestra tarde de pesca, la tristeza que me encogió el corazón mientras me contaba su historia y las risas descontroladas que sufrimos pocos minutos después. Con ella siempre era así, una bipolaridad constante, un tira y afloja de lo más adictivo y fácil. Su risa, con ese sonido que jamás me hubiera cansado de escuchar y que aún soy capaz de oír en ocasiones, como si se estuviera riendo junto a mi puñetero oído, estrujándome el músculo cardiaco y recordándome lo bonito que era escucharla. Recuerdo su lista de sueños, nuestro juego de espuma al intentar impedir que lavara los platos, más risas, lágrimas… Nuestro primer beso. Sus labios estrellándose contra los míos con mucho dolor y bastante miedo, mi corazón enviando terremotos de escala diez a China y su cuerpo entre mis brazos mientras el mío temblaba porque jamás me había sentido así de frágil y vulnerable. Recuerdo a la perfección sus ojos, mirándome como si en ese momento, en su pequeño y quebradizo mundo, solo existiera yo, haciéndole el amor y llenándola de unas caricias que, todavía hoy, siento en la yema de mis dedos.

Aprieto la mandíbula con fuerza. Con mucha fuerza. Porque el dolor se ha vuelto soportable, pero, a veces, la herida se roza con algo que la abre por su punto más débil y parar la hemorragia cuesta un poco más. Un río de sangre que se descontrola en un mundo muy controlado.

La jodida cosecha de 1989.

—Dulce… —susurra mi acompañante con una voz muy cálida.

Levanto la vista y cuando me encuentro con esa mirada verde clavada sobre mí, el corazón se me estruja un poco más en el interior del pecho, porque no es mi color favorito, pero ojalá lo fuera. Ojalá esa sonrisa y esa mirada con la que me señala al camarero tuvieran un efecto antiinflamatorio y dejaran de dolerme ciertos músculos.

Asiento de manera automática, solo para que los ojos de los presentes dejen de cuestionarme y el chico, sin saber lo que acaba de provocarme, coloca la botella de vino sobre la mesa.

«Viñedos Valente»

«Gran reserva - 1989»

Al final, Dulce, puede que no lo tengas todo bajo control.

El sonido de mi teléfono me hace desviar la vista y no necesito

desbloquearlo para leer el mensaje de Marta.

«Ya estamos en el local. Las esperamos donde siempre».

Ojalá estuvieras aquí, porque a ti no necesito explicarte por qué me evado o se me empañan los ojos de la nada, tú me coges de la mano y me obligas a mirarte, y en el fondo de un marrón casi negro encuentro muchas respuestas. Ojalá estuvieras aquí para sacarme de ese bucle, como haces siempre, como acabas de hacer sin darte cuenta.

Levanto la vista con un poco de miedo y Cristina sigue mirándome con la misma dulzura y compresión en sus ojos. Me doy cuenta de que volvemos a estar solas y de que espera en silencio que sea yo quien dé el siguiente paso, porque esto está fluyendo muy mal y tal vez he sido demasiado ambiciosa al creer que podía ser diferente.

—Marta —informo para romper el silencio—. Ya están en el bar. Y nosotras ni siquiera hemos empezado a cenar. Van a estar muy borrachas cuando lleguemos —bromeo.

—Me he tomado la libertad de pedir por la dos —responde arrancándome una expresión de sorpresa—. Te habías quedado un poco ausente y no quise inmiscuirme. He pedido dos platos diferentes, así que, puedes quedarte con el que más te guste.

—Gracias —Le ofrezco una sonrisa, más de disculpa que de agradecimiento—. Has hecho bien, seguro que me gustan ambos.

Vuelve a crearse un corto silencio del que me gustaría escapar bebiendo un sorbo de vino, pero creo que, en este caso, sería bastante peor el remedio que la enfermedad. Así que mejor me deshidrato y me enfrento a una mirada fija y analítica que tiene todo el derecho del mundo a hacerse mil preguntas sobre el desastre de ser humano que tiene sentado enfrente.

—Es la primera vez que sales con alguien en mucho tiempo, ¿verdad?

—Creía que lo estaba disimulando un poco mejor —bromeo.

—La cara de pánico te delata.

—No tengo pánico —espeto frunciendo el ceño.

—Sí lo tienes —rebate ella—. Estás asustada porque llevas mucho tiempo sin salir con alguien y porque crees que, el haber decidido darte una oportunidad para conocerme fuera de una consulta, te pone en un compromiso. Crees que estoy esperando algo concreto de esta noche, de ti. Temes que vaya demasiado deprisa y que no estés lista. Tienes miedo de que la situación te supere y eso te está bloqueando.

—Psicóloga dentro y fuera de la consulta —le digo sin dejar de fruncir el ceño, pero con media sonrisa.

—Mujer —corrige encogiéndose de hombros—. Sé que no estás lista, Dulce. No voy a lanzarme a tu cuello esta noche y tampoco mañana. Ni siquiera sé si algún día lo haré. Puedes relajarte.

Suspiro y bajo la mirada, dejando que un peso muy grande abandone mis hombros y sintiendo, al mismo tiempo, un poco de culpabilidad, porque muy mal tienen que estar yendo las cosas para que se vea en la obligación de aclararme algo así.

—¿Por qué me invitaste a salir, Cris?

—Porque me gustas —sentencia consiguiendo que la mire con atención—. Porque me pareces una mujer interesante, inteligente, irónicamente divertida, guapa, y creo que merece la pena conocerte. Sin embargo, eso no quiere decir que esté deseando que suceda algo en concreto. Quiero conocerte fuera del trabajo, saber qué hay detrás de la Dulce rota. Quiero disfrutar de esta cena y de esta noche con una amiga, sin mayores pretensiones. Todo comienza con una amistad, ¿no? A veces se queda ahí y, otras veces, crece sin que te des cuenta. ¿Qué tal si empezamos a construir los cimientos en lugar del tejado?

El peso termina de desaparecer junto a sus palabras. Ese peso que llevo cargando desde que acepté salir con ella y que, en realidad, yo misma me impuse. Una carga a mi espalda totalmente innecesaria e inútil, porque, a ver ¿quién necesita una mochila llena de arena en medio de un desierto?

Acepto la propuesta asintiendo y lanzándole una mirada fija, llena de curiosidad, y ella me dedica la misma sonrisa dulce de siempre.

Paso a paso.

Paso a paso, se recorren kilómetros.

La cena ha transcurrido mucho mejor de lo que esperaba. Entre una cantidad importante de risas y anécdotas he descubierto que Cris y yo tenemos muchísimas cosas en común. Misma carrera, misma universidad, profesores compartidos, mismo lugar de trabajo. Hemos hablado de varios asuntos, entre ellos, el futuro. Me ha contado que al acabar la carrera y el máster no tenía ni idea de hacia dónde dirigirse y que estuvo trabajando en un colegio como orientadora de adolescentes, que allí conoció a una niña que sufría violencia

intrafamiliar y que, gracias a ella, había empezado a soñar con poder abrir su propio centro de día en algún momento. Quiere construir un lugar al que niños y niñas con problemas familiares puedan acudir para realizar talleres, recibir apoyo en sus tareas y organizar actividades mediante las cuales puedan expresarse y descargar todas esas emociones que llevan dentro. La idea me parece fascinante y cuando le pregunté que por qué no había empezado a hacerlo todavía, me respondió que no es tan fácil, que necesita apoyo económico y profesionales dispuestos a trabajar sin tantos recursos. Precisamente por eso decidió abrir su consulta y, más tarde, aceptar la oferta de Marta. Puede que sea difícil y que se requieran demasiadas cosas externas, pero estoy bastante segura de que no tardará en conseguirlo, porque la convicción con la que habla y ese brillo tan especial en su mirada son unos cuantos puntos en eso del camino hacia los sueños. Habla de la psicología con el mismo entusiasmo que lo hace Marta y me parece admirable, porque ambas ven una cantidad de posibilidades en nuestra profesión que, no sé, a lo mejor yo estoy un poco ciega al respecto todavía. Lo que más me sorprende es que, en el caso de Cris, no fue así desde el principio, y ha sido el propio camino el que la ha llevado a ir definiendo sus sueños.

Al llegar al local lo encontramos sorprendentemente vacío. Supongo que todavía es demasiado temprano y los viernes la gente empieza a emborracharse a partir de media noche. Pocos segundos después localizamos a Marta y Claudia en la mesa que ya es casi suya, creo que nuestra amiga más pequeña ha debido inventar algún método que ahuyenta a las personas, porque no me parece normal que, venga a la hora que venga, siempre consiga el mismo sitio.

—¡Al fin nos honras con tu presencia, Dulce la ermitaña!

—Empezamos mal la noche, Clau —advierto lanzándole una mirada amenazante.

—Puedes quejarte lo que quieras, pero ya tardas en pensar cómo vas a compensarme tu abandono.

—Menuda tortura me espera —Ruedo los ojos con una sonrisa—. ¿Qué están tomando?

—Este es mi segundo Daiquiri. Y Marta… —Hace una pequeña pausa para mirar a la aludida y niega repetidas veces mientras resopla, como si fuera la mayor decepción de su vida—. San Francisco. El primero —aclara para empeorar la situación.

—¿Sin alcohol? —pregunto perpleja.

Claudia se encoge de hombros con una mezcla de resignación e incredulidad y mis ojos se dirigen a Marta que, por primera vez desde que Cris y yo aparecimos, conecta nuestras miradas. No distingo ninguna expresión en ella. Solo me mira muy fijamente y poniéndome algo nerviosa.

—¿Tienen algún problema con que no quiera tomar alcohol esta noche?

—Nosotras no, pero tú debes tenerlo. ¿Estás embarazada? —pregunta Claudia consiguiendo que mi cuerpo se tense de manera tan automática como el respirar—. Eres Marta Andoni. Te bebes hasta el pis de los gatos —Ella le lanza una mirada de lo más significativa, que da hasta un poco de miedo, pero a nuestra amiga le es indiferente y vuelve a mirarme—. Yo creo que está muy enamorada —vaticina tan segura que vuelve a conseguir que me tense—. Y debe haber discutido en los últimos días, porque eso de no querer alcohol, Marta… Es como si Dulce fuera feliz estando con más de diez personas en veinte metros cuadrados. Cosas que anticipan el fin del mundo.

—Una catástrofe en toda regla —confirmo sonriéndole y me dirijo a Cris para darle un poco de tregua a Marta, que parece estar a punto de mandarnos a la mierda—. ¿Qué quieres tomar?

—Creo que me uno al equipo San Francisco.

—Otra —Suelta un bufido la más pequeña—. Dul, tú no puedes fallarme, eres mi favorita.

—Hace dos minutos era *Dulce la ermitaña*.

—Eres *Dulce mi favorita la ermitaña*. Así, todo seguido, sin comas ni nada. Vas a ser la envidia de los nobles europeos con semejante título.

La muy imbécil me hace reír y tengo que levantar la mano al grito de «Equipo alcohol», a lo que ella responde chocando nuestras palmas y cantando «¡Alco-ho-li-zate!», como si estuviéramos recreando un viejo anuncio publicitario que poco tiene que ver con bebidas que embriagan.

Me decanto por una cerveza porque en el fondo no me atrevo a ir más allá. Mis salidas nocturnas con Claudia y Marta se han visto drásticamente reducidas desde que me fui a vivir al lago, lo que significa que mi aguante también ha disminuido. Además, hace más de un año que no bebo hasta el punto de emborracharme porque el alcohol, al fin y al cabo, es un depresor; y aunque al principio la euforia está por las nubes y todo es divertido y bonito, llega un momento en el que la inhibición da paso a una amplitud de

sentimientos y emociones que se descontrolan bastante. El amor aumenta y la tristeza también. Las ganas de demostrar afecto te ahogan y, al segundo siguiente, lo que te ahoga son las ganas de llorar de manera desconsolada. Si extrañas a alguien, el alcohol te hace extrañarla el doble, y eso te lleva al laberinto de la nostalgia y la melancolía. Así que, ¿de qué sirve la euforia inicial si al día siguiente estás peor? Porque eso es lo más grave del asunto, que los sentimientos no se marchan cuando se va el efecto de ebriedad, siguen ahí para recordarte que eres gilipollas y que a la próxima deberías pensártelo dos veces, porque no compensa. El vacío no lo llenan un par de cervezas, porque las cervezas te engañan durante un rato, pero luego hay que mear, y mucho, y el vacío vuelve a estar ahí, un poco más grande incluso. Y al final el puñetero alcohol es como la llave de nuestra caja de Pandora; cuando consigue abrirla, da igual el tiempo que hayas estado intentando mantener a raya esos demonios, salen como un jodido potro desbocado dando patadas a diestro y siniestro, y luego vete tú a intentar encerrarlo de nuevo, que te dejará el doble de destrozada en el proceso. Porque una cosa es encerrar las emociones una vez, pero, si después de un tiempo te das cuenta de que no has avanzado nada, de que eso sigue doliendo como el primer día y de que el aliento de los dragones sigue igual de caliente, es muy probable que el dolor se vuelva insoportable. Así que a mí no me interesa abrir ninguna caja ni liberar dragones, porque sus miradas acusadoras ya son suficientes y no necesito quemaduras de cuarto grado a estas alturas, gracias.

Pasamos el resto de la noche charlando y riendo. O, bueno, Claudia y Cris son las que más se han reído, porque yo me he perdido la mitad de los chistes y Marta la otra mitad. Las dos parecemos ausentes y eso no sería tan raro viniendo de mí, pero Marta está más acostumbrada a ser el alma de la fiesta, así que, su actitud esta noche es tan extraña que me he limitado a mirarla intentando no ser descubierta y deseando tener el poder de leer mentes, porque algo me dice que su enfado tiene que ver conmigo. No hemos hablado demasiado desde aquella última conversación en La Cascada. Solo nos hemos dirigido unos mensajes muy escuetos informándole sobre la fecha de mi proyecto y sobre el plan de esta noche, sus respuestas simples me

hicieron dejarlo estar y darle espacio, pero la situación ya está llegando a unos límites preocupantes. Nunca hemos estado así. Nunca nos hemos enfadado. Y lo peor es que no tengo ni la más mínima idea de por qué lo estamos ahora.

—¿Podemos hablar un momento? —aprovecho para preguntarle mientras Claudia entretiene a Cris hablándole sobre no sé qué profesor que está superbueno y que es superjoven y superamigo suyo.

Sus ojos conectan con los míos por segunda vez en lo que va de noche y, sin decir nada, asiente y se levanta para dirigirse hacia la salida del local.

Una vez en el exterior enciende un cigarrillo y se lo lleva a la boca como si se hubiera pasado horas deseándolo. La imagen vuelve a transportarme a otro momento, porque solo he visto a Marta fumar en dos ocasiones y esta es una de ellas. La primera fue en La Cascada, el día que nos pilló a Anahí y a mí jugando sobre el césped como un par de niñas en medio de un ataque de cosquillas. En ese momento me hice adicta a su risa, ella jugó con la posibilidad de besarme y en China empezaron a sentir seísmos desconocidos. En el país oriental deben estar muy cabreados, porque seguro que todavía les llegan retazos del efecto mariposa de aquel día, porque mi corazón siente lo mismo con un simple recuerdo, y, ¡joder! Es que la caja de Pandora siempre tiene una apertura.

Una rendija por la que se escapa el jodido dragón.

Una puñetera fuga.

Suspiro, y al levantar la vista, Marta me está mirando con una seriedad que hiela.

—¿Qué ocurre? —me atrevo a preguntar después de unos segundos.

—¿Y a ti? ¿Qué te ocurre?

—A mí nada —Encojo los hombros con indiferencia—. Solo intento divertirme.

—¿Y lo consigues?

—Sí. Ha estado bien.

Ella me lanza una sonrisa irónica y se lleva una mano a la sien, frotando la zona como si le estuviera doliendo la cabeza o la vida.

—Por favor, Marta, ¿me vas a decir qué te pasa? Estás rarísima conmigo y no entiendo por qué. ¿Qué te he hecho para que estés tan cabreada?

—No estoy cabreada contigo, Dulce —informa volviendo a

mirarme—. Estoy preocupada por ti, que es distinto.

—¿Preocupada por qué? Si estoy bien.

—Dulce, por Dios, deja de decir que estás bien. Cada vez que lo dices muere un duende. No sigas tomándome por imbécil.

—No te estoy tomando por imbécil ¡joder! Estoy bien. No sé qué quieres que te diga. No entiendo lo que te pasa, pero necesito que tú y yo también lo estemos. Que estemos bien.

—Me pasa que no soporto verte así, que llevas un año intentando fingir que no ha pasado nada y, al mismo tiempo, alejándote cada vez más del mundo, queriendo hacernos ver a todos que no has estado destrozada ni un segundo. Y me pasa que sé que Cristina no es más que otro intento por demostrarte a ti misma que has avanzado. Me pasa que te estoy viendo equivocarte y no sé cómo frenarte. Otra vez —recalca, haciéndome más daño con eso que con un cuchillo muy afilado en el pecho—. Te cierras. Te cierras a mí y también a ti misma. Te autoconvences y caminas hacia delante como un ciervo recién nacido que da tumbos y pierde el equilibrio cada dos pasos. Lo único que estás consiguiendo es acumular tus emociones, Dulce, y el día que salgan, el día en el que decidan salir… —Hace una pausa y exhala despacio, como si intentara calmarse a sí misma—. ¿Te crees que estoy ciega? ¿Qué no he visto cómo tu mente lleva toda la noche dispersándose? ¿Crees que no lo he visto antes? Te conozco, Dulce, y sé lo que vas a sentir mañana. Sé lo que va a suceder si cometes el error de estar con alguien a quien no quieres.

—Pero ¿quién te ha dicho que vaya a estar con Cris? ¡Joder, Marta! Que solo ha sido una cena. ¿Por qué estás así? ¿Por qué no me dejas avanzar? ¿Desde cuándo eres tan *pro Anahí*? Me cago en la leche. ¿Por qué no me dejas estamparme por mí misma y descubrir lo que siento? Otra vez —le devuelvo su frase con un poco de rabia.

—¡Porque te quiero! —me grita en plena calle—. ¿Es que no te enteras? —Se forma un silencio en el que nos miramos fijamente y a mí me va el corazón tan rápido que hace competencia con el sonido que nos llega desde el interior del local—. ¿Sabes qué? Está bien, Dulce, ¿quieres seguir adelante? ¿Quieres avanzar? —pregunta tirando su cigarrillo y apagándolo con la punta de su bota—. Pues vale. Tienes dos opciones en este momento, vuelves al local y te vas a la cama con Cris o con medio bar, si quieres, o te vienes conmigo a casa. Es muy simple. Tú eliges.

La observo en silencio durante un instante, bastante aturdida con

el rumbo de esta conversación y un poco acojonada, porque tiene razón y no quiero dársela, porque en el fondo también puede que esté exagerando y que no sea para tanto, porque yo no quiero irme con Cristina ni con medio bar y no soy tan valiente como para gritárselo en plena calle.

Su mirada permanece expectante y yo desvío la vista hacia el local un momento, preguntándome si esas personas que entran y salen de él con total tranquilidad, están donde quieren estar y con la persona que quieren estar. Puede que solo sean ligues de una noche, que ni siquiera se conozcan. Tal vez no saben nada el uno del otro, ni sus sueños, ni sus aspiraciones, ni sus temores.

Suspiro y vuelvo a mirar a Marta con el corazón un poco más pesado que antes.

—Vámonos a casa.

28

Un año y medio.

Ese es el tiempo que he estado aplazando una presentación que va a comenzar en dos minutos. El motivo puede haber sido inseguridad, incapacidad, incluso miedo, porque no es fácil enfrentarse a la decisión que te cambió la vida. El proyecto fue el principio de todo y también será el final. Y, qué jodida es esa palabra, porque solo de pensarla ya me dan escalofríos.

Fin.

Pero, el fin no implica el olvido.

Siempre he creído que cuando lees una gran historia, un libro que, por algún motivo llega a tu corazón de manera diferente, da igual que lo acabes; no importa que leas el último capítulo, la última hoja, o la última frase, que cierres las páginas y lo abandones al fondo de una estantería con cientos como él. Da igual que no vuelvas a abrirlo jamás, porque, con que lo hayas hecho esa vez, es suficiente. Ya has escuchado lo que esas letras querían contarte, has aprendido lo que necesitabas en ese momento. Las lágrimas derramadas, las sonrisas dibujadas, las emociones, a veces contenidas y, otras, saliendo en estampida; todo, se queda dentro para siempre. Cada lección aprendida y personaje encontrado, qué difícil decirles adiós y qué bonito haberles conocido. No eres la misma persona antes y después de una gran historia. Y, esta, es mi gran historia. Así que, tal vez ha llegado el momento de hacer que deje de ser solo mía y de que la comparta con el mundo, porque no sería justo que el planeta se

autodestruya sin conocerla a ella. No sería, para nada justo, que el nombre de Anahí resonara solo en mi cabeza y el resto de los seres humanos vivieran sin saber que existe una chica con la mirada tan fría como el lago Baikal en pleno invierno y, a su vez, capaz dar tanto calor como la lava de un volcán justo antes de solidificarse. Así de drástico. Un equilibrio perfecto.

El ruido de mis zapatos al golpear el parqué parece estar sincronizado con el de mi corazón, que bombea como puede mientras me acerco al atril iluminado por un único foco. El silencio me parece más terrible de lo que me ha parecido nunca, porque hablar en público no se me da bien y, mucho menos, cuando sé que mi audiencia está aquí para escuchar algo muy distinto a lo que voy a contarles.

Coloco el proyecto impreso sobre el atril y respiro hondo, contando hasta tres. Podría contar hasta cien y seguiría sin sentirme preparada, pero la situación me espera. Alzo la vista, me quedo un poco ciega por la luz y me cuesta distinguir caras conocidas en un primer momento, sin embargo, ahí están; mis padres, mirándome con emoción y orgullo; Daniel, sonriéndome y asintiendo como si quisiera gritar «esa es mi hermanita»; a su lado, Marta, que cuando nuestros ojos se cruzan, con un gesto intenta decirme que baje la vista a sus manos, lo hago y los míos se iluminan al ver una foto muy grande de White. Casi me da la risa nerviosa y casi me pongo a llorar, porque ojalá él estuviera aquí. Mi amiga sonríe y me guiña un ojo, y me encantaría que en la distancia sepa cuánto le agradezco este gesto que solo podía haber salido de ella.

Lo sabe.

—Buenas noches. En primer lugar, me gustaría agradecer la asistencia de cada uno de ustedes a esta presentación. Creo que va a ser el momento más importante en el transcurso de mi carrera universitaria y, ojalá, tuviera algo más profesional que contarles. Quiero aclarar que no he desarrollado un proyecto típico de psicología y que, a lo mejor, pensarán que todos mis intentos por implantarla durante aquellos cuatro meses, fueron un fracaso. Puede ser, pero estoy aquí porque, al final, este es mi proyecto de vida, de búsqueda, de aprendizaje… y de amor. De amor —repito en un susurro nervioso.

Las voces murmurando no tardan en aparecer y a mí se me acelera mucho el corazón, porque he ensayado más de cien veces la introducción y ninguna ha quedado igual, y no estoy segura de que

esta haya sido la mejor versión.

Busco la mirada de Marta con algo de pánico e inseguridad, y ella, lejos de parecer confusa o decepcionada, permanece con su sonrisa intacta, asiente y me señala la foto de White que parece no pretender dejar de sostener frente a mí en ningún momento. Me gustaría que ese lobo blanco de ojos celestes estuviera aquí, junto a mis pies, dispuesto a hacer alguna intervención de vez en cuando para apoyar mi discurso, *«y todas las noches me volvía loco hablando de ella»*, «*y el día que reaccionó, me tuvo tres horas corriendo por el parque, casi me mata de agotamiento», «no he dormido menos en toda mi vida. Putas pesadillas», «y un día se pusieron a bailar por todo el salón y me dio vergüenza ajena; por eso ladraba y saltaba, no porque quisiera unirme a la fiesta», «¿celos? ¡Qué va! Soy el chico de su vida», «la echo de menos. Es una tía guay».*

—Si deciden levantarse ahora, lo tomaré como un suspenso anticipado —bromeo y las risas en medio de la oscuridad consiguen aliviar mis nervios de forma mágica—. Pero si eligen quedarse, prometo contarles una historia especial y llena de esperanza —Hago una pequeña pausa para mirar a mi alrededor con la intención de darles tiempo para levantarse y, en el fondo, deseando que nadie lo haga—. Qué valientes —Vuelvo a bromear—. Pues, sin más dilación, paso a presentarles el prólogo de mi proyecto de fin de carrera.

«La luz de tu mirada»

Me tiemblan las manos mientras observo el título en silencio y entiendo que ha llegado la hora, ya no hay marcha atrás.

Respiro hondo.

«Hay veces en la vida, en las que, un camino que creías erróneo termina llevándote al lugar exacto donde debías estar».

Ciento veinte minutos hablando sobre Anahí sin pronunciar su nombre, apellido, ni ningún dato personal que pudiera revelar su identidad. Todo un logro, la verdad, porque una de las cosas que más me preocupaban era que la implicación personal me hiciera delatarla sin querer en algún momento y seguir saltándome reglas un año y medio después.

He contado nuestra historia desde el segundo en que nuestras miradas conectaron por primera vez en aquel pasillo, hasta la última, cuando nos despedimos en el hospital. He intentado no hacerlo solo

como una historia de amor, sino como un proceso de aprendizaje y crecimiento para dos personas que se encontraron mientras daban tumbos por la vida.

Ha sido bastante sorprendente el silencio y la atención que he recibido por parte de los asistentes, tanto que, incluso he podido mirarles a los ojos mientras hablaba, como si ya no tuviera nada que ocultar y como sí, a medida que me liberaba del miedo, el orgullo se fuera haciendo un hueco en alguna parte. En realidad, hace mucho tiempo que esto dejó de basarse en aprobar o suspender un proyecto. Desde que conocí a Anahí todo pasó a ser ella. Mis pasos estuvieron encaminados, desde el principio, a intentar lograr una mejoría en su estado físico, mental y emocional, y, sin darme cuenta, la mejoría llegó también a muchos aspectos de mi vida. Dicen que es así como los hechos extraordinarios suceden. Sin que los veas venir. Y, ella, siempre será mi mayor hecho extraordinario.

—Sé que esta no es la presentación que esperaban y que mi proyecto está bastante lejos de cumplir las expectativas profesionales que se me impusieron. También sé que me salté muchas normas, empezando por la más importante: involucrar mis sentimientos personales. Y sé que eso puede acarrear la consecuencia de que no me consideren apta para desempeñar este trabajo. Pero mentiría si les dijese que no lo repetiría, porque si tuviera la oportunidad de ir hacia atrás y cambiar algo de lo ocurrido, me gustaría haber dejado huellas en el camino para no modificar mis pisadas ni un centímetro. Les respeto mucho —digo con convicción—. A ustedes y sus métodos para desempeñar esta profesión. Me han servido de guía y de inspiración durante cuatro años y han plantado una semilla de aprendizaje que intento cultivar todos los días; pero existen momentos en la vida, en los que te encuentras con personas a las que intentas salvar y, sin darte cuenta, son ellas las que terminan salvándote a ti. —Hago una pausa para tomar aire y suspiro antes de continuar—. Yo no creo haber descubierto una nueva forma de tratamiento contra la depresión, el suicidio juvenil o los trastornos de la conducta alimentaria, lo único que hice fue darle cariño a alguien que pedía en silencio una mirada comprensiva, una caricia sincera o un abrazo lleno de calor. Una chica que gritaba, con las cuerdas vocales atascadas, que alguien la escuchara, que la quisieran. Tenía tanto amor acumulado dentro de ella que, por no poder sacarlo, se sumergió en un vacío donde intentaba convencerse a sí misma de que no le

hacía falta. Solemos empeñarnos demasiado en hacer entender a nuestros pacientes que no necesitan amor para vivir y entiendo que no lo necesitamos para subsistir, porque teniendo comida, agua, oxígeno y sueño, es más que suficiente para que nos paseemos por la vida. Pero es que yo no creo que estemos aquí para pasearnos. Creo que estamos para correrla y recorrerla, para detenernos a admirarla, enviar terremotos a China y convivir con dragones que a veces se cabrean bastante. Estamos para mirarlos a los ojos, a esos dragones, y decirles que, por mucho que se enfaden, estamos en esto juntos. Somos un equipo. Eso son las emociones, y el amor es tan necesario como el respirar, porque si no ponemos amor en las cosas que hacemos, las metas que alcanzamos o las personas a las que miramos, si no hay amor en el espejo, ganan las guerras, gana la corrupción, gana el desinterés y perdemos a este lado de la batalla. Porque ¡joder!, reírse hasta que duele el estómago debería ser la comida más importante del día, y no el desayuno; llorar sin miedo a que nos juzguen podría ser la cena, ligera y necesaria. La salud mental tendría que ser igual de importante que la física y un aspecto que habría que atender, por lo menos, cinco veces al día, junto a dos litros de agua, una hora de ejercicio y ocho de sueño. Puede que nuestra historia no haya tenido el final más romántico del mundo y que, en este cuento donde no existen príncipes azules ni brujas, sino dragones y princesas, las cosas hayan sido mucho más difíciles de lo que nos hubiera gustado. No sé qué ha sido de su vida, en qué punto está ni cómo va su recuperación. No sé qué siente por las noches, antes de irse a dormir, ni por las mañanas, al despertar. Ni siquiera sé si se acuerda de mí o si volveré a verla algún día; pero sí sé que, estar lejos de alguien, no significa dejar de estar a su lado. Me despierto todos los días pidiendo que se encuentre un poco mejor que el anterior, que el mundo esté escuchando su risa y que siga luchando por su vida como decidió hacer la tarde que nos separamos. Porque, amar, es mucho más que estar enamorada; es casi una forma de vivir y de afrontar la existencia, es entregarse a lo que venga con muchas ganas y mucha fuerza. Ganándole la partida al miedo. Yo no hice ninguna investigación extraordinaria ni encontré cura a una enfermedad mental, lo único que intenté fue buscar una diminuta luz en la mirada de una chica maravillosa. Y, contra todo pronóstico, mientras la buscaba, fue ella quien llenó de luz mi vida. Nunca ha sido un juguete roto. Solo era una mujer con el corazón tan lastimado y vacío que ya

no recordaba cómo utilizarlo. Pero, hace algún tiempo, una persona me dijo que, cualquier corazón, por muy dañado, vacío u oscuro que esté, se cura con amor.

Un silencio ensordecedor se adueña de la sala cuando finalizo mi discurso y puedo ver, al otro lado de los focos, a un par de dragones limpiándose las lágrimas porque lo hemos hecho. Al fin lo hemos hecho. El corazón nos late distinto y el peso es más ligero.

La sucesión de aplausos que se desencadena de repente me sorprende y busco la mirada de Marta, que se debate entre seguir sosteniendo la foto de White, empezar a aplaudir también o limpiarse el par de lágrimas que intentan escapar de sus ojos vidriosos. Justo detrás de ella distingo a Cristina, aplaudiendo y asintiendo con una sonrisa, pero es que, a su lado está doña Rosa, a la que no esperaba, lanzándome un beso cuando nuestras miradas conectan y dejando que un número incontable de gotas saladas caigan por sus mejillas sin intención de ser retenidas.

Es una abuela orgullosa.

Ojalá tú también lo estés, abuela.

—Vamos a empezar con la ronda de preguntas para la alumna —comunica el moderador deteniendo el jaleo después de unos minutos.

El público vuelve a tomar asiento y una de mis profesoras levanta la mano para pedir la palabra.

—*¿Qué has aprendido sobre psicología durante tus prácticas, Dulce?*

—Todos los profesionales de La Cascada me han aportado diferentes cosas y su directora, la doctora Marta Andoni, me ha enseñado a entender la psicología como una forma de vida. No se puede tratar desde una perspectiva técnica, biológica o química, no podemos ver a los seres humanos como partes separadas, porque somos un conjunto conectado por una cantidad infinita de vínculos. Ella me ha hecho ver, desde el primer día, que los libros están ahí para servirnos de apoyo y de guía, pero que, trabajar con personas implica adaptarse, esforzarse por conocerlas y buscar el punto de desequilibrio para poder ofrecerles las herramientas que necesitan.

Busco su mirada al terminar de responder y su sonrisa cómplice y orgullosa me hace un poco de cosquillas en el corazón.

—*Y a ti, como persona, ¿qué te ha aportado la psicología?* —interroga una voz masculina.

—La psicología forma parte de mi vida, aunque me haya costado un poco darme cuenta. He aprendido a conocerme y a conectar con el

mundo absorbiendo todo lo que han querido enseñarme. He aprendido que la vida es la mejor universidad y que las personas nacemos siendo un poco psicólogas, porque todas queremos comprender y comprendernos.

—*¿Por qué crees que deberíamos aprobar tu proyecto?*

—Porque si deciden apostar por mí y creen que he contribuido, aunque sea en lo más mínimo, para ayudar a una persona, entonces es que cuatro años de estudio han dado sus frutos. Y porque hoy, lejos de lo que pensaba hace algunos meses, estoy segura de que quiero dedicarme a esto.

—*Ah, ¿sí? ¿Cómo enfocarías tu camino dentro de la psicología si decidiéramos que has demostrado ser apta para ejercer?*

—Sé que no he nacido para sentarme en una consulta y, quizás por eso llegué a olvidar el motivo que me hizo elegir esta carrera. Olvidé que yo siempre había soñado con cambiar el mundo. En el último año he tenido que aprender a vivir con unos recuerdos que me mantenían en el pasado y, mientras luchaba contra ellos, me di cuenta de que era inútil, porque el pasado es parte fundamental de nuestro presente. No importa cuánto huyamos de él, siempre nos va a estar pisando los talones. La memoria nos convierte en lo que somos, nuestros recuerdos nos permiten construirnos y reconstruirnos día tras día. Y yo quiero luchar para que ninguna persona en el mundo pierda la esencia de quién es. Me gustaría dedicarme a la investigación, porque quiero hallar, desde el punto de vista psicológico, una forma de prevenir el alzhéimer.

Miro a Rosa con muchos nervios en la boca del estómago y ella se lleva ambas manos a la cara, entre sorprendida y emocionada, le sonrío y hago un movimiento afirmativo con la cabeza para confirmarle que esta decisión tiene mucho que ver con haberla conocido.

He dejado de aceptar las cosas con apatía y he decidido tomar las riendas de mi vida, porque el camino para llegar aquí no ha sido el más fácil, pero ha sido el mío, el que yo elegí. Y no hay sensación de realización más grande que esa.

Es la primera vez que veo orgullo en los ojos de mi madre. Mientras exponía y también cuando se acercaron para felicitarme, ambos tenían

esa expresión. Daniel me estrujó entre sus brazos con demasiada fuerza y, también por primera vez, supe lo que significa poder compartir algo tan importante con mi familia. Todavía no he aprendido a expresarlo, porque son muchos años de practicar justo lo contrario, pero sé que vamos por buen camino.

Y ahora estoy en la segunda planta de una casa alquilada para celebrar graduaciones, compartiendo fiesta con gente que ni siquiera conozco e intentando escaquearme de socializar mientras me apoyo en la barandilla de la terraza a observar los árboles iluminados por una Luna menguante.

Qué rara se ha vuelto la vida de repente y qué ligera se siente la espalda ahora.

—Ya eres, oficialmente, toda una doctora.

Me giro en busca de la voz a mi espalda y Marta me sonríe como siempre, o más que nunca, porque cada vez que el brazo de mi hermano rodea su cintura, el brillo en los ojos de ambos es bastante evidente.

—Todavía no —corrijo respondiendo a la sonrisa—. Ahora hay que esperar el veredicto de los jueces.

—Lo eres —interviene Daniel antes de besar mi frente con mucho cariño—. Eres la mejor psicóloga del mundo y estoy orgulloso de ti.

—Gracias por la parte que me toca —añade Marta.

—Tú eres la mejor novia del mundo. Como psicóloga no te conozco. Además, es mi hermana, no puedo ser más objetivo.

—Gracias por la parte que me toca ahora a mí —apunto riendo.

—Quiero decir que, para mí, siempre vas a ser la mejor en todo —se defiende frunciendo el ceño—. No me lo compliquen más, que me va a explotar el cerebro.

—Te encanta —le susurra mi amiga—. Te encantamos.

—Por diferentes motivos —Gracias a Dios. Mi hermano se acerca a los labios de mi amiga y le da un beso que casi me corta la digestión —. Voy a ver si nuestros progenitores siguen por aquí. Nos vemos enseguida. —Empieza a caminar para alejarse, pero cuando está a unos metros, parece que se le ha olvidado algo y grita—: ¡Perdónala de una vez!

—¿Eso para quién va? —le pregunto frunciendo el ceño.

—Para ambas —aclara dándose la vuelta y caminando de espaldas con una sonrisa que desaparecerá como se caiga de culo—. Cuando se pelean, el planeta Tierra se sale de órbita y cualquiera las soporta.

—No estamos peleadas —murmuro viéndolo marchar de forma definitiva. Y no soy la única que se queda mirando a mi hermano, porque la que tengo enfrente necesita un babero talla XL por lo menos —. Menuda cara de tonta.

Ella se da la vuelta y conecta nuestros ojos lanzándome una expresión fulminante y graciosa a partes iguales.

—Tiene razón en que, al menos a una de nosotras, cuesta soportarla.

—Dolorosamente guapa y dolorosamente sincera.

Le sonrío como ofrenda de paz y ella me responde de la misma manera. Los planetas se alinean de nuevo cuando ya no estamos tensas ni lanzamos reproches a diestro y siniestro, desde luego. Se acerca para apoyar su espalda en la barandilla y deja escapar un suspiro pesado mientras yo vuelvo a mi antigua posición para contemplar el frondoso bosque que hay en la parte trasera de la casa.

—Tu hermano tiene razón. Lo eres, Dulce.

—¿Insoportable? Al final la Tierra se va a salir de su órbita otra vez.

—Psicóloga —aclara mirándome—. Una buena psicóloga. Más allá de lo que ellos crean y de lo que tú creas, tienes vocación para ayudar a las personas y eso te convierte en más psicóloga que muchos de los profesionales que hay por el mundo. Quiero felicitarte, y esta vez no te hablo como amiga, sino como experta en el campo —Intenta chulear alzando las cejas y le sonrío otra vez, porque es muy idiota—. Conseguir modificar algo, por pequeño que sea, en la conducta de un ser humano es una tarea mucho más difícil de lo que la gente suele creer. Lograr sembrar un mínimo de ilusión en una persona con las emociones tan dañadas, es un trabajo de años, de terapias y de charlas con las que, quizás, nunca se llegue a conseguir nada. Tú lo hiciste en unos meses o en unos minutos, no lo sé. Has sido esa chispa que la obligó a frenar en su huida sin sentido. Y sé que has estado sufriendo, Dul. Ha pasado más de un año y todavía hablas de ella como si fuera…

—Lo más alucinante que me ha pasado —termino la frase por ella y la miro fijamente—. Siempre lo será, Marta. ¿Ya no estás enfadada conmigo?

—Nunca lo he estado. Me da impotencia cuando te cierras en esa actitud de no querer escuchar a nadie. Sé que sufres, que llevas tiempo sufriendo y que, a pesar de lo bonitas que hayan sido tus palabras y de

que lo bueno te compense, lo has pasado muy mal. No soporto que me apartes. Me desespera.

—Marta… —le digo volviendo a suspirar—. No pretendo apartarte. Eres mi mentora, mi mejor amiga y casi como una hermana para mí, pero ya sabes que soy así y que, si me pierdo, cosa que ocurre con bastante frecuencia, necesito encontrarme sola.

—Todas las personas nos perdemos, hacemos gilipolleces y cometemos errores, pero mi misión como mejor amiga es intentar evitar que los cometas.

—No lo iba a hacer —aclaro después de unos segundos, dejando caer mis hombros—. No tenía intención de irme con Cris la otra noche. Solo estaba intentando disfrutar de un rato agradable sin pensar en otra cosa. Nunca se me pasaría por la cabeza utilizarla de esa manera cuando sé que no estoy preparada. Y, sí, no te voy a negar que me encantaría saber que, algún día, una mujer me va a hacer sentir lo que me ha hecho sentir Anahí, porque me da pánico que pueda no ser así. A lo mejor hasta en eso estoy equivocada, a lo mejor no debería, ni siquiera, aspirar a sentir lo mismo por segunda vez, porque es matemáticamente imposible. Pero Cris es una mujer fascinante y querer conocerla no es un delito.

—La echo de menos.

—¿A quién? —pregunto un poco confusa, porque como me diga que echa de menos a Anahí, a lo mejor me pongo a llorar aquí mismo, porque solo me falta eso para encender la puñetera chispa que arrase con este bosque. Que tengo a los dragones en sequía y no sé cuánto van a aguantar, Marta.

—La cara de idiota con la que aparecías cada mañana en mi despacho —responde, sin embargo—. El brillo en tus ojos al mirarla o al hablar de ella. Cuando Anahí pasaba por delante de ti era como si tu mundo se tambaleara de tal forma que debías agarrarte a cualquier cosa para sostenerte en pie. Daba un poco de envidia, ¿sabes? Pero era bonito verlo, porque, a pesar de lo acojonada que me tenías, te veía viva. Te veía subida en una montaña rusa de emociones que terminaban en calma. No he visto a nadie mirar a otra persona como tú mirabas a Anahí —confiesa lanzándome una expresión de cierta curiosidad—. ¿Por qué ella? ¿Qué te hizo enamorarte de esa forma tan demoledora?

Desvío la vista hacia el bosque y vuelvo a suspirar. Creo que hoy no es el día más adecuado para intentar mantener la herida cerrada,

creo que la hemorragia ya es imparable y que un par de litros menos de sangre no supondrán nada. Así que, ¿por qué no?

—¿Alguna vez has sentido una conexión tan fuerte con alguien que te basta mirarla para saber que es ahí y no puede ser en otra parte? —Vuelvo a enfrentar sus ojos y ella se mantiene expectante—. Mi hermano y tú son las dos últimas personas que esperaba ver enamoradas en un futuro cercano y, mira, ahí están, babeando el uno por el otro y sin querer otra cosa; así que, algo me dice que sabes un poco de lo que te hablo. Lo que siento por Anahí no surgió de la nada, y no sabría decirte si fue en el primer segundo o en el tercero. No sé en cuál de todas nuestras miradas empecé a sentir diferente, solo sé que, cada tarde junto a ella me sentía más cerca, más unida. Como si habláramos un idioma que nadie más entendería, como si el simple ejercicio de estar una frente a otra, nos estuviera conectando de una forma sutil y silenciosa. Tanto que, cuando quise darme cuenta, ya estaba hecho.

Marta guarda unos segundos de silencio y mira al cielo un momento, como si estuviera intentando relacionar mi discurso con otra cosa.

—¿Has escuchado hablar de la conexión cuántica? —cuestiona arrancándome una negativa silenciosa—. Se da cuando dos partículas que en algún momento estuvieron unidas quedan, de algún modo, relacionadas para siempre. No importa la distancia entre ambas, aunque se encuentren en extremos opuestos del universo, la conexión entre ellas es para siempre.

—La media naranja de la ciencia —resuelvo bromeando y exhalo con pesadez. Demasiado aire me está sobrando hoy—. Nunca lo había oído, pero hay algo en lo que acierta; aunque estemos en extremos opuestos del universo, siempre me sentiré unida a ella. Lo que vivimos, lo que sentí, no lo podré olvidar jamás.

—¿Todavía la quieres? —Me quedo mirándola en silencio, porque es evidente que la quiero, pero Marta no se refiere a guardarle cariño o tener un buen recuerdo de ella; se refiere a los *escala diez* en China y las batucadas brasileñas, se refiere a sentirse segura haciendo *slackline* entre volcanes y a acariciar dragones de madrugada. Marta quiere saber si todavía debo agarrarme fuerte a algo cuando pienso en ella o si se me para el corazón cuando estamos en el parque y alguien lleva su perfume. Me pregunta si estoy dispuesta a probar un Cosecha del 89 sin tener que aguantarme las ganas de llorar o si voy a seguir

escudriñando las etiquetas de los vinos en cada cena para asegurarme de que no es un Valente; porque ella no vio mi error del viernes pasado, pero sí ha visto todos mis aciertos anteriores—. ¿Estás enamorada de Anahí?

—¿Cómo puedo saberlo, si hace más de un año que no la veo? ¿Cómo puedo decidir si es amor o nostalgia? He querido salir con otra chica, quiero conocer a otra mujer. Supongo que es un paso —acepto encogiéndome de hombros—. Supongo que eso me sitúa un poco más cerca de… avanzar.

—O significa que tienes miedo —sugiere lanzando al vacío mis teorías—. Miedo de aceptar que sigues enamorada de una persona que ya no está. Que su marcha te dejó devastada, aunque no lo digas en voz alta. Que vives en un conflicto constante, porque una parte de ti desearía que estuviera aquí y, la otra, sabe que está en el mejor lugar que puede estar. Porque sientes que, si la extrañas, eres egoísta, y porque lo único que te mantiene firme es saber que está luchando. El día en el que te despiertes y Anahí no sea lo primero que venga a tu cabeza, el día en el que te vayas a dormir y no pienses en ella al cerrar los ojos, cuando dejes de quedarte ausente en medio de una conversación porque algo te ha recordado a ella y se te encoge el pecho; ese día, Dulce, sabrás que ya no estás enamorada —concluye —. Y si, aun así, no te parece suficiente, si crees que necesitas una prueba más, espera unos segundos y verás.

—Buenas noches.

Escala veinte en China.

Porque Richter y Gutenberg fueron unos ilusos al quedarse en el *6,9*, porque cuando crearon su tabla de magnitudes no me conocían a mí ni sabían que los efectos de un vuelco al corazón en Occidente podrían crear un temblor apocalíptico y devastador en Oriente. Adiós a la jodida muralla, a los guerreros de terracota y al templo del cielo. Un cataclismo para el planeta y un triunfo para la pobre chica que tiene que agarrarse fuerte a una barandilla antes de darse la vuelta, porque a lo mejor veinte ha sido demasiado y se empieza a sentir un pelín a este lado de la Tierra.

Unos ojos azules me miran desde una distancia prudencial y, si el sonido de su voz tuvo tal efecto en Oriente, dentro de mi corazón se están juntando los carnavales de Río, los de Cali, los de Venecia y los de Canarias; así, todos juntos y sin ningún orden.

Es ella.

Es Anahí.

Joder, es ella.

—Esa —susurra Marta junto a mi oído—, es la cara de idiota. Nunca te conformes con menos. Y cuidado con esa barandilla.

Acerca sus labios a mi mejilla para darme un beso muy rápido y empieza a caminar en sentido contrario sin recibir siquiera una mirada por mi parte. Al llegar a la altura de Anahí, mi amiga coloca la mano sobre su hombro y ejerce una presión muy leve, de esas que dan ánimo y reconfortan. A continuación, se miran y se dedican una sonrisa que lleva implícita una complicidad que a mí se me escapa. Marta acaricia su rostro justo antes de marcharse y de que los ojos azules recaigan sobre mí una vez más.

Aumento mi agarre, porque hace mucho que no piloto dragones y da un poco de vértigo, la verdad.

Está aquí.

29

Por favor, que no sea un sueño.

Por favor, que no sea un sueño.

Estrujar la barandilla a mi espalda es lo único que me queda para no olvidar que sigo despierta, que en estos minutos de silencio en los que ella ha estado mirándome con paciencia, yo no he respirado, pero estoy viva. Más viva que nunca. Porque haberme dormido de pie mientras miro árboles no es una opción muy saludable que digamos, el golpe ya me habría avisado. Han sido tantas noches soñando con sus facciones, con sus gestos, con esa media sonrisa que reduce mi estabilidad, con el tono de su voz y con ese jodido calipso que no había vuelto a ser tan azul y tan bonito, que a mi cerebro le está costando bastante mandarme otra orden que no sea «Agárrate fuerte, Dulce, que se avecinan turbulencias y tu dragón está desentrenado».

En vista de que no estoy por la labor de decir algo en un futuro cercano, ella empieza a caminar con mucha seguridad y mis pulsaciones aumentan con cada paso que nos acerca. He deseado tantas veces y tan en silencio este momento que el dolor se había vuelto físico e insoportable. Y por mucho que, dentro, las cosas duelan el doble, sacarlo era un gasto de energía innecesario, porque ella no iba a volver y a mí me seguiría doliendo. Y ahora está aquí, contemplando con interés un bosque que ya no tiene nada de interesante y esperando que la chica que tiene al lado haga algo más que mirarla.

Qué guapa está, por Dios.

Su pelo se ha vuelto un par de tonos más oscuro, pero esa combinación con reflejos solares y las ondas que caen por su espalda le dan un aspecto mucho más natural. Ya no hay rastro de esos recogidos despreocupados o la apariencia débil y apagada que solía mostrar. Ahora brilla muchísimo y parece fuerte. Al igual que su piel, nada escamada y más bronceada, como si nos hubiera estado tomando el pelo y en realidad llevara un año tostándose al sol caribeño. El hueso de sus pómulos ha desaparecido y también sus pronunciadas ojeras. Tiene los ojos maquillados y aunque la posición no me lo facilita, estaría muy ciega si no viera cómo se refleja el brillo de la Luna sobre ellos. ¿Quién necesita piedras para meditar cuando están los ojos de Anahí? Un adelanto por la derecha al cuarzo rosa y al coral.

Ella continúa analizando el bosque sin tener ni idea de que yo la estoy analizando a ella y de que, cada descubrimiento nuevo, me hace un poco más de cosquillas por dentro. Lleva un mono negro muy elegante que deja sus brazos y abdomen a la vista; los primeros marcan músculo levemente y se alejan años luz de esos brazos casi rompibles que sostuve el primer día, y el segundo ha ganado la batalla contra las costillas y se pasea por la vida con orgullo. Y eso es lo que más me sorprende de todo, que yo vi el cuerpo de Anahí por primera vez cuando hicimos el amor y que, para el mundo, esta perspectiva se escondía bajo prendas holgadas y mucho miedo.

—Todavía no te escucho respirar.

Levanto la vista por puro instinto de supervivencia y la encuentro sonriéndome de medio lado. Esta seguridad es nueva y no sé si encaja demasiado bien con mis temblores internos, con mis dudas infinitas y con todas esas preguntas que me gustaría poder verbalizar.

—Dulce, en serio, respira —me pide con tono preocupado.

—Estoy respirando.

Aleluya, chica.

El brillo de sus ojos aumenta con esas dos simples palabras y a mí se me instala un nudo automático en la garganta. Si te rompes, me rompo, Anahí, y no deberías hacerme esta putada, porque estoy aguantando muy bien el tipo. Aunque cada vez estés más borrosa y sea, estadísticamente imposible, que mis dioptrías se multipliquen en un lapso tan corto.

—Lo sé. Tienes el pecho agitado —responde desviando la vista de nuevo hacia el bosque—. Echaba de menos tu voz.

Vuelvo a guardar silencio, pero no por voluntad propia, sino porque el desorden de palabras es tal, que, como se me ocurra abrir la boca, va a parecer que tengo dislexia.

Y yo te de menos echaba a ti.

—Enhorabuena —dice conectando nuestras miradas—. Ya eres, de manera oficial, psicóloga.

—Todavía no.

—Veo que no has cambiado —apunta con una sonrisa.

Yo también le sonrío, y aunque creo que es la primera vez que puedo gesticular desde que la vi aparecer, es una sonrisa que esconde un «me temo que estás equivocada, porque este último año me ha cambiado tanto, que la Dulce con la que hablas vive en una batalla diaria con la Dulce que conocías, y no es nada divertido que los espejos se pongan en huelga y te muestren un reflejo distorsionado cada mañana». Pero si algo no ha cambiado aquí es que el mundo sigue deteniéndose cuando nos miramos.

—¿Cómo es posible que estemos en tu fiesta y nos hayas tenido media hora buscándote? —interrumpe la voz de Claudia, que me obliga a romper el contacto visual con Anahí para buscar sus ojos castaños—. Debería darte vergüenza.

Mi amiga está mucho más cerca de lo que esperaba y me mira cabreada, cruzando los brazos como si eso fuera a afianzar su expresión. Cris está a su lado, pero es bastante menos dramática y solo me sonríe.

—Necesitaba tomar aire.

—Llevas tres horas tomando aire y la fiesta empezó hace tres horas y quince minutos —espeta alzando una ceja.

—Necesitaba tomar mucho aire. ¿Vas a empezar a regañarme como si fuera una cría?

—Ya quisieras ser una cría. Al menos nos divertiríamos un poco, pero tú te has saltado unas cuantas décadas de golpe para convertirte en una abuela, amiga. Una abuela amargada que no disfruta de su propia fiesta de graduación porque está aquí… —Hace una pausa al percatarse, por fin, de la presencia de Anahí, y le da un repaso de arriba abajo que me hace removerme en el sitio—. Bien acompañada.

Hetero de pacotilla.

—Claudia, Cris —comienzo tras un suspiro—, les presento a Anahí. Anahí, estas son mis amigas, aunque a veces me gustaría retirarle el título a una de ellas.

Ella les ofrece una sonrisa a ambas y yo me pongo un poco más nerviosa ante la expresión atónita de Cristina, porque la de Claudia es de ignorar mi comentario y analizarla como si la estuviera pasando por el detector de metales para comprobar que no lleva armas.

—Encantada de conocerte, Anahí. Dulce me ha hablado mucho de ti —interviene la psicóloga.

—Ah, ¿sí? —pregunta ella conectando nuestras miradas con cierta curiosidad y algo más.

—Pues a mí no —interrumpe Claudia—. Pero no me sorprende, porque como a mí nadie me cuenta nada. ¿Desde cuándo se han vuelto ustedes un equipo si Dulce no sale de su lago ni con agua caliente? —le pregunta a Cris—. Voy a empezar a creer que lo del otro día no fue un hecho aislado y que se están viendo a mis espaldas. Encantada de conocerte, Anahí, te sugiero que te unas al equipo bueno, el mío, porque estas dos te pueden dejar tirada cualquier noche para irse a cenar solas. Como si en algún momento les hubiera dado permiso para que tengan una cita —dice llevándose la mano al pecho con tono dramático y a mí se me tensan los músculos y me empieza a temblar el labio inferior—. Pero lo peor no es eso, no. Lo peor es que luego quedamos y, entre que la tensión se puede cortar con un cuchillo y que nadie bebe, menuda noche de mierda me dieron las tres —resopla y yo le lanzo rayos láser con los ojos, aunque debo tener el sistema averiado, porque la tía sigue—. Y luego quieren que me cambie de acera. Sueñen despiertas, que los *bollodramas* ya me estresan desde el palco, imagínate en medio del campo. Qué va, qué va. Porque, para colmo, al final Marta y Dulce se van sin avisar y nos abandonan en un bar a las tres de la madrugada. ¡Después de haberme aguado la fiesta! ¿Y a ti qué te pasa? —pregunta dándome un golpe en el hombro—. ¿Cómo voy a enterarme de que te has enamorado de una paciente durante la presentación de tu proyecto? ¿Te parece que eso lo hacen las buenas amigas? O sea, es verdad que Marta dijo algo aquella noche, pero yo estaba demasiado bebida como para indagar más y creía que ella también. ¿Iba en serio? Joder, Dulce, ¿por qué no me lo cuentas? ¿Eres idiota? A mí, que soy tu familia. Si no llega a ser por mí jamás habrías conocido al amor de tu vida. Somos… —Se lleva una mano al mentón mientras yo suplico en silencio que me trague la Tierra y el universo parece estar un poco más de su parte que de la mía, porque la Tierra no me traga y aunque no encuentre la palabra, ella improvisa—. Si yo soy la dueña de la madre de White, ¿qué se

supone que somos tú y yo? Bueno, ya se me ocurrirá algún nombre para nuestro parentesco —resuelve, como si fuera el hecho más relevante de su discurso—. El caso es que eres idiota. Y yo necesito una copa.

—Lo que necesitas es ahogarte en alcohol. Y no es una metáfora —protesto—. ¿Qué te pasa? —Le lanzo a Cris una mirada de auxilio y ella, que observaba a nuestra amiga igual de atónita, intenta esconder una sonrisa—. Por favor, cállala.

—Me pasa que la próxima semana empiezo mis prácticas y estoy de los nervios. ¿Lo puedes entender? ¿Cómo estabas tú? ¿Recuerdas el primer día? —Miro a Anahí de reojo y también está observando a Claudia muy atenta y con una expresión que no reconozco—. Claro, lo tienes que recordar porque fue cuando conociste a esa chica. ¿Me pasará lo mismo? ¿Conoceré al amor de mi vida en unos días? ¡Oh, Dios! ¡Qué emocionante! —exclama—. Por cierto, ¿de verdad no has sabido nada de ella? Ahora entiendo por qué llevas un año vagando por el mundo como alma en pena, depresiva y aislada de la sociedad. Muy mal, Dul, muy mal. Porque si esa chica vuelve tiene que verte feliz y bella para que se caiga de culo. Aunque sigues estando igual de buena, pero no le vendría mal un poco de alegría a esa cara tan guapa. ¿Cuánto hace que no tienes sexo? Oh, por favor, no me digan que ustedes…

Empieza a señalarnos a Cristina y a mí con una mezcla de pánico y asco en la cara. ¿De verdad que no es un buen momento para que un volcán erupcione a nuestros pies?

—Dios, necesito una copa —murmuro ahogando una risa tan nerviosa como incrédula.

—¿Ahora bebes? —Vuelve a la carga con expresión confusa—. ¿Ahora te vas a dignar a beber algo más que cerveza? Porque…

—¡Quítale la batería! —exclamo mirando a Cristina, que se divierte demasiado siendo espectadora de mi hundimiento y yo creo que no volveré a ver Titanic en la vida, porque eso de disfrutar con los naufragios ajenos debería estar penado por ley—. ¿Qué tenía tu cena?

—No eres graciosa, ermitaña. No eres graciosa. Mejor me voy a buscar otra copa, que la noche es larga. Anahí, encantada de conocerte, por segunda vez. Y hazme caso, no te unas al lado oscuro. Sé mi amiga.

—Eso ha sonado muy desesperado —Se burla Cristina.

—Ante situaciones desesperadas, medidas desesperadas.

Claudia se encoge de hombros y se marcha como si tal cosa, como si no hubiera levantado la alfombra de mi vida dejando los escombros a la intemperie. Las tres nos quedamos mirándola un poco atónitas mientras se acerca a una mesa de bebidas y empieza a hablarle al chico que las sirve con su cara de cazar.

Menuda energía.

—No dejes que conduzca así —murmuro.

—Sabes que no está borracha —confirma Cris—. Y también sabes que lo espontánea e imprudente es parte de su encanto.

—No lo digo por eso, sino porque tiene demasiada energía acumulada y a lo mejor terminas en su casa.

—Muy hetero para mi gusto —bromea y me lanza una sonrisa tierna que viene a decir algo así como *«lo siento por ti, Dul, pero este iceberg ha sido fulminante y te va a costar salir a flote. Ánimo»*—. Voy a encargarme de salvar a la siguiente presa. Nos vemos luego.

Después de dedicarnos una última sonrisa a ambas, Cris también se marcha y el silencio se instala entre nosotras mientras la observamos alejarse. La noche de graduación más surrealista de la historia.

—Menuda capacidad de síntesis —comenta Anahí—. Un año resumido en treinta segundos. Y sin darse cuenta.

Busco su mirada con algo de inseguridad y puede que, incluso, pánico, porque tenía la esperanza de que se hubiera quedado sorda de manera momentánea, pero resulta que no, que ni la Tierra se traga a la gente ni las personas pueden dejar de escuchar cuando tienes una amiga bocazas; así que, ahora yo no sé si tengo que explicar alguna parte o intentar irme por la tangente, porque ella me mira tan directa que la barandilla vuelve a ser mi punto de anclaje.

—¿Cómo está White? —pregunta sin más después de unos segundos.

—Cada día un poco más guapo e inteligente.

—Y a ti se te sigue cayendo la baba —Sonríe.

—Soy una madre orgullosa. No me escondo. —Nos miramos fijamente sin decir nada más, como si no hubiéramos olvidado nuestro lenguaje secreto a pesar de llevar más de un año sin practicarlo y como si pudieran pasar veinte y la soltura fuera a ser la misma. Eso me da un poco de valentía para dejar a un lado el miedo a la dislexia —. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Ella se toma un momento para pensar. Supongo que no es una

respuesta fácil, porque esto no es un *«¿Cómo estás?»* de cortesía. Es un *«¿Cómo estás?»* que esconde varios *«Te he echado mucho de menos»* y miles de preguntas que necesitan respuesta.

—¡Por favor, por favor, por favor! —aparece la voz suplicante de mi hermano. Y le quiero mucho, pero ahora le odio un poco—. Necesito tu ayuda.

Saca de su bolsillo una caja pequeña para abrirla mientras mira a todos lados como si fuera una granada y se detiene en mí con pánico en los ojos. Nunca lo había visto así. Al bajar la vista descubro un anillo muy brillante que me deja atónita. La fiesta de graduación más surrealista de la historia, segunda parte.

—¿Le gustará?

—¡No! —exclamo sorprendida.

—¿No? —pregunta mirándome aterrorizado—. ¿Por qué no?

—Quiero decir que… ¿Lo vas a hacer? ¿Se lo vas a pedir?

—Joder, esto es un puñetero laberinto —comenta Marta apareciendo por detrás. Mi hermano es de mente ágil, así que guarda la caja en cuanto escucha la voz de su novia y ella ni se entera de que aquí estaba a punto de desencadenarse el apocalipsis—. Eres un exagerado. La cola del baño no era tan larga. ¿Y qué estás haciendo aquí? Te dije que me esperaras.

Aunque ella le lanza una mirada de advertencia, él ni se inmuta. Creo que todavía no ha superado los segundos anteriores y es inmune a amenazas.

—¿No puedo hablar con mi hermana?

—En este momento no deberías.

Daniel se gira hacia nosotras y parece que, por primera vez, se da cuenta de que estoy acompañada.

—Oh, lo siento mucho. Soy Daniel, el hermano de Dulce —se disculpa extendiendo su mano hacia Anahí y, a continuación, me mira a mí—¿Desde cuándo tienes tan buen gusto?

Yo ya no sé dónde meterme y a ella parece haberle causado gracia el comentario, porque su leve risa nos distrae a ambos.

—Encantada de conocerte, Daniel. Soy Anahí.

—Igualmente, An… —Él vuelve a mirarme, pero esta vez con una perplejidad muy clara tatuada en los ojos—. ¿Anahí? ¿Tu Anahí? ¿Tú eres su Anahí? —le pregunta.

Por favor, es que esto no puede ir a peor.

—Cariño —interviene Marta—, tienes la boca abierta y salen

extraños sonidos de ella.

—¿Quieres que la abra para otra cosa?

El tonito y la mirada que le lanza me revuelven el estómago tanto como una clase de *spinning* después de comer.

—Sí que puede ir a peor —murmuro.

—No seas envidiosa —me dice pasando un brazo sobre los hombros de Marta con una mirada triunfante—. Tú ya tienes a la tuya. No se te permiten celos y esta es mi mujer.

—No presumas tanto y deja de mearla, que no es una farola. ¿Sabías que tu mujer quiso llevarme a la cama mucho antes que a ti?

El profundo silencio que se crea me hace volver a suplicar en silencio que los dragones me incineren, porque no se puede ser más idiota. Miro a Anahí de reojo y la descubro observando a Marta con una sorpresa poco disimulada. Daniel me mira a mí como si hubiera herido su orgullo de la forma más cruel y los ojos de Marta también me buscan, enarcando las cejas y los hombros.

—¿Eres consciente de que así te perjudicas a ti misma? —cuestiona divertida.

—Tengo el cerebro colapsando —resoplo—. Entre Claudia y él me van a volver loca.

—Eso es porque aún no me conocía a mí —Vuelve al tema el masoquista de mi hermano pequeño.

Alzo una ceja hacia él, lanzándole una mirada de «el autoengaño no es un buen recurso», y al segundo siguiente los tres observamos a Marta en espera de una aclaración.

—Uf, tres catanas son menos peligrosas que esas miradas. Me voy a buscar a las dos que faltan, a ver si hay menos tensión.

Dicho esto, se da media vuelta y se aleja con mucha dignidad, dejándonos perplejos mientras observamos su marcha.

—Y se va sin aclararlo —murmura mi hermano.

—Eso es porque no te iba a gustar la respuesta.

—Cállate —me dice frunciendo el ceño—. Deberías tener un poco más de compasión con tu hermano pequeño. Acabo de enseñarte un anillo —susurra de modo exagerado arrancándome una sonrisa—. ¿Creen que le gustará?

—¿El qué?

—El anillo, Dulce. ¡Céntrate, por Dios!

—Daniel Andrade, ¿de verdad vas a pedirle matrimonio a Marta Andoni? Joder, ¿cómo quieres que me centre? Esto es un

acontecimiento histórico. Vas a abrir todos los informativos del país.

Él se encoge de hombros con una mezcla de inseguridad y nervios.

—Le encantará —interviene Anahí captando nuestra atención—. A mí me encantaría.

La observo con intriga un instante, pero la voz de mi hermano vuelve a intervenir.

—Entonces ya sé que, si me dice que no, puedo intentarlo contigo.

La palma de mi mano ataca su hombro sin que yo misma me lo espere, y de no ser por el hormigueo que siento ahora, perfectamente podría haberlo imaginado. Pero, no, la mirada vengativa del pequeño de los Andrade me confirma que el golpe fue tan automático como real.

—Es una buena idea —vuelve a intervenir ella—. Una vez me dijeron que tendría que casarme contigo si quería conseguir la receta secreta del pescado al horno Andrade. Y todo sea por la receta secreta.

Mis labios dibujan una sonrisa tan automática como el golpe que le acabo de dar a mi hermano, y el corazón me empieza a latir diferente.

—En ese caso me temo que no tengo nada que hacer —apunta él —. La única que conoce ese secreto es Dulce. Así que, vas a tener que casarte con ella. Pierdo por partida doble esta noche.

Ella me mira, pero yo miro hacia abajo para concentrarme en el trabajo tan interesante que está haciendo un grupo de hormigas. Y ella no se cansa de mirarme y yo no dejo de pensar que estas conversaciones están siendo una locura y que esas hormigas son muy listas.

—Aceptará —confirmo levantando la vista hacia mi hermano—. Si Marta Andoni tiene que casarse con alguien en este momento, desde luego que tú eres el indicado.

—¿Estás intentando arreglar lo de antes? Porque empieza a funcionar.

—No —Sonrío—. Eres el mejor chico que se le ha podido cruzar en el camino y ella es la mujer perfecta para ti. Si se dejaran escapar el uno al otro sería un error del que, probablemente, se arrepentirían toda la vida.

Se forman unos segundos de silencio en los que Daniel me mira con una sonrisa algo incrédula, como si estuviera tratando de asimilar que eso acaba de salir de mi boca. Anahí no sé lo que hace, pero todavía soy incapaz de enfrentarla.

—Te quiero —susurra mi hermano.

—Yo también te quiero —Vuelvo a sonreírle—. ¿Lo vas a hacer esta noche?

—No, por supuesto que no. Esta es tu noche y bastante histórico es que me hayas dicho que me quieres —se burla—. Solo quería saber tu opinión antes de hacerlo. En estos días no hemos podido hablar con todo el lío de tu proyecto y lo tensas que estaban las cosas… Bueno, aunque en realidad tampoco es que lleve tiempo barajándolo. Ayer pasé por delante de una joyería y me detuve en el escaparate porque me pareció el anillo más bonito del mundo. Lo primero que pensé fue que me encantaría verlo en su mano durante el resto de mi vida. Así que, decidí comprarlo, porque ese tipo de cosas no pasan con frecuencia en la existencia de un chico como yo. Ya me conoces.

—Es bonito —interviene Anahí—. Ver a una persona y tener la seguridad de que quieres pasar el resto de tu vida con ella. Es bonito. —Esta vez sí que la miro, con bastante curiosidad y bastante mala suerte, porque ahora ella mira a mi hermano y el universo parece que no quiere ponernos de acuerdo—. Así que, hiciste lo correcto.

—Me caes bien, Anahí —le dice con una sonrisa antes de mirarme a mí—. Me gusta esta chica. Y ahora entiendo muchas cosas. —Yo solo asiento con la cabeza y él amplía su sonrisa—. Me voy a buscarla mientras suplico que Claudia no haya terminado con la poca cordura que ya le quedaba de serie a mi novia. Qué intensa está hoy, ¿no?

—Mejor que no te escuche.

—¿Claudia o Marta?

—Por tu integridad física, ninguna de las dos —le digo riendo.

—Pero como tú eres la mejor hermana del mundo y no vas a decir nada —asegura dándome un beso en la frente—, y como tú eres la mejor futura cuñada del mundo y tampoco vas a decir nada, estoy a salvo.

Le da un beso en la mano al estilo siglo XV y a mí me hace rodar los ojos, pero a ella la hace reír.

Cuestión de perspectivas.

—Lárgate.

Él me guiña un ojo antes de volver a mirarla.

—Espero que nos veamos pronto, Anahí. Y, bienvenida.

Después de recibir una sonrisa por su parte, mi hermano se marcha tomando la misma dirección que tomó Marta hace unos minutos. Es un imbécil adorable.

—Parece buen chico. Y es muy simpático. ¿Cuánto llevan siendo pareja?

—Se conocieron cuando mi padre estuvo en el hospital, pero no sé en qué momento empezaron a salir de manera formal. Ha sido algo bastante orgánico, la verdad. Orgánico e inesperado.

—Hacen bonita pareja —comenta sonriendo.

—Son tal para cual. Y encima se adoran. Nunca había visto a dos personas que estuvieran tan predestinadas a no funcionar y que, sin embargo, encajaran de una forma tan asombrosa. Es increíble —aseguro sonriendo al ver como se encuentran en la sala interior—. Y un poco mágico también.

—Yo sí —responde ella captando mi atención—. Ya lo había visto antes.

Joder, menuda noche le estoy dando a China. Adiós al síndrome de abstinencia y a eso de retomar poco a poco. Adiós a los corazones dormidos y *hola* a los vuelcos inesperados, que son los más alucinantes, los que te roban el aliento y te vuelven un poco más idiota.

—Me temo que tengo que irme —informa después de algunos segundos, con una mezcla de tristeza y miedo en el fondo de sus ojos —. Mañana tengo que hacer algo muy temprano y…

—Tranquila —interrumpo—. Lo entiendo. Además, esto ha sido una locura hoy. Ni siquiera nos han dejado hablar.

—Pero lo haremos —asegura muy rápido—. Quiero decir, si tú quieres, en los próximos días…

—Sí —Vuelvo a interrumpirla—. Me parece bien.

—Bueno, pues…

—Que tengas buena noche.

—Gracias —Me ofrece una sonrisa nerviosa—. Tú también. Y, otra vez, enhorabuena.

Asiento intentando responderle a la sonrisa con sinceridad, pero la verdad es que el hecho de verla marchar otra vez es un recuerdo que no estoy preparada para desbloquear, porque las sensaciones son las mismas que hace un año y eso sí que no me lo esperaba.

—Hasta pronto —susurra comenzando a caminar.

Quiero detenerla, quiero que el dragón me empuje hacia ella para abrazarla, porque, ¡joder! Necesito abrazarla y darle las gracias por venir, pedirle que no se vaya y que, sea lo que sea, lo que tiene que hacer por la mañana, no importa; podemos pasarnos la noche entera

hablando, que hoy en día los cafés hacen milagros. Pero mi dragón está igual de petrificado que mi cerebro y un *dos contra uno* esta noche es una batalla perdida.

—Dulce —Se gira para mirarme y se queda en silencio, como si su dragón fuera un poco más avispado, pero algo cobarde a la hora de la verdad. Nos observamos durante varios segundos, el corazón me va tan rápido que yo creo que también quiere marcharse con ella, y ella duda, separa los labios, vuelve a dudar y, finalmente…—. Me alegro de verte

Yo asiento otra vez, sin ser capaz de decir nada. Un *«no te vayas»* me grita muy alto en el oído y un *«déjame ir contigo»* se abre paso entre rugidos y llamas inesperadas, pero un *«se está marchando. Otra vez»* gana la partida y yo me limito a quedarme quieta mientras se aleja. Porque si no estaba preparada para verla de nuevo, mucho menos lo estaba para despedirme.

Y se está marchando. Otra vez.

30

Ha pasado una semana.

Una semana desde la fiesta de graduación más surrealista de la historia y una semana desde que me reencontré con Anahí un año después de su marcha. Hace una semana que mi cuerpo despertó del letargo tan cómodo en el que me había acostumbrado a vivir. Uf, qué a gusto estamos cuando las manos no tiemblan ni las piernas flaquean, cuando la respiración es constante en lugar de parar sin previo aviso y cuando el corazón mantiene un ritmo de sesenta pulsaciones por minuto sin acelerones de *Fórmula 1*. Qué cómodas estamos ahí, pero qué rápido nos volvemos adictas a lo otro; a los vuelcos inesperados, a los cambios en la frecuencia cardiaca, a clavar los dedos en una barandilla y a sentir ese vértigo en la boca del estómago que solo se experimenta cuando intentas pilotar un dragón desbocado. Qué ilusa he sido al pensar que podría sentir algo por otra persona, porque «algo» no es nada comparado con lo que sentí la otra noche y «otra persona» no es ella. Y resulta que mi dragón solo vuela por ella, porque hacer piruetas en el cielo es solo una forma de llamar su atención para que esos ojos azules nos miren y estrellarnos contra un muro; y a yonquis y masoquistas no nos gana nadie, pero es que esa sonrisa tiene un efecto gravitatorio de cojones.

La caja de Pandora abierta de par en par y yo corriendo por la carretera que va de mi casa al pueblo, como todas las mañanas, pero desde hace unos días huyendo de todos los males del mundo, que en realidad es uno solo: he vuelto a la casilla de salida. No sé nada de

ella, no he tenido más noticias, no entiendo qué significó su aparición, si ya ha salido para siempre del centro en el que estaba, dónde se encuentra ahora, qué está haciendo o qué pretende hacer en un futuro cercano. Una semana sufriendo paradas cardiacas cada vez que me sonaba el teléfono y respondiendo de mal humor a quien quiera que fuese, que no era ella. Una semana esperando.

Un año.

White se pierde entre los árboles y vuelve a aparecer a los pocos minutos para revolotear a mi lado y repetir la acción como si me estuviera queriendo decir que sigo siendo muy lenta y que cuatro patas siempre van a poder más que dos.

Sé que es feliz aquí, que la manada por fin ha encontrado su sitio y que ambos disfrutamos por igual de estos momentos de desconexión, de este olor a naturaleza y vida, del sonido que hace el agua del lago al otro lado y de los rayos anaranjados del sol que siempre nos acompañan. La libertad en todo su esplendor y un chute de endorfinas para empezar bien el día.

Los domingos nos gusta llegar hasta la orilla donde el agua se ve de color calipso y quedarnos ahí un rato a jugar. Lo primero que hace él es intentar comerse el agua a bocados y después revolcarse como una croqueta entre las plantas. Yo me siento sobre una roca a disfrutar del paisaje mientras mi compañero inspecciona el terreno en busca de posibles amenazas y no ha habido ni un solo día en el que no haya pensado lo mucho que le gustaría a Anahí estar aquí. No me resistí a volver en ningún momento, pero al principio escuchaba su risa por todas partes, como si aquella mañana se hubiera quedado grabada entre los árboles. El agua es turquesa, pero no ha vuelto a ser tan calipso, y puede que el problema esté en mi forma de mirarla.

De camino a la floristería me gusta comprar algo en la pastelería favorita de mi abuela. Me trae tantos recuerdos el bizcocho de frambuesa que no he vuelto a desayunar de manera automática y sin enterarme. Al contrario, saboreo cada bocado y me transporto a esas mañanas en las que veníamos al pueblo para hacer la compra y Marta me regalaba la porción más grande. Mi abuela decía que todas sus amigas me tenían más consentida que ella misma. Ahora es la hija quien se encarga del negocio y como la mujer le ha prohibido

cobrarme el desayuno porque *«nadie ha disfrutado nunca tanto de ese bizcocho como tú, Dulce»,* yo me aseguro de que siempre tengan flores frescas en el mostrador.

Después está Agustín, que insiste en traerme un café recién hecho de su bar porque *«esa cafetera eléctrica solo hace agua oscura con olor a cloaca»* o a *«caca»* según su nieto de tres años. Un pelín exagerado desde mi punto de vista, pero la excusa perfecta para que le lleve flores a su mujer y vuelva a los diez minutos susurrando desde la puerta *«estás avivando la llama de mi matrimonio, chica».*

Lo mejor de este pueblo, sin lugar a duda, es vivir en él, porque será pequeño y tendrá los comercios justos, pero es que no le hace falta nada más. Su encanto es encontrarte con los niños que empiezan su jornada escolar, con pescadores que salen a ganarse la vida de la misma manera desde hace tantos años y con grupos de adolescentes que se reúnen alrededor de la plaza antes de cenar. Cruzarse con alguien significa recibir una sonrisa de un desconocido y aunque a mí siempre me había gustado la invisibilidad de la ciudad, esto tiene tanta magia y sonreír se ha vuelto tan necesario de un tiempo para acá, que echar de menos cabezas gachas, ojos clavados en teléfonos y miradas perdidas, sería demasiado idiota. Cuando somos pequeños se nos enseña que la madurez tiene que ver con la seriedad y llega un momento en el que nos olvidamos de hacerlo sin necesitar un motivo; pero, por suerte, este pueblo se ha quedado anclado en el tiempo para todos. Creo que ese momento en el que expandes los labios y le dices a una persona que te parece bien que comparta espacio contigo, los problemas se vuelven un poco más pequeños, y eso también es magia.

Lo primero que hago después de ponerme el delantal de jardinera, servirle agua y comida a White, y buscar una lista de reproducción musical que me apetezca, es revisar los pedidos y arreglos de hoy. Intento tenerlos listos cuando el cliente llega y necesito prepararlos con calma, así que las horas iniciales las dedico a eso y, si tengo algún hueco libre, porque desde que creamos los pedidos online el trabajo se ha triplicado, lo invierto en leer un par de artículos de psicología en alguna revista.

Música, flores, plantas y una creatividad desbordante durante varias horas, hasta que los encargos queden tal y como a mí me gustaría recibirlos. Olga siempre me dice que ese es el secreto para todo, hacer las cosas con el mismo esfuerzo y cariño que las harías para ti misma.

La campana de la puerta anuncia una llegada y veo de reojo a White pasar a mi lado disparado como un rayo, cosa que no hace nunca, porque si algo tiene mi perro es la vagancia incorporada de serie. Sobre la marcha dejo de prestarle atención al ramo que estoy preparando para buscar a mi amigo, que ha llegado hasta la puerta a la velocidad de la luz y se mueve como una culebra mientras es acariciado por ella, regalándome una imagen que no veo desde hace mucho.

Ella.

La única que consigue acelerar nuestro sistema sin importar las vueltas que den las agujas de un reloj. Y dicen que los perros no son conscientes del paso del tiempo, pero yo sé que White entiende que hemos dado más de mil doscientos paseos sin ella, porque si no, no estaría dejando que zarandeen su pelo blanco con tanto ímpetu, ni respondería a su risa con lametones faciales. Los labios de Anahí se mueven para él, pero yo no escucho ni una palabra y él todo lo que entiende es que está aquí. Otra vez.

Levanta la vista a los pocos segundos y cuando nuestras miradas conectan, un pánico bastante inesperado se refleja en sus ojos.

—¡Dulce, estás sangrando!

Desvío la atención hacia mis propias manos y, joder, tiene razón, estoy sangrando. En algún momento las tijeras decidieron que era un buen día para confundir mi dedo con el tallo de la flor.

Mierda, duele.

—Mierda —me quejo dirigiéndome hacia el grifo para cortar la hemorragia.

Ella llega hasta mi lado con una velocidad vampírica y me agarra la mano para sacarla del agua. No sé cómo sigo sangrando, si el músculo encargado de transportar los glóbulos rojos decide ponerse en huelga cuando Anahí roza mi piel por primera vez desde hace meses.

Me quedo mirándola como una idiota mientras ella parece muy preocupada presionando el corte y bastante ajena al hecho de que ni siquiera puedo sentir dolor ahora mismo. Levanta la vista y al descubrirme observándola sin quejarme, frunce el ceño, pero la confusión no tarda en desaparecer, en cuanto ambas nos damos cuenta de que hace muchísimo tiempo que no estamos tan cerca. Desde aquella despedida nuestros ojos no se miran a una distancia tan corta y, joder, tampoco estaba preparada para esto.

—Es solo un corte —susurro después de unos segundos—. No me

voy a desangrar.

—Pues no es lo que parecía.

—Los superficiales son un poco dramáticos a veces, pero no te preocupes, estoy acostumbrada. Parará pronto.

—Me alegra que te hayas vuelto una experta en arrancarte los dedos —suelta con ironía envolviéndome el afectado en un trapo de tela que había a su derecha—, pero ponte esto para que no se te infecte.

Mi dedo índice se vuelve el triple de grande con esa cantidad de vueltas y el nudo final. Menudas dotes de enfermera. A lo mejor debería decirle que no hacía falta que me lo inmovilizara y que no estaría mal si pudiera sentir el riego sanguíneo, porque al final me lo tendrán que amputar por falta de oxígeno y sería todo un drama.

—Gracias, ahora parezco E.T.

El sonido de su risa revolotea por las paredes de esta floristería que nunca me había parecido tan bonita y estoy segura de que las flores son un poco más felices ahora mismo. Joder, Dulce, qué poder para dejarte atontada. Nadie me había advertido que extrañar tanto algo podía doler físicamente en el pecho.

—Qué idiota eres —comenta negando con la cabeza.

—Y tú qué amable.

Nuestros ojos vuelven a conectar mientras sonreímos. Ojalá la vida se quedara en este momento y ese azul no dejase de mirarme nunca desde tan cerca, porque tienen el poder de borrar meses de angustia, semanas de incertidumbre y días de dudas.

—¿Qué te trae por aquí?

Aunque una parte de mí, que tiene los dientes muy afilados y la cola bastante larga, me está dando cogotazos por haber roto la conexión de nuestros ojos, la otra se siente demasiado expuesta con ese poder que ejerce y prefiere concedernos una tregua a ambas. Anahí se aparta y comienza a pasearse por la tienda, observando cada planta, cada flor, acariciando algunas e inclinándose para oler otras antes de girarse y mirarme.

—Así que, ¿a esto te dedicas ahora?

—Entre otras cosas.

Asiente y se sigue paseando. A veces se agacha para acariciar a White, que no se le ha despegado ni un segundo, y no sé si es el silencio o el misterio, pero algo me está poniendo bastante tensa.

—¿Eres feliz? —pregunta volviendo a mirarme—. ¿Esto te hace

feliz?

Ojalá pudiera decir un sí tajante, lo que pasa es que, teniéndola a ella delante, mi significado de la palabra felicidad se reescribe solo y ya no estoy tan segura de nada.

—Estoy bien —respondo encogiéndome de hombros.

—Te he preguntado si eres feliz.

Suspiro y aparto la vista con la tensión creciendo a pasos agigantados. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que, en la vida que siempre había soñado, ahora hay un hueco que solo puede llenar ella? ¿Que me gustaría que no apareciera con esa sonrisa tan espectacular para desestabilizarme y demostrarme que, todo lo que antes creía bueno, se vuelve perfecto cuando la tengo delante?

—¿Qué quieres, Any? ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido para hablar. El otro día dijiste que estabas dispuesta a hacerlo.

—Sí, pero hace una semana de eso. No he sabido nada de ti desde entonces y ahora estoy trabajando. ¿Quién te dijo dónde encontrarme?

—No estoy diciendo que hablemos ahora, Dulce. Y no importa quién me lo haya dicho. Solo quiero… pedirte una cita.

Ella baja la vista con inseguridad y a mí me da un salto olímpico el corazón.

—¿Una cita?

—Nunca llegamos a tener una y creo que son demasiadas las cosas de las que tenemos que hablar sin que nos interrumpan. Así que, he pensado que una cena estaría bien para empezar, ¿no crees? ¿A qué hora terminas de trabajar?

Puedo ver la duda reflejada en su mirada mientras espera una respuesta y la observo con el ceño fruncido. ¿Una cita? ¿Anahí y yo?

—A las ocho.

—¿Te gustaría que quedásemos esta noche? Puedo venir sobre las nueve y vamos a cenar a un restaurante que he visto por aquí.

—¿Vas a quedarte todo el día en el pueblo?

—Estoy hospedada en el hostal y creo que aprovecharé el día para pasear. Ya sabes que cuando me trajiste por primera vez me enamoró. Me gustaría recordar un poco, caminar, respirar, no sé… —Entre que está aquí, que me acaba de pedir una cita, que ha alquilado una habitación para pasar la noche y que pretende pasarse horas caminando por el pueblo hasta que yo salga de trabajar, mi perplejidad va en aumento—. Cuando piensas demasiado, razonas, y

cuando razonas te entra el pánico. Y cuando entras en pánico dejas de ser tú misma. Así que me voy a ir muy despacio —advierte empezando a caminar de espaldas—, antes de que rechaces mi invitación. A las nueve te estaré esperando. Hasta pronto, precioso.

Después del susurro y de terminar dándole un beso entre las orejas a White, cruza la puerta y se marcha, dejándome a mí con el sonido de la campanilla, una confusión desbordante y unos nervios en la boca del estómago que deberían convalidar el título de aviadora.

El día ha pasado lento. Muy lento. Tanto, que en varias ocasiones me pregunté cuántos años hace que Olga no le cambia la pila al reloj de pared que hay en la floristería, porque esas agujas no avanzaban a una velocidad normal ni de coña. Luego miraba la hora en el ordenador y comprendía que el reloj funciona perfectamente y que lo que no funcionan son mis ansias. Esta situación me ha recordado un poco a los días en los que trabajaba en La Cascada. Me despertaba todas las mañanas con el mismo hormigueo en el estómago y la misma desesperación por llegar a ese pasillo y encontrármela, sin mirarme al principio y mirándome demasiado un par de meses después. Sonriendo demasiado y desestabilizando mi vida demasiado. Dos bocados de tostada y dos sorbos de café para dedicar el resto de la hora a arreglarme, porque estar guapa se convirtió en la tarea más importante del día y escoger la ropa adecuada en toda una misión imposible. Más o menos igual que hoy. La actitud de White también me recuerda a mi primer día de prácticas, sentado sobre sus patas traseras y mirándome con la cabeza de lado, pareciendo intuir lo que pasa y dándome a entender que su sexto sentido le dice que, siempre que se trata de Anahí, es diferente.

Esto no es un pasillo de paredes blancas y cuadros relajantes, es la calle del pueblo de mis abuelos y hay menos silencio que en aquel lugar, pero yo sigo escuchando el latido de mi corazón más alto que cualquier otra cosa y, cuando giro la esquina, en China deben empezar a maldecir a todos mis antepasados, porque a mi músculo cardiaco le da exactamente igual que ya supiera que íbamos a verla, él se vuelve loco y me hace apretar los labios mientras me acerco y la silueta en la oscuridad va tomando forma de sonrisa. Tal vez sus pulsaciones también estaban aceleradas, tal vez no estaba segura de que vendría y

me parece un poco ilusa, porque nunca podría no venir.

Es Anahí.

Y, joder, está incluso más guapa que hace unas horas y que la otra noche.

Inhalo aire con muchas ganas al llegar a su altura, porque presiento que me va a faltar en más de una ocasión. Su sonrisa se vuelve mucho más amplia cuando nuestros ojos se miran desde tan cerca y creo que la mía también ha tomado vida propia en algún momento.

—Hola, Anahí —saludo.

—Eso me estuviste diciendo todas las mañanas durante dos meses —apunta—. «Hola, Anahí». Me parece alucinante todo lo que ha pasado desde entonces.

Yo asiento y la sonrisa me tiembla un poco en los labios. Es que tiene razón, es que somos Anahí y Dulce, es que nuestra historia ha sido jodidamente dramática y jodidamente bonita. Es que, ella estaba allí, tan presente como yo. Desde el primer día, aunque todo el mundo me quisiera decir lo contrario. Con cada hoja que caía a nuestros pies, cada manzana que dejaba a su lado y cada suspiro de *«por favor, mírame algún día»*. Y ahora me está mirando y yo tengo que volver a suspirar. Porque es Anahí. Y está aquí. Conmigo.

—¿Vamos a cenar? Me muero de hambre —Escuchar esa frase salir de sus labios debe provocarme una expresión de lo más extraña, porque su sonrisa crece y mis pulsaciones también—. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Estoy impaciente.

Nos encaminamos hacia el restaurante y aunque los cuatro minutos de trayecto los pasamos en silencio, no me parece para nada incómodo. No es una novedad, los silencios nunca han sido incómodos con ella y parece que un año después siguen sin serlo.

He imaginado tantas veces que paseaba por este lugar con Anahí. Y la imaginación siempre se queda un poco corta, a decir verdad.

Me hace gracia descubrir que tenía una mesa reservada y su mirada de «no sabía si ibas a venir, pero mantenía la esperanza». En este lugar siempre suele haber sitio libre, aunque no me voy a quejar de su elección, porque las vistas del lago son preciosas desde este lado y todavía se ven algunas personas caminando por el paseo que el ayuntamiento construyó hace unos años.

—¿Quieres vino? —me pregunta en cuanto nos sentamos. Asiento

a modo de respuesta y ella se dirige al camarero—. ¿Tiene algún Valente?

—Solo nos queda el Valente Cosecha del 89, pero tenemos otros Reserva, si lo prefieren.

Yo sonrío de medio lado al escucharlo y ella hace lo mismo cuando me mira buscando aprobación. Supongo que también se acuerda de aquella noche, y aunque no sé si ha vuelto a pensar en ella durante este último año, de lo que seguro no tiene ni idea es de lo mucho que me dolía a mí ese vino hasta hace un par de semanas.

—Tomaremos el Cosecha del 89, gracias.

El chico se marcha después de asentir y ella desvía su mirada hacia el ventanal para contemplar el paisaje.

—¿Contribuyendo a la economía familiar? —le pregunto.

Se gira para mirarme con una sonrisa mientras se encoge de hombros.

—Para bien o para mal, siempre he creído que es el mejor vino del mercado.

—Para bien o para mal —confirmo.

Ella cambia su expresión ligeramente, pero el camarero aparece ante nosotras como si tuviera poderes de teletransportación y nos sirve antes de ofrecernos la carta y marcharse otra vez. Todo muy rápido para mi cerebro.

—Por esta noche —comenta Anahí levantando su copa—. Y por todas las noches que hemos compartido. En este pueblo, en un hospital o en la imaginación.

Aprieto la mandíbula sin querer y le clavo la mirada con una mezcla de rabia y dolor que no puedo controlar. Demasiada imaginación, demasiadas noches, demasiadas pesadillas y un nudo en la garganta muy bien atado.

Alzo mi copa para corresponder al brindis y, a continuación, dejo que la bebida baje por mi garganta con una sensación diferente a la de la última vez. Ahora no es Cristina la mujer que tengo delante, ahora no me abrasa el Cosecha del 89, porque el motivo de esa combustión espontánea me está mirando con ojos curiosos. Y deseé tanto que fuera ella la que estuviera frente a mí, lo he deseado con tantas ganas, que una parte de mí no termina de creerse que esté sucediendo.

—Si antes ya me parecía un misterio tu mente, ahora veo jeroglíficos dibujados en tus ojos —apunta con media sonrisa y un gesto divertido con la mano.

—¿Por qué dices eso?

—Por tus cambios constantes de expresión. Son demasiado nuevos para mí. En un momento estás relajada y receptiva, y al siguiente pareces alerta y tensa. Es como si lucharas contra dragones —Acompaña el comentario con otra leve sonrisa y a mí me late distinto el corazón—. Como si uno te dijera «tranquila», y el otro te susurrara «cuidado».

—¿Y no somos así todos los seres humanos? Llenos de luces y de sombras. De contradicciones.

—Tú eras imprudente y temeraria. Te metías en habitaciones oscuras aunque la luz estuviera rota y las explorabas sin linterna. Te dejabas llevar. Sin miedo.

—Las cosas cambian —Suspiro apartando la vista—. La gente cambia.

—¿Qué ha cambiado? —insiste.

—Mejor dime tú qué ha cambiado —rebato enfrentándola—. Apareces después de más de un año en mi fiesta de graduación, luego vuelves a desaparecer y una semana más tarde te presentas en mi trabajo —Me encojo de hombros—. ¿Qué significa?

—Que quería verte —Al darse cuenta de que mi expresión no varía ni un ápice, suspira—. No desaparecí durante una semana, Dulce. Estaba haciendo algo importante.

—Muy bien.

Desvío la vista hacia el menú fingiendo que voy a elegir mi cena porque no creo que el curso que está tomando la conversación nos lleve a ninguna parte. La escucho suspirar y, a continuación, unos ruidos muy raros casi me distraen, pero intento ignorarlos hasta que una bolsa me tapa lo que intento leer. Al ver una caja de tamaño mediano en su interior, busco una explicación en los ojos de Anahí.

—Son cartas —explica—. Una carta por cada día que he pasado lejos de ti. Si las lees, entenderás dónde he estado esta semana y todo lo demás. No puedo resumirte el último año en una sola noche, Dulce.

—Eso díselo a Claudia —murmuro resoplando—. Te podría dar un curso intensivo.

«Una carta por cada día que he pasado lejos de ti».

—¿Es verdad lo que dijo el otro día? —cuestiona después de unos segundos en silencio.

—Dijo muchas cosas.

—Tú y este último año —aclara mirándome muy seria—. Tristeza,

aislamiento…

—No ha sido el mejor año de mi vida, pero Claudia siempre ha sido un poco exagerada.

—¿Y lo de esa chica? Cristina. ¿Has salido con ella en sentido…?

—Una vez —interrumpo—. Quedamos para cenar una noche.

—¿Y qué pasó?

—Que volviste.

Lo digo muy seria y directa, y nuestras miradas permanecen conectadas como si estuviéramos en una guerra.

Y en las guerras, nadie gana.

—¿Te gusta?

—Era mi terapeuta. Ni siquiera me había planteado la posibilidad hasta que terminamos las sesiones y me invitó a salir. Acepté y, fin de la historia.

—¿Terapeuta? —pregunta después de adquirir cierto halo de preocupación—. ¿Has ido a terapia?

—Pesadillas —aclaro—. Solo tenía pesadillas. Ella hizo que desaparecieran. ¿Podemos dejar de hablar de mí, por favor?

Anahí vuelve a suspirar, como si algo de esta noche le estuviera costando un esfuerzo gigante y yo aparto la vista hacia el exterior. El camarero aparece para tomar nota de la cena y en cuestión de minutos nos quedamos solas otra vez.

—¿Qué quieres saber? —La miro enarcando las cejas, porque una pregunta tan absurda no creo que sea la mejor forma de retomar la conversación—. Estoy fuera del centro, aunque no del todo. Decidí salir hace poco más de una semana, tuve que pedir consejo y me dijeron que estaba lista. Así que ya no duermo allí, pero mi tratamiento no ha terminado. Debo continuar asistiendo a las actividades y terapias, por lo que, se puede considerar que estoy dada de alta, pero con un medicamento de por vida.

Estoy segura de que no expreso ni una milésima parte de la alegría que siento al escuchar eso. Algún tipo de bloqueo emocional me lo impide, porque lo que en realidad quiero es abrazarla y llorar.

Dada de alta.

—¿Cómo supiste lo de mi proyecto?

—Marta —aporta de manera fulminante y confusa—. Ha estado yendo a verme desde que ingresé. Una parte de mi terapia es con ella.

—¿Marta ha sabido de ti todo este tiempo? —pregunto perpleja.

—No podía decirte nada, Dulce. Así que no te enfades con ella —

aclara ante mi expresión molesta—. ¿Crees que a mí me habló de ti en algún momento? Intentaba sacarle información casi a diario, pero te aseguro que es un muro inquebrantable. Desde el principio me advirtió que quería estar conmigo durante el proceso, pero que no podría hacerlo si yo no ponía de mi parte. Y poner de mi parte significaba dejarte a un lado. Tuve que aceptar. Y me ha estado ayudando muchísimo, aunque era una tentación demasiado grande verla todos los días y no poder preguntarle por ti —confiesa—. Hace dos semanas me dijo, literalmente, *«no te diría esto si no supiera que estás preparada y que ha llegado el momento, pero hay un lugar donde creo que debes estar»*. No hizo falta una palabra más —concluye encogiéndose de hombros—. Sabía que debía ser algo relacionado contigo. Unos días más tarde, ahí estaba, mirándote mientras le llevabas la contraria al mundo por defender tus principios. No creo que las cosas hayan cambiado tanto como dices.

—¿Estabas ahí? ¿En la presentación?

—Escuché cada palabra que dijiste —confirma—. Y, cada una, me hacía sentir más orgullosa que la anterior.

La observo fijamente con la esperanza de que su silencio me diga algo más. Algo que responda a todas las preguntas que todavía tengo, porque he estado un año prohibiéndome llorar por ella y las lágrimas retenidas se han convertido en una bola gigante que tengo atascada en algún punto. Yo no podía llorar, no era justo, era necesario y no debía dolerme, pero dolía. Demasiado. Y todavía duele, porque la bola quiere salir, pero yo sigo esforzándome por mantenerla dentro.

Los platos de comida aparecen en la mesa como por arte de magia y ella empieza a comer sin conflicto ninguno. Joder, empieza a comer como si nunca hubiera tenido que inventarme un juego para aterrizar aviones de ensalada, como si jamás hubiera llorado delante de un espejo y como si la necesidad de distraerla para ingerir alimento fuera cosa de otra vida. Como si fuese otra persona y siendo la misma en realidad.

—Él no tiene la culpa —comenta consiguiendo que detenga mi labor para mirarla. Me hace un gesto con los ojos señalando mi plato, donde un pescado mutilado me revuelve el estómago—. De lo que sea que estés sintiendo, el pescado no tiene la culpa.

—¿Y quién la tiene?

El dolor en su expresión me estremece. Eso no tendría que haber sonado a acusación y yo no debería estar aquí si me siento tan

confusa, porque estas cosas nunca traen nada bueno y necesito asimilar todo lo que está pasando antes de cagarla.

—Lo siento —me disculpo suspirando y volviendo a mi labor—. No pretendía que sonara así. Lo siento.

—Tranquila.

Continuamos comiendo en completo silencio. A veces levanto la vista para asegurarme de que esto está ocurriendo de verdad, de que Anahí continúa devorando un plato con total tranquilidad y yo no puedo ni tragar. Esto es raro porque parece que su vida ha avanzado kilómetros mientras la mía no ha parado de retroceder. Se ve tan segura y fuerte, tan decidida y directa, y yo actúo como un pajarillo que todavía no sabe volar y solo puede piar para que lo alimenten, incapaz de demostrar la felicidad que me produce su nueva relación con la vida.

—Ese jersey —comenta captando mi atención—. Es el mismo que llevabas el día que nos conocimos.

¿Cómo puede acordarse de eso? ¿Cómo es posible que se haya fijado en mi ropa, si aquella mañana lo único que hizo fue lanzar mis papeles por los aires y desmontarme la vida al mismo tiempo?

—Esto no está funcionando —Suspira dejando caer sus cubiertos sobre el plato—. Tú y yo no somos de citas, Dulce. Tú y yo no podemos sentarnos a cenar y hablar de lo bonita que ha sido la vida durante el último año, porque no ha sido bonita. Ha sido una mierda —concluye, y no puedo estar más de acuerdo—. Tú y yo somos Anahí y Dulce. Somos esas de las miradas imposibles, de horas en silencio, de risas sin sentido y de sentarnos frente a un lago a hablar sobre nuestros miedos y nuestra oscuridad. No somos de citas. Y esto no está funcionando —repite sacando de su cartera un billete y dejándolo caer sobre la mesa—. Ven —ordena muy decidida. Yo me quedo mirándola atónita y sin moverme ni un centímetro, pero ella parece estar perdiendo la paciencia—. Vamos, Dulce, acompáñame.

Busca mi mano con un poco de desesperación y me arrastra hasta la salida del restaurante sin darme tiempo a réplica. Por lo menos soy lo bastante rápida para no dejar la bolsa atrás.

Caminamos agarradas de la mano durante varios metros. Ella parece muy segura de a dónde quiere ir y yo solo me puedo dejar llevar, porque suficiente trabajo tengo con gestionar lo que me hace sentir el tacto de su piel y la puñetera frustración que me provoca no controlar nada de esto.

Nos detenemos en un punto muy próximo a la plaza central, suelta mi mano, haciéndome experimentar un frío inmediato y demasiado incómodo, y se adelanta un paso. No hay nadie en los alrededores y ella continúa dándome la espalda durante varios minutos.

—Aquí fue dónde lo supe —comenta mirando al cielo.

—¿Aquí supiste el qué?

Se gira para enfrentarme y el corazón me empieza a latir muy rápido. Un pajarito frente a un águila.

—Que te quería —aclara—. Aquí, cuando estabas detrás de mí, abrazándome mientras veíamos los fuegos artificiales. Nos miramos un segundo y fue suficiente. No sé qué estabas pensando en ese momento y tampoco sé si lo recuerdas ahora. Solo sé que, vi en tus ojos un amor tan real y tan bonito, que supe que yo también te quería. Quizás en ese instante no fui consciente de la forma en la que te quería y de todo lo que ya sentía por ti, pero, después de tres meses, en este lugar acepté que habías entrado en mi vida.

Guardo silencio unos minutos, sosteniendo una caja que contiene cartas y una vida que está pesándome un poco más de lo normal desde hace tiempo. Es incómodo. No sé por qué, pero es incómodo.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Que estoy aquí, Dulce. Intento llegar a ti y no me dejas. Hay una barrera entre nosotras que no sé cómo atravesar, porque a lo mejor llevas un año apilando ladrillos y no encuentro ni una sola rendija.

Suspiro con el corazón muy pesado.

—¿Y qué quieres que te diga, Anahí?

—Lo que sientes —responde con tono suplicante—. Solo dime lo que sientes.

—¿No crees que ya lo he hecho demasiadas veces? Deberías pensar que siempre he sido yo la que ha expuesto sus sentimientos sin ningún tipo de reparo. Sin embargo, no podemos decir lo mismo de ti.

—Lo estoy haciendo.

—¡Estás hablando del pasado! —exclamo alzando un poco la voz —. Ha transcurrido más de un año.

—Pero estoy aquí, ¿no? ¿Eso no te dice nada?

—¿Y qué? ¿Piensas que es suficiente? ¿Que no necesito escuchar lo que quieres, qué estás haciendo aquí o lo que pretendes? ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte, Anahí? ¿Cuándo vas a volver a marcharte?

—¿Qué te hace pensar que voy a hacerlo? —pregunta confusa.

—Es lo que haces siempre —le digo volviendo a suspirar—. Te marchas continuamente. Desde que te conozco vivo con miedo de perderte. ¿No lo ves? —cuestiono con cansancio—. Cuando tu padre te quiso sacar de La Cascada me asustó mucho el que pudiera conseguirlo. Cuando te vi en el cuarto de baño vomitando me aterrorizó que pudiera pasarte algo. Cuando casi te mueres entre mis brazos… Yo… —Se me empañan los ojos al recordarlo, pero puedo retener las lágrimas a tiempo—. Y cuando te fuiste. Siempre te pierdo, Anahí. De una u otra manera. Constantemente. Y me he pasado más de un año intentando luchar contra el dolor que me provoca, acepté que te habías ido porque era lo mejor para ti y no tenía derecho a extrañarte. Acepté que debía dejar a un lado mi necesidad de protegerte si quería avanzar. Y avancé. Y quise salir con otra chica pensando que, tal vez, algún día sentiría algo por ella. Y ahora estás aquí de nuevo, y todo lo que creía o fingía tener superado se desvanece como un castillo de arena cuando me miras. El mundo se vuelve invisible para mí, porque si no estás tú, no quiero que esté nadie más —Mi voz empieza a temblar de manera peligrosa y el pecho me duele mucho—. Y descubro que vuelvo a tener miedo. Pero es que las cosas no funcionan cuando existe el miedo, porque no importa lo que yo crea ver en tus ojos, no importa lo que crea que sentías o sientes, porque no lo dices. Nunca lo haces. Y siempre te vas. Te marchaste sin decirme ni una sola vez que me querías, me pediste que no te esperara y yo me quedé aquí, aprendiendo a vivir sin ti. Ahora ni siquiera sé dónde estoy parada ni qué quieres de mí, solo sé que llevo mucho tiempo intentando controlar algo que se me descontrola cuando te veo. No puedo dejar de tener miedo en una semana y, mucho menos, en una noche. No sé si algún día dejaré de tenerlo, Anahí. No lo sé.

El alivio que siento es instantáneo. Han sido demasiados meses guardando algo que no era correcto sentir y ahora me he quedado con un vacío que se llena de oxígeno en el acto.

Ella me mira con una expresión neutra, pero con cierto brillo en sus ojos. Estoy segura de que ambas nos estamos esforzando por retener unas lágrimas que, si empiezan a salir, ya no vamos a poder parar.

Este debería ser su momento. Debería ser la ocasión en la que hable y diga algo que evite que, esta vez, sea yo quien se vaya. Tengo a un dragón revoloteando entre nosotras, gritándole que lo haga, que

diga la frase que se lleve el miedo y destruya el muro para abrazarla, porque sí que hay rendijas, porque la albañilería nunca se me ha dado demasiado bien y apilar ladrillos no significa que les haya puesto cemento. Un poco de aire y se van a tomar por saco, una caricia y se vienen abajo, una llama de dragón y desaparecen para siempre.

Pero ella no hace nada de eso. Solo se limita a guardar silencio, como siempre. Y yo suspiro.

—Me alegra tu mejoría más que nada en este mundo —comento rompiendo el silencio—. No he dudado ni un solo segundo que lo ibas a lograr. Enhorabuena.

Y, sin decir más, sabiendo que ella tampoco va a hablar, vuelvo a suspirar, grabo su imagen en mi cabeza y me doy la vuelta para marcharme.

Esta vez soy yo quien lo hace.

Esta vez soy yo quien se aleja con un dragón cabizbajo que arrastra su cola gigante porque ya no le apetece volar.

A veces el amor no basta. Por mucho que mi dragón me suplique que volvamos para abrazarla, por mucho que mi cuerpo se derrita estando junto a ella, por mucho que mis sentimientos no hayan disminuido en lo más mínimo desde que se fue, eso no es suficiente. Porque la realidad es que Anahí se llevó con ella una parte de mí que nunca le había mostrado a nadie y no sé si ha podido traerla de vuelta. La vida cambia a las personas y, tal vez, la Dulce que ella conoció ya no existe. Tal vez ya no sepa cómo querer ni cómo estar.

Tal vez, nuestro destino nunca haya sido enamorarnos.

31

Las experiencias de la vida nos cambian. A veces para bien y otras para mal, pero es difícil que volvamos a ser la misma persona después de haber sufrido un daño, porque nuestra perspectiva cambia y nuestra actitud también. Un día te das cuenta de que ya no eres igual que aquella mañana, que ya no miras el espejo de la misma forma y que ni siquiera sabes cómo regresar a ese punto.

Anahí no es responsable de mi dolor. Su recuperación es lo que deseé desde aquel «Anahí no es trabajadora del centro. Es una paciente», y su regreso es lo mejor que me ha pasado en este último año; pero es que, si su aparición cambió mi vida, su marcha también lo hizo. Fingir durante tantos meses que su ausencia no me dolía ha sido la peor decisión, porque ahora tengo un cúmulo de emociones que son como globos en un mundo de alfileres, que si se mueven un centímetro pueden explotar, y es que no tengo fuerzas para seguir explotando. No soy tan fuerte ni tan valiente. Le he cogido miedo a la oscuridad y lo que antes era una aventura sin linterna, ahora es un temblor constante y aterrador.

—No quisiera ser esa pobre planta —interrumpen.

Alzo la vista con muy mala leche para descubrir a Marta Andoni junto a la puerta, con los brazos cruzados bajo el pecho mientras enarca ambas cejas. ¿Tiene algún poder desactivador de timbres?

—Oye, ni se te ocurra ignorarme —advierte cuando aparto la mirada para continuar asesinando tallos.

—¿Estás aquí para abogar en favor de tu nueva mejor amiga?

Porque te aviso que estás perdiendo el tiempo.

—¿En serio? —pregunta alzando solo una ceja—. Me parece que tanto olor a marihuana te va a fundir el cerebro.

—Aquí no hay marihuana.

—Entonces es que eres gilipollas.

Frunzo el ceño y la reto como nunca, con una rabia que me sobrepasa y con un cabreo monumental. Pero esos ojos negros siempre han tenido más seguridad que ningunos y en una batalla de miradas son los número uno, así que yo me veo en la obligación de negar y rendirme, porque la planta no me acusa de nada y me cae bastante mejor.

—¿De verdad pretendes ignorarme todo el día? Porque puedo quedarme aquí de pie hasta que decidas hablar. Tengo años de experiencia en ese campo, recuérdalo.

—¿A qué has venido, Marta?

—A darte de esto —comunica lanzando un sobre que aterriza de manera estratégica en mi mesa de trabajo—. Es la calificación de tu proyecto. Me llegó ayer.

Agarro el sobre como si fuera una granada y lo miro con unas dudas que jamás creí que tendría al recibirlo. Decidí poner la dirección de La Cascada para recibir mi correo porque algunos repartidores no encuentran la casa del lago y no podía permitir que este documento se perdiera. Tantos años deseando sostener este sobre entre mis manos y ahora tengo miedo de saber lo que contiene. Qué irónico.

—Gracias —murmuro dejándolo a un lado—. ¿Necesitas algo más?

—Que dejes de comportarte como una niña —concluye captando mi atención de nuevo—. Bueno, una niña seguro que al menos patalearía, gritaría y a todos nos quedaría claro por qué está enfadada. Tú eres más bien como una adolescente herida, te encierras, te cabreas con el mundo y ya nos apañaremos para averiguar lo que te pasa.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Que te dé las gracias porque has estado un año ocultándome que la veías casi a diario? Me he vuelto loca cada segundo lejos de ella, preguntándome si estaba bien, si estaba mal o si debía ir a buscarla y fugarnos a otro puto planeta. Tú lo has vivido en primera persona y no has sido capaz de darme un puñetero motivo para vivir tranquila. ¿Eso tengo que…?

—Eh, eh, para el carro —interrumpe haciendo un gesto con las manos—. Te voy a dejar clara una cosa para empezar: que tú te hayas

pasado la ética profesional por las narices no quiere decir que el resto vayamos a hacer lo mismo. —Dolorosamente guapa y dolorosamente sincera. Aprieto la mandíbula y aparto la vista, porque menuda facilidad para dar donde más duele tiene la doctora—. Pero, sí, es precisamente todo eso lo que deberías agradecerme. ¿Crees que yo tenía alguna obligación de aumentar mi trabajo conduciendo hasta un centro en las afueras de la ciudad para tratar a una chica con desórdenes alimenticios? ¿Por qué crees que lo hice, Dulce? ¿Porque me apasionan las horas extras? Lo hice por ti. Porque tú no ibas a poder estar cerca de ella, pero yo sí. Yo iba a poder asegurarme de que el motivo por el cual, mi mejor amiga, se iba a pasar los próximos meses o años sufriendo, merecería la pena. Porque esa chica iba a salir adelante y yo iba a estar ahí para verlo y para contribuir a que, algún día, la imbécil a la que considero mi hermana pusiera cara de idiota cuando la mujer de la que está enamorada volviera a buscarla, feliz y recuperada. Sin embargo, nos encontramos con este intento de chica que se esconde asustada, porque se siente paralizada ante el pánico atroz que le provocan sus propios sentimientos. Eres incapaz de ver la realidad, estás tan frustrada contigo misma que lo pagas con quien menos debes —Recalca mientras niega y suspira—. Has hecho todo lo que no debías hacer, Dulce. Te has pasado un año luchando para no estar triste, para no llorar, no extrañar y no caer, cuando sabes de sobra que, todo eso, es necesario. Que dejar salir la tristeza es imprescindible para la supervivencia y que, si no lo haces, ocurre lo que te está pasando a ti, ha vuelto esa mujer que pone tu mundo del revés y esas emociones están acumuladas en tu pecho como una olla a presión a punto de explotar y a ti te asusta demasiado que explote, porque perder el control no estaba en tus planes. Pero es que te vas a terminar ahogando en ellas, Dulce. ¿De qué tienes miedo? ¿De que se vuelva a marchar? ¿De tener que aprender a vivir sin ella otra vez? La vida es eso, Dul. La gente va y viene por diferentes motivos que, la mayoría de las veces, no se eligen. Continuamente hay que aprender a vivir con las partidas. Anahí está aquí ahora y tú solita la estás echando.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Por cuánto tiempo, Marta? Apareció tambaleándome la vida y volvió a marcharse una semana entera dejándome ahogada en miles de preguntas, como si no necesitara respuestas y como si el hecho de cuestionarme durante cada día del último año si iba a volver, no hubiera sido suficiente tortura. Siete

jodidos días más. ¿Crees que yo puedo vivir con esa incertidumbre y esa angustia constante? ¿Sabes lo que ocurrió la primera vez que estuve dos semanas lejos de ella? Que todo se fue a la mierda. Que volví y la Anahí que conocía se había destruido, que un paro cardiaco casi la mata en mis brazos. Doce segundos. Doce puñeteros segundos que fueron los más largos de toda mi existencia. He vivido acojonada durante un año por si eso volvía a ocurrir y yo no estaba cerca, por si pasaba y no me enteraba. Joder, Marta, que me ahogaba en pesadillas, que he tenido que pedir ayuda para superarlo y que ya no sé nada de Anahí. No sé qué siente, si pretende quedarse o si, a la primera de cambio, va a abandonar de nuevo. No puedo no tener miedo. ¿Lo entiendes?

—Estaba haciendo unas audiciones para entrar al Conservatorio Nacional de Música, Dulce. Tuvo que salir de viaje sin previo aviso porque, si no lo hacía ahora, tendría que esperar un año más y lleva meses preparándose para ello. Por eso no pudo decirte nada. Quería esperar a volver para darte la sorpresa en persona. Anahí ha cambiado muchas cosas en su vida durante su periodo de ingreso. Cosas que te harían sentir muy orgullosa, y, si la dejaras entrar, las verías por ti misma.

Me quedo en completo silencio, porque ahora mis miedos parecen un poco más absurdos y me siento algo culpable de no haberle permitido contarme algo tan bonito. ¿En qué momento ha vuelto a tocar el piano? El Conservatorio Nacional de Música. Joder. Marta sabe demasiadas cosas que yo desconozco y no sé cómo sentirme al respecto.

—Ni siquiera sabemos cómo tener una conversación fluida —susurro—. Ya no tenemos la misma comunicación.

—Es que es imposible tener una conversación fluida contigo en este momento, Dulce. ¿No lo ves? O te grito y te echo la bronca como si fueras una cría o se te taponan los oídos. Has estado haciéndolo durante más de un año y es lo primero que ella se ha encontrado al volver. ¿Cómo quieres que te cuente las cosas si es imposible acceder a ti?

—A lo mejor eso es lo que hay ahora —rebato—. A lo mejor he cambiado demasiado y ya no sé cómo abrirme con ella. A lo mejor he cerrado la jodida puerta y he perdido la llave.

—Pues te recomiendo que empieces ya a buscarla. Te aconsejo que la busques y abras la puerta, porque si no, un día te darás cuenta de lo

irónico que resulta que, por tu miedo a perderla, la hayas terminado perdiendo de verdad. No solo a la única mujer que has amado en tu vida, sino también a ti misma. Está muy bien lo de conseguir tus metas, Dulce, lo de luchar por la situación que siempre has querido y cambiarlo todo por ella. Está genial y todos nos sentimos orgullosos de ti por eso, pero ¿de qué te sirve tanta valentía en ese plano, si tu miedo te está llevando a perder a la chica que quieres? ¿Dónde están, entonces, esa valentía y esa fuerza?

Jugar con el velero teledirigido que me regaló mi abuelo a los trece años es una de las cosas más relajantes del mundo. Me siento en la pasarela de madera durante horas, con White a mi lado, observando atento las maniobras que realiza el barco y aguantándose las ganas de saltar a por él, cosa que hacía al principio y que me divertía mucho, porque el cabezota intentaba alcanzarlo para destruirlo mientras yo se lo alejaba. Cuando comprendió que el pequeño navegador de madera era más rápido, desistió y ahora se queda aquí echado, sin quitarle los ojos de encima y alzando sus orejas cuando realizo alguna maniobra que no se espera.

Al pasear el velero por el lago, la mente se me suele quedar en blanco y puede que esta sea la primera vez en tantos años, que no ocurre. La conversación con Marta me revolotea la cabeza porque sé que tiene razón y que, esta vez, soy yo la que se ha marchado y soy yo la que está fallando. Ojalá pudiera evitarlo. Ojalá pudiera no tener miedo y dejar de ahogarme en mí misma. Ojalá pudiera tener una conversación con Anahí como la que tuvimos en este mismo lugar, cuando me contó su historia y terminamos cambiando las lágrimas por risas al liberar nuestra cena con culpabilidad. Me gustaría ser la misma chica y escuchar todo lo que tiene que contarme, y me aterra no poder serlo. Una jodida noria que no avanza. Una muchacha, un perro y un dragón hundiéndose en el lago que siempre les hacía salir a flote.

Un ladrido de White me sobresalta de tal manera que tengo que sujetarme el pecho por si acaso se me sale el corazón.

—¿Estás loco? ¿Casi me da un infarto?

Él me mira con la lengua colgando y apoya la cabeza en mis piernas. «Deja de pensar, colega». El velero ha avanzado varios metros

y yo no recuerdo haberlo alejado tanto, así que, es muy probable que White me estuviera advirtiendo de que me iba a quedar sin juguete como no espabilara y que él no tenía intensión de lanzarse al rescate.

La distracción es un buen momento para ir a la cocina a por un poco de agua. Demasiadas horas manejando un barco sin introducir alimento ni bebida en mi cuerpo y una noche un poco fría para estar todavía a la intemperie.

Al cerrar la puerta del frigorífico me doy de bruces con mi lista de sueños para recordar que debo marcar otra casilla: «Escribir algo importante». Mi proyecto debería ser ese algo, porque la verdad es que no sé si en el futuro redactaré otra cosa con una transcendencia mayor que esas cuatrocientas ochenta y ocho páginas.

«Encontrarla».

El primer día que estuve aquí sin Anahí, cuando decidí mudarme al lago de manera definitiva, lo hice, marqué esa palabra como uno de mis sueños logrados. Y lo hice porque, aunque ella se había marchado días atrás y no sabía si volvería a verla, lo que sí sabía es que Anahí era esa chica. La mujer que siempre había soñado. Esa que, con sus complicadas circunstancias me hizo subir en una montaña rusa de la que no me hubiera bajado jamás. Sucediera lo que sucediese a partir de entonces, yo ya había aprendido a pilotar dragones.

La había encontrado.

Suspiro después de colocar el bolígrafo de nuevo en su soporte y me dirijo hacia el exterior, pero la caja con las cartas, intacta en la mesa del salón desde ayer por la noche y con la nueva compañía del sobre que me trajo Marta esta mañana a la floristería, se interponen en mi campo visual. Tomo un poco de aire. Quizás es momento de volver a ser valiente.

Me siento de nuevo junto a White, que se levanta para olisquear las novedades que traigo y al abrir la caja descubro cientos de sobres en su interior, ordenados de manera meticulosa y clasificados por fecha. El corazón me late muchísimo más rápido ahora. «Buenos días, compañero, un poco tarde para despertar hoy, ¿no crees?»

«Una carta por cada día que he pasado lejos de ti».

«Día uno»

Cojo aire como nunca, abro el sobre, desdoblo la hoja que hay dentro y exhalo despacio mientras observo su letra y mis pulsaciones siguen descontrolándose.

Hola,

Hoy ha sido mi primera sesión con una psicóloga. Me sugirió que empezara a escribir un diario durante la estancia porque, según ella, escribir es una buena forma de dejar fluir las emociones y conocer lo que siento. Llevo una hora frente a una hoja en blanco y solo he puesto «Querido diario». Creo que ha sido una idea estúpida. Nunca se me ha dado bien expresar mis sentimientos, pero, pensé en ti, en lo fácil que es cuando estoy contigo y en la manera en la que siempre has logrado que me abra. Así que, se me ocurrió que puedo escribirte cartas como si al final del día pudiera dártelas. También es una forma de sentirte cerca, aunque no estés a mi lado y, a lo mejor, autoengañándome esto se pasa más rápido.

Hola me parece una buena forma de comenzar, es lo que tú me decías cada vez que llegabas al banco y me encontrabas leyendo. No recibías respuesta, aunque en el fondo sí te contestaba, y aun así, tú sabías que estaba ahí. Ahora yo tampoco voy a recibir respuesta, pero también sé que estás aquí.

En cuanto al resumen de mis primeros días en este lugar (esto lo escribo con un suspiro muy pesado), han sido un desastre. Me siento ahogada, Dulce. Este sitio es muy bonito, pero no puedo respirar. No creo que vaya a poder aguantar. ¿Tanto tiempo sin saber de ti? ¿Cómo voy a soportarlo? Si hace unos días estábamos viendo series en la cama de un hospital, te quedabas dormida a mi lado y no paraba de preguntarme qué ha visto una chica como tú en una persona como yo. Luego me mirabas a los ojos y ya dejaba de preguntármelo. ¿En qué momento se me ocurrió que alejarme de ti era una buena idea? Ojalá estuvieras aquí. Ojalá me dijeras que soy fuerte y que puedo hacerlo, porque sé que es lo que harías, y aunque no te creyera, lo volvería a intentar. Eres demasiado convincente y yo necesito que me convenzas de que esto es necesario.

Te necesito tanto, Dulce.

Anahí.

El corazón se me hace un poco más pequeño y un nudo se me instala en la garganta. Saber que, a ambos lados de la barrera de fuego, las dos sentíamos la misma angustia e incertidumbre me rompe el alma, porque yo al menos pude dejarlo todo atrás y huir a un lugar seguro, pero ella tuvo que quedarse allí, sola entre las llamas,

aprendiendo a convivir con un dragón al que odiaba.

Vuelvo a inhalar aire y abro el siguiente sobre.

Hola,

Hoy he tenido un día más o menos bueno. ¿Sabes quién ha estado aquí? Tu doctora Andoni. Creo que el encierro me está afectando, porque me he alegrado de verla y eso da bastante miedo. Dice que quiere estar presente en el proceso, que ha movido sus contactos para ser mi terapeuta, pero que solo podrá hacerlo si acepto no preguntarle nada sobre ti. Lo veo un poco difícil, porque hasta ahora tú has sido muy protagonista de mis sesiones y si ella es la encargada, con más razón querré que lo seas. Dice que puedo y debo hablarle sobre ti, pero como lo haría a cualquier psicóloga, como parte de mi proceso de recuperación, no intentando averiguar cosas. He aceptado, porque, aunque no pueda preguntarle por ti, el simple hecho de verla a ella me hace sentirte muy presente. Qué irónica es la vida, ¿no? Yo que no soportaba verla cerca de ti y ahora estoy sintiéndome cerca de ti gracias a ella.

Me dijo que tú no sabes nada y creo que, cuando te enteres, la vas a matar.

El resto ha sido bastante igual y rutinario.

Te necesito tanto.

Anahí.

Su cara al ver aparecer a Marta tiene que haber sido digna de estudio. Me la imagino fulminándola al principio y, poco a poco, relajando el gesto y reconociendo que le gustaba verla allí. La verdad es que me da un poco de envidia, porque Marta ha estado presente en su día a día, siendo testigo de todas esas novedades.

Hola,

¿Crees que Marta está enamorada? Últimamente tiene un brillo en los ojos muy gracioso. Espero que no sea por ti. Joder, como sea por ti me va a dar algo. ¿Te enamorarás tú de alguien? Dios, esto es insoportable.

Te necesito cada día más, Dulce.

Anahí.

Hola,
Hoy he conocido a un chico. Sí, hay un chico con trastornos alimenticios aquí y es bastante extraño, porque yo creía que afectaba, en mayor medida, a las mujeres en plena adolescencia. Isaac tiene anorexia. Es muy simpático. Se pasa el día haciendo chistes tan malos que me hacen gracia y él dice que esos son los mejores. No conozco aún su historia, pero sé que, tarde o temprano, me la contará.
Te necesito tanto.
Anahí.

Hola,
Adivina qué he descubierto hoy. ¡Hay un piano! Es precioso, te lo juro, aunque no tanto como el de tu abuela. Está en una de las salas de lectura y se puede ver el jardín si te sientas en él. No entiendo por qué está tan en silencio. Una majestuosidad así no nació para estar en silencio. Tal vez algún día, cuando no haya nadie en la sala, me dé por tocar. Sería interesante. No estoy en el lago, pero intentaré echarle un poco de imaginación y pensar que en cualquier momento saldrás de la ducha con los ojos brillantes.
Te necesito aquí.
Anahí.

Hola,
Isaac me manda a decir que se muere por conocerte. Dice que debes ser la mujer perfecta porque hablo de ti con los ojos más azules que nunca. Yo le respondí que siempre me brillan un poco más cuando me da la luz del sol y que tú eres lo opuesto a perfecta. Una cabezota y una temeraria en toda regla. El tío no me creyó.
Que seas cabezota es una de las cosas que más me gustan de ti.
Te necesito, Dulce.
Anahí.

Llevo varias cartas con una sonrisa de lo más estúpida dibujada en los labios. Isaac es un personaje curioso y debe tener un traje ignífugo, porque atravesar el fuego no es fácil. Y ella parece estar encontrando, poco a poco, su sitio.

Hola,

Hoy he tocado el piano. No podía dormir y sentía que me ahogaba entre las sábanas. Tenía un nudo en la garganta que no me dejaba respirar, así que, decidí levantarme para solucionarlo como siempre, pero, entonces pasé junto a la sala de lectura y lo vi ahí, tan a oscuras y tan solo. Un poco como yo, la verdad. El mundo dormía y la tentación era demasiado grande. En cuanto coloqué los dedos sobre las teclas me acordé de aquella noche y de la manera en la que me mirabas al salir del cuarto de baño. Recordé cómo me sentí yo al tocar después de tantos años, gracias a ti, y también recordé todo lo que ocurrió esa noche entre nosotras. La mejor noche de mi vida. En tus labios los fantasmas se hicieron más pequeños, ¿sabes?

No sé cuánto tiempo estuve dejándome llevar por la música, solo sé que, al levantar la vista ya era de día. Un nuevo día para seguir luchando a un paso del abismo. Un paso que, esta vez, no di. Ojalá lo hubieras visto.

Cómo te extraño.

Anahí.

—¡Muy bien! —exclamo acariciando a White con los ojos inundados en lágrimas. «Un nuevo día para seguir luchando a un paso del abismo. Un paso que, esta vez, no di»—. Lo estás consiguiendo, Any. Puedes hacerlo.

Hola,

¿Recuerdas las clases de cocina de las que te hablé el otro día? Pues hoy me ha tocado a mí ser la chef estrella. Pensaba sorprenderlos con un delicioso «pescado al horno Andrade», pero necesitamos una boda para eso. ¿Sigue libre tu hermano?

Es broma, deja de mandarle rayos láser al papel, que no me vas a alcanzar.

Al final preparé Cappelloni al prezzemolo. Fueron todo un éxito, como te imaginarás. Estas clases me divierten mucho. Dice la nutricionista que es nuestro momento de reconciliación con la comida y, aunque sea un poco absurdo, creo que funciona. Es verdad que mi origen no se debe a un problema directo con ella, pero, aun así, creo que funciona. Ver a Isaac comerse unos

Capelloni con cara de felicidad ha sido la culminación perfecta para este día.
Bueno, no, la culminación perfecta es poder estar contándotelo a ti. Nunca pensé llegar a sentir esta satisfacción al ayudar a alguien de manera indirecta. Es muy bonito. Ahora entiendo por qué estudiaste psicología.
A lo mejor me da por estudiar cocina o nutrición. ¿Te imaginas? Una chica con trastornos de la conducta alimentaria que sea nutricionista. Paradójico desde luego. Aunque tú dices que todo es posible.
Te extraño muchísimo.
Anahí.

Hola,
Hoy estuvo por aquí Oliver (he decidido no volver a llamarle papá hasta que lo sienta como tal). Creen que es parte importante de mi recuperación. Ya han pasado algunos meses desde que estoy aquí dentro y creemos que poder perdonarle es fundamental para ir cerrando heridas y perdonarme a mí misma. Vendrá una vez a la semana para mis sesiones con Marta.
Habló de ti, ¿sabes? Dijo que eras la única persona, además de mi madre, que le ha plantado cara en sus cincuenta años. Y que eso le obligó a frenar y mirar un poco a su alrededor. Me sentí tan orgullosa… Nos has cambiado la vida a todos, ¿eh?
Te extraño mucho.
Anahí.

Hace varias cartas que ha sustituido su «Te necesito» por un «Te extraño», y eso me tiene el corazón latiendo de una forma mucho más bonita.

Hola,
Hoy mi pa Oliver ha traído una fotografía de mi madre. Llevaba muchos años sin ver ninguna y nos tocó analizarla frente a un espejo. ¿Sabes que nunca me había dado cuenta de que tengo un color de ojos parecido a los de ella, pero que la forma es más similar a los de él? Es curioso, porque creía que no nos parecíamos en nada. Me dijo que el gesto que hago de arrugar la frente cuando

algo no me cuadra también es una aportación genética Valente, que fue uno de los primeros gestos que imité y que mi madre se moría de risa y él de orgullo. Nos pusimos a hacerlo al mismo tiempo y Marta nos miraba como si estuviéramos mal de la cabeza, pero sonreía un poco, que ya la conozco. Fue un momento divertido.
Me regaló la foto. La tengo aquí mientras te escribo. Era tan guapa, Dul. Creo que mi madre y tú son las mujeres más guapas que he visto en mi vida.
Te extraño mucho.
Anahí.

Hola,
Acabo de terminar un libro que te encantaría. Se llama «Cómo enamorarse» de Cecelia Ahern. La historia es tan parecida a la nuestra que a veces he pensado que la habías escrito tú bajo un pseudónimo. Bueno, en realidad no se parece tanto, pero trata de una chica, Christine, que un día va caminando por un puente y ve a un chico, Adam, a punto de suicidarse. Consigue convencerlo para que no lo haga pidiéndole que le dé un plazo de dos semanas. En dos semanas tiene que haberle demostrado que la vida merece la pena, si no, volverá a intentarlo. ¿Qué crees que pasa? Hacen muchas locuras, se sumergen en divertidas aventuras y, poco a poco, parece conseguir que Adam se vuelva a enamorar de su vida. Pero, al igual que en nuestra historia, no todo es color de rosa. ¿Crees que sea capaz de cambiar su actitud para siempre? No te voy a contar el final del libro ni si ellos terminan juntos, porque la exnovia de Adam entra en juego, pero sí te voy a decir que viven algo precioso y que, a veces, aunque sea pasajero, encuentras ese motivo que te hace frenarte y ver la vida de diferente manera. Adam encontró a Christine. Yo te encontré a ti.
Te extraño mucho.
Anahí.

Hola,
Hoy ha sido un día terrible. Volví a sentir el agobio de estar encerrada en este lugar, sin saber nada de ti y sin poder salir corriendo. No me apetecía ir a la terapia, escuchar a nadie ni tener

que hablar con otro ser humano. El pobre Isaac ha pagado las consecuencias de mi mala leche. Encima la sala del piano estaba a tope y no me gusta tocar delante de nadie, así que me puse en internet a buscar partituras y encontré una canción que me hizo pensar en ti. Se llama «Footprints in the sand» de Leona Lewis. Te parecerá raro, pero encontré un alivio casi inmediato y sentí que esa letra decía justo lo que tú me hubieras dicho. A veces, las cosas llegan cuando más las necesitas. «Cuando me siento perdida, encuentro tus huellas en la arena». Creo que la escucharé cada vez que me sienta perdida.
¿Te parecería una locura que audicionara para entrar en el Conservatorio Nacional de Música? A mí si, porque ni siquiera soy capaz de tocar delante de mis compañeros. ¿Cómo voy a hacerlo delante de un jurado o de cientos de personas?
Quién sabe. Tal vez algún día, si salgo de aquí.
Te extraño.
Anahí.

Antes de abrir la siguiente carta busco la canción en mi teléfono y empiezo a reproducirla. Necesito saber por qué le recordó a mí.

«You walked with me footprints in the sand and helped me understand where i'm going. You walked with me when I was all alone with so much unknown along the way. I heard you say i promise you i'm always there when your heart is filled with sorrow and despair».

Las lágrimas caen por mis mejillas sin control alguno desde hace rato, pero creo que en la primera frase de la canción aumentaron en densidad. Ella se aferraba a nosotras cuando no tenía fuerzas y yo me pasé meses teniendo pánico de no poder estar ahí si eso pasaba. Estaba. Anahí hizo que estuviera.

Hola,
¿Recuerdas lo que te dije del conservatorio? Lo hablé con Marta. Dice que le parece una idea perfecta, que es bueno que empiece a hacer planes de una vida fuera de aquí y que, si la música es mi sueño, tengo que luchar por él. Le pregunté qué pensarías tú y se rio. De vez en cuando sigo intentando sacarle información, pero no

hay manera, la tía es dura como una roca. Se ríe, me ignora y sigue con lo suyo sabiendo que no tardaré en volver a intentarlo. Es una chica increíble, tengo que reconocerlo. Me cuesta demasiado creer que no te enamorases de ella.
Ojalá no te hayas enamorado de nadie. Fui una estúpida al pedirte que no me esperaras, porque ahora sé que algún día voy a salir de aquí y ojalá tuviera la certeza de que sigues estando ahí.
Espero que estés siendo muy feliz, Dul. Te mereces tenerlo todo.
Te extraño cada día.
Anahí.

Fui una estúpida al pensar que podría no esperarte.
Eres la única, Anahí.

Hola,
He comenzado a componer una canción. Quiero tenerla lista para cuando salga y haga las audiciones, pero me siento un poco bloqueada en este punto. Tal vez deba mostrársela a alguien. ¿Crees que Marta querría escucharla? Estoy intentando expresar lo que ha sido mi vida y me he quedado estancada. Todavía no tiene nombre. Hablaré con Marta.
Te extraño.
Anahí.

La incomodidad que sentía al principio porque haya sido Marta la que ha estado presente en su último año y no yo, ha ido desapareciendo con cada carta. Creo que no ha podido haber una persona más adecuada que ella para estar a su lado y ser su apoyo profesional y personal. Marta la ha cuidado como yo no hubiera podido cuidarla. Y soy un poco gilipollas por haber tenido que leer todo esto para darme cuenta.

Hola,
He decidido cortarme el pelo. No, yo sola no, tranquila. Isaac es peluquero, así que estoy en buenas manos (o eso espero). El caso es que últimamente siento que no se me queda media cabeza en el cepillo cuando me peino y eso me gusta. Vamos a hacerme un corte para sanearlo y que crezca con más fuerza. Puede que me

haga algo más y quizás le diga a Jessica que me arregle las manos. Las uñas me están creciendo muy rápido y eso no va muy bien para el piano. Esto parece un salón de belleza.
Mañana te cuento cómo me han dejado.
Te extraño.
Anahí.

Hola,
Me dejaron bastante bien, la verdad. Ese chico es un artista con las manos. Me cortó un poco el pelo y decidimos oscurecer el tono para acercarme al mío natural y recuperar su brillo. Te vas a pensar que estoy en un *resort* y que me paso el día relajada en la piscina, pero te prometo que no hago solo eso. Lo que pasa es que veinticuatro horas dan para mucho si las sabes aprovechar y aquí no hay otra cosa que hacer más que cuidarse a una misma en todos los aspectos.
Espero que este nuevo *look* te guste tanto como a mí.
Te extraño.
Anahí.

Tu nuevo look y tu nueva tú, me encantan.

Hola,
¿Sabes quien estuvo aquí hoy? David. No creo que lo recuerdes por el nombre, pero te hablé de él una vez. Es mi ex. Se supone que para avanzar tengo que cerrar ciclos y David hace tiempo que se merece una explicación por mi parte.
Estuve varias horas hablando con él. Me alegró ver que ha rehecho su vida. Está feliz y eso me gusta, porque yo nunca pude darle lo que él necesitaba. Tuve que pedirle perdón por ello y por haberle apartado sin más. Le deseo lo mejor. Se lo merece, es un buen chico.
Te vas a preguntar que por qué recibo visitas de todo el mundo menos de ti. Bueno, no eres un ciclo que quiera cerrar, y aunque en algún momento considerarán que ya estoy lista para recibirte, que ya no tengo esa necesidad hacia ti, no quiero que ocurra aquí. Quiero que la próxima vez que nos veamos, Dulce, sea yo quien vaya a buscarte. Quiero estar fuerte para luchar por ti.

No pienses que no te extraño, porque lo hago a cada minuto, pero, tal vez, ya no necesito tu presencia física para seguir adelante. He entendido que estás conmigo todo el tiempo, aunque no te vea.
Eres parte de mí.
Anahí.

Hola,
¡Ya sé cómo se va a llamar la melodía! ¿Qué te parece «Corazón de bambú»? Creo que le viene como anillo al dedo. Sé que algún día podrás escucharla, pero te advierto que es una canción que empieza un poco triste y que, poco a poco, va aumentando en cuanto a ritmo y fuerza. Es una contradicción constante entre lo melancólico y lo alegre, pero al final la vida se impone y termina con una calma muy placentera. Todavía no está acabada, pero creo que «Corazón de bambú» será su nombre.
Pronto la escucharás.
Te extraño.
Anahí.

«Corazón de bambú».
Miro hacia mi izquierda e intuyo que ahí debe estar ese pedazo de madera que se pierde entre la oscuridad.
«Corazón de bambú - AyD».

Hola,
No tengo ni la más mínima idea de cómo comenzar esta carta porque me tiemblan los dedos al escribirla. Menuda mierda de letra me va a salir. Es la última carta que te escribo estando aquí dentro, Dulce. Creen que estoy lista para salir, y aunque yo albergo ciertas dudas todavía, sé que debo intentarlo. Marta me dijo que era el momento y, por su expresión, sé que tiene algo que ver contigo, así que no me lo he pensado demasiado. Solo espero que no te vayas a casar y me esté haciendo salir para impedirlo o algo por el estilo, porque hace mucho tiempo que no monto a caballo y «Novia a la fuga» no es mi favorita de Julia Roberts. Soy más de «La boda de mi mejor amigo». Esa chica tiene un serio problema con los matrimonios, ahora que lo pienso.
Esta tarde hice una llamada al Conservatorio para informarme

sobre las pruebas. ¿Adivina qué? ¡Resulta que son la próxima semana! Las cosas se han colocado de una manera muy rara pero demasiado bonita. Estoy nerviosa. ¿Crees que lo haré bien? Ya he conseguido tocar delante de Marta, de Isaac, y hace unos días hice un pequeño concierto para el personal y todos los compañeros. Fue precioso. Se emocionaron y me sentí muy plena. Llevo cerca de un año acercándome a un dragón mediante sostenidos y bemoles y ya se ha convertido en mi fan número uno. Supongo que eso significa que, sí, que estoy lista.

Voy a verte de nuevo. No me lo puedo creer. Ha pasado más de un año. ¿Cómo estarás? ¿Cuánto habrás cambiado? ¿Seguirás teniendo esa facilidad para desmontarme cuando me miras? ¿Cómo no la vas a tener? Si lo pienso y ya estoy temblando.

Tengo tantas cosas que decirte, Dulce, y al mismo tiempo deseo disfrutar tanto de nuestros silencios.

Voy a echar de menos a Isaac, pero estoy segura de que, cuando él salga, formará parte de mi vida. El loco se puso a dar saltos por todo el centro cuando se lo contamos. Por cierto, dice que Marta está muy buena, que soy la paciente VIP del centro y que, si le llega a tocar a él hacer sus terapias con ella, a lo mejor se vuelve hetero. No se lo cree ni él, le gustan demasiado los hombres.

Esta noche haremos una fiesta de despedida, así que, tengo que dejarte ya, pero te veo en unos días. Qué increíble suena.

Te quiero.

Anahí.

El corazón se me va a salir del pecho y no sé si el motivo es todo lo que he leído o esas dos penúltimas palabras.

«Te quiero».

Menuda imbécil estás hecha, Dulce.

Una lágrima cae sobre la última carta mientras me doy cuenta de que el sol hace rato que ha empezado a salir. Llevo toda la madrugada aquí sentada, empapándome de la otra cara de este año que hemos estado separadas. Una historia siempre tiene dos puntos de vista y ahora conocemos el suyo. Me ha hecho sentir tan presente y tan parte de su recuperación, que ha conseguido que se esfume ese resquicio de culpabilidad que me había quedado tras su desmayo. Yo no fui culpable de aquello al igual que ella no es culpable de lo que yo he sentido estos meses. Me lleva muchísima ventaja, porque ella ha

conseguido utilizar lo nuestro como un arma más de lucha. Una más de todas las que tiene. Lo nuestro no es tóxico, joder, es una pasada de bonito. Es una historia en la que los momentos buenos han sido superiores a los malos y eso es amor. No cuando hay más lágrimas que sonrisas, no cuando la inseguridad es constante o cuando eres incapaz de sentir calma. Esto es amor, sentirse presente, aunque no estemos físicamente, recordar momentos y que en China me maldigan o que en Brasil me envidien porque ningún carnaval hará tanto ruido como mi corazón cuando piensa en ella.

Anahí me hizo enamorarme de la vida mientras intentaba que fuera ella quien se enamoraba de la misma. Y, joder, cómo asusta descubrir que una tarde de risas sobre el césped de un centro de salud mental es un detonante de felicidad cuando lo tienes y de tristeza cuando no. Cómo asusta ser consciente de que, en todo lo que haces, hay un vacío con nombre y apellidos. Pero es que, el vacío es normal y eso no nos lo cuentan. No nos dicen que a veces se llora de felicidad y otras de tristeza, que las personas se marchan y debemos aceptarlo, y que el hueco va a estar siempre ahí, que intentar llenarlo es absurdo, pero que somos puñeteros volcanes llenos de cráteres y que las llamas no nos queman. Las llamas lo destruyen todo y hay que reconstruirlo. Y eso es jodidamente bueno, porque somos volcanes.

Ni un puñetero océano puede apagar nuestro grito.

Creamos islas de lava donde no hay nada.

Es tan necesario comerse el mundo como no querer salir de la cama. Las emociones están ahí para ser expresadas y, si no lo hacemos, el espejo nos puede devolver una imagen que no reconocemos.

Resulta que durante este tiempo Anahí fue superando sus etapas y convirtió nuestro recuerdo en algo positivo. No evitó necesitarme ni echarme de menos, lo hizo, y al ir deshaciéndose de esas capas se encontró con un «te quiero» de la hostia.

—Es una dragona —le susurro a White—. No le hace falta escudo ni espada, porque escupe lava y vuela altísimo —Intento limpiarme un par de lágrimas, pero el río tiene tanta fuerza que prefiero dejarlo correr. Ya va siendo hora—. Ojalá pudiera decirle…

—Tú ya has dicho suficiente. Ahora me toca a mí.

Me giro a la velocidad de la luz, con el corazón latiéndome en la garganta y mi perro saltando hacia ella como si no la hubiera visto en meses.

Ella.

Tan guapa como siempre y un poco más que nunca, porque se ha vestido con una expresión diferente y yo me quedo clavada en esos ojos azules. Me gustaría levantarme de aquí y abrazarla, dejarla sin respiración como el día que habló por primera vez y que a mí el mundo me pareció un poco más bonito.

Siempre regresa.

Puede que hace unas horas no lo viera, pero es que, volvió aquel día para que su padre no la alejara, volvió aquella tarde en el baño mientras me pedía ayuda, volvió en el hospital, volvió después de un año y está aquí ahora.

Empieza a avanzar mientras White regresa satisfecho a su antigua posición. Ella se sienta a mi izquierda y, con el movimiento, su olor me invade para recordarme que nunca he dejado de estar perdida y que, por mucho que haya cambiado, la Dulce de aquel pasillo está tan presente como el primer día.

Sus ojos azules desde tan cerca me dicen que ella ha cambiado mucho más, pero que aquella Anahí también se asoma de vez en cuando, que ambas se encontraron en medio de paredes blancas con cuadros relajantes y que, a lo mejor, se van a seguir encontrando para siempre.

Suspira, y desvía la vista hacia el lago.

—La otra noche, durante la presentación de tu proyecto, me di cuenta de algo muy importante. Algo que me recordaste ayer en la plaza. Siempre has sido tú quien ha contado esta historia —concluye conectando nuestras miradas—. Te subiste a un escenario y le contaste a un montón de desconocidos cómo te enamoraste de una chica cuando todo a tu alrededor te gritaba que no podías hacerlo. Lo hiciste tan bonito y tan real, que me dieron ganas de quitarte el micrófono y gritarles que no habías estado sola en esto, que ese proyecto nos cambió la vida a ambas. Vi a la gente emocionarse sin tener ni idea de que, la persona de la que hablabas estaba ahí, entre ellos, escuchándote muy atenta. Conseguiste que me vieran a través de tus ojos, Dulce, y que se emocionaran con una historia llena de esperanza.

Guarda silencio un instante, quizás esperando alguna palabra por mi parte o tomándose un descanso, porque parece que, lo que quiere decir tiene pinta de ser muy intenso. Sonríe de medio lado al ver que intento limpiarme las lágrimas sin mucho éxito y suspira antes de volver a clavar la vista en el horizonte.

—Antes de conocerte estaba muy perdida. No sé cuántos seres humanos llegan a conocer esa oscuridad que yo conocí, pero te aseguro que es como un agujero negro que te engulle sin que puedas evitarlo. Deseaba ser invisible. Te juro que deseaba con todas mis fuerzas evaporarme y dejar de existir. De hecho, era invisible para la persona que más quería en el mundo, y me llegué a creer tanto su indiferencia, que empecé a desaparecer sin darme cuenta —confiesa con un par de lágrimas comenzando a descender—. Pero, un día, cuando estaba segura de haberlo logrado, cuando al mirar en el espejo solo veía un cuerpo vacío y un alma desierta, deambulaba por los pasillos de una residencia y un impacto fortuito me obligó a encontrarme con unos ojos que, a pesar de mi invisibilidad, me vieron. Me miraste —recuerda girándose hacia mí—. Me miraste y yo me vi reflejada en tus ojos, Dulce. Durante unas milésimas de segundo me trajiste de vuelta a un mundo del que había logrado escapar. En esas milésimas me sentí presente, y aunque en aquel momento, mi mente era todo ruido sin sentido, algo había pasado. El corazón me latía a una velocidad de infarto y eso era demasiado raro, porque un corazón muerto no late. Al principio quise alejarme de esa sensación, pero, al mismo tiempo necesitaba asegurarme de que no iba a volver a pasar, que una simple mirada no iba a arrancarme de mi dimensión paralela. Tenía la esperanza de haber sido invisible también para ti, pero, resulta que ahí estabas —Sonríe entre lágrimas—. Al día siguiente a la misma hora, para confirmarme que me habías visto y que querías seguir haciéndolo. Me estabas diciendo que en un segundo habías atravesado mi mundo de invisibilidad y que ya no iba a poder volver a él, porque ahí ibas a estar para impedirlo. Saltaste la muralla de fuego como si tuvieras un traje ignífugo y apareciste al otro lado. Mi mente huía y mi cuerpo te buscaba, mi cerebro tenía miedo y mi dragón cada vez se acercaba un poco más a ti, volviéndose adicto a tu compañía, a tus detalles y a tus silencios. —El mío me gruñe al oído y trato de seguir secando lágrimas porque me molesta demasiado perder nitidez en su rostro—. A pesar de todo seguí pensando que te cansarías, que, si no te hablaba ni te miraba, si no te daba una pista de que estaba ahí, tarde o temprano, te cansarías de esperar. Una parte de mí lo deseaba con muchas ganas y la otra temblaba cada mañana al escuchar tus pasos en el pasillo o segundos antes de que aparecieras para sentarte en el banco con tu almuerzo. De saltar la muralla pasaste a estirar el brazo poco a poco para acariciar a un dragón muy

cabreado y yo empecé a esperarte, a desear tu presencia, empecé a observar tus gestos y a preguntarme por qué, ¿por qué yo? ¿Por qué te estaba dejando alcanzarme? El día que Oliver apareció para sacarme de La Cascada tuve que tomar una decisión y se me encogió tanto el corazón al verte suplicarme de rodillas que no me marchara, que la cabeza perdió ese día, Dulce. Hubiera sido muy fácil marcharme y volver a mi mundo, alejarme de esa brecha que habías creado y acomodarme de nuevo en mi oscuridad hasta que todo se apagara. Pero ese día elegí quedarme. Te elegí a ti. Luz frente a oscuridad. Una decisión transcendental. A partir de entonces todo fue cambiando entre nosotras. Cada día estábamos un poco más cerca y ya no eras tú la única que estiraba el brazo, mi dragón empezó a estirarlo también. Pero mi infierno seguía ahí, mi enfermedad me ahogaba mientras tú me dabas cada tarde un nuevo motivo para respirar. No sabía cómo lidiar con esa batalla, no sabía cómo salir y, ni siquiera sabía si quería salir. No podía hacerlo —Niega con un poco de rabia en los ojos—. Entonces vinimos aquí y la burbuja estuvo tan bien construida que, por primera vez, el miedo se evaporó. Aquí éramos Any y Dul. En este lugar conseguí olvidarme de la persona que había estado siendo durante tantos años y me dejé querer. Temblé con tus miradas, me estremecí con tus caricias, deseé tus besos como nunca había deseado los de nadie y me aferré tanto a tu abrazo que no quería salir de ahí jamás, porque ahí todo era fácil, todo era paz, no había tormentas ni dragones, ya no había vacío. Nunca me había pasado de esta manera, con nadie, y no entendía demasiado bien esa atracción y ese sentimiento tan intenso, pero tampoco me importaba entenderlo, porque llenaba cada hueco y ante eso no hay que hacerse preguntas. Fue ahí cuando lo vi. Cuando vi que podía salir del infierno. Pude dejar de escuchar voces cuando me ponías una comida delante, pude ir sola al cuarto de baño sin que un dragón me gritara que debía arrodillarme para vaciar kilos y kilos de soledad. Ya no estaba sola. Mi corazón ya no pesaba. Era libre. Me miré al espejo, por primera vez, sin sentir asco del reflejo y, ¿sabes por qué? Porque tú mirabas ese reflejo con amor. Me mirabas a mí con amor. —Asiento y ella traga antes de suspirar para continuar—. La burbuja estalló cuando tuviste que marcharte y el dragón volvió. Me hizo creer que otra vez estábamos él y yo solos, y que jamás podría ganar la batalla sin tu ayuda. Así que, me rendí —admite dejando caer los hombros—. Detener la lucha es lo más fácil cuando pelear a diario se vuelve tan

agotador. Demostré que mis fantasmas tenían razón, yo no te merecía, fui egoísta con la persona que menos merecía que lo fuera. Esta enfermedad es así, nos hace creer que nuestro dolor está por encima de todo y el que causamos no cuenta. No supe ver lo injusta que estaba siendo contigo porque ya no recordaba cómo era que alguien me quisiera de esa forma. Quise que te marcharas, que me dejaras en paz, porque tú eras lo único que me mantenía entre dos mundos y ya estaba cansada de caminar por una cuerda floja. Si tú no esperabas nada de mí volvería a tenerlo fácil. Estaba segura de que lo harías, ¿sabes? Cuando te grité en La Cascada y te pedí que me dejaras, estaba segura de que no volvería a verte, que ya te habías hartado de una loca que primero te exige que te quedes y luego te grita que te vayas. Creía que tú también te habías rendido, y cuando abrí los ojos en el hospital y te vi derrumbada y, aun así, ahí, entendí que no podía seguir arruinando tu vida de esa forma. Me prometí que jamás volverías a derramar una lágrima de dolor por mí. Parece que no sé cumplir promesas —bromea con media sonrisa mientras intenta limpiar mis mejillas de una riada descontrolada. No importa, porque la bola es cada vez más pequeña—. Decidí hacerme cargo de la única persona que se había quedado después de echarla, de alguien que se enamoró de mi peor versión sin esperar, jamás, conocer a la mejor. Sentí pánico de morir y no volver a verte —confiesa inhalando muy profundo—. Con el paso de los días y de esa cotidianeidad que nos sorprendió en el hospital viendo series, leyendo, mirándote mientras trabajabas, esas miradas de complicidad cuando levantabas la vista y me descubrías observándote, esa cantidad de horas que me pasaba escuchando tu respiración o acariciándote el pelo, esos ojos de «por favor, no te vayas» con los que me miras siempre, o la sonrisa de «me encantas» que me dedicabas cada vez que era yo quien te descubría mirándome. No nos besamos en los labios ni una sola vez y, aun así, supe que quería esa vida. Quería vivir eso. Quería llenarme de cosas simples que me erizaran la piel y me aceleraran el corazón, quería quedarme sin aliento cuando fruncieras el ceño a dos centímetros de mí y dormirme con tu olor todas las noches. La vida era bonita incluso en un jodido hospital. No me hacía falta el lago, la burbuja, ni juegos que maquillaran la realidad. No necesitaba ser Any, porque estaba siendo Anahí, con su oscuridad y su dragón, y, aun así, era feliz. Lo único que necesitaba era controlar las voces y aprender a convivir conmigo misma también cuando tú no estuvieras. Así que, tuve que

romperte el corazón. Otra vez —recalca obligándome a inhalar el olor de su mano al acariciarme—. Por supuesto que iba a volver a buscarte, pero antes tenía que aprender a ser esa mujer de la que me sintiera orgullosa, esa que tú merecías conocer. No podía hacer que me esperaras porque todavía no estaba segura de poder conseguirlo, no podía tenerte años con tu vida en pausa, Dul. Todo lo que sucedió allí dentro ya lo sabes y también sabes lo fundamental que has sido en mi recuperación desde que apareciste. Lo que sentí por ti ha sido tan potente que me aferré a ello para combatir hasta que pude hacerlo con mis propias herramientas. Con mis propias llamas. Un día me dijiste que no podía quererte si no me quería ni a mí misma, pero creo que estabas equivocada. Te quise a ti en medio de un odio desbocado hacia todo lo demás, así que, a lo mejor ese odio no era tan grande. A lo mejor no estaba tan perdida. Creo que ambas huíamos de algo y, en medio de esa huida, nos encontramos en un pasillo interminable y muy bonito —Le sonrío. Un pasillo de paredes blancas y cuadros relajantes—. Sé que el dragón sigue aquí y que, algunas veces me gritará demasiado alto, pero ahora estoy llena de herramientas para convivir con él. Y sé que no quiero perder más minutos de esta vida, porque ya he perdido demasiados. Ya he perdido demasiado, Dulce. No quiero ser como mi padre, no quiero seguir perdiendo cuando puedo ganar, y no voy a lamentarme para siempre por todo lo que mi enfermedad me arrebató. Estoy recorriendo un camino complicado y estoy acercándome a la mujer que en realidad quiero ser, y estoy segura de que esa mujer también puede conseguir que te enamores de ella. No soy la misma Anahí de antes y tú tampoco eres la misma Dulce que me miraba entusiasmada desde el otro lado de un banco, pero es que no tenemos por qué volver a serlo, y estoy segura de que, incluso así, podremos encontrarnos en el mismo camino. Estoy dispuesta a esperar y a conquistarte poco a poco. Si ahora eres tú la que no sabes cómo dejarme entrar, estaré aquí, a este lado de la tarima, estirando el brazo para acariciar a un dragón asustado. Ya no estoy hablando del pasado, Dul, estoy hablando del presente y de una vida en la que quiero hacer muchas cosas; entre ellas, compartirla contigo. Porque estoy enamorada de ti, Dulce. Porque te amo.

Una escala infinita en China.

Pero infinita de las de verdad. Un jodido terremoto de magnitud tan grande que la Tierra va a tener que volver a reconstruirse, porque de aquí nadie sale vivo. Un corazón que ha multiplicado por millones

su tasa de alcoholemia y que conduce desbocado estampándose con las paredes que le rodean. Un carnaval en el pecho y un volcán en el estómago.

«Porque estoy enamorada de ti»

Quiero decirle muchísimas cosas y no sé por dónde empezar. Quiero darle la razón en eso de que no soy la misma Dulce que la miraba entusiasmada desde el otro lado de un banco, quiero recordarle que esta Dulce se ha pasado noches enteras sentada en esta tarima muriéndose por ella, agarrándose fuerte el pecho para que no le doliera tanto y viendo amaneceres que no eran ni la mitad de bonitos. Quiero decirle que el calipso se ha vuelto un poco gris y que no sé cómo cerrar la caja de Pandora, que ahora me rodean todos los males del mundo y hay un dragón volando en zigzag porque es demasiado joven para emborracharse.

«Porque te amo»

—No puedes —susurro con un hilo de voz muy torpe. Ella me mira confusa y sus pupilas se dilatan tanto que el azul se pierde en medio de mucho negro y de muchas lágrimas—. No puedes volver a conquistarme, Anahí, porque no he dejado de amarte ni un solo segundo.

Le sonrío y ella se queda un poco paralizada en mis palabras, como si esto no se lo esperara o como si estuviera todavía cabalgando entre el «no puedes» y el «no he dejado de amarte ni un solo segundo», preguntándose qué significa.

Y lo significa todo.

Significa que Pandora va a tener que esperar a otra vida para destruir el mundo y que un dragón deberá aprender a pilotar borracho. Significa que en China se tendrán que acostumbrar a terremotos infinitos provocados por corazones occidentales y que el planeta va a tener que reconstruirse unas cuantas veces. No importa, ya lo ha hecho antes. Significa que en Río nos tendrán un poco de envidia, porque las mejores comparsas bailarán ahora en mi pecho.

—Porque yo también te amo.

Me inclino para unir nuestros labios y el calor que siento en el pecho cuando conecto con su boca es la sensación más alucinante que he sentido jamás. Está un poco salada, pero seguro que yo también. Abro los ojos al ver que todavía no reacciona y la miro desde muy cerca, con una sonrisa de medio lado y nuestra nariz haciéndose cosquillas.

«No tienes que volver a conquistarme, porque te quiero más que nunca».

Entonces sonríe, y el azul vuelve a brillar en medio de una hora dorada de las alucinantes, de esas que reflejan la luz en su mirada y que sería la toma perfecta para una película romántica. Sus manos acunan mi cuello para acercarse y, justo cuando nuestros labios están a punto de volver a rozarse, algo cae al agua distrayéndonos.

Un sobre comienza a nadar sobre la superficie empapándose de manera destructiva a medida que se aleja.

—¿Te faltaba una carta? —pregunta confusa—. Creía que…

—Es el resultado de mi proyecto —interrumpo observándolo—. Mi futuro profesional va directo a reunirse con Willy.

—¿Qué? —Me mira asustada—. Tenemos que ir a buscarlo, Dulce. Se va a deshacer.

—No es más que un papel.

—Es tu carrera. Has trabajado mucho en tu proyecto. Ese sobre tiene tu futuro en su interior.

—El resultado de mi proyecto lo tengo justo aquí —aseguro señalando con mi dedo índice sus ojos—. Y mi futuro no creo que pueda estar escrito en un sobre, pero en mi presente quiero solo una cosa. Besarte hasta quedarme sin respiración y volver a besarte después. Nada, Anahí Valente, va a impedir que haga en este momento lo que llevo tanto tiempo deseando volver a hacer.

En medio de una sonrisa por parte de ambas atraigo su cuerpo para que se coloque a horcajadas sobre mis piernas, ella vuelve a rodear mi cuello y junta nuestras frentes justo antes de suspirar. Sus ojos son jodidamente bonitos desde cualquier ángulo, pero esta perspectiva es, sin duda, mi favorita.

Un ladrido de White nos sobresalta y cuando nos giramos para mirarlo, mueve su cola contra la madera antes de recostar la cabeza y seguir a lo suyo, como si solo nos hubiera querido decir «Ey, que sigo estando aquí, tías». Y ambas lo sabemos, porque la hora dorada, el lago, la casa y la vida, no sería tan perfecta si él no estuviera.

—O, casi nada —sonríe Anahí volviendo a centrar su atención en mis ojos.

—Nada.

Abrazo su cintura con más fuerza y nuestras bocas chocan a medio camino, igual que lo hicieron nuestras miradas en aquel pasillo. Siempre hallamos la manera de encontrarnos. Sus labios se abren para

que mi lengua le diga cuánto la he extrañado y en medio de ese calor, enreda los dedos en mi pelo con mucha fuerza, como si no quisiera irse nunca de este lugar, como si hubiera soñado con este momento las mismas veces que yo.

«Esa es la cara de idiota. Nunca te conformes con menos».

No deberíamos conformarnos, no. Deberíamos aspirar a ese tipo de amor que nos acelere la vida y provoque terremotos, al que nos encuentre en la mitad del camino y esté dispuesto a pilotar dragones con nosotras.

Porque a veces pasa, nos creemos incapaces de dar porque se nos olvida cómo querer; pero, un día sientes sus brazos a tu alrededor, besa tu frente, alzas la vista y ahí están sus ojos, diferentes a todos los demás. Te sonríe, tu equilibrio se desvanece y tu vida se tambalea, y te dice en silencio que pretende esperar hasta que estés lista. Y tú no te das cuenta, pero son ese abrazo, ese beso y esa sonrisa, los que consiguen atravesar la muralla de fuego. Entonces, el miedo desaparece, porque te das cuenta de que eres un jodido dragón y, contra un dragón, nadie puede. Y resulta que no habías olvidado cómo querer, resulta que solo necesitabas a alguien con un traje ignífugo y mucha locura.

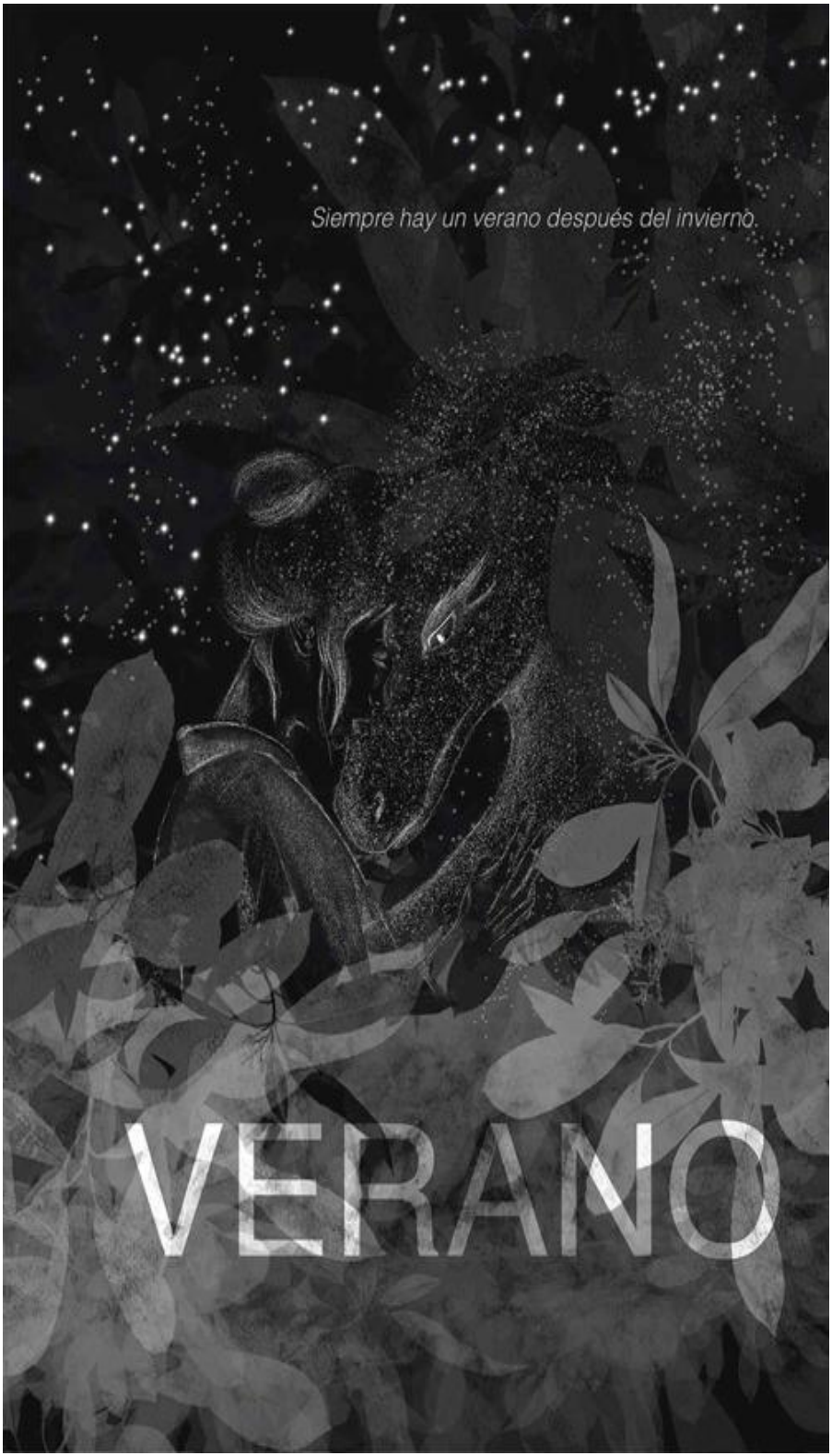
De Anahí he aprendido que te puedes desenamorar de la vida mil veces y enamorarte una más. Que el camino será igual de largo con pasión o sin ella, pero con ella se disfruta el doble.

¿Qué más da quién haya salvado a quién, si ambas estamos aquí?

Yo no voy a permitir que un sobre decida quién soy y ella no va a dejar que una enfermedad defina quién será el resto de su vida. Tenemos un par de dragones con mucho que decir y con mucho que escribir.

Puede ser cierto que la vida no es un cuento de hadas con final feliz, como advertí al principio, pero también es verdad que existen historias mucho más apasionantes que los cuentos de hadas. Historias que te hacen ser un poco más fuerte, un poco más paciente y estar un poco más viva. Que te enseñan a enamorarte, a soñar y a pilotar dragones internos. Que te dicen que un gesto de cariño a tiempo puede restaurar cualquier corazón herido. Ese tipo de historias son las que a mí me gustan y las que quiero vivir sin miedo. Porque la vida, con su oscuridad, sus sombras y su luz, es mucho más interesante que cualquier cuento de hadas, y porque, siempre, habrá un final feliz esperándonos a la vuelta de la esquina.

Solo tenemos que aprender a pilotar dragones.


Siempre hay un verano después del invierno.
VERANO

EPÍLOGO

Las postales no le hacen justicia a un paisaje como este. Para saber lo que es la Toscana hay que venir a la Toscana. Hay que recorrer sus caminos de tierra, perderse entre viñedos, no intentar hacer el amor entre ellos, porque es bastante incómodo, inhalar este aroma tan peculiar, esta mezcla dulce y ácida que no se percibe en ninguna otra parte del planeta y dejarte maravillar por una inmensidad de tonalidades verdes y amarillas que parecen haber sido creadas con escuadra y cartabón. Milimétrico, matemático y perfecto. Una proporción áurea sea cual sea el encuadre. El lugar favorito de la regla de los tres tercios y de mi cámara, porque aquí la hora dorada es el triple de bonita y las tarjetas de memoria van cayendo una tras otra sin compasión.

Así es Chianti. Un regalo para la vista y el resto de los sentidos, porque inhalar aire profundamente en esta parte del mundo te proporciona como mínimo cinco vidas extra.

La vibración de mi teléfono me obliga a hacer malabares para sacarlo del bolsillo y una sonrisa automática aparece al ver el nombre de la pantalla.

—¿Está bien? —pregunto con mucha prisa y poca educación—. ¿Cómo está?

—Perfectamente, y yo también, gracias por preguntar.

—¿Seguro? ¿Estás haciéndolo todo tal y como te dije?

—Dulce, tengo muy claro lo que hay que hacer: comida, agua y tres paseos al día. Deja el drama, no es más que un perro.

—Y tú no eres más que un gilipollas —protesto frunciendo el ceño y provocando su risa al otro lado de la línea.

—*Sé cuidar de mi sobrino perfectamente.*

—Activa el altavoz, quiero hablar con él.

—*¿Sabes que existen las videollamadas?* —pregunta dejándome percibir un cambio en el sonido.

—¡Hola, cachorro! —exclamo ignorando a mi hermano—. ¿Te está cuidando bien el idiota de tu tío? Te doy permiso para atacarle si no es así. Se rompió el brazo derecho jugando al *Baseball* a los quince años y sigue siendo su punto débil, empieza por ahí.

—*Vaya traidora. Ha levantado las orejas, pero no estoy seguro de que…*

Un sonido gutural muy característico me llega desde el otro lado provocándome una sonrisa instantánea.

—*¿Te responde? ¿En serio? Tienes un perro que habla, esto deberíamos explotarlo.*

—Eso mismo le dije a papá cuando tenías dos años, pero nunca me hizo caso. Una pena, quizás ahora seríamos ricos.

—*Menudo dardo directo al corazón. Te estás luciendo hoy, hermanita* —añade con dramatismo y una risa—. *Hablando de familia, ¿cómo está mi cuñada? ¿Nerviosa?*

Giro la vista para buscarla en cuanto la menciona y el corazón me late un poco más deprisa, como si el imbécil no la hubiera estado mirando hace cinco minutos.

Nos alejan unos metros y está tan concentrada en sus movimientos de yoga que ni siquiera se ha dado cuenta de que llevo ya bastante rato aquí. Todo un milagro de la ciencia, porque esta *Vespa* parece que se va a destartalar en cualquier momento. A veces me planteo bajarme y empujarla por miedo a que se le salga una rueda primero, el manillar después y mi persona a continuación. No es el vehículo en mejores condiciones y más silencioso del país, desde luego, pero es una reliquia del señor Valente que sirve para tachar otra frase en una lista de sueños.

Anahí se concentra tanto durante sus sesiones con el arte oriental que ni siquiera un meteorito estrellándose a dos metros podría sacarla de ahí. A mí me gusta un poco más de lo reconocible mirarla mientras lo hace, porque ahora estamos en medio de unos viñedos italianos, pero cuando me despierto por las mañanas para ir a trabajar con el olor a café aún caliente fundiéndose con la madera y, después de

servirme una taza, salgo al porche y la descubro haciendo lo mismo frente al lago, con White a su lado, es incluso un poco más alucinante. Nunca sé a qué hora se despierta, pero su forma de mirarme cuando me descubre observándola, su sonrisa de «te echaba de menos» y su estrategia de darme un beso para que no proteste por haberme robado la taza es una cotidianeidad que me llena el corazón de una sensación muy cálida y placentera.

Se pone de pie como si hubiera estado escuchando mis pensamientos, recupera el sombrero beige que había dejado a un lado para cubrir su pelo, enrolla la esterilla y se da la vuelta logrando que mis pulsaciones se descontrolen otra vez.

«Te echaba de menos»

Y corre hacia mí con un vestido blanco ondeando a la altura de sus rodillas, una mano sosteniendo el complemento de la cabeza y una luz en la cara que eclipsaría a la ciudad que nunca duerme.

Menuda suerte la mía.

—*Sabes que sigo estando aquí, ¿verdad? Seguro que necesitas un babero xl en este momento.*

—Que te responda ella misma.

Al llegar se cuelga de mi cuello haciéndome tambalear en la última palabra y su olor casi logra que olvide a mi hermano por segunda vez.

—*¿Cuñada?* —pregunta Daniel al otro lado del teléfono. Pongo el aparato en altavoz y ella me sonríe un poco más bonito desde esta distancia—. *¿Necesita mi hermana un babero xl mientras te mira?*

—Añádele dos equis —responde ella ampliando la sonrisa al verme rodar los ojos.

—*¿Puedes darle un cogotazo de mi parte?*

—Prefiero quitarle las babas de otra forma, cuñado, ¿con esta carita quién va a poder darle un cogotazo?

—*Uf, exceso de información. Yo querría, pero claro, tú eres el motivo de sus pérdidas de fluidos, ¿cómo te vas a quejar?*

—Me encanta que pierda fluidos por mí.

—*Uf, doble exceso de información.*

—Daniel, deja de hablar de fluidos y dile a Marta que te controle. Parece que estás en sequía, chico.

—*Tu perro duerme en medio de mi cama, chica.*

—*¡Doctora Andrade!* —exclama Marta uniéndose a la conversación entre risas—. *Tu hermano está en sequía porque White se ha enamorado*

de mí y yo de él. Dormimos juntos y creo que me quiere adoptar. ¿Cómo va el sueño italiano?

—Sueño tras sueño —respondo dedicándole a Anahí una sonrisa.

—*Any, ¿nerviosa?*

—¿Porque mañana tengo un concierto muy importante al que va a asistir toda mi familia paterna? ¿Por qué iba a estar nerviosa?

—*Por nada, porque eres una gran pianista y la presión debería ponerte cachonda, no asustarte.*

—*¡Joder! ¡Cómo estamos!* —exclama Daniel desde la lejanía y yo abro mucho los ojos.

—La mejor pianista y ¡joder! ¡Cómo estamos! —añado entre risas.

—¿Qué tal White? ¿Nos echa de menos?

—*Duerme con Marta Andoni a su lado, Anahí, este pequeñajo es la envidia de medio planeta.*

—*Yo incluido* —se escucha a mi hermano.

—*Ni caso. Se pasa el día diciéndome que quiere adoptarlo. En realidad, es él el que le presta más atención a su sobrino que a mí.*

—Esa historia me suena —apunta Anahí ganándose unas leves cosquillas por mi parte, a lo que responde golpeándome el hombro y lanzándome su típica mirada de «Si lo intentas, mueres». Y, sí que moriría, sí.

—*Corto la conversación antes de que esto se vuelva en contra de los hermanos Andrade* —comunica Daniel.

—Ya no te parece tan divertido, ¿verdad? —le digo.

—*Una cosa es que yo ejerza de hermano pequeño y otra muy distinta que estas dos se alíen en nuestra contra. Nunca salimos ilesos de esas batallas, Dul.*

—Nos tienen dominados.

—*Tristemente.*

La boca de Anahí roza el lóbulo de mi oreja cortocircuitando cualquier conexión entre mi cerebro y otras partes de mi anatomía.

—Se me olvida que tú eres más de dominar —susurra.

Abro los ojos de par en par ante tal insinuación y porque sus dientes atrapando esa parte de mi piel, su aliento golpeándome el oído y esa dilatación de pupilas cuando la miro, me erizan como si hubiera pasado un dragón polar a mi lado.

—Hablamos más tarde, chicos.

Después de intercambiar varios «Te quiero», «Yo también», «Mucha mierda en tu gran noche», «Luego hablamos», cuelgo la

llamada y le lanzo a ella una mirada de lo más amenazante.

—Menudo juego más sucio.

—¿No quieres que juegue sucio? —pregunta con la voz ronca acercándose peligrosamente.

—No quiero que dejes de jugar sucio.

Atrapa mi labio inferior con sus dientes robándome el aliento y las ganas de replicar al mismo tiempo. Sus dedos se enredan en mi pelo y abro la boca por puro instinto de supervivencia y porque necesito su lengua ya. Ella gime bajito al sentir el calor de la mía y se coloca entre mis piernas para que rodee su cintura con un poco más de fuerza. Uf, intenso y caliente a partes iguales. Mucho más cotidiano que al principio, pero no por ello menos efectivo. Una superproducción de endorfinas en mi bajo vientre y un calor repentino en la Toscana que no había planeado. Menudo control de los fenómenos meteorológicos tenemos nosotras. Provocamos terremotos y calcinamos viñedos, así, todo seguido y sin despeinarnos siquiera.

La intensidad del beso baja lo justo para que vuelva a atrapar mi labio y, si con esto pretende que la cosa se relaje, creo que no va por buen camino.

—No estoy segura de que debamos volver a intentarlo —apunto con la voz ronca—. Ayer terminamos sin orgasmo y con muchas piedras clavadas en el culo.

—Dos orgasmos y muchas piedras en el culo —corrige.

—Tienes razón.

Yo de verdad que no sé quién fue el lumbreras que aseguró que el enamoramiento dura entre unos meses y dos años. Ese tío no se había enamorado en su puñetera vida, porque yo creo que me enamoro de Anahí un poco más cada vez que abro los ojos. Los domingos, cuando aplaza su sesión de yoga para quedarse en la cama conmigo y es lo primero que veo al despertar y los lunes, cuando salgo al porche y la descubro haciendo posturas imposibles. Los jueves, cuando la recojo para ir a comer juntas y los martes que pasa la tarde conmigo en la floristería. Los viernes de series en el sofá y los sábados de cenas con amigas. Me enamoro de Anahí cada jodido miércoles y cada vez que esos ojos azules me miran las mariposas se despiertan quejándose por la poca calidad de su sueño en los dos últimos años. Que ellas dormían muy bien, me dicen. Que las tengo sobreexplotadas y que llevan demasiadas multas acumuladas en China, que a este ritmo no van a poder volver a visitar la muralla y que han sido estafadas por el señor

que les dijo que su contrato duraba solo dos años.

Dos años.

—Hoy hace dos años que empecé mis prácticas en La Cascada.

Abre los ojos de manera exagerada, como si esta información no la tuviera almacenada en ninguna parte del cerebro porque, claro, no estaba ella como para ser consciente del día que marcaba el calendario por entonces.

—¿Hoy hace dos años que nos conocimos?

—Dos años.

—Siento no haberme acordado. No sabía ni en qué día vivía.

—Tampoco es que hayamos avanzado mucho en ese aspecto —bromeo ganándome un golpe en el brazo y, entre risas, me inclino para alcanzar la caja plana y cuadrada que tengo en el reposapiés de la moto—. Puede que sea el momento perfecto para cumplir otro sueño de tu lista.

—Comer pizza sobre una *Vespa* en medio de la Toscana —recuerda con los ojos muy brillantes.

—Comer pizza sobre la chatarra de tu abuelo en medio de… —Me gano otro manotazo y el corazón avanza tres o cuatro casillas cuando Anahí abre la caja y los párpados al mismo tiempo.

Su risa se queda congelada en el aire y sus ojos azules alternan entre los míos y ese diminuto anillo de oro blanco y rosado que escondí en medio de triángulos de *pepperoni*.

—Anahí, ¿te gustaría casarte conmigo… algún día?

Lo suelto así, como si fuera la cosa más cotidiana del mundo. Como si no le estuviera ofreciendo algo transcendental y jodidamente acojonante. Cambiando Venecia o París por los viñedos de sus abuelos, la rodilla hincada por una moto a punto de la jubilación y la típica caja reveladora por un envase de pizza. Más cutre que romántico.

—¿«Algún día»? —pregunta confusa, como si ese término le descuadrara absolutamente con el resto de la frase.

—Sé que no es la pedida más romántica de la historia. Un anillo dentro de una caja de pizza. Encima se ha llenado de queso —Suelto un bufido de resignación—. Y también sé que solo llevamos unos meses juntas. No tienes que pensar en un ahora ni en un futuro cercano. Es solo que… fui al pueblo para comprar la pizza, vi este anillo expuesto en el escaparate de una joyería y supe que era perfecto para ti. Puede que venga de familia —bromeo nerviosa—. Los

Andrade lanzándonos a la piscina sin agua. Solo quiero decirte que hace dos años tuve un flechazo y la flecha se me clava cada día un poco más profundo. Quiero seguir construyendo una vida contigo y que me robes la taza de café todas las mañanas. Quiero ver cómo le das comida a White cuando piensas que no te estoy mirando y que tú le mires a él como yo también lo hago. Quiero estar en la primera fila de cada concierto y besarte a la salida con mucho orgullo y escondiendo lágrimas. Quiero verte componer y que me preguntes qué pieza me gusta más y no tener ni puñetera idea, porque has cambiado un cuarto de nota y se supone que tengo que darme cuenta, quiero que me beses muy lento entre risas cuando te diga «La segunda», por decir algo, porque si es la última intuyo que a ti te gustará más y que me respondas «Buen intento» a un palmo de los labios. Verte sonreír mientras duermes y que reptes hasta mí para que te abrace cuando te despiertas de madrugada. Que algunos domingos sigamos comiendo con mi familia, no demasiados, y fastidiar a tu padre lo que me queda de vida. Que vayas todos los días a recogerme al trabajo y que los martes me hagas compañía mientras te concentras en tus proyectos o me lees algún artículo de psicología. Que me sigas haciendo buscar con lupa «la hojita» del bambú que crees haber visto y que no esté ahí, pero que al día siguiente la vuelvas a esperar. Quiero seguir tachando frases en la otra lista de nuestra nevera y que no pare de aumentar. Eso es todo lo que significa este anillo, Anahí, que quiero una vida simple y alucinante a tu lado.

Ella se queda mirándome completamente perpleja y yo trago saliva porque acabo de soltarle unos votos improvisados que, ojalá alguien hubiera apuntado para repetirlos en un futuro, y porque no dice nada. Y me encantan nuestros silencios, pero no estoy segura de que este sea el mejor momento para disfrutar de uno.

—No sé si pueda esperar a estar en casa para casarme contigo, Dulce. Lo haría aquí mismo si tuviéramos a White. No necesito años para saber que la piscina siempre ha estado rebosante de agua, y aunque no nos hace falta ningún papel que lo confirme, quiero casarme contigo porque… —Sonríe de una forma sospechosa y las pulsaciones a mí se me aceleran un poquito más. ¿Ha dicho que sí?—. Necesito la receta del pescado al horno Andrade.

Frunzo el ceño intentando suprimir una sonrisa, pero su expresión me revela que no lo he conseguido para nada y que a ella le gusta demasiado esto. Junta nuestras frentes y suspira muy profundo.

—¿Sabes por qué la piscina tiene tanta agua?

—¿Esto tiene algo que ver con lo de los fluidos de antes? —bromeo sonriendo contra sus labios y ella hace lo mismo.

—Porque consigues que, en medio de cualquier situación estresante, me detenga, te mire, y recuerde la suerte que tengo de que ese día me hayas mirado a mí.

Sonrío con el corazón un poco más ahuecado y libre, un poco más grande y más seguro. Ella saca el anillo e intenta retirarle los restos de queso entre risas. Un poco raro todo, pero demasiado asombroso. Me entrega la joya y extiende la mano para que se lo coloque.

Nunca he sido de creer en el matrimonio ni de darle demasiada importancia a un papel, pero cuando vi este anillo expuesto en la tienda, una sucesión de imágenes se mezclaron en mi cabeza. La vi a ella caminar hacia mí como hacía todas las mañanas, sin su chándal holgado, pero con una sonrisa muy brillante, sin un dragón gruñéndome en el interior de un par de pupilas, sino con una luz deslumbrante en la mirada. Avanzando hacia mí y gritándole al mundo que esta es la nueva Anahí y que la nueva Dulce la espera al final de un altar para seguir haciendo *slackline* entre volcanes.

—No le cuentes a nadie que te lo he pedido con una moto rota y una caja de pizza, por favor. Tenemos que inventar una historia más romántica.

—No hay nada más romántico que arriesgar tu vida para seguir cumpliendo sueños de mi lista.

—Claudia me va a llamar «Dulce la ermitaña cutre» lo que me resta de vida.

—Claudia está loca por ti, en el sentido más heterosexual de la palabra, sustituirá el adjetivo que acompaña a ermitaña cada semana.

—Curiosa forma de consolarme —resuelvo dándole un mordisco al pedazo de pizza que acerca a mi boca.

Ella sonríe justo antes de hacer lo mismo y estoy segura de que esta chica y yo teníamos que pelear con dragones antes de aprender a pilotarlos. Antes de saber que volar con ellos es mucho más divertido, abrazarlos de madrugada y jugar entre viñedos es la hostia de emocionante, y los tíos a veces se pasan con el fuego y nos toca esquivar una llama perdida, pero no dejamos de jugar a intentarlo, de tachar sueños en una lista y de apuntar otros nuevos, porque ahora sabemos volar, porque ese fuego logró derretir el hielo de unos ojos azules y, a lo mejor, de eso se trata, de encontrar el equilibrio, de dar

un paso primero y luego ya se verá el siguiente. Nadie ha atravesado la línea del primer kilómetro sin haber pasado por los primeros centímetros. Nadie.

El aire frío del otoño golpea mi rostro mientras conduzco la *Vespa* por caminos de tierra que parecen un laberinto. Los brazos de Anahí rodean mi cintura y su barbilla permanece apoyada en mi hombro desde hace rato, con la respiración golpeando mi oído y besos furtivos en el cuello que, unidos al sonido de su risa juguetona, me provocan unas cosquillas de lo más agradables.

La entrada a la villa de sus abuelos es casi como la de un palacio, está siempre llena de gente, porque lo que un día fue un viñedo artesanal de un matrimonio con poco dinero y muchos sueños, se terminó convirtiendo en una de las bodegas más importantes del país, que acoge a cientos de visitantes semanales y decenas de trabajadores que se esfuerzan por obtener el vino favorito de mi abuelo.

En cuanto detengo el motor del vehículo la abuela de Anahí se gira con una sonrisa gigante pintada en la cara y empieza a hacer aspavientos en nuestra dirección. Muy a la italiana.

«¡Mia bella Anahí! ¡Dulce bambina! ¡Venite qui!»

Su acento es tan entrañable como la alegría que siente cada vez que ve a su nieta. Se le nota en cada arruga de su rostro y en esos ojos que, curiosamente, son casi tan azules como los de ella. El gen recesivo que se saltó a Oliver y se hizo amigo de Valeria para darle a la hija de ambos esa herencia tan característica. Dos mujeres al poder en este caso.

Ella corre como una niña pequeña hacia sus brazos y la señora la envuelve con cariño mientras le cuenta algo que le arranca una carcajada y a mí se me empañan los ojos con la imagen. El señor Valente la mira como si toda esta mansión y estas tierras se quedasen diminutas frente a la presencia de su nieta y le entrega un racimo de uvas para que lo pruebe.

Anahí me busca con la mirada, y al ver que no he avanzado ni un centímetro, vuelve junto a mí con una sonrisa en los labios que me calienta mucho el corazón.

—Las acaban de recoger —informa metiéndome una uva en la boca—. ¡Están riquísimas!

Y sí que lo están, sí. Y eso que yo soy más de uva triturada y con alcohol que de las que me atragantan en fin de año.

—¡Vamos! El abuelo quiere enseñarnos a aplastarlas —exclama emocionada—. Espero que no le tengas mucho aprecio a esa ropa, porque se va a ir directa a la basura.

Agarra mi mano con mucha impaciencia y se gira para que nos reunamos con el resto, pero yo ejerzo un poco de presión y vuelve a conectar nuestros ojos preguntándome en silencio qué pasa.

—Gracias —susurro consiguiendo que frunza el ceño y levante los hombros como si no entendiera—. Por haberme dejado conocer la luz de tu mirada.

Ella sonríe después de unos segundos, volviendo esa luz mucho más intensa y alucinante, aprieta mi mano y esta vez soy yo quien se adelanta y la arrastra para alcanzar a sus abuelos, que nos esperan para pisotear la nueva recolecta de uvas Valente.

La vida es como un continuo paso de estaciones. A veces ocurre que, en medio de un verano radiante cae una tormenta torrencial que oscurece días y empapa almas. Otras veces estamos atravesando un invierno desolador que parece no tener fin y un rayo de sol nos sorprende calentando un poquito más que el día anterior. No hay que olvidar que las hojas secas hay que dejarlas caer para que, algún día, puedan volver a crecer, que la esperanza brota como las flores, que el invierno no es más que otra estación y que siempre habrá un verano tras él. Y que nosotras somos como ese árbol de La Cascada que da sombra al banco en el que tantas tardes compartimos. Este año también parece seco, apagado y sin vida, pero ahora sabemos que no es más que una transición necesaria y que, muy pronto, un nuevo brote de hojas verdes crecerá en él, igual que la esperanza vuelve a nosotras con un poco más de fuerza cada vez.

Seamos nuestra propia primavera.

¿Quieres escuchar CORAZÓN DE BAMBÚ?

© Magui M.

www.jackievaland.com
contacto@jackievaland.com

@jackie.valand

@jackievaland